



ANTONIO GARRIDO

EL LECTOR DE CADÁVERES

ARGUMENTO

En la antigua China, sólo los jueces más sagaces alcanzaban el codiciado título de «lectores de cadáveres», una élite de forenses que, aun a riesgo de su propia vida, tenían el mandato de que ningún crimen, por irresoluble que pareciera, quedara impune.

Cí Song fue el primero de ellos.

Inspirada en un personaje real, *El lector de cadáveres* narra la extraordinaria historia de un joven de origen humilde cuya pasión y determinación le condujeron desde su cargo como enterrador en los Campos de la Muerte de Lin'an a aventajado discípulo en la prestigiosa Academia Ming. Allí, envidiado por sus pioneros métodos y perseguido por la justicia, despertará la curiosidad del mismísimo emperador, quien le convocará para rastrear los atroces crímenes que, uno tras otro, amenazan con aniquilar a la corte imperial.

Un thriller absorbente en el que la ambición y el odio van de la mano con el amor y la muerte en la exótica y majestuosa Corte Imperial de la China del siglo XII.

«El forense designado por la prefectura se personará en el lugar del crimen dentro de las cuatro horas siguientes a su denuncia.

Si incumpliera esta obligación, delegara su deber, no encontrara las heridas mortales o las determinara equivocadamente, será declarado culpable de impericia y condenado a dos años de esclavitud».

«De los deberes de los jueces»,
artículo cuarto del *Songxingtong*,
código penal de la Dinastía Tsong.

PRÓLOGO

Año 1206. Dinastía Tsong. China oriental.

Circuito de Fujian.

Cultivos de la subprefectura de Jianyang.

Shang no supo que se moría hasta que paladeó el sabor de la sangre que brotaba bajo su garganta. Quiso balbucear algo mientras sus manos intentaban taponar la herida, pero, antes de lograrlo, sus ojos se abrieron exageradamente y sus piernas se doblaron como las de una marioneta desmadejada. Iba a pronunciar el nombre de su asesino cuando éste le introdujo un trapo en la boca.

De rodillas sobre el cieno, en su postrer hálito de vida, Shang percibió la tibieza de la lluvia y el olor a tierra mojada que le había acompañado durante toda su existencia. Un instante después, con la camisa encharcada en sangre, se desplomó sobre el lodazal en el que se había dejado el alma.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Aquella madrugada Cí se levantó temprano para evitar encontrarse con su hermano Lu. Los ojos se le cerraban, pero el arrozal le esperaba despierto, como todas las mañanas.

Se incorporó del suelo y enrolló la estera mientras aspiraba el aroma del té con el que su madre perfumaba la casa. Al entrar en la estancia principal, la saludó con una inclinación de la cabeza y ella le respondió ocultando una sonrisa que él descubrió y le devolvió. Adoraba a su madre casi tanto como a su hermana pequeña, Tercera. Sus otras dos hermanas, Primera y Segunda, habían fallecido de niñas debido a un mal de familia. Tercera, aunque enferma, era la única que quedaba.

Antes de probar bocado se dirigió al pequeño altar que habían erigido junto a una ventana en memoria de su abuelo. Abrió los postigos e inspiró con fuerza. Afuera, los primeros rayos de sol se filtraban tímidamente entre la niebla. El viento meció los crisantemos colocados en el jarrón de las ofrendas y avivó las volutas de incienso que ascendían por la sala. Cí cerró los ojos para recitar una plegaria, pero a su mente sólo acudió un pensamiento: «Espíritus de los cielos: permitidnos regresar a Lin'an».

Recordó los días en los que sus abuelos aún vivían. En aquel entonces, el poblacho era su paraíso, y su hermano Lu, el héroe que cualquier niño habría querido imitar. Lu era como el gran guerrero de los cuentos que narraba su padre, siempre dispuesto a defenderlo cuando otros críos intentaban robarle su ración de fruta o a ahuyentar a los desvergonzados que pretendieran propasarse con sus hermanas. Lu le había enseñado a pelear empleando los pies y las manos de tal modo que sus rivales se viesan desbordados, le había llevado al río para chapotear entre las barcas y a pescar carpas y truchas que luego llevaban a casa con gran algarabía y le había mostrado dónde estaban los mejores escondites para espiar a las vecinas. Pero, con la edad, Lu se fue tornando vanidoso. Cuando cumplió los quince años, su fortaleza se convirtió en un alardeo constante, pareja a su menosprecio por cualquier otra habilidad que no fuese la de salir vencedor de una pelea. Comenzó a organizar cacerías de gatos para presumir ante las chicas, se emborrachaba con el licor de arroz que distraía de las cocinas y se vanagloriaba de ser el más fuerte de la pandilla. Se volvió tan engreído que hasta las mofas de las muchachas las interpretaba como halagos, sin comprender que en realidad siempre le evitaban. Y de ser su ídolo, Lu pasó lentamente a provocar en Cí indiferencia.

Pese a todo, hasta aquel momento, Lu nunca se había metido en líos, más allá de aparecer con los ojos morados tras alguna pelea o emplear el búfalo comunitario para apostar en las carreras de agua. Pero cuando su padre anunció su intención de trasladarse a la capital, Lin'an, Lu se negó en redondo. Ya había cumplido los dieciséis, era feliz en el campo y no pensaba moverse del pueblo. Alegó que en la aldea disponía de cuanto precisaba: el arrozal, su grupo de bravucones y dos o tres prostitutas de los alrededores que le reían las gracias, y aunque su padre amenazó con repudiarle, no se dejó intimidar. Aquel año se separaron. Lu se quedó en

el pueblo y el resto de la familia emigró a la capital en busca de un futuro mejor.

Los primeros tiempos en Lin'an resultaron arduos para Cí. Cada mañana se levantaba al alba para comprobar el estado de su hermana, le preparaba el desayuno y cuidaba de ella hasta que su madre regresaba del mercado. Luego, tras atragantarse con un tazón de arroz, acudía a la escuela, en la que permanecía hasta mediodía, momento en el que corría al matadero donde trabajaba su padre para ayudarle el resto de la jornada a cambio de las vísceras que quedaban esparcidas por los suelos. Por la noche, después de limpiar en la cocina y cumplimentar con una oración a sus ancestros, aprovechaba para repasar los tratados confucianos que debía recitar a la mañana siguiente en la escuela. Así, mes tras mes, hasta el día en que su padre logró un empleo de contable en la prefectura de Lin'an, bajo las órdenes del juez Feng, uno de los magistrados más sagaces de la capital.

A partir de aquel instante, las cosas empezaron a mejorar. Los ingresos familiares aumentaron y Cí pudo abandonar el matadero para dedicarse por completo a sus estudios. Tras cuatro años en la escuela superior, y merced a sus excelentes calificaciones, Cí logró un puesto de ayudante en el negociado de Feng. Al principio se ocupaba de tareas burocráticas sencillas, pero su dedicación y esmero llamaron la atención del juez, el cual encontró en aquel muchacho de diecisiete años alguien a quien instruir a su imagen y semejanza.

Cí no le defraudó. Con el transcurso de los meses, pasó de desempeñar tareas rutinarias a colaborar en la toma de declaraciones, a presenciar los interrogatorios de los sospechosos y a asistir a los técnicos en la preparación y limpieza de los cadáveres que, en función de las circunstancias de los decesos, debía examinar Feng. Poco a poco, su esmero y su destreza resultaron imprescindibles para el juez, que no

dudó en otorgarle más responsabilidades. Finalmente, Cí acabó ayudándole en la investigación de crímenes y litigios, labores que le permitieron descubrir los fundamentos de la práctica legal al tiempo que adquiría rudimentarias nociones de anatomía.

Durante su segundo año en la universidad, y animado por Feng, Cí asistió a un curso preparatorio de medicina. Según el magistrado, eran numerosas las ocasiones en las que las pruebas que podían delatar un crimen permanecían ocultas en las heridas, y para descubrirlas era preciso conocerlas y estudiarlas, no como un juez, sino como un cirujano.

Todo continuó así hasta que una noche su abuelo enfermó repentinamente y falleció. Tras el funeral, y como mandaban los rituales del luto, su padre hubo de renunciar al puesto de contable y a la vivienda que había disfrutado en usufructo, de modo que, sin trabajo y sin hogar, y en contra de los deseos de Cí, toda la familia se vio obligada a regresar a la aldea.

A su vuelta, Cí encontró a su hermano Lu cambiado. Vivía en una casa nueva que había construido con sus propias manos, había adquirido una parcela y tenía a su servicio a varios jornaleros. Cuando, forzado por las circunstancias, su padre llamó a la puerta, Lu le obligó a disculparse antes de dejarle entrar y le dejó una habitación pequeña en vez de cederle la suya. A Cí le trató con la indiferencia de siempre, pero cuando comprobó que ya no le seguía como un perro sumiso y que su único interés se centraba en los libros, le hizo acreedor de todas sus iras. En el campo era donde se demostraba el auténtico valor de un hombre. Allí, ni los textos ni los estudios le proporcionarían arroz ni peones. Para Lu, su hermano menor tan sólo era un inútil de veinte años al que habría de alimentar. Y a partir de ese instante, la vida de Cí se convirtió en un devenir de desplantes que le condujeron a odiar aquel pueblo.

Una ráfaga de viento fresco devolvió a Cí al presente.

De vuelta a la sala se topó con Lu, quien sorbía ruidosamente un trago de té junto a su madre. Al verle, éste escupió al suelo y dejó caer de mala manera el tazón sobre la mesa. Luego, sin aguardar a que su padre se levantara, agarró el hatillo y se marchó sin decir palabra.

—Debería aprender modales —masculló Cí mientras recogía con un paño el té que su hermano acababa de derramar.

—Y tú deberías aprender a respetarle, que para eso vivimos en su casa —replicó su madre sin levantar la vista del fuego—. Un hogar fuerte...

«Sí. Un hogar fuerte es el que sostiene un padre valiente, una madre prudente, un hijo obediente y un hermano complaciente». No necesitaba que nadie se lo repitiera. Ya se encargaba Lu de recordárselo cada mañana.

Aunque no era su cometido, Cí extendió los manteles de bambú y dispuso los cuencos sobre la mesa. Tercera había empeorado de la enfermedad que aquejaba su pecho y a él no le importaba realizar las tareas que le correspondían a su hermana. Colocó las escudillas cuidando de que formaran número par y dirigió el pico de la tetera hacia la ventana de forma que no apuntase hacia ninguno de los comensales. En el centro situó el vino de arroz y las gachas, y a su lado, las albóndigas de carpa. Miró la cocina ennegrecida por el carbón y la pila agrietada. Más que una vivienda, aquello parecía una fragua desvencijada.

Al poco apareció su padre cojeando. Cí sintió una punzada de tristeza.

«Cómo ha envejecido».

Frunció los labios y apretó los dientes. Parecía que la salud de su padre se hubiera ido quebrantando al mismo tiempo que la de Tercera. El hombre caminaba tembloroso, con la mirada gacha y su barba rala colgando como un trapo de seda deshilachada. Apenas si quedaba en él un atisbo del funcionario meticulado que tiempo atrás le había inculcado el amor por el método y la perseverancia. Observó sus manos céreas, antaño exquisitamente cuidadas, que ahora se veían toscas y encallecidas. Supuso que añoraría sus uñas afiladas y los días en que las empleaba para examinar legajos judiciales.

A la altura de la mesa, el hombre se acuclilló apoyándose en su hijo y autorizó a los demás a sentarse con un ademán. Cí hizo lo propio y, por último, su madre se acomodó en el lado más próximo a la cocina. La mujer sirvió vino de arroz. Tercera no se levantó porque seguía postrada por la fiebre. Como durante toda la semana.

—¿Vendrás a cenar esta noche? —le preguntó su madre a Cí—. Después de tantos meses, al juez Feng le ilusionará volver a verte.

Cí no se habría perdido el encuentro con Feng por nada del mundo. Sin saber el motivo, su padre había decidido interrumpir el luto y adelantar su regreso a Lin'an, a la espera de que el juez Feng accediera a readmitirle como ayudante. Ignoraba si Feng había acudido a la aldea por ese motivo, pero era lo que todos anhelaban.

—Lu me ha ordenado que suba el búfalo hasta la nueva parcela, y después pensaba visitar a Cereza, pero acudiré puntual a la cena.

—No parece que ya tengas veinte años. Esa muchacha te tiene ensimismado —terció el padre—. Si sigues viéndola tanto, acabarás por hartarte de ella.

—Cereza es lo único bueno que tiene este pueblo. Además, vosotros fuisteis los que concertasteis nuestro matrimonio —respondió Cí, dando cuenta del último bocado.

—Llévate los dulces, que para eso los he cocinado —le ofreció la madre.

Cí se levantó y los guardó en su talega. Antes de partir entró a la habitación donde dormitaba Tercera, besó sus mejillas calientes y recogió el mechón de pelo que se le había escapado del moño. La niña parpadeó. Entonces sacó los dulces y los escondió bajo la manta.

—Que no te los vea madre —le susurró al oído.

Ella sonrió, pero fue incapaz de decir nada.

* * *

Sobre el arrozal sembrado de cieno, la lluvia aguijoneó a Cí. El joven se despojó de la camisa empapada y sus brazos se tensaron hasta adquirir la dureza del hierro. Músculos y tendones crujieron cuando vareó al búfalo, que avanzó parsimonioso, como si la bestia adivinase que a aquel surco le seguiría otro, y a ese otro, siempre otro más. Alzó la vista y contempló el lodazal de verde y agua.

Su hermano le había ordenado abrir un canal para drenar la nueva parcela, pero trabajar en los lindes de los campos resultaba dificultoso debido al deterioro de los diques de piedra que separaban los terrenos.

Cí, rendido, miró el campo de arroz inundado. Chasqueó el látigo y el animal hundió las pezuñas en el cieno.

Llevaba un tercio de jornada cuando la reja se enganchó.

«Otra raíz», se maldijo.

Arreó al búfalo bajo la lluvia. La bestia alzó el testuz y mugió de dolor, pero no avanzó. Los siguientes varetazos sólo sirvieron para que el animal sacudiese los cuernos intentando zafarse del castigo. Cí maniobró para hacerle retroceder, pero el apero quedó atrapado por el lado contrario. Entonces miró al animal con resignación.

«Esto te dolerá».

A sabiendas del sufrimiento que le provocaría, tiró de la argolla que pendía del hocico de la bestia mientras jalaba las riendas. Al hacerlo, el animal saltó hacia adelante y el apero crujió. En ese instante se dio cuenta de que debería haber arrancado la raíz con sus propias manos.

«Si he roto el arado, mi hermano me molerá a palos».

Inspiró con fuerza y hundió los brazos en el lodo hasta toparse con una maraña de raíces. Tiró de un manajo sin éxito, y tras varios intentos optó por dirigirse a la alforja que colgaba del costillar del animal para buscar una sierra afilada. Luego se arrodilló de nuevo y comenzó a trabajar bajo el agua. Extrajo un par de raigones que arrojó lejos y serró otros de mayor tamaño. Cuando se empleaba con el más grueso, notó un tirón en un dedo.

«Seguro que me he cortado».

Pese a no percibir dolor alguno, se examinó con detenimiento.

La culpa la tenía la extraña enfermedad con la que los dioses le habían maldecido desde su nacimiento y de la que fue consciente el día en que su madre tropezó y vertió sobre él un perol de aceite hirviendo. Contaba sólo cuatro años y apenas sintió lo mismo que cuando le lavaban con agua tibia. Pero el olor a carne quemada le advirtió de que algo horrible estaba sucediendo. Su torso y sus brazos sufrieron las consecuencias, quedando abrasados para siempre. Desde aquel día aquellas cicatrices le recordaron que su cuerpo no era como el de los demás niños y que aunque se sintiera afortunado por la ausencia de dolor, debía prestar sumo cuidado a cualquier herida que pudiera producirse. Porque, si bien era cierto que no sufría con los golpes, que el dolor causado por la fatiga apenas si le afectaba y que podía esforzarse hasta el agotamiento, también lo era que en ocasiones podía superar los límites de su cuerpo sin advertirlo y enfermar.

Al sacar la mano del agua, vio que la tenía cubierta de sangre. Alarmado ante la aparente magnitud del tajo, corrió a limpiarse con un paño. Sin embargo, tras enjugarse la mano con un trapo, sólo distinguió un pellizco amoratado.

«¿Qué demonios...?».

Extrañado, volvió al lugar donde se había trabado la reja y apartó las raíces mientras advertía cómo el agua cenagosa comenzaba a teñirse de rojo. Aflojó las riendas para liberar la reja y arreó al animal para que se apartara. Luego se detuvo y miró el agua mientras la respiración se le aceleraba. La lluvia repicaba sobre la superficie del arrozal, apagando cualquier otro sonido.

Entre el estupor y el miedo, caminó lentamente hacia el pequeño cráter que se había formado en el lugar donde se hincaba la reja. Mientras se acercaba, sintió cómo el estómago se le encogía y percibió en las sienes el

martilleo de su corazón. Pensó en alejarse, pero se contuvo. Entonces observó un leve burbujeo que afloraba rítmicamente del cráter y se confundía con el repicar de la lluvia. Lentamente, se arrodilló entreabriendo las piernas, que abarcaron las pegajosas crestas de cieno. Acercó la cara al agua, pero sólo apreció otro borbotón sanguinolento. Pensó que si se aproximaba más, acabaría por probarla.

De repente, algo se movió bajo el agua. Cí dio un respingo y apartó la cabeza sorprendido, pero cuando advirtió que se trataba del aleteo de una pequeña carpa, suspiró aliviado.

«Estúpido bicho».

Se levantó y pateó al pez mientras intentaba calmarse. Entonces avistó otra carpa, con un jirón de carne en la boca.

«¿Pero qué diablos...?».

Intentó retroceder, pero perdió pie y cayó al agua entre un remolino de cieno, suciedad y sangre. Sin pretenderlo, abrió los ojos al sentir un manojo de tallos golpearle en la cara. Lo que vio le detuvo el corazón. Frente a él, con un trapo metido en la boca, la cabeza decapitada de un hombre flotaba entre la maraña.

* * *

Gritó hasta desgañitarse, pero nadie acudió en su ayuda.

Tardó en recordar que la parcela llevaba tiempo desatendida y que los campesinos se concentraban al otro lado de la montaña, así que se sentó a unos pasos del arado para mirar a su alrededor. Cuando dejó de temblar, se planteó abandonar al búfalo y bajar a buscar ayuda. La otra posibilidad consistía en esperar en el arrozal hasta que su hermano regresara.

Ninguna de las opciones le convencía, pero a sabiendas de que Lu no tardaría, optó por aguardar. Aquel lugar estaba infestado de alimañas y un búfalo entero valía mil veces más que una cabeza humana mutilada.

Mientras esperaba, terminó de cortar las raíces y liberó la reja. El arado parecía en buen estado, así que, con suerte, Lu sólo le recriminaría el retraso en el laboreo. O, al menos, eso era lo que él esperaba. Cuando terminó, enganchó de nuevo el arado y reanudó la faena. Intentó silbar para distraerse, pero en su interior sólo reverberaban las palabras que su padre pronunciaba de vez en cuando: «Los problemas no se resuelven dándoles la espalda».

«Sí. Pero éste no es mi problema», se respondió Cí.

Aró dos pasos más antes de detener al búfalo y regresar junto a la cabeza.

Durante un tiempo contempló receloso cómo se mecía sobre el agua. Luego se fijó un poco más. Tenía las mejillas aplastadas, como si se las hubieran pisoteado con saña. Advirtió sobre su piel amoratada las pequeñas laceraciones producidas por los mordiscos de las carpas. Después observó los párpados abiertos e hinchados, los jirones de carne sanguinolenta colgando junto a la tráquea... y el extraño trapo que salía de su boca entreabierta.

Nunca antes había contemplado algo tan aterrador. Cerró los ojos y vomitó. De repente acababa de reconocerlo. La cabeza decapitada pertenecía al viejo Shang. El padre de Cereza, la muchacha a quien amaba.

Cuando se recuperó, prestó atención a la extraña mueca que formaba la boca del cadáver, abierta exageradamente a causa del paño que surgía de entre sus dientes. Con cuidado, tiró del extremo y poco a poco la tela salió como si deshiciera un ovillo. Se la guardó en una manga e intentó cerrarle la mandíbula, pero estaba desencajada y no lo consiguió. De nuevo vomitó.

Se lavó la cara con el agua enfangada. Luego se levantó y desanduvo el terreno arado en busca del resto del cuerpo. Lo encontró a mediodía en el extremo oriental de la parcela, a pocos *li* de distancia del lugar donde había tropezado el búfalo. El tronco del cadáver aún lucía el fajín amarillo que le identificaba como varón honorable, al igual que su batín de cinco botones. No halló rastro del bonete azul que siempre portaba.

Le resultó imposible continuar laboreando. Se sentó sobre el dique de piedra y mordisqueó con desgana un mendrugo de pan de arroz que fue incapaz de tragar. Miró el cuerpo decapitado del pobre Shang abandonado sobre el lodo, como el de un criminal ejecutado y desahuciado.

«¿Cómo se lo explicaría a Cereza?».

Se preguntó qué clase de desalmado podría haber segado la vida de alguien tan honrado como Shang, un hombre dedicado a los suyos, una persona respetuosa con la tradición y con los ritos. Sin duda, el monstruo que había perpetrado aquel crimen no merecía permanecer en el mundo de los vivos.

* * *

Su hermano Lu llegó a la parcela en plena tarde. Le acompañaban tres jornaleros cargados con plantones, lo cual significaba que había cambiado de idea y que pensaba trasplantar el arroz sin aguardar a que el terreno se drenase. Cí dejó el búfalo y corrió hacia él. Al llegar a su altura, se inclinó para saludarle.

—¡Hermano! No vas a creer lo que ha sucedido... —Su corazón latía acelerado.

—¿Cómo no voy a creerlo si lo estoy viendo con mis propios ojos? — rugió señalando el campo, que permanecía sin arar.

—Es que he encontrado un...

Un varetazo contra su frente le hizo caer al fango.

—¡Maldito vago! —escupió Lu—. ¿Hasta cuándo te creerás mejor que los demás?

Cí se llevó la mano a la brecha para apartar la sangre que manaba de su ceja. No era la primera vez que su hermano le golpeaba, pero Lu era el mayor y las leyes confucianas le impedían rebelarse. Apenas podía abrir el párpado, pero aun así se disculpó.

—Lo siento, hermano. Me retrasé porque...

Lu lo empujó.

—¡Porque el delicado estudiante no tiene arrestos para trabajar! —Le propinó un nuevo empujón—. ¡Porque el delicado estudiante piensa que el arroz se planta solo! —Otro más que dio con sus huesos en el fango—. ¡Porque el delicado estudiante ya tiene a su hermano Lu para que se deslome por él!

Lu se limpió el pantalón mientras permitía que Cí se levantara.

—En... contré un ca... dáver... —logró articular.

Lu enarcó una ceja.

—¿Un cadáver? ¿A qué te refieres?

—Ahí... en el dique... —agregó Cí.

Lu se giró hacia el lugar en el que unos grajos picoteaban el terreno. Empuñó su vara y, sin aguardar más explicaciones, se encaminó hacia el punto señalado por Cí. Cuando llegó junto a la cabeza, la movió con el pie. Frunció el ceño y se revolvió.

—¡Maldita sea! ¿Lo encontraste aquí? —Sujetó la cabeza por el cabello y la balanceó con asco—. Ya imagino que sí. ¡Por las barbas de Confucio! ¿Pero no es Shang? ¿Y el cuerpo...?

—Al otro lado... Junto al arado.

Lu frunció los labios. Acto seguido se dirigió a sus jornaleros.

—Vosotros dos, ¿a qué esperáis para ir a cogerlo? Y tú, descarga los plantones y mete la cabeza en un canasto. ¡Malditos sean los dioses...! Regresamos al poblado.

Cí se acercó al búfalo para quitarle el arnés.

—¿Se puede saber qué diablos haces? —le interrumpió Lu.

—¿No has dicho que regresábamos...?

—Nosotros —escupió—. Tú volverás cuando termines tu trabajo.

CAPÍTULO 2

Cí pasó el resto de la tarde tragando el hedor que despedía el bamboleante trasero de su búfalo mientras se preguntaba qué delito habría cometido el viejo Shang para haber acabado decapitado. Que él supiera, carecía de enemigos y jamás nadie le había amenazado. De hecho, lo peor que le había sucedido era haber engendrado demasiadas hijas, lo cual le había obligado a trabajar como un esclavo para reunir una dote que las hiciese atractivas. Aparte de eso, Shang había sido siempre un hombre honesto y respetado.

«La última persona en quien pensaría un asesino».

Para cuando quiso darse cuenta, el sol ya se estaba ocultando.

Además de labrar, Lu le había ordenado que extendiese un mogote de lodo negro, de modo que dispersó unas paletadas de la mezcla de excrementos humanos, barro, ceniza y rastros que habitualmente empleaban como fertilizante y aplanó el resto del montículo para disimularlo. Luego vareó al animal, que retrocedió con pesadez, como si

no estuviera adiestrado para esa tarea, se encaramó sobre su lomo de un salto y emprendió el camino de regreso al poblado.

Mientras descendía, Cí comparó el hallazgo del cuerpo de Shang con el de otros casos similares cuyos detalles había tenido la oportunidad de conocer durante su estancia en Lin'an. En todo ese tiempo había asistido a Feng en numerosos crímenes violentos. Incluso había presenciado brutales crímenes rituales cometidos por miembros de sectas, pero jamás había contemplado un cuerpo tan salvajemente mutilado. Por fortuna, el juez estaba en la villa y no le cabía duda de que encontraría al responsable.

Cereza vivía con su familia en una casucha que a duras penas se sostenía sobre unos carcomidos pilotes de madera. Cuando alcanzó la casa, la angustia le atenazaba. Había barajado dos o tres frases para contarle lo sucedido, pero ninguna le había convencido. Aunque diluviaba, se detuvo frente a la puerta, intentando pensar lo que le diría.

«Algo se me ocurrirá».

Aproximó los nudillos mientras se mordía los labios y apretó los puños. Sus brazos temblaban más que su cuerpo. Esperó un instante y por fin llamó.

Sólo respondió el silencio. Al tercer intento comprendió que nadie le abriría. Cejó en su empeño y emprendió el regreso a su casa.

Nada más abrir la puerta, su padre se apresuró a recriminarle la tardanza. El juez Feng había acudido a cenar y llevaban un rato

esperándole. Al ver al invitado, Cí juntó los puños frente a su pecho y se inclinó ante el invitado a modo de disculpa, pero Feng no se lo permitió.

—¡Por los monstruos del infierno! —Sonrió condescendiente el juez—. ¿Pero qué comes aquí? ¡El año pasado aún parecías un muchacho!

Cí no era consciente de ello, pero a sus veinte años ya no era el chico endeble del que todos se burlaban en Lin'an. El campo había transformado su cuerpo enfermizo en el de un joven fibroso cuyos delgados músculos parecían un ramillete de juncos firmemente entrelazados. Cí sonrió con timidez, dejando entrever una hilera de dientes perfectamente ordenados, y contempló la figura de Feng. El anciano juez apenas había cambiado. Su rostro serio sembrado de finas arrugas seguía contrastando con su bigote cano cuidadosamente arreglado. Coronaba su cabeza el gorro *bialar* de seda que indicaba su rango.

—Honorable juez Feng —le saludó—. Excusad mi retraso, pero...

—No te preocupes, hijo —le interrumpió—. Anda, pasa, que vienes empapado.

Cí corrió hacia el interior de la casa y regresó con un pequeño paquete envuelto en un primoroso papel rojo. Hacía un mes que esperaba aquel momento. Justo desde que había sabido que el juez Feng les visitaría después de tanto tiempo. Como de costumbre, Feng rechazó tres veces el presente antes de aceptarlo.

—No deberías haberte molestado. —Guardó el paquete sin desenvolverlo, pues lo contrario habría significado que otorgaba más importancia al contenido que al hecho en sí del regalo.

—Ha crecido, sí, pero, como veis, continúa igual de irresponsable —terció el padre de Cí.

Cí titubeó. Las reglas de cortesía le impedían importunar al invitado con asuntos ajenos a la visita, pero un asesinato trascendía cualquier protocolo. Se dijo que el juez lo comprendería.

—Perdonad la descortesía, pero he de comunicaros una noticia horrible. ¡Han asesinado a Shang! ¡Lo han decapitado! —Su rostro era una mueca de incompreensión.

Su padre lo miró con gesto serio.

—Sí. Ya nos lo ha contado tu hermano Lu. Ahora, siéntate y cenemos. No hagamos esperar más a nuestro invitado.

A Cí le exasperó la flema con la que Feng y su padre se tomaban el suceso. Shang era el mejor amigo de su padre y, sin embargo, él y el juez seguían comiendo tranquilamente como si nada hubiera sucedido. Cí les imitó, aderezando con su propia hiel el resto de la cena. Su padre lo advirtió.

—Deja a un lado esas muecas. En cualquier caso, hay poco que podamos hacer —argumentó finalmente el patriarca—. Lu ha trasladado el cuerpo de Shang a las dependencias gubernamentales y sus familiares ya le están velando. Además, sabes que el juez Feng no tiene competencia en esta subprefectura, de modo que sólo nos resta aguardar a que envíen al magistrado que se hará cargo del caso.

En efecto, Cí lo sabía, del mismo modo que sabía que para entonces el asesino podría haberse esfumado. Y aun así, lo que más le irritaba era la calma de su padre. Por fortuna, Feng pareció leerle el pensamiento.

—No te preocupes —le tranquilizó el juez—. He hablado con los familiares. Mañana iré a examinarlo.

Hablaron de otros asuntos mientras la lluvia golpeaba con violencia el tejado de pizarra. En verano, los tifones solían sorprender a los incautos con diluvios inesperados, y aquel día Lu parecía haber sido el infortunado. Apareció empapado, apestando a licor y con los ojos turbios. Nada más entrar tropezó con un arcón y cayó de bruces al suelo, pero se levantó y pateó el mueble como si éste fuera el culpable de la caída. Luego saludó con un balbuceo estúpido al juez y se fue directamente a su cuarto.

—Creo que ha llegado el momento de retirarme —anunció Feng tras limpiarse los bigotes—. Espero que pienses en lo que hemos discutido —le dijo al padre de Cí—. Y en cuanto a ti... —se volvió hacia el joven—, nos vemos mañana a la hora del dragón, en la residencia del caudillo local donde estoy alojado.

Se despidieron y Feng partió. Nada más cerrar la puerta, Cí escrutó el rostro de su padre. Su corazón latía expectante.

—¿Lo ha hecho? ¿Ha mencionado cuándo volveremos? —se atrevió a preguntar. Sus dedos repiquetearon sobre la mesa.

—Siéntate, hijo. ¿Otra taza de té?

El padre se sirvió una bien colmada y luego vertió otra para su hijo. Le miró con tristeza antes de bajar la vista.

—Lo siento, Cí. Sé cuánto ansiabas volver a Lin'an... —Dio un sorbo sonoro a la infusión—. Pero a veces las cosas no salen como uno planea.

Cí detuvo la taza a un suspiro de su boca.

—¡No entiendo! ¿Ha sucedido algo? ¿Acaso Feng no os ha ofrecido la plaza?

—Sí. Lo hizo ayer. —Sorbió despacio otro trago.

—¿Entonces? —Cí se levantó.

—Siéntate, Cí.

—Pero, padre... Lo habíais prometido... Dijisteis...

—¡He dicho que te sientes! —alzó la voz.

Cí obedeció mientras sus ojos se empañaban. Su padre añadió té hasta que el líquido se desbordó. Cí hizo ademán de limpiarlo, pero su padre se lo impidió.

—Mira, Cí. Hay situaciones que no alcanzarías a comprender...

El joven no entendía qué era lo que debía comprender: ¿que hubiera de tragarse el desprecio que su hermano Lu le regalaba cada día? ¿Que aceptara de buen grado renunciar al porvenir que le aguardaba en la Universidad Imperial de Lin'an?

—¿Y nuestros planes, padre? ¿Dónde quedan nuestros...?

Un bofetón lo interrumpió mientras su padre se erguía como un resorte. La voz del hombre temblaba, pero su mirada desprendía fuego.

—¿Nuestros planes? ¿Desde cuándo un hijo tiene planes? —gritó—. ¡Permaneceremos aquí, en la casa de tu hermano! ¡Y así será hasta que yo muera!

Cí enmudeció mientras su padre se retiraba. Por un momento la rabia le envenenó.

«¿Y vuestra hija Tercera enferma...? ¿Tan poco os importa ella?».

Cí recogió las tazas y se dirigió al cuarto que compartía con su hermana.

Nada más acostarse, percibió en sus sienes los latidos de su corazón. Desde el mismo momento en que se habían instalado en la aldea, había soñado con regresar a Lin'an. Como cada noche, cerró los ojos para evocar su antigua vida. Recordó a sus viejos compañeros compitiendo en los concursos de conocimientos de los que a menudo salía victorioso; a sus profesores, a los que admiraba por su disciplina y empeño. Evocó la imagen del juez Feng y el día en que le admitió como asistente de sumarios. Anhelaba ser como él, presentarse algún día a los exámenes imperiales y obtener un puesto en la judicatura. No como su padre, que, después de años intentándolo, sólo había logrado una humilde plaza de funcionario.

Se preguntó por qué no querría regresar su padre. Acababa de confirmarle que Feng le había ofrecido la vacante por la que antes suspiraba y, de la noche a la mañana, sin motivo aparente, cambiaba radicalmente de opinión. ¿Sería por su abuelo? No lo creía. Las cenizas del difunto podían trasladarse para continuar celebrando los ritos de piedad filial en Lin'an.

La tos de Tercera le sobresaltó, haciendo que se girara. La niña dormitaba a su lado, temblorosa, con la respiración entrecortada. Le acarició el pelo con ternura y sintió lástima por ella. Tercera se había

mostrado más resistente que Segunda y Primera, como demostraba el hecho de que ya hubiera cumplido los siete años, pero, al igual que sus hermanas, no creía que superara la decena. Era el sino de su enfermedad. Por un instante quiso imaginar que al menos en Lin'an habría dispuesto de los cuidados adecuados...

Cerró los ojos y volvió a girarse. Pensó en Cereza, con quien debía contraer nupcias una vez que aprobase los exámenes estatales. A aquellas horas estaría destrozada por la muerte de su padre y se preguntó si eso cambiaría sus planes de boda. No quiso responderse. De repente, se sintió mezquino por imaginar algo tan egoísta.

Habían transcurrido seis meses desde la repentina muerte de su abuelo...

Se desnudó porque el calor le sofocaba. Al desprenderse de la chaqueta, encontró el trapo ensangrentado que había extraído de la boca del pobre Shang. Lo miró con extrañeza y lo dejó junto a la almohada de piedra. Luego escuchó a través de la ventana unos gemidos procedentes de la casa vecina, que achacó a su vecino Peng, un pilluelo aquejado de dolores de muelas desde hacía días. Por segunda noche consecutiva, no logró descansar.

* * *

Cí se levantó al alba. Había acordado encontrarse con Feng en la residencia de Bao-Pao, el lugar en el que habitualmente se alojaban las visitas gubernamentales, para ayudarle en el examen del cadáver. En la

habitación contigua, Lu roncaba con fuerza. Para cuando se despertara, él ya estaría lejos.

Se vistió en silencio y se marchó. La lluvia había cesado, pero el calor de la noche evaporaba el agua caída sobre los campos convirtiendo cada bocanada de aire en un trago de bochorno. Cí aspiró con fuerza antes de adentrarse en el laberinto de callejuelas que conformaban la aldea, una sucesión de casuchas calcadas las unas a las otras cuyas maderas carcomidas se repetían a escuadra como viejas fichas de dominó descuidadamente alineadas. De vez en cuando, titilantes farolillos teñían con su resplandor las portezuelas abiertas de las que emergía el olor a té mientras hileras de campesinos se dibujaban en los caminos como almas fantasmagóricas. Y aun así, el pueblo dormía. Tan sólo se escuchaban los lamentos de los perros.

Cuando alcanzó la casa de Bao-Pao, ya estaba amaneciendo.

Divisó a Feng bajo el soportal, ataviado con una bata de arpillera teñida de azabache a juego con su gorro. Su rostro era pétreo, pero sus manos tableteaban impacientes. Tras la reverencia de rigor, Cí le reiteró su agradecimiento.

—Sólo voy a echar un vistazo, así que ahórrate los aspavientos. Y no pongas esa cara —añadió Feng al comprobar su decepción—. No es mi jurisdicción, y ya sabes que últimamente no me dedico a resolver crímenes. Pero no te apures. Éste es un pueblo pequeño. Encontrar al asesino será tan fácil como sacarse un guijarro del zapato.

Cí siguió al juez hasta un cobertizo anexo donde montaba guardia su asistente personal, un hombre callado de rasgos mongoles. En el interior aguardaba el caudillo Bao-Pao, acompañado por la viuda de Shang y los hijos varones del difunto. Cuando Cí divisó los restos de Shang, le

sobrevino una arcada. La familia había aposentado el cadáver sobre un sillón de madera como si aún siguiera vivo, con el cuerpo erguido y la cabeza unida al tronco mediante unos juncos entrelazados. Aun lavado, perfumado y vestido, parecía un espantapájaros ensangrentado. El juez Feng presentó sus respetos a la familia, departió un momento con ellos y les solicitó permiso para inspeccionar el cadáver. El primogénito se lo concedió y Feng se acercó lentamente al muerto.

—¿Recuerdas lo que debes hacer? —le preguntó a Cí.

Se acordaba perfectamente. Sacó un pliego de papel de su bolsa, la piedra de tinta y su mejor pincel. A continuación, se sentó en el suelo, cerca del cuerpo. Feng se aproximó al cadáver lamentando que lo hubieran lavado y comenzó su trabajo.

—Yo, juez Feng, en la vigesimosegunda luna del mes del loto, del segundo año de la era Kaixi y decimocuarto de reinado de nuestro amado Ningzong, hijo del Cielo y honorable emperador de la Dinastía Tsong, con la autorización familiar pertinente, emprendo investigación previa y auxiliar a la oficial que deberá practicarse en no menos de cuatro horas a partir de su conocimiento por el magistrado que designe la prefectura de Jianningfu. En presencia de Li-Cheng, primogénito del fallecido, la viuda de este último, señora Li, sus otros hijos varones, Ze y Xin, así como de BaoPao, caudillo del poblado, y de mi ayudante Cí, testigo directo del suceso.

Cí escribió al dictado, repitiendo en voz alta cada una de las palabras. Feng continuó.

—El fallecido, de nombre Li-Shang, hijo y nieto de Li, que en palabras de su primogénito contaba unos cincuenta y ocho años de edad en el momento de su muerte, de profesión contable, labriego y carpintero, fue

visto por última vez anteayer a mediodía después de atender sus tareas en el almacén de Bao-Pao, donde ahora nos encontramos. Su hijo manifiesta que el fallecido no padecía enfermedades más allá de las propias de su edad o de las estaciones, y que carecía de enemigos conocidos.

Feng miró al primogénito, quien se apresuró a confirmar los datos, y luego a Cí para que recitara lo redactado.

—Por desconocimiento de sus familiares —continuó Feng con gesto de reprobación—, el cuerpo ha sido lavado y vestido. Ellos mismos confirman que en el momento en que les fue entregado no advirtieron más heridas que el tremendo tajo que separaba su cabeza del tronco y que sin duda fue el que acabó con su vida. Presenta la boca exageradamente abierta... —intentó cerrársela sin éxito— y rigidez en la mandíbula.

—¿No vais a desnudarle? —se extrañó Cí.

—No será necesario. —Feng alargó su mano hasta rozar el tajo del cuello. Se lo señaló a Cí esperando su respuesta.

—¿Doble corte? —sugirió el joven.

—Doble corte... Como a los cerdos...

Cí observó con detenimiento la herida libre de cieno. En efecto, en su parte anterior, bajo el lugar que antes ocupaba la nuez, presentaba un tajo horizontal limpio similar al que se les practicaba a los cochinos para desangrarlos. Acto seguido, la herida se ensanchaba a lo largo de toda su circunferencia mediante pequeñas dentelladas, como las producidas con alguna especie de serrucho de matadero. Iba a comentar aquello cuando

Feng le pidió que relatara las circunstancias del descubrimiento. Cí obedeció, refiriéndolas tan pormenorizadamente como las recordaba. Cuando concluyó, el juez le miró con severidad.

—¿Y el trapo? —le preguntó.

—¿El trapo?

«¡Seré estúpido! ¿Cómo he podido olvidarlo?».

—Me decepcionas, Cí, y no acostumbrabas a hacerlo... —El juez guardó silencio un instante—. Como ya deberías saber, la boca abierta no obedece ni a una mueca de socorro ni a un grito de dolor, pues en tal caso se habría cerrado por la relajación posterior al fallecimiento. En conclusión, debieron introducirle algún objeto antes o inmediatamente después de su muerte, el cual hubo de permanecer allí hasta que los músculos se agarrotaron. Respecto a la tipología del objeto, supongo que hablamos de un trapo de lino, si atendemos a los hilos ensangrentados que aún permanecen entre sus dientes.

A Cí le dolió el reproche. Un año antes no habría fallado, pero la falta de práctica le había vuelto torpe y lento. Se mordió los labios y rebuscó en su manga.

—Pensaba entregároslo —se excusó extendiendo el trozo de tela cuidadosamente doblado.

Seguidamente, Feng lo examinó con detenimiento. La tela era grisácea, con varias marcas de sangre reseca; su tamaño, el de un pañuelo de los usados para cubrirse la cabeza. El juez lo marcó como prueba.

—Termina y entinta mi sello. Luego haz una copia para cuando venga el magistrado.

Feng se despidió de los presentes y salió del cobertizo. Llovía de nuevo. Cí se apresuró a seguirle. Lo alcanzó justo a la entrada de los aposentos que Bao-Pao le había asignado.

—Los documentos... —tartamudeó.

—Déjalos ahí, sobre mi mesilla.

—Juez Feng, yo...

—No te preocupes, Cí. A tu edad, yo era incapaz de distinguir una muerte por ballesta de otra por ahorcamiento.

A Cí aquello no le reconfortó, porque sabía que era incierto.

Contempló al juez mientras éste organizaba sus diplomas. Anhelaba ser como Feng. Ansiaba su sagacidad, su honradez y su conocimiento. Había aprendido de él y deseaba seguir teniéndolo como maestro, pero nunca lo conseguiría encerrado en un poblado de labriegos. Esperó a que terminara antes de hacérselo saber. Cuando Feng depositó el último pliego, le preguntó por la contratación de su padre, pero el juez cabeceó resignado.

—Ése es un asunto entre tu padre y yo.

Cí paseó entre las pertenencias de Feng como un comprador indeciso.

—Es que anoche hablé con él y me dijo... En fin: yo pensaba que volveríamos a Lin'an, y resulta que ahora...

Feng se detuvo a mirarle. La humedad recubría los ojos de Cí. Inspiró fuerte antes de depositar su mano sobre el hombro del muchacho.

—Mira, Cí, no sé si debería decírtelo...

—Os lo ruego —le imploró.

—De acuerdo, pero habrás de prometerme que mantendrás la boca cerrada. —Esperó a que Cí asintiera. Luego tomó aire y se sentó, abatido—. Si he realizado este viaje ha sido sólo por vosotros. Tu padre me escribió hace unos meses comunicándome su intención de retomar su puesto, pero ahora, después de hacerme venir hasta aquí, no quiere ni hablar de ello. Le he insistido prometiéndole un trabajo cómodo y un sueldo generoso, e incluso le he ofrecido una casa en propiedad en la capital, pero, inexplicablemente, ha rehusado.

—¡Pues llevadme a mí! Si es por ese olvido del trapo, os prometo que trabajaré duro. ¡Trabajaré hasta despellejarme si es preciso, pero no volveré a avergonzaros! Yo...

—Sinceramente, Cí, tú no eres el problema. Ya sabes cuánto te aprecio. Eres leal y me agradaría volver a tenerte como ayudante. Por eso le hablé a tu padre de ti y de tu porvenir, pero ha sido como estrellarse contra un muro. No sé qué le ocurre, se ha mostrado inflexible. De verdad que lo siento.

—Yo... yo... —Cí no supo qué decir.

Un trueno resonó en la lejanía. Feng le dio una palmada en la espalda.

—Había dispuesto grandes planes para ti, Cí. Incluso te había reservado plaza en la Universidad de Lin'an.

—¿En la Universidad de Lin'an? —Sus ojos se dilataron. Regresar a la universidad era su sueño.

—¿No te lo ha dicho tu padre? Supuse que te lo había contado.

A Cí le flaquearon las piernas. Cuando Feng le preguntó qué le sucedía, el joven permaneció en silencio, con la misma sensación que si le hubieran estafado.

CAPÍTULO 3

El juez Feng anunció a Cí que precisaba interrogar a algunos vecinos, de modo que acordaron separarse hasta después del almuerzo. Cí aprovechó la pausa para regresar a su casa. Quería visitar a Cereza, pero necesitaba que su padre le diera permiso para faltar al trabajo.

Antes de entrar, se encomendó a los dioses y pasó sin llamar. Sorprendió a su padre leyendo unos documentos que se le escurrieron de entre los dedos. El hombre los recogió del suelo y los guardó precipitadamente en un cofre lacado en rojo.

—¿Se puede saber qué haces aquí? Deberías estar arando —le espetó airado. Cerró el cofre y lo guardó debajo de la cama.

Cí le contó su intención de visitar a Cereza, pero su padre se mostró reacio.

—Tú siempre posponiendo tus obligaciones a tus deseos —masculló.

—Padre...

—Y no se morirá, te lo aseguro. No sé por qué complací a tu madre cuando se empeñó en emparejarte con una muchacha más peligrosa que un avispero.

Cí tragó saliva.

—Os lo ruego, padre. Será sólo un momento. Luego terminaré de arar y ayudaré a Lu con la siega.

—Luego, luego... ¿Acaso crees que Lu va al campo de paseo? Hasta su búfalo está más dispuesto a trabajar que tú. Luego... ¿Cuándo es «luego»?

«¿Qué os está ocurriendo, padre? ¿Por qué sois así de injusto conmigo?».

Cí no quiso replicarle. Todos, incluido su padre, sabían de sobra que durante los últimos seis meses había sido él, y no Lu, quien se había partido el espinazo cosechando el arroz; que habían sido sus piernas las que se habían cuarteado cuidando los plantones en los semilleros, sus manos las que habían encallecido cosechando, trillando, cribando y clasificando; quien había arado de sol a sol, nivelado, trasplantado y abonado, y quien se había dejado la vida pedaleando en las bombas y trasladando los sacos a las barcazas del río. Todos en aquel maldito pueblo sabían que, mientras Lu se emborrachaba con sus putas, él se había matado en el campo.

Por eso odiaba tener conciencia: porque le obligaba a aceptar las decisiones de su padre...

Fue a por su hoz y su hatillo. Encontró la talega, pero no la hoz.

—Usa la mía. La tuya la ha cogido Lu —le aclaró su padre.

Cí no puso objeciones. La metió en su hatillo y salió hacia la parcela.

Estuvo vareando al búfalo hasta que se hizo daño en la mano. El animal mugía como si le mataran, pero tiraba como un demonio en un intento desesperado de evitar los golpes de Cí, quien se aferraba al arado tratando de sepultarlo en la tierra mientras el campo se afanaba por engullir la interminable cortina de lluvia que se vaciaba desde un cielo cercano a la tormenta. A cada surco le seguía otro repleto de maldiciones, esfuerzo y varetazos. Cí no distinguía el frescor del agua, que cada vez caía con más fuerza. Tronó y el joven se detuvo. El cielo se veía tan negro como el lodo que pisaba. Cada vez sentía más calor. Se asfixiaba. A un chasquido le siguió otro trueno. Luego un rayo más. Y otro.

De repente, el cielo se abrió sobre su cabeza y un fogonazo de luz seguido de un estampido hizo que temblara la tierra. El búfalo se encrespó asustado y dio un brinco, pero el arado aguantó encallado, y al caer, el animal se desplomó sobre su pata trasera.

Cuando Cí recuperó el aliento, vio a la bestia tumbada en el cieno debatiéndose desesperada. Se apresuró a levantarla, pero no lo consiguió. Soltó el arnés y le dio de palos, pero el animal sólo elevó el testuz intentando librarse del castigo. Entonces comprobó aterrizado que su pata trasera mostraba una espantosa fractura abierta.

«Dioses, ¿en qué os he ofendido?».

Sacó una manzana de su talega y se la acercó al animal, pero éste intentó cornearle. Cuando se apaciguó, Cí le ladeó la testa hasta hundir un cuerno en el fango. Miró sus ojos, tan abiertos por el pánico que

parecía que desearan escapar de la prisión de su cuerpo lisiado. Los ollares se expandían y contraían como un fuelle, expulsando un reguero de babas. Ni siquiera merecía la pena levantarlo. Aquel animal ya era carne de matadero.

Estaba acariciándole el hocico cuando sintió que lo aferraban por la espalda y le arrojaban al agua. Al volverse, se topó con la figura iracunda de Lu enarbolando una vara.

—Desgraciado inútil. ¿Así es como pagas mis desvelos? —Su rostro era la viva imagen de un diablo.

Cí intentó protegerse cuando la vara descendió. Creyó sentir una quemadura lacerándole la cara.

—Levántate, miserable. —Le azotó de nuevo—.Te voy a enseñar a palos.

Cí intentó incorporarse, pero Lu lo golpeó otra vez. Luego aferró al joven del pelo y lo arrastró por el cieno.

—¿Sabes cuánto vale un búfalo? ¿No? Pues ahora vas a averiguarlo.

Lo arrojó sin piedad al lodo y le pisó la cabeza hasta que se la sumergió. Cuando se hartó de verle patalear, lo sacó y lo empujó bajo el arnés.

—¡Déjame! —gritó Cí.

—Te asquea trabajar en el campo, ¿eh? Te desespera que nuestro padre me prefiera a mí... —Intentó atarle a las correas.

—Padre no te querría ni aunque le lamieses los zapatos. —Cí se resistió.

—Cuando acabe contigo me los lamerás tú. —Y volvió a golpearlo.

Mientras se enjugaba la sangre del varetazo, Cí miró con rabia a su hermano. Como mandaban los ritos de piedad filial, nunca le había replicado, pero había llegado el momento de demostrarle que él no era su esclavo. Se levantó y lo golpeó en el vientre con todas sus fuerzas. Lu no lo esperaba y acusó el impacto. Sin embargo, se revolvió como un tigre y le devolvió un puñetazo en el costado. Cí cayó en redondo. Su hermano le aventajaba en peso y en envergadura. En lo único que no le superaba era en el odio que ahora le impulsaba. Intentó levantarse, pero Lu lo pateó. Cí sintió que algo crujía en su pecho, pero no le dolió. Antes de que pudiera quejarse, recibió otra patada en el vientre. Las sienas le palpitaron y el cuerpo le ardió. De nuevo otro golpe lo derribó. Trató de incorporarse, pero no lo consiguió. Sintió la lluvia limpiándole la sangre del rostro.

Creyó escuchar a su hermano tratándole como a un despojo, pero no pudo asegurarlo porque la negrura le invadió y perdió la conciencia.

* * *

Feng se encontraba frente al cadáver de Shang cuando apareció Cí arrastrando los pies como un espectro.

—¡Por los dioses! ¡Cí! ¿Quién te ha hecho...? —El juez lo acogió entre sus brazos antes de que se desmayara.

Feng lo tendió sobre una estera. Advirtió que apenas podía abrir uno de los ojos, pero la herida de la mejilla no parecía seria. Rozó el borde abierto con sus dedos.

—Te han marcado como a una mula —se lamentó mientras le descubría el torso. Se alarmó al descubrir el hematoma del costado, pero, por suerte, la costilla no estaba fracturada—. ¿Ha sido Lu? —Cí negó semiinconsciente—. No mientas. ¡Ese maldito animal! Tu padre hizo bien en dejarlo en el campo.

Feng terminó de desnudar a Cí e inspeccionó el resto de las heridas. Respiró aliviado al comprobar que su pulso se percibía rítmico y poderoso, pero aun así mandó a su ayudante en busca del curandero local. Al poco apareció un viejo desdentado cargado de hierbas y un par de tarros con brebajes. El hombrecillo examinó con exasperante lentitud a Cí, le aplicó unas friegas y le administró un tónico. Cuando terminó, lo vistió con ropa seca y recomendó a Feng que reposara.

Al cabo de un rato, un extraño zumbido alarmó a Cí. El joven se incorporó con dificultad y miró a su alrededor para advertir que se encontraba en la misma estancia en penumbra en la que se custodiaba el cadáver de Shang. Afuera llovía, pero el calor había comenzado a corromper la carne muerta, extendiendo el hedor como el de un pozo de excreciones. De nuevo escuchó el extraño murmullo procedente del cuerpo de Shang y se preguntó a qué obedecería. Enfocó la vista hasta que sus ojos se adaptaron a la oscuridad. El murmullo crecía y se agitaba siguiendo el ritmo de una sombra fantasmagórica que se mecía contrayéndose y expandiéndose sobre el cadáver. Al acercarse al muerto, advirtió que el zumbido procedía de un enjambre de moscas que revoloteaba sobre la sangre reseca que orlaba su garganta.

—¿Cómo va ese ojo? —preguntó Feng.

Cí dio un respingo. No se había percatado de la presencia de Feng, que permanecía sentado en el suelo, a unos palmos de distancia.

—No lo sé. No siento nada.

—Parece que saldrás de ésta. No tienes ningún hueso roto y... —Un trueno cercano resonó con violencia—. ¡Por la Gran Muralla! ¡Los dioses del cielo se están enfadando!

—Conmigo llevan tiempo así —se lamentó Cí.

Feng le ayudó a caminar mientras otro trueno retumbaba en la lejanía.

—Pronto vendrán los familiares de Shang con los ancianos del pueblo. Los he convocado para comunicarles mis hallazgos.

—Juez Feng, no puedo seguir en esta aldea. Por favor, llevadme con vos a Lin'an.

—Cí, no me pidas imposibles. Debes obediencia a tu padre y...

—Pero mi hermano me matará...

—Disculpa, llegan ya los ancianos.

Los familiares de Shang entraron llevando a hombros un ataúd de madera sobre cuya tapa habían garabateado unos dibujos. Encabezaba la comitiva el padre, un anciano angustiado por haber perdido al vástago que debería haberle honrado a él después de muerto, seguido de otros parientes y algunos vecinos. Dejaron el ataúd junto al cadáver y entonaron un cántico fúnebre. Cuando concluyeron, se situaron a los pies del difunto, indiferentes ante la fetidez que desprendía.

Feng les saludó y todos le hicieron una reverencia. Antes de tomar asiento, el juez espantó las moscas que acosaban la garganta de Shang, pero los insectos volvieron al festín en cuanto el hombre cesó el manoteo. Para impedirlo, ordenó que le cubrieran la herida con un paño. Luego tomó asiento en el sillón que acababa de preparar su ayudante mongol tras una mesa lacada en negro.

—Honorables ciudadanos, como ya sabéis, esta tarde se personará el magistrado enviado desde la prefectura de Jianningfu. Sin embargo, y de acuerdo con la petición de la familia, se me ha rogado que investigue cuanto estuviera en mi mano. Así pues, me ahorraré los detalles protocolarios y pasaré a enunciar los hechos.

Cí lo miró desde el rincón en el que se había aposentado. Admiraba su sabiduría y la sagacidad con la que se desempeñaba. Feng ordenó sus notas y comenzó.

—De todos es conocido que Shang carecía de enemigos y, pese a ello, fue brutalmente asesinado. ¿Cuál pudo ser el motivo? Para mí, sin duda, el robo. Su viuda, mujer tenida por honrada y respetuosa, afirma que en el momento de su desaparición, el difunto portaba tres mil *qián* ensartados en una cuerda atada a su cintura. Sin embargo, el joven Cí, quien ya esta mañana nos demostró su perspicacia al identificar los cortes de su cuello, asegura que, cuando descubrió a Shang, éste no llevaba dinero alguno. —Se levantó y entrecruzó las manos mientras paseaba ante los campesinos, que evitaron su mirada—. Por otra parte, el propio Cí halló un trapo en la cavidad bucal del cadáver, de cuya autenticidad doy fe, y que obra en mi poder, contabilizado y numerado como prueba. —Sacó el trapo de una cajita y lo desplegó ante los asistentes.

—¡Justicia para mi marido! —gritó la viuda entre sollozos.

Feng asintió con la cabeza. Calló un momento y continuó.

—A simple vista puede parecer que es un simple trozo de lino manchado con sangre... Pero si observamos estas manchas con detenimiento —recorrió las tres principales con sus uñas—, observaremos que todas responden a un curioso patrón curvado.

Los presentes cuchichearon, interrogándose sobre las consecuencias que podría propiciar tal descubrimiento. Cí se preguntó lo mismo, pero antes de encontrar una respuesta, Feng prosiguió.

—Para argumentar mis conclusiones, me he permitido hacer unas comprobaciones que desearía repetir ante los presentes. ¡Ren! —llamó a su ayudante.

El joven mongol se adelantó, llevando en sus manos un cuchillo de cocina, una hoz, un bote de agua entintada y dos paños. Se inclinó y depositó los objetos ante Feng, que los cogió. A continuación, el juez impregnó el cuchillo de cocina en el agua entintada para, seguidamente, secarlo con uno de los paños. Repitió la operación con la hoz y mostró el resultado a los asistentes.

Cí observó con atención, advirtiéndole que el paño con el que había limpiado el cuchillo revelaba unas manchas ahusadas y rectilíneas, mientras que las que se habían formado al limpiar la hoz coincidían con las curvadas halladas en el trapo que había encontrado en la boca de Shang. Así pues, el arma debía de ser una hoz. Cí se admiró de la sagacidad de su maestro.

—Por tal motivo —continuó Feng—, ordené a mi ayudante que requisara cuantas hoces existieran en la aldea, trabajo que, con la ayuda

de los hombres de Bao-Pao, ha cumplido durante la mañana con extrema diligencia. ¡Ren!

De nuevo el ayudante se adelantó, arrastrando una caja repleta de hoces. Feng se levantó para acercarse al cadáver.

—La cabeza fue separada del tronco con una sierra de carnicero, sierra que los hombres de Bao-Pao encontraron en la misma parcela donde fue asesinado Shang. —Sacó una sierra de la caja y la depositó en el suelo—. Pero el tajo mortal fue asestado con algo diferente. La herramienta que segó su vida sin duda era una hoz como ésta.

Un murmullo rompió el silencio sepulcral. Cuando callaron, Feng continuó.

—La sierra no presenta señales distintivas. Está confeccionada con hierro común y su mango de madera no ha sido reconocido. Pero, por fortuna, cada hoz lleva siempre inscrito el nombre de su propietario, de modo que en cuanto localicemos el arma, capturaremos también al culpable. —Feng hizo un gesto a Ren.

El ayudante se dirigió al exterior y abrió la puerta del cobertizo, dejando a la vista un grupo de campesinos custodiados por los hombres de Bao-Pao. Ren los hizo entrar. Cí no logró distinguirlos porque se agolparon al fondo, donde reinaba la oscuridad.

Feng preguntó a Cí si se encontraba con ánimos para ayudarlo. El joven respondió afirmativamente. Se levantó con esfuerzo y asintió a las instrucciones que Feng le susurró al oído. Luego cogió un cuaderno y un pincel y siguió al juez, quien se agachó frente a las hoces para examinarlas. Lo hizo con calma, depositando cuidadosamente las hojas de las hoces sobre las marcas impresas en el trapo y mirándolas al

trasluz. A cada poco dictaba algo a Cí, quien, siguiendo las órdenes de Feng, hacía como que escribía.

Hasta entonces, a Cí le había extrañado la finalidad del proceder de Feng, porque la mayoría de las hojas se forjaban a partir de un mismo molde, y a menos que casualmente la hoz en cuestión poseyese alguna dentellada singular, difícilmente podría obtenerse una información concluyente. Sin embargo, ahora lo entendía. De hecho, no era la primera vez que veía emplear a Feng una argucia como aquélla. Como el código penal prohibía taxativamente la condena de un enjuiciado sin haber obtenido su confesión previa, Feng había trazado un plan para amedrentar al culpable.

«No tiene pruebas. No tiene nada».

Feng terminó con las hoces y simuló leer las anotaciones inexistentes de Cí. Luego se volvió despacio hacia los campesinos mientras se atusaba el bigote.

—¡Sólo os lo diré una vez! —gritó sobreponiéndose al estallido de la tormenta—. Las marcas de sangre encontradas en este trapo identifican al culpable. Las manchas coinciden con una única hoz, que, como ya sabéis, están grabadas con vuestros nombres. —Escrutó los rostros asustados de los labradores—. Sé que todos conocéis la condena por un crimen tan abominable, pero lo que ignoráis es que, si el culpable no confiesa ahora, su ejecución tendrá lugar mediante el *lingchi* de forma inmediata —bramó.

Un nuevo murmullo se extendió por el cobertizo. Cí se horrorizó. El *lingchi* o muerte de los mil cortes era el castigo más sanguinario que una mente humana pudiera imaginar. Se desnudaba al reo y después, lentamente y atado a un poste, se descuartizaban sus miembros como si

se hicieran filetes. Los trozos de carne se depositaban ante el condenado, que era mantenido con vida el mayor tiempo posible, hasta que se le extraía un órgano vital. Miró a los labriegos y en sus caras vio el reflejo del pavor.

—Pero en atención a que no soy el juez encargado de esta subprefectura —gritó Feng a un palmo de los aterrados aldeanos—, voy a brindar al culpable una oportunidad irrechazable. —Se detuvo frente a un joven campesino que gimoteaba. Lo miró con desprecio y continuó—: En virtud de mi magnanimidad, voy a ofrecerle la misericordia que él no tuvo con Shang. Le concedo la ocasión de recuperar un ápice de honor permitiéndole que confiese su crimen antes de que le acuse. Sólo así podrá evitar la ignominia y la más terrible de las muertes.

Se retiró lentamente. La lluvia golpeaba la techumbre. No se escuchaba nada más.

Cí observó a Feng desplazarse como un tigre a la caza: sus andares pausados, la espalda encorvada, su mirada tensa. Casi podía respirar su nerviosismo. Los hombres sudaban entre el silencio y el hedor, con sus ropas empapadas adheridas a la piel. Afuera tronaba.

El tiempo pareció detenerse ante la ira de Feng, pero nadie se inculpó.

—¡Sal, necio! ¡Es tu última oportunidad! —gritó el juez.

Nadie se movió.

Feng apretó los puños hasta clavarse las uñas. Murmuró algo y se dirigió entre maldiciones hacia Cí. El joven se asombró. Era la primera vez que lo veía así. El juez le arrebató el papel con las notas y fingió repasarlo. Luego miró a los campesinos. Sus brazos temblaban.

Cí comprendió que en cualquier momento Feng quedaría al descubierto. Por eso se admiró al contemplar la resolución con la que, inesperadamente, el juez se dirigió hacia el enjambre de moscas que revoloteaba sobre la sierra de carnicero.

—Malditas chupasangres. —Las espantó haciendo que se dispersaran.

De repente, su mente pareció relampaguear.

—Chupasangres... —repitió.

Feng manoteó sobre la sierra, provocando que la nube de insectos se desplazara hacia el lugar donde se amontonaban las hoces. Casi todas las moscas escaparon, pero varias descendieron hasta posarse sobre una hoz en concreto. Entonces el rostro de Feng cambió y emitió un rugido de satisfacción.

El juez se dirigió hacia la hoz sobre la que pululaban las moscas, la miró atentamente y después se agachó. Era una hoz común, aparentemente limpia. Y, sin embargo, de entre todas las hoces, aquélla era la única que las moscas se afanaban por chupar. Feng cogió una lámpara y la acercó a la hoja hasta distinguir unas motas rojas, casi imperceptibles. Luego dirigió la luz hacia la marca inscrita en el mango que identificaba a su propietario. Al leer la inscripción, su sonrisa se heló. La herramienta que descansaba entre sus manos pertenecía a Lu, el hermano de Cí.

CAPÍTULO 4

Cí se palpó con cuidado la herida de la mejilla. Quizá no fuera mayor que otras que se había hecho en el arrozal, pero ésta había llegado para quedarse. Se apartó del espejo de bronce y bajó la cabeza.

—Olvida esa menudencia, muchacho. Cicatrizará y la lucirás con orgullo —le animó Feng.

«Ya. ¿Y con qué orgullo miraré ahora a Lu?».

—¿Qué le sucederá?

—¿Te refieres a tu hermano? Deberías alegrarte por librarte de esa bestia. —Y engulló uno de los pasteles de arroz que les acababan de servir en sus aposentos—. Ten. Prueba uno.

Cí lo rechazó.

—¿Le ejecutarán?

—¡Por el dios de la montaña, Cí! ¿Y qué si lo hacen? ¿Has visto lo que le hizo al difunto?

—Aún sigue siendo mi hermano...

—Y también un asesino. —Feng dejó el bocado con enojo—. Mira, Cí, realmente no sé qué sucederá; no soy yo quien ha de juzgarle. Imagino que el magistrado que se hará cargo del caso será un hombre juicioso. Hablaré con él y le imploraré clemencia si ése es tu deseo.

Cí asintió sin demasiada confianza. No sabía cómo persuadir a Feng para que mostrase más interés por Lu.

—Estuvo magnífico, señor —le aduló—. Las moscas en la hoz... la sangre reseca... ¡Jamás se me habría ocurrido!

—Tampoco a mí. Fue algo espontáneo. Al espantarlas, las moscas volaron hacia una hoz determinada. Entonces me di cuenta de que su vuelo no fue fortuito, que se posaron en aquella hoz porque aún conservaba sangre reseca en su hoja, y que, por tanto, pertenecía al asesino. Pero he de reconocer que el mérito no fue sólo mío... Tu colaboración ha resultado fundamental. No olvides que fuiste tú el que descubrió el pañuelo.

—Ya... —se lamentó—. ¿Podré ver a mi hermano?

Feng sacudió la cabeza.

—Supongo que sí. Si es que logramos capturarlo...

Cí abandonó los aposentos de Feng y vagó entre las callejuelas sin prestar atención a las ventanas que se cerraban a su paso. Conforme avanzaba, advirtió que varios vecinos le negaban el saludo. No le importó. De camino hacia el río, insultos sin dueño le hirieron por la espalda. Los caminos deslavazados por la lluvia eran el vivo reflejo de su alma, un espíritu vacío y desolado cuya penitencia parecía incrementarse con el olor a podredumbre que se revolvía en su nariz. Todo en aquel lugar —los restos de tejas caídas por el viento, las terrazas de arrozales serpenteando en las montañas, las barcas de los transportistas meciéndose vacías en un inútil chapoteo— le hizo pensar que su vida estaba marcada por la desgracia. Hasta la cicatriz de su cara parecía responder a la señal de un apestado.

Odiaba aquel pueblo; odiaba a su padre por haberle engañado; odiaba a su hermano por su brutalidad y su simpleza; odiaba a los vecinos que le espiaban tras las paredes de sus casas; a la lluvia que día tras día le empapaba por dentro y por fuera. Odiaba la extraña enfermedad que había sembrado su torso de quemaduras, y hasta odiaba a sus hermanas por haberse muerto y haberle dejado solo junto a la pequeña Tercera. Pero, sobre todo, se odiaba a sí mismo. Porque si existía algo más indigno que la crueldad o el asesinato, si existía algún comportamiento vergonzoso y despreciable conforme a los códigos confucianos, era traicionar a su propia familia. Y eso era lo que él había conseguido al contribuir, sin pretenderlo, a la detención de su hermano.

El aguacero arreció. Paseaba arrimado a las fachadas buscando aleros bajo los que guarecerse cuando al doblar una esquina se dio de bruces contra un séquito encabezado por un culi que zarandeaba su tamboril con la excitación de un demente. A éste le seguía otro enarbolando un cartel en el que podía leerse: «SER DE LA SABIDURÍA —MAGISTRADO DE JIANNINGFU». Tras ambos, ocho porteadores trasladaban un palanquín cerrado protegido por una fina celosía. Cerraban la comitiva

cuatro esclavos cargados con lo que debían de ser las pertenencias personales del magistrado. Cí se inclinó en señal de respeto, pero antes de enderezarse los portadores le esquivaron como quien sorteaba una peña en el camino y continuaron su alocada carrera.

El joven los miró con temor mientras desaparecían calle abajo. No era la primera vez que veía al Ser, pues en ocasiones éste visitaba la aldea para dirimir asuntos de herencias, impuestos o conflictos de difícil resolución. Sin embargo, nunca antes había acudido por un delito de asesinato, y menos aún con tanta prontitud. Olvidó sus cuitas y siguió a la comitiva hasta la casa de Bao-Pao. Una vez allí, se apostó tras una ventana para seguir los acontecimientos.

El caudillo recibió al magistrado como si se tratara del mismísimo emperador. Cí lo vio doblar el espinazo mientras le regalaba una sonrisa escasa de dientes y sobrada de hipocresía. Tras los honores, el caudillo exigió a la servidumbre que trasladara su equipaje y dispusiera su propio cuarto para el Ser de la Sabiduría, espantando luego a los siervos a palmadas como si fueran gallinas. Después, entre reverencia y reverencia, informó al magistrado de los últimos acontecimientos y de la presencia de Feng en la aldea.

—¿Y decís que aún no habéis capturado a ese tal Lu? —le oyó preguntar Cí al magistrado.

—La maldita tormenta está dificultando el rastreo a los perros, pero pronto lo cazaremos. ¿Deseáis comer algo?

—¡Desde luego! —Y se sentó en el pequeño taburete que presidía la mesa. Bao-Pao hizo lo propio sobre otro—. Decidme, ¿no es el acusado el hijo del funcionario? —se interesó el magistrado.

—¿Lu? Así es, en efecto. Vuestra memoria continúa siendo proverbial.
—«Al igual que vuestra panza», pensó con sorna el caudillo.

El Ser de la Sabiduría se rio como si realmente lo creyera. BaoPao le estaba sirviendo más té justo cuando Feng entró en la sala.

—Acaban de avisarme. —Se disculpó el juez con una reverencia.

Al comprobar que su edad y rango eran inferiores a los de Feng, el Ser de la Sabiduría se levantó para ofrecerle su sitio, pero el juez lo rechazó y tomó asiento junto a Bao-Pao. Seguidamente, Feng comenzó a trasladarles sus últimas averiguaciones mientras el magistrado prestaba más atención a los platillos de carpa hervida que a lo que el juez le estaba contando.

—De modo que... —intentó concluir Feng.

—Delicioso. Este dulce es realmente delicioso —le interrumpió el Ser. Feng elevó las cejas.

—Decía que nos enfrentamos a un asunto espinoso —siguió Feng—. El presunto asesino es hijo de un antiguo empleado mío y, desafortunadamente, fue su propio hermano el que descubrió el cuerpo.

—Eso me ha contado Bao-Pao —concedió el Ser con una risilla tonta—. Qué muchacho más estúpido. —Y volvió a engullir otro bocado.

Desde el exterior, Cí deseó golpearlo.

—En fin, he preparado un informe detallado, que supongo que querréis examinar antes de vuestra inspección —declaró Feng.

—¿Eh? ¡Ah! Sí, bien. Claro que, si es tan detallado, ¿para qué un segundo examen teniendo aquí estos platos? —Rio de nuevo.

Feng hizo una seña a su acólito para que se retirara con los informes. Le preguntó al Ser si deseaba interrogar a Cí, pero el magistrado rechazó la oferta y siguió engullendo sin descanso. Finalmente, dejó de masticar y miró a Feng.

—Dejemos la burocracia y capturemos a ese bastardo.

No hubieron de esperar a la cena, porque una reata de sabuesos conducidos por los hombres de Bao-Pao localizaron a Lu en el Monte del Gran Verdor, camino de Wuyishan. El hermano de Cí portaba tres mil *qián* atados a la cintura y se defendió como un animal acosado. Para cuando lograron reducirle, Lu ya había recibido la paliza de su vida.

* * *

El juicio se convocó para después del anochecer. La noticia sorprendió a Cí en su casa mientras intentaba explicarle a su padre todo lo que había sucedido.

—¡Lu jamás haría eso! —aulló su padre frenético—. Y tú, ¿cómo has ayudado a acusarle?

—Pero, padre, yo no sabía que Lu... —Cí bajó la cabeza—. Feng nos ayudará. Me ha prometido que...

El hombre interrumpió a Cí con una mirada furibunda. Luego cogió a Tercera en brazos y en compañía de su esposa abandonó la vivienda.

Cí les siguió a cierta distancia, extrañado por la premura de la convocatoria. Ante cualquier proceso por asesinato debían practicarse dos investigaciones consecutivas instruidas por distintos magistrados, pero, según parecía, el Ser de la Sabiduría tenía prisa por regresar a su prefectura. Cuando alcanzaron la sala habilitada para la audiencia, observó que la presidía el estandarte judicial de la prefectura. Dos faroles de seda flanqueaban un pupitre y sillón vacíos.

No tuvieron que aguardar la llegada de Lu. Escoltado por los hombres de Bao-Pao, apareció con la cabeza enganchada al *jia*, el pesado cepo de madera que le asemejaba a un buey apaleado. Los grilletes que ensangrentaban sus pies y las manillas de pino prendiendo sus muñecas mostraban claramente que se trataba de un criminal peligroso. Al poco entró el Ser, ataviado con la toga de seda negra y el gorro *bialar* que lo identificaba como magistrado. El oficial del Orden lo presentó y leyó los cargos que pesaban contra Lu. Todos callaron, menos el Ser.

—Si el acusador está de acuerdo... —inquirió.

El primogénito del difunto se arrodilló en señal de sumisión y golpeó el suelo con su frente. A continuación, el alguacil le pidió que ratificara el papel en el que figuraban las acusaciones. El hombre leyó el texto tartamudeando, humedeció un dedo en la piedra de tinta e imprimió su huella roja en la parte superior. El alguacil la secó y confirmó su autenticidad con el pincel. Luego se la entregó al Ser.

—Por la gracia de nuestro Supremo Emperador Ningzong, heredero del Celeste Imperio, en su honorable y loado nombre, yo, su humilde servidor, Ser de la Sabiduría de la prefectura de Jianningfu y magistrado

de este tribunal, una vez leídos cuantos cargos acusan al abyecto criminal Song Lu como asesino del ciudadano Li Shang, a quien robó, mató, profanó y decapitó, declaro que conforme a las leyes de nuestro milenario código penal, el *Songxingtong*, resultan probados cuantos hechos se reflejan en el precedente informe practicado por el sapientísimo juez Feng. Y siendo tal la certeza de éstos, cedo la palabra al acusado para que declare su culpabilidad, so pena de padecer cuantos tormentos fueren necesarios hasta su completa y final confesión.

Cí no pudo evitar que le doliera el corazón.

El alguacil empujó a Lu hasta hacerle hincar las rodillas. Lu miró al Ser con los ojos hundidos, carentes de inteligencia. Al comenzar a hablar, Cí observó que le faltaban varios dientes.

—Yo... no maté a ese hombre... —acertó a decir Lu.

Cí lo contempló compungido. Su hermano parecía un perro vencido. Aunque fuera culpable, no merecía aquel trato.

—Considera lo que dices —advirtió el Ser a Lu—. Mis hombres son hábiles con ciertos instrumentos...

Lu no pareció entender la amenaza. Cí pensó que estaba bebido. Uno de los guardias obligó a Lu a besar el suelo.

Parapetado tras sus pinceles y las piedras de tinta, el Ser releyó las notas elaboradas por Feng. Lo hizo con calma, como si fuese la única tarea encomendada para aquel día. Luego alzó la vista y escrutó a Lu.

—El acusado tiene ciertos derechos. Aún no se ha dirimido totalmente su culpabilidad, de modo que concedámosle la oportunidad de la

palabra. Dime, Lu, ¿dónde te encontrabas hace dos lunas, entre la salida del sol y el mediodía?

Lu no contestó, de modo que el Ser repitió la pregunta, elevando el tono y su irritación.

—Trabajando —respondió al final Lu, sin convicción.

—¿Trabajando? ¿Dónde?

—No sé. En el campo —balbuceó.

—¡Ya! Sin embargo, dos de tus peones manifiestan lo contrario. Por lo visto, esa mañana no apareciste por el arrozal.

Lu lo miró con cara de estúpido. Los ojos le bailaban como los de un borracho.

—Aunque tú no lo recuerdes, Lao, el ventero con quien bebiste hasta altas horas de la madrugada la noche anterior, no lo ha olvidado. Según dice, jugasteis a los dados, te emborrachaste y perdiste mucho dinero —continuó el magistrado.

—Eso es imposible. Nunca he dispuesto de mucho dinero —replicó en un atisbo de impertinencia.

—Y también afirma que lo perdiste todo.

—Es lo que ocurre cuando se apuesta con los dados...

—Sin embargo, en tu cintura colgaba una sarta con tres mil monedas en el instante en que te detuvieron. —Lo miró con detenimiento—.

Permíteme que te refresque la memoria con algo que no sea licor. Esta tarde, cuando huías tras el asesinato...

—Yo no huía... —le interrumpió en un alarde de atrevimiento—. Iba al mercado de Wuyishan. Eso es... Quería comprar otro búfalo porque el imbécil de mi hermano... —se mordió la lengua y señaló a Cí—: Porque ése de ahí le quebró la pata al único que tenía.

—¿Con tres mil *qián*? ¡Basta ya de mentiras! Todo el mundo sabe que un búfalo cuesta cuarenta mil —rugió Feng.

—Iba a pagar sólo una señal —se defendió.

—¡Con el dinero que robaste, claro! Acabas de declarar que perdiste cuanto tenías, y tu propio padre ha confirmado que estabas endeudado.

—Esos tres mil *qián* se los gané a un tipo después de salir de la taberna.

—¡Ah! ¿Y de quién se trata? Supongo que esa persona podrá atestiguarlo.

—No... No sé... No lo había visto nunca. Era un borracho que se ofreció a jugar y perdió. Él mismo me dijo que en Wuyishan vendían bueyes baratos. ¿Qué queríais que hiciera? ¿Que le devolviera lo ganado?

El juez se adelantó a la mesa que hacía las veces de estrado y solicitó del Ser su autorización. Luego se dirigió hacia Lu y le desató la sarta con monedas que aún anudaba en su cintura para, a continuación, mostrársela al hijo del difunto. El joven miró con rabia la cincha sin prestar atención a las monedas agujereadas que bailaban sobre sus alojamientos.

—Es la de mi padre —aseguró.

Pese a lo triste de la situación, Cí admiró la astucia de Feng. Como los ladrones solían apoderarse de las sartas completas, entre los campesinos había cundido la costumbre de personalizar los cordeles que ensartaban las monedas con marcas que, en caso de robo, hicieran posible su identificación. El Ser asintió ante Feng y repasó de nuevo sus documentos.

—Dime, Lu, ¿reconoces esta hoz? —Hizo una seña para que el alguacil se la acercara.

El detenido la miró con desinterés. Los ojos se le cerraron, pero el alguacil le propinó un empujón que le hizo despertar. Los abrió y la miró de nuevo.

—¿Es la tuya? —insistió el Ser.

Lu reconoció el grabado de su nombre y afirmó con la cabeza.

—Según consta en el informe —continuó el magistrado—, el juez Feng vinculó de forma inequívoca esta hoz con el asesinato, y aunque por sí solo este hecho y el dinero incautado serían suficientes para condenarte, la ley me obliga a conminarte a que confieses.

—Os vuelvo a decir... —Lu se le quedó mirando estúpidamente, incapaz de continuar.

—¡Maldición, Lu! En atención a tu padre, aún no te he torturado, pero si persistes en tu actitud me veré obligado a... Estoy perdiendo la paciencia, Lu.

—¡Me dan igual la hoz, los *qián*, los testigos...! —Se rio como un majadero.

Un golpe de bambú se estampó contra sus costillas. A un gesto del Ser, dos alguaciles lo arrastraron hacia una esquina.

—¿Qué le van a hacer? —preguntó Cí a Feng.

—Tendrá suerte si resiste la máscara del dolor —le respondió.

CAPÍTULO 5

Cí conocía bien aquel tormento, del mismo modo que sabía que si el acusado no confesaba, cualquier prueba en su contra carecería de valor. Por esa razón tembló.

El oficial del Orden apareció portando en sus manos una siniestra máscara de madera con refuerzos de metal, de cuya base partían dos cinchas de cuero. A una señal suya, dos ayudantes sujetaron a Lu, que se revolvió como un animal cuando intentaron acoplarle el artilugio. Cí observó cómo su hermano aullaba enloquecido, lanzando dentelladas al aire mientras se debatía en el suelo. Varias mujeres se escondieron temerosas, pero cuando los alguaciles lograron asegurarle la máscara, aplaudieron y volvieron a sus puestos. Al punto, el oficial del Orden se acercó a Lu, quien, tras varios varetazos más, parecía haberse calmado.

—¡Confiesa! —le conminó el Ser.

Pese a las cadenas que le retenían, Lu aún aparentaba ser más fuerte que cualquiera de los presentes. Llevaba un rato sereno cuando, de

repente, se revolvió y golpeó con el cepo al guardián más próximo, para a continuación abalanzarse sobre Cí. Por fortuna, los alguaciles lo detuvieron y lo apalearon hasta domarlo. Una vez rendido, aprovecharon para encadenarlo a la pared del granero. El oficial insistió, acercándole una vara a la boca.

—Declara, y aún podrás masticar arroz.

—¡Quitadme esta mierda, hatajo de cebúes!

A un gesto del Ser, el alguacil giró una manilla y la máscara se contrajo sobre sí misma, ajustándose a la cabeza de Lu, que chilló como si le rompieran los huesos. La siguiente vuelta hizo que el artefacto se clavara contra sus sienes, arrancándole un aullido de dolor. Cí sabía que, en un par de vueltas, su cráneo estallaría como una nuez en el mortero.

«Confiesa de una vez, hermano».

Lu persistió en su silencio y el aullido se agudizó. Cí se tapó los oídos al mismo tiempo que un hilo de sangre brotaba en la frente de Lu.

«Confiesa, por favor».

A la siguiente vuelta, la máscara crujió y un alarido inhumano reverberó en toda la sala. Cí cerró los ojos. Cuando los abrió, comprobó que Lu se había mordido la lengua y sangraba con profusión. Iba a implorar clemencia cuando Lu se desmayó.

Al instante, el Ser ordenó a los alguaciles que detuvieran el tormento. Lu yacía doblado sobre sí mismo como un trapo arrugado, pero aún respiraba. Con un hálito imperceptible, el reo hizo una señal al magistrado, quien indicó a sus hombres que le aflojaran la máscara.

—Con... fieso... —susurró.

Al escuchar sus palabras, el hijo del difunto se abalanzó sobre Lu y lo pateó como a un perro. Lu apenas se inmutó. Cuando los alguaciles lograron alejar al enajenado, Lu se arrodilló e imprimió su huella sobre el documento de confesión. Seguidamente, el Ser pronunció el veredicto.

—En nombre del todopoderoso hijo del Cielo, declaro a Song Lu autor confeso del asesinato del venerable Shang. Al resultar las heridas que le infirió irremediablemente mortales y existiendo como añadido el ánimo de robar, no es aplicable la muerte por degüello ni tampoco por estrangulación, por lo que conforme a lo regulado en las honorables leyes del *Songxingtong*, el criminal Song Lu será ejecutado por decapitación.

El Ser timbró de rojo la sentencia y ordenó a los alguaciles que custodiaran al reo, dando por concluido el proceso. Cí intentó hablar con su hermano, pero los guardias se lo impidieron, así que se dirigió a Feng para valorar la posibilidad de un recurso. Cuando se disponía a abandonar el recinto, vio a su padre postrarse de hinojos ante los familiares de Shang e implorarles perdón, pero los huérfanos lo apartaron como si fuera un despojo. Cí corrió a ayudarlo, pero su padre lo rechazó con un aspaviento. El hombre se incorporó como pudo y se sacudió el polvo de sus ropas. Después salió del cobertizo sin volver la vista atrás mientras Cí se dejaba caer abatido, acompañado tan sólo por la amargura de sus sentimientos.

Transcurrió un rato antes de que Cereza se le acercara con sigilo. La muchacha ocultaba su rostro bajo una capucha porque se había escabullido un instante de su familia.

—No te aflijas —le susurró ella—. Tarde o temprano mi familia recapacitará y aceptará que vosotros no sois como Lu.

Cí intentó quitarle la capucha, pero ella se apartó.

—Lu nos ha deshonrado —acertó a decir él.

—En todos los campos aparecen plagas. Ahora, he de irme. Ruega a los dioses por nosotros. —Acarició su cabeza y se marchó corriendo.

Sin embargo, a pesar de que se iba a librar de su hermano, Cí no pudo evitar que le carcomieran los remordimientos.

De un modo que no alcanzaba a comprender, Cí se sentía en deuda con su hermano. Quizá fuera porque Lu le había protegido en su infancia, o quizá porque, pese a la hosquedad de su carácter, también había trabajado duro por ellos. Ante aquella tragedia, no le importaban las veces que Lu le hubiera maltratado, ni lo ignorante, necio o rudo que pudiera ser con él. Ni siquiera le importaba el hecho de que hubiera robado o que fuese un criminal. Porque, sobre todo, Lu era su hermano, y las enseñanzas confucianas le obligaban a respetarle y obedecerle por encima de cualquier otra circunstancia. Tal vez Lu no supiera ser mejor, pero no creía que su hermano fuese un asesino. Violento, sí, pero un asesino, no.

«¿O quizá sí?».

* * *

El día amaneció con la misma lluvia y los mismos relámpagos. Todo igual, salvo la ausencia de Lu.

Cí se desperezó. No había dormido en toda la noche, así que salió temprano al encuentro de Feng para interesarse por el futuro de su hermano. Encontró a Feng en los establos, preparando su equipaje junto a su ayudante mongol. Al percatarse, dejó sus pertenencias y se acercó a Cí. Le dijo que partían por tierra hacia Nanchang, donde embarcarían en una de las chalupas arroceras que navegaban hacia el Yangtsé. Viajaba hacia la frontera septentrional en una misión que le ocuparía varios meses y que no admitía dilación.

—Pero no podéis dejarnos así, con mi hermano a punto de morir.

—Eso aún no debería preocuparte.

Feng le aclaró que, en los casos de pena capital, el Alto Tribunal Imperial debía confirmar el veredicto en Lin'an, lo que implicaba el traslado de Lu a alguna prisión estatal hasta la emisión del dictamen definitivo.

—Y conforme al calendario establecido, eso no sucederá antes del otoño —concluyó.

—¿Eso es todo? ¿Y un recurso? Podríamos interponer un recurso. Sois el mejor juez, y... —imploró.

—Sinceramente, Cí, aquí queda poco por hacer. El Ser de la Sabiduría detenta plena competencia sobre este asunto, y su honor se vería gravemente ofendido si yo me entrometiera. —Le alcanzó un fardo a su ayudante y se detuvo, pensativo—. Lo único que puedo intentar es recomendar que trasladen a tu hermano a Sichuan, al oeste del país. Allí

conozco al intendente que gobierna las minas de sal y sé por él que a los reos que trabajan con ahínco los mantienen con vida más tiempo. Además, como te he dicho, un asunto inexcusable me reclama en el norte y...

—Pero ¿y las pruebas? —Cí le dejó con la palabra en la boca—. Nadie en su sano juicio asesinaría por tres mil *qián*...

—Tú mismo acabas de decirlo: «Nadie en su sano juicio...». Sin embargo, no parece que Lu lo estuviera, ¿no crees? Esa historia de que ganó el dinero al salir de la taberna... —denegó con un gesto—. No intentes buscar racionalidad en el comportamiento de un borracho iracundo, porque nunca la encontrarás.

Cí bajó la cabeza.

—¿Hablaréis entonces con el Ser?

—Ya te he dicho que lo intentaré.

—Yo... No sé cómo agradeceros... —Se arrodilló para complimentarle.

—Has sido casi como un hijo para mí, Cí. —Feng le obligó a que se levantara—. Ese hijo que el dios de la fertilidad se ha empeñado en negarme una y otra vez. Ya ves —murmuró con amargura—: Los mezquinos anhelan posesiones, dinero o fortunas, y, sin embargo, la mayor riqueza es la que proporciona una descendencia que te garantice cuidados en la vejez y honras en el más allá. —Un nuevo rayo atronó en el exterior—. ¡Maldita tormenta! Ése ha caído cerca —masculló—. Ahora debo dejarte. Saluda a tu padre de mi parte. —Le cogió por los hombros—. Dentro de unos meses, cuando regrese a Lin'an, me ocuparé del recurso.

—Por favor, venerable Feng, no olvidéis interceder ante el Ser de la Sabiduría por Lu.

—Ve tranquilo, Cí.

El joven se arrodilló de nuevo y tocó el suelo con la frente para ocultar su amargura. Cuando alzó la vista, el juez ya había desaparecido.

* * *

Aunque Cí intentó hablar con su padre, no lo consiguió. El hombre se había encerrado en su habitación con la puerta atrancada por dentro. Su madre le imploró que no lo importunara. Lu ya era un adulto emancipado y cualquier cosa que intentaran hacer en su favor sólo les procuraría una deshonra aún mayor. Cí intentó convencerla en vano. Luego se desgañitó sin que su padre le respondiera. Entonces, y sólo entonces, decidió que él se ocuparía de Lu.

A mediodía solicitó audiencia con el Ser para comprobar los resultados de las gestiones de Feng. El magistrado recibió a Cí y le ofreció algo de comer, cosa que sorprendió al joven.

—Feng me ha hablado bien de ti. Lástima lo de tu hermano, un mal sujeto, según se ha visto. Pero pasa, no te quedes ahí. Siéntate y dime en qué puedo ayudarte.

A Cí continuó asombrándole su cordialidad.

—El juez Feng me dijo que hablaría con vos sobre las minas de Sichuan —dijo inclinándose ante él—. Me comentó que podríais enviar allí a mi hermano.

—Ah, sí. Las minas... —El Ser engulló un trozo de pastel y se chupó los dedos—. Mira, muchacho, en la antigüedad sobraban las leyes porque bastaba con las cinco audiencias: se presentaban los antecedentes, se observaban los cambios del rostro, se escuchaban la respiración y las palabras, y en la quinta audiencia se escrutaban los gestos. No hacía falta nada más para desvelar la negrura de un espíritu. —Dio un nuevo bocado—. Pero ahora las cosas son distintas. Ahora un juez no puede, digamos... *interpretar* los sucesos con la misma... ligereza —dijo enfatizando sus palabras—. ¿Entiendes lo que digo?

Pese a no comprenderle, Cí asintió. El Ser continuó.

—De modo que te gustaría que Lu fuera trasladado a las minas de Sichuan... —Se limpió las manos en un paño y se levantó a buscar un tratado—. Veamos, veamos... Sí. Aquí está. En efecto, en según qué casos, la pena de asesinato puede conmutarse por la de destierro, siempre y cuando un familiar satisfaga la compensación monetaria correspondiente.

Cí prestó atención.

—Lamentablemente, el asunto que nos ocupa no admite discusión. Tu hermano Lu es culpable del peor de los crímenes. —Se detuvo un momento a reflexionar—. De hecho, deberías agradecerme que durante el juicio no calificara la decapitación de Shang como parte de algún ritual de magia familiar, pues en tal caso, no sólo Lu estaría abocado a la muerte de los mil cortes, sino que, por añadidura, tú y tu familia habríais sido desterrados a perpetuidad.

«Sí. Hemos tenido una gran suerte».

Cí apretó los puños. En efecto la ley contemplaba que los parientes del reo culpable, aun resultando inocentes del crimen, podían compartir con el asesino el mismo arte malévolos, en cuyo caso se hacía preciso su destierro. Sin embargo, no comprendía a dónde quería llegar el Ser. El magistrado, al advertir la extrañeza de Cí, decidió ser más explícito.

—Bao-Pao me ha comentado que tu familia posee propiedades. Unos terrenos por los que en su día ofreció a tu padre una buena cantidad.

—Así es —balbuceó Cí sin comprender.

—Y Feng me observó que, en estas circunstancias, sería preferible que discutiera contigo este asunto en lugar de con tu padre. —Se levantó y comprobó que la puerta estuviese bien cerrada. Luego volvió a la mesa y se acomodó.

—Disculpadme, magistrado, pero no alcanzo a entender...

El Ser se encogió de hombros.

—Por ahora sólo pretendo que llenemos el estómago, pero, quizá, mientras comemos, podamos acordar la cifra que libre a tu hermano del tormento.

* * *

Cí pasó el resto de la tarde meditando la propuesta del Ser. Cuatrocientos mil *qián* era una cantidad exorbitante, pero también una minucia si servía para salvar la vida de Lu. Cuando llegó a su casa, sorprendió a su padre encorvado sobre unos papeles. El hombre tosió torpemente y los guardó en el cofre rojo. Después se volvió hacia él, indignado.

—Es la segunda vez que me interrumpes. A la tercera te arrepentirás.

—Conserváis un código penal, ¿no? —Su padre no dio crédito a lo que tomó por una impertinencia, pero antes de que pudiera articular palabra, Cí continuó—: Necesito consultarlo. Tal vez pueda ayudar a Lu.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿El desgraciado de Feng? ¡Por el Gran Buda, olvida a tu hermano de una maldita vez, que bastante infamia nos ha traído con su crimen!

Cí achacó lo airado de sus palabras a un desvarío momentáneo.

—Quien me lo haya dicho es lo de menos. Lo que de verdad importa es que nuestros ahorros podrían salvar a Lu.

—¿Nuestros ahorros? ¿Desde cuándo has ahorrado tú? Olvida a tu hermano y aléjate de Feng. —Sus ojos parecían los de un demente.

—Pero, padre... El Ser me ha asegurado que si entregamos cuatrocientos mil *qián*...

—¡He dicho que lo olvides! ¡Maldición! ¿Sabes de cuánto disponemos? ¡En seis años de contable no he reunido ni cien mil! La mitad los gasté en mantenernos y la otra mitad en ti. A partir de hoy estamos solos, así que ahorra tu esfuerzo para gastarlo en el campo, que es donde lo vas a necesitar. —Se agachó y protegió el cofre con un paño.

—Padre, en este crimen hay algo que no entiendo. No voy a olvidar a Lu...

Un guantazo cruzó la cara de Cí, que quedó demudado por una mueca de asombro. Era la segunda vez que su padre le levantaba la mano. Inexplicablemente, el antaño honorable patriarca se había convertido en un anciano encanecido que, atenazado por la ira, temblaba frente a él, con los labios crispados y su mano, elevada y amenazadora, a un palmo de su boca. Pensó en buscar él mismo el código penal, pero rehusó enfrentarse a su progenitor. Simplemente, se dio la vuelta y salió a la calle sin prestar atención a los gritos que le exigían que se detuviera.

Caminó bajo la lluvia hasta alcanzar el hogar de Cereza. En el exterior se apreciaba un pequeño altar mortuario que la lluvia se había encargado de transformar en un puñado de velas caídas y flores deshojadas. Enderezó las que pudo y rodeó la entrada para dirigirse hacia la estancia en la que solía descansar su prometida. Allí, el alero le protegía de la lluvia. Como de costumbre, golpeó con un guijarro en uno de los maderos y esperó a que contestara. Le pareció que transcurrían años, pero, finalmente, un sonido similar le confirmó que la joven estaba al otro lado.

Pocas veces podían hablar. Las estrictas reglas del noviazgo lo dificultaban hasta el punto de especificar los acontecimientos y fiestas en las que podían encontrarse, pero ellos se las apañaban de tanto en tanto para coincidir en el mercado y rozarse las manos por debajo de los puestos de pescado o dirigirse miradas cuando no se sentían observados.

La deseaba. A menudo fantaseaba con el tacto de su piel nívea, su cara redondeada o sus caderas rellenas. Soñaba con sus pies, siempre ocultos incluso durante los actos más íntimos, que imaginaba pequeños y gráciles como los de su hermana Tercera. Unos pies que la madre de

Cereza le había vendado desde pequeña para que se parecieran a los de las mujeres de alta alcurnia.

El golpeteo de la lluvia le arrancó de su ensoñación, haciéndole volver a una noche en la que ni los perros dormirían al raso. Observó que diluviaba como si los dioses hubieran destrozado los diques celestiales, y tan sólo el esporádico fulgor de los relámpagos interrumpía la negrura y el silencio. Sin duda, era la peor noche de su vida. Y, aun así, no se movió. Prefirió empaparse como una rata a regresar a su casa y enfrentarse de nuevo a la incomprensible ira de un padre obcecado. No sabía bien qué hacer. A través de los resquicios susurró a Cereza que la amaba, y ella golpeó una vez para responderle. No podían hablar porque despertarían a su familia, pero al menos él percibía cercana su presencia, así que se acurrucó contra la pared y se dispuso a pasar la noche bajo el alero, al abrigo de la tormenta. Antes de dormir recordó su conversación con el Ser. En realidad, no había dejado de pensar en sus palabras. Quiso soñar que la propuesta del magistrado, aunque plena de egoísmo, permitiría a Lu conservar la vida.

CAPÍTULO 6

Durmió hecho un guiñapo junto a la casa de Cereza hasta que un terrible estruendo retumbó a sus espaldas. Aturdido, Cí se frotó los ojos sin comprender lo que sucedía cuando un griterío hizo que dirigiera su mirada hacia la extensa columna de humo que se elevaba en el extremo norte de la aldea. El corazón se le paralizó. Justo allí se alzaba su casa. Impulsado por un terror desconocido, se unió a la riada de aldeanos que surgían como topos escapando de sus madrigueras y corrió como un desesperado, apartando a los curiosos, cada vez más rápido, cada vez más sobrecogido.

Conforme se acercaba, las fumaradas comenzaron a adherirse a sus pulmones como una pasta seca que tornó su saliva en un lodo espeso y acre. Apenas si veía. Tan sólo escuchaba alaridos y llantos, lamentos y figuras que deambulaban como fantasmas en pena. De repente, se topó con un muchacho ensangrentado que andaba con la mirada espantada. Era su vecino Chun. Le cogió por los brazos para preguntarle qué había ocurrido, pero sus manos sólo encontraron un muñón abierto. Luego el chico se desplomó como un juguete roto y expiró.

Cí saltó por encima de él para adentrarse en la maraña de cascotes, maderos y lastras que salpicaban el barro de la calle. Aún no divisaba su casa. La de Chun había desaparecido. Todo estaba destruido. No quedaba nada.

Entonces el pánico le paralizó.

Donde antes se alzaba su casa ahora sólo quedaban los restos del infierno: un cementerio de piedras, vigas y lodo esparcido sobre un páramo de paredes derruidas entre el crepitar de las llamas. Un olor denso y acre lo inundaba todo, pero lo que realmente le asfixiaba era la certeza de que cuantos se encontraran bajo aquellos cascotes yacían ya en su propia tumba.

Sin pensarlo, se abalanzó hacia el estercolero de vigas y trastos desvencijados que se amontonaban ante él, aullando los nombres de sus padres y de su hermana mientras movía piedras y maderos, trepaba por las paredes desmoronadas y retiraba cascotes sin cesar de gritar.

«Tienen que estar vivos. ¡Dioses bondadosos, no me hagáis esto! ¡No me lo hagáis!».

Empujó unas vigas y apartó los restos de un sillón aplastado mientras resbalaba por los pedazos de tejas barnizadas. Una de ellas le produjo un corte en un tobillo, pero no se enteró. Continuó escarbando como un poseo dejándose las uñas en el barro y las pilastras, con las palpitaciones de sus sienes impidiéndole razonar. De repente, unas manos cerca de él le sobresaltaron. Creyó que pertenecían a su padre, pero entre el humo advirtió que se trataba de alguien que escarbaba a su lado. Entonces alzó la vista y comprobó que eran varios los vecinos que se afanaban en retirar los escombros con la avidez de unos saqueadores de sepulcros.

«Malditas sanguijuelas».

Iba a atacarles cuando una de las figuras comenzó a gritar y algunas personas acudieron a toda prisa, haciéndole comprender que tan sólo intentaban ayudarle. Corrió junto a ellos y entre todos apartaron lo que quedaba de una pared.

Lo que vio le heló la sangre.

Aplastados bajo los cascos yacían los cadáveres enfangados de sus padres. De repente, perdió pie y se golpeó con algo en la cabeza. Luego no recordó nada más allá del humo y la negrura.

* * *

Cuando Cí recobró el sentido, no comprendió qué hacía tumbado en medio de la calle y rodeado de desconocidos. Intentó incorporarse, pero un vecino se lo impidió. Entonces advirtió que alguien le había cambiado sus harapos de jornalero por una muda blanca: el color de la muerte y el luto. La garganta aún le sabía a humo. Necesitaba beber algo. Trató de recordar, pero su mente era un torbellino incapaz de distinguir el sueño de la realidad.

—¿Qué...? ¿Qué ha sucedido? —logró articular.

—Te golpeaste en la cabeza —le dijeron.

—¿Pero qué ha ocurrido?

—No lo sabemos. Probablemente fue un rayo.

—¿Un rayo?

Cí comenzó a recuperar la memoria. De repente, un fogonazo restalló en su cabeza. El mismo que le había despertado la noche anterior. Desesperado, miró a su alrededor en busca de su familia.

«No es verdad. Tiene que ser un sueño».

Pero las imágenes le asaltaron a borbotones: el estruendo en medio de la noche, la montaña de cascotes, el cieno, los cadáveres... Se incorporó preso de agitación y corrió descalzo calle abajo. Entonces la visión le heló el corazón.

Entre las tinieblas del amanecer aún se apreciaban los vestigios de la humareda sobre el lugar en el que Lu había erigido su vivienda. Gritó hasta romperse la garganta y aun así continuó. Por mucho que lo implorara, aquello no era un sueño, y el terror volvió a golpearle.

Mientras intentaba pensar, divisó un corro de gente que cuchicheaba frente a las ruinas de lo que había sido su casa. Cuando se acercó hacia los escombros, el corro se abrió como un bloque de mantequilla separado por un cuchillo caliente. Cí avanzó despacio, a sabiendas de que aquel lugar sólo era una tumba improvisada. Olía a muerte. Era un aroma acre y lúgubre, un hedor intenso que se mezclaba extrañamente con el de la madera quemada. Caminó despacio mientras sus pupilas se acostumbraban a la poca luz que se filtraba por las grietas del techado, arrastrando sus pies renuentes hasta detenerse a un paso de los primeros cuerpos tumbados sobre el suelo. Entre los cadáveres reconoció al joven Chun y a otros vecinos. Luego un grito rasgó su garganta cuando

contempló en el fondo, aún cubiertos de cieno y sangre, los cuerpos abrasados de sus padres.

Lloró hasta vaciarse y después destiló el hueco de pena que le habían dejado las lágrimas.

Cuando se serenó, le contaron que el rayo había caído sobre la ladera situada a espaldas de su casa y que el desprendimiento y el incendio posterior habían afectado a cuatro viviendas. En total eran seis los fallecidos. Pero entre ellos no estaba su hermana.

—La encontraron acurrucada bajo unas maderas —le informó uno de los otros familiares—. Sólo tiene una torcedura.

Cí asintió. Pese al alivio que le suponía la noticia, sus padres seguían allí, callados, inermes. La angustia le atenazó. Le corroyó tanto como los remordimientos que le envenenaban. Lamentó haber discutido con su padre y el extraño designio que le había conducido a pernoctar fuera de la casa. Si en lugar de rebelarse hubiese complacido a su padre, si le hubiese obedecido y hubiera permanecido junto a ellos, tal vez ahora todos estarían vivos.

O tal vez habría perecido con ellos.

Se cuestionó qué tipo de horrible conjunción había desatado contra él el firmamento: el asesinato de Shang, la condena de Lu, la fatal tormenta, la muerte de sus padres... ¿Era acaso el precio que debía pagar por su obstinado orgullo? Si al menos estuviera Feng para consolarle...

De repente se acordó de la pequeña Tercera. ¡Su hermana seguía viva! Quizá por esa razón había sobrevivido. Quizá para cuidarla.

Cuando le contaron que el viejo Sin Dientes la había acogido en su casa, corrió como un loco a buscarla. Al llegar la encontró dormida, ajena al duelo y a la tristeza, y decidió que permaneciera así. La mujer de Sin Dientes la había cubierto con una colcha de lino y le había prestado una muñeca de trapo que la cría abrazaba como si ya le perteneciera. Cí les agradeció sus cuidados y les pidió que la cuidaran mientras se ocupaba de sus padres. Sin Dientes no puso impedimento, pero la mujer murmuró algo por lo bajo. Cí se despidió de ellos y regresó a las ruinas que ahora ocupaban su casa.

Se encargó de que los cuerpos de sus padres fueran trasladados al cobertizo que Bao-Pao había habilitado para acoger todos los cadáveres. Allí les veló hasta el mediodía. Luego volvió al lugar del desastre con la intención de recuperar cuanto quedara de valor antes de que cualquier desaprensivo se le adelantase.

A la luz del día pudo apreciar que el alud procedente de la ladera había afectado a una hilera de seis viviendas de la veintena que lindaban con la montaña. Las dos situadas a los extremos, aunque dañadas, aún se mantenían en pie, pero las otras cuatro, entre las que se incluía la suya, aparecían devastadas. Numerosos vecinos participaban en las labores de desescombro, pero ninguno lo hacía en su casa. De hecho, al advertir su presencia, algunos le señalaron como el responsable de la desgracia.

Cí apretó los dientes, se arremangó la camisola y comenzó a trabajar.

Durante horas estuvo apartando el lodo y el cieno con la ayuda de una azada, moviendo tablones y retirando el amasijo de muebles rotos, restos de ropa, lastras y tejas que se amontonaban entre los cascotes. Pero a cada paso encontraba objetos que le impedían proseguir porque le revolvían el alma. Entonces se detenía y ocultaba su rostro humedecido por las pocas lágrimas que le quedaban. Encontró hecha añicos una

vajilla de porcelana blanca que su madre adoraba. Pese a ello, reunió cuantos pedazos encontró y los protegió cuidadosamente con un trapo como si fueran recién comprados. También halló los pinceles de su padre, asombrosamente intactos. Con ellos había aprendido a escribir sobre su regazo. Los limpió de uno en uno y los guardó junto a la vajilla. Apartó unos peroles de hierro y algunos cuchillos que, aunque abollados, podían repararse y dejó de lado los despojos de modillones, cerchas y saledizos primorosamente labrados que ya sólo servirían como leña en invierno. Entre los arcones descubrió aplastados algunos textos confucianos que su padre aún conservaba de su época de estudiante. Los colocó sobre un tablón quemado y continuó con el trabajo.

De repente, escuchó unas risas a sus espaldas. En un primer instante no distinguió a nadie, pero después advirtió una pequeña sombra fugaz que se parapetaba tras un murete. Cí se alertó. Sin embargo, al acercarse reconoció a su vecino Peng, un diablillo de seis años que, pese a no llegarle a la cintura, era despabilado como pocos. Le ofreció unas nueces que había encontrado entre los escombros, pero el crío se escondió con una sonrisa pícara que mostraba sus dientes mellados. Cuando Cí le reiteró la oferta, el pilluelo se acercó.

—¿Las quieres?

El crío volvió a reír y asintió con nerviosismo.

—Serán tuyas si me cuentas lo que ocurrió. —Cí sabía que el mozuelo había permanecido en vela las últimas noches por culpa de los dientes. El crío miró hacia atrás de reojo, como si temiera que lo pillasen robando un caramelo.

—Cayó un relámpago y la montaña se derrumbó. —Rio e intentó robarle las nueces, pero Cí las retiró antes de que el crío pudiera arrebatárselas. Luego se las tendió de nuevo.

—¿Estás seguro?

—Vi a unos hombres...

—¿A unos hombres?

El niño iba a contar algo más cuando un grito les interrumpió. Era la madre del muchacho ordenándole que regresara, así que éste demudó el semblante y corrió hacia su madre como si le persiguiera un diablo. Iba a desaparecer cuando Cí le llamó. Peng se detuvo y Cí le arrojó las nueces a los pies. El crío se agachó para recogerlas, pero cuando se encontraba a un palmo de ellas, la madre le arreó un empujón y lo alzó a hombros impidiéndoselo.

Cí se lamentó. Sacudió la cabeza y volvió al trabajo.

A media tarde ya sólo le faltaba por remover las rocas más grandes. De buena gana las habría dejado allí, pero necesitaba recuperar el arcón con el dinero que su padre había ahorrado para afrontar los gastos del retorno a la capital, un dinero que precisaría para satisfacer el chantaje del Ser. Así pues, paró a tomar aliento y comenzó a retirar piedras. Sin embargo, una hora y varios rasponazos más tarde, hubo de admitir que, sin ayuda, jamás lograría mover las piedras más grandes. Se disponía a renunciar cuando de repente descubrió la esquina del arcón que buscaba bajo una enorme pilastra.

«Aunque sea lo último que haga, a ti sí podré apartarte».

Aferró una viga con la que hacer palanca y la encajó entre la piedra y el arcón. Luego empujó hasta que sus músculos crujieron, sin lograr que la roca se moviera. Lo intentó un par de veces más antes de comprender que debía variar la posición de la palanca. Añadió un par de cuñas para mejorar el ataque, metió el hombro bajo la viga y sus piernas buscaron apoyo. Todo su cuerpo se endureció mientras sus huesos temblaban. Al tercer intento, la piedra cedió, rodando montículo abajo en una nube de polvo. Cuando la polvareda se disipó, Cí advirtió que la cerradura del arcón había cedido con el impacto, así que lo abrió con avidez, pero, tras vaciar su contenido, no halló ni un solo *qián*. Tan sólo había paños y telas. La conmoción le impidió reaccionar.

—Lo siento. Mi mujer ha dicho que no podemos quedárnosla —oyó pronunciar a sus espaldas.

Cí se volvió con un respingo para darse de bruces con Sin Dientes, el vecino que provisionalmente se había hecho cargo de Tercera. La pequeña, con un puchero en la cara, permanecía tras él aferrada a la muñeca de trapo.

—¿Cómo? —El joven no entendió.

—Mi hija tiene otra igual —señaló a la muñeca—. Si quiere, puede quedársela —añadió.

Cí se mordió los labios. Sabía que estaba solo, pero lo que ignoraba era que incluso los hasta entonces amigos de su padre también le rechazarían. De todas formas, juntó los puños frente a su pecho para agradecerle la muñeca. Sin Dientes no le contestó. Tan sólo se dio la vuelta y desapareció con el mismo sigilo con el que le había sorprendido.

El joven miró a Tercera, que, callada y sumisa, parecía esperar una respuesta. La cría le miraba expectante, con una sonrisa con la que podría comprarse la felicidad. Cí pensó que era una niña maravillosa. Enferma, pero maravillosa. Observó las ruinas que les rodeaban y se volvió hacia la pequeña. La besó y le revolvió el pelo mientras buscaba un lugar donde acomodarla. Encontró una rama gruesa que se asemejaba a un caballo y la montó a horcajadas haciéndole el gesto de cabalgar. Pese a la tos, la niña se rio. Cí la imitó mientras la tristeza le atenazaba. Contempló las ruinas y luego a su hermana.

Antes del anochecer Cí consiguió una ración de arroz hervido que pagó al precio de dos para alimentar a Tercera. Él se conformó con lamer los restos del tazón y beber un trago de agua fresca. Luego construyó un precario techado empleando ramas secas con las que también improvisó un lecho en el que acostar a la cría. Le explicó que sus padres habían emprendido un viaje a los cielos y que ahora él cuidaría de ella, le aclaró que tendría que obedecerle siempre y que pronto construiría una nueva casa grande con un jardín lleno de flores y un columpio de madera. Luego la besó en la frente y esperó a que se durmiera.

En cuanto Tercera cerró los ojos, Cí volvió al trabajo. Con los últimos vestigios de luz levantó mimbres, pilastras y maderos, hasta darse por vencido. No aparecían los ahorros ni el cofre rojo. Imaginó que alguien los habría robado.

Se tumbó junto a Tercera y cerró los ojos enfrentado a un dilema irresoluble: si en seis años de esfuerzo su padre sólo había logrado reunir cien mil *qián*, ¿de dónde sacaría los cuatrocientos mil que el Ser le exigía para liberar a su hermano?

CAPÍTULO 7

Aquella misma madrugada, Cí maldijo al dios de las tormentas. Se levantó en medio del aguacero y corrió a proteger los libros que había logrado recuperar del desastre, con la idea de que, a poco que valiesen, podría venderlos por la mañana. Una vez puestos a cobijo, contempló la estrafalaria colección de objetos que había rescatado de entre los escombros y que comprendía varios libros de su padre, una almohada de piedra, dos marmitas de hierro, unas mantas de lana medio chamuscadas, alguna que otra muda de ropa, dos hoces con los mangos quemados y una guadaña mellada. Imaginó que por todo ello no conseguiría ni dos mil *qián* en el mercado. Eso, si es que alguien los compraba. También había salvado un saco de arroz, otro de té, un bote de sal y la medicina de Tercera, además de una valiosa pierna de cerdo ahumada que su madre había adquirido para agasajar al juez Feng. Con aquellos víveres podrían sobrevivir mientras él se organizaba. Aparte, había encontrado cuatrocientos *qián* en monedas y un billete de cambio valorado en otros cinco mil. En total, contando con lo que sacara por la madera para leña, el valor de sus posesiones ascendía a poco más de siete mil *qián*. Más o menos, el mismo sueldo que una familia de ocho

miembros obtenía en dos meses de trabajo. Se quedó mirando el arcón de los ahorros, preguntándose qué habría sido de ellos.

Emprendió una última batida aprovechando los primeros rayos de sol. Paseó de nuevo sobre los maderos, apartó unas pilastras y levantó los restos del somier de bambú para escarbar bajo el lecho de tierra con la avidez de un sabueso.

Se rio de pura desesperación.

Hasta el día en que descubrió el cuerpo de Shang, sus preocupaciones se habían limitado a madrugar cada mañana, lamentarse por los campos que debía arar y añorar su etapa en la universidad. Pero, al menos, había dispuesto de un techo donde cobijarse y una familia que le protegía.

Ahora todas sus posesiones se reducían a dos bocas hambrientas y unas cuantas monedas. Pateó una viga con impotencia y se sentó. Pensó en sus progenitores. Tal vez no había entendido las decisiones de su padre en los últimos días, pero, hasta entonces, siempre había sido un hombre íntegro y cabal. Quizá algo severo, pero honesto y juicioso como pocos. Se culpó por su rebeldía, la misma que le había conducido a odiarle en un estúpido arrebato; la necedad que le había impulsado a pasar la noche fuera de su casa en lugar de permanecer junto a ellos para cuidarlos.

Finalmente, dio por concluida la búsqueda tras comprobar que lo más valioso que quedaba era un nido de cucarachas. Escondió en el pozo las pertenencias que había recuperado y despertó a su hermana. Nada más abrir los ojos, Tercera preguntó por su madre. Mientras cortaba unas tajadas de la pata de cerdo ahumada, Cí le recordó que padre y madre habían emprendido un largo viaje.

—Pero te están vigilando, así que pórtate como una mujercita.

—¿Y dónde están?

—Detrás de aquellas nubes. Venga, ahora cómetelo todo o se enojarán. Que ya sabes cómo se pone padre cuando se enfada.

—La casa sigue rota —señaló mientras mordisqueaba la carne.

Cí asintió. Era un problema. Intentó buscar una respuesta.

—Ya estaba vieja. Pero construiré una más grande. Aunque para eso me tendrás que ayudar. ¿De acuerdo?

Tercera tragó y afirmó al mismo tiempo. Cí le abrochó los botones de su chaqueta y ella recitó la cantinela que su madre le había enseñado cada mañana.

—Los cinco botones representan las virtudes que debe guardar una niña: la dulzura, el buen corazón, el respeto, el ahorro y la obediencia.

Cí aprovechó para añadir la alegría.

—Ésa no me la dice mamá.

—Me lo acaba de susurrar al oído.

Sonrió y la besó en una mejilla. Luego se acomodó a su lado y pensó en el Señor del Arroz. Tal vez en él radicara la solución a sus problemas.

* * *

Tenía faena por delante: reunir cuatrocientos mil *qián* podía resultar más complicado que trasladar de sitio una montaña, pero durante la noche había elaborado un plan que quizá le sirviera.

Antes de partir, cogió el código penal que había rescatado de los escombros y consultó los capítulos referentes a las condenas por asesinato y las conmutaciones de penas. El texto era claro al respecto. Una vez cerciorado, dedicó unos instantes al recuerdo de sus padres y les ofrendó una tajada de cerdo sobre un altar improvisado. Cuando terminó sus plegarias, rogó benevolencia a sus espíritus, cogió a Tercera en volandas y se encaminó hacia la hacienda del Señor del Arroz, el dueño de casi todas las tierras de la aldea.

En la muralla que delimitaba la entrada a la finca le salió al paso un hombretón mal encarado de brazos tatuados, pero cuando Cí le anunció sus intenciones, se lo franqueó y le acompañó a través de los jardines hasta un coqueto templete desde el que se dominaban las terrazas de arroz de las montañas. Allí, un anciano de gesto adusto descansaba sobre un palanquín, abanicado por una concubina. El hombre examinó a Cí con el tipo de mirada de quien valora a una persona por la calidad de sus zapatos y torció el gesto, pero lo mudó por una sonrisa cuando el centinela le indicó el motivo de la visita.

—De modo que quieres vender las tierras de Lu. —El Señor del Arroz le ofreció asiento en el suelo—. Siento lo de tu familia. Aun así, no es buena época para los negocios.

«Sobre todo en mis circunstancias, ¿no?».

Cí aceptó con una reverencia y envió a Tercera a jugar con los patos en el estanque de la casa. Tomó asiento sin prisa. Se había preparado la respuesta.

—He oído hablar de vuestra inteligencia —le aduló Cí—, pero más aún de vuestro tino para los negocios. —El anciano lució su vanidad con una sonrisa mentecata—. Sin duda, pensaréis que mi situación me obliga a malvender las propiedades de mi hermano. Sin embargo, no he venido aquí a regalaros nada, sino a ofrecer algo de un valor incalculable.

El anciano se reclinó en su palanquín, como si dudara entre escuchar a Cí o mandar que lo azotaran. Finalmente, le indicó que prosiguiera.

—Sé que desde hace tiempo Bao-Pao andaba en tratos con mi hermano —mintió Cí—. Su interés por las tierras de Lu venía de antiguo, desde antes de que mi hermano las adquiriera.

—No veo en qué puede eso interesarme. Poseo tantas tierras que necesitaría esclavizar diez pueblos enteros para poder cultivarlas —replicó con desdén.

—Es cierto. Y por esa razón estoy aquí y no en casa de Bao-Pao.

—Muchacho, estás colmando mi paciencia. Explícate o haré que te saquen a rastras.

—Su dignidad posee más tierras que Bao-Pao. En efecto, es más rico, pero no es más poderoso. Él es el caudillo. Su dignidad, con todos mis respetos, tan sólo un hacendado.

El hombre dejó escapar un gruñido. Cí supo que había acertado. Entonces continuó.

—Todos en el pueblo saben del interés de Bao-Pao por las tierras de Lu —agregó—. Su anterior dueño se negó mil y una veces a vendérselas por la enemistad ancestral que les enfrentaba.

—Y tu hermano se aprovechó para conseguirlas en una noche de juego... ¿Acaso crees que desconozco la historia?

—Y mi hermano se negó a vendérselas por la misma razón que el anterior propietario: porque el arroyo discurre por sus lindes y eso garantiza el riego incluso en los periodos de estiaje. Su dignidad posee las tierras inferiores, que se abastecen del agua del río, pero los terrenos de Bao-Pao se sitúan en la parte alta de las laderas, donde el agua no llega si no es con un sistema de bombas de pedales.

—Que no puede emplear porque atravesaría mis dominios. ¿Y bien? Ya sabemos que poseo más tierras de las que puedo cultivar y que dispongo de agua en abundancia. ¿Por qué habría de interesarme tu mísera parcela?

—Precisamente para evitar que se la venda a Bao-Pao. Pensad que si lo hiciera, el caudillo no sólo disfrutaría del poder, sino también de la abundancia que le proporcionaría el riachuelo de mi hermano.

El hacendado le miró de arriba abajo mientras rumiaba un bocado inexistente. Sabía que cuanto argumentaba Cí era cierto. Lo que desconocía era cuánto iba a costarle.

—Mira, muchacho, tus tierras no valen nada para mí. Si BaoPao las quiere, véndeselas a él.

«Sólo está fanfarroneando, Cí. Aguanta el envite».

—¡Tercera! ¡Deja esos patos! —gritó Cí mientras se levantaba—. En fin, es normal que un caudillo consiga lo que se proponga y que un simple hacendado no sea capaz de impedirselo.

—¿Cómo te atreves?

Cí no respondió a su amenaza. Simplemente se dio la vuelta y comenzó a descender la escalinata.

—¡Doscientos mil! —le interrumpió el Señor del Arroz—. Doscientos mil *qián* por tu parcela.

—Cuatrocientos mil —replicó Cí sin inmutarse.

—¿Bromeas? —Rio con sarcasmo—. Cualquiera sabe que ese terreno no vale ni la mitad de lo que te ofrezco.

«Tal vez tú lo sepas, pero tu codicia no».

—Bao-Pao me ha ofrecido trescientos cincuenta mil —volvió a mentir, jugándose todo a una baza—. Humillarle os costará cincuenta mil más.

—¡Ningún imberbe va a decirme cuánto debo pagar por un pedazo de tierra! —farfulló.

—Como queráis, dignidad. Seguro que en el futuro seréis feliz admirando las cosechas de Bao-Pao.

—Trescientos mil —le atajó—. Y si elevas un grano de arroz tu precio, pagarás cara tu insolencia.

Cí terminó de descender la escalinata. Trescientos mil *qián* era vez y media el valor real de la tierra. Se dio la vuelta y encontró al Señor del Arroz a su espalda. Ambos sabían que el trato les convenía.

Antes de firmar el documento de cesión, el Señor del Arroz se aseguró de que la tierra le perteneciera.

—No os preocupéis. La ley me ampara. Con mi hermano condenado, ahora ejerzo de primogénito —aseguró Cí.

El anciano asintió.

—Una última cosa, muchacho. —El joven alzó la vista mientras terminaba de contar el dinero—. Yo también contaré hasta el último *mu* de tierra. Y si falta un solo grano, juro que haré que te arrepientas.

* * *

A media mañana Cí acudió al mercado cargado con las pocas pertenencias que había salvado, pero obtener de ellas quinientos *qián* resultó más complicado que intentar derretir una piedra. Al final, logró redondear la cifra añadiendo a la transacción las perolas de hierro y los cuchillos, utensilios que pretendía haber conservado para cocinar lo que consiguiera. Los libros no se los compraron porque en la aldea apenas si sabían leer, pero consiguió que los aceptaran como combustible a cambio del usufructo de un granero abandonado en el que podría descansar con Tercera. Tan sólo conservó los alimentos y el código penal de su padre, el cual le sería más útil que la nadería que le ofrecían. De regreso, dejó a Tercera en el granero y le encargó que vigilara la pata de cerdo.

—Sobre todo, de los gatos. Y si viene alguien, grita.

Tercera se colocó firme delante de la pata y adoptó el gesto de una fiera. Cí sonrió, atrancó la puerta del granero y, tras asegurarle que regresaría antes del mediodía, se encaminó hacia la casa de Bao-Pao.

Nada más llegar al cobertizo en el que descansaban los cadáveres, se interesó por las exequias de sus progenitores. El ataúd de su padre llevaba tiempo fabricado, conforme a lo estipulado en el libro de los ritos, el *Li Ji*. Cumplidos los sesenta, el féretro y los objetos necesarios para un correcto funeral debían revisarse una vez al año; pasados los setenta, una vez cada estación; vencidos los ochenta, una vez al mes, y superados los noventa, se mantendrían en buen estado cada día. Su padre había alcanzado los sesenta y dos, pero su madre no había llegado a los cincuenta, de modo que tenía que adquirir un ataúd para ella. Encontró al carpintero atendiendo a los familiares de las otras víctimas, así que hubo de satisfacer un precio que se le antojó abusivo a cambio de que aquella misma tarde lo tuviera dispuesto.

Se acercó a los cuerpos de sus padres y les hizo una reverencia. Aún no habían lavado los cadáveres y su aspecto comenzaba a tornarse repulsivo. Él mismo se encargó de adecentarlos con agua y paja, aromatizarlos con una lágrima de perfume que se apropió en un descuido y vestirlos con algunas de las prendas que le habían prestado. No disponía de velas ni de incienso, pero quiso pensar que a sus padres no les importaría. Los miró con tristeza, a sabiendas de que ya nada sería igual en su vida. Mientras rezaba por sus espíritus, les juró que él se encargaría de que nada malo le sucediera a su hermana. En ese momento adquirió conciencia de lo solo que estaba. Agotó junto a ellos el plazo que le había dado el Ser para negociar el indulto de su hermano, cumplimentó de nuevo a sus padres y salió del cobertizo con la vista nublada.

Un sirviente le condujo hasta las dependencias privadas del Ser, que le recibió dentro de una tina, atendido por uno de sus ayudantes. Cí jamás había contemplado antes a un hombre con tantas lorzas juntas bajo la pechera. Al verle, el Ser ordenó al servicio que se retirara.

—Un joven puntual. Éste es el tipo de negociante que me gusta. — Sonrió mientras alcanzaba un pastelillo de arroz. Le ofreció otro a Cí, que éste rechazó.

—Preferiría hablar de mi hermano. Su sabiduría me garantizó que conmutaría la pena de muerte si satisfacía la *multa*...

—Dije que lo intentaría... Dime, ¿has traído el dinero?

—Pero, ilustrísima, aseguró que lo haría.

—¡Déjate de estupideces, muchacho! ¿Lo tienes o no? —El magistrado salió del barreño dejando al aire sus vergüenzas. Cí no se intimidó.

—Trescientos mil. Es cuanto tengo. —Dejó los billetes sobre los pastelillos, advirtiendo al instante que su propio comportamiento rozaba la insolencia. Sin embargo, al Ser no pareció importarle. Cogió el dinero y lo contó con avidez. Sus ojos parecían brillantes bolas de vidrio a punto de saltar de sus cuencas.

—Establecimos cuatrocientos mil. —Elevó una ceja, pero se guardó los billetes.

—Entonces, ¿lo liberaréis?

—¿Soltarle? No me hagas reír. Tan sólo hablamos de trasladarle a Sichuan.

Cí torció el gesto. No era la primera vez que alguien intentaba estafarle, aunque en esta ocasión había demasiado en juego. Aun así, procuró parecer indulgente.

—Tal vez no le escuché bien, pero entendí que el dinero correspondía a la compensación que establece la escala de rescates.

—¿De rescates? —El magistrado se hizo el sorprendido—. Por favor, muchacho: esa escala de la que hablas refleja otras cantidades. La conmutación se satisface con doce mil onzas de plata, no con la miseria que me has entregado.

Cí comprendió que por las buenas no conseguiría nada. Por fortuna, se había preparado. Sacó un papel de su talega en el que había copiado unos informes y lo desplegó ante el Ser.

—Doce mil onzas en el caso de que el delincuente sea un oficial del gobierno superior al cuarto grado; cinco y cuatro mil para los de cuarto, quinto y sexto. —Su voz fue ganando confianza—: Dos mil quinientas para los de séptimo grado, inferiores y doctores en literatura; dos mil para los licenciados... —Estampó la copia contra los dulces—. ¡Y mil doscientas onzas de plata para un particular, como es el caso de mi hermano!

—¡Oh! —exclamó el Ser con una mueca de afectación—. De modo que conoces la ley...

—Eso parece. —Cí se asombró de su propia desvergüenza.

—Sin embargo, flojeas en tus conocimientos contables... Mil doscientas onzas de plata equivalen a ochocientos cincuenta mil *qián*.

—Sí. Eso calculé. —Cí no se amilanó—. Y por esa misma razón comprendí que en realidad nunca pretendisteis conmutar la pena. Simplemente fijasteis la cantidad que imaginasteis que yo podría llegar a satisfacer. Y no sé qué opinarán de ello vuestros superiores en Jianningfu.

—Ya veo, ya... Resulta que ahora tenemos a un señor letrado... —Su tono se endureció—. Veamos, entonces, tú que tanto sabes: ¿tuvisteis tú y tu hermana algo que ver con el crimen?

Al instante Cí recordó las palabras del Ser cuando mencionó que podría acusarles de complicidad y brujería.

«Lo que sé perfectamente es cuándo me enfrento a una alimaña».

De inmediato cambió de estrategia.

—Disculpadme, venerable magistrado, pero los nervios no me dejan pensar. La noche ha sido horrible y ya no sé lo que digo. —Se inclinó—. Sin embargo, permitid que os señale que la cifra que os acabo de entregar supera la fijada por el código penal.

El Ser se cubrió con un chal negro de seda bordada. Miró a Cí y comenzó a secarse los grasientos pliegues de la barriga.

—Deja que te explique algo, muchacho: el crimen de tu hermano ni tiene ni merece redención. De hecho, ya debería haberlo ejecutado, tal y como me ha suplicado la familia del difunto, de forma que bastante haré si lo envío a Sichuan. Además, la potestad de admitir dicha permuta no corresponde al magistrado, sino a la gracia del emperador.

—Comprendo. —Hizo una pausa—. Entonces, devolvedme el dinero y permitid que haga efectiva la apelación de la sentencia.

El Ser se detuvo en seco y parpadeó nerviosamente.

—¿Apelar? ¿En base a qué? Tu hermano confesó y todas las pruebas le condenan.

—En tal caso, no os importará que sea el doctísimo Tribunal de Casación el que lo evalúe. Reintegradme el capital y que sean ellos quienes decidan.

El magistrado se mordió los labios. Finalmente tomó una decisión.

—Te diré lo que haremos: yo olvido tu impertinencia y tú olvidas esta conversación. Te prometo que haré cuanto pueda.

—Me temo que no es garantía suficiente —le retó Cí, al límite de su paciencia—. Acreditad la conmutación o devolvedme mi dinero. Si no lo hacéis, me veré obligado a presentar el recurso ante vuestros superiores en la prefectura provincial.

El Ser lo miró de arriba abajo como si contemplara a una cucaracha. De repente, enrojeció de ira.

—¿Y si ordenara ahora mismo que degollasen a tu hermano? ¿De veras crees que un mequetrefe como tú puede amenazarme y salir indemne?

Cí tembló al escucharlo. El asunto se le estaba escapando de las manos. Ni siquiera comprendía cómo podía haber sido tan estúpido al pagarle por adelantado.

—Os reitero mis disculpas, y lamento cualquier palabra vana que haya podido ofenderos, pero necesito mi dinero porque...

—¿Tu dinero? —interrumpió de repente Bao-Pao haciendo acto de presencia—. Perdón por la intromisión, pero imagino que no te referirás a la cantidad que acabas de obtener por la venta de una parcela.

Cí se volvió a tiempo de advertir cómo desaparecía el centinela tatuado que había visto en la hacienda del Señor del Arroz. Al punto comprendió que le había delatado.

—Así es —le retó Cí.

—Querrás decir *mi* dinero —continuó el caudillo mientras se acercaba como un tigre hacia una oveja—. ¿O es que aún no te has enterado?

«¿Qué sucede aquí? ¿Qué tendría que saber?».

—¡Oh! ¿No te lo había contado? —entonó el Ser con la hipocresía de un tratante de ganado—. Esta mañana alteré la sentencia de Lu, incluyendo en ella una pequeña cláusula en la que decretaba la expropiación de sus terrenos.

—Pero... Pero yo ya los he vendido...

—Terrenos que generosamente me han sido cedidos para su explotación —añadió Bao-Pao.

Cí palideció.

«Recupera lo que puedas y sal corriendo de aquí».

Comprendió que Bao-Pao y el Ser se habían aliado para manejarle a su antojo. De haberlo pretendido, el magistrado podría haberle expropiado los terrenos durante el juicio, pero había aguardado a que satisficiera la multa para quedarse con Bao-Pao el dinero y los terrenos. Decidió cambiar de plan. No era sencillo, pero tal vez funcionase. Sólo debía tenderles un cebo más apetitoso.

—Es una lástima que desperdiciéis el otro plazo —improvisó Cí.

—¿A qué te refieres? —se interesaron los dos.

—El Señor del Arroz mostró mucho interés en hacerse con esos terrenos. Por lo visto, sabía bien de vuestra ambición por ellos, de modo que, para asegurarse la compra, acordó efectuar un segundo pago de trescientos mil *qián* más que me entregaría cuando comprobase el estado de las tierras y la legalidad de la venta. Un dinero que estoy dispuesto a entregaros si cumplís vuestra promesa.

—¿Trescientos mil más? —se extrañó Bao-Pao. Sabía que aquél era un precio infinitamente superior a su valor real, pero la codicia brillaba en sus pupilas. El Ser se adelantó.

—¿Y cuándo dices que te pagaría?

—Esta misma tarde. Tan pronto como le muestre la escritura de propiedad y una copia de la sentencia en la que se refleje que recibo las tierras libres de cargas.

—Sin la cláusula de expropiación...

—Si pretendéis que os entregue ese dinero...

El Ser pareció pensárselo, pero sólo fue un amago. Llamó a un escriba y le ordenó que librara una copia de la sentencia original.

—Con fecha de hoy —exigió Cí.

El magistrado apretó los labios.

—Con fecha de hoy —aprobó.

En cuanto el magistrado legalizó el documento, Cí respiró. Tenía en su poder la prueba que legitimaba la transacción efectuada con el Señor del Arroz. Sin embargo, cuando demandó la libertad de su hermano, el Ser se mostró tajante.

—Muchacho, no tientes a tu suerte. Trae el dinero y te aseguro que lo soltaré.

Cí fingió valorar la propuesta. Sabía que el Ser le estaba mintiendo, pero simuló que confiaba en él.

—Antes he de ocuparme de mis padres.

—Está bien, pero no te entretengas. Podría ocurrirle algo a tu hermana pequeña.

* * *

El entierro fue una despedida rápida y sencilla. Dos siervos de BaoPao condujeron los dos ataúdes en sendas carretillas hasta la Montaña del

Descanso, un paraje cercano poblado de bambúes donde reposaban la mayoría de los fallecidos de la aldea. Cí buscó un lugar hermoso donde el sol de la mañana incidiera pronto y el viento arrullara los árboles. Cuando la última paletada de tierra ocultó los féretros, Cí supo que su tiempo en la aldea había concluido. En otras circunstancias habría reconstruido la casa, se habría empleado como peón en el arrozal y, cuando hubiese finalizado el luto, habría contraído matrimonio con Cereza. Con los años, si los hijos y los ahorros se lo hubiesen permitido, habría regresado a Lin'an para cumplir su sueño de presentarse a los exámenes imperiales y buscar un buen marido para Tercera. Pero ahora su única opción pasaba por la huida. En el poblado, tan sólo le aguardaba la ira del Señor del Arroz y el odio de los aldeanos.

Se despidió de los cuerpos de sus padres y pidió a sus espíritus que le acompañasen allá donde fuera. Luego simuló que se encaminaba hacia la hacienda del Señor del Arroz, pero en cuanto los siervos de Bao-Pao le perdieron de vista, volvió sobre sus pasos y les siguió hasta el almacén donde custodiaban a su hermano.

Esperó a que se marcharan. Después rodeó el edificio para verificar el número de centinelas. Sólo uno vigilaba en la puerta, pero no sabía qué hacer. Esperó acurrucado mientras la desesperación le consumía. El tiempo corría en su contra y, sin embargo, algo le impulsaba a hablar con su hermano antes de huir. Por muchas pruebas que lo incriminasen, no podía admitir que fuera un asesino.

Miró a su alrededor. El lugar estaba despejado. Tan sólo la figura de aquel maldito centinela.

Analizó detenidamente sus opciones. Si intentaba sobornar al guardia, se arriesgaba a que le detuvieran. Por un instante, se planteó provocar un incendio para desviar su atención, pero carecía de yesca y pedernal, y

aunque lo consiguiera, también podía provocar el efecto contrario y atraer a más gente a la cuadra. Mientras se devanaba los sesos descubrió un ventanuco a pocos pasos de él. No era muy amplio, pero quizá cupiera. Usó un tonel como soporte y saltó hasta alcanzar el pretil de la ventana. Flexionó los brazos y trepó hasta encaramarse. Desafortunadamente, la estrechez del ventanuco le impidió franquearlo, pero pudo avistar en el interior del cobertizo una figura acurrucada. Poco a poco sus pupilas se fueron acostumbrando a la penumbra y la figura agachada cobró forma hasta convertirse en un inhumano amasijo de carne. Sus miembros ensangrentados parecían desprendidos de sus coyunturas y la cabeza, abatida hacia abajo, en una mueca de dolor, mostraba una posición imposible. Tenía la lengua cortada y las cuencas vacías.

Cí cayó al suelo desplomado. La mente le bullía mientras su boca intentaba, en vano, pronunciar un nombre. Balbuceó algo mientras se levantaba tambaleándose, vacilando y tropezando a cada paso, cayendo e incorporándose de nuevo sin prestar atención a su destino. Una violenta convulsión le sacudió antes de vomitar. La figura informe, rota y masacrada era la de Lu. Lo habían torturado y asesinado. No quedaba nada de él. Sólo el rencor que debía anidar en su alma.

Tenía que huir de la aldea. El Señor del Arroz le reclamaría unas tierras que ya no eran suyas o un dinero que ya no tenía, y ni éste ni el Ser de la Sabiduría atenderían a razones. Corrió al encuentro de Cereza para informarle de sus intenciones y pedirle que le esperara hasta que se demostrase su inocencia. Sin embargo, la respuesta de la joven fue rotunda: jamás se casaría con un fugitivo sin oficio ni tierras.

—¿Es por lo de mi hermano? Si ése es el motivo, ya no tienes que preocuparte. Te repito que lo han ajusticiado. ¿Me oyes? Está muerto.

¡Muerto! —Cí se lamentó desde el otro lado de la celosía que clausuraba la ventana.

Esperó un rato, pero la joven no contestó. Aquélla fue la última vez que oyó hablar a Cereza.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 8

Encontró a Tercera igual que la había dejado. La pequeña parecía feliz, ajena a cualquier peligro. Cí la felicitó por haber vigilado tan bien la pata de cerdo y le cortó una loncha como recompensa. Mientras la niña comía, Cí cambió su atuendo blanco de luto por un conjunto de arpillera burda que había pertenecido a su padre. Estaba sucio, pero al menos no lo reconocerían. Luego lio un hatillo en el que metió las monedas que le quedaban, el código penal, algo de ropa y la pierna de cerdo. Guardó el billete de cambio de cinco mil *qián* en una bolsa que escondió bajo las ropas de Tercera, se echó el hatillo a la espalda y cogió de la mano a la pequeña.

—¿Quieres viajar en barco? —Le hizo cosquillas sin esperar a que contestara—. Ya verás cómo te gusta.

Cí rio con amargura.

Se dirigieron al muelle dando un rodeo. Su primer pensamiento había sido dirigirse a Lin'an siguiendo la ruta terrestre del norte, pero,

precisamente por ser la habitual, había decidido evitarla. La ruta fluvial, aunque más larga, sin duda resultaría más segura.

Recordó que en época de cosecha numerosas barcazas de arroz partían en dirección al puerto marítimo de Fuzhou junto a pequeñas gabarras cargadas de maderas preciosas que tras alcanzar el mar oriental continuaban la singladura costa arriba con destino a la capital. Sólo debía localizar una y embarcar antes de que zarpara.

Ante el temor de que hubieran dado la voz de alarma, Cí evitó el muelle principal y se dirigió al extremo sur del embarcadero, donde los braceros efectuaban las labores de desestiba. Allí, sobre un chalupón medio desfondado, un anciano de piel manchada orinaba balanceándose mientras observaba a sus marineros jalar con fuerza de las sogas. Cí escuchó que se dirigían a Lin'an, así que aguardó a que el viejo bajase a tierra para proponerle que les llevara. El hombre se sorprendió, pues aunque era común que los aldeanos aprovecharan las barcazas para sus viajes, habitualmente negociaban los precios en la consigna.

—Es que debo un dinero al consignatario que no puedo pagar ahora —se excusó Cí y le ofreció un puñado de monedas que el viejo rechazó denegando con la cabeza.

—No es suficiente. Además, la barcaza es pequeña, y ya ves cómo va de cargada.

—Señor, os lo suplico. Mi hermana está enferma, y necesita medicinas que sólo se consiguen en Lin'an...

—Pues viaja en carro por el norte. —Se sacudió el miembro y lo guardó bajo los pantalones.

—Por favor... La niña no aguantará por tierra.

—Mira, chico, esto no es un hospicio, de modo que si quieres embarcar, tendrás que hurgarte la talega.

Cí le aseguró que le ofrecía cuanto tenía, pero el viejo no se ablandó.

—Trabajaré durante la singladura. —No quiso decir que disponía del billete de cambio.

—¿Con esas manos abrasadas?

—No os dejéis engañar por mi aspecto... Trabajaré duro y, si fuera necesario, os pagaré el resto cuando desembarquemos.

—¿En Lin'an? ¿Y quién te espera allí? ¿El emperador con un saco de oro? —Se fijó en la cría y se dio cuenta de que realmente estaba enferma. Luego dirigió la vista hacia el joven desharrapado, diciéndose que aunque quisiera venderlo como esclavo no sacaría de él más que un par de monedas. Escupió al arroz y se dio la vuelta, pero luego se giró de nuevo—. ¡Maldito sea Buda...! De acuerdo, muchacho. Harás lo que te mande, pero cuando lleguemos a Lin'an desestibarás tú solo hasta el último tronco. ¿Entendido?

Cí se lo agradeció como si le debiera la vida.

La barcaza se desperezó lentamente como un gigantesco pez que se debatiera por librarse del fango. Cí ayudó a los dos marineros que manejaban las pértigas de bambú mientras Wang, el patrón, cuidaba del gobernalle entre gritos y maldiciones. Parecía imposible que aquella balsa desbordada por la carga pudiera navegar, pero, lentamente, la

corriente se adueñó del cascarón haciendo que se bamboleara. Luego se estabilizó y poco a poco comenzó a deslizarse tranquilamente alejándose para siempre de la aldea.

Hasta la puesta del sol Cí se entretuvo colaborando en las tareas de navegación, las cuales se limitaron a apartar con una vara las ramas que el barco encontraba a su paso y a intentar pescar con un anzuelo prestado. De vez en cuando, el marinero de proa comprobaba el calado del cauce mientras el de popa, pértiga en mano, propulsaba la barcaza cuando la corriente arremansaba. Cuando el sol desapareció, el patrón arrojó el ancla en medio del río, encendió un farolillo de papel que atrajo un enjambre de mosquitos como si estuviera untado con miel y, tras comprobar la carga, anunció que descansarían hasta el amanecer. Cí buscó acomodo entre dos sacos junto a Tercera, asombrada aún por su primer viaje fluvial. Cenaron un poco del arroz hervido preparado por la tripulación y honraron los espíritus de sus padres. Pronto, las voces se fueron espaciando y al rato sólo se escuchó el chapoteo del agua contra la barcaza. Sin embargo, la calma del anochecer no impidió que la ansiedad acosara a Cí. Durante el trayecto no había dejado de preguntarse qué habría hecho para enfurecer a los dioses, qué terrible pecado habría cometido para desatar aquella ira implacable que había diezmado a su familia.

La angustia acuciaba su mente, lo quemaba por dentro, minando sus esperanzas. Cerró los ojos para engañarse, diciéndose que aunque sus padres hubiesen muerto, sus espíritus continuarían presentes cerca de él, pendientes de sus necesidades. Desde pequeño había visto la muerte como un hecho natural e inevitable, algo familiar que sucedía a su alrededor de forma constante: las mujeres fallecían en los partos; los niños nacían muertos o se les ahogaba cuando sus padres no disponían de recursos para alimentarles; los viejos morían en los campos, agotados, enfermos o abandonados; las inundaciones arrasaban pueblos enteros;

los tifones y vendavales se cebaban en los incautos; las minas se cobraban su peaje; los ríos y los mares reclamaban el suyo; las hambrunas, las enfermedades, los asesinatos... La muerte era tan obvia como la vida, pero mucho más cruel e inesperada. Y, aun así, no alcanzaba a comprender cómo en tan poco tiempo le habían sucedido tantísimas fatalidades. A los ojos de un necio, tal vez pudiera parecer que los dioses se habían comportado de forma caprichosa y que una inexplicable conjunción de desgracias se habían congregado para golpearle. Y, no obstante, aunque él sabía que cuantos sucesos acaecían en la tierra eran consecuencia y pago de los comportamientos humanos, no encontraba una respuesta comprensible que reconfortara su alma. Sintió que librarse de aquel dolor le resultaría tan difícil como intentar recoger un vaso de agua derramada. Nada se asemejaba a aquel sufrimiento que se aferraba a su cuerpo como un parásito. Nada le había dolido tanto antes. Nada.

Sólo anhelaba que amaneciera. Hasta ese momento no se había planteado qué ocurriría con su vida; no había pensado dónde ir o qué hacer, ni cómo o de qué forma sobrevivir, pero en aquel instante carecía del ánimo y de la claridad mental necesarios. Únicamente pensaba en alejarse del lugar que le había robado cuanto tenía; en huir de allí y proteger a su hermana.

Con las primeras luces del alba, la actividad regresó a la barcaza. Wang ya había recogido el ancla y daba voces a sus dos hombres cuando una chalupa manejada por otro anciano se acercó temerariamente hasta chocar contra la borda. Al advertirlo, Wang le increpó por su descuido, pero el viejo pescador le saludó con una sonrisa bobalicona y continuó bogando como si no hubiera ocurrido nada. A Cí le extrañó su presencia, pero, para entonces, decenas de paquebotes oscuros y aplastados pululaban por el río como una enorme plaga.

—¡Malditos ancianos! Deberían morir todos ahogados —rezongó uno de los tripulantes sin caer en la cuenta de que su propio patrón superaba en años a la mayor parte de ellos. El marinero miró el lateral de la embarcación y meneó la cabeza—. Ese malnacido ha abierto una vía de agua —informó a Wang—. Deberíamos repararla o echaremos a perder la carga.

Nada más comprobar los daños, Wang escupió hacia el anciano, que ya se alejaba. Luego masculló un juramento y ordenó que se dirigieran hacia la orilla. Por fortuna, se hallaban a pocos *li* de Jianningfu, la mayor encrucijada de canales de la prefectura, donde encontrarían el material necesario para arreglar la brecha. Hasta entonces navegarían pegados a la orilla, aun a riesgo de ser asaltados por los bandidos que merodeaban por los caminos. Por ese mismo motivo, Wang encargó a Cí y a sus hombres que abriesen bien los ojos y diesen aviso si alguien se acercaba a la barcaza.

Encontraron el muelle de Jianpu convertido en un avispero de comerciantes, tratantes de ganado, peones de todo tipo, constructores de juncos, mercachifles improvisados, pescadores, pordioseros, prostitutas y buscavidas que se mezclaban de tal forma que hacían casi imposible distinguir a los primeros de los últimos. El hedor a pescado podrido competía ventajosamente con el de sudor rancio y los aromas provenientes de los puestos de pitanza.

Nada más efectuar el ataque, un hombrecillo de ropas miserables y bigote de chivo corrió a exigirles el impuesto de amarre, pero el patrón lo despidió a patadas alegando que no sólo no iba a desestibar mercancía alguna, sino que su parada obedecía a la embestida de un inepto que a buen seguro había zarpado de aquel mismo embarcadero.

Mientras Wang descendía a tierra para aprovisionarse, encargó a Ze, el tripulante más veterano, que comprase el bambú y el cáñamo necesarios para la reparación, y al más joven que permaneciera junto a Cí en la barcaza hasta su regreso.

El marinero joven rezongó antes de aceptar de mala gana, pero Cí se alegró de no tener que molestar a Tercera, que dormitaba hecha un ovillo entre dos fardos de arroz. Tiritaba como un cachorro, de modo que la cubrió con un saco vacío para protegerla de la brisa procedente de las montañas. Luego izó un cubo de agua y se dedicó a fregar los escasos tablones que emergían bajo la carga mientras el tripulante que les acompañaba se entretenía admirando a varias prostitutas que caminaban llamativamente pintarrajeadas. Pasado un rato, el marinero escupió la raíz que llevaba tiempo mascando y le dijo a Cí que bajaba a dar una vuelta. A Cí no le preocupó. Continuó fregando y esperó a que las tablas se secasen antes de darles una segunda pasada.

Se disponía a reanudar la labor cuando una joven ataviada con una túnica roja se acercó hasta la borda de la gabarra. Las ropas ceñidas a su cuerpo se veían raídas, pero lucía una hermosa figura y su sonrisa dejaba entrever una dentadura completa. Cí se sonrojó cuando la joven le preguntó si era suya la barcaza.

«Es más bella que Cereza».

—Sólo la estoy cuidando —acertó a contestar.

La joven se tocó el moño como si se lo arreglara. Parecía interesada en él y eso le incomodó, pues, a excepción de Cereza y de las cortesanas con las que había intimado en los salones de té junto al juez Feng, jamás había hablado con otras mujeres que no fueran las de su familia. La joven deambuló contoneándose por la orilla del muelle y luego regresó sobre

sus pasos. Cí no le había quitado el ojo de encima, así que disimuló cuando advirtió que se detenía otra vez frente a la barcaza.

—¿Viajas solo? —se interesó.

—Sí. Quiero decir... ¡no! —Cí se dio cuenta de que se estaba fijando en sus manos quemadas y las ocultó tras la espalda.

—Pues yo no veo a nadie más. —Sonrió.

—Ya —balbució Cí—. Es que han desembarcado para comprar unas herramientas.

—¿Y tú? ¿No bajas?

—Me han ordenado que vigile la mercancía.

—¡Oh! ¡Qué obediente! —Torció el gesto como si se disgustara—. Y dime, ¿también te han prohibido que juegues con las chicas?

Cí no supo qué contestar, pero se quedó mirándola embobado, incapaz de hacer otra cosa. La joven era una meretriz.

—No tengo dinero —le aclaró.

—Bueno, eso no es problema. —La joven sonreía a cada instante—. Eres un chico guapo, y a los chicos guapos se les hacen ofertas. ¿No te apetece un té caliente? Lo prepara mi madre con aroma a melocotón. Así es como me llaman. —Rio y le señaló una cabaña cercana.

—Ya te he dicho que no puedo abandonar el barco, Aroma de Melocotón.

La chica pareció no concederle importancia, volvió a sonreír y se dio la vuelta para encaminarse hacia la cabaña. Al poco, regresó con dos tazas y una tetera. A Cí se le antojó que sus mejillas se veían aún más encarnadas. Realmente no se parecía a Cereza, pero cuando la joven hizo ademán de subir a la barcaza, Cí no supo reaccionar.

—No te quedes como una estatua. ¡Ayúdame o se me caerá! —le espetó descarada.

Cí le ofreció el brazo procurando que las quemaduras de su mano quedasen ocultas bajo la manga. Ella las vio, pero no pareció importarle. Se agarró con fuerza y de un salto se encaramó a la nave. Luego, sin esperar a que Cí se lo autorizara, se sentó sobre un fardo y vertió té sobre una taza.

—Cógelo. No te cobraré por ello.

Cí la obedeció. Sabía que ofrecer té era una estrategia común entre las *flores*, el término con el que las prostitutas preferían que las llamaran; sin embargo, también sabía que se podía aceptar una taza sin que ello supusiese ninguna clase de compromiso, y a él le apetecía a aquella hora de la mañana. Se sentó en el suelo frente a la joven y la miró con detenimiento. Sus cejas pintadas destacaban sobre la cara empolvada con arroz. Dio un sorbo al té, que encontró fuerte y especiado. El calor le reconfortó. Entonces, la joven entonó una canción mientras simulaba con sus manos el vuelo de un pájaro.

La melodía flotó en el ambiente mientras el murmullo se apoderaba despacio de sus sentidos. Cí dio un sorbo largo que paladeó con delectación. Cada trago era el abrazo de un ser querido, un arrullo que le acariciaba y le envolvía. Sus párpados acusaron el cansancio de la noche y se entornaron para saborear la agradable sensación que le mecía junto

al chapoteo de las olas. Poco a poco, un sopor le fue invadiendo y dominando hasta vencerle. Y así, sin advertirlo, el sufrimiento desapareció para dar paso a la negrura.

* * *

Lo siguiente que percibió fue el agua de un cubo al estrellarse contra su cara.

—¡Maldito vago! ¿Dónde está el barco? —gritó Wang mientras lo izaba del suelo del muelle.

Cí miró a su alrededor incapaz de comprender lo que sucedía. Los oídos le retumbaban mientras aquel viejo lo sacudía sin miramientos. No acertó a articular palabra.

—¿Te has emborrachado? ¿Te has emborrachado, desgraciado? —Acercó su rostro al de Cí hasta aspirar su aliento—. ¿Dónde está el otro marinero? ¿Dónde diablos está mi barco?

Cí no entendía por qué aquel hombre aullaba hecho un energúmeno mientras él permanecía tumbado en la orilla con las sienes a punto de reventar. De repente, el tripulante más veterano le arrojó otro cubo de agua y Cí se sacudió como un perro. La cabeza le daba vueltas, pero en una especie de fogonazo comenzó a visualizar una sucesión de inquietantes imágenes: el ataque en el muelle... el desembarco del patrón y los tripulantes... la joven atractiva... la taza de té... y después... la nada. Un regusto amargo le hizo comprender que se había dejado embaucar por quien sin duda lo había narcotizado para robar la nave

con su mercancía. Pero lo que realmente le aterró fue comprobar que, con la carga, también había desaparecido Tercera.

Cuando le pidió a Wang que le ayudara, éste le volvió la espalda jurándole que los mataría a él y al otro tripulante por haber abandonado la barcaza.

CAPÍTULO 9

Ni aunque le hubiesen amenazado con despedazarle, Cí habría renunciado a rescatar a su hermana.

Se incorporó aún aturdido y siguió a Wang, quien ya se perdía entre la muchedumbre de pescadores y tratantes, husmeando de barca en barca en pos de un bote con el que emprender la persecución. Cí le siguió a distancia, advirtiéndole que el patrón interrogaba a cuantos encontraba próximos a la orilla. Varios pescadores rechazaron su oferta de arrendar una barca, pero un par de jovencitos que holgaban sobre una chalupa aceptaron alquilarla por una sarta de monedas. Wang negoció incluir en el precio la contratación de ambos, pero cuando éstos supieron que pretendía perseguir a unos delincuentes, se negaron a arrendársela. De nada sirvieron los ruegos de Wang. Los jóvenes se mostraron inflexibles, alegando que no estaban dispuestos a participar en una expedición que pusiera en riesgo sus vidas. A lo único a lo que accedieron fue a venderle la chalupa por una cantidad exorbitante. Finalmente, Wang aceptó, les pagó lo convenido y subió a la gabarra seguido por Ze, su tripulante. Cuando Cí fue a hacer lo propio, el patrón se lo impidió.

—¿A dónde crees que vas?

—Mi hermana viaja en ese barco. —La mirada de Cí reflejó determinación.

Wang comprendió que sería preferible contar con las manos de Cí a tenerlas en su garganta. Dudó un instante mientras miraba a su único tripulante.

—De acuerdo, pero si no recuperamos mi mercancía, te aseguro que pagarás con sangre hasta el último tablón de mi gabarra. Preparad la barca y sacad esas redes mientras yo compro las armas...

—Señor —le interrumpió Cí—. No creo que sea buena idea... a menos que sepáis manejarlas.

—¡Por los dioses de la guerra! Sé lo suficiente como para cortarte la lengua y comérmela asada. ¿Cómo pretendes que les detengamos? ¿Con otra taza de té narcotizado?

—Señor Wang, no sabemos cuántos son —dijo Cí tratando de convencerle—. Ni siquiera si están armados. Pero si se dedican al robo, probablemente sabrán luchar mejor que dos viejos y un campesino. Si les atacamos empleando arcos y flechas que no sabemos utilizar, lo único que conseguiremos será que nos acribillen.

—No sé si eres necio de nacimiento o a causa de la bebida, pero esos tipos no nos van a devolver por las buenas ni a mí mi barco ni a ti a tu hermana.

—Mientras discutimos, esa gente se aleja —intervino el tripulante.

—¡Ze, cállate! Y en cuanto a ti, haz lo que te he ordenado o márchate de mi barca.

—El chico tiene razón —replicó Ze—. Si espabilamos, los alcanzaremos antes de una hora, cuando se detengan a descargar. Seguramente, lo harán río abajo, de forma apresurada y sin medios de transporte. Será fácil atraparlos.

—¡Por todos los diablos! ¿Ahora, además de tripulante, también eres adivino?

—Patrón, es obvio que esos ladrones pretenden buscar el camino más fácil. En esta zona la corriente es fuerte y remontar el río sólo serviría para disminuir su ritmo. Además, van cargados con madera, una mercancía que río arriba no vale nada, pero que en Fuzhou es una fortuna.

—¿Y lo de antes de una hora?

—Recordad la vía de agua. El barco no aguantará a flote. Según el sol, nos llevan media hora de ventaja, así que podremos alcanzarlos.

Wang lo miró asombrado. Con las prisas había olvidado por completo la brecha del casco.

—Por eso has dicho que desembarcarían sin contar con medios de transporte. Porque en cuanto se percaten del problema se verán obligados a atracar en cualquier lado. Pero ahora la pregunta es: ¿dónde?

—Lo desconozco, patrón, pero buscarán el primer recodo o afluyente que les oculte de los curiosos. Si sabéis de alguno...

—Por el dios de las aguas, claro que sí. ¡Venga! ¡Embarquemos!

Cí cargó las varas de bambú y el material de reparación que había adquirido en el mercado, se acomodó en un extremo y empujó la embarcación. Luego cada uno agarró una pértiga y entre los tres empujaron la chalupa en pos de los bandidos.

* * *

Tal y como había predicho Ze, antes de una hora avistaron la gabarra adentrándose en uno de los canales. La embarcación navegaba lenta y orillada, escorada como un animal herido a la búsqueda de un refugio donde desplomarse. Aún no se distinguía el número de ocupantes, pero sólo uno manejaba la pértiga, lo cual le hizo a Cí concebir esperanzas.

Impulsó con más fuerza la pértiga y animó a Wang y a Ze a que le imitaran.

Durante la persecución habían barajado diversas estrategias: desde abordarles en cuanto los tuvieran delante hasta esperar a que descargaran, pero cuando se cercioraron de que eran tres los delincuentes, prevaleció el plan de Cí, que propuso hacerse pasar por un mercader enfermo para despertar la codicia de los ladrones.

—Lo que menos esperarán es que dos viejos y un enfermo se abalancen sobre ellos. Les empujaremos con las pértigas y les haremos caer al agua —agregó—. Por eso hemos de alcanzarles antes de que atraquen.

Wang coincidió en que en tierra carecerían de oportunidades. Impulsaron la nave con cautela hasta aproximarse a unos diez botes de

distancia, momento en el que ocultaron a Cí con una manta bajo la que también escondieron su pértiga. Cuando llegaron a la altura de la gabarra, Wang, con su mejor sonrisa, saludó a los tres ocupantes y a la prostituta que había mencionado Cí.

Desde su escondite, Cí escuchó cómo Wang solicitaba a los bandidos ayuda para el acaudalado comerciante que había caído enfermo de manera inesperada. Entretanto, Ze dispuso la chalupa en paralelo a la barcaza. Cí repasó el plan.

«A la señal, me levantaré y empujaré al hombre de proa. Ellos se encargarán de los demás».

Soportó el olor a pescado podrido de la chalupa mientras escuchaba conversaciones sin sentido sobre el precio de la ayuda. Sentía el latido de su corazón cada vez más fuerte, esperando una señal que no acababa de llegar. De repente, se hizo el silencio.

«Algo va mal».

Aferró la pértiga con fuerza. Pensó en salir y cumplir con su parte. Tercera podía estar en peligro. Sin embargo, Wang se le adelantó.

— ¡Ahora! — gritó el patrón.

Cí se incorporó como un resorte, dispuesto a acabar con su contrincante. Divisó un abdomen y lo golpeó con fuerza mientras Wang hacía lo propio con el bandido de popa. El primer hombre se tambaleó al primer impacto y sin comprender qué sucedía cayó por la borda como un fardo. El oponente de Wang aguantó el equilibrio, pero un varetazo lo envió directo al agua. Sin embargo, Ze falló en su intento y el tercer hombre sacó un puñal que enarboló amenazante.

Cí sabía que era cuestión de tiempo que los dos caídos volviesen a la barca. O acababan con el que quedaba o todo se perdería. Wang pareció leerle el pensamiento porque ambos acudieron en ayuda de Ze. Las tres pértigas hicieron el resto. De inmediato, Wang saltó a su barcaza.

—Tú quédate ahí —le ordenó a Ze mientras soltaba un guantazo a la prostituta, que gritaba como si la estuvieran violando.

Cí siguió a Wang. El patrón le había ordenado que impidiera que los caídos se acercaran a los botes, pero antes tenía que comprobar cómo estaba Tercera. Corrió hacia los sacos donde la había dejado durmiendo, pero no la encontró. Su corazón se desbocó. Comenzó a mover los fardos como un enloquecido gritando su nombre una y otra vez, hasta que de repente escuchó una vocecita procedente del otro extremo de la embarcación. Mientras Wang y Ze se empleaban con las pértigas para mantener a raya a los bandidos, él corrió hacia la voz de su hermana. Apartó una manta y allí estaba: pequeña, indefensa, apretada contra su muñeca de trapo. Febril y asustada.

* * *

Cuando Cí solicitó al patrón que admitiese a la prostituta como pasajera, el hombre se echó las manos a la cabeza. Sin embargo, Cí insistió.

—La obligaron a hacerlo. Fue ella quien salvó a mi hermana.

—Es verdad —afirmó la vocecita de Tercera, escondida a sus espaldas.

—¿Y tú te lo crees? ¡Despierta, muchacho! Esa *flor* es tan amarga como las del resto de su jardín. Amarga y con espinas. Dirá cualquier cosa con tal de salvar su hermoso trasero. —Empujó la pértiga en dirección a la orilla.

Acababan de abandonar el canal lateral y remaban hacia el margen opuesto del río con la chalupa que habían comprado atada a la gabarra. A nado, los bandidos jamás podrían cruzarlo. Cuando alcanzaron la ribera, Cí insistió.

—¿Pero qué más os da? No puede hacernos daño y dejarla aquí sería como entregarla a sus secuaces.

—Y bien agradecida que debería mostrarse. Si hasta tendría que bailarnos para que no la arrojáramos al agua. Pero mírala: agria y seca, como la leche cortada.

—¿Y cómo pretendéis que se encuentre si os empeñáis en abandonarla a su suerte en vez de entregarla a la justicia?

—¿A la justicia? No me hagas reír, muchacho. Seguro que se muestra encantada de no tener que dar explicaciones ante un juez. Y si no, preguntaselo. Además, ¿por qué habría de hacer yo semejante cosa?

—Ya os lo he dicho. ¡Por todos los diablos, Wang! ¡Salvó a mi hermana! Y tampoco se defendió cuando asaltamos la gabarra.

—¡Faltaría más! Mira, muchacho, haré lo que tendría que haber hecho contigo: dejarla aquí por ladrona, envenenadora, mentirosa, serpiente y mil cosas más, así que deja de porfiar y ayúdame con esas maderas.

Cí contempló a la joven, acurrucada sobre sí misma, y la comparó con uno de esos perros vagabundos a los que algunos críos apaleaban sin

piedad hasta que desconfiaban y mordían al primero que se les acercaba. Creía en su inocencia, pero Wang se empeñaba en replicarle que si la prostituta había cuidado a su hermana no había sido por piedad, sino para venderla después en algún burdel de los que a buen seguro frecuentaba. Sin embargo, Cí se fiaba de lo que le dictaba su corazón, quizá porque veía su propio sufrimiento reflejado en el de la muchacha.

—Pagaré su pasaje —declaró.

—¿He oído bien?

—Supongo que sí, si no tenéis el oído tan duro como el alma... —Se dirigió hacia Tercera y sacó la bolsa con el billete de cinco mil *qián* de entre sus ropas—. Con esto alcanzará hasta Lin'an.

Wang lo miró de arriba abajo antes de escupir sobre uno de los fardos.

—¿No decías que no tenías dinero? En fin. Son tus monedas, muchacho. Paga y carga con esa arpía. —Se humedeció los labios—. Pero cuando ella te saque los ojos, no vengas a mí con tus lágrimas.

* * *

A mediodía, Wang dio por concluida la reparación de la barcaza. Los mazos de juncos se habían ensamblado adecuadamente y el calafateado provisional de paja y brea había detenido la brecha de agua. Echó un trago de licor de arroz antes de premiar a su tripulante con otro. Entretanto, Cí continuaba achicando el agua que amenazaba con pudrir la madera apilada. Estaba terminando cuando Wang se acercó a él.

—Oye, muchacho... No tendría por qué hacerlo, pero, de todos modos, gracias.

Cí no supo qué contestar.

—No las merezco, señor. Me dejé embaucar como un necio y...

—¡Eh! ¡Eh! ¡Alto! No todo fue culpa tuya. Te ordené que permanecieras en el barco y obedeciste... Fue el otro sinvergüenza el que abandonó la carga. Y míralo de este modo: además de librarme de un tripulante inútil, hemos recuperado el barco y nos hemos ahorrado un buen trecho de ir remando. —Se rio.

—Sí. Esos ladrones nos han evitado un buen trabajo. —Cí se rio también.

Wang examinó la borda. Luego escupió con gesto preocupado.

—No me gusta la idea de detenernos en Xiongjiang. En ese condado no hay nada bueno que ganar. A lo sumo, una puñalada o un corte en el gañote. —Se subió la chaqueta y mostró una cicatriz que le recorría la barriga—. ¡Ladrones y putas! Mal sitio para abastecerse, pero tendremos que hacerlo de todos modos. No creo que aguante el calafateado.

* * *

Después de engullir un cuenco de arroz hervido con carpa, zarparon hacia la Ciudad de la Muerte, el nombre con el que Wang había

bautizado a la villa en la que se detendrían. Según el patrón, si los remiendos resistían, emplearían entre día y día y medio de navegación.

Durante el trayecto, Cí se acordó del juez Feng y de todo cuanto significaba para él. Desde que había entrado a su servicio había admirado su sabiduría y su conocimiento, su minuciosidad en el trabajo, la ecuanimidad de sus decisiones y la sagacidad de sus juicios. Nadie era tan agudo en sus observaciones ni tan eficaz en su trabajo. Con él había aprendido cuanto sabía. Quería ser como él, y en Lin'an esperaba conseguirlo. Wang decía que en Lin'an las oportunidades surgían como las moscas en un estercolero, y a expensas de que Feng regresara de su periplo por la frontera norte del país, esperaba que estuviera en lo cierto.

Al pensar en Feng, el recuerdo de sus padres acudió a su mente. Fue un latigazo. Se sentó para ocultar su tristeza hasta que Tercera lo advirtió y se acercó a él preocupada. Cuando la niña le preguntó qué le ocurría, Cí achacó su abatimiento a la falta de alimento. Cortó una tajada de cerdo para disimular y le ofreció otra a su hermana. Luego le acarició el pelo y la trasladó a proa.

Cí aún no había comenzado a comer cuando la prostituta aprovechó para sentarse junto a él. Al hacerlo, le rozó las manos, pero él, avergonzado por sus quemaduras, las retiró con brusquedad.

—Te escuché antes, cuando me defendías...

—No te equivoques. Lo hice por mi hermana. —Su proximidad le incomodó.

—¿Aún crees que te engañé?

—Hasta un niño lo creería. —Sonrió con amargura.

—¿Sabes? —Se levantó, desafiante—. Por un momento pensé que eras diferente. Que habías visto algo en mí. Pero tú no comprendes lo que una mujer como yo ha de soportar. Llevo trabajando desde que nací y todo lo que tengo es este cuerpo sucio y maltratado, este pelo lleno de piojos y un vestido de pordiosera. Hasta me da la sensación de que mi vida es prestada...

La joven rompió a llorar, pero a Cí no le conmovió.

—Yo no tengo que comprender nada.

Se levantó y contempló a Wang mientras éste manejaba el timón con la barbilla alzada, como si de esa forma pudiese aspirar más profundamente la fragancia que el viento le robaba al agua. Su silueta confiada le calmó. Pensó en sentarse otra vez junto a la *flor*, pero no le apetecía discutir con la joven. No le apetecía nada.

Aunque había previsto pasar la noche velando a Tercera, se sorprendió a sí mismo deslizado miradas furtivas hacia Aroma de Melocotón. Lo hizo a hurtadillas, protegido por las sombras que arrojaba el bamboleante farolillo que indicaba la posición de la barcaza. Cuanto más la contemplaba, más le fascinaba su aspecto; su asombro crecía con la gracilidad de sus movimientos, con la aparente delicadeza de su mirada, con la suavidad de su tez y el rubor casi imperceptible de sus mejillas. Aún no entendía por qué había desperdiciado con ella sus últimas monedas.

De repente se estremeció al toparse en la oscuridad con los ojos almendrados de Aroma contemplándole, como si un intenso fogonazo iluminara la noche y descubriese sus vergüenzas. Sin embargo, ella mantuvo la mirada firme, impertérrita, mientras la de él sucumbía torpe como la de una presa hipnotizada.

La vio acercarse sinuosamente, flotando sobre sus pequeños pies de garza, aproximándose despacio hasta cogerle de la mano y conducirlo a la chalupa vacía. Su corazón tembló al sentir el roce de sus manos que se perdían bajo su camisola y su entrepierna vibró asustada cuando percibió sus dedos hábiles rodeando su sexo con maestría. Intentó separarse, pero ella posó sus labios sobre los de él atrapándolos, sorbiéndolos y paladeándolos mientras se sentaba sobre él a horcajadas. Cí no comprendía por qué recelaba cuando en su interior su dolor se mitigaba, por qué aquel cuerpo de miel perfumada le enervaba sus sentidos mientras el temor le reconcomía, por qué deseaba perderse en su interior, sumergirse en ella con la voracidad del hambriento, con el ansia del necesitado, mientras su resistencia se desvanecía con el sabor a fruta macerada de su boca, bebiendo de su veneno, ese licor intenso, embriagador y oscuro que vencía su miedo y alimentaba su ansia.

—¡No! —susurró Cí tajante cuando Aroma intentó despojarle de la camisola.

A ella le extrañó, pero él permitió que le bajara el pantalón.

Creyó morir cuando la joven movió pausadamente sus caderas en un vaivén profundo y continuo, apretándose contra su vientre como si quisiese absorber cada suspiro, cada porción de su cuerpo, guiando sus manos heridas hasta sus pechos pequeños, de los que parecían brotar imperceptibles gemidos que a él le encendían, le emborrachaban transportándole a un mundo apenas conocido en el que el dolor se escabullía para tornar en un indescriptible deleite.

Cí le acarició las mejillas, siguió su cuello suave y redondeado, deslizó su boca buscando su nuca, donde aspiró el perfumado nacimiento de su cabello mientras su ardor crecía y su urgencia se incrementaba. Aroma aceleró sus movimientos pegándose a él, culebreando como si careciese

de huesos, agitando su respiración, haciendo que Cí ansiase devorarla mientras exprimía su miembro en un torrente de escalofríos que intentaban derruir la presa que los contenía, su sexo en el de ella, su lengua en la de ella, hasta que la desesperación inundó a Cí cuando la joven explotó sobre él abrazándole, aferrándose a él como si se le escapara la vida.

Al día siguiente, Wang lo encontró dormido en la chalupa, exhausto y desmadejado, como si hubiera estado de borrachera. Rio con fuerza cuando, tras zarandearle, intentó remeterse los calzones.

—Así que para eso la querías, ¿eh, bribón...? Venga, espabila y ponte a remar. La Ciudad de la Muerte nos espera.

CAPÍTULO 10

Tembló al divisarla.

Para Wang, arribar a la Ciudad de la Muerte era como un peligroso juego de azar en el que, además de llevar las peores fichas, apostase con las manos atadas. Aquella villa era un nido de forajidos, criminales, desterrados, traficantes, especuladores, tahúres y prostitutas, dispuestos a esquilmar al primer extranjero que desembarcara. Lo sabía bien porque la cicatriz de su vientre se encargaba de recordárselo cada mañana. Sin embargo, en aquella ocasión, el habitual griterío del puerto parecía haber sido engullido por un extraño silencio. El muelle se veía abandonado, con cientos de barcazas atracadas como espectros ocultos entre las brumas. El único sonido perceptible era el del chapoteo que mecía las embarcaciones en una lúgubre danza.

—Estad atentos —avisó.

La gabarra se deslizó entre las naves vacías en dirección al embarcadero, donde de vez en cuando podían advertirse figuras fugaces

corriendo de un almacén a otro. Al pasar junto a una de las chalupas, Cí descubrió un cadáver flotando sobre un vómito de sangre. Nada más decirlo, advirtió que a lo lejos flotaban varios más.

—¡Es la plaga! —aventuró el tripulante. Su rostro era el reflejo del pavor.

Wang asintió con la cabeza. Cí se situó junto a Tercera, con Aroma de Melocotón refugiada a sus espaldas. Intentó atisbar la orilla a través de la bruma, pero no distinguió nada.

—Seguimos río abajo —determinó Wang—. Tú, coge una pértiga —le ordenó a la prostituta.

En lugar de obedecerle, Aroma se apoderó de Tercera y amenazó con arrojarla al agua.

—¿Pero se puede saber qué haces? —gritó Cí acercándose a ella. La prostituta volvió a hacer ademán de lanzarla al río. Tercera comenzó a llorar.

—Te aseguro que la tiraré. —Su rostro agraciado se había transformado en una horrible máscara.

—Pero si yo te he...

—¡El dinero! —le interrumpió—. ¡El dinero o la tiro!

—¡Maldita seas! ¡Suelta a mi hermana!

—¡Echadme el dinero! ¡Ya! —retrocedió. Cí fue tras ella, pero la joven alzó a la cría sobre el agua—. Da un paso más y...

—No, Cí. Es el agua venenosa —le advirtió Wang.

Cí se detuvo. Había oído hablar de la terrible enfermedad que engendraba el agua del río. Le pidió a Wang que obedeciera, pero el viejo no se inmutó. Ya había perdido demasiado dinero y no estaba dispuesto a seguir haciéndolo.

—Te propongo algo mejor —dijo Wang—. Deja a la niña y lárgate de aquí, o yo mismo te echaré al agua con un palo entre tus nalgas.

—¿Le has preguntado a él si está de acuerdo? —dijo la prostituta en alusión a Cí—. ¡Dame el dinero de una vez, viejo cabrón!

Wang agarró un palo y lo enarboló ante la mirada atónita de Cí.

—¿Pero qué hacéis? Por todos los dioses, dadle el dinero —le suplicó el joven.

Wang simuló que bajaba el palo, pero, de repente, lanzó un mandoble lateral que alcanzó a la prostituta en la cabeza haciendo que soltara a Tercera. La cría, al verse libre, corrió hacia Cí, pero antes de lograrlo, Aroma consiguió engancharla por una pierna y la arrojó al agua. Cí palideció. Tercera no sabía nadar y se hundiría como una piedra. Tomó aire y se lanzó tras ella. Buceó entre las aguas turbias mirando de un lado a otro sin distinguirla. Lo hizo hasta que sintió estallar los pulmones. Ascendió para aspirar una bocanada de aire. Escupió agua y gritó su nombre. No la localizaba. Pudo verla emerger a un par de cuerpos de él, pero volvió a sumergirse por debajo de otra chalupa. Cí nadó hacia ella braceando con todas sus fuerzas. Cuando llegó a la altura de la chalupa, se hundió bajo sus tablas. Al encontrarla enmudeció. Tercera permanecía sumergida, con su ropa enganchada al casco de la embarcación. No se movía. Sus ojos permanecían cerrados y una hilera de burbujas escapaba

de su nariz. Estaba absolutamente inerte. Desesperado, desgarró su camisola y la elevó a la superficie. La niña no respiraba. La sacudió mientras clamaba su nombre.

—Por favor, no te mueras.

Sintió una vara en su espalda. Era Wang, tendiéndole un asidero. Lo cogió y sin soltar a su hermana se encaramó a la barcaza. El patrón tendió a Tercera boca abajo y agitó sus brazos.

—Esa grandísima puta... Traedme una manta.

Wang continuó sacudiendo a la cría, empujando su espalda una y otra vez, incorporándola y tumbándola. El tiempo transcurría. Cí intentó ayudar, pero Wang lo apartó. Volvió a intentarlo, sin éxito, propinándole pequeñas palmadas y secando su cara, hasta que de repente la niña vomitó. Cí aguardó expectante, pendiente de cada gesto o sonido que emitiese la pequeña. Tercera tosió una vez. Finalmente, las toses se sucedieron y la niña rompió a llorar. Cuando Cí la abrazó, no pudo evitar imitarla.

Por boca de Wang Cí supo de la huida de Aroma de Melocotón. Le dijo que la joven había aprovechado la confusión para soltar la chalupa y desembarcar en el muelle. Según el patrón, Aroma tan sólo había aguardado una oportunidad, oportunidad que se le había presentado con las aguas venenosas.

—¡Maldita puta! No sé qué te haría anoche —le reprochó Wang a Cí—, pero lo único claro es que se ha cobrado bien sus servicios.

—Y a él, ¿qué le ha ocurrido? —contestó Cí señalando a Ze. El tripulante permanecía en el suelo, retorciéndose de dolor. Wang le miró sin prestarle atención.

—Al intentar detenerla se ha dejado la pierna en el ancla. —Desgarró una tira de un paño y se la ofreció a Ze—. Anda, véndate esa herida o me encharcarás todo el barco con tu sangre. Y tú, cámbiate antes de que la humedad te pudra los pulmones —aconsejó a Cí.

—No importa. Estoy bien —mintió.

Se mudó de pantalones, pero se dejó la camisola para mantener ocultas sus quemaduras. Pensó en Cereza y en Aroma de Melocotón. Nunca volvería a confiar en una mujer. Las odiaba. Jamás lo haría.

—¿Me has oído, Cí? Cámbiate de camisa —insistió Wang.

Cí no dijo nada. No tenía ni resuello ni ganas. Mientras navegaban río abajo, Cí se cuestionó su futuro. Tanto él como Tercera habían caído en las aguas venenosas. Ahora sólo le quedaba rezar para que los dioses les protegiesen de la enfermedad. Él no la temía, pero otra cosa era la precaria salud de su hermana. Si Tercera enfermaba, no lo superaría. Afortunadamente, su temperatura se mantenía estable y la tos no había hecho acto de presencia, pero ahí acababa su suerte porque Wang, harto de problemas, ya le había anunciado su intención de desembarcarlos en la primera aldea que encontraran.

De repente, un alarido le arrancó de sus dilemas. Al girarse vio a Ze, tumbado a proa, chillando como un cerdo. Hasta ese momento el tripulante se había mantenido en su puesto vareando la pértiga con fuerza, pero al intentar mover un fardo había perdido pie y se había desplomado. Cuando por fin Ze permitió que le atendiesen, Cí se echó

las manos a la cabeza. Por lo visto, el tripulante había silenciado la gravedad de la herida para no entorpecer la huida. Cuando Wang lo advirtió, maldijo su suerte. Cí comprobó que, en lugar de remediarle, la venda tan sólo había ocultado el tajo producido con el ancla. Cuando terminó de retirar el vendaje, observó el tremendo corte que, a la altura de la tibia, dejaba al aire parte del hueso.

—Seguiré remando, patrón... —se disculpó Ze.

Wang meneó la cabeza. Había visto muchas heridas, y aquélla no era de las buenas. Cí terminó de explorarla con gesto de preocupación.

—Tiene suerte de que no le haya afectado a los tendones. Pero es profunda. Habría que cerrarla antes de que la podredumbre le devore la pierna —declaró Cí.

—Ya. ¿Y cómo lo hacemos, *doctor*? ¿Atándosela con una cuerda? —ironizó Wang.

—¿A cuánto estamos de la próxima aldea? —Al preguntarlo, Cí recordó que Wang había amenazado con desembarcarlos en cuanto atracaran.

—Si lo que buscas es un brujo, olvídale. No me fío de esos profanadores.

Cí asintió. Por lo general, los campesinos despreciaban a los curanderos, oficio que pasaba de padres a hijos con el mismo interés del que hereda un canasto viejo. Mejor considerados, aunque mucho más escasos, los sanadores, hombres que, además de conocer las artes de las hierbas, las infusiones y los ungüentos, dominaban el oficio de la acupuntura y la moxibustión. Sólo cuando éstos desahuciaban a un

enfermo se acudía a los brujos, en su mayoría una mezcla de alquimistas, adivinos y charlatanes, cuyos rudimentarios conocimientos de la práctica quirúrgica chocaban con los mandatos confucianos, que prohibían taxativamente la apertura de los cuerpos. Por eso, los pocos que se atrevían con la cirugía eran tachados de profanadores. Sin embargo, durante sus años de trabajo junto a Feng, él había aprendido que las vísceras, los huesos y la carne de un hombre apenas diferían de las de un cerdo. Tal vez por eso, cuando intentó hurgar en la herida, Wang se lo impidió.

—¡Cuidado! Lo prefiero cojo a muerto.

—Sé algo de medicina —aseguró Cí—. En la aldea me encargaba de curar las heridas de nuestro búfalo. Si Ze es tan bruto como aparenta, no se diferenciará mucho...

Ze consintió con un lamento. Al fin y al cabo, sabía que hasta Fuzhou no dispondría de más ayuda que la que Cí pudiera prestarle.

Cí se preparó. No era la primera vez que se enfrentaba a una intervención de aquella naturaleza. De hecho, había practicado muchas en su época en la universidad. Limpió la herida con té hervido y prestó atención al movimiento del barco. Mientras aplicaba el té, retiró las fibras del pantalón que permanecían adheridas a la herida. El corte comenzaba bajo la rodilla y discurría paralelo a la tibia hasta perderse a un palmo del tobillo. Le preocupaba su profundidad y el modo en que sangraba. Cuando concluyó el enjuague, le pidió a Wang que se acercara a la orilla.

—¿Eso es todo? ¿Ya has terminado?

Cí denegó con la cabeza. Carecía de agujas e hilo de seda, pero en cierta ocasión había tenido la oportunidad de presenciar el examen de un

cadáver cuyas heridas habían sido suturadas empleando las «cabezas gordas». Le dijo a Wang lo que se le había ocurrido.

—Habitan en los juncos. Será fácil encontrarlas —añadió.

Wang frunció los labios. De aquellos bichos sólo había escuchado que su mordedura era capaz de despertar a un muerto. Aunque no confiaba en Cí, deseaba echarle un vistazo a la reparación del casco, así que accedió a orillar la barcaza.

Echaron el ancla junto a un delta amarillento, la desembocadura de un afluente que se arrastraba como una serpiente moribunda. Allí, el lodo ocre contrastaba con el verdor de los juncos que crecían espigados como un bosque frondoso. De haber planeado huir, aquel lugar habría resultado el idóneo. Y, sin embargo, lo único que Cí anhelaba era hacer bien su trabajo.

Pronto divisó los pequeños montículos de barro seco que, enmascarados en el juncal, identificaban la presencia de los hormigueros. Cí respiró de satisfacción. Se arrodilló junto a los primeros insectos que arremetían ya contra sus piernas y hundió su brazo hasta hacerlo desaparecer dentro de uno de los túmulos. Luego lo agitó como si quisiera arrancarles las entrañas. Lo sacó cubierto de una mezcla de lodo y de enloquecidas hormigas empeñadas en enterrar sus desproporcionadas mandíbulas en el brazo que había perturbado su rutina. Cí se alegró de no percibir el dolor. Recogió los insectos de uno en uno, los depositó cuidadosamente en un frasco que cerró con un paño y regresó corriendo a la barcaza. Al advertir que aún pululaban «cabezas gordas» en su antebrazo, Wang intentó desprendérselas.

—¡Por todos los dragones, muchacho! ¿Es que no sientes los bocados?

—Sí, claro —mintió Cí—. Aprietan como diablos.

Miró a los insectos afanándose contra su brazo.

Con el tiempo, se había acostumbrado a ocultar a los extraños su insólito don. En su infancia, la ausencia de dolor había despertado la admiración de los vecinos, que habían guardado cola a los pies de su cuna para comprobar cómo resistía los pellizcos en los mofletes y las quemaduras de la moxibustión. Pero en la escuela las cosas cambiaron. Los maestros se asombraron ante los varetazos que era capaz de soportar sin emitir un quejido y los demás críos envidiaron aquella extraña cualidad que lo convertía en superior a los demás. Entonces se empeñaron en demostrar que si se le castigaba lo suficiente, aquel niño también se quejaría. Así, los juegos se fueron violentando y progresaron desde el simple bofetón hasta alcanzar el ensañamiento. Poco a poco, Cí aprendió el arte de la simulación y en cuanto percibía el más mínimo roce, aullaba y berreaba como si le hubiesen abierto la cabeza a pedradas.

Sacudió las hormigas que intentaban escapar del frasco y miró a Ze.

—¿Estás preparado?

El tripulante asintió. Cí confirmó el gesto y se preparó.

Con el índice y el pulgar de la mano derecha, Cí sujetó al primer insecto, que acercó con cuidado al borde de la herida mientras mantenía ocluido el corte con la otra mano. Ze le miró extrañado. Al contacto con la piel, la hormiga descargó sus mandíbulas sellando con el bocado los dos extremos del tajo. De inmediato, Cí le arrancó el abdomen, dejando la cabeza adherida, y buscó un nuevo insecto. Celosamente, repitió la operación situando la nueva hormiga un poco más abajo y después reiteró el procedimiento a lo largo de toda la herida.

—Esto ya está. En dos semanas arrancas las cabezas. No será complicado. Para entonces la herida ya habrá cicatrizado y...

—¿Él? —terció Wang—. ¿Pero cómo pretendes que se las quite este manazas?

—Bueno... Sólo tiene que emplear el filo de un cuchillo.

—Ni lo sueñes, chico. No vas a abandonarlo ahora.

—Yo... No entiendo... Dijisteis que nos desembarcaríais en la primera villa.

—Pues si lo dije, lo olvidas. Además, no creas que vendrás de invitado. En su estado, Ze es incapaz de remar y yo solo no puedo conducir el barco, de modo que ocuparás su lugar hasta que lleguemos a Lin'an.

—Pero, señor, yo...

—Y ni se te ocurra pedirme un jornal o yo mismo te echaré por la borda. ¿Está claro?

Cí asintió mientras el patrón se daba la vuelta para encaminarse hacia el timón. Pese al gesto huraño de Wang, Cí supo que aquel anciano acababa de salvarles la vida.

* * *

Durante la siguiente semana Cí no se separó de su hermana. Pese a sus plegarias, la fiebre apareció y aunque la medicina surtía efecto, temía que ésta se le agotara. En cuanto llegasen a Lin'an, lo primero que haría sería aprovisionarse con el suficiente remedio para tratarla.

Cuando no estaba junto a Tercera trabajaba duro. Impulsaba con fuerza la pértiga, limpiaba la cubierta y aseguraba la carga protegido por unas gruesas manoplas que Ze le había prestado para mover las tablas. De vez en cuando, Wang le urgía a comprobar la profundidad del río o apartar alguna rama, pero por lo general no le importunaba demasiado porque la corriente se encargaba de impulsar la barcaza. Una tarde estaba limpiando la cubierta cuando Wang le llamó.

—¡Muchacho, atento! ¡Tapa a la cría y mantén la boca cerrada!

Cí tembló al escuchar su tono. Al alzar la vista, advirtió la presencia de una gabarra ocupada por dos hombres y un perrazo que se aproximaba por un costado. Uno tenía la cara picada. Wang susurró a Cí que dejara la limpieza y empuñase la pértiga.

—¿Alguien a bordo se llama Cí Song? —gritó el de la cara picada.

Wang miró a Cí, que tembló mientras ocultaba a su hermana bajo una manta. El patrón se giró hacia el recién llegado.

—¿Cí? ¿Qué clase de estúpido nombre es ése? —Se rio.

—¡Limítate a contestar o probarás mi bastón! —El hombre mostró el sello que le acreditaba como alguacil—. Mi nombre es Kao. ¿Quiénes son esos que van a bordo?

—Lo siento —se disculpó el patrón—. Yo soy Wang, nacido en Zhunang. Y el cojo es Ze, mi tripulante. Navegamos hacia Lin'an con un cargamento de arroz que...

—No me interesa a dónde vais. Buscamos a un muchacho que embarcó en Jianyang. Creemos que le acompaña una muchacha enferma...

—¿Un forajido? —pareció interesarse Wang.

—Robó un dinero. ¿Y ése quién es? —señaló de soslayo a Cí.

Wang tardó en responder. Cí apretó la pértiga y se dispuso a defenderse.

—Es mi hijo. ¿Por qué?

El alguacil lo miró de arriba abajo con desprecio.

—Apártate. Voy a subir.

Cí se mordió los labios. Si inspeccionaban la gabarra, descubrirían a Tercera, pero si intentaba impedirlo, firmaría su condena.

«Piensa algo o te prenderán».

De repente, Cí, con el rostro compungido por el dolor, se dobló sobre sí mismo como si le hubieran quebrado el espinazo. Sorprendido, Wang hizo ademán de auxiliarle, pero en ese instante Cí comenzó a toser violentamente. A continuación, los ojos del joven se abrieron de una forma inconcebible, se golpeó el pecho y, gesticulando como si se muriera, lanzó un esputo sanguinolento. Luego se irguió con dificultad y

extendió una mano hacia el alguacil, que contemplaba estupefacto la sangre que Cí arrojaba por la boca.

—El a-gua... Por ca-ri-dad, a-yú-den-me... —Cí avanzó hacia él.

El alguacil retrocedió aterrado mientras el moribundo se le acercaba. Estaba a punto de alcanzarle cuando Cí se tambaleó, perdió el equilibrio y se desplomó de bruces contra el suelo esparciendo un saco de arroz sobre la cubierta. Cuando Wang le dio la vuelta descubrió el rostro tembloroso de Cí encharcado en sangre, arroz y saliva.

—¡La enfermedad del agua venenosa! —exclamó Wang apartándose de un salto.

—¡El agua venenosa...! —repitió Kao palideciendo.

El alguacil retrocedió temeroso hasta que sus talones encontraron el fin de la gabarra. Sin volver la cabeza, descendió hasta su barcaza de un salto y ordenó a su ayudante que se alejara.

—¡Que remes te digo! —aulló como un energúmeno.

El ayudante dio un respingo y empujó la pértiga como si en ello le fuera la vida. Luego, poco a poco, la barca se fue alejando río abajo hasta perderse en la lejanía.

Wang aún se preguntaba qué estaba sucediendo cuando Cí se incorporó como por ensalmo.

—¿Pero...? ¿Pero cómo lo has hecho? —balbució. El joven parecía tan sano como una manzana recién cortada.

—¡Ah! ¿Esto? —Se despojó de las manoplas y escupió unos restos sanguinolentos—. Bueno, me dolió un poco cuando me mordí las mejillas. —Mintió en lo que atañía al dolor—. Pero por la cara que ha puesto el tipo, el teatro ha merecido la pena.

—¡Maldito tramposo...!

Los dos rieron. Wang echó un vistazo al pequeño punto en el que se había convertido la embarcación del alguacil y se volvió hacia Cí con el gesto cambiado.

—Seguro que se dirigen a Lin'an. No sé lo que habrás hecho y, la verdad, tampoco me importa, pero atiende a esto: cuando desembarques, abre bien hasta el ojo del culo. La mirada de ese Kao era la de un perro de presa. Ha olido tu sangre y no parará hasta saborearla.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 11

Durante los últimos meses, Cí había anhelado regresar a Lin'an, pero ahora que las colinas se recortaban sobre la capital, su estómago se encogía como un fuelle oprimido. Ayudó a Wang a soltar la amarra del navío que les había remolcado costa arriba desde Fuzhou y levantó la mirada.

La vida le esperaba.

A través de la bruma, la gabarra remontó perezosa hacia el cementerio del Zhe, el enorme estuario donde sucumbían las enfermas aguas del gran río para confluir con la inmundicia del lago del Oeste y anunciar, con su insoportable hedor, la riqueza y la miseria de la reina de todas las urbes: Lin'an, la capital de la gran prefectura, la antigua Hangzhou, el centro del universo.

Un tímido sol bañaba los cientos de barcasas que, asfixiadas en un palmo de agua, luchaban contra el enjambre de sampanes y juncos que extendían sus rígidas velas para sortear los imponentes navíos

mercantes, las gabarras semihundidas, los botes de madera carcomida y las casas flotantes que se aferraban desesperadamente a la podredumbre de sus cimientos.

Poco a poco, Wang condujo su gabarra por el incesante hormiguero fluvial hasta convertirse en uno más de los enloquecidos tripulantes que se disputaban, cual perros un hueso, un sitio por el que navegar con sosiego. La tranquilidad de la travesía se había transformado en un frenesí de gritos y de jadeos, de avisos y de insultos tintados de amenazas que se convertían en golpes cuando las cubiertas se entrechocaban. Cí intentó seguir las órdenes de un Wang tan exaltado que hubiera sido capaz de tirar a alguien por la borda.

—¡Maldito seas! ¿Dónde aprendiste a remar? —bramó Wang—. ¿Y tú de qué te ríes? —increduló a su tripulante—. Me da igual cómo tengas la pierna. Deja de pensar en tus putas y arrima el hombro. Atracaremos más adelante, lejos de los almacenes.

Ze obedeció de mala gana, pero Cí no contestó. Bastante tenía él con agarrar la pértiga con fuerza e impedir que se le escapara.

Cuando la aglomeración les dio un respiro, Cí alzó la mirada. Nunca antes había contemplado Lin'an desde el río y su grandeza le maravilló. Sin embargo, conforme se acercaban al muelle, recordó un paisaje que, a semejanza de un familiar lejano, parecía recibirle con alegría.

La ciudad continuaba indemne, imperturbable y orgullosa, cobijada tras las colinas boscosas que protegían su flanco occidental y que dejaban expuesto su frente meridional, allá donde el río la mojaba. Sólo así cobraba sentido el enorme foso inundable y la portentosa muralla de piedra y tierra prensada que impedían el acceso desde el agua.

Un pescozón le sacó de su ensimismamiento.

—Deja de mirar y rema.

Cí volvió a la tarea.

Emplearon más de una hora en atracar lejos del muelle principal, frente a una de las grandes puertas, de las siete que desde el río daban acceso a la ciudad. Wang había decidido que Cí y Tercera desembarcaran allí.

—Será lo más seguro. Si alguien te espera, lo hará cerca del Mercado de Arroz o en el puente Negro de los barrios del norte, donde se desestiban las mercancías —le aseguró.

Cí le agradeció su ayuda. Durante las tres semanas que había durado la singladura, aquel hombre había hecho más por él que todos los vecinos de su aldea. Pensó que, pese a su aparente frialdad y a su impostado mal humor, era el tipo de persona al que uno le confiaría su hacienda. Wang le había permitido viajar hasta Lin'an y le había proporcionado trabajo durante la travesía. Todo ello sin ninguna pregunta. Wang le dijo que no necesitaba hacérselas.

Supo que jamás le olvidaría.

Se acercó a Ze para despedirse y echar un último vistazo a la herida de su pierna. No tenía mal aspecto. Comprobó que cicatrizaba bajo la presión de las mandíbulas de las hormigas.

—Dentro de un par de días, arranca las cabezas. Pero la tuya déjate la puesta, ¿eh? —Cí le palmeó la espalda.

Ambos se rieron.

Cogió a su hermana de la mano y se echó al hombro el saco con sus pertenencias. Antes de desembarcar, miró de nuevo a Wang. Iba a reiterarle su agradecimiento cuando el hombre se le adelantó.

—Tu sueldo... Y un último consejo: cámbiate de nombre. Cí te traerá problemas —le dijo, y extendió frente a él una talega.

En cualquier otra circunstancia Cí habría rechazado las monedas, pero sabía que para sobrevivir los primeros días en Lin'an necesitaría hasta la bolsa que las contenían. Ensartó las monedas en un cordel y se las anudó a la cintura.

—Yo... —Terminó de enlazarlas y las ocultó bajo la camisa.

* * *

Le dolió alejarse del patrón. Durante los días de travesía, su carácter huraño le había recordado a su padre, y ahora que se despedían, en su cabeza resonaban las enigmáticas palabras que había pronunciado Wang en la barcaza:

«Ese alguacil ha olido tu sangre y no parará hasta saborearla».

Tembló como un cachorro ante la gigantesca muralla de ladrillos encalados, horadados en su centro por la apertura de la Gran Puerta. Era el último escollo, la boca del dragón cuyo espinazo había de atravesar para enfrentarse a su gran sueño. Y ahora que lo tenía al alcance de la mano, le invadía un temor desconocido.

«No lo pienses, o no lo harás».

—Vamos —dijo a Tercera y, confundidos con la vorágine de personas que como una catarata desembocaba en la ciudad, atravesaron la Gran Puerta de la muralla.

Tras la gigantesca barrera todo permanecía como lo recordaba: las mismas chabolas de la ribera, el penetrante olor a pescado, el frenesí de los comerciantes y chamarileros mezclado con el ruido de los carros, el sudor de los mozos luchando contra los berridos de los animales, los farolillos rojos bamboleándose en los portalones de los talleres, las tiendas de seda, jade y baratijas, el trasiego de mercancías exóticas, los interminables puestos multicolores arracimados unos sobre otros como azulejos descuidadamente amontonados, el bullicio de los tenderetes, los gritos de los vendedores atrayendo a los clientes o espantando a los chiquillos, los toneles de comida y bebida...

Caminaban sin rumbo fijo cuando de repente sintió cómo la mano de Tercera tironeaba de la suya con insistencia. Al mirarla, la encontró ensimismada contemplando un llamativo puesto de golosinas regentado por una especie de adivino, a decir del aparatoso cartel coloreado que lucía a los pies de su pequeña mesa destartalada. Se entristeció por Tercera, porque su carita desbordaba ilusión, pero no podía gastar lo poco que le había dado Wang en un puñado de golosinas. Iba a explicárselo cuando el adivino se adelantó.

—Tres *qián*. —Y le ofreció dos caramelos a la cría.

Cí contempló al hombrecillo que sonreía como un idiota mostrando sus encías desnudas mientras agitaba la mercancía. Iba ataviado con una vieja piel de asno que le confería un aspecto a medio camino entre lo repulsivo y lo extravagante, y que competía en notoriedad con un

estrafalario gorro de ramas secas y molinillos de viento bajo el cual asomaba un manojo de canas. El adivino era lo más parecido a un mono que había visto nunca.

—Tres *qián* —insistió el hombre con la sonrisilla.

Tercera intentó coger los caramelos, pero Cí se lo impidió.

—No podemos permitirnoslo —susurró al oído a la cría. Con tres *qián* podía comprar una ración de arroz que les mantendría alimentados todo el día.

—¡Oh! ¡Yo sólo puedo comer caramelos! —argumentó Tercera muy seria.

—La chiquilla tiene razón —terció el hombrecillo, que no perdía detalle—. Ten. Prueba un poco. —Y le ofreció un trozo envuelto en un vistoso papel encarnado.

—No insistas. No tenemos dinero. —Cí le apartó la mano secamente—. Venga, vámonos.

—Pero ese hombre es un adivino —gimoteó Tercera mientras se alejaban—. Si no le compramos los dulces, nos embrujará.

—Ese hombre es un falsario. Si de verdad fuera adivino, habría adivinado que no podemos comprarlos.

Tercera asintió. Carraspeó un poco y tosió. Al oírla, Cí se detuvo en seco. Reconocía aquella tos.

—¿Te encuentras bien?

La pequeña volvió a toser, pero afirmó con la cabeza. Cí no la creyó.

De camino hacia la avenida Imperial, Cí miró a su alrededor. Conocía bien aquel lugar. Conocía a todos los buscavidas, vagos, titiriteros, pordioseros, charlatanes y ladrones que pululaban por allí. Conocía todos sus trucos: los que supieran y los que pudieran inventar. Durante el tiempo que trabajó a las órdenes del juez Feng, no hubo día en el que para resolver algún crimen no acudieran al suburbio extramuros donde ahora se encontraban. Y lo recordó con temor. Allí, las mujeres se vendían en las esquinas, los hombres languidecían consumidos por la bebida, una mala mirada podía arrebatarte la vida y un mal gesto dar con tus huesos en el canal. Era lo normal. Pero también era donde habitaban los soplones, y por eso lo frecuentaban. Por su ubicación junto al puerto, entre la antigua muralla interior y la exterior que circundaba la ciudad, era el arrabal más pobre y peligroso de Lin'an. Y por esa misma razón le preocupaba no saber dónde dormirían aquella noche.

Maldijo la ley que obligaba a los funcionarios a establecer su lugar de trabajo en una ciudad diferente a la de su nacimiento. La medida se había promulgado para evitar los actos de nepotismo, prevaricación y cohecho que solían darse entre familiares, una forma de cercenar la tentación de aprovechar el cargo para beneficiar ilegalmente a los más allegados. Sin embargo, la consecuencia negativa era que separaba a los funcionarios de sus familias. Por esa razón no tenían a nadie en Lin'an. En realidad, no tenían a nadie en ningún lugar. Sus tíos paternos habían emigrado al sur y muerto durante un tifón que había asolado la costa. De la familia de su madre no sabía nada.

Debían apresurarse. Con el crepúsculo, los altercados se sucedían en el arrabal. Tenían que abandonarlo y encontrar cobijo en otro sitio.

Tercera se quejó, y con razón. Llevaba rato soportando los gruñidos de su estómago sin que a Cí pareciera interesarle, así que se plantó en el suelo.

—¡Quiero comer!

—Ahora no tenemos tiempo. Levántate si no quieres que te arrastre.

—Si no comemos, me moriré, y entonces tendrás que arrastrarme a todas partes. —Su carita rebosaba determinación.

Cí la miró compungido. Pese a la necesidad que tenían de encontrar un alojamiento, se dio cuenta de que debían detenerse. Buscó algún puesto de comida por los alrededores, pero todos le parecieron indecentemente caros. Finalmente, encontró uno atestado de pordioseros. Se acercó con asco y preguntó los precios.

—Estás de suerte, muchacho. Hoy los regalamos. —El hombre olía tan repulsivamente como las viandas que ofrecía.

El regalo de una ración de fideos resultó costar dos *qián*, y a Cí le pareció un robo. No obstante, era la mitad de lo que pedían en los demás negocios, así que compró una ración que el hombre vertió sobre un papel sucio para no servírsela en las manos.

Tercera frunció el ceño. No le gustaban los fideos porque eran el alimento de los bárbaros del norte.

—Pues tendrás que comértelos —le señaló Cí.

La pequeña cogió unos pocos con los dedos y se los metió en la boca antes de escupirlos con cara de asco.

—¡Saben a ropa mojada! —se quejó.

—¿Y cómo sabes a qué sabe la ropa? —le recriminó Cí—. Deja de quejarte y come como hago yo.

Cí echó un bocado y lo escupió.

—¡Por el grandísimo demonio! ¿Pero qué porquería es ésta?

—Deja de quejarte y cómetelos —le replicó Tercera contenta.

Cí arrojó los fideos podridos al suelo, con el tiempo justo para evitar que dos pordioseros le atropellaran cuando se abalanzaron sobre los restos. Al ver cómo los devoraban, se arrepintió de haberlos tirado. Al final adquirió dos puñados de arroz hervido en otro puesto mientras se lamentaba por la estafa. Esperó a que Tercera acabase con su ración y le cedió la suya cuando advirtió que seguía hambrienta.

—¿Y tú qué comerás? —le preguntó la niña con los carrillos llenos.

—Ya desayuné una vaca. —Y eructó para demostrarlo.

—Mentiroso. —Se rio.

—Es verdad. Mientras dormías. —Cí sonrió y rebañó con avidez los restos de arroz simulando que lo hacía para probarlo.

Tercera volvió a reír, pero un ataque de tos la sacudió. Cí se limpió los dedos y corrió a socorrerla. Los ataques cada vez eran más fuertes y frecuentes. Le aterraba que la pequeña acabara como sus hermanas. Poco a poco, la tos remitió, pero en la cara de Tercera aún permanecía el dolor.

—Te pondrás bien. Aguanta.

Rebuscó rápido en su talega. Sus dedos temblaban sin encontrar el remedio. Volcó el contenido y lo desparramó violentamente por el suelo hasta encontrar unas raíces secas. Era la última dosis de hierbas, apenas unas briznas. Pronto necesitaría más. Se las metió en la boca y le dijo que las masticara. Tercera sabía lo que debía hacer. Al poco de tragarlas, la tos se le alivió.

—Eso te ocurre por comer tan rápido —desdramatizó Cí, pero su rostro le traicionó.

—Lo siento —dijo ella.

A Cí se le encogió el corazón.

* * *

Le urgía encontrar un lugar donde atender a la pequeña, así que se encaminaron hacia la colina del Fénix, el barrio residencial donde se ubicaba la casa que habían ocupado años atrás en el extremo sur de la ciudad. Obviamente, no podían hospedarse allí, pues las viviendas que la prefectura cedía a los oficiales sólo se adjudicaban a los funcionarios en activo, pero iba a intentar que Abuelo Yin, un antiguo vecino amigo de su padre, les acogiese durante unos días.

Poco a poco, los edificios de cinco plantas que atestaban el empedrado de la avenida Imperial fueron dejando paso a solitarios palacetes de aleros curvados y jardines primorosamente engalanados, el bullicio y el sudor de las intransitables calzadas se transformó en aroma de jazmines y la barahúnda de fardos que cimbreaban sobre los balancines de bambú

y los lomos de las mulas se transformaron en séquitos de sirvientes y lujosos palanquines ocupados por nobles y damas. Por un instante, Cí volvió a sentirse parte de un mundo en el que una vez había vivido.

Cuando llamó a la puerta labrada, el sol ya descendía. Abuelo Yin siempre les había tratado como a sus nietos, pero quien abrió la puerta fue su segunda esposa, una mujer altiva y huraña. Al reconocerlos, su rostro avinagrado se arrugó.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Acaso pretendes arruinarnos la vida?

Cí enmudeció. Hacía un año que no se veían y, en lugar de sorprenderse, parecía que aquella mujer hubiera estado esperando que aparecieran. Antes de que le diera de bruces con la puerta, Cí preguntó por Abuelo Yin.

—¡No está! —respondió secamente—. ¡Y no os recibirá! —añadió.

—Por favor, señora. Mi hermana está muy enferma...

La mujer contempló a Tercera con cara de asco.

—Pues razón de más para que os larguéis.

—¿Quién es? —Se oyó una voz lejana que Cí reconoció como la de Abuelo Yin.

—¡Un pordiosero! ¡Ya se va! —Y salió resuelta al jardín cerrando la puerta, agarró a la niña del brazo y la arrastró hacia la calle obligando a Cí a seguirla—. ¡Y ahora me vas a escuchar! —agregó—. Ésta es una casa decente, ¿sabes? No necesitamos que ningún ladrón venga a empañar nuestro buen nombre.

—Pero...

—¡Y por favor, no te hagas el inocente! —Se mordió los labios antes de continuar—: Esta mañana se ha presentado en el barrio un alguacil con un perrazo. Husmearon por toda la casa. ¡Qué vergüenza! Nos contó lo que hiciste en la aldea. Nos lo contó todo... Y dijo que seguramente vendrías por aquí. Mira, Cí, no sé por qué huiste con ese dinero, pero te aseguro que de no ser por el aprecio que le teníamos a tu padre, ahora mismo te arrastraría a la prefectura y te denunciaría. —Soltó el brazo de la niña y la empujó hacia él—. Así que procura no regresar por aquí, porque te aseguro que si vuelvo a verte a un *li* de nuestra casa, haré sonar hasta el último gong de la ciudad y no habrá lugar en Lin'an donde puedas esconderte.

Cí cogió a su hermana y retrocedió, trastabillándose, con la sensación de que se hubiera hecho la noche y el día nunca fuese a regresar. Era obvio que o bien el Ser de la Sabiduría había cumplido su amenaza de involucrarle en el asesinato de Shang, o bien el Señor del Arroz le había denunciado por el robo de los trescientos mil *qián* que se había apropiado el Ser, inculpándole del robo a él. Y el alguacil Kao, con quien se había encontrado en el río, era su brazo ejecutor.

Imaginó que el alguacil habría advertido al resto de los vecinos, de modo que se encaminaron hacia las murallas para evitar ser descubiertos. De regreso hacia el muelle, pensó que tal vez pudieran alojarse en las posadas cercanas al puerto. Desde luego, no era el lugar más recomendable de la ciudad, pero las habitaciones eran baratas y allí nadie les buscaría.

A media tarde encontró un edificio medio en ruinas en el que se anunciaban habitaciones baratas. Sus paredes desniveladas se apuntalaban sobre un restaurante contiguo que atufaba a podrido.

Descorrió la manta raída que hacía de cortina de entrada y se dirigió hacia el encargado, una especie de bruto que dormitaba entre vahos de alcohol. El dependiente ni siquiera le miró. Extendió la mano y pidió cincuenta *qián* por adelantado. Justo cuanto poseía. El joven intentó negociar una reducción, pero el borracho escupió como si le importara una boñiga. Cí estaba recontando sus monedas cuando Tercera tosió. La miró preocupado. Si aceptaba aquel precio, no podría comprar su medicina.

«A menos que encuentre trabajo».

Quiso pensar que lo lograría. Tras asegurarse de que tendrían derecho a evacuar sus deposiciones por la ventana, pagó la habitación y preguntó si el cuarto disponía de puerta en la entrada.

—¿Crees que los que se alojan aquí tienen algo de valor como para necesitar una puerta? Es al fondo, en el tercer piso. ¡Ah! Y una cosa, muchacho. —Cí se detuvo y el hombre le sonrió—: No me importa que te folles a una cría, pero, si se muere, sal de aquí arreando con ella antes de que me dé cuenta. No quiero líos con la ley.

Cí tampoco los quería, así que no se molestó en replicarle. Dejó atrás las voces y las risas procedentes de los agujeros tapados con cortinas que flanqueaban el pasillo y subió por unas escaleras desvencijadas que parecía que condujeran a unas mazmorras. Dio una arcada. Apenas si entraba la luz y apestaba a sudor rancio y a orina. Por suerte, el cubículo que les habían asignado daba al río, el cual se divisaba a través de las rendijas del entramado de junco con el que habían reparado la pared de ladrillo. En el suelo, una esterilla manchada con fluidos resacos invitaba a cualquier cosa menos a acostarse, así que la apartó de una patada y sacó una tela de su hatillo. La tos de Tercera le interrumpió.

«He de conseguir la medicina ya».

Husmeó a su alrededor. La habitación era tan baja que apenas si se podía caminar erguido. No comprendía cómo aquel usurero le había cobrado tanto por aquel cajón. Además, alguien parecía haberse empeñado en emplear la habitación como basurero, pues en el suelo yacían abandonadas decenas de varas de bambú de las utilizadas para las reparaciones. Las apartó y formó con ellas un pequeño armazón que cubrió con la estera a modo de caseta. Luego ensució el rostro de Tercera con la porquería del suelo y le enseñó cómo tenía que esconderse.

—Ahora presta atención, porque lo que voy a decirte es muy importante. —La cría abrió los ojos hasta que éstos iluminaron su rostro—.Tengo que salir, pero regresaré enseguida. Mientras tanto, ¿te acuerdas de cuando te escondiste en la aldea el día que se hundió la casa? Pues ahora quiero que hagas lo mismo tras estos bambúes, y que no hables, que no salgas y que no te asomes hasta que vuelva. ¿Lo has entendido? Si lo haces bien, te traeré los caramelos que viste donde el adivino.

Tercera asintió. Cí quiso creer que le obedecería. En cualquier caso, no tenía elección.

Mientras la ocultaba, rezó a sus difuntos para que la protegieran. Luego buscó entre sus pertenencias algo que pudiese vender, más allá de los cuatro trapos y el cuchillo que había traído de la aldea y por los que no obtendría ni las gracias. Tan sólo el *Songxingtong*, el código penal heredado de su padre, poseía algún valor. Si es que daba con alguien que quisiera comprarlo.

De camino al Mercado Imperial, recordó que los mejores libros se conseguían en los puestos situados bajo los árboles que rodeaban el

pabellón de verano del Jardín de las Naranjas, así que, para ahorrar tiempo, bajó al Canal Imperial y buscó acomodo gratuito entre los botes que se dirigían al norte a cambio de bogar durante el trayecto. Al ser una barcaza de reparto, tuvieron que cambiar varias veces de canal de entre los que surcaban la red interior de la ciudad, pero, aun así, navegar resultaba el medio más rápido para desplazarse por Lin'an.

Por fortuna, desembarcó en el mercadillo de libros en el mejor momento del día, cuando los estudiantes de la universidad abandonaban las aulas para tomar un té mientras curioseaban los últimos volúmenes llegados desde las imprentas de Hionha. Entre las decenas de jóvenes aspirantes a funcionarios, pulcramente ataviados con sus blusones negros, Cí se vio a sí mismo un año atrás deambulando por aquel mismo parque en busca de textos forenses con los que saciar su sed de conocimientos. Jamás encontró ninguno, pese a saber, por el juez Feng, de la existencia de raros volúmenes. Conforme caminaba hacia los puestos especializados en contenidos legales, envidió las conversaciones que llegaban a sus oídos y que le hicieron rememorar sus días en la escuela superior: discusiones sobre la importancia del saber, sobre la preocupación por las invasiones del norte o sobre los debates respecto a las últimas corrientes neoconfucianas. Se reprendió al sorprenderse ensoñado con sus anhelos en lugar de afanarse en vender el libro. Dejó atrás a los vendedores de poesías y se dirigió hacia los surtidos de textos judiciales, advirtiéndole que, tal y como imaginaba, el código penal resultaba un ejemplar bastante demandado. Tal vez por ello la oferta era variada, y los precios, casi ridículos. Le llamó la atención una edición del *Songxingtong* primorosamente encuadernada en seda púrpura, muy parecida a la que él llevaba envuelta bajo el brazo. Se acercó al librero y la señaló.

—¿Cuánto?

El hombre se levantó de su taburete y avanzó parsimoniosamente hasta coger el volumen. Se sacudió el polvo de las manos y le mostró sus páginas como si acariciara a una hermosa mujer.

—Veo que sabes apreciar una auténtica obra de arte —le aduló—. Un *Songxingtong* escrito a mano con la delicada caligrafía del maestro Hang. Nada que ver con esas copias baratas, xilografiadas a espuestas.

Cí le dio la razón.

—¿Cuánto? —insistió.

—Diez mil *qián*. Y es un regalo. —Se lo ofreció para que pudiera admirarlo.

Cí lo rechazó con amabilidad. Había olvidado que cualquier cosa en Lin'an era un regalo, pero, a juzgar por los nobles que examinaban otros volúmenes, los libros que poblaban las cajas de madera de aquel librero debían de ser auténticos tesoros. Se fijó entonces en un anciano de bigotes aceitados que se interesaba por el código que el librero acababa de mostrarle. Lucía una brillante toga roja y un gorro alado a juego, la indumentaria típica de un gran maestro. El anciano lo hojeó con delicadeza mientras su rostro se iluminaba, al tiempo que deslizaba suavemente sobre el texto la alargada uña de su dedo meñique. El hombre preguntó el precio al librero y torció el gesto cuando éste se lo dijo. Sin duda, le parecía caro, pero, en lugar de devolverlo, continuó examinándolo. Antes de dejarlo en su sitio, Cí escuchó al anciano decir que iba a buscar dinero y volvería para comprarlo. No se lo pensó.

—Perdone mi atrevimiento, venerable señor —lo abordó mientras se alejaba del puesto. El anciano profesor lo miró extrañado.

—Ahora tengo prisa. Si lo que pretendes es entrar en la academia, habla con mi secretario —espetó sin aminorar el paso.

Cí se extrañó.

—No. Disculpad, señor. Os he visto interesaros por un viejo volumen y, casualmente, yo dispongo de un ejemplar similar que os vendería mucho más barato...

—¿Seguro? ¿Un *Songxingtong* escrito a mano? —desconfió.

Cí sacó el volumen del paño que lo envolvía y se lo mostró. El anciano lo cogió y lo abrió despacio. Tras examinarlo cuidadosamente, se lo devolvió a Cí, pero el joven no lo aceptó.

—Podéis quedároslo por cinco mil *qián*.

—Lo siento, joven, pero no compro a ladrones.

—Os equivocáis, señor. —El rostro de Cí se encendió—. El libro perteneció a mi padre, y le aseguro que no lo vendería si no necesitara el dinero.

—Muy bien. ¿Y quién es tu padre?

Cí frunció los labios. No deseaba revelar su identidad sabiendo que le estaban buscando. El anciano lo miró de arriba abajo mientras enarcaba las cejas. Le devolvió el libro y se giró.

—Señor, os aseguro que no miento. —El hombre continuó andando, pero Cí le persiguió hasta sujetarlo—. ¡Puedo demostrároslo!

El profesor se detuvo, contrariado. Si ya era un insulto abordar a un desconocido sin su consentimiento, más aún lo era retenerlo. Cí temió que avisara a la policía que patrullaba en el mercado, pero, por fortuna, no lo hizo. El hombre volvió a escrutarle antes de soltarse de su brazo de un tirón.

—De acuerdo. Veámoslo.

Cí carraspeó. Necesitaba el dinero. Necesitaba convencer a aquel hombre y sólo disponía de una oportunidad. Cerró los ojos y se concentró.

—El *Songxingtong*. Sección primera: de las penas ordinarias. —Cogió aire y continuó—: «La menos grave de las penas se ejecuta golpeando al reo con la parte más delgada del bambú, a fin de procurarle la vergüenza por sus torpezas pasadas y proporcionarle un saludable aviso sobre su conducta futura. La segunda pena se ejecuta con la parte más gruesa del bambú, para proporcionar mayor dolor y escarmiento. La tercera pena consiste en el destierro temporal a una distancia de quinientos *li*, con el objeto de conseguir del culpable el arrepentimiento y la corrección. La cuarta es el destierro completo y se aplica a los criminales que, siendo indeseables para la convivencia, aún no merecen el máximo tormento, decretándose para ellos un exilio mínimo de dos mil *li*. Por último, la quinta pena es la muerte de los criminales, llevada a cabo mediante degüello o estrangulación».

Esperó a que el académico emitiese su aprobación.

—No me impresionas, muchacho. Ya he visto ese truco otras veces.

—¿Un truco? —Cí no le entendió.

—Os aprendéis un par de párrafos y pretendéis haceros pasar por estudiantes, pero llevo muchos años de profesor. Y ahora, vete de aquí antes de que llame a la patrulla.

—¿Un truco? ¡Preguntadme! ¡Preguntadme lo que queráis, señor! —Le tendió el volumen.

—¿Cómo?

—Lo que queráis —le retó.

El hombre miró fijamente a Cí. Abrió el volumen por una página al azar y dirigió la mirada al texto. Luego la volvió hacia Cí, que aguardaba desafiante.

—Muy bien, sabihondo. De la división de los días...

Cí tomó aire de nuevo. Hacía meses que no releía aquella sección.

«Vamos... Recuérdalo».

El tiempo pasaba y el hombre tableteó con el pie. Iba a devolverle el libro cuando Cí se arrancó.

—«El día se divide en ochenta y seis partes conforme al almanaque imperial. Un día de obra comprende las seis horas que median entre el amanecer y el crepúsculo. La noche ocupa otras seis, haciendo un total de doce horas diarias. Un año legal se compone de trescientos sesenta días completos, pero la edad de un hombre se contabilizará siguiendo el número de años del ciclo tomados desde el día que su nombre y nacimiento fueran llevados al registro público...».

—¿Pero cómo...? —lo interrumpió.

—No os engañe, señor. El libro es mío, pero puede ser suyo por cinco mil *qián*. —Vio que el maestro no se decidía—. Mi hermana está enferma y necesito el dinero. ¡Por favor!

El hombre contempló el volumen escrupulosamente encuadernado, escrito a mano pincelada a pincelada como el más bello de los cuadros. El estilo de la letra era vibrante, conmovedor, poético. Suspiró al cerrarlo y se lo devolvió a Cí.

—Lo siento. Es realmente magnífico, pero... no puedo comprártelo.

—¿Pero por qué? Si es por el precio, puedo rebajároslo. Os lo dejo en cuatro mil... en tres mil *qián*, señor.

—No insistas, muchacho. De haberlo visto antes, sin duda lo habría adquirido, pero ya me he comprometido con el librero, y mi palabra vale más que cualquier rebaja que puedas ofrecerme. Además, no sería justo arrebatarle esa obra de arte abusando de tu necesidad. —Meditó un momento mientras contemplaba la cara de decepción de Cí—. Te diré lo que haremos: toma cien *qián* y conserva tu libro. Se nota que te duele venderlo. En cuanto al dinero, no te ofendas: considéralo un préstamo. Ya me lo devolverás cuando soluciones tu situación. Mi nombre es Ming.

Cí no supo qué decir. Pese a la vergüenza, cogió las monedas y las ensartó en su cinto, prometiéndole que antes de una semana se lo reintegraría con intereses. El anciano asintió con una sonrisa. Le saludó cortésmente y continuó su camino.

Cí guardó el libro y voló hacia la Gran Farmacia de Lin'an, el único dispensario público en el que podría encontrar la medicina que necesitaba por menos de cien *qián*. La Gran Farmacia estaba situada en el

centro de la ciudad y no sólo era el almacén más grande, sino también el que proporcionaba caridad a quienes carecían de recursos.

«Pero hay que demostrar que la medicina es necesaria», se lamentó.

Ése era el problema. Si el enfermo no acudía personalmente a la farmacia, el familiar que le representaba tenía que aportar la prescripción de algún médico o pagar íntegramente el coste de los medicamentos. Pero, si no disponía de dinero para medicinas, ¿cómo demonios iba a satisfacer los honorarios de un médico? Aun así, continuó con su plan porque no quería arriesgarse a acudir con su hermana y que algún funcionario les reconociera.

A las puertas de la Gran Farmacia se encontró con el barullo provocado por unas familias indignadas que se quejaban del trato recibido. Evitó la entrada de los particulares y se dirigió hacia los mostradores de la caridad, donde los enfermos se agolpaban en dos grupos: uno, formado por una muchedumbre de tullidos, y otro menos nutrido pero más ruidoso, compuesto por emigrantes cargados de niños que corrían de un lado para otro.

Acababa de situarse junto a los segundos cuando el corazón se le paralizó. Cerca de los críos, un agente con la cara picada escoltado por un enorme perro inspeccionaba uno por uno a padres y niños separándolos a empujones. Era Kao, el alguacil que le estaba buscando. Sin duda, sabía lo de la enfermedad de su hermana y le estaba esperando. Si le descubría, no tendría la suerte que había corrido en el barco.

Iba a alejarse cuando observó que el perrazo se acercaba a él para olisquearlo. Podía ser casualidad, aunque también era posible que le hubiera rastreado a partir de alguna prenda recogida en la aldea. Intentó

inútilmente contener la respiración, pero el animal gruñó. Cí lo maldijo. Imaginó que el alguacil no tardaría en advertirlo. El perrazo volvió a gruñir mientras giraba a su alrededor para acercar sus fauces a su mano. Pensó en apartarla y salir corriendo, pero en ese instante advirtió que el animal le estaba lamiendo los dedos.

Respiró con alivio. Lo que le había atraído era el olor de los fideos. Le dejó hacer y esperó a que se marchara. Luego retrocedió despacio hasta situarse junto al grupo de tullidos. Estaba a punto de conseguirlo cuando una voz le hizo dar un respingo.

—¡Deténgase!

Cí obedeció en seco, con el corazón en la garganta.

—¡Si la medicina es para un niño, vuelva a situarse en el otro lado! — resonó entre el griterío.

Se volvió más tranquilo. Había sido un dependiente que ya miraba para otro lado. Sin embargo, al girarse de nuevo, se dio de bruces con los ojos encendidos de Kao. Cí rogó para que no le reconociera.

Transcurrió un instante eterno hasta que el alguacil gritó.

Cí emprendió la huida en el mismo instante en el que el perro se abalanzaba como un rayo hacia su garganta. Abandonó la farmacia y se lanzó calle abajo por entre el gentío, volcando cuantos obstáculos encontraba a mano para dificultar el avance del perro. Tenía que llegar al canal o todo habría acabado. Giró tras unos carros y atravesó el puente, chocando con un vendedor de aceite que le maldijo cuando la mercancía se desperdigó por el suelo. Por fortuna, el perro patinó sobre el vertido, permitiendo que Cí se distanciara. Sin embargo, cuando comenzaba a

creerse a salvo, Cí se trastabilló y cayó al suelo, perdiendo el libro de su padre. Intentó recuperarlo, pero un rufián salido de la nada lo cogió y, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció entre el gentío. Cí hizo ademán de perseguirlo, pero los gritos del alguacil le disuadieron. Se levantó y emprendió de nuevo la carrera. En un puesto de aperos se apoderó de una azada mientras proseguía la huida hacia el canal, el cual divisó a un suspiro. La presencia de una barcaza abandonada le hizo correr hacia ella para usarla en su huida, pero cuando se disponía a soltar la amarra, el perro se le adelantó, acorralándole contra un muro. El animal, poseído por el diablo, mostraba las fauces desencajadas, lanzando dentelladas que le impedían el paso. Miró hacia atrás y vio a Kao aproximarse. En un instante lo atraparía. Enarboló la azada y se dispuso a defenderse. El animal tensó sus músculos. Cí apretó las manos antes de lanzar un primer mandoble, que el perro esquivó. Elevó de nuevo la azada, pero el animal se abalanzó sobre una de sus piernas y hundió sus fauces en la pantorrilla. Cí notó los colmillos atravesando la pernera, pero no sintió el dolor. Descargó con fuerza la azada y el cráneo del perro crujió. Un segundo golpe logró que soltara la presa. Kao se detuvo anonadado. Cí corrió hasta el canal y saltó al agua sin pensárselo. Una bocanada de líquido penetró en sus fosas nasales al sumergirse bajo la capa de porquería, juncos y frutas que flotaba en el agua. Buceó bajo una gabarra desfondada y se agarró a su casco por la borda mientras recuperaba el aliento. Alzó la mirada y advirtió que el alguacil enarbolaba ahora la azada e intentaba alcanzarlo. Volvió a sumergirse para bucear hacia el otro extremo. Comprendió que en aquella situación no podría aguantar mucho. Tarde o temprano lo capturaría. En ese momento escuchó los gritos que alertaban sobre la apertura de las esclusas, y al instante, recordó lo peligroso que resultaba permanecer en el agua cuando se abrían las compuertas y los accidentes mortales que provocaban.

«Es mi única oportunidad».

Sin pensarlo, se soltó de su agarradero para dejarse arrastrar por la corriente. La masa de agua voló hacia la esclusa zarandeándole en una ola violenta, hundiéndole y elevándole como una cáscara de nuez. Pasada la primera compuerta, el peligro provenía ahora de las barcazas que irrumpirían, impulsadas por el agua. Nadó dejándose el alma hacia el segundo portón, pendiente de no resultar aplastado contra los diques. Cuando la ola rompió contra la esclusa, logró agarrarse a un cabo suelto. Luego el nivel se elevó rápidamente mientras las barcazas se apretujaban en el recinto, amenazando con atraparlo. Una vez aferrado a la cuerda, intentó salir trepando por la pared. Sin embargo, la pierna derecha no le respondió.

«Por los dioses de la bruma, ¿qué sucede ahora?».

Al examinarse, comprobó la gravedad de las mordeduras.

«¡Maldito animal!».

Buscó apoyo sobre la pierna izquierda y se aupó hasta el borde del dique. Desde allí divisó a Kao, impotente al otro lado de las esclusas. El alguacil pateó el cadáver del perro.

—¡No importa dónde te escondas! ¿Me oyes? ¡Te atraparé vivo o muerto, aunque sea lo último que haga en este mundo!

Cí no respondió. Ante el asombro de los presentes, se marchó cojeando y se perdió entre la muchedumbre.

CAPÍTULO 12

Mientras se arrastraba por las callejuelas menos concurridas, Cí se maldijo por su infortunio. Ahora, para comprar la medicina, tendría que acudir a alguna de las herboristerías privadas, en las que, a buen seguro, le sacarían hasta los ojos. Se detuvo en la primera que encontró, un establecimiento oscuro dedicado a la compraventa de raíces y remedios medicinales. No había ningún cliente y, pese a ello, los propietarios le miraron de arriba abajo como si fuese un desahuciado. A Cí no le importó. Nada más solicitar el medicamento, los hombrecillos cuchichearon algo entre sí para a continuación explayarse sobre su escasez y la dificultad para conseguirlo. Finalmente, le informaron de que el precio ascendía a ochocientos *qián* el puñado molido.

Cí intentó negociar, pues todo su capital se reducía a las cien monedas que le había entregado el anciano profesor en el mercado de libros. Se desató el cinto.

—No necesito un puñado. La cuarta parte me servirá —dijo, y depositó el cinto con las monedas sobre un mostrador repleto de raíces y

hojas secas diseminadas entre un revoltijo de hongos deshidratados, semillas, vainas, tallos troceados y minerales.

—Entonces serían doscientos *qián*. Y aquí sólo cuento cien —denegó uno de ellos.

—Es cuanto tengo. Pero siguen siendo cien *qián*. —Miró el local vacío y simuló reflexionar—. No parece que marche bien el negocio. Mejor ganar algo que no ganar nada.

Los hombres se miraron incrédulos.

—Eso sin considerar que podría conseguirlo gratuitamente en la Gran Farmacia —agregó Cí al comprobar su impasibilidad.

—Mira, chico —dijo el más corpulento mientras recogía el remedio y lo guardaba—, esa treta está más repetida que los granos de un saco de arroz. Si hubieras podido adquirir esta raíz por menos dinero, ya lo habrías hecho, de modo que suelta los doscientos *qián* o vete por donde has venido.

«Cómo he podido ser tan iluso».

Cí frunció los labios e hizo un último intento. Se descalzó.

—Son de cuero bueno. Cien *qián* más los zapatos. Es todo de cuanto dispongo.

—Dime una cosa, chico, ¿tú ves que necesitamos alpargatas? ¡Venga! ¡Largo!

Por un momento Cí pensó en coger el remedio y salir corriendo, pero la cojera le hizo desistir. Cuando se marchó de la herboristería su

desesperanza era tal que, si alguien le hubiera preguntado sobre su futuro, habría respondido que acabó el mismo día en que sus padres perecieron sepultados.

* * *

En las demás herboristerías recibió un trato parecido. En la última que visitó, un puesto de mala muerte próximo al mercado del puerto, pretendieron timarle con unos polvos de bambú triturado. Por fortuna, había comprado muchas veces aquel remedio y conocía su sabor acre y su textura untuosa, así que nada más catarlo adivinó el intento de engaño. Escupió la prueba y recuperó su dinero antes de que lo guardaran, pero, aun así, hubo de escapar a toda prisa de los propios dueños, que lo acusaron arteramente de romper el trato.

Caminó desolado. Su mundo se desmoronaba.

Pese a saber que sólo le pagarían con arroz, malgastó el resto de la tarde buscando trabajo. Solicitó plaza en varios puestos cercanos, pero todos le rehuyeron al advertir su aspecto enfermizo y el estado de su pierna. Para cuando quiso vendársela, la mayoría de los comercios ya habían cerrado. Lo intentó también en los distintos muelles, pero todos estaban abarrotados de peones a la espera de faena. Probó a ofrecerse como mozo de cuerda, vendedor ambulante a comisión, sirviente, limpiador de lodos negros, remero y mulo de carga, pero en la mayoría de los lugares le advirtieron de que, para encontrar trabajo, tendría que obtener el permiso de los gremios que gestionaban los empleos vacantes,

cuyas oficinas estaban situadas en las montañas próximas al lago del Oeste y la colina del Fénix. En el resto, simplemente, ni le atendieron.

El tiempo transcurría mientras Tercera se apagaba.

La desesperación le impidió respirar. Pensó en robar, o incluso en venderse bajo los puentes de los canales, como hacían los enfermos y los desahuciados, pero hasta eso estaba controlado por el hampa organizada, sociedades criminales con ramas especializadas que iban desde los robos a jóvenes ricos mediante la extorsión hasta la caja de apuestas para timadores, pasando por los cortabolsas y truhanes de poca monta que pululaban por las calles. Lo sabía bien porque Feng los había perseguido durante años.

Mientras intentaba pensar, creyó distinguir a lo lejos la figura del vendedor de caramelos al que habían visto por la mañana. El hombre continuaba ataviado con la misma piel raída de burro, pero había trocado el taburete de adivino por una suerte de estrado sobre el que reclamaba la presencia de cuantos quisieran ganar dinero. Al parecer, había embaucado a un ingenuo, que seguía con atención los extraños aspavientos que escenificaba frente a él, al tiempo que atraía la atención de otros cuantos. Pronto una multitud se congregó alrededor de sus reclamos, ante los que Cí también sucumbió.

«¿Qué demonios estará tramando?».

Se las arregló como pudo para acercarse un poco más.

Cuando estuvo a pocos pasos de él, Cí pensó que aquel hombre no sólo era peculiar por su atuendo, sino que, a juzgar por la fila de personas que aguardaban sus servicios, también debía de ser un embaucador de primera. Además del puesto de dulces, el hombrecillo

había colocado a sus espaldas una suerte de escenario confeccionado con una cortina roja sobre la que pendían todo tipo de baratijas: viejas conchas de tortuga de las que se usaban para la adivinación, pequeños budas de arcilla descuidadamente pintados, pajarillos disecados, abanicos de papel mal decorados, cometas de bambú y seda, barritas de incienso de dudosa calidad, pañuelos ajados, anillos, cintos, agujas de hueso para el cabello, cajetillas y cuencos resquebrajados, sandalias de un solo pie, jaulas de todos los tipos, collares de cuentas y conchas, broches, gargantillas y pulseras, perfumes de sándalo y especias, raíces medicinales, monedas antiguas, pinceles, tintas coloreadas, farolillos de papel, esqueletos de ranas y serpientes y mil objetos más que fue incapaz de reconocer. Era como si, a modo de escaparate, toda la porquería y trastos de un basurero los hubiera amontonado sobre aquella cortina.

«Desde luego, sabe exponer el género. ¿Pero por qué aguarda tanta gente a un embustero?».

Al aproximarse más, lo comprendió.

Sobre una mesa medio oculta por el gentío, el hombrecillo había situado un tablero de madera por cuya superficie discurrían una multitud de carriles laberínticos que confluían en el centro. Cuando logró observarla de cerca, advirtió que eran seis los pasillos horadados, cada uno pintado de un color distinto. Sin duda se trataba de un circuito de carreras de grillos, un entramado de conductos por los que los pequeños animalejos discurrirían hasta alcanzar el azúcar depositado en el centro.

«Y los hombres que aguardan turno lo hacen para apostar por su bicho favorito».

Empujó lo justo hasta hacerse un sitio junto al receptáculo.

—¡Vuestra última oportunidad! ¡Vuestra última ocasión para salir de la miseria y vivir como los ricos! —aullaba el adivino—. ¡Animaos, muertos de hambre! ¡Si ganáis, podréis casaros con cuantas queráis y luego, si os quedan fuerzas, iros de putas con las que deseáis!

La promesa de carne fresca azuzó a varios indecisos, que acabaron por depositar sus únicas monedas sobre una cajonera en la que se reflejaban las apuestas y las cantidades. Mientras tanto, los grillos que iban a competir aguardaban en sus cubículos, cada uno con el dorso pintado del mismo color que su carril correspondiente.

—¿Nadie más? ¿Nadie más tiene redaños para desafiarme? —Volvió a cacarear—: ¡Hatajo de cobardes...! ¿Acaso teméis que mi viejo grillo os desplume...? De acuerdo... Hoy me he vuelto loco. Que los dioses os perdonen por abusar de este demente, porque hoy estáis de suerte. —Cogió su grillo, que se distinguía por el pegote de pintura amarilla que llevaba sobre el lomo, y le arrancó una pata delantera. Luego dejó que el animal cojera por el laberinto y retó de nuevo a los presentes—. ¿Y ahora? ¿Creéis que podéis vencerme...? Pues demostradlo si es que tenéis los suficientes... —Y se agarró los testículos, que sacudió bajo el pantalón.

Convencidos de su locura, los últimos dudosos acumularon monedas en los cajones. A Cí se le atenazó el estómago. Aquella era la oportunidad que estaba buscando, la forma para conseguir el dinero que necesitaba para las medicinas. Sin embargo, algo le decía que no lo hiciera.

No sabía qué decisión tomar. Iban a cerrar las apuestas cuando finalmente se desabrochó la sarta de monedas y la depositó en el cajón azul.

—¡Cien *qián*, ocho a uno!

«Y que el dios de la fortuna me proteja».

—¡Apuestas cerradas! Y, ahora, apartad.

El adivino enderezó su grillo cojo, que se empeñaba en girar escorado sobre su costado izquierdo dentro de su cubículo. Otros cinco receptáculos de distintos colores, distribuidos por la periferia del laberinto y encarados mediante carriles hacia el centro, albergaban otros tantos grillos marcados con diferentes colores. Acto seguido, cubrió el laberinto con una redecilla de seda para impedir que los insectos saltaran y escapasen.

A un toque del gong, el adivino tensó los hilos de las trampillas que retenían a los grillos.

—¿Preparados? —rugió.

—Prepárate tú —respondió uno de los contendientes—. Mi grillo rojo va a destrozar al tuyo y luego se comerá los trozos.

El adivino meneó la cabeza con una sonrisilla y golpeó de nuevo el gong para anunciar el comienzo del evento.

Nada más levantar las trampillas, los grillos se abalanzaron vertiginosamente sobre sus conductos, a excepción del grillo del adivino, que a duras penas si logró sobrepasar la salida.

—¡Vamos, cabrón! —le gritó el hombrecillo.

El insecto cojo pareció oírle y emprendió la caminata mientras los demás grillos progresaban a toda velocidad, con los apostantes

atronándoles con su griterío. De vez en cuando, los insectos se detenían provocando la histeria de sus dueños, que alcanzaba su cénit cuando desaparecían bajo las pasarelas y túneles que salpicaban el laberinto. Cí observó que el grillo rojo avanzaba como un dardo hacia la golosina que aguardaba en el centro. Apenas faltaba un palmo para que alcanzara la meta cuando se detuvo provocando el silencio del gentío. El insecto vaciló un instante, como si frente a él se alzara un muro invisible, y retrocedió sobre sus pasos pese a los aspavientos de su dueño. Entretanto, tras salir del primer túnel, el grillo del adivino había emprendido una loca carrera que le estaba conduciendo a adelantar a sus adversarios.

—¡Maldito bicho! ¡Continúa o te despachurro! —rugió el dueño del grillo rojo cuando el animal intentó escalar la pared en lugar de continuar por su carril.

Sin embargo, el grillo no sólo desafió a los gritos y manotazos de su dueño, sino que trepó hasta cambiar de conducto, obteniendo como pago a su eliminación una oleada de improperios. Mientras tanto, Cí continuaba admirado con la velocidad que había adquirido el grillo del adivino, el cual alcanzó al de un gigantón cuando éste penetraba en el túnel que desembocaba en el último tramo. Al emerger del túnel, los dos animales se detuvieron dubitativos.

—¡Arranca de una puta vez! —bramó el gigantón. El estruendo era ensordecedor.

Cí clavó sus ojos en los dos grillos. El de la mancha amarilla permanecía confundido mientras que el azul, por el que había apostado, tomaba una ligera ventaja. Sin embargo, inesperadamente, cuando ya todos daban por vencedor al grillo azul, el insecto del adivino comenzó a

avanzar a una velocidad inusitada hasta superar al del gigante a un paso de la meta.

Los reunidos se frotaron los ojos ante lo que parecía la obra de un diablo.

—¡Maldito cabrón! ¡Has hecho trampas! —bramó finalmente el gigante.

El adivino no se inmutó pese a que la mole amenazaba con machacarle el cráneo. Cogió el grillo amarillo y se lo mostró a un palmo de su cara. En efecto, le faltaba una pata delantera.

—Y ahora largaos de aquí si no queréis que llame al alguacil —espetó el adivino echando mano de un silbato.

El gigante, lejos de amilanarse, soltó un manotazo que mandó al grillo del adivino al suelo y, antes de que pudiera escapar, lo reventó de un pisotón. Luego escupió, y entre amenazas y murmuraciones se alejó, no sin antes jurar al adivino que recuperaría lo perdido. Los demás participantes recogieron sus insectos y le imitaron. Sin embargo, Cí permaneció junto al tenderete, expectante, como si aguardara a que, por arte de magia, algo le revelase lo que le resultaba inexplicable.

«¿Cómo demonios lo ha conseguido?».

—Y tú, largo también —dijo el adivino.

Cí no se movió. Necesitaba imperiosamente el dinero y estaba convencido de que aquel hombre le había estafado. De algún modo, sus propios ojos le habían engañado, aunque había presenciado con total nitidez el instante en el que el adivino le había arrancado la pata al grillo que ahora yacía en el suelo despachurrado. Y, por esa misma razón, le

extrañaba que el adivino no hubiera montado en cólera ante la muerte de su campeón, que permaneciera impasible canturreando una cancioncilla, sin molestarse en mirar lo que había quedado del bicho que le había enriquecido.

Aprovechando que el adivino estaba de espaldas, Cí se acuclilló junto al insecto, que aún agitaba las patas. En ese instante, un brillo bajo su abdomen atrajo su atención.

«Qué extraño...».

Iba a examinarlo cuando advirtió que el adivino se daba la vuelta. No lo pensó. En un suspiro, estiró la mano y cogió al grillo justo antes de que el hombre le viera.

—¿Se puede saber qué haces ahí agachado? Te he dicho que te marches.

—Se me cayó una manzana —disimuló, y cogió una fruta perdida en el suelo—. Pero acabo de encontrarla. Ya me voy.

—¡Un momento! ¿Qué escondes ahí?

—¿Eh? ¿Dónde? —Intentó pensar una respuesta.

—No me hagas enfadar, chico.

Cí retrocedió unos pasos, cojeando, antes de retarle.

—¿Acaso no eres adivino?

El hombrecillo frunció el ceño. Pensó en soltarle un guantazo por la insolencia, pero en su lugar dejó escapar una risotada estúpida. Luego

continuó recogiendo el tenderete sin importarle que Cí le observara. Cuando terminó, colocó sus trastos en un carro y tiró de él en dirección a una taberna cercana.

Cí se quedó observando el grillo del adivino. El insecto apenas se movía, así que utilizó el extremo de su uña para desprender cuidadosamente la pequeña lámina brillante que permanecía adherida a su abdomen. Una vez en su mano, examinó lo que le pareció una simple lasca de hierro con restos de cola en su anverso. La superficie estaba alisada y se apreciaba que su perímetro había sido tallado para hacerlo coincidir con el del cuerpo del animal. No comprendió su cometido. A simple vista, más que ayudar, suponía un peso adicional que sin duda retrasaría al insecto.

Aún se preguntaba por su utilidad cuando, inesperadamente, el trozo de metal saltó de entre sus dedos y voló hasta pegarse en el cuchillo que portaba en el cinto. Cí abrió la boca casi tanto como los ojos. Luego recordó la forma del laberinto. Por último, se fijó en los restos del insecto, que recogió con igual cuidado que si siguiese vivo.

«Maldito bastardo. Así es como lo consigue».

Envolvió el cuerpo del insecto en un paño y se encaminó hacia la taberna donde había entrado el adivino. Fuera, un mozuelo vigilaba su tenderete. Cí le preguntó cuánto cobraba por el trabajo y el pequeño le mostró unos caramelos.

—Te daré una manzana si me dejas mirar una cosa —le propuso Cí.

El muchacho pareció pensárselo.

—De acuerdo. Pero sólo mirar. —Y extendió la mano como un rayo.

Cí le entregó la fruta y de inmediato se dirigió hacia el tablero del laberinto. Iba a cogerlo cuando el crío se lo impidió.

—Si lo tocas, le aviso.

—Sólo voy a mirarlo por detrás —aclaró.

—Dijiste sólo mirar.

—¡Por el Gran Buda! Muerde la manzana y calla de una vez —lo amedrentó.

Cí cogió el tablero y lo examinó con cuidado. Accionó las compuertas, olió los conductos y prestó atención a su base inferior, de la que extrajo una pieza metálica similar a una galleta que escamoteó bajo sus mangas. Luego dejó el tablero a su sitio, se despidió del chico y entró en la taberna de Los Cinco Gustos dispuesto a recuperar su dinero.

* * *

No le resultó difícil encontrar al adivino. Tan sólo tuvo que fijarse en el par de prostitutas que cuchicheaban encantadas sobre cómo desplumar al viejo de la piel de burro que estaba derrochando sus ganancias tras las cortinas.

Mientras estudiaba su estrategia, Cí miró a su alrededor. La taberna era un cuchitril de los que abundaban en el puerto, un antro saturado de humo de frituras en el que decenas de comensales daban cuenta de platos de cerdo hervido, salsas cantonesas y sopas de pescado del Zhe

servidos por mozos agobiados por los gritos y las carreras. El aroma a pollo y camarones cocidos competía hasta mezclarse con el hedor a sudor de pescadores, estibadores y marineros que celebraban el final de la jornada cantando y emborrachándose a ritmo de flautas y de cítaras como si fuera el último día de sus vidas. Tras la barra, sobre un escenario improvisado, un grupo de *flores* cimbreaban sus caderas y entonaban melodías apagadas por el barullo, buscando con sus miradas lujuriosas a futuros clientes. Una de las *flores*, pequeña y rechoncha como una ciruela, se acercó a Cí sin que pareciera importarle su aspecto y su herida y frotó su trasero blando contra su entrepierna. Cí la rechazó. Avanzó sobre la pegajosa capa de grasa que barnizaba el suelo hasta situarse junto a las cortinas decoradas con burdos paisajes tras las que permanecía el adivino. No se lo pensó. Separó la cortina y penetró en el cubículo, dándose de bruces con el hombrecillo que, en una posición ridícula, meneaba su blanco culo sobre una jovencita. Al verle, el adivino se detuvo, extrañado, pero curiosamente no pareció molestarle. Tan sólo le mostró una sonrisa bobalicona con sus dientes podridos y siguió moviéndose. Sin duda, el licor ya le nublabla los sesos.

—Lo estás pasando bien con mi dinero, ¿eh? —Cí lo apartó de un empujón. De inmediato, la muchacha escapó hacia las cocinas.

—¿Pero qué diablos...?

Antes de que pudiera incorporarse, Cí lo enganchó por la pechera.

—Vas a devolverme hasta la última moneda. ¡Y va a ser ahora mismo!

Iba a hurgarle en el cinto cuando Cí sintió que lo agarraban por la espalda y lo elevaban en volandas hasta arrojarle contra unas macetas en medio de la sala. De repente, la música enmudeció bajo un tremendo griterío.

—No se molesta a los clientes —bramó el dueño de la taberna.

Cí observó a la mole que acababa de vapulearle con la facilidad de quien se sacude una mosca. Los brazos de aquella bestia eran más anchos que sus piernas y su mirada, la de un búfalo enfurecido. Antes de que pudiera responderle, una patada le impactó en las costillas. Cí se levantó como pudo. El tabernero iba a golpearle de nuevo, pero el joven retrocedió.

—Ese hombre es un tramposo. Me ha estafado el dinero de las apuestas.

Otra patada le sacudió. Cí se retorció, pese a no sentir dolor.

—¿Es que estáis ciegos? Os engaña como a niños.

—Aquí lo único que sabemos es que quien paga, manda. —Y volvió a patearle.

—Déjalo ya. Es sólo un mozo —dijo el adivino deteniéndole—. Venga, muchacho. Márchate de aquí antes de que te hagan daño.

Cí se levantó agarrándose a una de las prostitutas. Le volvía a sangrar la herida de la pierna.

—Me iré cuando me pagues.

—¿Que te pague? No seas necio, chico. ¿Acaso quieres que esa bestia te abra la cabeza?

—Sé cómo lo haces. He examinado tu laberinto.

La cara del adivino mudó su expresión estúpida por un punto de inquietud.

—¡Oh! ¿Sí? Siéntate. Y dime... ¿qué has encontrado exactamente? —Se le acercó al rostro.

Cí sacó del bolsillo la lámina de metal que había encontrado adherida al grillo, apartó una botella de vino y la dejó sobre una mesa.

—¿La reconoces?

El adivino cogió la laminilla y la miró con desdén. Luego la tiró sobre la mesa.

—Lo único que reconozco es que has perdido el juicio. —Pero su mirada permaneció fija en la lámina.

—Muy bien. —Sacó la galleta de metal que había cogido del laberinto y la colocó con decisión bajo la mesa—. Entonces, aprende.

Cí movió la pieza bajo el tablero hasta aproximarla a la posición que ocupaba la laminilla sobre la mesa. En un primer momento no sucedió nada, pero, de repente, como impulsada por una mano invisible, la laminilla brincó sola hasta detenerse justo sobre el punto en el que Cí mantenía la galleta metálica. Luego desplazó la mano por debajo y la laminilla siguió sus movimientos, sorteando milagrosamente los vasos que permanecían sobre la mesa. El adivino se retorció incómodo en su asiento, pero se mantuvo en silencio.

—Imanes —declaró Cí—. Eso por no hablar del repelente de alcanfor con el que estaban embadurnados los tramos finales de los carriles competidores o de las trampillas que bloqueaban al grillo de tu propiedad cuando pasaba bajo los túneles, las que liberaban un segundo

grillo con todas sus patas y, finalmente, las que retenían a ese segundo para soltar a un tercero, cojo de nuevo y con la lámina metálica adherida a su abdomen. Aunque claro... todo esto no hace falta que te lo explique, ¿verdad?

El adivino volvió a mirarlo de arriba abajo. Apretó los labios y le ofreció un trago que Cí rechazó.

—¿Qué es lo que quieres? —Enarcó las cejas.

—Mis ochocientos *qián*. Los que habría ganado con la apuesta.

—Ya. Pues haberlo descubierto antes. Y ahora márchate, que aquí tengo faena.

—No me iré hasta que no me pagues.

—Mira, chico, eres listo, de eso no hay duda, pero me estás cansando. ¡Zhao! —Hizo una seña al tabernero, que aguardaba cerca—. Dale un cuenco de arroz. Que se largue y cárgalo a mi cuenta.

—Te lo repito por última vez. Págame o contaré a todo el mundo...

—Ya basta —le interrumpió el tabernero.

—¡No! ¡No basta! —bramó alguien detrás, y toda la taberna se giró como si un ejército hubiera irrumpido por la puerta.

En el centro de la sala se erguía, desafiante, un gigante aún mayor que el tabernero. Cí lo reconoció. Era el mismo apostante que había anunciado venganza: el dueño del grillo azul. La cara del adivino pasó del asombro al terror al comprobar que el gigante apartaba a empujones a cuantos le salían a su paso y avanzaba directo hacia él. El tabernero

intentó detenerle, pero un violento puñetazo lo derribó. Al llegar a un palmo del adivino, el gigante se detuvo. Resoplaba como un animal que paladeara el dulce momento. Su inmensa mano derecha aferró el cuello del adivino y con la otra agarró a Cí.

—Y ahora oigamos de nuevo esa historia de los imanes.

Cí no se arredró. Despreciaba a los estafadores, pero más aún a quienes abusaban de la violencia para conseguir sus propósitos. Y aquel tipo no sólo parecía dispuesto a emplearla para recuperar su dinero, sino que daba la sensación de que también arramblaría con el de todos cuantos habían apostado.

—Ése es un asunto entre el adivino y yo —le desafió Cí. El gigante apretó su zarpa sobre el hombro de Cí, pero éste no se inmutó.

—¡Al diablo los dos! —Y los lanzó contra una celosía vieja que saltó en mil pedazos.

Cí se levantó a duras penas mientras el gigante se sentaba a horcajadas sobre el adivino y oprimía su cuello como si fuera un ganso. El joven se abalanzó sobre él y descargó su puño sobre su espalda, pero fue como si le pegara a una muralla. El gigante se volvió y le soltó un manotazo que lo envió de vuelta a la celosía. Cí noto en sus labios el sabor cálido de la sangre. El resto de clientes se apresuró a rodearles al olor de la pelea. El corro era asfixiante y las monedas comenzaron a saltar de los cinturones para cambiar de manos en un incesante frenesí.

—Cien a uno a favor del gigante —gritó un jovenzuelo erigiéndose como depositario.

—¡Apúntame doscientos!

—¡Mil más a mí!

—¡Dos mil si lo mata! —terció un tercero.

El alcohol azuzaba a los congregados como lobos ávidos de sangre. Cí comprendió enseguida que su vida corría peligro. Miró a su alrededor. Pensó en huir, pero rodeado como estaba, difícilmente lo conseguiría. Para cuando quiso darse cuenta, la mole se había levantado hasta casi rozar el techo y le contemplaba con el desprecio de quien se dispone a aplastar una cucaracha y sacudirse después el polvo de los zapatos. En un momento dado, el gigante se escupió a las manos y las alzó vigorosamente reclamando más ardor en las apuestas. Cí pensó en Tercera. Entonces lo decidió.

—No es la primera vez que acabo con un afeminado —le espetó Cí.

—¿Cómo dices? —rugió el gigante y alzó su brazo para terminar con el pelele, pero Cí se apartó a tiempo y el hombre cayó de bruces.

—Apuesto a que no eres tan hombre como parece —volvió a retarle Cí.

—Voy a comerme tus entrañas y echaré los restos a los perros. —Se levantó para arrojar de nuevo contra Cí, que volvió a esquivar el golpe.

—¿Acaso temes que un pobre cojo te derrote? ¡Unos cuchillos! —reclamó.

El gigante se revolvió con una sonrisa en la boca. Sin duda, su rival ignoraba que él era un experto en el manejo de armas blancas.

—Tú mismo te has condenado —farfulló mientras agarraba un cuenco con licor y lo vaciaba en su garganta. Se limpió con el brazo y empuñó uno de los cuchillos que habían traído de las cocinas.

Cí sopesó el suyo. Era afilado como una espada. Se disponía a tomar posición cuando el jovenzuelo que se encargaba de las apuestas se interpuso temerariamente entre ambos.

—¿Alguien apuesta por el mequetrefe? —Sonrió—. ¡Vamos! ¡Necesito cubrir las apuestas! El muchacho se mueve rápido. Al menos por que dure un asalto...

Todos se carcajearon, pero nadie apostó.

—Ya lo hago yo por mí —dijo el propio Cí ante el estupor de los presentes—. ¡Ochocientos *qián!* —Y miró al adivino buscando su consentimiento.

El adivino le observó, extrañado. Meditó un momento mordiéndose los labios y luego asintió. Hurgó bajo su faldón, sacó las ochocientas monedas que se correspondían con la deuda de Cí y se las entregó al encargado. Después meneó la cabeza como si acabase de tirar el dinero y volvió a su taburete, donde ya le esperaba una nueva prostituta.

—Muy bien. ¿Alguien más? ¿No? Pues entonces... ¡Torsos al aire y que comience el duelo!

El gigante sonrió, guiñó el ojo a un conocido y fanfarroneó con otros colegas sobre cómo iba a trinchar a aquel insolente de rasgos agraciados. Lentamente, se desprendió de su bata dejando a la vista una capa de músculos capaz de competir con un toro. Sin ropa era aún más inmenso, pero a Cí no le impresionó. El gigante agarró un cuenco con aceite y se lo

volcó sobre el pecho para embadurnarse por completo. Luego aguardó a que lo hiciera Cí.

—¿Te has cagado? —le preguntó el gigante al ver que no se movía.

Cí no respondió. En una especie de ritual, se despojó de sus pertenencias, que depositó cerca de él tras apilarlas con cuidado. Lo hizo con calma, despreocupado, como si de antemano conociese su destino y también el del oponente, que le esperaba ofuscado. Luego retiró los cinco botones que aseguraban su camisola, dejando que descansara suelta sobre sus hombros. Los presentes le miraban atentamente, contagiados de la lentitud de cada movimiento, de su extraña tranquilidad, impacientes por que se desencadenara la masacre, pero Cí continuaba impávido. Poco a poco se abrió la camisa y la dejó caer hasta el suelo provocando un murmullo de estupor.

En contraste con la armonía de sus facciones, todo su torso era un amasijo de carne quemada; una maraña de jirones cicatrizados, piel abrasada y músculo herido, testigos mudos de algún episodio atroz. Al advertirlo, hasta el propio gigante retrocedió.

Cí plegó la camisola y la colocó sobre una mesa. Cuando lo hizo, los comensales abrieron un pasillo para permitirle el paso.

—Estoy listo —declaró, y el gentío bramó—. ¡Pero antes...! —Los presentes callaron expectantes—. Pero antes quiero brindarle a este hombre la oportunidad de salvar su vida.

—¡Ahórrate toda esa mierda para cuando estés en el ataúd! —respondió el gigante en una mezcla de asombro e indignación.

—Deberías tomarme en serio. —Cí entornó los ojos—. ¿O acaso crees que alguien que ha sobrevivido a estas cicatrices es fácil de matar?

El gigante abrió la boca estúpidamente, pero Cí continuó.

—No disfruto ejecutando a nadie, así que voy a ofrecerte algo distinto. ¿Qué tal el desafío del dragón? —increpó Cí.

El gigante parpadeó. El desafío del dragón era un reto que equilibraba las fuerzas, pero que pocos se atrevían a afrontar. Consistía en emplear los cuchillos para autoinfligirse heridas conforme a un patrón dibujado sobre sus cuerpos, tan peligrosas como ellos mismos establecieran, tan extensas y profundas como los contendientes fueran capaces de soportar. El primero que gritase, sería el perdedor.

—Yo la haría aquí, sobre el pezón izquierdo, encima del corazón —sugirió Cí, esperando que la sensibilidad de la zona jugara en su beneficio.

—¿Crees que soy estúpido? ¿Por qué habría de herirme si puedo liquidarte sin sufrir un rasguño? —balbució el gigante. Comenzaba a sentirse nervioso y Cí lo advirtió.

—No te lo reprocho. He conocido antes a cobardes como tú, así que no tienes por qué hacerlo —dijo Cí bien alto para que todos pudieran escucharlo.

El gigante adivinó en los rostros de los presentes el calado del desafío. No temía al muchacho, pero si rechazaba su reto, la duda sobre su hombría se extendería por todo el puerto. Y eso era algo que no se podía permitir.

Justo como lo había planeado Cí.

—De acuerdo, renacuajo. Vas a tragarte tus palabras junto con el resto de tus dientes —bramó.

El gentío acogió la decisión con júbilo y el dinero corrió de nuevo. Cuando los ánimos se calmaron, Cí intervino.

—Llamaremos a los cocineros para que sean ellos quienes se encarguen. Si nadie tiene inconveniente, las reglas serán las habituales: empezarán cortando por el pezón, continuarán rajando a su alrededor siguiendo la trayectoria de un caracol, prolongarán el corte hacia el exterior, profundizando cada vez más, y sólo se detendrán cuando uno grite de dolor.

—De acuerdo —concedió el gigante—. Pero yo también tengo mis condiciones.

La muchedumbre le miró expectante. Cí le temió, pero ya no podía retroceder.

—Suéltalas.

El gigante miró a todos uno por uno mientras disfrutaba del momento.

—Gane quien gane, el vencedor hundirá al otro el cuchillo en el corazón.

CAPÍTULO 13

—¡A puesto diez mil *qián* por el chico!

Todos, incluido Cí, se giraron estupefactos hacia el hombre que había dado la voz.

—¡Se ha vuelto loco! —cuchichearon en un remolino.

—¡Va a perder hasta los ojos! —añadió otro, sorprendido.

El adivino no se inmutó. Sacó de sus pantalones una cartera y de ésta un billete que anunciaba exactamente ese valor. El encargado de las apuestas cogió el billete para comprobar los sellos y las firmas estampadas en el anverso y el dibujo que mostraba como advertencia a un falsificador de billetes ajusticiado en el reverso. Sin duda, era legítimo. Tan sólo faltaba acreditar si entre los apostantes había suficiente dinero para cubrir la hipotética derrota del gigante. Tras asegurarse de ello, el hombre anunció con el toque de un gong el comienzo del duelo.

Cí se situó a unos tres pasos del gigante. A sus costados, dos cocineros previamente instruidos aguardaban expectantes con sendos cuchillos en cuyas hojas habían practicado las marcas que determinarían la profundidad hasta la que deberían hundirlos. El gigante miró los cuchillos de reojo, como quien vigila a una serpiente cercana sin saber si es venenosa o no, mientras embuchaba unos últimos tragos de licor. Después escupió y gritó como un energúmeno solicitando otra botella.

El desafío comenzó.

El primer cocinero empapó un pincel en tinta negra y comenzó a pintar el trayecto que debía guiar al cuchillo sobre la masa de músculos del gigante. Luego le tocó el turno a Cí. El segundo cocinero realizó una operación similar, pero al discurrir sobre su pecho izquierdo, un temblor le sacudió. Sobre el cuerpo abrasado ya se apreciaba un camino similar, labrado en la carne por una profunda cicatriz. Al instante comprendió que no era la primera vez que el joven disputaba el desafío del dragón.

Mientras el cocinero lo pintaba, Cí entornó los párpados para invocar la protección de los espíritus. Tres años atrás, para salvaguardar el honor de un familiar, se había visto obligado, a su pesar, a participar en un desafío similar. En aquella ocasión había vencido, aunque el reto estuvo a punto de costarle la vida. Era la otra cara de la moneda: no percibía el dolor, pero su ausencia no le avisaba de ningún riesgo mortal. Y ésta era una de esas ocasiones en las que no sabía si saldría victorioso. De hecho, existía la posibilidad de que su cuchillo le perforase el pulmón antes de que el otro atravesase la gruesa capa de grasa y músculo que forraba el corpachón del gigante. Sin embargo, el riesgo merecía la pena, porque Tercera necesitaba que quedara vencedor.

* * *

Cí tragó saliva. El espectáculo iba a comenzar y los bramidos de los presentes atronaban en el salón. Parecían una jauría hambrienta y él era la presa.

No sintió el pinchazo. Sin embargo, percibió con claridad el hilo de sangre que borboteaba bajo su pezón y se deslizaba por su vientre hasta mancharle el pantalón. Era el momento más complicado. Cualquier respingo podía hacerle perder la apuesta. Precisamente por ello, debía mantener la calma y esperar a que el cuchillo de su contrincante hiciera su trabajo. Respiró profundamente cuando la punta comenzó a desgarrarle la piel. Mientras el corte crecía, observó frente a él al segundo cocinero haciendo lo propio con su adversario.

El gigante esbozó un gesto de dolor cuando la punta penetró sobre la areola amarronada, pero la sonrisa cínica que seguidamente le regaló le indicó a Cí que se enfrentaba a un serio problema. Cuanto más tiempo se prolongara la prueba, más cerca estaría él del cementerio.

De manos de los cocineros, los cuchillos avanzaron lenta pero inexorablemente, abriéndose paso a través de surcos cada vez más profundos, destrozando grasa y carne, perforando músculos, salpicando sangre y rasgando tejidos que provocaban en los contendientes gestos cada vez más dolorosos e incontrolados. En Cí, fingidos, pero en el gigante, verdaderos. Sin embargo, la boca del coloso permanecía sellada, las mandíbulas encajadas y el cuello prieto, agarrotado. Sólo su mirada iracunda, clavada en la de Cí, era el espejo de su dolor.

De repente, Cí advirtió cómo la punta del cuchillo se detenía sobre sus costillas, a un suspiro del corazón. El cocinero había apretado demasiado y la hoja había chocado contra la costilla, encallándose entre ésta y el tejido cicatrizado, duro como un tendón. Cí dejó de respirar. Cualquier movimiento brusco le perforaría el pulmón. El gigante apreció el gesto de Cí, e interpretándolo como el preludio de su victoria, pidió otra jarra de licor. Cí impelió a su cocinero a que continuara, pues si se detenía más de lo convenido, caería derrotado.

—¿Estás seguro? —preguntó el cocinero. Le temblaba la mano.

«No».

Pero asintió.

El pinche apretó los dientes al tiempo que empuñaba el cuchillo con firmeza. Cí percibió su tensión. La piel se estiró como la resina hasta que en un chasquido reventó. Entonces el cuchillo avanzó directo hacia su corazón. Su pecho latió bajo la hoja y de nuevo contuvo la respiración. El cocinero esperó algún signo de renuncia, pero Cí no se lo concedió.

—¡Continúa, maldito cabrón!

En ese instante escuchó la sonrisa sarcástica del gigante. Cí lo miró. Su torso era un reguero de sangre, pero el alcohol parecía haberle adormilado no sólo los sentidos, sino también la razón.

—¿Quién es el cobarde? —rugió mientras volcaba la jarra en su garganta.

Cí sabía que si continuaban, se desencadenaría la tragedia. Pero necesitaba el dinero.

«Grita de una maldita vez».

De repente, como si le hubiera leído el pensamiento, sucedió. La cara del gigante se tornó lívida y sus ojillos embrutecidos se nublaron para a continuación abrirse espantosamente, como si acabara de ver alguna terrible aparición. Se levantó empapado en sangre y avanzó hacia Cí tambaleándose, con el cuchillo hundido hasta el mango a la altura del corazón.

—¡Fu... fue él quien se movió! —balbuceó su cocinero exculpándose.

—¡Di... ablo de mu... cha... cho!

Fueron las últimas palabras del gigante. Dio un paso más y se derrumbó como una montaña, derribando a cuantos apostantes y mesas había a su alrededor.

Un tumulto de hombres intentó reanimarlo mientras unos pocos se afanaban en cobrar lo ganado.

—¡Vámonos de aquí! ¡Rápido!

Cí no tuvo tiempo de vestirse. El adivino lo enganchó del brazo y tiró de él hacia una puerta trasera aprovechando la confusión. Afortunadamente, la noche era cerrada y apenas había gente. Corrieron por el callejón que daba al canal hasta un puente de piedra bajo el que se ocultaron.

—Toma. Cúbrete y espera aquí.

Cí cogió la chaqueta de lino que le ofrecía y tapó sus heridas después de limpiárselas. Luego aguardó un tiempo, preguntándose si alguna vez

volvería a ver al adivino. Para su extrañeza, apareció al poco con un saco repleto de bártulos.

—Tuve que encargarme al mozuelo de la puerta que escondiera los demás trastos en un almacén. ¿Cómo estás? ¿Te duele mucho? —Cí negó con la cabeza—. Déjame ver. ¡Por Buda! Aún no sé cómo le has derrotado.

—Ni yo por qué apostaste por mí.

—Ya te lo explicaré luego. Utiliza esto. —Sacó un emplasto y se lo aplicó sobre las heridas—. Por el gran diablo Swhan, ¿cómo te hiciste esas quemaduras?

Cí no le contestó. El hombre terminó de vendarle con un trapo viejo. Luego se despojó de la piel de burro y cubrió con ella al joven. El frío de las montañas comenzaba a aterirle los huesos.

—Y dime, ¿tienes trabajo?

Cí volvió a negar con la cabeza.

—¿Dónde vives?

—No es asunto tuyo. ¿Conseguiste cobrar? —le atajó Cí.

—Por supuesto. —Se rio—. Soy adivino, pero no estúpido. ¿Es esto lo que buscas? —Le ofreció una bolsa repleta de monedas.

Cí asintió. Se guardó la bolsa con los ochocientos *qián* apostados convertidos en mil seiscientos. Aunque era menos de lo que le correspondía, prefirió no porfiar.

—Tengo que irme —dijo Cí secamente y se levantó dispuesto a marcharse.

—¡Eh! ¿A qué tanta prisa? Mírate. Con esa pierna no llegarás muy lejos.

—Necesito una farmacia.

—¿A estas horas? Además, esa herida no te la tratarán en una farmacia. Sé de un curandero que...

—No la necesito para mí. —Intentó andar, pero cojeó—. ¡Maldita pierna!

—¡Maldición! ¡Siéntate o nos descubrirán! Esos que han apostado sus jornales no son monjes budistas. En cuanto se les pase la borrachera, nos matarán para recuperarlos.

—He ganado limpiamente.

—Sí. Tan limpiamente como yo con los grillos. A mí no me engañas, chico. Tú y yo estamos hechos de la misma arcilla. Me fijé cuando el gigante te apretó el hombro. Ni te inmutaste. En ese momento no le di importancia, pero luego, cuando enseñaste todas esas cicatrices y, sobre todo, las que coincidían con las del recorrido del dragón... ¡Vamos, chico! No era la primera vez que jugabas a esto, y a fe que sabías bien lo que hacías. Y te digo: no sé cómo diablos lo consigues, pero engañaste a toda esa gente y a ese montón de músculos. A todos menos a mí. A Xu, el adivino. Por eso aposté por ti.

—No sé de qué me hablas.

—Ya. Yo tampoco entiendo de imanes, pero bueno... A ver, deja que le eche un vistazo a esa pierna. —Le subió la pernera y observó la herida—. ¡Maldición, chico! ¿Te ha mordido un tigre?

Cí apretó los dientes. Estaba perdiendo un tiempo precioso y no podía esperar más. No se había jugado la vida por Tercera para permanecer toda la noche escondido.

—Tengo que irme. ¿Conoces alguna farmacia o no?

—Alguna conozco, pero no te abrirán a menos que te acompañe. ¿No puedes esperar a mañana?

—No. No puedo.

—¡Maldito muchacho! Está bien. Vamos.

Avanzaron entre las callejuelas de los muelles, ocultos por la bruma. Conforme se aproximaban a los almacenes, el olor a pescado podrido se mezclaba con el frío en un aroma vomitivo cada vez más espeso. Varios vagabundos se les quedaron mirando con ojos ambiciosos, pero la cojera de Cí y la piel raída de burro les disuadieron de atacarles. En el callejón de las raspas, el lugar donde los desechos y las vísceras de pescado encontraban su último provecho, el adivino se detuvo. Sorteó el caldo de sangre pútrida que encharcaba el suelo y llamó a la segunda puerta de un edificio que parecía un tugurio de bandidos. Al cabo de un instante, el resplandor de un farolillo anunció la presencia de un hombre.

—¡Abre! Soy Xu.

—¿Traes lo que me debes?

—¡Diablos! ¡Abre! Traigo un herido.

El sonido de un cerrojo oxidado precedió al ruido de la puerta al abrirse. Tras ella apareció un hombre plagado de diviesos. Les miró de abajo arriba y escupió con desgana.

—¿Tienes mi dinero?

Xu le apartó de un empujón y pasó dentro. Si el exterior parecía una cueva de ladrones, el interior era un estercolero. Una vez acomodados, Cí le solicitó el remedio. El hombre asintió con la cabeza y desapareció tras una cortinilla. Detrás se oyeron cuchicheos.

—No te preocupes. Es una rata, pero de fiar —dijo el adivino.

Al poco regresó el hombre con el remedio. Cí lo probó. Era el correcto, aunque la cantidad era escasa. Le pidió más, pero el hombre dijo que era cuanto tenía. El hombre le exigió mil *qián*, pero se conformó con ochocientos.

—¡Oye! Dale algo también para la pierna —le exigió Xu a su conocido.

—No necesito...

—Tranquilo, chico. Esto corre de mi cuenta.

El adivino pagó al hombre y salieron del tugurio. Comenzaba a llover y arreciaba el viento. Cí se dispuso a despedirse de Xu.

—Gracias por...

—No tiene importancia. Escucha... he estado pensando... Dijiste que no tenías trabajo...

—Así es.

—Verás... Lo cierto es que desde hace años mi verdadero oficio es el de enterrador. Una profesión bien pagada si sabes cómo tratar a los familiares de los difuntos. Trabajo en los Campos de la Muerte, en el Gran Cementerio de Lin'an. Lo de adivino es sólo un apaño. En cuanto engañas a un par de paletos, se corre la voz y el truco del grillo ya se ha jodido. Tengo que ir cambiando de zona, pero los cabrones del hampa lo controlan todo. O les pagas, o más vale que te largues a otro lado. Lin'an es grande, pero no tanto.

—Ya. Entiendo... —Tenía prisa, pero no quería parecer desagradecido.

—Al final, para sacar cuatro *qián*, tienes que vender dulces, reparar cacerolas, adivinar el porvenir o contar cuentos. Y lo que he ganado esta noche tampoco es tanto. ¡Joder! ¡Tengo familia, y el vino y las putas cuestan dinero! —Se rio.

—Perdona, pero...

—Vale, vale. ¿Hacia dónde vas? ¿Al sur? Venga, vamos. Te acompaño.

Cí le dijo que tomaría alguna barca en el Canal Imperial, ahora que podía permitírselo.

—Es la ventaja de ser rico. ¿Te gustaría ganar más dinero? —Se carcajeó y golpeó con el codo a Cí en las costillas, olvidando que lo habían pateado.

—Vaya pregunta. ¡Por supuesto!

—Pues como te decía, lo de los grillos tan sólo cubre gastos... En cambio, tú y yo juntos... Yo conozco los mercados, los rincones. Sé embaucar a la gente, y tú con ese don... Podríamos hacernos de oro...

—¿A qué te refieres?

—Sí, hombre. Lo haríamos con cuidado. No como con ese gigante, no. Buscaremos chulos, bravucones y perdonavidas, charlatanes y fanfarrones borrachos... El puerto está lleno de imbéciles dispuestos a apostar su pellejo contra un muchacho imberbe. Los desplumaremos y, antes de que se den cuenta, estaremos lejos con su dinero.

—Te agradezco la oferta, pero lo cierto es que tengo otros planes.

—¿Otros planes? ¿Lo dices por el reparto? Si es por eso, estoy dispuesto a cederte la mitad de las ganancias. ¿O acaso crees que podrías hacerlo tú solo? ¿Es eso? Porque si es eso, te equivocas, muchacho. Yo...

—No. No es eso. Es que prefiero un empleo menos arriesgado. He de dejarte. Ten. Tu piel —dijo mientras se acercaba a la barcaza que cubría el trayecto.

—Da igual. Quédatela. Espera... ¿Cómo te llamas?

Cí no le contestó. Le dio las gracias por todo, se encaramó a la barca de un salto y se perdió entre las brumas.

* * *

El trayecto de vuelta se le antojó odiosamente interminable, como si por más que avanzara, los dioses se empeñaran en alejar una y otra vez el horizonte. Cuando desembarcó junto a la pensión, sólo pensaba en su hermana Tercera. Desconocía el motivo, pero tenía la horrible sensación

de que algo malo le había sucedido. Subió las escaleras a trompicones sin reparar en su pierna herida. No había faroles y apenas se veía nada. Al llegar a la puerta encontró la cortina echada. Sólo escuchó los latidos de su corazón. El silencio le pareció tan inquietante como el de un sepulcro profanado. Apartó la cortina despacio. La lluvia entraba por el agujero de la pared encharcándolo todo.

Llamó a Tercera, pero no contestó nadie.

Mientras se acercaba al escondrijo en el que la había ocultado, sus manos comenzaron a temblar. Rezó para que Tercera estuviera dormida. Lentamente, separó las ramas de bambú. Detrás, apareció un bulto agazapado, inmóvil, inerte. A Cí se le heló el corazón. Aguardó un instante temiendo lo peor. Intentó pronunciar su nombre, pero la voz se le quebró en la garganta. Lentamente, alargó la mano, despacio, como si temiese tocarla, hasta que sus dedos rozaron el enredo de trapos que descansaban sobre el suelo. Entonces su garganta dejó escapar un grito de horror.

Bajo el bulto no había nada. Tan sólo una manta empapada y los restos de la ropa que vestía Tercera cuando la había dejado aquella mañana.

CAPÍTULO 14

Cí se lanzó escaleras abajo aullando el nombre de su hermana. Alcanzó el piso principal casi sin resuello y se coló en la habitación del posadero, al que sacó a rastras de la esterilla en la que dormía. El hombre se protegió la cabeza pensando que iban a matarlo, pero al ver a Cí se levantó e intentó defenderse. Cí no tuvo piedad. Paró su envite y lo aferró por el cuello con rabia.

—¿Dónde está? —Le apretó hasta sofocarlo.

—¿Dónde está quién? —Los ojos del posadero pugnaban por salirse de sus órbitas.

—¡La niña que vino conmigo! ¡Responde o te mato!

—Es... está ahí dentro. Yo...

Cí lo arrojó al suelo con violencia y se adentró por las habitaciones como un poseso, arramblando contra muebles y enseres mientras penetraba en un tenebroso almacén que parecía abandonado, un

estercolero de taburetes viejos, baúles abiertos y armarios desvencijados que abrió uno por uno temiéndose lo peor. Finalmente, llegó a un último cuarto en el que parpadeaba un lúgubre farolillo de aceite. Entró despacio. La luz anaranjada teñía las paredes desconchadas sobre las que descansaban biombos, esteras, aperos de pesca y cajas desarmadas. La oscuridad le sobrecogió. De repente, un ruido le hizo girar la cabeza hacia el fondo de la habitación hasta distinguir la figura de una joven asustada. La muchacha, acurrucada en el suelo, temblaba como si estuviera viendo al diablo. Cí avanzó hacia ella despacio, turbado por el vacilante resplandor que iluminaba su rostro ensuciado por la mugre. No quiso aproximarse más. Sobre su regazo yacía, inerme, el cuerpecito de Tercera.

Iba a arrodillarse junto a ella cuando algo le golpeó en la cabeza con tal violencia que le hizo perder la conciencia.

* * *

Despertó entre tinieblas, con la lengua pastosa y la cabeza como si se la hubiesen coceado. Apenas podía ver y le costaba respirar. Cerca de él, la luz del farol seguía titilando, barnizando de naranja la lóbrega estancia. Intentó moverse, pero no pudo. Se encontraba boca abajo, atado y amordazado. Trató de incorporarse, pero un pie sobre su mejilla se lo impidió. No pudo apreciar de quién era, aunque apestaba al mismo tufo que el del dueño del hostel. Su voz se lo confirmó.

—¿Así es como nos lo pagas, maldito bastardo? ¡Debería matarte aquí mismo! Mira que se lo dije: «Deja que se pudra. Esa cría no es asunto

tuyo...». Pero ella se empeñó en salvarla. Y ahora llegas tú, pedazo de boñiga, e intentas estrangularme y destrozas mi casa. —Apretó aún más el pie contra su cara.

—Padre, déjelo... —Se oyó una voz femenina implorar desde la oscuridad.

—¡Y tú calla, por el santo Buda! Estos cabrones se follan a las niñas, las dejan medio muertas y aún pretenden golpearnos. ¿Pues sabes lo que te digo? Que aquí se acaba tu carrera porque es la última vez que jodes a alguien. —Sacó un cuchillo y lo acercó al cuello de Cí. El joven percibió cómo la punta penetraba en su garganta y se retorció—. ¿Te duele, bastardo?

A Cí no le dolía. Tan sólo notaba la presión de la hoja fría abriéndose paso bajo su mandíbula. Creyó escuchar una vocecita antes de desvanecerse.

—Es mi her... ma-no...

Cí pensó que se moría.

* * *

De nuevo la misma sensación de pesadez... La misma oscuridad.

Apenas logró carraspear. Continuaba atado, pero la venda que antes le amordazaba cerraba ahora el corte de su cuello. Entre la penumbra logró distinguir a la hija del posadero. Seguía con Tercera en brazos y enjugaba

su sudor con un paño. La pequeña tosía. Del padre de la joven no quedaba ni rastro. Supuso que estaría atendiendo a algún huésped o resolviendo cualquier otro asunto.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Cí, refiriéndose a su hermana.

La hija del posadero negó con la cabeza.

—¡Suéltame!

—Mi padre no se fía de ti.

—¡Por todos los espíritus! ¿No ves que necesita su medicina?

La muchacha miró temerosa hacia la puerta. Luego clavó sus ojos en Cí como si dudase. Finalmente dejó a Tercera sobre una estera y se acercó hacia él. Iba a liberarle cuando la puerta se abrió de repente y la joven dio un respingo. Era su padre empuñando un cuchillo. El hombre se acuclilló junto a Cí, lo miró un momento y meneó la cabeza.

—¡A ver, malnacido! ¿Qué cuento es ése de que es tu hermana?

Cí se lo confirmó mientras tartamudeaba. Le explicó la enfermedad que padecía Tercera, que había salido a buscar un remedio y que al volver y no encontrarla pensó que se la habían llevado para venderla o violarla.

—¡Condenación! ¿Y por eso casi me matas?

—Estaba desesperado... Por favor, desatadme. Hay que darle la medicina. Está en mi bolsa.

—¿Ésta de aquí? —Se la quitó de un tirón.

—Con cuidado. Es toda la que tengo.

El hombre olfateó el preparado y escupió con cara de asco. Pensó que tal vez el muchacho tuviera razón.

—Y todo ese dinero que llevabas encima, ¿a quién se lo has robado?

—Son mis ahorros. Necesito hasta la última moneda para comprar las medicinas de mi hermana.

Volvió a escupir.

—¡Anda! ¡Desátalo!

La joven obedeció mientras su padre vigilaba a Cí. Nada más liberarlo, el joven corrió hacia su hermana, le acarició el pelo, mezcló el remedio en un cuenco con agua y lo vertió en su boca haciéndole apurar hasta la última gota.

—¿Cómo estás, pequeña?

La niña esbozó una sonrisa que aplacó su angustia.

* * *

El posadero sólo le devolvió trescientos *qían* del dinero que le había quitado durante su desmayo. El hombre añadió que con el resto

compensaría los destrozos que le había ocasionado en la habitación además de sufragar los cuidados que le habían dispensado a Tercera, entre los que incluía la blusa rota y el pantalón raído con los que su hija Luna había vestido a la chiquilla cuando la encontró tosiendo y empapada.

Aunque las cifras no le cuadraban, Cí pensó que el hombre miraba por su negocio y no protestó. Cuando una voz lejana solicitó la presencia del posadero, Cí aprovechó para intentar entablar conversación con la joven, pero ésta se mostró remisa. Finalmente, cogió en brazos a su hermana y se dispuso a regresar a su cuarto. Ya abandonaba la estancia cuando se detuvo y se giró hacia Luna.

—¿Podrías cuidarla?

La muchacha no pareció comprender.

—Sólo por las mañanas. Necesito que alguien se encargue de ella... Te pagaré —le suplicó.

La muchacha le observó con curiosidad. Luego se levantó y se dirigió hacia la puerta invitándole a que se marchara. Cuando iba a hacerlo, escuchó cómo su voz le acariciaba.

—Hasta mañana —susurró la muchacha.

Cí la miró sorprendido. Sonrió.

—Hasta mañana.

* * *

Mientras paseaba sus dedos distraídamente por las heridas de su pierna, Cí apreció la timidez de un amanecer sombrío a través de las grietas de la pared. El frío le traspasaba los huesos y se aferraba a ellos entumeciéndolos. Se frotó los brazos e hizo lo propio con los de Tercera. La cría había tosido durante toda la noche. Sin duda, el remedio surtía efecto, pero necesitaría más dosis para completar el tratamiento. Por fortuna, el unguento que el adivino le había proporcionado para las heridas de su pierna parecía actuar igualmente en las del pecho. Se ató la sarta de monedas a la cintura y ordenó a Tercera que se preparara. La cría se desperezó y obedeció a regañadientes. Luego dobló sus ropas húmedas y se calzó las zapatillas de esparto. Cí la esperaba impaciente, caminando de un lado a otro como un gato encerrado. Le dio un dulce que había comprado la noche anterior al posadero.

—Hoy te quedarás con Luna. Ella te cuidará, de modo que pórtate bien y obedécela en cuanto te diga.

—Podría ayudarle a ordenar la casa. Está muy descuidada —sugirió la niña.

Cí le sonrió. Se echó al hombro sus pertenencias y bajaron juntos las escaleras. Abajo, Luna aguardaba de espaldas, acucillada. Parecía estar limpiando unas vasijas de cobre. Al advertir su presencia, la muchacha les regaló una sonrisa.

—¿Ya te vas?

—Así es. He de resolver unos asuntos. Respecto al dinero...

—De eso se ocupa mi padre. Está afuera, arrancando unas hierbas.

—Entonces, nos vemos luego. En fin... no sé. Si necesitas cualquier cosa, Tercera es una buena niña. Seguro que puede ayudarte, ¿verdad?

La cría afirmó orgullosa.

—¿A qué hora regresarás? —preguntó Luna sin atreverse a mirarle.

—Supongo que al anochecer. Ten. No se lo digas a tu padre. —Y le entregó unas monedas. Luego miró a su hermana—. Ya le he dado su medicina, de modo que no te causará problemas.

La joven se inclinó y él le devolvió el saludo.

A la salida encontró al posadero trasegando con una montaña de basura. El hombre le dirigió una mirada de desprecio. Cí apretó los dientes. Se arrebujó en su chaqueta de lino y le saludó. El hombre continuó limpiando como si hubiera pasado un perro.

Cí ya iba a marcharse cuando escuchó su voz.

—¿Os vais?

—No. Aún nos quedaremos unos días... —Se hurgó en los bolsillos y, tras reservar la cantidad que necesitaría para las próximas dosis de medicina, le ofreció lo que le sobraba como pago.

—Mira, muchacho, no sé qué te habrás imaginado, pero la habitación cuesta dinero. —Miró de arriba abajo sus heridas—. Más del que parece que puedas conseguir.

—Encontraré la forma. Sólo concededme un par de días...

—¡Ja! —escupió el hombretón—. ¿Te has mirado bien? En tu estado no creo que seas capaz ni de mear solo.

Cí aspiró con dificultad. Aquel hombre tenía razón. Y lo peor de todo era que ni siquiera sabía qué argumentar para convencerle. Aumentó la cifra un poco.

—Con eso no te llega ni para dormir bajo un árbol —le espetó con desprecio, pero cogió las monedas y se las guardó—. Te doy de plazo un día. Si a la noche no traes el dinero, mañana os echaré a varetazos.

Cí pensó en el juez Feng y se lamentó por su mala fortuna. De haberse encontrado en la ciudad habría acudido a él, pero ya en la aldea le había comunicado que permanecería en la frontera del norte durante varios meses. Tras asentir al posadero, se encaminó hacia el canal sorteando los charcos que anegaban las calles. Aún llovía y el agua empapaba sus heridas, pero eso no le importó. Debía encontrar un trabajo. Debía hacerlo como si en ello le fuera la vida.

* * *

Imaginó que en los alrededores de la Universidad Imperial de Lin'an encontraría algún aspirante que necesitara recibir clases privadas. Se había adecentado para mejorar su aspecto y ocultar sus magulladuras, pero si pretendía conseguir alumnos, antes tenía que obtener el certificado de aptitud, un documento en el que no sólo se detallaban los cursos superados, sino también la trayectoria de los padres y su probada honorabilidad.

Nada más descender de la barcaza, un escalofrío le sacudió el espinazo. Alzó la vista y el pulso se le aceleró. Frente a él, un ejército de estudiantes llegados de los confines del imperio se desplazaba tumultuosamente hacia la Gran Puerta de la universidad. Cí tomó aire y se encaminó hacia la explanada. Allí se arremolinaba una multitud de jóvenes en busca de la acreditación que les permitiría presentarse a los exámenes civiles, la llave que abría el camino hacia la gloria. Cí observó a su alrededor mientras la grisácea serpiente de aspirantes le engullía.

Comprobó que todo seguía igual: los senderos de cuerdas que conducían a los aspirantes como ganado a través de los jardines, las interminables hileras de puestos de bambú laqueado ordenados escrupulosamente cual fichas de dominó y los funcionarios instalados tras ellos como estatuas repetidas recién pintadas de negro, los alguaciles que con mil ojos y vara en mano espantaban a los ladronzuelos que acudían cual peces hambrientos a las migas de pan, el enjambre de vendedores de arroz y té hervido, los mercaderes de pinceles y tinta, los comerciantes de libros, los echadores de varillas adivinatorias, los pordioseros y los serviciales grupos de prostitutas primorosamente maquilladas, una marea de langostas ávida de hacer negocio en un recinto en el que el olor a comida recocida, a sudor rancio y a impaciencia se mezclaban con el griterío, los empujones y las prisas.

Cí guardó cola en una de las filas. Cuando le tocó el turno, un ardor le recorrió el estómago. Respiró con fuerza y avanzó un paso mientras rezaba para no encontrarse con ningún problema.

El funcionario que debía atenderle le miró sin levantar la cabeza, como si el bonete de seda que llevaba encasquetado hasta los párpados fuera de piedra en lugar de tela. Cí escribió su nombre en un papel y lo depositó sobre la mesa. El hombre terminó de apuntar unos números en una lista y volvió a mirarle sin inmutarse. Luego sus ojillos se fruncieron.

—Lugar de nacimiento —murmuró entre dientes.

—En Jianyang, prefectura de Jianningfu, en el circuito de Fujian. Pero realicé los exámenes provinciales aquí, en Lin'an.

—¿Y no sabes leer? —Le señaló unos cartelones que indicaban la función y disposición de los distintos puestos—. Tienes que acudir al rectorado de la universidad. Esta fila es sólo para los foráneos.

Se mordió los labios. Sabía que en el rectorado no dispondría de ninguna oportunidad.

—¿No podría gestionarlo aquí? —insistió.

El funcionario miró a Cí como si éste fuera transparente y sin dignarse responder le hizo una seña al joven que aguardaba tras él para que se adelantase.

—Señor, os lo ruego. Necesito...

Un empujón lo interrumpió.

—¡Pero qué diablos...!

Cí se giró dispuesto a enseñar modales al impaciente, pero la proximidad de un alguacil le disuadió. Tragó saliva y se apartó de la fila mientras se preguntaba si debería correr el riesgo que suponía adentrarse en el edificio del rectorado. Después de su encontronazo con Kao en la Gran Farmacia, acudir a un lugar tan señalado podía convertirse en una trampa. Pero tampoco tenía otra opción. Apretó los puños y se dirigió hacia el edificio.

Al traspasar el umbral del Palacio de la Sabiduría no pudo evitar que un escalofrío le estremeciera el corazón. Había transitado por aquellos jardines cientos de veces, había entrado en las aulas con la misma ilusión con la que un niño recibe un caramelo tras recitar correctamente las lecciones, se había dejado las ilusiones y las esperanzas que un día creyó interrumpir para siempre, y ahora, tras un año de ausencia, volvía a franquear la pesada puerta de color sangre que con su dintel tachonado de amenazadores dragones parecía espantar a cuantos se aferrasen a la ignorancia.

El bullicio de los alumnos le devolvió a la realidad.

En las paredes de los pasillos, numerosos pliegos de papel inmaculadamente caligrafiados especificaban los requisitos que se exigían aquel año. Tras echarles un vistazo, ascendió hasta el Gran Salón de la primera planta, donde atendía un funcionario de rostro afable. Al llegar su turno le sonrió. Le explicó que necesitaba el certificado de aptitud.

—¿Es para ti? —Le miró entornando los párpados.

Cí miró nervioso de un lado a otro.

—Sí.

—¿Estudiaste aquí?

—Leyes, señor.

—Muy bien. ¿Necesitas las calificaciones o sólo el certificado?

—Ambas cosas. —Cí cumplimentó la solicitud con sus datos.

El funcionario la leyó con dificultad. Luego miró al joven y asintió.

—De acuerdo. Entonces he de acudir a otro despacho. Espera aquí —le informó.

Cuando el hombre regresó, su rostro amable había desaparecido. Cí pensó que habría descubierto algo, pero el funcionario apenas le miraba. En realidad, sólo tenía ojos para el expediente que sujetaba en sus manos, el cual releía una y otra vez con estupor. Cí dudó si esperar, pero el hombre seguía absorto, sin despegar la mirada de unos documentos sellados por la prefectura.

—Lo siento —dijo al fin—. No puedo emitir el certificado. Tus notas son excelentes, pero la honorabilidad de tu padre... —Se calló.

—¿Mi padre? ¿Qué sucede con mi padre?

—Léelo tú. Hace seis meses, durante una inspección rutinaria, se descubrió que había malversado fondos en la judicatura en la que había trabajado. El peor delito de un oficial. Aunque se encontraba en excedencia por luto, fue degradado y expulsado.

* * *

Cí leyó el informe atropelladamente mientras retrocedía tambaleándose. Necesitaba aire. Apenas si podía respirar. Los documentos se le escaparon de las manos y se desperdigaron por el

suelo. Su padre, condenado por corrupción... ¡Por eso se había negado a regresar! Feng se lo habría comunicado durante su visita. De ahí su cambio de opinión y su repentino silencio.

De repente, todo cobraba un patético sentido; una ironía que le salpicaba para marcarle como un estigma. Se sentía sucio por dentro, contaminado de la ignominia de su padre. Las paredes le daban vueltas. Le entraron ganas de vomitar. Dejó caer el expediente y corrió escaleras abajo.

Mientras deambulaba por los jardines, lamentó su estupidez. Vagaba de un lado a otro con la mirada perdida, chocándose con los estudiantes y los profesores como si fueran estatuas errantes. No sabía a dónde iba ni qué hacía. Tropezó con un puesto de libros y lo volcó. Intentó recoger el destrozo, pero el dueño empezó a insultarlo y él le respondió. Un guardia próximo se acercó para aclarar el suceso, pero Cí se alejó antes de que le alcanzara.

Salió del recinto mirando de un lado a otro, temeroso de que en cualquier momento alguien le detuviera. Por fortuna, nadie reparó en él, de modo que saltó a la barcaza que cubría el trayecto desde la universidad hasta la plaza de los Oficios y permaneció inmóvil camuflado entre los viajeros hasta que llegó a su destino. Una vez allí, miró la sarta de su cintura, en la que bailaban doscientas monedas. Después de haber pagado a Luna por ocuparse de Tercera y de abonar los trayectos en barca, era cuanto le quedaba. Buscó una herboristería clandestina y adquirió un tónico para la fiebre. Cuando entregó su última moneda, Cí supo que había tocado fondo. Hasta ese momento había alimentado la esperanza de emplearse en los alrededores de la universidad impartiendo clases a alguno de los estudiantes que, sobrados de recursos y acuciados por las fechas, contrataban a profesores que les abriesen las puertas de la gloria. Pero sin certificado de aptitud,

todo ese sueño se había derrumbado. Seguía necesitando dinero para pagar el hospedaje y la comida, un dinero que le sería requerido sin falta aquella misma noche.

Necesitaba trabajar ya.

«Sí, ¿pero de qué?».

Elaboró un esquema mental de las tareas que presumía que sería capaz de desempeñar con eficiencia, y de éstas desestimó aquéllas por las que nadie le pagaría. Cuando terminó, repasó el listado y llegó a la conclusión de que era un inepto. En un mercado abarrotado de braceros, sus conocimientos legales no le servirían ni para distinguir un pez comestible de uno envenenado. Por lo demás, apenas si dominaba otro oficio manual que el propio de los campesinos, y convaleciente como estaba, dudaba que tuviera fuerzas para trabajar de mozo de carga. Aun así, tras ser rechazado en varios comercios, se acercó a un almacén de sal y pidió una oportunidad.

El encargado que le atendió lo miró como si le ofrecieran comprar un burro cojo. Tocó sus hombros sopesando cuánto resistiría y guiñó un ojo a su ayudante. Luego subió a una escalera e indicó a Cí que se colocara debajo.

Cuando el primer fardo cayó sobre sus espaldas, las costillas le crujieron como ramas secas. Al segundo saco, Cí dobló el espinazo y cayó de bruces bajo la carga.

Los dos hombres estallaron en carcajadas. Luego, el más grande apartó los sacos de sal y empujó a Cí como si fuera otro fardo, para seguidamente continuar acarreado sacos como si nada hubiera pasado.

Cí se arrastró hasta la calle mientras intentaba recuperar el resuello. No percibía dolor físico, pero las secuelas de las heridas le habían hecho mella. Pese a saber que difícilmente obtendría un empleo sin formar parte de los gremios que controlaban hasta el más calamitoso de los oficios, se levantó y continuó recorriendo negocios, talleres, almacenes y muelles, pero no logró que nadie le ofreciese trabajo ni siquiera a cambio de comida.

Tampoco le extrañó. Si alguna cosa sobraba en Lin'an, además de delincuentes y muertos de hambre, eran mozos robustos dispuestos a dejarse la piel de sol a sol por un mísero tazón de arroz.

Hasta la corporación municipal de recogida de excrementos, cuyas cuadrillas batían a diario los canales para vender las inmundicias a los agricultores, le negó un empleo. Suplicó al oficial al mando un día de prueba a cambio de alimento, pero el hombre denegó con la cabeza mientras le señalaba los cientos como él que malvivían pidiendo.

—Si quieres recoger mierda, tendrás que cagarla primero.

Cí no malgastó saliva. Simplemente, se la tragó. Echó a andar por un callejón perpendicular a la avenida Imperial y continuó sin rumbo fijo hasta plantarse al otro lado de las murallas. Llevaba vagabundeando un rato cuando un griterío procedente de un recodo junto a los baluartes atrajo su atención.

Bajo un tendal mugriento varias personas sujetaban a un niño que se debatía semidesnudo ante el regocijo de los presentes. Los alaridos del crío se tornaron aún más agudos cuando un hombre armado con un cuchillo se acercó a él.

Cí comprendió al punto que se trataba de una castración. Sin advertirlo, había llegado al lugar donde habitualmente se apostaban los *cuchilleros* de las murallas, barberos especializados que por una módica cantidad convertían a pequeños indigentes rebosantes de vida en los futuros eunucos del emperador. Lo sabía porque junto a Feng había contemplado los cadáveres de decenas de ellos tras morir consumidos por las fiebres, gangrenados o simplemente vacíos de sangre como cabritos degollados. Y por el aspecto de aquel barbero y de su descuido instrumental, todo hacía presagiar que aquel chiquillo pasaría pronto a engrosar las fosas de los cementerios.

Apartó como pudo a un par de pordioseros y se hizo un hueco entre el público que se apostaba frente al espectáculo. Entonces Cí palideció.

El barbero, un anciano sin dientes queapestaba a licor, había intentado seccionar los genitales al niño infiriéndole un corte que, en lugar de los testículos, había sajado parcialmente su pequeño pene. Cí imaginó que el anciano jamás concluiría la intervención con éxito. Ahora tendría que incluir el pene en la amputación, y ésa era una operación que exigía una destreza de la que las manos temblorosas del anciano parecían carecer. Mientras el niño se desgañitaba como si le estuvieran abriendo en dos, Cí se acercó hasta la que parecía ser su madre, quien entre sollozos pedía a su hijo que mantuviera la calma. Cí dudó de la conveniencia de lo que iba a hacer, pero finalmente se atrevió.

—Buena mujer, si permitís que este hombre continúe, vuestro hijo morirá en sus brazos.

—¡Apártate! —balbuceó el anciano esgrimiendo torpemente el cuchillo ensangrentado.

Cí retrocedió mientras clavaba su mirada en los ojos brillantes del barbero. Sin duda, aquel hombre se había bebido ya hasta la última moneda que le hubieran pagado.

—Ya eres un hombrecito, de modo que no llorarás, ¿verdad? — balbuceó.

El niño asintió, pero su rostro indicaba lo contrario.

El cuchillero se frotó los ojos e intentó restañar la hemorragia mientras achacaba el error de la incisión a un movimiento del niño. Dijo que el tajo alcanzaba el conducto urinario, lo cual le obligaría a ampliar la amputación. Sacó de entre sus adminículos un tallo de paja y embadurnó el pequeño tallo de jade sanguinolento con salsa picante.

Cí meneó la cabeza. El cuchillero parecía haber contenido el flujo, pero aun así debía apresurarse. Observó cómo se apoderaba de una venda sucia y liaba con ella el pene y los testículos del crío, retorciéndolos juntos como si fueran una tripa de embutido. El niño gritó, pero el viejo no se inmutó y preguntó al padre si realmente estaba decidido. La pregunta era obligatoria, pues la emasculación no sólo convertiría al niño en un «no hombre» para el resto de sus días, sino que, conforme a las enseñanzas confucianas, le acompañaría más allá de la tumba impidiéndole descansar en paz.

El padre asintió.

El cuchillero tomó aire. Cogió una pequeña rama y la introdujo entre los dientes del aterrorizado pequeño. Le dijo que mordiera con fuerza.

—Y vosotros, sujetadlo.

Tras comprobar que todos estaban dispuestos, dirigió el vendaje que envolvía los genitales hacia la ingle derecha, alzó la lanceta, inspiró y descargó el brazo con la violencia justa como para sajar de un único tajo los testículos y el tallo de jade, al tiempo que un grito desgarrador atronaba a los presentes. De inmediato, entregó el miembro amputado al padre para que lo custodiara y procedió a contener la sangre con unos paños empapados en agua con sal. Seguidamente, introdujo un tallo de paja en el conducto urinario para impedir su cierre, ligó las venas descuidadamente, cosió los bordes de la herida y vendó el torso del niño.

Cuando el hombre anunció la conclusión de la amputación, los parientes rompieron a llorar de alegría.

—Se ha desmayado por el dolor, pero se recuperará pronto —les aseguró.

El cuchillero instruyó al padre en la necesidad de que durante dos horas el niño caminara todo lo posible. Después debería guardar reposo tres días antes de retirarle el tallo de paja. Si orinaba sin problemas, todo quedaría resuelto.

Sin comprobar que la venda ejerciera la presión adecuada, recogió su instrumental y lo metió en una bolsa de loneta sucia. Se disponía a marcharse cuando Cí le detuvo.

—Ese niño aún necesita cuidados —observó.

El hombre le miró con desdén y soltó un escupitajo.

—Pues yo lo único que necesito son críos. —Sonrió con malicia.

Cí se mordió los labios. Iba a replicarle cuando unos alaridos a su espalda lo alertaron. Al volverse, observó con horror que los familiares

del pequeño eunuco gritaban acucillados alrededor de su hijo, el cual yacía lívido sobre un charco de sangre. De inmediato intentó ayudarles, pero el pequeño era prácticamente un cadáver. Iba a exigirle al cuchillero que le auxiliara cuando al girarse advirtió que había desaparecido. No pudo hacer más porque los gritos atrajeron a un par de guardias que al comprobar que Cí retrocedía con las manos cubiertas de sangre corrieron hacia él para detenerlo.

Se escabulló como pudo entre una multitud. Poco después encontró refugio bajo uno de los puentes de piedra, donde aprovechó para lavarse las manos. Después miró al cielo.

«Mediodía. Y aún no sé cómo pagaré al hospedero».

Un pequeño grillo trepó por su zapato.

Cí lo alejó de un capirotazo. Sin embargo, cuando el animalejo se debatía por recuperar la posición, recordó algo.

«La propuesta del adivino».

Sólo de imaginarlo le entraron náuseas. Odiaba valerse de su enfermedad, pero sus circunstancias y las de su hermana le obligaban a plantárselo. Quizá fuera para lo único para lo que realmente valiese. Para ir de pelea en pelea convertido en una atracción de feria.

Miró las aguas oscuras del canal corriendo turbias hacia el río. Imaginó el frío y tembló. Pensó en saltar, pero la imagen de su hermana le contuvo.

Apartó la vista de una corriente que le atraía con la insistente promesa de una salida rápida y se levantó decidido. Tal vez aquél fuera su

destino, pero al menos lucharía por evitarlo. Escupió cerca del grillo y salió en busca del adivino.

* * *

Escudriñó hasta debajo de las piedras, pero no le encontró. Recorrió los mercadillos del distrito pesquero, el rastro de las salazones, el mercado de tejidos situado junto a las sederías del muelle y el elegante Mercado Imperial, el mayor y mejor provisto de los almacenes de la capital. En todos preguntó a mozos, a tenderos, a maleantes y a desocupados, sin que ninguno supiera darle razón. Era como si la tierra se lo hubiera tragado, hubiera lamido su rastro y después hubiera vomitado cien charlatanes distintos para que pulularan de un lado a otro ocupando su lugar.

Iba a darse por vencido cuando recordó que, la noche del desafío, el adivino le había hablado de su empleo en el Gran Cementerio de Lin'an.

* * *

De camino a los Campos de la Muerte, se preguntó si estaría haciendo lo correcto. Al fin y al cabo, su presencia en la capital obedecía a su empecinada obsesión por los estudios, un empeño que de nada le serviría si terminaba convirtiéndose en el muerto más listo del imperio.

Pensó si no habría sido mejor huir a otra ciudad y buscar refugio en un lugar en el que nadie les conociese, lejos de los amenazadores tentáculos de Kao. Pero seguía allí, intentando prolongar no sabía qué, en nombre de un sueño que cualquier cuerdo calificaría de imposible.

Cerró los ojos y pensó en su padre, el hombre que ahora sabía que les había deshonrado, el hombre que había traicionado la memoria de su familia condenándoles a él y a Tercera al oprobio perpetuo. Nada más hacerlo, una punzada le atravesó el corazón. Su padre... Le parecía imposible que la persona que le había educado en la rectitud y en el sacrificio fuera la misma que había robado y traicionado la confianza del juez Feng. Pero los informes eran concluyentes. Los había leído con cuidado y recordaba detalladamente cada una de las acusaciones. Se prometió entonces que jamás sería tan indigno, tan falso y tan infame como él. Descargó su rabia pateando los tablones de la borda. Su padre era el único responsable de cuanto les estaba sucediendo. Sin embargo, mientras la razón alimentaba su odio, una pulsión en su interior le impelía a creer en su inocencia.

No abrió los ojos hasta que el suelo de madera le sacudió. La barcaza en la que se había colado se cimbrió con torpeza hiriendo su flanco contra el dique del embarcadero del lago del Oeste, justo a las faldas de la colina en la que se ubicaba el cementerio.

Mientras ascendía por la suave cumbre que precedía a los Campos de la Muerte, observó a la variopinta multitud que se afanaba por alcanzar la cima. Tras la jornada laboral, los familiares solían congregarse para acudir a honrar a sus muertos portando toda clase de viandas con las que practicar sus ofrendas. Se acordó de Tercera. Comenzaba a atardecer y ni siquiera tenía la certeza de que la hija del posadero le hubiera proporcionado algo de comida. La sola idea de imaginarla hambrienta le hizo estremecer, de modo que aceleró el paso, dejó atrás al séquito de

plañideras y adelantó a los hombres que se acercaban al enorme portalón de entrada con un ataúd a hombros.

Una vez en el cementerio, deambuló entre los modestos postes funerarios buscando a algún cuidador que pudiera indicarle el paradero del adivino. Al no encontrarlo, continuó el ascenso hacia la parte más noble de la colina, donde el manto de césped rodeaba primorosamente las lápidas de piedra que anunciaban el comienzo de los jardines y los mausoleos de la colina. Allí, las familias más pudientes, vestidas de riguroso blanco, ofrecían a los difuntos té recién preparado y encendían las varillas de incienso cuyo aroma se fundía con el verdor de la hierba y la húmeda neblina. Tras coronar la cima, se alejó de los llantos y los lamentos para dirigirse hacia un pabellón de color pardo oscuro cuyos aleros curvados le recordaron las alas de un siniestro cuervo. En las inmediaciones, un jardinero sombrío le indicó que encontraría a la persona por la que preguntaba no muy lejos de allí, en los alrededores del Mausoleo Eterno.

Cí se lo agradeció. Siguiendo sus indicaciones, alcanzó un templete de planta cuadrada que emergía de entre la niebla como un espectro. A sus pies, un hombrecillo semienterrado extraía tierra de una tumba abierta, escupiendo exabruptos a cada paletada. Al reconocer al adivino, un temblor le sacudió. Se detuvo un momento mientras contemplaba al hombre resoplar. Luego se acercó despacio, dudando de si aquélla sería una elección acertada.

Estaba a punto de irse cuando el adivino elevó la mirada y clavó sus ojos en él. El hombrecillo dejó la pala sobre el montón de tierra y se enderezó. Luego se escupió en las manos y meneó la cabeza. Cí no supo qué decir, pero el adivino se adelantó.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí? —Hundió la pala en la fosa con cara de pocos amigos—. Si lo que buscas es más dinero, ya me lo he gastado en putas y vino, así que ya puedes largarte por donde has venido.

Cí frunció el entrecejo.

—Pensé que te alegrarías de verme. Al menos, anoche parecías más entusiasmado.

El adivino le interrumpió con un resoplido.

—Anoche estaba bebido, de modo que ahueca, que tengo trabajo.

—¿Ya no recuerdas que ayer me ofreciste participar en...?

—Mira, muchacho, gracias a ti, ahora todo Lin'an sabe lo que hacía con los grillos. Y suerte que esta mañana pude escapar, que si me agarran los energúmenos que pretendían acogotarme, sería yo ahora el que ocuparía este sitio. —Y señaló la fosa que estaba abriendo.

—Disculpa, pero te recuerdo que no fui yo el que hizo las trampas.

—¡Ah! ¿No? ¿Y entonces cómo llamas a apostar contra un gigante a sabiendas de que aunque te parta en dos no soltarás ni un lamento? ¡Maldita sea! ¡Vete de aquí antes de que salga de esta fosa y te eche a palazos!

—¡Pero por Buda! ¿Qué te sucede? Ayer me suplicabas que peleara. He venido dispuesto a aceptar tu oferta, ¿lo entiendes?

—¡Y dale con ayer! Ya te he dicho que estaba borracho —rezongó.

—Pues a juzgar por el cuidado con el que contabas las monedas, no lo parecía.

—Escúchame bien: aquí el que no entiende nada eres tú. —Salió de la fosa, pala en mano—. No entiendes que por tu culpa no pueda volver al mercado. No entiendes que ya se haya corrido la voz de lo de tu ventaja especial y nadie quiera apostar contra ti. No entiendes que estás maldito y que arrastras la mala suerte contigo. Y no entiendes que tengo que acabar esta maldita tumba y que quiero que te alejes de mí. —Arrojó la pala al fondo del agujero.

Una voz ronca a su espalda le arrancó de su estupor.

—¿Te está molestando, Xu? —preguntó un hombretón de brazos tatuados salido de la nada.

—No. Ya se iba —respondió.

—Pues entonces acaba la fosa de una vez o esta noche tendrás que buscarte otro empleo —ladró, y señaló al cortejo fúnebre que se acercaba por la ladera.

El adivino agarró la pala y continuó cavando como si le fuera la vida en ello. Cuando el hombre tatuado les dio la espalda, Cí saltó a la fosa.

—¿Pero qué haces?

—¿No lo ves? Ayudar —dijo Cí mientras excavaba en la tierra con sus propias manos. El adivino lo contempló.

—Anda. Toma esto. —Y le proporcionó una azada.

Cavaron juntos hasta formar un agujero de un cuerpo de longitud por medio de profundidad. Xu no habló durante el trabajo, pero cuando terminaron, sacó una jarra sucia de su bolsa, vertió un líquido oscuro en un vaso y se lo ofreció a Cí.

—¿No temes que beba contigo un ser maldito?

—Venga. Traga de una vez y salgamos de este agujero.

* * *

Permanecieron junto a la sepultura mientras los familiares recitaban sus últimas plegarias. Luego, a una seña del que parecía el más anciano, procedieron a introducir el féretro en la fosa. Estaban terminando cuando inesperadamente Cí resbaló, con tan mala suerte que el ataúd se precipitó hasta el fondo y con el impacto se abrió.

Cí enmudeció.

«¡Dioses del cielo! ¿Qué más puede ocurrir?».

Al punto intentó colocar la tapa, cuyos clavos se habían desprendido, pero el adivino lo apartó de un empujón, como si con su vehemencia pudiese calmar los alaridos que los familiares proferían al ver el cuerpo del difunto ensuciado con la tierra. Xu intentó mover el cuerpo, pero se había lastimado un dedo y apenas podía manejarse.

—Sacadlo de ahí, hatajo de inútiles —gritó la que por su atuendo aparentaba ser la viuda—. ¿No ha sufrido lo bastante como para que le hagáis penar en muerte? —se quejó.

Ayudados por el resto de los parientes, Cí y Xu extrajeron el maltrecho ataúd de la fosa y entre todos lo condujeron al mausoleo para repararlo y repetir la limpieza del cadáver. Las mujeres permanecieron en el exterior lamentándose mientras los hombres se afanaban en adecentar el cuerpo. Cí observó que el adivino apenas podía utilizar una de sus manos, así que cogió una esponja humedecida con agua de jazmín y comenzó a limpiar la ropa del difunto. Los familiares se lo permitieron porque traía mala suerte tocar los cuerpos de los muertos e importunarlos tras su fallecimiento podía acarrear su venganza posterior.

A Cí no le importó. Estaba acostumbrado a manejarse con cadáveres, así que no se inmutó cuando tuvo que desabrocharle la camisola para quitarle la tierra que se había metido bajo la ropa. Al frotar con la esponja, observó unas marcas en su cuello.

Dejó de limpiar y miró al que se había identificado como progenitor.

—¿Alguien maquilló el cadáver? —le preguntó.

Al hombre le extrañó la pregunta, pero negó con la cabeza. Seguidamente, se interesó por la cuestión, pero Cí, en lugar de contestar, continuó.

—¿Cómo falleció? —Apartó un poco más la camisola para inspeccionar la nuca.

—Se cayó de un caballo y se partió el cuello.

Cí meneó la cabeza. Levantó los párpados del muerto, pero Xu le interrumpió.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¿Quieres dejar de importunar y acabar el trabajo? —le conminó.

Cí no le escuchó. Por el contrario, miró con determinación al familiar y habló sin vacilar.

—Señor, este hombre no murió como decís.

—¿A qué te refieres? —balbució el padre del muerto sin comprender—. Su cuñado lo vio caer.

—Pues tal vez fuera así, pero, desde luego, alguien aprovechó después para estrangularlo.

Sin esperar a que respondieran, Cí les mostró unas sombras púrpuras a ambos lados del cuello.

—Estaban disimuladas bajo el maquillaje. Un trabajo burdo —añadió Cí—. Pero sin duda se corresponden con las marcas de unas manos poderosas. Aquí —le señaló los hematomas separados por un hilo de piel—. Y aquí.

Los parientes se miraron asombrados e insistieron en si estaba seguro de sus observaciones. Cí no lo dudó. Les preguntó si deseaban continuar con la inhumación, pero los padres acordaron interrumpirla de inmediato y acudir al juez para denunciar el caso.

* * *

Mientras Cí le entablillaba el dedo roto, Xu no dejó de rumiar entre dientes. En cuanto el joven terminó con la cura, Xu se lo soltó.

—Dime una cosa, ¿estás endemoniado?

—Pues claro que no. —Cí se rio.

—Entonces haremos negocios —determinó.

Cí lo miró sorprendido. Sólo un rato antes, el adivino le había asegurado que nadie apostaría contra él, y ahora su rostro sonriente parecía el de un pobre menesteroso al que de repente le hubieran regalado un palacio. A Cí no le importó. Lo único que le interesaba era conseguir unas monedas de adelanto con las que pagar al posadero. Anochece y su temor era cada vez mayor. Se lo contó a Xu, que se rio como un crío.

—¿Problemas de dinero? ¡Ja! ¡Seremos ricos, muchacho!

El hombre hurgó en su talega y sacó lo suficiente como para satisfacer una semana de hospedaje por adelantado. Sin dejar de reír se lo entregó a Cí.

—Y ahora, jura por tu honor que mañana a primera hora regresarás al cementerio.

Cí contó las monedas y luego lo juró.

—Entonces, ¿pelearemos?

—Claro que no, chico. Será más peligroso, pero mucho mejor.

CAPÍTULO 15

Para cualquier otra persona, la ausencia de dolor habría supuesto un regalo del cielo, pero para Cí representaba un sigiloso enemigo que, en cuanto le volvía la espalda, le apuñalaba sin piedad. Mientras la barcaza avanzaba despacio, se palpó las costillas buscando indicios que le advirtieran de alguna fractura o contusión. Luego hizo lo propio con las piernas, acariciándolas suavemente primero y con firmeza después. La izquierda se le antojó normal, pero la derecha presentaba un preocupante color violáceo. Había poco que pudiera hacer, así que se bajó la pernera y miró los bizcochos de arroz dulce que acababa de comprar para su hermana. Imaginó su carita ilusionada y sonrió. Durante el trayecto había contado una y otra vez las monedas que le había entregado el adivino, asegurándose de que le alcanzaría para satisfacer una semana de alojamiento y otra de manutención.

Cuando alcanzó la pensión, encontró al posadero discutiendo a gritos con un joven mal encarado. Al verle, el hombre le hizo una seña para indicarle que Tercera se encontraba arriba y continuó la disputa sin

prestarle mayor atención, así que Cí subió los escalones de dos en dos rezando para que la cría no hubiera empeorado.

La encontró dormida bajo una manta de lino, respirando plácidamente como un cachorro recién amamantado. Aún tenía restos de arroz en la comisura de los labios, así que imaginó que habría cenado bien. Le acarició la frente con suavidad. Su temperatura, aunque alta, no era la de por la mañana y eso le sosegó. La despertó con un arrullo para preguntarle si había tomado la medicina y sin abrir los ojos la niña afirmó. Entonces Cí se tumbó cuan largo era, rezó por los suyos sin olvidarse de su padre y por fin descansó.

Al día siguiente se despertó con una noticia desagradable. El posadero aceptaba reservarle la habitación el tiempo que quisiera, pero, aunque pagara, no podía hacerse cargo de la niña. Cí no le entendió.

—Pues está muy claro. —El hombre siguió hirviendo el cuenco del desayuno—. Éste no es lugar para una cría. Y tú deberías ser el primero en darte cuenta —añadió.

Cí siguió sin comprender. Pensó que simplemente el posadero pretendía más dinero, de modo que se dispuso a negociar.

—¡Por los dioses del cielo! Ésa no es la cuestión —se le encaró el posadero—. ¿Tú has visto qué clase de gente entra y sale de este antro? Y digo gente por llamarles de alguna forma. Si tu hermana se queda aquí, vendrás una noche y no la encontrarás. O peor aún: la encontrarás abierta de piernas y chorreando sangre por su sagrada cueva. Luego querrás matarme y seré yo quien te mate a ti. Y la verdad, me gusta tu dinero. Pero no me apetece matarte y acabar ajusticiado. De modo que ya sabes: habitación sí, pero niña no.

Cí dudó de sus palabras hasta que vio surgir a un hombre medio desnudo de una habitación de la que después salió la hija del posadero. Entonces no lo pensó. Recogió sus cosas, pagó la cuenta y abandonó la posada con Tercera.

* * *

De nada valieron sus explicaciones. Cuando se presentó en el cementerio con Tercera, el adivino puso el grito en el cielo.

—¿Acaso crees que esto es un hospicio? Te dije que el negocio sería peligroso —masculló.

El hombrecillo les agarró y los condujo a rastras a un lugar apartado. Parecía realmente enfadado. Permaneció en silencio unos instantes meneando la cabeza de un lado a otro y rascándose la como si tuviera piojos. Finalmente se acuclilló y obligó a Cí y a Tercera a que hicieran lo propio.

—Me da igual que sea tu hermana. Tiene que irse —concluyó.

—¿Por qué siempre tengo que irme? —terció la pequeña.

Cí la miró compasivo. Luego miró a Xu.

—Eso. ¿Por qué tiene que hacerlo? —le interrogó.

—Pues porque... porque... ¿qué diablos hace una niña en un cementerio? ¿Dónde la metemos? ¿La dejamos jugando con los muertos?

—A mí me asustan los muertos —protestó Tercera.

—Tú cállate —interrumpió Cí. El joven miró a su alrededor, inspiró con fuerza y clavó sus ojos en Xu—. Sé que no ha sido buena idea, pero no tengo otro remedio —resopló—. Y como desconozco qué clase de extraño trabajo tendré que hacer, se quedará con nosotros hasta que encuentre otra solución.

—¡Ajá! ¡Perfecto! ¡El muerto de hambre poniendo condiciones a su amo! —Le pegó una patada a una piedra y sonrió.

—¡Tú no eres mi amo! —Cí se levantó.

—Tal vez no. Pero tú sí que eres un muerto de hambre. Bueno... dos —señaló a la pequeña y volvió a patear la tierra—. ¡Maldito sea mi espíritu! ¡Sabía que no era buena idea!

—¿Pero quieres explicarme cuál es el problema? Tercera es obediente. Se sentará en un rincón y no molestará.

Xu se acuclilló de nuevo y comenzó a murmurar. De repente, se levantó.

—Muy bien. Que sea lo que los dioses quieran. Fijemos, pues, el pacto.

Para discutir los términos, Xu condujo a Cí y a su hermana al Mausoleo Eterno, el pabellón donde se practicaban los amortajamientos. El adivino entró primero para encender un farol que iluminó una habitación oscura que apestaba a incienso y a cadáver. A Tercera le asustó el lugar, pero Cí le apretó la mano y la niña se tranquilizó. El adivino prendió una vela que depositó en una especie de banco alargado

donde adecentaban a los muertos. Luego apartó el desbarajuste de tarros, esencias, aceites e instrumentales y sacudió los restos de dulces de las ofrendas y los trozos de arcilla provenientes de los muñecos que en ocasiones acompañaban a los difuntos.

—Aquí haremos nuestro negocio —señaló, orgulloso, alzando la vela.

Cí no entendía nada. Aquello no era más que una habitación vacía, así que permitió que Xu avanzara en su explicación.

—Lo vi desde el primer instante —continuó Xu—. Esa capacidad tuya de predicción...

—¿De predicción?

—¡Ja! ¡Y pensar que yo me las daba de adivino! ¡Qué callado te lo tenías, bribón!

—Pero...

—Escucha —le interrumpió—. Te pondrás aquí y observarás los cadáveres. Tendrás luz y libros. Cuanto creas preciso. Tú los miras y me dices lo que vayas averiguando. No sé: de qué murió el difunto, si está feliz en su nuevo mundo, si necesita algo... Te lo inventas si es preciso. Y yo se lo cuento a los familiares para que nos paguen y todos encantados.

Cí miró a Xu con estupefacción.

—No puedo hacer eso.

—¿Cómo que no? Ayer te vi hacerlo. Lo de que el hombre no murió por la caída del caballo, sino que fue estrangulado, fue algo increíble. Correré la voz y los clientes acudirán como moscas de todos lados.

Cí meneó la cabeza.

—No soy un charlatán. Lamento confesarlo, pero es así. No adivino cosas. Sólo compruebo indicios, señales... marcas en los cuerpos.

—Indicios... señales... ¿qué más da cómo lo llames? El caso es que averiguas cosas. ¡Y eso vale mucho dinero! Porque lo que hiciste ayer... podrás repetirlo, ¿no?

—Podría saber cosas, sí...

—Pues entonces, ¡trato hecho! —Sonrió.

Se sentaron en torno a un ataúd para dar cuenta del desayuno que Xu había preparado. Sobre el improvisado tablero Xu dispuso platillos de colores cubiertos con camarones de Longjing, sopa de mariposas, carpa agridulce y tofu con pescado. Desde el día en que el juez Feng les había visitado en la aldea, ni Cí ni su hermana habían comido tanto.

—Le dije a mi mujer que lo preparara. ¡Esto había que celebrarlo! —Xu sorbió la sopa.

Cí se chupó los dedos y advirtió que Xu le estaba mirando las quemaduras de sus manos. El joven las escondió. Odiaba sentirse observado como un animal de feria. Terminó con los últimos platillos y le dijo a Tercera que saliese a jugar fuera. La niña obedeció.

—Dejemos claros los términos —zanjó Cí—. ¿Qué saco yo de todo esto?

—Veo que eres inteligente... —El adivino se rio—. La décima parte de los beneficios. —Y borró la sonrisa de su rostro.

—¿Una décima parte por llevar el peso del negocio?

—¡Eh! No te equivoques, chico. Yo pongo la idea. Pongo el lugar. Y pongo los muertos.

—Y si yo no acepto, eso es exactamente lo que tendrás: los muertos. Quiero la mitad o no hay trato.

—¿Pero qué te has creído? ¿El dios del dinero?

—Dijiste que sería peligroso.

—También lo será para mí.

Cí lo meditó. Sin la debida autorización, la manipulación de cadáveres era un delito gravemente penado, y por lo que sabía de los métodos de Xu, le daba la impresión de que en el trabajo que había planeado para él se incluía examinar a los muertos. Hizo ademán de incorporarse, pero el adivino le agarró. El hombrecillo sacó una jarra con licor de arroz y lo vertió en dos cuencos. Se bebió el primero y a continuación el segundo. Eructó.

—De acuerdo. Te daré la quinta parte —concedió.

Cí lo miró. Sintió que su corazón temblaba tanto como las manos del adivino.

—Gracias por la comida. —Y se levantó.

—¡Condenado muchacho! ¡Siéntate de una vez! Esto tiene que ser un negocio para los dos, y soy yo quien más arriesga. Si averiguan que ando mercadeando con los cadáveres, me echarán a la calle.

—Y a mí a los perros.

El adivino frunció el ceño y se sirvió otro trago de licor. Esta vez le ofreció un cuenco a Cí. Vació el suyo un par de veces más antes de hablar. Luego se levantó y cambió el tono de voz.

—Mira, hijo, tú crees que todo este negocio va a depender de esos poderes especiales que parece poseer, pero las cosas no funcionan así. Hay que convencer a los familiares para que nos permitan acceder a los cuerpos, averiguar cuanto podamos sobre ellos, interrogarles con anterioridad para conocer hasta el último detalle de sus deseos y de sus anhelos. El arte de la adivinación se compone de una parte de verdad, diez de mentiras y un resto de ilusión. Tendremos que seleccionar a las familias más pudientes, hablar con ellas durante el velatorio, y todo ello con el mayor sigilo para que nadie nos estropee el negocio. Un tercio de lo que saquemos. Mi última oferta. Es justo para los dos.

Cí se levantó, juntó los puños sobre su pecho y se inclinó ante él.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó.

* * *

Durante el resto de la mañana Cí ayudó a Xu a enderezar lápidas, limpiar fosas y cavar sepulturas. Mientras trabajaban, Xu le confesó que

en ocasiones acudía a un templo budista para ayudar con las cremaciones. Añadió que los confucianos denostaban aquel horrible método que consumía el cuerpo, pero la creciente influencia budista y lo oneroso de los enterramientos empujaban a muchos necesitados a cruzar la frontera del más allá mediante el fuego purificador. A Cí le interesó la posibilidad de acompañarle, pues sería una oportunidad para volver a practicar el estudio con cadáveres, algo que no hacía desde que dejó de ayudar a Feng. Cuando Xu le preguntó cómo había conseguido sus habilidades, Cí improvisó que su don era un rasgo de su familia.

—¿El mismo que te impide notar el dolor?

—El mismo, sí —mintió.

—Pues entonces no te quejes tanto y ponte a trabajar. —Y le señaló una nueva tumba.

Comieron arroz aderezado con una horrible salsa preparada con agua turbia, de la que Xu se mostró especialmente orgulloso. Pasado el mediodía, Cí se dedicó a limpiar y ordenar el Mausoleo Eterno. La habitación contigua en la que el adivino almacenaba su instrumental era lo más parecido a un estercolero, así que dedujo que la casa de Xu sería una pocilga o algo peor. Por eso, cuando el adivino le propuso que él y Tercera se trasladaran a vivir con él, la idea no le entusiasmó.

—¿Qué opinas? —preguntó el adivino sin reparar en el rostro de Cí—. Si vamos a ser socios, es lo mínimo que puedo hacer por ti, ¿no? —Se detuvo un instante y frunció el ceño—. Claro que, obviamente, tendrías que pagarme... Pero al menos solucionarías el problema de tu hermana.

—¿Pagar? Pero si no tengo dinero.

—Por eso no te preocupes. Sería apenas una bagatela que además me cobraría de tus honorarios. Digamos que... ¿la décima parte?

—¿La décima parte!? —Cí abrió los ojos desmesuradamente—. ¿A eso lo llamas bagatela?

—¡Por supuesto! —dijo convencido—. Y ten en cuenta que a ese precio deberás añadir que tu hermana ayude a mi mujer en la pescadería, que no quiero inútiles en mi casa.

Aunque el coste se le antojó exorbitante, a Cí le tranquilizó escuchar que su mujer cuidaría de Tercera. Xu le explicó que vivía con sus dos esposas. Había tenido tres hijas, pero por fortuna ya había conseguido casarlas, así que se había librado de ellas. A Cí sólo le preocupaba la salud de su hermana. Cuando se lo expuso a Xu, éste le comentó que de lo único de lo que debería ocuparse Tercera sería de limpiar el pescado y de ordenar el género. Cí se relajó. Parecía como si de repente toda su vida comenzara a enderezarse.

Discutieron sobre la forma en que organizarían el trabajo. Xu le contó a Cí la cadencia de entierros, que estimó en unos cincuenta diarios, de los cuales una buena parte eran causados por accidentes, ajustes de cuentas o asesinatos. Le explicó que existían otros enterradores, pero que intentaría adjudicarse los sepelios más beneficiosos. Además, entre sus planes no sólo figuraba averiguar cosas de los muertos. También aprovecharían para hacer negocio con los vivos.

—Al fin y al cabo, tú sabes algo de enfermedades. Seguro que de un vistazo puedes adivinar si alguien padece mal de estómago, o de tripas, o de intestinos...

—Tripas e intestinos son lo mismo —aclaró Cí.

—¡Eh, chico! No te hagas el listo conmigo —le atajó—. Como te decía, la gente siempre viene aquí con remordimientos. Ya sabes: algún mal comportamiento, alguna pequeña traición, algún hurto que el difunto cometió en vida... Si establecemos una relación entre el mal que pueda aquejarles con el alma atormentada del muerto, querrán desembarazarse de la maldición y podremos sacarles el dinero.

Para disgusto de Xu, Cí se negó en redondo. Una cosa era aplicar sus conocimientos para averiguar detalles sobre las circunstancias de los fallecimientos y otra muy distinta aprovecharse de unos incautos con necesidad de consuelo.

Xu no se dio por vencido.

—De acuerdo. Tú identifica la dolencia, que yo me ocuparé del resto.

Cí se rascó la cabeza. Estaba claro que trabajar con Xu le iba a ocasionar más de un disgusto.

Esa misma tarde asistieron a seis entierros. Cí trató de examinar un cadáver cuyos párpados inflamados parecían anunciar una muerte violenta, pero los familiares del difunto se lo impidieron. Cuando sucedió por tercera vez, Xu comenzó a plantearse si realmente había hecho un buen negocio. Le dijo a Cí que tendría que espabilar o que rompería el acuerdo.

Cí se quedó pensativo. Anochecía y pronto cerrarían las puertas del cementerio. Tomó aliento y miró el cortejo que ascendía lento por la ladera. Podría ser su última oportunidad. Enseguida advirtió que se trataba de una familia de posibles, porque el féretro estaba lujosamente

labrado y porque, tras ellos, un grupo de músicos pagados entonaba una melodía lúgubre. Rápidamente buscó entre los asistentes al que le pareció más afectado, un joven enlutado cuyos ojos enrojecidos mostraban un palpable sufrimiento. A Cí le avergonzaba lo que iba a hacer, pero no lo dudó. De un modo u otro tenía que alimentar a Tercera, así que se aseguró de que sus manos permanecieran ocultas bajo los guantes y se acercó al joven con la excusa de acompañarle en el sentimiento. Luego le ofreció una varilla de un incienso al que atribuyó un poder especial. Mientras fabulaba sobre las cualidades del perfume, buscó en el aspecto del joven el rastro de alguna dolencia. Pronto advirtió un tono amarillento en sus ojos que gracias a sus conocimientos médicos identificó con una afección del hígado.

—A veces, la muerte de un familiar agrava los vómitos y las náuseas —le confesó—. Si no lo remediáis, el dolor que sufrís en vuestro costado derecho tarde o temprano os llevará a la tumba.

Al escucharlo, el joven empezó a temblar como si un espectro acabara de anticiparle un fatídico destino. Cuando le preguntó si acaso era adivino, Cí enmudeció.

—Y de los buenos —intervino Xu con una sonrisa.

Xu no perdió el tiempo. Se acercó al joven y, tras hacerle una reverencia pasmosamente exagerada, lo agarró del brazo y lo apartó un poco del cortejo. Cí no supo de qué hablaron, pero por el rostro de satisfacción de Xu y la bolsa que le mostró después, dedujo que el negocio comenzaba a dar sus frutos.

* * *

Aquella noche Cí conoció la barcaza en la que vivía el adivino. Sin duda, la nave había hecho su última singladura hacía tiempo y lo que quedaba de ella permanecía amarrado al muelle, merced a unas sogas de cáñamo que impedían que se fuera al fondo. Crujía a cada paso y apestaba a pescado podrido. A Cí le pareció cualquier cosa menos una vivienda, pero Xu se mostró orgulloso de ella. El joven iba a traspasar la loneta que hacía de puerta, cuando de repente se dio de bruces con una mujer que gritaba como si le estuvieran robando. La mujer intentó echar a Cí y a la niña, pero el adivino la detuvo.

—Ésta es mi esposa, Manzana —se rio Xu, y al instante salió otra mujer más joven que se inclinó al verlos—. Y ésta también, Luz —presumió sin dejar de reír.

Mientras cenaban, Cí hubo de soportar los cuchicheos de las dos mujeres. Ambas renegaron una y otra vez de la idea de hospedar a dos personas más en un lugar en el que no cabía ni un grillo, pero cuando Xu les arrojó la sarta de monedas que gracias a Cí había ganado en el cementerio, las mujeres mudaron el rostro y dibujaron una exagerada sonrisa.

—Ya te pagaré tu parte —le susurró a Cí, y se encogió de hombros.

Se acostaron prensados como arenques. A Cí le tocó junto a los pies de Xu, y se preguntó entonces si no habría sido preferible dormir junto al pescado podrido. Pensó si su incapacidad para distinguir el dolor le proporcionaba una especial habilidad para percibir los aromas, y al punto saltó a su mente el extraño olor que había advertido en su casa el día que fue abatida por un rayo. Aquel olor acre e intenso... aquel olor...

Intentó girarse para encontrar una posición más cómoda, pero no lo consiguió.

Mecido por el chapotear del agua, trató de conciliar el sueño. En la lejanía se escuchaban los tenues golpes de gong que anunciaban el paso de las horas. No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que el sopor comenzó a vencerle. Imágenes de su época en la universidad afloraron a su pensamiento y una extraña felicidad le embargó. Estaba soñando con su graduación cuando de repente sintió que le tapaban la boca y le agitaban con violencia. Abrió los ojos asustado y se encontró con el aliento de Xu, que le conminaba a que se levantara en silencio.

—¡Tenemos problemas! ¡Deprisa! —susurró.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Te dije que sería peligroso.

CAPÍTULO 16

Durante la noche apenas si circulaban barcazas por Lin'an, así que tuvieron que prescindir de los canales y seguir a pie al desconocido que les había despertado. Cí logró vislumbrar un rostro oscuro embozado bajo una túnica raída que tiempo atrás pudo haber sido naranja. El hombre se desplazaba con sigilo y en cada esquina se detenía para comprobar si alguien les seguía, haciéndoles indicaciones para que se pararan o avanzaran. Cí volvió a preguntar a Xu qué sucedía, pero éste le aconsejó que guardara silencio y caminara.

Atravesaron la ciudad empleando los callejones peor iluminados para evitar los pelotones de la prefectura que habitualmente patrullaban la ciudad. Cí advirtió que se dirigían hacia las montañas occidentales, el lugar donde se asentaba el principal monasterio budista de la ciudad. Aunque su nombre oficial era el Palacio de las Almas Elegidas, la mayoría de los ciudadanos se referían a él como el Asador de Cadáveres, porque era allí donde noche y día se quemaba a los muertos que no se podían enterrar. Cuando alcanzaron la Gran Pagoda, con la interminable

torre de los mil escalones que presidía el complejo, la luna aún brillaba entre nubes amenazadoras.

El hombre que les había conducido hasta allí les hizo una seña para que se detuvieran y se identificó ante el que custodiaba la entrada. Luego entró en el recinto y les ordenó que esperaran. Cuando el hombre desapareció, Cí insistió a Xu para que le contase lo que ocurría, pero el adivino sólo acertó a decirle que le siguiera la corriente y mantuviera la boca cerrada.

Poco después apareció un anciano de ojos pálidos y voz temblorosa. Xu se inclinó ante él y Cí le imitó. El hombre devolvió la reverencia y les solicitó amablemente que le acompañasen. Ambos avanzaron despacio tras él, mientras Cí se asombraba de la exuberante decoración que engalanaba las paredes, en contraste con la sobriedad de los templos erigidos en honor al maestro Confucio. Atravesaron las dependencias del edificio principal y se encaminaron hacia el ala septentrional, donde decían que la carne de los muertos ardía hasta consumirse. Allí tomaron un pasadizo cuya descarnada desnudez contrastaba con la fastuosa decoración que habían dejado atrás y que parecía descender hasta las profundidades de los infiernos. Un hedor nauseabundo anunció la proximidad de la sala de incineración. El lugar atemorizó a Cí.

La sala era una caverna mohosa excavada en la ladera, cubierta por una niebla de cenizas que dificultaba la respiración. Entre la neblina, Cí distinguió una enorme pira sobre la que descansaba un cadáver desnudo y varias figuras de pie a su alrededor. Contó unos diez.

Como si supiera lo que debía hacer, Xu se acercó a la pira.

—¿Es éste? —preguntó, y le hizo una seña a Cí para que se aproximara. Luego pidió a los presentes que le dejaran espacio suficiente

para examinar el cadáver—. No quise contártelo para no alarmarte —le susurró a Cí mientras palpaba descuidadamente los miembros del muerto—, pero esta momia era el jefe de una de las bandas de delincuentes más poderosas de la ciudad. Los que nos rodean son sus hijos y quieren que averigüemos quién le mató.

—¿Y cómo pretenden que hagamos eso? —Su voz fue otro bisbiseo.

—Porque ayer les aseguré que tú podrías hacerlo.

—¿Tú? ¿Acaso has perdido el juicio? Pues diles que te equivocaste y marchémonos —susurró.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué?

Xu tragó saliva.

—Porque ya cobré el dinero.

Cí observó a los familiares. Sus miradas eran frías y cortantes como el filo de las dagas que empuñaban. Imaginó que si fallaba, habría más de un cadáver en la sala.

Con gesto de desaprobación, pidió más luz y se adelantó a Xu mientras rezaba para aprovechar correctamente las experiencias aprendidas con el juez Feng.

Acercó el farol al rostro del muerto, un amasijo de carne y sangre reseca al que le faltaba una oreja y parte de los pómulos. Un caso de violencia innecesaria. Sin embargo, ninguna de las heridas parecía mortal. Por la rigidez de sus miembros y la coloración de su piel estimó

que el fallecimiento se habría producido al menos cuatro días antes. Solicitó vinagre en abundancia e interrogó a los presentes sobre las circunstancias en que había sido encontrado. También preguntó si algún juez había inspeccionado antes al difunto.

—Nadie lo ha examinado. El cadáver apareció en el jardín de su casa, en el fondo de un pozo. Lo encontró el único criado que estaba de servicio en ese momento —dijo uno de los presentes, quien recordó a Cí que Xu les había asegurado que adivinaría el nombre del asesino.

Cí hinchó sus pulmones. Si permitía que aquellos hombros dieran por cierta su infalibilidad, después no habría forma de alegar lo contrario. Pensó en cómo solucionar el contratiempo.

—No todo depende de mí —dijo elevando la voz para cerciorarse de que le escuchaban—. Es cierto que puedo adivinar cosas, pero por medio siempre estarán los dioses y sus designios. —Y miró hacia el gran monje en busca de su aprobación.

El monje asintió con una reverencia e hizo lo propio ante unos familiares que no se inmutaron por la declaración.

Cí tragó saliva. Se volvió hacia el muerto y continuó con la inspección. El cuello se apreciaba intacto, pero al separar la manta que cubría su torso, una miríada de gusanos se estremeció sobre el grasiento paquete intestinal, que aparecía desparramado sobre su costado derecho. Un hedor se atascó en su garganta y descendió hacia su estómago hasta hacerle vomitar. Xu le auxilió. Cuando se recuperó, pidió unas hilas de algodón empapadas en aceite de cáñamo que introdujo en sus fosas nasales tan pronto como las tuvo en sus manos. Entonces, como por arte de magia, la fetidez desapareció. Luego encargó a Xu que cavasen un agujero en el que poder introducir el cuerpo.

—El hombre era budista. Desean quemarlo —advirtió Xu.

Cí explicó a Xu que precisaba la fosa para calentar el cuerpo. Era algo que había visto hacer en innumerables ocasiones a su maestro Feng, pero, sobre todo, algo que les proporcionaría tiempo. Mientras varios monjes comenzaban a cavar, Cí inició el examen detallado. Pidió a los familiares que se apartaran para hacerse valer.

—Con el permiso del primogénito, me encuentro ante un honorable varón de unos sesenta años, de estatura y complexión medianas y constitución habitual para su edad. No se aprecian cicatrices o marcas antiguas que revelen enfermedad grave o mortal. —Les miró—. Su piel es blanda y depresible, pero se desgaja al tirar con fuerza. Tiene el cabello ralo y cano, que igualmente se desprende al tirar. Presenta numerosas contusiones en cabeza y rostro, producidas sin duda por el impacto de un objeto romo.

Se detuvo al observar los labios del muerto. Memorizó un detalle y continuó.

—El torso aparece arañado, probablemente al haber sido arrastrado por el suelo. El vientre... —Intentó disimular un gesto de asco—. En el vientre se aprecia una herida cortante que avanza desde la base del pulmón izquierdo hasta la ingle derecha, dejando la mayoría de las vísceras fuera. —Se interrumpió para aguantar una arcada—. Tiene los intestinos hinchados por humores, aunque no así el vientre. Su tallo de jade es normal. Las piernas no presentan rasguño alguno...

Miró a los familiares, confiando en que encontraran la información satisfactoria. Sin embargo, éstos se mantuvieron impasibles, expectantes, como quien aguarda ante un largo espectáculo la revelación de un final sorprendente.

«¿En dónde me has metido, Xu? Si bastante difícil es que averigüe la causa de la muerte, ¿cómo pueden imaginar que sabré el nombre del culpable?».

Cí instó al adivino a que interrumpieran la zanja y le ayudara a girar el cadáver. Una vez dispuesto boca abajo, conminó a los monjes a que concluyeran la fosa. Por desgracia, una vez examinada, la espalda del difunto apenas ofrecía información relevante con la que completar su teoría, así que cubrió el cuerpo y comenzó a enumerar sus conclusiones.

—A los ojos de cualquiera, este hombre fue asesinado merced al enorme tajo que le abrió el vientre. La herida provocó la evisceración que...

—¡No hemos pagado para que nos cuentes lo que hasta un ciego sería capaz de adivinar! —le interrumpió un anciano, e hizo un gesto a un joven espigado con un costurón en la cara.

Sin mediar palabra, el desfigurado se acercó a Xu, lo agarró por el pelo y apoyó su daga sobre su garganta. El anciano prendió una vela diminuta y la depositó junto a Cí.

—Tenéis de plazo hasta que se extinga la llama. Si para entonces no habéis pronunciado el nombre del asesino, tú y tu socio lo lamentaréis.

Un temblor frío recorrió a Cí. Aún desconocía el origen del deceso, así que miró a Xu en busca de una respuesta que éste no le devolvió. Contempló el parpadeo débil de la llama mientras descendía lenta pero inexorablemente.

Xu ayudó a terminar el agujero. En cuanto concluyeron, Cí ordenó que lo llenaran con ascuas que mandó a buscar a las cocinas. Cuando los

rescaldos se apagaron, colocó una esterilla sobre ellos, la roció con el vinagre y pidió que trasladaran el cadáver a la fosa. Una vez dentro, lo cubrió con la manta y esperó nervioso.

La vela languideció al ser zarandeada por la brisa. Cí sintió su estómago palpitar.

Tomó aire y repasó sus opciones. A lo sumo, podría aventurar la causa, pero de ahí a deducir el nombre del culpable mediaba un abismo imposible de sortear. Y, por supuesto, desconocía si tal respuesta sería suficiente para aplacar la ira de aquellos hombres. Se tomó un tiempo que no tenía para destapar el cadáver y adoptó un gesto solemne. Luego examinó sus tobillos.

—Como decía —buscó con la mirada a los presentes—, a ojos de cualquier observador, este hombre murió como consecuencia de la brutal herida que le despedazó el vientre... Pero tal evidencia sólo demuestra la astucia y la perversidad de su asesino. —Acarició con sus dedos los tobillos del muerto—. Un hombre taimado, frío e inquietante que no sólo dispuso del tiempo necesario para perpetrar el crimen, sino que después manipuló el cadáver para hacernos creer que ocurrió algo distinto a lo sucedido.

Los presentes escucharon con atención. Sin embargo, Cí sólo tenía ojos para el parpadeo de la vela, que desaparecía a pasos agigantados. Intentó apartar la mirada y concentrarse en su alocución.

—Cuando os pregunté antes, me comentasteis que la noche de su desaparición el difunto se encontraba custodiado por hombres dignos de confianza. Este hecho descarta una posible conspiración y a su vez nos conduce hacia un único responsable. Un ser cruel y violento, cobarde en exceso, como un chacal.

—El tiempo se extingue —le advirtió el hombre que amenazaba a Xu.

Cí miró de reajo la cera. Apretó la mandíbula y se acercó al hombre de la daga.

—Pero este hombre no murió apuñalado. Desde luego que no, como así lo demuestra la piel cortada que bordea el tajo. —La señaló—. Si la observáis con detenimiento, comprobaréis que los gusanos han respetado los cortes de la herida, una herida que en el momento de ser inferida no derramó sangre. Y no sangró, porque cuando abrieron en canal a este desdichado, llevaba ya horas muerto.

Un rumor recorrió la caverna hasta transformarse en un clamor de estupor.

Cí prosiguió.

—Curiosamente, tampoco murió ahogado, como demuestra el hecho de que su estómago se revele vacío al comprimirlo y que tanto sus fosas nasales como el interior de su boca, incluidos dientes y lengua, se hallen exentos de restos vegetales, de insectos o de la suciedad típica de los pozos, que sin duda habría tragado de haber estado vivo.

»Así pues, la única respuesta posible es que ya estuviese muerto cuando lo arrojaron al pozo. —Se giró hacia los familiares—. Lo que finalmente nos conduce a la cuestión del modo en que murió.

—Y si no fue acuchillado ni asfixiado, si ni tan siquiera llegó a ser golpeado, ¿cómo falleció entonces? —preguntó el hijo.

Cí sabía que de sus palabras podían depender sus vidas, así que las sopesó.

—Vuestro padre murió horriblemente despacio. Sin posibilidad de hablar. Sin capacidad para pedir ayuda. Vuestro padre murió entre estertores, envenenado. —Un nuevo murmullo se extendió por la cripta—. Así nos lo confirman sus dedos agarrotados y sus labios ennegrecidos, del mismo modo que su lengua oscura nos habla sin duda del cinabrio: el mortal elixir de los taoístas, la ponzoña de los alquimistas locos. —Cí hizo una pausa, justo antes de comprobar que la vela se debatía ya en su último aliento—. Una vez muerto —prosiguió—, y aprovechando la oscuridad de la noche, vuestro padre fue sujetado por los tobillos y arrastrado boca abajo hasta el pozo de su propio jardín, al que fue ignominiosamente arrojado. Pero no conforme con su acto, el asesino aún tuvo tiempo para rajar su estómago y mutilar su rostro con la única intención de ocultar la verdadera causa de la muerte.

—¿Cómo puedes saber eso? —interrumpió uno de los presentes.

Cí no se arredró.

—Porque las marcas reveladas por el vapor de vinagre no dejan lugar a dudas. —Las señaló en los tobillos—. Por eso sé que fue arrastrado sobre su vientre, aún agonizante, como atestiguan sus uñas, las cuales se astilló mientras intentaba aferrarse a la vida. —Mostró las uñas llenas de tierra, que apostó a que coincidiría con la presente en su jardín.

Cí advirtió que la vela desfallecía. El hombre del cuchillo tensó sus músculos cuando la llama exhaló su último suspiro.

—Impresionante —admitió el pariente más viejo—, pero aún no has pronunciado el nombre del asesino. —E hizo un gesto al desfigurado del cuchillo—. ¡El nombre! —exigió.

Desesperado, Cí miró a su alrededor buscando una salida. No había ventanas ni pasadizos. Tan sólo roca desnuda. Dos hombres armados custodiaban la única puerta que comunicaba con el exterior y Xu estaba preso. Cualquier decisión que pudiera salvarles debería tomarla allí.

El hombre del cuchillo oprimió el arma sobre el cuello de Xu. Sus ojos insensibles revelaban su determinación. Cí comprendió que si no le daba un nombre, degollaría al adivino.

Transcurrieron unos instantes de silencio en los que sólo escuchó su respiración.

El más anciano no aguantó. Dio orden al desfigurado y éste alzó el brazo para descargar el cuchillo sobre el cuello de Xu. Entonces Cí gritó.

—¡El Hombre de la Gran Mentira! —inventó.

El desfigurado se detuvo desconcertado. Buscó en el rostro del anciano una señal de aprobación.

—Ése es el culpable que buscáis —insistió Cí, tratando de mantenerse sobre la telaraña que intentaba tejer.

Mientras aguardaba, miró a Xu. Esperaba que el adivino dijera algo, que hiciera un gesto que le mostrara un camino, un indicio que le revelase cómo salir de aquel atolladero, pero Xu mantenía los párpados cerrados, apretados como cerrojos.

—Mátalo —sentenció el anciano.

—¡Fue Chang! ¡Chang lo asesinó! —gritó de repente Xu.

El anciano palideció.

—¿Chang? —Sus labios se agitaron. Luego, sus manos temblorosas buscaron entre sus ropajes un cuchillo que relució a la luz de los faroles. Lentamente, sin mediar palabra, avanzó hacia uno de los presentes, que retrocedió aterrado hasta que varios hombres lo detuvieron agarrándolo por los brazos. El despavorido era Chang. El mismo a quien Xu acababa de señalar. El acusado negó el crimen, pero cuando le arrancaron las uñas, confesó que no había pretendido hacerlo y suplicó perdón entre sollozos. Su rostro era el de un transfigurado. La imagen de quien comprende que su vida ya se extingue, de quien se sabe muerto antes de que llegue a suceder.

No se resistió.

Su ejecución fue lenta. El anciano seccionó con destreza las venas de su cuello para que el asesino apreciara cómo moría. Cuando exhaló con un último estertor, los hombres se volvieron hacia Cí y le cumplieron con una reverencia. Después, el anciano le entregó al adivino una bolsa con monedas.

—Tu segundo pago. —Se inclinó. Xu le devolvió el saludo mientras recuperaba el aliento—. Y ahora, si nos lo permitís, debemos honrar a nuestros muertos.

Xu iba a retirarse, pero Cí se lo impidió.

—¡Escuchadme todos! —exhortó—. Los dioses han hablado por mi boca. Sus designios han hecho posible la revelación del asesino y, con el mismo poder que me han otorgado, os conmino a que guardéis silencio sobre cuanto habéis presenciado. Que ningún alma distinta a la vuestra conozca este secreto. Que nadie permita que su lengua traicione este prodigio o de lo contrario os aseguro que los espectros de los infiernos os

perseguirán a vosotros y a vuestras familias hasta el día en que caigáis en vuestra tumba.

El anciano guardó silencio mientras fruncía los labios. Luego se inclinó otra vez y se retiró con todo su séquito. Después, el mismo monje que les había conducido hasta la cripta les acompañó a la salida.

Cí y Xu emprendieron el camino de vuelta a la ciudad, descendiendo de la colina de la Gran Pagoda por su ladera oriental. Se adivinaba el despuntar del amanecer allá donde el mar se fundía con el horizonte. Un sol que para Cí apenas existía. Caminaron sin dirigirse la palabra, cada cual meditando sobre lo sucedido. Poco antes de franquear la muralla que defendía la ciudad, Xu se encaró a Cí.

—¿Por qué demonios les has dicho eso? —masculló—. Teníamos en nuestras manos el negocio de nuestras vidas y tú lo has echado a perder. ¿En qué estabas pensando cuando les amenazaste? A esa gente la conoce todo el mundo. De no ser por tu estúpido sermón, dentro de unas horas todo Lin'an sabría lo ocurrido, nos lloverían los clientes y habríamos ganado lo suficiente como para comprar nuestro propio cementerio.

Cí no podía contarle a Xu que un alguacil le perseguía y que lo que menos necesitaba era que todo Lin'an se enterara de que un joven de manos quemadas trabajaba en el cementerio. Aun así, se le revolvieron las tripas. Habían estado a punto de morir, y en lugar de agradecerle que le hubiera salvado, Xu sólo pensaba en recriminarle que hubiera perjudicado el futuro de su negocio.

Le entraron ganas de alejarse de él. Pensó en abandonarlo todo, coger a Tercera y huir a cualquier lugar, pero el frío del amanecer apaciguó su cólera y serenó su respuesta.

—¿Así es como pagas lo que he hecho por ti? —dijo al fin.

—¡Cuidado, chico! ¡No te atribuyas un mérito que no te corresponde! ¡Fui yo quien pronunció el nombre de Chang! —bramó Xu. Su rostro era el de los iluminados que se sienten depositarios de la verdad absoluta.

Cí lo miró como si fuera un mercachifle y se preguntó si merecía la pena discutir con alguien cuyos únicos razonamientos se basaban en el dinero. Supuso que no, pero no estaba dispuesto a dejarse avasallar. No si de ello dependía el futuro de su hermana y el suyo.

—Comprendo —dijo—. Tal vez hubiera sido preferible dejar que te acuchillaran. O quizá podría haberme quedado callado frente al cadáver, esperando a que tú lo solucionaras.

—¡Yo dije el nombre del asesino! —repitió Xu.

—¡De acuerdo! ¡Da igual! Al fin y al cabo, ésta ha sido la primera y la última vez que discutimos por este asunto.

—No entiendo. ¿A qué te refieres?

—Pues me refiero a que jamás, te lo repito, jamás, volveré a participar en lo que para cualquier ser con algo de conocimiento sería una locura, y que para ti parece ser simplemente un negocio lucrativo. —Se detuvo en seco—. ¡Por todos los dioses! ¿De veras crees que puedo adivinarlo todo? Maldita sea. No soy más que un pobre diablo que ni siquiera ha concluido sus estudios y tú pretendes que me comporte como un dios frente a unos energúmenos que no habrían dudado un instante en rebanarnos el cuello... De verdad, por más que lo pienso, todavía no entiendo cómo se te ha ocurrido.

Xu sacó la bolsa con las monedas y la sacudió frente a su cara.

—¡Son de plata!

—No quiero un ataúd de plata. —Cí las apartó de sí.

—¿Y de qué lo prefieres? ¿De cáñamo? Porque eso es lo que conseguirás si sigues tu camino. ¿A dónde crees que irás sin mí? Dime. ¿Acaso piensas que soy estúpido? Si tuvieras algo mejor que hacer, o algún sitio a donde ir, no estarías aquí conmigo, de modo que agradéceme lo que hago por ti y déjate de remilgos. Ten. —Y le dio un tercio de las monedas—. Es más de lo que sacarías en seis meses de trabajo.

Cí las rechazó. Sabía bien a qué lugar conducía la avaricia. Su padre se lo había enseñado.

—Maldita sea, muchacho. ¿Pero qué pretendías? ¿Ganar dinero sin arriesgar nada?

—Tal vez ese hombre... Chang...

—¿Qué? —bramó Xu.

—Ese Chang, ¿por qué lo acusaste? Tal vez fuera inocente.

—¿Inocente? ¡Ja! No me hagas reír. De todos los que había allí, hasta el más inocente es capaz de apuñalar a su propio hijo y luego enterrarlo vivo. ¿O de qué crees que viven? ¿Qué piensas que habrían hecho con nosotros? Conocía a Chang. Todo el mundo le conocía. Ese hombre envidiaba el puesto del fallecido. Y ya viste que confesó. Además: ¿qué más da si era inocente o no? Era un ladrón, un indeseable, y tarde o temprano habría acabado así, de modo que mejor si con su muerte ha contribuido a hacernos menos pobres.

—Me da igual lo que fuera —alzó la voz Cí—. No tenías la certeza. No tenías las pruebas, y sin eso no se puede condenar a nadie. Quizá confesó porque lo torturaron. No. No volveré a prestarme para algo así. ¿Lo has comprendido? No me importa trabajar, ni cavar fosas, ni auscultar pacientes, ni examinar a vivos o a muertos... lo que sea. No me importa. Pero te lo advierto: no me pidas que vuelva a acusar a alguien sin tener pruebas... porque entonces te acusaré a ti.

* * *

Durante el trayecto, Xu lanzó miradas envenenadas a Cí sin que éste las apreciara. El joven caminaba cabizbajo, sumido en sus pensamientos, pendiente del dilema que le planteaba su situación. Un dilema que le corroía por dentro y no sabía cómo resolver.

Si se olvidaba del adivino y desaparecía, quizá pudiera emprender una nueva vida lejos de Lin'an. Sólo tenía que coger el dinero que Xu acababa de ofrecerle, despertar a Tercera y escapar de aquel enjambre de peligros. Pero emprender la huida también significaba renunciar a cuanto había soñado: a sus ilusiones, a la universidad, a los exámenes imperiales, que, en caso de aprobar, le devolverían el honor y el respeto por los que tanto había luchado y que el delito de su padre le impedía ahora alcanzar.

Por otro lado, permanecer en Lin'an representaba quedar a merced del adivino, de sus caprichosos ardidés y de sus temibles consecuencias. Y aguardar a la muerte en cuanto Kao le descubriera.

Pateó una piedra y se maldijo.

Lamentó no tener un padre íntegro a quien invocar, un espíritu recto y virtuoso al que consultar sus angustias y sus cuitas. Miró al horizonte. Los rayos del amanecer comenzaban a bañar la ciudad. Se juró que eso jamás les sucedería a sus hijos. Cuando los tuviera, haría lo imposible para que estuvieran orgullosos de él. Y todo cuanto le había arrebatado a él su padre él se lo regalaría a ellos.

Sin advertir bien cómo, alcanzaron la vivienda flotante de Xu. Cí aún no había tomado una decisión, pero Xu se la facilitó. El adivino apoyó un pie en la barcaza y mantuvo el otro en tierra firme impidiendo el paso a Cí.

—Tienes dos opciones: seguir trabajando como hasta ahora o largarte de aquí. Así de sencillo —dijo.

Cí le miró.

No tenía dos opciones. Sólo una: mantener a su hermana con vida.

Apretó los dientes y apartó al adivino.

CAPÍTULO 17

Durante las semanas siguientes, nada fue fácil para Cí.

Cada noche se levantaba en silencio para acudir a la lonja imperial y acarrear el pescado que diariamente adquiría la mujer de Xu. De regreso a la barcaza, ayudaba a su clasificación y limpieza para adelantar parte del trabajo que correspondía a Tercera y que ésta debía cumplir, estuviera enferma o no. Después acompañaba a Xu en la ronda matinal que practicaba por mercados y muelles para averiguar lo que pudieran de cuantas muertes accidentales o violentas se hubieran producido el día anterior. Por lo general, esto incluía una visita a los hospitales y dispensarios, donde Xu, a cambio de una módica cantidad, recababa de los cuidadores los nombres y la situación personal de los enfermos más graves, las dolencias que padecían y los tratamientos que seguían, cosa que repetía en la Gran Farmacia de Lin'an. Con este listado, Xu planificaba las actuaciones, escogiendo de entre los casos más fáciles aquellos que pudieran reportar mayor beneficio.

De camino a los Campos de la Muerte, Cí recopilaba y evaluaba la información. Examinaba los antecedentes y consultaba los datos de días anteriores para comprobar que disponían de los detalles necesarios con los que aumentar la credibilidad de sus averiguaciones. Ya en el cementerio, ordenaba el instrumental que emplearía más tarde en los reconocimientos y que poco a poco iba aumentando con una parte de los beneficios que le entregaba Xu. Después, ayudaba a Xu abriendo zanjas, acarreando tierra de un lado a otro, colocando lápidas o ayudando a transportar aquellos ataúdes que los familiares se veían incapaces de arrastrar. Tras la comida se preparaban para la actuación, lo que incluía adecentarse y ataviarse con una especie de disfraz de nigromante que la primera mujer de Xu le había confeccionado y al que él había añadido una máscara para ocultar su rostro.

—Así proporcionaremos más misterio —había sugerido Cí a Xu, en lugar de explicarle que siendo un fugitivo no le interesaba ser conocido.

Al adivino no le complació la idea, pero cuando Cí le insinuó que de ese modo, si algún día le sucedía algo, cualquiera podría sustituirle sin que a él se le terminara el negocio, Xu la aceptó encantado.

Habitualmente alternaban las labores en el cementerio con los desplazamientos al Gran Monasterio budista. Aunque las incineraciones les proporcionaban menos beneficios que los enterramientos, generaban una propaganda que no hacía sino engrosar la lista de clientes ávidos de conocimiento.

Por las noches, cuando regresaba a la barcaza, despertaba a Tercera para asegurarse de que se encontrara bien y de que hubiera cumplido con sus obligaciones en la pescadería. En tal caso, le entregaba pequeños regalos consistentes en figuritas de madera que él mismo tallaba entre entierro y entierro. Luego le administraba su medicina, comprobaba sus

ejercicios de escritura y recitaba con ella la lista de las mil palabras que los niños debían memorizar para aprender a leer.

—Tengo sueño —se quejaba ella, pero él acariciaba su pelo e insistía un poco más.

—No querrás ser siempre pescadera... —Y entonces ella cogía el pliego de caracteres, sacaba la lengua y se aplicaba en la lectura.

Después, cuando todos dormían, él salía fuera, al duro frío de la noche, y provisto de un farolillo se dejaba los ojos bajo el reflejo de las estrellas mientras intentaba repasar los capítulos de las *Prescripciones dejadas por los espíritus de Liu Juan-Zi*, un apasionante tratado de cirugía que había adquirido de segunda mano en el mercado de los libros. Allí estudiaba hasta que el sueño le vencía o la lluvia apagaba el farol. Entonces, y sólo entonces, buscaba un hueco para descansar entre los pies de Xu y el pescado podrido.

Pero cada noche, y sin que faltara una, antes de que sus párpados se doblegaran por el cansancio, recordaba la deshonra de su padre y la amargura le embargaba.

* * *

Con el paso de los meses, Cí aprendió a distinguir las heridas accidentales de las producidas con el ánimo de matar; a discernir entre los cortes producidos por las hachas de los causados por dagas, cuchillos de cocina, machetes o espadas; a diferenciar un ahorcamiento de un suicidio; a advertir que, dado que la cantidad de ponzoña ingerida en un

suicidio siempre era menor que la empleada en un asesinato, un mismo veneno producía efectos distintos dependiendo de quién lo hubiera suministrado. Descubrió que los procedimientos empleados para asesinar solían ser burdos e instintivos cuando los motivos obedecían a los celos, el arrebató o la disputa inesperada, pero que incrementaban su sofisticación y su astucia si procedían de la obsesión y la premeditación.

Cada nuevo caso representaba un reto que despertaba no sólo su inteligencia, sino también su imaginación. Sin tiempo ni medios, debía ensamblar cada cicatriz, cada herida, cada inflamación, cada induración o coloración, cada detalle por nimio que éste pareciese en un mosaico completo. En ocasiones, un simple mechón de pelo o una sutil supuración podían suministrar las claves para la resolución de un asunto inexplicable.

Y él odiaba no encontrarlas.

Cadáver tras cadáver, hubo de aceptar la magnitud de su ignorancia. Por mucho que a los demás sus averiguaciones se les antojasen cosa de magia, cuanto más aprendía, más se percataba de la escasez de sus conocimientos. A veces se desesperaba ante un síntoma desconocido, ante un cadáver mudo, ante una cicatriz imposible de identificar o ante una deducción equivocada. Cuando le sucedía esto, admiraba aún más a su antiguo maestro, el juez Feng, el hombre que le había inculcado el amor por la investigación y el detalle. Con él había aprendido cosas que nunca le enseñaron en la universidad. Y al igual que entonces, Cí ahora estaba descubriendo un nuevo mundo de sabiduría que Xu compartía con él.

Porque Xu también sabía de muertos.

—A éste no hace falta abrirlo. Mira su panza. Está reventado por dentro —le decía ufano, orgulloso de conocer algo que creía que Cí ignoraba.

En efecto, Xu dominaba la observación de los cadáveres del mismo modo que ejercía con habilidad la interpretación de los gestos en los vivos. Sabía dar la vuelta a los cuerpos, encontrar huesos rotos, adivinar palizas, reconocer hematomas, augurar causas, procedencias y determinar hasta el oficio de los muertos que pasaban por sus manos igual que si interrogara a un vivo. Llevaba años en el cementerio trajinando con cadáveres, ayudaba en la incineración de los difuntos budistas y, según contaba, hasta había trabajado de enterrador en las cárceles de Sichuan, donde las torturas y las muertes violentas se sucedían a diario. Una experiencia de la que Cí carecía.

—Allí sí que se veían ejecuciones. ¡Asesinatos de verdad y no estos juegos de niños! —presumía ante Cí—. Si sus familias no les llevaban alimentos a la cárcel, el gobierno no se los proporcionaba, así que aquello era una jauría de lobos.

Al oírle, Cí recordó a su hermano Lu y la terrible muerte que había tenido. Quiso creer que en las cárceles de Sichuan su destino no habría sido muy distinto.

La experiencia de Xu era una inagotable fuente de conocimientos de la que Cí bebía sin saciarse; un torrente del que se empapaba con ansia a la espera del día en que pudiera presentarse a los exámenes imperiales.

Pero todo aquello no era suficiente y sus escasos ratos libres los dedicaba al estudio.

Cuando llegó el invierno, le propuso al adivino ampliar su instrucción adquiriendo nuevos libros. Xu estuvo de acuerdo.

—Pero tendrás que pagártelos de tu dinero.

A Cí no le importó. Al fin y al cabo, el negocio proporcionaba lo suficiente como para alimentar a Tercera y comprar nuevas medicinas, que cada vez resultaban más caras. El resto estaría bien empleado si Xu le permitía disponer de tiempo para estudiar.

Durante la primavera, Cí adquirió aplomo. Su vista se había agudizado hasta distinguir, a la primera, el color violáceo de una contusión del tono púrpura escondido bajo un golpe seco; su olfato había aprendido a separar el hedor de la corrupción de la fetidez más dulzona de la gangrena; sus dedos percibían las durezas bajo los tejidos, las pequeñas llagas producidas por una soga alrededor de un cuello, la blandura de la vejez, las quemaduras causadas por los tratamientos de moxibustión, e incluso las ínfimas cicatrices provocadas por las agujas de acupuntura.

Cada día se sentía más seguro. Más confiado.

Y ése fue su error.

Un día lluvioso de abril, un profuso séquito de nobles lujosamente ataviados ascendió lentamente por la ladera del cementerio portando un ataúd. Los dos sirvientes que le precedían se adelantaron a la comitiva y buscaron a Xu con la intención de que ilustrase a los familiares sobre las causas del deceso. Por lo visto, el fallecido, un alto cargo del Ministerio de la Guerra, había muerto la noche anterior tras una larga enfermedad de la que apenas había trascendido su causa y sus parientes deseaban saber si el fallecimiento podría haberse evitado.

Después de acordar el precio, Xu fue a buscar a Cí. Lo encontró donde lo había dejado, enfangado en el interior de una fosa cuyas paredes se habían derrumbado mientras la ensanchaba. Sus ropas estaban tan sucias que Cí pidió a Xu tiempo suficiente para adecentarse, pero éste le urgió a que se cubriera con el disfraz y atendiera a aquella gente. Cí obedeció a regañadientes, pero los guantes que le había confeccionado la mujer de Xu para ocultar las quemaduras de sus manos estaban manchados de lodo.

«Y el segundo par lo olvidé en la barcaza».

No podía arriesgarse a que sus quemaduras le identificaran.

—Sabes que no puedo hacerlo sin guantes —le dijo a Xu, al cual le había contado en numerosas ocasiones que le repelía examinar los cadáveres sin ellos.

—Maldita sea, Cí. Pues escóndelas o métetelas en el culo. Podrías hacerlo hasta con las manos en la espalda.

Debería haberse negado, pero Cí se confió. Al fin y al cabo, imaginó que sería otro caso más de un viejo fallecido por una enfermedad. Se colocó el disfraz en el pabellón y salió a recibir al cortejo, procurando mantener ocultas las manos bajo las mangas. Nada más ver el rostro del cadáver, adivinó que se trataba de un simple asunto de apoplejía.

«Está bien. Hagamos la escena».

Primero se inclinó ante el séquito y luego se aproximó al ataúd. El cuello del difunto presentaba cierta hinchazón. Su rostro arrugado era afable y sus ropas de gala olían a incienso y a sándalo. Nada anormal. No precisaba tocarlo. Los familiares sólo deseaban una confirmación y

eso era lo que iba a darles. Se aseguró de que sus manos permanecieran bajo las mangas y simuló que examinaba el rostro, el cuello y las orejas, paseando las mangas por encima.

—Murió de apoplejía —dictaminó.

Los familiares se inclinaron con gesto de agradecimiento y Cí les correspondió. Había sido un trabajo fácil. Sin embargo, cuando ya se retiraba, una voz resonó a sus espaldas.

—¡Cogedlo!

Antes de que pudiera remediarlo, dos hombres le sujetaron y un tercero comenzó a registrarlo.

—¿Qué sucede? —intentó zafarse Cí.

—¿Dónde está? ¿Dónde lo has metido? —le increpó uno.

—Vi cómo lo escamoteaba bajo las mangas —le acusó otro.

Cí miró a Xu buscando una explicación, pero éste se mantuvo apartado. Entonces sus captores le conminaron a que devolviera el broche de perlas que acababa de robar. Cí no supo qué decir. Por más que lo intentó, no logró convencerles de que era inocente. Ni siquiera cuando lo desnudaron se quedaron tranquilos. Tras arrojarle las ropas a la cara para que se cubriera, volvieron a increparle.

—¡Maldito quemado! O nos dices dónde está el broche o te molemos a palos.

Cí intentó pensar. Uno de los familiares había ordenado a un mozo que volviera a la ciudad y comunicara el robo a las autoridades, pero el

resto de los asistentes no parecían dispuestos a aguardar su regreso. Los dos hombres que le sujetaban le retorcieron los brazos, pero, para la extrañeza de ambos, Cí no se inmutó.

—¡Os repito que no he robado nada! ¡Si ni siquiera lo he rozado! —se defendió.

Un puñetazo en el estómago le dobló en dos. Sintió que le faltaba la respiración.

—Devuélvelo o no saldrás vivo.

Aquellos hombres le iban a matar. Pensó en Tercera y gritó de impotencia. No había robado nada. Tenía que ser un error. Lo repitió hasta la saciedad, pero no le creyeron. Entonces un hombre se acercó con una cuerda. Cí enmudeció.

Percibió un nudo cerrarse sobre su garganta. El hombre iba a estrangularle cuando una voz autoritaria retumbó como un trueno.

—¡Detente! ¡Suéltalo!

Cí no comprendió. De repente, los mismos que acababan de golpearle lo incorporaron mientras bajaban la testuz. Frente a ellos, el jefe de la familia enarbolaba tembloroso el broche perdido.

—Yo... No sabes cuánto lo siento. Lo acaba de encontrar mi hijo en el fondo del ataúd. Debió desprenderse durante el transporte y... —El patriarca se inclinó reconcomido por el remordimiento.

Cí no dijo nada. Se sacudió el polvo de sus ropas y se perdió entre los setos.

Esa misma tarde meditó sobre la cubierta de la barcaza hasta bien entrada la noche. Quizá su incapacidad para percibir el dolor físico provocaba que el dolor de su espíritu fuera mayor, pero lo cierto era que en buena parte se culpaba a sí mismo por lo sucedido. Si en lugar de preocuparse por mantener ocultas las quemaduras de sus manos, hubiera inspeccionado el cadáver con esmero y pulcritud, tal vez nadie habría sospechado de él. Tampoco le reprochaba a Xu su actitud. Simplemente se había mantenido al margen porque no entendía lo que estaba pasando. En cualquier caso, había aprendido que jamás debía tomar un examen a la ligera por muy evidente que pareciera su resultado y que el más mínimo error podía conducirle a la muerte o, cuando menos, a graves problemas.

Se recostó mirando las estrellas. No había sido una buena jornada. Pronto llegaría el año nuevo y cumpliría veintiún años. Era un mal presagio para comenzar.

Dos días después, las cosas fueron a peor.

Aquella mañana se encontraba junto a Xu brillantando un féretro en el Mausoleo Eterno cuando de repente le llamó la atención un extraño murmullo que provenía del exterior. Al principio lo achacó al canturreo del mozo que rastrillaba en los jardines, pero poco a poco el rumor fue acentuándose hasta transformarse en los ladridos de un perro. Al reconocerlo, su vello se erizó. La última vez que había escuchado ladridos había sido cuando huyó del alguacil Kao. En el cementerio no solían entrar perros. Corrió hacia la puerta y se asomó a través de una rendija. Su rostro se demudó.

Por la colina ascendía un sabueso azulado por un alguacil uniformado. Era Kao. Instintivamente, Cí se agachó.

—¡Tienes que ayudarme! —le imploró al adivino.

—¿Que te ayude? ¿A qué? —preguntó Xu sin entender nada.

—¡El hombre que viene! Sal y entreténlo mientras pienso algo.

Xu acercó los ojillos a la rendija.

—¡Un alguacil! —se giró incrédulo hacia Cí—. ¿Pero qué has hecho, maldito diablo?

—¡Nada! ¡Dile que me he ido!

—¿Qué te has ido? ¿A dónde?

—No sé. ¡Invéntatelo!

—Ya... Y al perro, ¿qué le cuento?

—¡Te lo ruego, Xu!

El adivino se incorporó y salió del pabellón justo en el instante en el que el alguacil alcanzaba el soportal del mausoleo. Xu respiró al ver que sujetaba al perro.

—Bonito animal —comentó a cierta distancia—. ¿Puedo ayudaros en algo? —Cerró la puerta y se inclinó con respeto.

—Supongo que sí —gruñó el alguacil. El perro le imitó—. ¿Es a ti a quien apodan el adivino?

—Mi nombre es Xu —afirmó.

—Verás, Xu. Hace un par de días interpusieron una denuncia sobre el robo de un broche, aquí, en el cementerio. ¿Sabes de lo que hablo?

—¡Ah! ¿Aquello? Vaya si lo recuerdo... Un bochornoso malentendido. —Sonrió nervioso—. Unos familiares irritables pensaron que les habíamos sustraído un broche, pero enseguida descubrieron que en realidad se había desprendido y descansaba en el fondo del ataúd. Todo acabó solucionado.

—Sí. Eso fue lo que confirmó después uno de los parientes.

—¿Entonces...? —se extrañó Xu.

—El caso es que hablaron de un joven que te ayudaba. Alguien disfrazado, con las manos y el torso quemados... Coincide con la descripción de un fugitivo al que ando buscando. Un joven alto y delgado, bien parecido, con el pelo moreno recogido en un moño...

—¡Ah! ¿El bastardo ese? ¡Maldigo la hora en la que le contraté! —escupió indignado—. Se largó ayer con mi bolsa sin dar explicaciones. Precisamente iba a denunciarle en cuanto acabara la jornada y...

—Ya... —Sacudió la cabeza—. Y, obviamente, no sabes a dónde puede haber ido...

—Pues no sé... A cualquier lado. Quizá al puerto. ¿Por qué? ¿Ha hecho algo?

—Robó un dinero. Y hay una recompensa que podría interesarte... —añadió.

—¿Una recompensa? —Su rostro cambió.

De repente, un ruido procedente del interior del mausoleo advirtió al alguacil.

—¿Quién hay ahí dentro? —Clavó la vista en el templete.

—Nadie, señor. Yo...

—¡Aparta! —le interrumpió Kao.

Desde dentro, Cí observó cómo Xu intentaba retener al alguacil sin éxito. De un vistazo comprobó que la estancia era una cárcel, un ataúd gigante sin ningún lugar para esconderse. Si intentaba huir por la ventana trasera, el perro le cazaría en campo abierto. No había escapatoria. No tenía opción.

—Ahí no hay nada más que muertos —escuchó gritar al adivino mientras Kao pateaba la puerta, que estaba atrancada por dentro.

—Después de que entre, eso es lo que habrá —bramó el alguacil.

Kao se ensañó con el portalón sin lograr que el cerrojo cediera. La puerta era recia y el cierre resistía. Volvió a patearla hasta que descubrió una pala en el suelo. La aferró y sonrió a Xu. El primer golpe hizo saltar las astillas del repujado. Aguantó el segundo, pero al tercero crujió. Se disponía a reventar el cierre cuando de repente, sin que mediara violencia, la puerta se abrió desde dentro. El alguacil retrocedió al contemplar una figura ataviada con un disfraz de adivino que alzó los brazos temblando.

—¡Sal fuera! —ordenó—. ¡La máscara! ¡Quítatela! ¡Vamos! ¡Obedece!
—Y azuzó al perro, que ladró como si ansiara devorarlo.

El enmascarado intentó obedecer, pero sus trémulas manos enguantadas no conseguían liberar los nudos.

—¡No me hagas perder la paciencia! ¡Quítate los guantes! ¡Rápido!

El enmascarado, dedo a dedo, se despojó lentamente del guante de la mano derecha. Luego hizo lo propio con la izquierda. Cuando terminó, los dejó caer al suelo. Entonces el rostro de Kao cambió su gesto triunfal por una mueca de estupor.

—Pero... Pero tú...

El alguacil observó unas manos arrugadas sin rastro de quemadura alguna, como si un milagro las hubiese borrado. Desbordado por la rabia, le arrancó la máscara para darse de bruces con el rostro de un viejo asustado.

—¡Aparta!

Empujó al impostor y entró en el mausoleo golpeando y desperdigando cuanto encontró a su alcance. Miró por todos lados, pero el lugar estaba vacío. Kao aulló como un animal herido. Luego salió de la sala y agarró a Xu por la pechera.

—¡Maldito embustero! ¡Dime ahora mismo dónde está o probarás sus colmillos en tu garganta! —El perro dentelleó a su lado.

Pese al pavor, Xu juró que lo ignoraba. El alguacil lo aferró por el cuello.

—¡Voy a vigilarte día y noche, y si ese joven regresa para ayudarte en tus asquerosos negocios, me aseguraré de que lo lamente el resto de tu vida!

—Señor —intentó hablar Xu—, contraté a ese quemado por pena. Inventé sus habilidades y lo del disfraz para que los incautos no desconfiasen de mí, pero era yo quien le susurraba lo que debía decir. Por eso busqué un nuevo ayudante... —Señaló al jardinero, que temblaba en silencio a unos pasos—. Ese joven no volverá. Ya os dije que me robó. Si regresase, yo mismo le arrancarí los ojos.

Kao escupió sobre los pies de Xu. Luego apretó los dientes y abandonó el cementerio entre una oleada de juramentos.

* * *

Cuando Cí explicó a Xu que había convencido al jardinero para que se ocultase bajo su disfraz, el adivino rompió a reír.

—Pero, por las barbas de Confucio, ¿qué hiciste para que no te encontrara?

Con el temor en el cuerpo, Cí le reveló que al verse atrapado llamó al jardinero desde la ventana trasera y le convenció para que se disfrazara a cambio de un sustancioso soborno.

—E hice que claveteara el ataúd en el que me oculté, para que pareciese que estaba sellado.

Xu soltó otra carcajada mientras Cí pagaba lo convenido al jardinero. Cuando el adivino se hartó de reír, le relató a Cí la conversación que había mantenido con el alguacil.

—Según parece, todo surgió a raíz del episodio de los nobles y el broche de perlas —le confió—. Por lo visto, el que te denunció te describió como un joven disfrazado con las manos quemadas y tu descripción levantó sospechas. —Le miró fijamente—. Supongo que ahora tendrás que explicarme por qué te buscan. De hecho —se cercioró de que el jardinero no le escuchara—, mencionó una recompensa jugosa... Aunque no tanto como lo que sacamos con tus actuaciones. — Sonrió.

Cí guardó silencio. Explicar las vicisitudes que había sufrido desde la trágica desaparición de su familia no sólo era complicado, sino también difícil de creer. Por otro lado, había algo en Xu que le hacía desconfiar de él. Era una sensación parecida a la de alguien que le ofreciera un vaso de agua turbia asegurándole que era cristalina.

—Tal vez debería irme —aventuró Cí.

—De ningún modo —denegó tajante Xu—. Cambiaremos el disfraz por otro menos llamativo. Y seleccionaremos bien a los difuntos. Es más: igual que hiciste en el monasterio, amenazaremos a nuestros clientes para que no revelen el secreto. No soy ambicioso. —Sonrió—. Por ahora tenemos suficiente clientela como para tirar unos meses, así que así seguiremos.

A Cí le quedó el regusto de que Xu lo decía como si sus deseos fueran los amos de su destino. Según le había comentado, desde que trabajaba para él, había reunido más ingresos que en todo un año de estafas con los grillos. Y ahora le daba la sensación de que no iba a permitir que un negocio tan prometedor se derrumbase a las primeras de cambio por proteger a un fugitivo.

—No estoy seguro, Xu. No quiero implicarte en mis problemas —dijo Cí.

—Tus problemas son mis problemas... —le aseguró Xu—. Y tus beneficios, mis beneficios. —Rio exageradamente—. Así que no se hable más del asunto. Olvidemos por un tiempo el teatro con los cadáveres y listo.

Cí aceptó a regañadientes y Xu lo celebró.

Pero días más tarde, cuando Tercera recayó en su enfermedad, Cí comprobó que sus problemas no eran los del adivino.

Una mañana fría las dos esposas de Xu se quejaron de que Tercera sólo era un estorbo. La cría no aprendía, se distraía constantemente, confundía los camarones con las gambas y comía en exceso. Además, debían vigilarla y estar pendientes de una salud que parecía empeorar continuamente. Se lo dijeron a Xu y éste se lo trasladó a Cí.

—Tal vez deberíamos venderla —le planteó el adivino.

Xu insistió en que aquella solución era lo habitual en las familias sin recursos, pero Cí se negó en redondo.

—Pues entonces casémosla —intervino la esposa mayor.

El adivino acogió la propuesta con entusiasmo. Según él, aquélla era una idea que Cí no podría rechazar. Sólo era cuestión de buscar un candidato que valorara la juventud de la cría y se hiciera cargo de ella. Al fin y al cabo, una niña era un estorbo que sólo dejaba de serlo cuando se iba de casa.

—Es lo que hicimos con nuestras hijas —explicó el adivino—. Dijiste que había cumplido ocho años, ¿no? —Hizo ademán de coger a Tercera—. Ya verás. La maquillaremos un poco para que no parezca enferma. Conozco a algunos a los que les gustará este cachorrito.

Cí se interpuso entre su hermana y el adivino. Aunque ofrecer niñas en matrimonio era algo usual, y en ocasiones hasta se revelaba como la mejor elección para el futuro de las muchachas, él no iba a permitir que su hermana acabara esclavizada y baboseada por un anciano. Xu insistió. Dijo que las niñas eran como la langosta: sólo servían para comer y ocasionar gastos. Luego, cuando se casaban, pasaban a formar parte de la familia del nuevo marido y era a éste y a sus suegros a quienes cuidaba hasta que morían.

—Y a nosotros nos olvidan —agregó—. Es una desgracia no tener hijos varones. Ellos, al menos, consiguen mujeres que nos atiendan de mayores.

Como siempre, Cí logró postergar la discusión entregando más dinero a Xu.

Pero con las semanas, sus ahorros se fueron agotando.

A cada jornada, Tercera necesitaba más medicinas. Xu las adquiría durante su ronda por las farmacias, Cí las pagaba a un precio superior, se las suministraba con tristeza a su hermana y la veía languidecer. Lentamente, Tercera se iba consumiendo sin que él encontrara la forma de impedirlo. Le partía el corazón acudir cada día al cementerio y dejarla en la barcaza postrada, casi sin fuerzas, con sus manitas enrojecidas intentando limpiar el pescado del día mientras se despedía de él con un hilito de voz y un intento de sonrisa en la cara.

—Te traeré un dulce —le decía. Se tragaba la pena como si fuera hiel y se iba rezando para que sanara.

Y el poco dinero que había logrado reunir desaparecía de sus manos como agua guardada en un bolsillo de tela.

En el cementerio, Xu había decidido pasar de simple enterrador a desempeñar el puesto de Cí como nigromante de cadáveres, pero sus predicciones erróneas habían espantado a los pocos incautos que se habían acercado a consultarle. Y eso había reducido sus ingresos a poco menos que nada.

O, al menos, eso fue lo que le respondió a Cí cuando éste le suplicó un adelanto.

—¿Crees que a mí me lo regalan? Ya ha pasado suficiente tiempo. Si necesitas dinero, tendrás que volver a ganártelo. —Y le señaló el atuendo de adivino, que descansaba tirado sobre un ataúd destartado.

Cí se sacudió el polvo de las manos encallecidas por el trabajo y miró el disfraz del que dependía su futuro. Xu no lo había modificado. Aspiró con fuerza y frunció los labios. Temía que el alguacil regresara, pero si quería salvar a su hermana, debía asumir el riesgo.

El momento de enfundarse el disfraz se presentó aquella misma tarde, cuando una comitiva de estudiantes guiados por un profesor ascendió en ordenada procesión hasta el mausoleo. Según le contó Xu, de vez en cuando, los alumnos de la afamada Academia Ming acudían al cementerio y, por una módica cantidad que satisfacían al encargado de los Campos de la Muerte, se les permitía examinar aquellos cadáveres que en los días precedentes no hubieran sido reclamados. Por fortuna,

aquel día aún esperaban sepultura tres cuerpos, y Xu lo celebró como si de repente le hubieran invitado a un banquete.

—Prepárate para contentarles —le advirtió Xu mientras le señalaba el disfraz—. Estos jóvenes son desprendidos con las propinas si sabes cómo adularlos.

Cí asintió.

Al despojarse de sus ropas, un escalofrío le recorrió la espalda. Los meses de trabajo como enterrador habían endurecido su cuerpo hasta convertirlo en un haz de fibras que se tensaban al solicitarlo, aunque quedaran ocultas bajo las quemaduras que asolaban su pecho. Cogió el disfraz y se lo enfundó. Pensó en Tercera. Procuró concentrarse y aguardó a que Xu le avisara para la actuación. Cuando le hiciera la señal, estaría preparado.

Desde un rincón observó cómo el profesor, un hombre calvo vestido de rojo cuyo aspecto le resultó familiar, situaba a los alumnos alrededor del primer cuerpo. Antes de dar comienzo, el maestro informó a los estudiantes de su responsabilidad como futuros jueces. Debían guardar respeto por los muertos y emitir su juicio con la mayor honorabilidad. Luego levantó la tela que ocultaba el cadáver. Se trataba de una niña de pocos meses que había aparecido aquella misma mañana en los canales de Lin'an. El profesor estableció entre los estudiantes un turno de preguntas para discernir las causas del deceso.

—Sin duda falleció ahogada —comenzó el primero, un joven lampiño de rostro aniñado—. Tiene el vientre hinchado y no presenta otras marcas. —Miró ufano.

El profesor asintió antes de ceder el turno al siguiente alumno.

—Un típico caso de «ahogar al niño». Sus padres lo arrojarían al canal para evitar alimentarlo —argumentó el segundo.

—Tal vez no pudieran hacerlo —matizó el maestro—. ¿Algún otro apunte?

Un estudiante de pelo canoso, más alto que los demás, bostezó descuidadamente. El profesor lo observó de reajo, pero no dijo nada. Tapó el cadáver y pidió a Xu que trajese el siguiente cuerpo, momento que el enterrador aprovechó para presentar a Cí como el gran adivino del cementerio. Al advertir su disfraz, los estudiantes lo miraron con desprecio.

—No precisamos de supercherías —le espetó el maestro—. Aquí no creemos en adivinos.

Desconcertado, Cí guardó silencio y regresó junto a Xu, quien le conminó a que se despojara de la máscara y permaneciese atento. Los estudiantes prosiguieron. Frente a ellos aguardaba el cadáver blanquecino de un anciano que había aparecido muerto tras unas barracas en uno de los mercados.

—Se trata de un caso de muerte por inanición —comentó un cuarto estudiante mientras examinaba el pobre esqueleto con piel—. Presenta hinchados los tobillos y los pies. Contaría unos setenta años. Muerte natural, por tanto.

El profesor volvió a aprobar la conclusión y todos se felicitaron. Cí observó que el estudiante canoso asentía irónicamente, como si sus compañeros estuviesen descubriendo que la lluvia caía del cielo hacia abajo. El instructor formuló un par de preguntas más a los alumnos menos participativos, que cumplieron con prontitud. Luego, a unas

palmas tuyas, avisaron a Xu para que trasladase el último cuerpo. Cí le ayudó a arrastrar el ataúd, una caja de pino de grandes dimensiones. Cuando levantaron la tapa y colocaron el cuerpo sobre la mesa, los alumnos más cercanos retrocedieron espantados con una mueca de estupor. Sólo entonces el estudiante canoso se abrió paso para contemplar el cadáver. Su rostro aburrido se tornó en otro pleno de satisfacción.

—Parece que tendrás ocasión de demostrar tu talento —le dijo el maestro.

En lugar de responder, el estudiante se inclinó con una sonrisa irónica ante su profesor. Luego, una vez obtenida su aprobación, se acercó lentamente al cadáver como si se enfrentara a un tesoro. Sus ojos fulguraban por la codicia, entornándose y abriéndose ante el espectáculo que ofrecía aquel cuerpo cosido a puñaladas. Preparó un pliego de papel, una piedra de tinta y un pincel. Cí lo observó.

Al contrario que sus compañeros, el estudiante espigado parecía seguir un procedimiento similar al que Cí había visto emplear al juez Feng durante las investigaciones de sus casos.

En primer lugar, inspeccionó las ropas del cadáver: miró bajo sus mangas, en la parte interna de la camisola, en los pantalones y en el interior de los zapatos. Después, tras desnudar y examinar completamente el cuerpo, exigió a Cí un recipiente con agua. Una vez en su poder, limpió cuidadosamente la masa de carne ensangrentada hasta dejarla rosada como la de un cerdo. A continuación, midió la longitud del cuerpo y habló por primera vez para anunciar que la estatura del difunto excedía en dos cabezas a la de un hombre normal.

Por su voz parecía disfrutar.

El joven estudió el rostro abotargado del cadáver, del que destacó la extraña herida abierta que se extendía sobre su frente y que dejaba a la vista el tejido del cráneo. En lugar de lavarla, extrajo algo de la tierra que la impregnaba, describiéndola como el producto de una caída contra un adoquín de bordes afilados. Anotó algo con el pincel y a continuación describió sus ojos semiabiertos y sin brillo, como los de un pescado reseco; detalló sus pómulos prominentes, su bigote fino y desaliñado y su mandíbula poderosa. Luego se detuvo en el grotesco tajo que seccionaba su garganta desde la nuez hasta la oreja derecha. Examinó los bordes y con la ayuda de un palito midió su profundidad. Sonrió y volvió a escribir.

A continuación, pasó a su torso, una montaña de músculos acribillada a puñaladas. Contabilizó un total de once, todas ellas concentradas en la zona dorsal. Las palpó con los dedos y volvió a anotar algo. Después ojeó sus ingles, que escoltaban un tallo de jade pequeño y arrugado. Por último, observó sus muslos, igualmente poderosos, y sus pantorrillas recias y sin vello.

Con la ayuda de Cí, le dio la vuelta al cadáver hasta apoyarlo sobre su vientre. Pese a las manchas de sangre provocadas por la limpieza, su espalda se veía lustrosa y sana. El joven echó un último vistazo y se retiró satisfecho.

—¿Y bien? —preguntó el maestro.

Una sonrisa descarada se dibujó en el rostro del estudiante. Se tomó su tiempo antes de responder, tiempo que empleó en mirar de uno en uno a los presentes con una mueca de afectación. Sin duda, disfrutaba de su momento. Cí enarcó una ceja y atendió.

—Es obvio que nos encontramos ante un caso singular —comenzó—. Un hombre joven, extraordinariamente fuerte y robusto, apuñalado y degollado. Un asesinato que espanta por su crueldad y que parece conducirnos a una pelea con ensañamiento.

Ahora fue Cí el que no pudo impedir un bostezo. Xu se lo recriminó.

El maestro alentó al estudiante espigado para que avanzara en su exposición.

—A simple vista podríamos aventurar que se trató de un ataque multitudinario, algo evidente, dada la naturaleza del muerto. Sin duda, hizo falta el concurso de varios hombres para asaltar y doblegar a un gigante que durante el combate recibió numerosas puñaladas y que, aun así, siguió luchando hasta que algún atacante logró asestarle la decisiva en la garganta. El tajo del cuello provocó que al derrumbarse se golpeará en la frente, dejando esa curiosa marca rectangular que tanto nos ha impactado. —Marcó una pausa excesiva que creó expectación—. ¿El motivo de su asesinato? Tal vez deberíamos especular sobre varios. Desde las consecuencias de una simple bravuconería en una taberna, pasando por una deuda impagada o el resultado de algún rencor antiguo, hasta una agria disputa por alguna bella *flor*... Todas ellas serían posibles, desde luego, pero menos probables que la que parece provenir del simple robo, como demuestra el que se le encontrase despojado de cualquier objeto de valor —consultó sus apuntes—, incluidas las pulseras que debía haber lucido en esta mano. —Y señaló la marca de la muñeca producida por la ausencia de sol allá donde debía haber estado el adorno—. Así pues, de haber mediado denuncia, el juez encargado haría bien en ordenar una batida inmediata por los alrededores de donde fue encontrado. Yo, por supuesto, sugeriría las tabernas de la zona, haciendo especial hincapié en aquellos alborotadores heridos que

estuviesen gastando más de lo necesario. —Dobló sus apuntes, cubrió el cadáver y escrutó a los presentes a la espera de su aplauso.

En ese instante, Cí recordó el consejo de Xu sobre los halagos y las propinas y se acercó para felicitar al estudiante, pero éste lo despreció como si se le hubiera aproximado un leproso.

—Estúpido fanfarrón —murmuró Cí.

—¿Cómo te atreves? —El estudiante le enganchó por el brazo.

Cí se zafó de un tirón y tensó los músculos mientras le desafiaba con la mirada. Iba a replicarle cuando el profesor se interpuso entre ambos.

—De modo que el hechicero cree que fanfarroneamos... —Miró con extrañeza a Cí, como si su rostro le resultara lejanamente familiar. Le preguntó si se conocían de algo.

—No lo creo, señor. Llevo poco en la capital —mintió. Sin embargo, nada más pronunciar la frase, Cí reconoció al profesor Ming como la persona a la que había intentado vender el ejemplar de su padre en el mercado de los libros de Lin'an.

—¿Seguro? Bueno, es igual. —Sacudió la cabeza extrañado—. En cualquier caso, creo que debes una disculpa a Astucia Gris. —Y señaló al espigado estudiante de pelo canoso, que parpadeó nerviosamente mirándole por encima del hombro.

—Tal vez él me la deba a mí —repuso Cí.

Todos murmuraron ante la impertinencia del enterrador.

—Señor, os ruego que le disculpéis —intervino rápidamente Xu—. Últimamente no sabe lo que dice.

Pero Cí no se amilanó. Si no iba a conseguir propinas, al menos borraría la sonrisa estúpida de aquel estudiante engreído e inepto. Se volvió hacia Xu y le dijo que apostara por él. Xu no le comprendió.

—Todo cuanto tengas. Es lo que sabes hacer, ¿no?

CAPÍTULO 18

El profesor se mantuvo al margen, pero finalmente, llevado por la curiosidad, accedió a los ruegos de unos estudiantes exaltados, ávidos de la carroña en que suponían que iba a quedar convertido Cí tras el desafío. Xu cerró hábilmente las apuestas mientras se echaba las manos a la cabeza para evidenciar su terror y aumentar los beneficios.

—Si me fallas, venderé a tu hermana por lo que cuesta un cerdo — advirtió a Cí.

El joven no se inmutó. Pidió espacio y depositó junto al cadáver una talega de la que extrajo un martillo metálico, dos pinzas de bambú, un escalpelo, una hoz pequeña y una espátula de madera. Los estudiantes sonrieron, pero el profesor frunció el ceño, estupefacto. Al instrumental, Cí añadió una palangana y varios cuencos con agua y vinagre, así como su piedra de tinta, un pliego de papel y un pincel fino ya mojado. Antes de comenzar se arrancó el disfraz y lo arrojó al fondo del mausoleo. Astucia Gris hubo de agacharse para evitar el impacto.

Cí despojó al cadáver del sudario que le cubría. Había seguido con curiosidad el examen practicado por Astucia Gris, y aunque albergaba alguna sospecha, ahora debía confirmarla. Tomó aire al recordar a Tercera. No podía fallarle porque quizá fuera su último intento.

Su atención se dirigió hacia la nuca del muerto. Examinó la piel pálida y blanda sin encontrar nada extraño. Luego le deshizo el moño y ascendió por el cuero cabelludo palpándolo con los dedos en dirección a la coronilla. Con la ayuda de una espátula inspeccionó las orejas, tanto por fuera como por dentro. Después, bajó al cuello, duro como el de un toro, y más tarde a los descomunales hombros. Observó la parte interna de los brazos, los codos y los antebrazos, sin advertir nada que le llamase particularmente la atención. Sin embargo, se detuvo en su mano derecha, prestando especial cuidado a la base de su dedo pulgar.

«Una callosidad circular...».

Anotó algo en sus papeles.

Deslizó sus dedos sobre la espalda presionando sobre las vértebras y los músculos hasta detenerse en los glúteos. No halló induraciones o fracturas, nada que revelara un homicidio. Tras concluir el examen de las piernas, giró otra vez el cadáver. Limpió de nuevo la cara, el cuello y el torso empleando una mezcla de agua y vinagre, para detenerse en las puñaladas que asaeteaban el cuerpo. Al menos tres eran mortales. Estudió su forma y las midió.

«Conforme imaginaba...».

Ascendió hasta el cuello. La herida era terrible. Partía de la zona izquierda, atravesaba la nuez por completo y llegaba casi hasta la oreja

derecha. Comprobó la profundidad del tajo, su dirección y los desgarros de los bordes. Meneó la cabeza.

Dejó para el final la extraña herida de la frente y se concentró en el rostro. Primero inspeccionó las fosas nasales. Luego empleó las pinzas para hurgar en el interior de su boca, de donde extrajo una sustancia blanquecina que aproximó a su nariz. La aspiró con asco y la depositó sobre uno de los cuencos. Anotó algo de nuevo.

—El tiempo pasa —advirtió el maestro.

Cí no le prestó atención. En su cabeza bullían multitud de datos y aún no conseguía hilvanar la respuesta. Continuó concentrado en las mejillas del hombre, las cuales frotó con vinagre hasta revelar unos ligeros arañazos. Después ascendió a los ojos y, por último, se detuvo en la frente, el lugar en el que parecía que le hubieran machacado la piel con un objeto rectangular y pesado.

Con la ayuda de un escalpelo, retiró los restos de tierra que aún permanecían adheridos a los bordes de la herida. Para su sorpresa, comprobó que el hundimiento cuadrangular no obedecía a ningún impacto, sino que más bien respondía a una brutal disección practicada con algún objeto cortante y que la propia tierra había disimulado.

Dejó el instrumental y mojó el pincel en la piedra de tinta. Su corazón se aceleró. Había descubierto algo.

Volvió a los brazos y a las manos, donde halló nuevos arañazos. Luego inspeccionó de nuevo la coronilla, apartando con cuidado el cabello. Una vez confirmadas sus sospechas, cubrió el cuerpo con el sudario. Cuando se volvió hacia el maestro, sabía que había ganado.

—Y bien, hechicero, ¿algo nuevo que añadir? —preguntó con una sonrisa Astucia Gris.

—No demasiado. —Y bajó la cabeza para releer sus notas.

Los estudiantes rompieron a reír y exigieron a gritos que Xu les pagase. El adivino pidió, nervioso, que aguardasen el informe de Cí, pero éste continuaba enfrascado mirando sus notas.

Xu lo maldijo.

Iba a comenzar a pagar cuando Cí le detuvo. Acto seguido, el joven sostuvo que serían los estudiantes los que pagarían hasta el último *qián*. Los alumnos mudaron la sonrisa de burla por un gesto de estupor.

—¿A qué te refieres? —se adelantó Astucia Gris—. Si lo que pretendes es burlarte de nosotros...

Cí ni siquiera lo miró. Se dirigió hacia el lugar donde permanecía el maestro y esperó a que éste le permitiera continuar. El profesor lo contempló en silencio un buen rato, como si intuyese que se encontraba frente a alguien verdaderamente especial. Alguien que, desde luego, no era un vulgar hechicero.

—Adelante —le invitó.

Cí le obedeció. Había preparado bien su discurso.

—En primer lugar, he de advertiros que cuanto aquí escuchéis responde fidedignamente a los designios de los dioses del cielo. Los mismos designios que me obligan a exhortaros respecto a las obligaciones a las que a partir de este momento os comprometéis. Os conmino a que mantengáis el secreto de las revelaciones que os haré

llegar y de cuantas atañan a su autor, el que es vuestro humilde siervo.
—Y se inclinó en espera de aprobación.

—Continúa. Tu secreto permanecerá a salvo —dijo el maestro sin demasiada convicción.

—Vuestro alumno, Astucia Gris, ha practicado un examen burdo y superficial. Ofuscado por la vanidad, se ha detenido en asuntos banales, pasando por alto aquellos detalles en los que reside la verdad. Al igual que un millar de *li* han de recorrerse paso a paso, el examen de un cadáver exige la pausa de la modestia y la minuciosidad de la humildad.

—Una humildad de la que pareceis carecer... —apuntó Ming.

Cí se mordió la lengua. Hizo una reverencia y continuó.

—El asesinado se llamaba Fue Lung. Convicto por graves crímenes, había sido condenado a servir como soldado en el destacamento de Xiangyang, en la frontera del río Han, destacamento del que recientemente desertó. Llegó a Lin'an con la intención de comenzar una nueva vida, pero su carácter violento se lo impidió. Como en tantas ocasiones, ayer por la tarde mantuvo una discusión con su esposa, a la que agredió brutalmente, sin miramientos. La mujer no aguantó más. Aprovechó el momento en que su marido cenaba confiado para atacarle por la espalda y rebanarle el cuello. Respecto a esa desdichada, podréis encontrarla en su casa, cerca de las murallas donde apareció el cadáver. Tan sólo debéis preguntar en la tienda de los yurchen, la que está situada junto al muelle del norte. Allí os indicarán dónde vive, si es que no se ha suicidado.

Nadie respondió. Ni siquiera Xu fue capaz de articular palabra cuando Cí le indicó que cobrara sus deudas. Finalmente, Astucia Gris se adelantó un paso. De repente, abofeteó a Cí.

—Pero... —Cí enmudeció.

—Hasta ahora creía haber escuchado divagar a todo tipo de charlatanes, buscavidas y granujas —le interrumpió—, pero tu descaro supera cualquier acto imaginable. ¡Desaparece antes de que nos enfademos!

Por toda respuesta, Cí le devolvió la bofetada.

—Ahora escúchame tú. No soy culpable de tu ineptitud ni de tu indolencia. Si hasta limpiaste el cuerpo antes de comprobar cualquier evidencia.

Astucia Gris intentó responder a Cí, pero Ming lo detuvo.

—Pero, maestro... ¿No veis que sólo pretende esquilmarnos?

—Tranquilo, Astucia Gris. Las palabras de este joven rezuman tal convencimiento que puede que respondan a algún tipo de verdad. Sin embargo, como os he comentado en otras ocasiones, aunque la convicción pueda ayudarnos en nuestro trabajo, a veces también es el arma del fanatismo y la intolerancia. Por sí misma, la exaltación no es suficiente para condenar a una persona y por esa misma razón ningún tribunal la aceptaría como prueba, de modo que mantened las monedas en vuestros cinturones porque aún están a salvo. —Se giró hacia Cí—. Y ahí permanecerán mientras este insolente no argumente sus afirmaciones. En caso contrario, habríamos de concluir que únicamente

son fruto de su imaginación. O peor aún: de su presencia en el lugar del crimen.

Cí respiró pesadamente. Esta vez no se encontraba frente a un crédulo cortejo de familiares desolados, sino ante la élite de la Academia Ming, el lugar en el que se preparaban los mejores investigadores del estado, y frente a su máximo representante, el maestro Ming. Si rechazaba ofrecer explicaciones le tomarían por un farsante, pero si se las suministraba, sabrían sin duda que poseía conocimientos de medicina. Y eso podría resultar peligroso.

Intentó evitarlo argumentando que si precisaban pruebas, tan sólo tenían que acudir al lugar del crimen y comprobar la veracidad de sus afirmaciones, pero en lugar de convencer al maestro sólo logró que éste le amenazara con acudir a las autoridades y denunciarlo.

Apretó los puños. Sabía que corría un riesgo, pero había llegado el momento de acallar a aquellos ricos presuntuosos.

—De acuerdo. Comencemos por la causa de su muerte —dijo por fin—. Este individuo no falleció en ninguna pelea. No existieron varios agresores ni tampoco distintos embates. Murió a causa de una única herida, la de su cuello, que secciona completamente la garganta y los conductos sanguíneos de su costado derecho. Su inicio y dirección indican que fue realizada desde atrás y de abajo hacia arriba. Podrían habérsela inferido estando de pie, pero no olvidemos que hablamos de un gigante, de un hombre que supera en dos cabezas la altura de cualquier otro, lo que en principio nos conduciría a un agresor de una estatura muy superior y, por tanto, inexistente. A menos, claro está, que nuestro hombre se encontrase sentado, agachado o tumbado. Respecto a las otras puñaladas, las que presenta en la parte frontal del torso, del análisis de las heridas se desprende que todas fueron provocadas con la

misma arma, desde el mismo ángulo y con la misma intensidad, es decir: todas fueron asestadas por la misma persona. Curiosamente, tres de ellas, las que atraviesan el corazón, el hígado y el pulmón izquierdo, son mortales de necesidad, lo que haría innecesario el resto de las puñaladas, incluida la que le degolló. —Se acercó al cadáver y lo destapó para señalarlas—. Así pues, nada lo relaciona con la extraña fábula de una cuadrilla de atacantes.

—Presunciones —dijo Astucia Gris.

—¿Estás seguro?

Sin mediar palabra, Cí asió su espátula a modo de puñal y se abalanzó sobre Astucia Gris con la intención de agredirle. Al advertirlo, el estudiante retrocedió de un salto y se defendió como pudo interponiendo los brazos ante los envites que una y otra vez Cí lanzaba con la herramienta de madera. Cí acorraló al joven contra una esquina, pero por más que lo intentó, no logró impactar en su pecho.

De repente, del mismo modo que había iniciado la agresión, Cí la detuvo.

Astucia Gris permaneció de pie, con la boca abierta y los ojos, aún incrédulos, a punto de salirse de sus órbitas. Para su extrañeza, nadie había acudido en su auxilio. Ni siquiera el maestro Ming, quien había observado la escena impasible.

—¡Maestro! —protestó Astucia Gris.

Por toda respuesta, Ming concedió la palabra a Cí.

Éste le cumplimentó.

—Como ves —se dirigió a Astucia Gris—, por más que lo he intentado, no he logrado superar tu defensa. Ahora imaginemos la situación: si en lugar de una espátula de madera hubiese empleado un puñal, tus brazos mostrarían ahora cuchilladas. E incluso aunque te hubiera alcanzado en el pecho, los ángulos y la profundidad de las heridas habrían sido diferentes.

Astucia Gris no respondió.

—Pero eso no explica que el asesino fuese una mujer, ni que esa mujer fuese su esposa, ni que el hombre fuera un exconvicto, ni que hubiera desertado del regimiento de Xiangyang, ni, por supuesto, el resto de invenciones que te has atrevido a pronunciar —le increpó el maestro.

En lugar de contestar de inmediato, Cí regresó junto al cadáver. Luego le alzó la cabeza y señaló la herida de la frente, cerciorándose de que todos pudieran contemplarla.

—¿El resultado de una caída? De nuevo un error. Astucia Gris limpió el cuerpo donde no debía y, en cambio, no lo hizo donde se necesitaba. De lo contrario, habría descubierto que la piel que él supuso machacada, en realidad fue arrancada del cráneo con el mismo cuchillo con el que el difunto fue degollado. Observad los bordes de la herida. —Cí los recorrió con sus dedos enguantados—. Sus límites, antes ocultos por la tierra, tras la limpieza se revelan agudos y definidos siguiendo una trayectoria cuadrangular practicada con un único propósito.

—¿Un ritual demoníaco? —se le adelantó Xu.

«Por favor, Xu. No me ayudes ahora».

—No —continuó Cí—. El recorte en la piel intentaba eliminar algo que, de permanecer, habría posibilitado la identificación del cadáver. Una señal que establecía sin lugar a dudas que el difunto era un peligroso criminal, condenado al peor de los castigos. Y un hecho que vinculaba indefectiblemente al fallecido con su asesino. —Hizo una pausa y se dirigió al maestro—: La piel que le fue extraída no era común. Al contrario, el fragmento que le fue extirpado lucía el tatuaje que se les practica a quienes son declarados culpables de homicidio. Por ese motivo su asesina trató de borrar el rastro. Pero, por fortuna, olvidó, o quizá lo desconocía, que a los convictos por asesinato no sólo se les tatúa en la frente la advertencia sobre su delito, sino que sus nombres también se graban en la coronilla, aquí, bajo el pelo.

Los rostros de los estudiantes comenzaron a cambiar el desdén por el estupor. El maestro se adelantó.

—¿Y la conclusión de que desertó de Xiangyang?

—Es bien conocido que nuestro código penal establece la ejecución, el exilio y los trabajos forzados en el ejército como penas posibles para los delitos de asesinato. Puesto que sabemos que el sujeto estaba vivo hasta ayer, nos quedarían el exilio y los trabajos forzados. —Se desplazó hasta el lugar donde descansaba la mano derecha del cadáver—. Sin embargo, la callosidad circular que bordea la base de su pulgar derecho confirma con rotundidad que este hombre portó, hasta hace muy poco, el anillo de bronce con el que se tensa el tendón de los arcos.

—Déjame ver —le apartó el maestro.

—Y sabemos que en la actualidad, debido a la presión de los invasores Jin, todo nuestro ejército está concentrado en Xiangyang.

—Y por eso afirmas que desertó.

—En efecto. En situación de alerta, nadie puede abandonar el ejército, pero este hombre lo hizo para regresar a Lin'an. Y no hace mucho, a juzgar por el color moreno de su frente.

—No acabo de entender —se extrañó el maestro.

—Fijaos en esta débil marca horizontal —le señaló la frente—. Existe una ligerísima diferencia en el tono de su piel, aquí, a lo largo de las cejas.

El maestro comprobó que era cierto, pero aun así no comprendió.

—Es la típica marca de un pañuelo. En los campos de arroz, a los campesinos que los usan les llaman los «doscolores». Pero esta señal es mucho más tenue, lo que indica que empezó a usar el pañuelo para ocultar su tatuaje hace poco.

El maestro volvió a su sitio. Cí comprobó que su rostro se fruncía, como si valorase con detenimiento su siguiente pregunta.

—¿Y el lugar en el que podemos encontrar a su mujer? ¿Qué es eso de que preguntemos en el mercado?

—Ahí tuve suerte. —Le traicionó su espontaneidad, pero siguió—: En su boca hallé restos de un alimento blancuzco en cantidad tan abundante que me lleva a deducir que fue asesinado mientras comía.

—Pero aún no entiendo...

—Lo del mercado, sí... Mirad. —Cogió el cuenco donde había depositado los restos de comida—. Es queso.

—¿Queso?

—Sorprendente, ¿verdad? Una vianda tan impropia de estas latitudes y de nuestros gustos, pero que sin embargo es típica entre las tribus del norte. Que yo sepa, tan sólo lo importa el puesto de alimentos exóticos que desde hace años administra el viejo Panyu, quien sin duda conocerá de memoria a los clientes que le encargan un alimento tan asqueroso.

—Al que debió aficionarse durante su estancia en el ejército...

—Es lo que supongo. Allí comen lo que encuentran.

—Pero eso no explica que fuera asesinado por su mujer.

Cí consultó sus anotaciones. Asintió con la cabeza y elevó un brazo del muerto.

—También encontré esto. —Y le mostró unas marcas débiles.

—¿Arañazos?

—Y en sus hombros. En ambos. Se revelaron cuando empleé el vinagre.

—Ya veo. Y eso te hace suponer...

—Que ese día ella fue maltratada con dureza. La mujer no aguantó más y mientras su marido cenaba, aprovechó para rebanarle el cuello. Luego, en un ataque de rabia e impotencia, se sentó a horcajadas sobre él y siguió apuñalándolo cuando ya estaba muerto. Finalmente, cuando se calmó, lo despojó de cuanto pudiese vincularlo con ella: el anillo, los objetos de valor...

—Y el tatuaje de su frente.

—Y el tatuaje de su frente. Después lo arrastró como pudo fuera de su casa, dejándolo donde fue encontrado. Por su tamaño, no pudo acarrearlo más lejos.

—Verdaderamente fantástico... —admitió el maestro.

—Gracias —se inclinó Cí.

—No tan rápido, muchacho. No es un halago. —Ming borró de su rostro el gesto amable—. Digo fantástico por la enorme fantasía que ha rodeado cada una de tus afirmaciones. O si no, ¿cómo definirías tú a quien se atreve a afirmar sin sonrojo que la asesina de este hombre fue su mujer y no su hermana? Y si careces de la piel de la frente, ¿cómo te atreves a asegurar que en ella había un tatuaje en el que se pregonaba que era un asesino?

—Pero yo...

—Silencio —le interrumpió—. Eres listo. O mejor dicho: espabilado. Pero no tanto como crees.

—Entonces, la apuesta... —intervino Xu.

—Ah, sí. La apuesta... —Sacó una bolsa de monedas que le entregó al adivino—. Considerad la deuda saldada.

El maestro entornó los párpados. Luego le saludó e hizo una seña a sus alumnos para que abandonaran el mausoleo. Él hacía ya lo propio cuando llamó a Cí.

—Señor... —se inclinó.

El maestro le pidió que le acompañara fuera. Una vez allí, lo apartó hacia uno de los setos. Cí imaginó que algo malo iba a suceder y su pulso se aceleró. Lo sentía golpear en sus sienes con fuerza. Aguardó a que hablara.

—Dime una cosa, muchacho. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno —respondió.

—¿Y dónde has estudiado?

—¿Estudiar? No sé a qué os referís —mintió.

—Vamos, chico. Mi vista flojea, pero hasta un ciego distinguiría de dónde proceden tus habilidades.

Cí cosió sus labios. El maestro insistió, pero Cí no los despegó.

—Está bien... como prefieras... Pero es una verdadera lástima que no desees colaborar, porque a pesar de tu osadía, he de reconocer que me has impresionado.

—¿Una lástima, señor?

—Así es. Casualmente, la semana pasada uno de nuestros estudiantes cayó enfermo y hubo de regresar a su provincia de origen. Ahora la academia dispone de una plaza vacante, y aunque tenemos una larga lista de espera, siempre andamos a la búsqueda de alumnos con talento. Se me ocurrió que tal vez te interesase cubrirla... —Hizo una pausa—. Pero ya veo que no.

Cí no daba crédito a lo que escuchaba. La Academia Ming era el sueño de todos cuantos aspiraban a hacer carrera en la judicatura, el objetivo de

los que deseaban evitar los difíciles exámenes imperiales y de quienes pretendían conseguir un hueco entre la élite de la sociedad. Entrar en la academia era mucho más de lo que él jamás hubiera podido desear. El primer paso hacia su redención y la de su familia.

Y de repente aparecía frente a él como una manzana madura. Sólo tenía que estirar la mano y aprovechar la oportunidad.

Luego sonrió con amargura. Por mucho que quisiera engañarse, aquello no era más que un triste sueño. Aunque Ming le ofreciera una plaza, no disponía de los medios necesarios para afrontar sus altísimos honorarios. Era como el dulce de miel con el que engañaban los labios de un niño enfermo para que abriese la boca antes de verterle una medicina amarga. Por eso, cuando el maestro añadió que le permitiría hospedarse en la academia con los demás estudiantes y que podría cubrir los honorarios correspondientes al alojamiento y la comida trabajando en la biblioteca por las tardes, Cí no quiso despertar. Aquello suponía que podría estudiar día y noche, aprender técnicas desconocidas, experimentar con los últimos descubrimientos, con las últimas pócimas. Significaba luchar por alcanzar su meta. Significaba que por fin su vida brillaría.

No supo qué decir, pero sus ojos fulguraban intensamente, revelando lo que su alma sentía. Y el maestro supo interpretarlo.

Por esa misma razón, cuando Cí rechazó su propuesta, Ming no pudo evitar una mueca de estupor.

CAPÍTULO 19

Mientras volvía a la tarea, Cí maldijo su suerte; aquella fortuna adversa que le servía en bandeja cuanto anhelaba para luego arrebátárselo sin miramientos.

Lo que Ming le había ofrecido era más de lo que cualquier joven ambicioso hubiera podido desear. Un regalo irrechazable, de tal extraordinaria proporción que ni todo el jade del mundo sería capaz de pagarlo. Había puesto a su disposición un tesoro a cambio de muy poco. Pero, para su desgracia, ese poco era un peaje que él no podía permitirse.

No podía abandonar a su hermana.

La academia no le habría ocasionado gasto alguno. Ni de libros, ni de hospedaje, ni de manutención. Todo estaba incluido a cambio de estudiar duramente y trabajar en la biblioteca. No obstante, tampoco percibiría ningún emolumento, pues lo contrario resultaría un deshonor. Le había consultado a Ming la posibilidad de asistir a las clases y mantener su trabajo en el cementerio, pero en aquella cuestión el maestro

se había mostrado inflexible. Y tampoco aceptó discutir sobre empleos externos a media jornada. Si decidía entrar, la dedicación al estudio debía ser total. Pero sin el dinero que le proporcionaba su trabajo como adivino, le resultaría imposible afrontar la compra de las medicinas de Tercera. Ni su sustento. Ni su vivienda.

Comenzó a cavar más duro que antes y siguió haciéndolo hasta que las llagas de sus manos cubrieron de sangre el mango de la azada. Ni siquiera así paró. Sólo cuando el anochecer extendió su manto sobre el cementerio, Cí recordó que su hermana le esperaba en la barcaza. Entonces se detuvo. Se adecentó como pudo y emprendió el regreso.

Aquella noche le resultó imposible dormir. Tercera sudaba y no paraba de toser. Se retorció junto al jergón maloliente sobre el que se debatía la pequeña, preguntándose qué hacer. Horas antes le había suministrado la última dosis de medicina. No disponía de más y tampoco le quedaba dinero. Xu se había negado a compartir la bolsa que le había entregado el maestro Ming, alegando que quien había arriesgado su dinero había sido él y que era a él a quien le correspondían las ganancias.

Le odió por ello. Cuando de madrugada Xu le avisó para partir hacia el cementerio, Cí hizo oídos sordos. Aunque era verano, arrojó a su hermana para que dejara de temblar y retó al adivino.

—No se os ocurra hacerla trabajar.

Luego cogió su talega y abandonó la barcaza.

* * *

Mientras deambulaba por el puerto entre la marejada de hambrientos que buscaban algo que llevarse a la boca, Cí se preguntó si el juez Feng habría regresado a Lin'an.

Ya no disponía ni de recursos ni de tiempo. No podía buscar otro trabajo ni esperar a que Xu se apiadase de él. Y aunque por su condición de fugitivo le avergonzara deshonorarle con su presencia, Feng era su última esperanza.

Se arrebujó en la camisola y apresuró el paso. Atravesó la ciudad de barca en barca hasta alcanzar el barrio del Fénix, al sur de la ciudad. Una vez pasados los primeros palacetes, reconoció el pabellón de Feng, un edificio antiguo de una sola planta, con un pequeño jardín en su frente y otro a sus espaldas. Tembló de emoción al recordar que entre aquellos manzanos habían transcurrido algunos de los días más felices de su vida. Sin embargo, lo que se encontró le sorprendió. Donde años atrás floreciera un cuidado jardín, ahora un sendero desdibujado se perdía bajo la maleza. Avanzó extrañado rodeando un estanque lleno de piedras hasta unos peldaños que crujieron bajo su peso como un pobre viejo. Todo estaba abandonado. Golpeó la puerta temiéndose lo peor. Su antaño reluciente pintura roja era ahora una piel reseca y cuarteada cuyas débiles costras se desprendían como la capa exterior de una cebolla. Un farol chirrió sobre su cabeza. Al alzar la mirada, advirtió que apenas si quedaba de él más que un esqueleto de hierros que se mecía batido por el viento como un ahorcado. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar, pero nadie contestó. Miró a través de las ventanas cuando de repente creyó ver pasar frente a él una cabeza arrugada como una castaña vieja. Fue una visión fugaz a través de una rendija en el papel raído de una ventana. Le pareció una mujer. Cí la llamó, pero la figura desapareció tras las paredes.

Tiró de la aldaba y la puerta cedió, dejando paso a un penetrante olor a moho y humedad que le anegó los pulmones. Entró en la vivienda y cruzó el salón en dirección a los aposentos privados de Feng. Observó con estupor que el lugar estaba absolutamente vacío. Los antiguos muebles labrados habían desaparecido y su lugar lo ocupaba una fantasmagórica capa de telarañas y polvo. Tan sólo viejas marcas de lienzos sobre las paredes parecían evidenciar que alguna vez había existido vida en aquel edificio.

De repente, un ruido a sus espaldas le hizo dar un respingo. Al girarse, alcanzó a distinguir un bulto encorvado corriendo hacia otra habitación. Su corazón galopó. Se apoderó de un listón de bambú en el suelo y siguió el cuerpo hasta la estancia donde se había guarecido. Apenas apreciaba donde pisaba porque los postigos cerrados le impedían la visión. Avanzó a tientas hasta que escuchó algo arrastrarse a pocos pasos de él. Aguzó el oído y vaciló. Alguien parecía respirar a su lado. En ese momento, lo que fuera se movió. Sin pensarlo, Cí se desplazó lateralmente para interceptarlo, pero el bulto le golpeó en la pierna haciéndole caer. Intentó incorporarse cuando unas manos le atacaron. Al defenderse, sintió que eran unos miembros débiles, blandos y escamosos, como el cuerpo de un pez.

La figura chilló hasta aterrorizar a Cí, que se levantó como pudo y arrastró a su atacante hacia el exterior, advirtiéndole que apenas pesaba lo que una oveja. La neblina de la mañana iluminó el amasijo de huesos temblorosos que Cí intentaba sujetar. Se sorprendió al comprobar que se trataba de una pobre anciana tan asustada como él. La mujer intentaba protegerse con sus brazos de palillo mientras gimoteaba como un cachorro abandonado. Suplicó que no la golpeará. Le dijo que no había robado nada. Que tan sólo vivía escondida allí.

Cuando Cí consiguió serenarse, la contempló. Bajo un saco mugriento relucían unos llamativos ojos blancos, puro reflejo del temor. Le preguntó qué hacía en la casa del juez Feng. Al principio no contestó, pero cuando la sacudió por los hombros, la mujer le aseguró que hacía meses que nadie vivía allí.

Cí la creyó. La maraña estropajosa de pelo blanco ocultaba un semblante moreno maltratado por la vejez y el hambre. Sus ojos no mentían. Tan sólo le miraban asustados. De repente, se abrieron aún más hasta iluminar su rostro.

—¡Por todos los cielos! ¿Cí? ¿Eres tú, muchacho?

Cí enmudeció cuando, por un instante, aquellos ojos refulgentes cobraron sentido para él. Poco a poco, el rostro marchito se fue alisando y la suciedad de sus arrugas desvaneciéndose hasta recuperar su antiguo rostro. La anciana que ahora le abrazaba nerviosa, con los ojos inundados de lágrimas, era Suave Corazón, la antigua sierva del juez Feng. La mujer que durante años había cuidado del magistrado y de su casa.

Cí la contempló con tristeza. Recordó que en sus últimos días con el juez Feng la anciana había comenzado a perder la cabeza. Aun así, Feng la había mantenido bajo su servicio. O, al menos, así fue hasta que murió su abuelo y hubieron de abandonar Lin'an.

Suave Corazón no supo decirle mucho más. Sólo que dejó de servir al juez cuando aquella mujer apareció.

—¿Qué mujer?

—La maldita mujer. Era hermosa, sí. Pero nunca te miraba a los ojos.
—La anciana gesticulaba con sus brazos en el aire, como si pudiera conformar la figura de la que hablaba. Miraba al vacío, donde veía lo que describía como si realmente sucediera—. Trajo nuevos sirvientes... y también la desgracia.

—¿Pero dónde están ahora?

—Vivo sola. Me escondo... A veces aparecen en la oscuridad y me hablan... —Sus ojos de nuevo se aterrorizaron—. ¿Quién eres tú? ¿Por qué me sujetas? —Se soltó de Cí y retrocedió.

Cí la contempló, otra vez era un bulto encorvado y delirante. Intentó ayudarla, pero la mujer se dio la vuelta, echó a correr como si la persiguieran los diablos y desapareció en la espesura.

«Pobre anciana. Aún sigue en la tierra, pero ya vive con los espíritus».

Entró de nuevo en la vivienda en busca de alguna pista que le alumbrase de algún modo, pero no halló más que la basura acumulada por Suave Corazón. Sin duda, aquella casa llevaba tiempo abandonada. Le extrañó que el juez Feng no le hubiera comentado nada la última vez que le vio.

Cuando salió del palacete, un sol desvaído se ocultaba bajo una gruesa capa de nubes. La lluvia no se molestó en mandar un aviso. De regreso a la barcaza, una tromba de agua le obligó a guarecerse en el mercado de esclavos. Allí, bajo un toldo que amortiguaba la lluvia, con el frío aterciandole los huesos, la desesperación le atenazó. Su último recurso había desaparecido antes de encontrarlo. Quizá Feng aún no hubiera regresado de su periplo por el norte, o quizá lo hubieran destinado a otra ciudad. En cualquier caso, ya le daba igual. No tenía tiempo ni dinero ni

trabajo. No tenía a donde ir. No podía adquirir medicinas y Tercera no podía esperar. Miró a su alrededor para darse de bruces con un grupo de esclavos procedentes del norte que caminaban atados como ganado. Yurchenes capturados durante las escaramuzas, supuso. Su aspecto era lastimoso, pero, al menos, dispondrían de alimento y cama. En cierto modo, los envidió.

Tomó una decisión. Quizá fuera la decisión más terrible de su vida, pero no se cruzaría de brazos sin intentarlo. Salió en medio de la lluvia y corrió hacia los Campos de la Muerte.

Conforme ascendía la colina que culminaba en el mausoleo, el corazón le tembló.

Encontró a Xu trabajando en un ataúd. El adivino le miró de soslayo, como si le hubiese estado esperando. Dejó de clavetear y se incorporó.

—Pareces un pollo mojado. Cámbiate y ayúdame con esto.

—Necesito dinero —le dijo sin inmutarse.

—También yo. Ya hemos hablado de eso.

—Lo necesito ahora. Tercera se muere.

—Es lo que le pasa a la gente. ¿No has visto dónde estamos?

Cí aferró a Xu por la pechera. Iba a golpearle, pero se contuvo. Lo soltó y le arregló los ropajes. Luego bajó la frente, como si no quisiera escuchar lo que iba a decirle. Frunció los labios antes de escupirle.

—¿Cuánto pagarías por mí?

Xu dejó caer el martillo. No podía creer lo que Cí acababa de proponerle. Cuando el joven le confirmó que quería venderse como esclavo, Xu resopló.

—Diez mil *qián*. Es cuanto puedo ofrecerte.

Cí aspiró. Sabía que si regateaba podría conseguir mucho más, pero ya no le quedaban fuerzas. Las había perdido noche tras noche escuchando los lamentos ahogados de su hermana y buscando una solución que no había encontrado. Ya todo le daba igual. Le faltaban el aire y la vida. Estaba exhausto. Por eso aceptó.

Xu soltó el ataúd y corrió a redactar el documento que certificaría la venta. Humedeció su pincel con saliva y garrapateó ansioso el contrato. Luego se levantó, llamó al jardinero para que actuara de testigo y se lo tendió a Cí para que lo validara.

—He puesto lo fundamental. Que me prestarás tus servicios y me pertenecerás hasta tu muerte. Ten. Firma.

—Primero el dinero —le exigió.

—Te lo entregaré en la barcaza. Tú firma ahora.

—Entonces lo firmaré allí, cuando lo tenga en mis manos.

Xu lo admitió a regañadientes. No obstante, ordenó a Cí que claveteara ataúdes como si ya le perteneciera. Él, mientras tanto, tarareó una cancioncilla para acompañar el mejor golpe de suerte que había tenido en años.

* * *

A media tarde emprendieron el regreso.

Xu lo hizo a paso ligero, canturreando la misma melodía una y otra vez. Cí le siguió lento, cabizbajo, arrastrando los pies a cada paso, consciente de que todo cuanto había soñado en su vida estaba desapareciendo igual que el sol que se apagaba tras el horizonte. Intentó apartar aquellos pensamientos para concentrarse en la carita de su hermana. Sonrió confiando en que por fin la curaría. Le compraría los mejores medicamentos y crecería hasta convertirse en una bella señorita. Ése, y no otro, era ahora su sueño.

Sin embargo, conforme se aproximaban al muelle, su ánimo comenzó a oscurecerse.

Cuando Cí divisó la barcaza, supo que algo terrible acababa de suceder. Afuera, las esposas de Xu gritaban y agitaban los brazos con desesperación, conminándoles a que se apresuraran. Xu aligeró el paso y Cí voló. Saltó a la barcaza desde tierra y entró en la caseta en la que solía descansar Tercera cuando empeoraba. La buscó a gritos, pero nadie contestó. Sólo las lágrimas de las mujeres le indicaban lo que había sucedido.

Se revolvió sobre sí mismo hasta que la descubrió.

Al fondo del cubículo, tapada con un trapo junto a un cubo de pescado, yacía el cuerpecito desmadejado de su hermana. Estaba allí, callada, pálida, durmiendo para siempre.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO 20

Durante el sepelio, Cí sintió que una parte de él se quedaba dentro del pequeño ataúd. La otra parte era un amasijo de carne desmembrada, retales que aunque se cosieran jamás volverían a lucir como antes. Por primera vez sintió más pena por su alma que por su cuerpo, como si las quemaduras que le habían desfigurado desde niño abrasaran ahora su interior y no encontrara el agua que pudiera apagarlas.

Lloró hasta que se le secaron las lágrimas. Se encontraba vacío, como si su cuerpo fuera sólo un caparazón hueco. Únicamente sentía amargura y desesperación. Primero habían fallecido sus hermanas. Luego su hermano y sus padres. Y ahora la pequeña.

No le acompañaba nadie. Tan sólo Xu. El adivino se mantenía expectante en silencio, masticando unas raíces junto a la carretilla alquilada en la que habían transportado el féretro. Cí aún no había terminado de arreglar las flores con las que pretendía disfrazar la tristeza

de la fosa cuando el adivino se le acercó y le puso en las narices el contrato de su venta como esclavo. Cí se revolvió. Aferró el papel y lo rompió en mil pedazos. Sin embargo, a Xu no pareció afectarle. Se agachó para recogerlos tranquilamente y comenzó a juntarlos con cuidado, como si pretendiese recomponerlos.

—¿No quieres firmarlo? —sonrió—. Dime una cosa, Cí. ¿En serio crees que voy a dejar escapar a la mejor baza de mi negocio?

Cí lo atravesó con la mirada. Iba a marcharse cuando escuchó aullar a Xu.

—¿A dónde crees que vas? ¡Sin mí no eres nada! Sólo un pretencioso muerto de hambre.

—¿A dónde? —Cí explotó—. ¡Lejos de ti y de tu asquerosa codicia! ¡A la Academia Ming!

Apenas podía pensar. Nada más acabar la frase se arrepintió de haberla pronunciado.

—¿De verdad crees eso? ¡Pero qué equivocado estás! —Rio—. Si me abandonas, te denunciaré a ese alguacil que vino a buscarte al cementerio, luego me mearé en la tumba de tu hermana y me iré de putas con la recompensa.

Un relámpago en forma de puñetazo interrumpió las amenazas de Xu. El segundo golpe acabó con sus dientes. Cí sacudió la mano mientras se contenía para no aplastarle el cráneo. Xu escupió sangre, pero aun así mantuvo su sonrisa bobalicona.

—Estarás conmigo o con nadie.

—¡Escúchame tú! —le retó—. Ponte tu maldito disfraz y saca las migajas que puedas. Seguramente engañarás a los suficientes como para obtener más que con la recompensa. Si algún día me entero de que has hablado con Kao, correré la voz de tus mentiras y se te acabará el negocio. —Iba a marcharse, pero se detuvo—. Y si me entero de que has rozado un grano de tierra de esta tumba, te abriré en dos y me comeré tu corazón.

Dejó una última flor sobre la tumba de Tercera y partió de la colina en dirección a Lin'an.

* * *

Cí contempló los sauces desnudos zarandeados por el viento, diciéndose que ni sus ramas más descarnadas se sentirían tan abandonadas como él. La lluvia invernal traspasaba sus ropas y golpeaba su piel mientras vagabundeaba pensando en la nada, a solas con su tristeza. Unos pasos huérfanos le condujeron por un bullicio del que no se percató entre una miríada de almas que no repararon en él.

Anduvo toda la mañana recorriendo los mismos canales, las mismas callejuelas, repitiendo trayectos sin advertirlo. Miraba al suelo. Pisaba la suciedad que poco a poco parecía trepar por sus piernas para asfixiarle la garganta. A mediodía se detuvo para respirar. Alzó la vista y se encontró atrapado en un dolor más fuerte que la soledad, padeciendo en su alma el peso agobiante de la desesperanza. Mientras deslizaba su espalda contra el viejo pilar de madera hasta acuclillarse, se preguntó si merecería la pena estudiar en la academia. ¿Acaso el conocimiento que

adquiriese le devolvería la alegría de Tercera o el tierno cariño de su madre o la honestidad que su padre le había negado?

Imágenes desdibujadas de su hermana, pequeñas sonrisas que parecían desvanecerse entre la lluvia, sus ojitos vivarachos brillantes por la fiebre... Todo desaparecía volviéndose de un gris plomizo y uniforme, del horrible color del desaliento.

Pensó en su familia: en su madre, en su padre, en sus hermanos... Recordó el tiempo en que todos eran felices; el tiempo en el que compartían ilusiones que saltaban de unos a otros. Un tiempo que ya jamás regresaría.

Permaneció sentado mientras el agua que caía sobre su rostro enturbiaba su mirada, del mismo modo que la soledad ensombrecía su alma. Se habría quedado allí de no ser por el joven pordiosero que se sentó inesperadamente a su lado en busca de refugio. El muchacho no tenía brazos. Tan sólo dos muñones a los que habían atado unas bolsas de tela para que pudiera acarrear grano. Pese a su limitación, el muchacho sonreía mostrando sus encías vacías y unos ojos que desaparecían en un guiño de felicidad. Le dijo que le gustaba la lluvia porque le lavaba la cara. Cí le ajustó las bolsas y enjugó su rostro con un paño empapado. Recordó entonces la cara de Tercera, siempre risueña pese a la enfermedad. Imaginó su espíritu cerca de él, animándole a que se levantara y corriese hacia sus sueños. Sintió su presencia. Por un instante casi la tocó.

Acarició la cabeza del mozuelo y se levantó. Comenzaba a escampar. Si se apresuraba, alcanzaría la Academia Ming antes del atardecer.

Llegó antes de lo imaginado, impulsado por una ansiedad que fue incapaz de dominar. Desde el exterior del antiguo palacio donde se ubicaba la academia adivinó las siluetas de los estudiantes que discutían animadamente tras las ventanas iluminadas. Sus risas traspasaban los jardines de ciruelos, perales y albaricoqueros que se erguían frente al poderoso muro de piedra que protegía el edificio. Soñó que él era uno más de ellos y su alma chisporroteó. En ese instante, un grupo de estudiantes apareció por una calleja en dirección a la academia. Charlaban sobre los libros que acababan de adquirir y apostaban respecto a cuál sería el primero en aprobar los exámenes que les conducirían a la judicatura. Detrás de ellos, un par de criados tiraban de un carro de mano cargado de fruta, dulces y viandas.

Cuando el grupo traspasó la puerta, el corazón se le encogió. Por un momento, se preguntó si realmente su sitio estaría en un lugar reservado a jóvenes adinerados, descendientes de nobles y de jueces hastiados de riquezas. Observó que uno de los estudiantes le miraba por encima del hombro, como si temiera que su proximidad pudiera contaminar su nobleza. Al sentirse descubierto, el joven miró hacia otro lado y cuchicheó algo a sus compañeros, quienes se giraron para mirarle con desprecio. Luego desaparecieron tras la puerta de doble hoja que daba acceso al palacio. Cí los vio marchar. Dentro se custodiaban la sabiduría y la limpieza. Afuera quedaban la basura y la ignorancia.

Se armó de valor y les siguió.

Se dirigía hacia el jardín cuando le salió al paso un hombrecillo, vara en mano, agitándola como quien espanta a una mosca. Cuando Cí le comunicó su intención de entrevistarse con el maestro Ming, el criado lo miró de arriba abajo y le contestó que era imposible. Aunque Cí le aseguró que el propio Ming le había invitado, el guardián no le creyó.

—El maestro no invita a pordioseros. —Le empujó a empujones hacia la puerta.

Mientras retrocedía, Cí advirtió cómo los estudiantes se reían de él antes de desaparecer tras los árboles.

No lo soportó. Era su oportunidad y no iba a perderla. Se zafó del hombrecillo y echó a correr hacia el edificio mientras a su espalda resonaban gritos de alarma. Traspasó el umbral de entrada y atravesó un salón al tiempo que una jauría de estudiantes se unía al criado que intentaba capturarlo. Cí cerró tras de sí una segunda puerta y saltó por una ventana a otra habitación donde varios jóvenes permanecían meditando. Sin darles tiempo a reaccionar, cruzó el aula y corrió hacia una biblioteca, donde se dio de bruces contra un grupo de alumnos que consultaban sus volúmenes, haciendo que varios libros cayeran por el suelo desparramados. Miró a su alrededor. Allá donde fuera, nuevos estudiantes se unían al hombrecillo, que le pisaba los talones. Estaba rodeado. Advirtió unas escaleras que conducían hacia las dependencias superiores y se encaramó por ellas subiendo los peldaños de dos en dos. Sin embargo, al llegar arriba, encontró que la puerta en la que finalizaban estaba cerrada. Intentó forzarla a empujones, pero no cedió. Para cuando quiso retroceder, una muchedumbre enfurecida comenzaba a ascender hacia él enarbolando todo tipo de palos y varas. Cí apoyó la espalda contra la puerta y volvió a empujar. Casi podía sentir los golpes en su rostro. Se protegió la cara a la espera del primer impacto, pero no llegó a recibirlo porque la puerta se abrió sola hacia adentro.

De repente, los perseguidores se detuvieron en seco.

Cí no comprendió lo que sucedía hasta que giró la cabeza. Tras él, la figura muda de Ming, bajo un gorro alado, le observaba con fiereza.

De nada valieron sus explicaciones. Cuando Ming escuchó la versión del criado, ordenó que lo expulsaran. De inmediato, media docena de estudiantes se abalanzaron sobre Cí, lo arrastraron escaleras abajo y lo arrojaron al jardín a empellones, no sin antes advertirle que la próxima vez no tendrían tantos miramientos.

Aún estaba sacudiéndose el polvo cuando un brazo le ayudó a levantarse. Era el guardián que vigilaba la entrada. Una vez de pie, el hombrecillo le tendió una escudilla de arroz. Cí pareció no comprender, pero, aun así, le dio las gracias.

—Dáselas al maestro —dijo, y le señaló la ubicación de su despacho—. Ha dicho que te recibirá mañana si te presentas con educación.

* * *

Cí engulló la ración con avidez, pero, al poco, el arroz se le revolvió en el estómago hasta hacerle vomitar. Luego las horas transcurrieron lentas mientras se agotaban los últimos rayos de luz.

Pasó la noche a la intemperie, tumbado como un perro junto a la puerta de la academia. Apenas durmió. Tan sólo cerró los ojos imaginando a Tercera, ya feliz. Poco podía hacer por ella más que honrarla como al resto de su familia y desear que su espíritu también le protegiera.

A la mañana siguiente sintió cómo una sacudida le desperezaba.

Entre legañas, Cí distinguió al criado que el día anterior le había perseguido con la vara y que ahora le sonreía mostrándole sin rubor los huecos de sus encías urgiéndole a que se levantara y se adecentara. Cí se sacudió el polvo y se recogió el pelo bajo el gorro. Luego siguió al hombrecillo, que corría a pasos menudos, como si llevara los pies atados. El jardinero se detuvo un instante junto a una fuente para permitir que Cí se refrescara y continuó por el jardín hasta llegar a la biblioteca. Una vez allí, se inclinó ante la figura tranquila del maestro Ming, quien hojeaba impasible las páginas de un libro. Al advertir la presencia de Cí, el maestro cerró el volumen y lo depositó sobre una mesa baja que tenía delante. Alzó la vista y lo miró con curiosidad.

Cí se inclinó ante él, pero Ming le indicó que avanzase y tomase asiento. Cuando lo hizo, el profesor se tomó su tiempo en observarle. Cí reparó en su tez clara y sus bigotes de gato. El hombre lucía la misma toga de seda roja con la que le había visto en el cementerio. Cí tamborileó los dedos mientras aguardaba sus palabras. Finalmente, el maestro se levantó.

—Muchacho, muchacho... ¿Cómo debería llamarte? —Paseó de un lado a otro de la estancia—. ¿El sorprendente adivino de asesinatos? ¿O quizá el inesperado invasor de academias?

Cí se ruborizó. Atinó a balbucear que se llamaba Cí, pero cuando el maestro le preguntó por su apellido, recordó el informe sobre la conducta deshonrosa de su padre y en previsión de posteriores preguntas incómodas guardó silencio.

—Está bien, Cí *Sin Padres*. Respóndeme a otra cosa —prosiguió Ming—. ¿Por qué debería mantener mi oferta ante alguien que reniega de sus progenitores con un simulado olvido? Ciertamente, el otro día en el cementerio pensé que alguien con tu perspicacia no sólo merecía una

oportunidad, sino que hasta me atreví a imaginar que quizá tuvieses algo que aportar a la difícil ciencia de los muertos. Pero a la luz de tu violenta irrupción de ayer, más propia de un vulgar salteador de caminos que de un joven honrado, ahora albergo enormes dudas.

Cí buscó una respuesta. No podía revelar su ascendencia sin comprometer su seguridad, pero tampoco deseaba comenzar una cadena de mentiras. Valoró contar que era huérfano, pero, aun así, supuso que el maestro le interrogaría. Transcurrieron unos segundos que a Cí se le antojaron eternos. Finalmente, tomó una decisión.

—Hará unos tres años sufrí un terrible accidente, un grave percance que me borró los recuerdos. —Se desabrochó lentamente la camisola y le mostró las cicatrices que poblaban su pecho. Igual de despacio, se la cerró—. Sólo recuerdo que un día aparecí en medio del campo. Una familia me recogió y cuidó de mis heridas, pero cuando emigraron al sur yo opté por venir a la ciudad. Ellos siempre dijeron que éste debía ser mi lugar.

—Ya. —Ming se atusó los bigotes lentamente—. Y, sin embargo, conoces qué métodos emplear para revelar heridas ocultas, en qué lugar se le tatúa el nombre a un reo o de qué forma unas cuchilladas provocan o no la muerte...

—Con aquella familia trabajé en un matadero —improvisó—. El resto lo he aprendido en el cementerio.

—Muchacho, en el cementerio sólo se aprende a enterrar... y a mentir.

—Honorable señor, yo...

—Eso por no hablar de tu inapropiada irrupción de anoche... —le interrumpió.

—¡Aquel guardián era un necio! Le hablé de la oferta que me hicisteis en el cementerio, pero se negó a escucharme.

—¡Silencio! ¿Cómo te atreves a insultar a alguien a quien no conoces? Aquí todos hacen lo que se les ordena, incluso ese guardián al que tan gratuitamente tildas de necio... y que sin duda te califica a ti como a tal. —Le señaló un volumen que había sobre la mesita—. ¿Lo reconoces?

Cí cogió el volumen y lo ojeó con cuidado. Intentó tragar saliva, pero no lo consiguió. Lo conocía bien porque era el libro de su padre. El mismo que había perdido cerca del canal durante su huida de Kao.

—¿Dónde... dónde lo encontrasteis? —tartamudeó.

—¿Dónde lo perdiste tú? —replicó el maestro Ming.

Cí esquivó su mirada. Inventase lo que inventase, Ming lo descubriría.

—Me lo robaron —acertó a decir.

—Ya. Pues quizá fuera ese ladrón el mismo que me lo vendió a mí —replicó de nuevo Ming.

Cí calló. Sin duda, Ming le había reconocido y tal vez también supiera lo del alguacil que le perseguía. Acudir a la academia había sido un error. Dejó el libro donde lo había encontrado y suspiró. Luego se levantó dispuesto a marcharse, pero el maestro se lo impidió.

—Se lo compré a un rufián en el mercado. Durante nuestro encuentro en el cementerio me resultaste familiar, aunque entonces no te reconocí.

Mi memoria ya no es la que era —se lamentó—. Pero la semana pasada, durante mi habitual paseo por el mercado de los libros, me llamó la atención un ejemplar que ofrecían en un puesto poco recomendable. Entonces me acordé de ti. Me imaginé que tarde o temprano aparecerías por aquí, y por eso lo adquirí. —Frunció los labios y se apretó la cara con una mano, como si meditara qué decir mientras respiraba con parsimonia. Le pidió a Cí que volviera a sentarse—. Querido muchacho, seguramente me arrepienta, pero a pesar de tus mentiras y de las poderosas razones que espero que tengas para esgrimirlas, voy a mantener mi oferta y a brindarte una oportunidad. —Cogió el libro—. No cabe duda de que posees unas cualidades excepcionales y sería una verdadera lástima que, entre tanta mediocridad, éstas se desperdiciaran. Así pues, si realmente estás dispuesto a hacer lo que te mande... —Le tendió el libro de su padre—. Ten. Es tuyo.

Cí lo aceptó temblando. Aún no comprendía por qué Ming lo admitía en la academia, pero, al menos, de sus palabras parecía desprenderse que no había conocido a Kao. Se postró de hinojos ante él, pero el maestro le incorporó.

—No me lo agradezcas. Tendrás que ganártelo día a día.

—No os arrepentiréis, señor.

—Eso espero, muchacho. Eso espero.

* * *

Cí conoció a sus futuros compañeros en la Digna Sala de las Discusiones, el fastuoso salón de tilo donde habitualmente se celebraban los debates y los exámenes. Como de costumbre, un interminable claustro de profesores junto a los alumnos de las distintas disciplinas aguardaban alineados en perfecta formación para conocer al nuevo aspirante y expresar sus objeciones. Observado por cientos de ojos, Cí permanecía de pie en el centro de la sala procurando que el temblor de sus manos permaneciera igual de escondido que el resto de sus nervios.

En medio de un solemne silencio, Ming avanzó hacia el viejo estrado de madera que presidía la sala. Ascendió la escalerilla, se inclinó ante los profesores e hizo lo propio ante los alumnos para agradecerles su presencia. Luego pasó a relatar el casual encuentro del cementerio, hecho que le permitió descubrir el sorprendente talento de Cí, el lector de cadáveres, a quien calificó como una incomprensible mezcla de hechicería, curandería y erudición y cuyo aspecto y modales burdos, tal vez, y recalcó el «tal vez», pudieran pulirse hasta hacerle brillar como una joya tallada. Por tal razón, solicitaba del claustro que la vacante escolar fuera adjudicada de forma provisional a Cí, de modo que éste tuviera la oportunidad de corroborar las cualidades que a su juicio atesoraba.

Para asombro de Cí, cuando el claustro interrogó a Ming sobre los orígenes del solicitante, éste recreó como certera la fábula del accidente que le condujo a perder la memoria, mencionando de camino su pasado como enterrador, carnicero y adivino.

Una vez concluida la presentación, Ming le cedió el estrado a Cí. Era el turno de los profesores. Cí buscó entre sus rostros algún gesto amable, pero se dio de bruces contra una fila de estatuas. Los primeros profesores lo interrogaron sobre el conocimiento de los clásicos, un segundo grupo sobre leyes y otros cuantos más sobre poesía. Después, durante el turno

de las objeciones, un profesor enjuto de cejas exageradamente pobladas tomó la palabra.

—A buen seguro, deslumbrado por el artificio de tus predicciones, nuestro colega Ming no ha dudado en presentarte con todo tipo de elogios. Y no lo critico por ello. —Hizo una pausa para buscar las palabras—. En ocasiones, es difícil distinguir entre el fulgor del oro y el brillo del latón. Pero, por lo visto, la veracidad de esas mismas predicciones le ha conducido a imaginar que se encontraba ante un ser distinto, un iluminado capaz de codearse sin más con quienes han dedicado su vida al estudio de las letras. Desde luego, no me extraña. Ming es conocido por su insólita pasión hacia los riñones, las vísceras y otros despojos, en detrimento de asuntos verdaderamente importantes, como la literatura o los poemas. De hecho —se giró hacia él—, ni siquiera se ha irritado con algunas de tus erróneas respuestas. Sin embargo, y como ya deberías saber, la resolución de crímenes y la posterior aplicación de la justicia requieren de un enfoque que trasciende las simples conjeturas sobre el quién o el cómo. La verdad sólo resplandece entendiendo los motivos que impulsan a obrar, comprendiendo las inquietudes, las situaciones, las causas... Algo que no está en las heridas ni en las entrañas. Y para ello se precisan personas cultivadas en el arte, en la pintura y en las letras.

Cí permaneció mudo mientras contemplaba al profesor que acababa de expresar sus objeciones. Admitía su parte de razón, pero discrepaba de su absoluto desprecio hacia la medicina. Si en ocasiones los jueces eran incapaces de distinguir una muerte natural de un asesinato, ¿cómo demonios iban a impartir justicia? Lo pensó antes de contestar.

—Honorable profesor, yo no me presento aquí para ganar una batalla —le cumplimentó—. No pretendo hacer prevalecer lo poco que sé, ni desmerecer lo mucho que saben los maestros y alumnos que habitan en

esta academia. Tan sólo quiero aprender. El conocimiento no entiende de murallas, de límites o de compartimentos. Pero tampoco entiende de prejuicios. Si me permitís ingresar, os aseguro que trabajaré tan duro como el que más, hasta dejarme, si es preciso, esas vísceras que tanto os molestan.

Un profesor grueso y blando con boca de piñón alzó el brazo para intervenir. Su respiración era un jadeo penoso y fatigado, y los pocos pasos que dio al adelantarse le hicieron resoplar como si hubiera subido a una montaña. Sus manos se cruzaron bajo el vientre mientras observaba detenidamente a Cí.

—Por lo visto, ayer mancillaste el honor de esta academia irrumpiendo en ella como un salvaje, un hecho que me trae a la memoria a un ciudadano de quien sus vecinos me decían: «De acuerdo. Será un ladrón, pero es un maravilloso flautista». ¿Y sabes qué les respondí yo? «De acuerdo. Será un maravilloso flautista, pero es un ladrón». —Su lengua fina humedeció unos labios carnosos mientras se rascaba el cuello grasiento. Bajó la cabeza despacio, como si pensara lo que iba a decir a continuación—. ¿Qué parte de verdad es la que hay en ti, Cí? ¿La del joven que desobedece las órdenes pero que lee en los cadáveres, o la del joven que lee en los cadáveres, pero desobedece las órdenes? Más aún: ¿por qué habríamos de aceptar en la academia más respetable del imperio a un vagabundo como tú?

Cí se estremeció. Había dado por supuesto que Ming, en su calidad de director, habría hecho prevalecer su opinión, pero, dadas las circunstancias, decidió modificar su discurso.

—Venerable maestro —se inclinó de nuevo—, os ruego que disculpéis mi inaceptable comportamiento. Ha sido una actuación vergonzosa que sólo obedeció a mi inexperiencia, a la impotencia y a la desesperación. Sé

que esto no me excusa, y que en todo caso debería demostrar con hechos que soy merecedor de vuestra confianza. Pero para ello, para demostrároslo, también preciso de vuestra indulgencia. —Volvió a hacer una reverencia y se giró hacia el resto del claustro—. Los hombres cometen errores. Incluso los más sabios. Y yo sólo soy un joven campesino. Un joven campesino ansioso por aprender. ¿Y acaso no es eso lo que se practica aquí? Si conociese todas las reglas, si respetase todos los preceptos, si no albergase en mí la necesidad de conocer, ¿para qué necesitaría estudiar? ¿Y cómo podría evitar entonces lo que me hace imperfecto?

»Hoy me enfrento a una oportunidad tan grande como la vida, porque ¿qué es la vida sin conocimiento? No hay mayor tristeza que la de un ciego o la de un sordo. Y yo, en cierta medida, lo soy. Permitidme ver y oír, y os aseguro que no lo lamentaréis.

El maestro gordo respiró un par de veces. Luego asintió y retrocedió pesadamente hasta incorporarse a la fila para cederle la palabra al último profesor, un viejo encorvado de ojos apagados, quien se interesó acerca del motivo que le había llevado a aceptar la invitación de Ming.

Cí sólo encontró una respuesta.

—Porque éste es mi sueño.

El viejo meneó la cabeza.

—¿Sólo por eso? Hubo un hombre que soñó con volar por los cielos, pero tras arrojarlo desde un precipicio sólo consiguió estrellar sus huesos contra las rocas...

Cí contempló los iris mortecinos del anciano. Bajó del estrado y se acercó al hombre de la mirada vacía.

—Cuando deseamos algo que hemos visto, tan sólo debemos alargar el brazo. Cuando lo que deseamos es un sueño, tenemos que alargar nuestro corazón.

—¿Estás seguro? A veces los sueños conducen al fracaso...

—Tal vez. Pero si nuestros antepasados no hubieran soñado un mundo mejor para nosotros, aún vestiríamos con harapos. Mi padre me dijo una vez —le tembló la voz al pronunciarlo— que si me empeñaba en edificar un palacio en el aire, no perdería el tiempo. Que seguramente era allí donde debería estar. Tan sólo debía esforzarme lo suficiente para construir los cimientos que lo sostuvieran.

—¿Tu padre? ¡Qué extraño! Ming comentó que perdiste la memoria.

Cí se mordió los labios mientras se le humedecían los ojos.

—Eso es lo único que recuerdo de él.

* * *

La Sala de los Jueces bullía de estudiantes que cuchicheaban en corros, a la espera de la aparición del nuevo alumno. Todos se preguntaban quién sería realmente aquel lector de cadáveres y cuáles serían las extraordinarias capacidades que le habían permitido esquivar el durísimo proceso de selección que abría las puertas de la academia. Los

más sorprendidos habían corrido la voz de que sus extraños poderes procedían de la hechicería, mientras que otros más escépticos, a la luz de la presentación, lo despojaban de cualquier aura sobrenatural y especulaban que tal vez obedecieran a su experiencia como matarife. Sin embargo, ajeno a la controversia, un alumno espigado aguardaba apartado del resto mordisqueando una rama de regaliz. Cuando Cí entró acompañado por Ming, Astucia Gris escupió el regaliz al suelo y se apartó aún más. Luego los observó de soslayo.

Ming presentó a Cí a los alumnos con los que conviviría a partir de aquel día, todos ellos aspirantes a un puesto en la judicatura imperial. La mayoría eran jóvenes aristócratas de uñas largas y cabello arreglado, cuyos refinados modales se le antojaron a Cí como propios de cortesanas. Ming le informó de que en la academia se estudiaban distintas artes, entre ellas la pintura y la poesía, pero que él se alojaría en el dormitorio de los estudiantes de leyes. Pese a algunos rostros de rechazo, todos los estudiantes le saludaron cortésmente a excepción del que permanecía apartado en un rincón. Cuando Ming se percató, lo llamó elevando la voz. El joven de pelo canoso se despegó parsimoniosamente de la pared en la que se había recostado y avanzó hacia el maestro con desidia.

—Veo que no compartes la curiosidad que muestran el resto de tus compañeros, Astucia Gris.

—No sé por qué debería interesarme. He venido aquí a estudiar, no a dejarme seducir por las engañifas de un muerto de hambre.

—Me parece perfecto, querido joven... Porque tendrás ocasión de vigilarle de cerca y comprobar cuánto hay de cierto en ellas.

—¿Yo? Pero no entiendo...

—Desde hoy es tu nuevo compañero de habitación. Compartiréis libros y camastros.

—¡Pero maestro...! Yo no puedo vivir junto a un campesino... Yo...

—¡Silencio! —le espetó Ming—. ¡En esta academia no cuentan ni el dinero ni los negocios ni las influencias de tu familia! ¡Obedece y saluda a Cí, o coge tus textos y prepara tu equipaje!

Astucia Gris inclinó la cabeza, pero sus ojos se clavaron en Cí. Luego pidió permiso para retirarse. Ming se lo concedió, pero cuando el joven canoso ya alcanzaba el umbral de la puerta, su voz lo detuvo.

—Antes de irte, recoge el regaliz que has escupido en las baldosas.

Durante el resto del día, Cí tomó contacto con las actividades habituales de la academia. Ming le informó de que debería levantarse a la salida del sol para asearse y cumplir con los ritos hacia sus antepasados. A continuación, desayunaría con el resto de estudiantes y seguidamente se dedicaría a las clases. Harían un alto para comer y pasarían el resto de la tarde estudiando o discutiendo casos prácticos de las distintas disciplinas. Después de la cena trabajaría en la biblioteca para costearse la estancia. Le explicó que aunque el Gobierno de Universidades hubiera clausurado la Facultad de Medicina, él aún dedicaba una parte de su programa al conocimiento médico y al estudio de las causas que provocaban los fallecimientos. De vez en cuando acudían a las dependencias judiciales para observar en vivo los exámenes que los magistrados efectuaban sobre los cadáveres y ocasionalmente asistían a juicios para conocer de primera mano los

comportamientos criminales y la forma en que los jueces actuaban para descubrirlos y condenarlos.

—Convocamos exámenes trimestralmente. Hemos de asegurarnos de que los alumnos progresan conforme a lo previsto. En caso contrario, procedemos a la expulsión de quienes no merecen nuestros esfuerzos. Y recuerda que tu plaza es provisional —añadió.

—Conmigo no ocurrirá lo que con alguno de estos hijos de ricos, señor.

Ming le miró por encima del hombro.

—Te daré un par de consejos, muchacho. No te dejes engañar por la apariencia sofisticada de estos jóvenes. Y, menos aún, la confundas con indolencia. Es cierto que pertenecen a la élite del país, pero estudian con ahínco para lograr sus objetivos. —Señaló a unos cuantos que devoraban el contenido de unos libros—. Y si ven que vas contra ellos, te despedazarán como a un conejo.

Cí asintió. Sin embargo, dudó de que las motivaciones de aquellos jóvenes ni siquiera se aproximaran a las que le impulsaban a él.

A media tarde les convocaron para la cena en el Comedor de los Albaricoques, una sala engalanada con primorosas sedas que lucían pinturas de paisajes de pabellones y árboles frutales. Cuando Cí llegó al comedor, los demás alumnos ya habían tomado asiento formando círculos alrededor de pequeñas mesas de mimbre. Le admiró el mar de platillos y cuencos repletos de sopas, salsas y frituras que parecían desbordar los tapetes junto a las bandejas de pescados y frutas variadas que aguardaban en otras mesas. Buscó un lugar libre en el que sentarse, pero cuando encontró el primer hueco, los alumnos desplazaron sus

posiciones para evitar que lo ocupara. Lo intentó en la siguiente mesa con idéntico resultado. Al cuarto intento advirtió que quienes le impedían sentarse parecían acatar los gestos de un estudiante espigado situado al fondo del comedor. Cí observó a Astucia Gris. El joven no sólo le sostenía la mirada, sino que le retaba con una sonrisa sarcástica.

Cí supo que si retrocedía, debería soportar los caprichos de aquel estudiante durante el tiempo que permaneciera en la academia. Y no había sufrido tanto para ahora consentir aquella situación.

Avanzó hacia la mesa que ocupaba Astucia Gris y antes de que pudieran impedirselo introdujo el pie entre los dos jóvenes que intentaban quitarle el sitio. Los dos estudiantes le miraron como fieras, pero Cí no se arredró. Al contrario, apretó con la pantorrilla y se hizo hueco a la fuerza. Iba a sentarse cuando Astucia Gris se levantó.

—En esta mesa no eres bienvenido.

Cí se sentó sin prestarle atención. Cogió un cuenco de sopa y comenzó a sorber.

—¿No me has oído? —alzó la voz Astucia Gris.

—Te he oído a ti, pero no he escuchado las protestas de la sopa. —Y siguió sorbiendo sin mirarlo.

—Que no conozcas a tu padre no significa que no puedas conocer al mío —le amenazó.

Cí dejó de comer. Depositó el cuenco de sopa entre los platillos y se incorporó lentamente hasta que sus ojos se alinearon con los de su oponente. Si la mirada de Cí hubiera podido matar, Astucia Gris habría caído fulminado.

—Ahora escúchame tú a mí —le desafió—. Si en algo aprecias tu lengua, procura que jamás vuelva a pronunciar el nombre de mi padre o haré que tengas que hablar por signos. —Y se sentó para seguir cenando como si nada hubiera pasado.

Astucia Gris le miró con el rostro encendido por la cólera. Luego, sin decir palabra, se dio la vuelta y abandonó el comedor.

Cí se felicitó por el resultado. Su oponente había intentado provocar un incidente para desacreditarle en su primer día en la academia y, sin embargo, sólo había conseguido quedar en ridículo delante de sus propios compañeros. Y aunque sabía que Astucia Gris no se conformaría con una derrota, lograrlo en público le resultaría complicado.

Con la llegada de la noche, la tensión se acrecentó. El dormitorio que debían compartir era un pequeño cubículo separado de los restantes por paneles de papel, con lo que la intimidad se limitaba a la penumbra proporcionada por los pequeños faroles que pendían del techo. La celda apenas disponía del espacio suficiente para albergar dos camastros, uno junto al otro, dos mesitas y dos armarios para guardar su ropa, sus enseres y sus libros. Cí observó que el de Astucia Gris rebosaba de sedas como el de una muchacha casadera, pero también albergaba una voluminosa colección de libros lujosamente encuadernados. En el suyo tan sólo habitaban telarañas. Las apartó con la mano y depositó el libro de su padre en el centro de la primera balda. Luego se arrodilló y rezó por sus familiares bajo la mirada despectiva de Astucia Gris, quien para entonces comenzaba a desvestirse para meterse en la cama. Cí hizo lo propio, intentando aprovechar la oscuridad para ocultar las quemaduras de su torso, pero Astucia Gris las descubrió.

Se metió cada uno en su cama y permanecieron en silencio. Cí escuchaba la respiración de Astucia Gris con el temor de quien percibe la

proximidad de un animal. No podía dormir. En su cabeza bullían mil pensamientos encontrados: la falta de su hermana, la pérdida de su familia, la terrible revelación sobre su padre... Y ahora que por fin los dioses le ofrecían la oportunidad de su vida, un estudiante malcriado parecía dispuesto a amargársela. Intentó encontrar la forma de apaciguar la animadversión que parecía haber despertado en Astucia Gris, pero tampoco sabía de qué forma lograrlo. Al final, llegó a la conclusión de que debía consultarlo con Ming. Seguramente, él sabría cómo ayudarle, y eso le tranquilizó. Comenzaba a conciliar el sueño cuando un siseo procedente del camastro de Astucia Gris le interrumpió.

—¡Eh, engendro! —rio entre dientes—. ¿Ése era tu secreto, no? Serás listo, sí, pero repulsivo como una cucaracha. —Volvió a reírse—. No me extraña que leas en los muertos, si pareces un cadáver podrido.

Cí no respondió. Apretó los dientes y cerró los párpados intentando no escucharle mientras una rabia ácida le corroía los intestinos. Se había acostumbrado tanto a sus cicatrices que había olvidado lo llamativas que podían resultarles a los demás. Y, aunque a decir de quienes le conocían, su rostro era agraciado y su sonrisa limpia, lo cierto era que su pecho y sus manos eran retales abrasados. Se arrebujó en la manta y apretó su sien contra la piedra que hacía de almohada hasta sentir cómo se aplastaba su cerebro, maldiciéndose por el perverso don que le impedía percibir el dolor y que le convertía en una triste aberración.

Pero justo antes de caer rendido, cuando el sueño comenzaba a vencerle, pensó que tal vez sus quemaduras sirvieran para aplacar la animosidad de Astucia Gris. Y con ese pensamiento logró conciliar el sueño.

* * *

Los días siguientes transcurrieron vertiginosamente. Cí se levantaba antes que nadie y aprovechaba hasta el último rayo de luz para repasar lo aprendido durante la jornada. Los escasos momentos de asueto los dedicaba a releer el libro de su padre, intentando memorizar hasta el último detalle de los capítulos relacionados con los aspectos criminales.

Cuando las clases se lo permitían, acompañaba a Ming en sus visitas a los hospitales. En ellos abundaban los sanadores, los hombres de las hierbas, los acupuntores y los aplicadores de moxa, pero escaseaban los cirujanos pese a su evidente necesidad. La doctrina confuciana prohibía la intervención en el interior de los cuerpos y, por tanto, la cirugía se limitaba a los casos imprescindibles, como la reducción de fracturas abiertas, los cosidos de heridas o las amputaciones. Al contrario que la mayoría de sus colegas, quienes denostaban a cuantos practicaban la sanación, Ming mostraba un inusitado interés por la medicina avanzada. El profesor se quejó amargamente del cierre de la Facultad de Medicina.

—La inauguraron hace veinte años y ahora la han cerrado. Esos tradicionalistas del rectorado afirman que la cirugía es un retraso. Y luego pretenden que nuestros jueces encuentren criminales gracias a sus estudios de literatura y de poesía...

Cí asintió. Había tenido el privilegio de asistir a algunas clases magistrales en aquella facultad, antes de su clausura, y desde entonces añoraba sus enseñanzas. Sin embargo, era de los pocos que las apreciaban. La mayoría de los estudiantes preferían centrarse en los cánones confucianos, en la caligrafía y en la poética, a sabiendas de que les serían más útiles a la hora de afrontar los exámenes oficiales. Al fin y

al cabo, cuando accedieran al puesto de juez, la mayor parte de su tiempo lo dedicarían a trabajos burocráticos, y si en alguna ocasión debían enfrentarse a algún asesinato, llamarían a un carnicero o a un matarife para que les diera su opinión y les limpiara los cadáveres.

Cualquier cosa se le antojaba una novedad, y aunque ya lo hubiera vivido durante su época de estudiante, verse rodeado de compañeros con similares inquietudes, volver a discutir de filosofía o ejercitar los ritos le resultaba tan sugestivo como examinar los modelos anatómicos tallados en madera o participar en apasionantes discusiones jurídicas. Por eso era tan feliz en la Academia Ming.

Cada día aprendía algo nuevo y, para sorpresa de sus compañeros, pronto demostró que sus conocimientos no se limitaban a las heridas o a las muertes, sino que también alcanzaban los contenidos del extenso código penal, los trámites burocráticos pertinentes en los juicios o los procedimientos para interrogar a un sospechoso. Ming le había incorporado al grupo de alumnos avanzados, aquellos que al final del curso académico dispondrían de una oportunidad para entrar directamente en la judicatura.

Y a medida que crecía la confianza de Ming en Cí, aumentaba la envidia de Astucia Gris.

Tuvo ocasión de comprobarlo cuando Ming les convocó de urgencia para el examen del mes de noviembre, anunciándoles que en aquella ocasión lo realizarían conjuntamente y se celebraría fuera de la academia, en la sede de la prefectura provincial.

—Tendrá lugar en la Habitación de los Muertos. Se trata de emular el proceso habitual de una investigación y os enfrentaréis a un caso aún no resuelto —les dijo—. Al igual que en la vida real, uno de vosotros

adoptará el papel de juez principal y practicará el primer informe. El segundo hará de juez supervisor, es decir, revisará el informe de su compañero y elaborará un segundo. Después, entre los dos deberéis emitir un único veredicto. Competiréis contra otras dos parejas tan preparadas como vosotros, de modo que vuestra fortaleza puede que os enfrente y se convierta en vuestra mayor debilidad. Y ya os auguro que, al igual que harán los criminales, de ella se aprovecharán vuestros adversarios. Es, por tanto, un trabajo en unión, no en competencia. Si sumáis vuestros conocimientos, saldréis vencedores. Si os enfrentáis, sólo triunfará la estulticia. ¿Lo habéis comprendido? —Ming los escrutó sin que ninguno de los dos, Cí y Astucia Gris, moviera un solo músculo. Asintió. Luego inspiró antes de retarles con la mirada—. Hay algo más: los vencedores de esta prueba se situarán en la primera posición para el puesto de Oficial Imperial que cada año nos otorga la Corte. Os hablo del puesto fijo que siempre habéis soñado. Así pues, preparaos bien y trabajad duro.

A Cí no le incomodó que Astucia Gris se le adelantara al solicitar la figura de juez principal. Lo que realmente le molestó fue que arguyera que él no estaba preparado. Ming aceptó el reparto de papeles propuesto por Astucia Gris, no tanto por su alegato como por la antigüedad de cada alumno en la academia, pero se aseguró de que ambos trabajarían juntos sin problemas.

De Cí obtuvo su compromiso. De Astucia Gris, sólo un gruñido.

De camino a la Sala del Silencio, el lugar donde se reunían para estudiar, Cí comprendió que aquella oportunidad era demasiado importante como para mantener vivas estériles rencillas. Además, hasta aquel día no había tenido mayores problemas con Astucia Gris aparte de los insultos y burlas sobre sus quemaduras que desde el primer instante le había dirigido, pero que poco a poco había ido abandonando al

comprobar que no le afectaban. Por otra parte, tenía que reconocer que los conocimientos de Astucia Gris sobre cuestiones legales y literarias eran superiores a los suyos y necesitaba su capacidad si pretendían ganar el concurso. Tras la cena, intentaría discutirlo con él.

Encontró el momento oportuno cuando se levantaron de las mesas. Algunos alumnos se habían adelantado para acudir a la biblioteca y continuar con la preparación del trabajo, así que le propuso imitarlos.

—La Habitación de los Muertos... Mañana será un gran día. Podríamos repasar algunos de los casos y...

—¿Llevas aquí cuatro meses y de veras crees que trabajaré contigo? — le interrumpió Astucia Gris burlonamente—. Estamos juntos porque nos lo han ordenado, pero no necesito una babosa a mi lado. Tú haz tu trabajo, que yo haré el mío. —Y se fue a dormir tan tranquilo, como si en lugar de enfrentarse al reto más importante de su carrera, a la mañana siguiente sólo fuera de paseo.

Cí no le siguió. Permaneció despierto hasta tarde revisando sus apuntes, examinando las anotaciones y repasando los temas en los que Ming había incidido.

El estudio no era el único asunto que le preocupaba. Desde el instante en que supo que el examen se celebraría en la Habitación de los Muertos, se dio cuenta de que se expondría a un gran peligro. Habían transcurrido seis meses desde la inesperada aparición de Kao en el cementerio y no había vuelto a saber de él, pero si, tal y como mencionó entonces el adivino, mediaba una recompensa por su detención, probablemente su descripción rondaría aún por la prefectura.

Incluso así, la oportunidad era tan extraordinaria que estaba dispuesto a arriesgarse.

Ya de madrugada, cuando los caracteres impresos comenzaron a bailar frente a sus ojos, preparó el pequeño instrumental que había traído consigo del cementerio y al que había unido grandes pliegos de papel, carboncillos, agujas con sedas ya enhebradas y un frasco de alcanfor que había obtenido en las cocinas. Lo dispuso junto a las talegas que los demás alumnos habían preparado y comprobó que entre los utensilios comunes que llevaría a la Habitación de los Muertos se hallaba cuanto precisaría.

Después comenzó con su transformación.

Con sumo cuidado, se introdujo dos pequeñas bolas de algodón en ambas fosas nasales para dilatarlas al máximo. Con la ayuda de una navaja, se rasuró el escaso bigote que lucía y se recogió el pelo bajo un nuevo gorro que le había prestado un alumno. Al contemplar el resultado en el espejo de bronce pulido, sonrió satisfecho. No era un gran cambio, pero ayudaría.

Cuando quiso darse cuenta, hacía rato que Astucia Gris se había levantado. El estómago se le encogió. Se limpió los ojos en la palangana común y corrió al encuentro de sus compañeros mientras se enfundaba sus guantes. La cabeza le zumbaba como si se la hubieran pateado, de modo que apenas prestó atención a las voces que le urgían a que alcanzara a la comitiva que abandonaba ya la academia. Cogió su talega y se lanzó escaleras abajo.

Al verle llegar, Ming meneó la cabeza.

—¿Dónde te habías metido? Y por todos los dioses, ¿qué te has hecho en la nariz?

Cí respondió que había preparado unas hilas de algodón empapadas en alcanfor para soportar el hedor. Ésa era la causa de su retraso.

—Me decepcionas —le dijo, y le señaló el cabello desmadejado que se le escapaba bajo el gorro.

Cí calló. Tan sólo inclinó la cabeza y se colocó en la fila junto a Astucia Gris, cuyo aspecto era impecable.

Poco después llegaban al cuartel de la prefectura, una soberbia construcción amurallada ubicada entre los canales principales que delimitaban la plaza Imperial y que ocupaba el espacio normalmente asignado a cuatro edificios. Sus larguísimas paredes desnudas, despejadas de cualquier pedigüeño, contrastaban con las construcciones vecinas, devoradas por un hervidero de tenderetes, puestos de frutas y verduras, gandules desocupados y transeúntes veloces desplazándose como hormigas desorganizadas de un lado a otro. Visto así, la prefectura parecía un edificio muerto y desolado, como si una riada hubiera barrido a cuantos se hubieran apostado contra sus murallas. Cualquiera que habitase en Lin'an conocía y temía el lugar. Pero más que ninguno de ellos, lo temía Cí.

No pudo evitar estremecerse.

Se caló el gorro hasta las sienes y se arrebujo en su chaqueta. Al entrar, se pegó a Astucia Gris como si fuera su sombra y sólo cuando alcanzaron

la Habitación de los Muertos se atrevió a levantar la cabeza. El alcanfor no le hizo efecto. Respiró el olor de la muerte, pero, al menos, respiró.

La estancia era un asfixiante despacho en el que apenas cabían todos apretados. En un lateral, un pilón con agua parecía aguardar su turno para limpiar toda la inmundicia que quedaba adherida al pequeño canal que a modo de desagüe atravesaba la habitación. En el centro, sobre una mesa alargada, se apreciaba la figura de un cuerpo cubierto con una sábana. Apestaba a cadáver. Un guardia enjuto con cara de galgo apareció por otra puerta para anunciarles la inminente llegada del prefecto y proporcionarles los detalles preliminares. Según dijo, se enfrentaban a un caso oscuro que exigía la máxima discreción y del que, por igual motivo, no se les facilitarían todos los pormenores.

Dos noches antes había aparecido un cuerpo flotando en el canal. El cadáver, un varón de apariencia y complexión vulgar que rondaría los cuarenta años, había sido descubierto por uno de los encargados de las esclusas. Lo habían encontrado vestido y empuñando una jarra de licor. No portaba identificación personal, dinero o efectos de valor, y aunque sus ropajes habían permitido determinar su oficio, éste era otro dato que tampoco les sería revelado. En la víspera, los prácticos de la prefectura ya habían efectuado sus exámenes bajo la supervisión del juez encargado y sus conclusiones permanecían en secreto. Ahora ofrecían a los estudiantes más avanzados la oportunidad de sumar sus opiniones. Una vez explicados los procedimientos básicos que debían emplear en la inspección, el guardia otorgó la palabra a Ming.

Disponían de una hora.

Rápidamente, el maestro aleccionó a las tres parejas que examinarían el cadáver. Para administrar el tiempo, cada componente dispondría de un intervalo limitado que él regularía quemando varillas de incienso.

Una varilla por pareja. Prescindirían de los formalismos burocráticos y comenzarían directamente el examen. Les insistió en que anotaran cuantos hallazgos e indicios encontrasen relevantes, pues los necesitarían para elaborar un informe que sería contrastado con los oficiales. Finalmente, estableció un orden de actuación. Primero intervendrían los dos hermanos cantoneses expertos en literatura, a continuación dos estudiantes de leyes y, por último, Astucia Gris y Cí.

Al punto, Astucia Gris hizo notar la desventaja que suponía atender un cadáver tan manipulado. Sin embargo, a Cí no le importó. Al fin y al cabo, las parejas que les precedían, al carecer de conocimientos de anatomía, apenas tocarían el cadáver, pero el retraso le proporcionaría la oportunidad de seguir los avances de sus compañeros. Mientras los hermanos cantoneses se dirigían hacia la mesa central, preparó el papel y el pincel que emplearía para sus notas. Se situó lo mejor que pudo y comenzó a humedecer la piedra de tinta.

Ming encendió la varilla que daba inicio a la prueba. Al instante, los estudiantes cantoneses se inclinaron ante el profesor. Luego se dispusieron uno a cada lado de la mesa y retiraron al unísono la mortaja que ocultaba al cadáver. Iban a comenzar el examen cuando de repente un estrépito sonó a sus espaldas. Los estudiantes se detuvieron y todos los presentes se giraron para descubrir una enorme mancha de tinta negra extendiéndose junto a sus pies. El causante había sido Cí. Sus dedos enguantados conservaban la postura en la que habían sostenido la piedra de tinta que ahora yacía en el suelo partida en mil pedazos. Frente a él, sobre la mesa de inspección, descansaba el cadáver del alguacil Kao.

CAPÍTULO 21

Todos miraron con desprecio a Cí, a excepción de Astucia Gris, que simplemente escupió.

Cí se disculpó en silencio y, pese a la inquietud que le producía el cadáver de Kao, se colocó lo más cerca posible de la mesa para observar el trabajo de la pareja que les precedía. Costara lo que costara, necesitaba saber qué le había ocurrido a Kao. El miedo le atenazó, pero tragó saliva y se contuvo. Luego observó a sus compañeros inspeccionar el cuerpo desnudo mientras memorizaba cuantos detalles describían sobre sus hallazgos. Así, la primera pareja destacó la ausencia de heridas que hiciesen pensar en una muerte violenta, aventurando que tal vez se tratara de un simple accidente, en tanto que la segunda se fijó en las pequeñas mordeduras que presentaban sus labios y sus párpados, un hecho que atribuyó a las bandadas de peces hambrientos que infestaban los canales. El resto de las reflexiones afectaban a hechos incuestionables como la complexión, el color de la piel o antiguas cicatrices que no aportaban luz sobre las causas del fallecimiento.

Cuando la última varilla de incienso expiró, le tocó el turno a Astucia Gris. El joven se aproximó despacio, como si la nueva varilla sólo midiese su tiempo y no el de Cí. Como un felino que merodeara su presa, rodeó el cadáver para comenzar el examen en el sentido inverso al habitual. Tocó sus pies azulados. Luego ascendió palpando sus pantorrillas, gruesas pero bien formadas, sus rodillas nudosas y sus poderosos muslos hasta detenerse en su tallo de jade, también mordisqueado por los peces. Lo levantó con cuidado y observó sus testículos caídos, que Cí juzgó que manoseaba en exceso. Cí observó el avance de la varilla de incienso. Astucia Gris no había llegado aún al torso y ya había consumido la cuarta parte del tiempo. El estudiante continuó el ascenso hacia la cabeza, que giró de un lado a otro. Al igual que con el resto del cuerpo, no realizó ningún comentario. Finalmente, pidió ayuda para voltear el cadáver, momento que aprovechó Cí para comprobar la rigidez de sus miembros.

Astucia Gris continuó con exasperante lentitud, en contraste con la rapidez con la que el incienso se quemaba. Inspeccionó las orejas, la espalda ancha, los glúteos, que separó y juntó, y de nuevo sus extremidades inferiores.

Cí miró la varilla. Se había extinguido más de la mitad. Sin embargo, ni a Astucia Gris ni al propio Ming, que permanecía distraído charlando con otro estudiante, parecía importarles. Cí optó por no interrumpirle, con la idea de que Ming prolongaría el tiempo que excediera su compañero. Para cuando Astucia Gris dio por concluida su inspección, apenas quedaba un suspiro de incienso. A toda prisa, Cí le reemplazó.

Durante las inspecciones previas había comprobado que, en efecto, el cuerpo no presentaba señales de violencia, así que acudió directamente a la cabeza, prestando especial interés a la nuca. Esperaba encontrar algo en ella, pero no halló nada relevante. Luego continuó con la boca, los

ojos y las fosas nasales. Tampoco encontró heridas extrañas ni signos que revelasen la acción de una ponzoña. Por último, se detuvo en los oídos. El derecho lo apreció normal, pero, de repente, en el izquierdo, creyó encontrar algo. Era sólo una intuición, pero necesitaba confirmarlo. Corrió hacia su talega y hurgó entre sus herramientas. El tiempo transcurría y no encontraba lo que buscaba. Miró la varilla de incienso justo en el instante en que se apagaba. Entonces volcó las herramientas, las desperdigó por el suelo y aferró unas pinzas y una pequeña piedra como si le fuera la vida en ello. Apretó los dientes y rezó por estar en lo cierto. Sin embargo, cuando se disponía a culminar el examen, uno de los guardias se interpuso entre él y el cadáver. Su rostro rezumaba gravedad. Cí pensó que le habían descubierto. Bajó la mirada y aguardó unos instantes que se le hicieron eternos.

—La prueba ha concluido —indicó el hombre.

Su corazón palpitó. No podía dar crédito a lo que oía. Tenía que continuar. Apenas había comenzado.

—Pero, señor, Astucia Gris empleó parte de mi tiempo —se atrevió a contestar—. Él...

—Eso no es asunto mío. Nos espera el prefecto —dijo sin apartarse de su posición.

Cí se dirigió a Ming buscando ayuda, pero éste escondió la mirada. Estaba solo.

«Tengo que hacerlo. Tengo que lograrlo».

Cí se inclinó en señal de aceptación. Se retiró despacio y dejó las pinzas en la talega. Sin embargo, antes de retirarse, pidió permiso para

cubrir el cadáver con la sábana. El guardia dudó, pero se lo concedió, y Cí obedeció con diligencia.

A cualquier otro, la cara le habría cambiado. Cuando abandonaron la Habitación de la Muerte, los ojos de Cí brillaban satisfechos.

* * *

De regreso a la academia, Ming se disculpó ante Cí.

—Te aseguro que pensaba concederte más tiempo, pero no imaginé que eso contrariaría los planes del prefecto.

Cí no respondió. Sólo pensaba en las consecuencias de su descubrimiento. El prefecto, un hombre rechoncho que apestaba a sudor, les había recordado la imperiosa confidencialidad del caso, emplazándoles a encontrarse dos días más tarde para recabar los informes escritos. Dos días para decidir qué hacer con su destino.

Cí apenas tomó nada durante la comida. A su término debían presentar a Ming los resúmenes preliminares y él aún no sabía qué contarle. Probablemente, en la prefectura conocían el oficio de Kao, pues de otro modo no se explicaba el secretismo que parecía rodear el caso. Lo que ya no resultaba tan evidente era que supieran, como sabía él, que había sido asesinado. Sin embargo, si comunicaba sus conclusiones, alertaría a las autoridades sobre la existencia de un asesino y, en tal caso, quizá el primer sospechoso fuera él. Tragó un bocado que se le atascó en la boca del estómago. La segunda pareja ya había acudido al despacho

de Ming. Pronto les tocaría a ellos. Miró a Astucia Gris recostado sobre una esterilla repasando sus notas. El corazón le palpitó.

«Dioses, ¿qué debo hacer?».

Se preguntó qué habría hecho su padre en su lugar y sintió una opresión en el pecho. Siempre que debía adoptar una decisión importante, su espectro le asaltaba para torturarlo. Recordó los años en los que su padre había sido honesto y respetado, los años en los que le había ayudado y animado para que se presentara a los exámenes imperiales y añoró no disponer de alguien como el juez Feng en quien apoyarse.

El empujón de Astucia Gris le arrancó de sus pensamientos. Cí lo miró. Permanecía erguido frente a él, con una mirada arrogante urgiéndole a que se levantara. Cí obedeció, se sacudió las migas y le siguió sin dirigirle la palabra.

Era la primera vez que acudía al despacho privado de Ming. Le sorprendió acceder a una estancia tenebrosa, sin ventanas ni mamparas de papel que permitiesen el paso de la luz. En las paredes de madera rojiza apenas se distinguían viejas sedas que lucían grotescos dibujos de figuras humanas mostrando distintos detalles de su anatomía. El maestro aguardaba sentado tras una mesa de ébano negra, consultando un volumen en la penumbra. A sus espaldas, un anaquel iluminado con pequeños farolillos hacía resplandecer lúgubramente una colección de calaveras, clasificadas según su tamaño como si se tratase de una valiosa y extraña mercancía. Astucia Gris se le adelantó. Con el beneplácito de Ming, se arrodilló frente a la mesa y Cí le imitó. Finalmente, Ming

concluyó sus anotaciones y elevó la mirada. Su rostro cansado reflejaba el hastío en sus ojos.

—Espero que al menos vosotros gocéis del mínimo entendimiento del que el resto de vuestros compañeros parece carecer. ¡En mi vida había escuchado tanta sandez junta! ¿A qué esperáis? ¡Empezad!

Astucia Gris carraspeó. Su mirada altiva se había quedado fuera del despacho. Extrajo sus notas y comenzó.

—Honorabilísima sabiduría, agradezco con sincera humildad la oportunidad de...

—Puedes ahorrarte tus humildades. Por favor, comienza de una vez — le interrumpió.

—Por supuesto, señor. —Carraspeó—. Pero no sé si Cí debería permanecer afuera. Como ya sabéis, un segundo juez jamás debe contaminar su juicio con el conocimiento de las conclusiones del primero.

—¡Por todos los dioses, Astucia Gris! ¿Quieres comenzar?

Volvió a carraspear. Dejó sus notas en el suelo y miró a Ming.

—Señor, antes de elucubrar sobre las causas de la muerte, habríamos de preguntarnos el porqué de tanta cautela. En otras ocasiones, tal reserva no ha sido precisa, lo que me conduce a pensar que el difunto debía de ser alguien de cierta relevancia o relacionado con alguien de cierta relevancia.

—Prosigue — dijo Ming con interés.

—En tal caso, la siguiente cuestión consistiría en entender por qué a las autoridades les interesa la opinión de unos estudiantes. Si precisan confidencialidad, la mejor forma de garantizarla es no descubrírnosla, lo cual significa que desconocen, o al menos, no tienen la seguridad de saber lo que ha ocurrido.

—Podría ser, en efecto.

—Respecto al oficio y condición social del fallecido, no disponer de información sobre su atuendo nos priva de valiosos datos, pero, al menos, la ausencia de callosidades nos hablan de un trabajo burocrático, al igual que sus uñas romas descartan un conocimiento literario.

—Una observación interesante...

—Así lo creo. —Sonrió sin recato—. Por último, en relación a las causas del deceso, el cadáver no presentaba ningún signo de violencia: ni moratones, ni heridas, ni signos de envenenamiento reciente. Tampoco ninguna excreción por ninguno de los siete orificios naturales que evidenciase una muerte provocada y que, de haber existido, habrían permanecido en forma de pequeños restos pese a la acción del agua.

—Entonces...

—Entonces deberíamos concluir que su muerte se produjo tras la caída al canal. A mi juicio, que el hombre muriera ahogado no reviste mayor importancia. Lo verdaderamente relevante es que esto sucedió tras una borrachera, como indica que apareciera aferrado a una garrafa con restos de licor.

—Ya... —El gesto de Ming cambió del interés a la decepción—. ¿Tu conclusión, pues...?

—Sí, venerable maestro —tartamudeó al advertir su mohín—. Como decía, el desdichado sin duda trabajaba en algún asunto importante. Su muerte, a todas luces inesperada, les ha supuesto un contratiempo y quieren asegurarse de que realmente se debió a un accidente.

Ming volvió a su cara de hastío. A excepción de los detalles relativos a la condición social del fallecido, cuanto había relatado Astucia Gris no era más que un calco de lo deducido por sus compañeros. Le agradeció su esfuerzo y se volvió hacia Cí.

—Tu turno —dijo sin convicción.

—Si pudiéramos examinar sus ropas... O hablar con la persona que lo encontró... —se interpuso Astucia Gris.

—Tu turno —reiteró Ming.

Cí se incorporó. Había escuchado con atención a Astucia Gris y se lamentaba de que se le hubiera adelantado con un par de conclusiones ciertas. Hasta ese instante había decidido contar esos mismos hallazgos o poco más y guardarse para él su terrible descubrimiento. Sin embargo, si se limitaba a repetir las palabras de su compañero, quedaría ante Ming como un necio. Pese a todo, lo intentó.

Ming enarcó una ceja. Esperó a que Cí continuara, pero el joven permaneció en silencio.

—¿Eso es todo?

—A la vista de lo investigado, es cuanto puedo decir. Lo que ha relatado Astucia Gris no carece de fundamento —intentó parecer convincente—. Al contrario, sus observaciones se revelan agudas y ajustadas, y coinciden con las mías por cuanto he visto y tocado.

—Pues entonces deberías prestar más atención, porque no te mantenemos en esta academia para que repitas lo que podría parlotear un loro. —Guardó silencio un instante, como si meditara lo que iba a decir—. ¡Y menos aún para que intentes engañarnos!

—No os entiendo. —Cí se sonrojó.

—¿De veras? Dime una cosa, Cí, ¿acaso crees que soy un necio?

Cí notó que se le encendían las mejillas. No sabía a qué se refería exactamente, pero se imaginaba que iba a averiguarlo muy pronto.

—No os comprendo... —repitió.

—¡Por todos los dioses! ¡Deja ya de actuar! ¿Crees que no me fijé cuando descubriste algo en su oreja? ¿Crees que no advertí tus extraños movimientos cuando simulaste que cubrías el cadáver? Si hasta pude apreciar tu sonrisa velada...

—No sé de qué me habláis —mintió Cí.

Ming se irguió con los orificios nasales dilatados y los ojos inyectados en sangre.

—¡Retiraos! ¡Vamos! ¡Retiraos! —aulló.

Mientras huían de la sala, ambos pudieron escucharle murmurar entre dientes «maldito mentiroso...».

* * *

Cí consumió la tarde pensando en cómo resolver una situación que se le antojaba insostenible. Las horas transcurrían lentas frente a sus notas y lo único que se le ocurría era renunciar a su sueño y escapar de Lin'an. Sin embargo, seguía en la biblioteca estrujándose la cabeza en busca de una solución. Finalmente, cogió un pincel y comenzó a escribir. Durante largo rato transcribió hasta el último detalle de cuanto había averiguado, sin saber aún si en algún momento entregaría el informe. Envidió la situación de Astucia Gris. Le había visto bromear con otros compañeros, empuñando una jarra de licor, como si el fracaso le resbalara igual que el alcohol por su garganta. A última hora, poco antes de la cena, Astucia Gris se le acercó tambaleándose. Sus ojos brillaban, igual que su sonrisa húmeda. Parecía contento. Le ofreció un sorbo de licor, pero Cí lo rechazó mientras guardaba apresuradamente su informe.

—Vamos, compañero —balbuceó—. Olvida a Ming y bebe un poco.

Cí se maravilló de los efectos que el licor podía provocar en algunas personas. Desde su ingreso en la academia, era la primera ocasión en que su compañero se dirigía a él sin insultarle. Volvió a rechazarlo, pero Astucia Gris insistió.

—¿Sabes? Tengo que confesarte que hasta esta misma tarde te odiaba... El listo de Cí... El inteligente de Cí... —Echó otro trago—. Pero, por el Gran Buda, hoy no has sido más listo. Todavía recuerdo tus palabras: «Lo que ha relatado Astucia Gris no carece de fundamento. Al contrario, sus observaciones se revelan agudas y ajustadas, y coinciden con las mías por cuanto he visto y tocado» —le imitó—. Me has caído simpático. Ten. —Le acercó la jarra y rio con estruendo.

Cí cogió la jarra y bebió un trago con la única intención de que le dejase en paz. Sintió el calor del licor de arroz atravesar su garganta y abrasarle el estómago. No estaba acostumbrado a ingerir bebidas tan fuertes.

—¡Fantástico! —rio Astucia Gris—. Escucha. Esta noche, varios estudiantes iremos a cenar al Palacio del Placer y brindaremos a la salud del viejo Ming. ¿Quieres venir? Reiremos como borrachos y disfrutaremos como príncipes.

—No, gracias. No me gustaría que Ming se enterara...

—¿Y qué si se entera? ¿Acaso crees que somos sus prisioneros? Ming sólo es un pobre avinagrado que nunca tiene suficiente. ¡Venga, ánimo! Lo pasaremos bien. Te esperaremos al segundo gong, abajo, junto a la fuente del jardín. —Dejó el licor a los pies de Cí y se fue canturreando por donde había venido.

Cí agarró la jarra y miró dentro. El líquido se agitaba en la oscuridad como su propia alma. Había apurado toda la tarde buscando una solución inexistente y ya no sabía qué hacer. Si revelaba cuanto sabía, recuperaría la confianza de Ming, pero se situaría en la diana de la justicia. Si callaba, perdería la oportunidad que tanto había soñado de acceder a la judicatura. Acercó la jarra a sus labios y volvió a beber. En esta ocasión, el licor le reconfortó. Poco a poco, su entendimiento se nubló y sus problemas comenzaron a desvanecerse.

El aviso del segundo gong le sorprendió sentado en la biblioteca. No pensaba con claridad, pero tampoco lo necesitaba. A su lado descansaba vacía la jarra de licor. Se preguntó durante cuánto tiempo más le mantendría Ming pensionado en la academia. Cuánto tiempo tardaría en enviarle de regreso al cementerio.

¿Qué más le daba?

Escuchó unas risas procedentes del jardín. Se levantó vacilante y bajó las escaleras. Abajo, junto a la fuente, cuatro estudiantes con sendas jarras rodeaban a Astucia Gris. Cí los contempló un instante. Parecían contentos. No se decidió. Finalmente, dio media vuelta para dirigirse a los dormitorios cuando Astucia Gris advirtió su presencia. Cí oyó su voz pidiéndole que se acercara. Su tono era amable y persuasivo. Lo dudó, pero no se movió. Le apetecía beber más, pero en su interior algo le decía que no era buena idea. En ese instante Astucia Gris se le acercó. Sonreía. Le pasó el brazo por el hombro y le insistió en que les acompañara, asegurándole que se divertirían. En el último instante, Cí se dijo que si todo le salía mal, al menos no perdería la oportunidad de congeniar con Astucia Gris.

* * *

En el Palacio del Placer Cí descubrió las mujeres más bellas que jamás hubiera podido imaginar.

Nada más entrar, un vivaracho sirviente salió al encuentro de Astucia Gris y con grandes aspavientos le buscó acomodo entre el bullicio de hombres acaudalados, mercaderes y universitarios que corrían tras las bailarinas. La música de los laúdes y las cítaras excitaba a los clientes, que reían y jadeaban ante las mujeres maquilladas que giraban alrededor de ellos como nenúfares en un remolino. Cí advirtió que, en ocasiones, las jóvenes se subían ligeramente sus vestidos dejando a la vista sus pequeños pies con polainas, lo que despertaba la lujuria de los hombres

al mismo tiempo que sus gritos. Astucia Gris parecía formar parte del espectáculo, saludando a amigos, conocidos y camareros como si fuera el mismísimo dueño del prostíbulo. Pronto, una nube de sirvientes comenzó a abarrotar la mesa con platos y licores de todo tipo. Astucia Gris no tardó en demandar una pareja de *flores* para que les hicieran compañía. Enseguida dos bellezas sonrientes tomaron asiento junto a los seis jóvenes mientras Astucia Gris escanciaba las botellas. Ocho era el número perfecto.

—¿Te gustan, eh? —sonrió Astucia Gris a Cí mientras acariciaba la pierna de una de ellas—. Atended bien —se dirigió a las *flores* como si las conociera desde hace años—. Éste es Cí. El lector de cadáveres. Mi nuevo compañero. Puede hablar con los espíritus, así que sed dulces como la miel u os convertirá en borricos. —Y rio desencajado acompañado por sus amigos.

A Cí le incomodó que las dos *flores* cambiaran sus sitios para aposentarse a su lado. Sin embargo, el aguijón del deseo le hirió con fuerza. Hacía mucho tiempo que no rozaba a una mujer. Tanto que había olvidado la suavidad de su piel y la caricia de sus perfumes. Su sentido se enturbió, pero la llegada de las viandas le distrajo de otros apetitos. Había tantas y tan diferentes que parecían hacer verdad el dicho de que en Lin'an se comía cualquier cosa que volara menos las cometas, cualquier cosa que nadara menos los barcos y cualquier cosa con patas menos las mesas. Sobre los tapetes se amontonaban entrantes fríos de caracoles al vapor con jengibre, budín de las ocho gemas o cangrejos perlíferos que le disputaban el sitio a primeros platos de arroz frito, costillas de cerdo con castañas, fritura de ostras al diente de dragón y pescado crujiente de río. En otra mesa auxiliar, varios cuencos de sopas especiadas aguardaban turno para ejercer su papel digestivo. El vino tibio de arroz corría de cuenco en cuenco y las risas crecían al mismo ritmo que las manchas sobre las pecheras. Cí engullía feliz, asombrado

aún con el cambio experimentado por Astucia Gris, que entre sorbo y sorbo le alentaba a que se divirtiera.

Cí no necesitaba que le animaran. Las dos *flores* ya se encargaban de ello.

La primera vez que sintió la mano de una de ellas deslizarse por su entrepierna escupió el trago de un respingo. A la segunda ocasión, Cí intentó ser honesto con la chica. Le confesó que le perturbaba su perfume y que el rojo oscuro de sus labios le aturdió hasta lo más profundo de su tallo, pero era pobre como una rata y no podría agradecerle sus servicios. Sin embargo, eso no pareció importarle a la *flor*, que inclinó suavemente su cabeza hasta rozarle el cuello con la lengua.

Un restallido de placer le sacudió la espalda erizándole la piel. Escuchó las risas de Astucia Gris y a sus cuatro amigos jaleándole a que la acompañara.

Cí apenas podía pensar. Los últimos cuencos de licor le habían transportado a un neblinoso mundo de caricias y esencias que le arrastraban hacia un vértigo de placeres jamás imaginados. Iba a besar a la *flor* cuando sintió que alguien le zarandeaba en el hombro. Creyó escuchar una recriminación.

—¡Te digo que la sueltes y te busques otra! —volvió a farfullar un hombre de mediana edad, con un bastón en la mano.

—¡Eh! ¡Déjale en paz! —intervino Astucia Gris.

El hombre no le escuchó. Agarró a la *flor* por el brazo y tiró de ella como si fuera a arrancárselo, arramblando con todos los platillos que quedaban en la mesa. Cí se levantó para impedirselo, pero, antes de

lograrlo, recibió un bastonazo en la cara que lo arrojó al suelo. El hombre iba a propinarle otro cuando Astucia Gris se abalanzó sobre él y lo hizo caer. Enseguida acudieron varios sirvientes para separarlos.

—¡Maldito borracho! —bramó Astucia Gris mientras se limpiaba la pequeña herida que se acababa de hacer en una mano—. Deberían tener cuidado con la gente que dejan entrar. —Y ayudó a Cí a levantarse—. ¿Estás bien?

Cí aún no sabía con certeza lo que había ocurrido porque el alcohol era el amo de sus torpes movimientos. Se dejó ayudar por Astucia Gris cuando le condujo a una mesa limpia en un rincón tranquilo de la sala. Los otros estudiantes prefirieron quedarse cerca de las *flores*.

—¡Por el Gran Buda! Ese imbécil casi nos fastidia la noche. ¿Quieres que llame a la chica?

—No. Déjalo. —Todo le daba vueltas.

—¿Seguro? Parece una experta y sus pies son deliciosos. Apuesto a que colea como un pez recién ensartado. Pero si no te apetece, olvidémoslo. ¡Hemos venido a divertirnos! —E hizo una seña a un empleado para que les sirviera más licor.

Cí empezó a divertirse con Astucia Gris. El joven parecía haberse desprendido de sus aires de superioridad y charlaba y reía como si fueran amigos de toda la vida. Sus comentarios sobre los viejos que babeaban entre las bailarinas mientras éstas les birlaban sus monedas y sus muecas imitándoles de forma irreverente le hacían reír de una forma que ya había olvidado. Pidieron unos pastelillos de sésamo y algo de licor de arroz, y continuaron bebiendo hasta que las palabras

comenzaron a atropellárseles. Por un momento, se quedaron en silencio, torpes, descansando.

Entonces, el rostro de Astucia Gris cambió.

El estudiante le habló de su soledad. Desde muy joven, su padre le había enviado a los mejores colegios y escuelas, donde había crecido rodeado de sabiduría, pero alejado del cariño de sus hermanos, de los besos de su madre o de las confidencias de un amigo. Había aprendido a valerse por sí mismo, pero también a no confiar en nadie. Su vida era la de un hermoso caballo de pura raza encerrado en un establo dorado, pero dispuesto a cocear al primero que se le acercara. Y odiaba esa vida triste y solitaria.

Cí le compadeció. Apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Tendrás que disculparme —le confesó Astucia Gris—. Me he comportado contigo como un indeseable, pero es que al menos en la academia gozaba del respeto de Ming... O así lo creía, hasta que llegaste tú. Ahora sólo tiene ojos para tus deducciones...

Cí miró al joven sin saber qué decir. El licor le amodorraba el pensamiento.

—Olvídalo —balbució—. No soy tan brillante.

—Sí que lo eres —reiteró, cabizbajo—. Esta mañana, por ejemplo, en la Habitación de los Muertos, descubriste lo que ninguno de nosotros fuimos capaces de ver.

—¿Yo?

—Lo que encontraste en la oreja de ese hombre. ¡Maldición! Sólo soy un inepto engreído...

—No digas eso. Cualquiera podría haberse fijado.

—No. Yo no. —Y hundió su rostro en otro vaso de alcohol.

Cí vio la derrota en sus ojos. Hurgó en un bolsillo y sacó torpemente una pequeña piedra metálica.

—Observa esto —dijo y le mostró la piedra. Acto seguido, la aproximó lentamente a una fuente de hierro hasta que, de repente, como por arte de magia, saltó de su mano y voló hasta adherirse a la fuente. Los ojos de Astucia Gris se redondearon en sus órbitas y casi se le salieron cuando intentó separarla sin lograrlo.

—Pero... —No comprendió—. ¿Un imán?

—Un imán —le confió Cí mientras lo desprendía—. Si hubieras dispuesto de uno, tú también habrías descubierto la varilla insertada en su oído. La varilla de hierro con la que asesinaron a ese alguacil.

—¿Asesinado? ¿Alguacil? ¿Pero qué dices? Realmente eres un diablo, Cí. —Y volvió a beber más animado—. Entonces, la jarra de licor que encontraron aferrada a su mano...

Cí echó un vistazo a su alrededor hasta descubrir a un anciano que dormía en un diván con un bastón entre las manos. Se lo mostró a Astucia Gris.

—Fíjate. No lo aferra. —Los ojos se le cerraron. Los abrió un instante después para continuar—. El bastón sólo descansa dócil en sus manos. Cuando una persona fallece, con su último aliento deja escapar todas sus

fuerzas. Sólo si después de muerto alguien coloca ahí la jarra, y la mantiene hasta que la rigidez cadavérica actúe...

—¿Un señuelo?

—En efecto. —Y apuró su vaso casi sin poder articular su pensamiento.

—De verdad eres un diablo.

Cí no supo qué decir. El licor le amodorraba cada vez más el entendimiento. Se le ocurrió brindar.

—Por mi nuevo amigo —dijo Cí.

Astucia Gris vació el vaso.

—Por mi nuevo amigo —repitió Astucia Gris.

Astucia Gris llamó a un camarero para pedir más licor, pero Cí lo rechazó. Apenas si podía distinguir el torbellino de vasos, clientes y bailarinas que daban vueltas a su alrededor. Sin embargo, le pareció distinguir a una figura esbelta que se destacaba entre la vorágine y se acercaba lentamente hacia él. Cí creyó reconocer la belleza fugaz de unos ojos almendrados a un suspiro de los suyos. Después, la humedad de unos labios cargados de deseo le inundó hasta transportarle al paraíso.

Mientras Cí se dejaba acurrucar por los brazos de la *flor*, Astucia Gris se levantó.

Si en lugar de abandonarse a las caricias, en aquel momento Cí hubiese alzado la vista, se habría asombrado al comprobar cómo Astucia Gris se deshacía de su borrachera y caminaba con determinación para

entregar las monedas convenidas al mismo hombre que momentos antes les había atacado.

CAPÍTULO 22

Cuando Cí despertó entre la basura del callejón, el sol ya brillaba sobre los tejados húmedos de Lin'an.

El griterío de los transeúntes retumbó en su cabeza aún adormilada como si estallaran mil relámpagos. Se levantó lentamente y, confundido, miró a su alrededor hasta distinguir sobre su cabeza el cartel que anunciaba el Palacio del Placer. Un escalofrío le desperezó. Aún conservaba en su piel el sabor del cuerpo de la *flor* cimbreándose sobre él, pero también le acompañaba un extraño desconcierto. No vio ni a Astucia Gris ni a ninguno de sus acompañantes, de modo que, muy despacio, comenzó a caminar hacia la academia.

Nada más llegar al edificio, el guardián le informó de que Ming había preguntado varias veces por él. Por lo visto, el maestro había decidido que los alumnos que habían asistido a la prefectura presentaran sus informes ante el claustro de profesores en la Digna Sala de las Discusiones.

—Llevan un rato reunidos, pero ni se te ocurra entrar así o te echarán a varetazos.

Cí se contempló. Llevaba la ropa manchada de restos de comida yapestaba a licor. Se maldijo por su suerte sin entender aún por qué Astucia Gris no le había esperado, pero prefirió olvidar los lamentos para correr a una tina de agua con la que adecentarse. En un abrir y cerrar de ojos se lavó y voló hacia su cubículo en busca de ropa limpia. Una vez arreglado, cogió la talega en la que guardaba el informe para volver a correr atropelladamente hacia la Digna Sala de las Discusiones. Antes de entrar, se detuvo a recuperar el aliento. En la sala, todos le miraron. Se sentó en silencio, advirtiendo que justo en aquel momento comenzaba la exposición de Astucia Gris.

Cí le hizo un gesto con la mirada, pero Astucia Gris le rehuyó. A Cí le extrañó. Supuso que obedecería a los nervios, así que se colocó la talega entre las piernas y prestó atención. Mientras tanto, en el centro de la sala, Astucia Gris tamborileaba con sus dedos sobre el pequeño atril en el que había dispuesto sus conclusiones. Cuando se lo indicaron, el alumno solicitó el permiso de los profesores y comenzó a relatar los procedimientos preliminares que había seguido durante el examen. Cí aún debía decidir qué hacer con su propio informe, de modo que abrió su talega para repasarlo. Sin embargo, advirtió con estupor que no estaba donde lo había dejado. Aún estaba buscándolo cuando en la sala comenzaron a resonar sus propias palabras saliendo de la boca de Astucia Gris.

«No puede ser».

Sus manos temblaron mientras vaciaba la talega y aumentaron su estremecimiento cuando encontró su manuscrito en el fondo, arrugado,

en lugar de pulcramente doblado, tal y como lo había guardado él. La sangre le hirvió.

Conforme Astucia Gris avanzaba en su relato, Cí comprendió hasta qué punto le había utilizado. Su aparente amistad había sido un maldito ardid, y el alcohol, el vehículo que había empleado para sonsacarle. Cí escuchó sus palabras ralentizadas, reverberando una y otra vez en su cabeza, recordándole lo necio que había sido al confiar en quien ahora le asestaba la peor de las puñaladas. Lo que para Astucia Gris era ganar una baza ante Ming, para él podía suponer su condena de por vida.

Oyó a su rival detallar la imposibilidad del accidente o el suicidio, descartando que el fallecido hubiera podido mantener aferrada la jarra. Se apropió de su descubrimiento sobre la causa de la muerte, al atribuirse el haber encontrado una larga varilla de hierro introducida en su oreja izquierda y se excusó por no habérselo comunicado a Ming durante la audiencia previa alegando la necesidad de preservar *su* hallazgo. Todo lo leía pausadamente de un informe, copia exacta del suyo, que a su conclusión entregó a Ming. No había omitido nada. Ni siquiera el oficio del asesinado.

Hubo de contenerse para no saltar sobre él y golpearle.

Y lo peor era que no podía denunciarle. Si lo hacía, no sólo le resultaría complicado demostrar que su compañero le había robado el informe, y no al revés, como sin duda Astucia Gris se encargaría de proclamar, sino que, además, en el caso de lograrlo, se vería obligado a explicar cómo había averiguado que el fallecido era alguacil. Por fortuna, tal explicación era lo único que había evitado reseñar en el informe original.

Por eso, Astucia Gris no supo qué argumentar cuando Ming le interrogó sobre la cuestión.

—Deduje su profesión por la extraña y reiterada petición de confidencialidad —arguyó dubitativamente.

—¿Deduje? ¿No deberías decir más bien... *copié*? —le preguntó Ming.

Astucia Gris enarcó ambas cejas al tiempo que sus mejillas se encendían.

—No entiendo a qué os referís.

—Entonces, tal vez pueda explicárnoslo el propio Cí. —Y le señaló indicándole que se levantara.

Cí obedeció, si bien antes tuvo cuidado de arrugar su informe y guardarlo en la talega. Cuando llegó a la altura de Astucia Gris, advirtió el temor en su mirada. No le cabía duda de que Ming sospechaba algo. Permaneció en silencio mientras pensaba en cómo resolver aquella situación.

—Estamos esperando —le urgió Ming.

—No sé bien a qué, señor —habló por fin Cí.

La respuesta desconcertó a Ming.

—¿Es que no tienes nada que objetar? —Su voz rabió.

—No, venerable maestro.

—¡Vamos, Cí! No me tomes por necio. ¿Ni siquiera tienes opinión?

Cí dirigió su mirada a Astucia Gris. Pudo apreciar como éste tragaba saliva. Antes de abrir la boca, sopesó bien su respuesta.

—Opino que alguien ha realizado una labor excelente —dijo finalmente señalando a su compañero—. Así pues, sólo resta felicitar a Astucia Gris y que los demás sigamos trabajando. —Y sin esperar a que Ming le diera permiso, bajó del estrado y salió de la Digna Sala de las Discusiones tragándose su propia hiel a bocanadas.

* * *

Se maldijo mil veces por su estupidez, y mil veces más por su cobardía.

De buena gana habría estampado sus puños contra la cara de Astucia Gris, pero eso sólo habría servido para que a él le expulsaran de la academia y para que su oponente se saliera con la suya. Y no iba a permitir que eso sucediera. Se dirigió a la biblioteca, buscó un rincón apartado y sacó de la talega su informe arrugado en busca de algún detalle que dejara a Astucia Gris en evidencia. Algo que pudiera desenmascararle y que no le comprometiera. Llevaba un rato repasándolo cuando alguien se le acercó por la espalda. Cí dio un respingo. Era Ming. El maestro meneó la cabeza y se sentó frente a él. Se mordió los labios. Su rostro reflejaba indignación.

—No me estás dejando alternativa. Si no cambias, tendré que expulsarte de la academia —dijo finalmente—. ¿Pero qué te pasa, muchacho? ¿Por qué dejaste que se saliera con la suya?

—No sé de qué me habláis. —Escamoteó el informe bajo sus mangas. Ming lo advirtió.

—¿Qué ocultas ahí? Déjame ver. —Se levantó y le arrebató el papel. Lo ojeó rápido mientras su gesto cambiaba—. Lo que imaginaba —masculló alzando la vista—. Astucia Gris jamás habría redactado un informe en estos términos. ¿Acaso crees que no conozco su estilo? —Hizo una pausa en espera de una respuesta—. ¡Por todos los dioses! Estás aquí porque confié en ti, así que confía tú ahora en mí y cuéntame lo que ha sucedido. No estás solo en el mundo, Cí...

«Sí que estoy solo. Sí que lo estoy».

Cí intentó recuperar su informe, pero Ming lo apartó de su alcance.

Se mantuvo en silencio mientras la rabia le reconcomía. ¿Qué sabía aquel hombre de lo que le sucedía? ¿Cómo hacerle entender que no sólo había desperdiciado la oportunidad de conseguir su sueño, sino que además se había colocado de nuevo en la diana de la justicia? ¿De qué forma podía explicarle que en cuantos había confiado le habían traicionado, comenzando por su propio padre? ¿Qué podía saber él de confianza?

* * *

Durante los días siguientes, Cí trató de evitar a Ming y a Astucia Gris. Al primero le fue difícil, pero al segundo le resultó imposible porque ambos seguían compartiendo dormitorio. Por fortuna, su compañero había optado por una estrategia similar a la suya y se mantenía apartado de él tanto como podía. De hecho, asistía a clases distintas, disimulaba cuando se cruzaban y, durante las comidas, buscaba sitio en las mesas

más alejadas. Cí se imaginó que Astucia Gris debía de temer algún tipo de respuesta, lo que a su juicio le convertía en una fiera acosada capaz de saltarle al cuello cuando menos lo esperara.

Por su parte, Ming no había vuelto a mencionar el asunto del informe, un comportamiento que le desconcertó.

Sin embargo, eso no le aplacó. Por las tardes, tras las clases de retórica, comenzó a trabajar en el documento que, según hizo creer a sus compañeros, demostraría la impostura de Astucia Gris. Incluso se vanaglorió de ello en el comedor, con la esperanza de que llegara a oídos de su rival. Estaba convencido de que Astucia Gris mordería el cebo y, tarde o temprano, sucumbiría a la tentación de robar el nuevo informe, igual que había hecho con el original.

Cuando lo tuvo todo listo, hizo correr la voz asegurando que al día siguiente lo presentaría ante el consejo y desenmascararía a Astucia Gris. Luego se fue a su dormitorio y esperó sentado a su rival.

Astucia Gris se presentó a media tarde. Nada más entrar tosió al ver a Cí, agachó la cabeza y se tumbó en la cama como si estuviera desfallecido. Cí advirtió que simulaba dormir. Pasado un rato, Cí se levantó, dejó el informe en su talega, cerciorándose de que su rival pudiera apreciarlo, y la guardó en su arcón. Luego esperó al gong que anunciaba la hora de silencio y abandonó la habitación.

Para entonces, Ming ya aguardaba en el pasillo, tal y como Cí le había suplicado.

—No sé cómo me has convencido para esta locura —murmuró el maestro.

—Tan sólo escondeos y esperad. —Se inclinó ante él.

Ming se ocultó tras una columna imitando a Cí. La luz del único farol titilaba a lo lejos como si formara parte de la conjura. Pasaron unos instantes que a ambos se le antojaron eternos, pero, al poco, desde su escondrijo, pudieron observar cómo Astucia Gris asomaba la cabeza y miraba a un lado y a otro antes de volver a desaparecer. Momentos después, en medio del silencio, se escuchó el chirrido del arcón.

—¡Va a hacerlo! —alertó Ming a Cí.

Cí negó con la cabeza y le hizo una seña para que aguardara. Contó hasta diez.

—¡Ahora! —gritó Cí.

Corrieron hacia el dormitorio e irrumpieron en él, sorprendiendo a Astucia Gris con la mano en la talega. Al verse descubierto, su cara se transformó.

—¡Tú! —maldijo a Cí.

Sin dar tiempo a que reaccionaran, emitió un rugido y se abalanzó sobre Cí haciéndole caer. Ambos rodaron por el suelo, derribando con sus cuerpos las sillas del dormitorio. Ming intentó separarlos, pero los dos jóvenes parecían gatos salvajes que intentaran despedazarse. Astucia Gris aprovechó su envergadura y se sentó a horcajadas sobre Cí, pero éste se revolvió hasta desembarazarse de su oponente. Astucia Gris descargó un puñetazo sobre el vientre de Cí, que éste no acusó. Le golpeó una segunda vez con todas sus fuerzas, pero Cí permaneció impertérrito, lo que provocó el desconcierto de su rival.

—¿Ahora te sorprendes? —Cí soltó un puñetazo que impactó en la cara de Astucia Gris—. ¿No buscabas mi demostración? —le asestó otro golpe que le reventó el labio—. ¡Pues aquí la tienes! —Un tercero hizo que Astucia Gris cayera hacia atrás antes de que Ming pudiera detenerle.

Cí se levantó con la respiración agitada y el pelo desmadejado mientras Astucia Gris gruñía con la cara ensangrentada a los pies de la cama. Cí escupió ante sus amenazas. Había tragado mucha hiel por su culpa y no estaba dispuesto a engullir más.

* * *

Al día siguiente, Cí y Astucia Gris se cruzaron cuando éste abandonaba la academia. Nadie había acudido a despedirle. Ni siquiera los amigos a los que siempre convidaba. Cí observó que le esperaba a la puerta un séquito de personajes cuyos costosos ropajes parecían sacados de una celebración imperial. No le extrañó. Durante el desayuno ya se rumoreaba que la plaza ofertada por la prefectura había sido asignada a Astucia Gris. Apretó los dientes resignado. Quizá hubiera perdido la oportunidad de su vida, pero al menos se había desquitado. Para su sorpresa, Astucia Gris le sonrió.

—Supongo que sabes que me voy...

—Una lástima —ironizó Cí.

Astucia Gris torció el gesto. Se inclinó hasta aproximarse a su oído.

—Disfruta de la academia y procura no olvidarme, porque yo no te olvidaré a ti.

Cí lo miró con desdén mientras su rival abandonaba la academia.

«Disfruta tú de tus nuevos labios», murmuró.

* * *

Aquella misma tarde, el claustro se reunió de urgencia para debatir la expulsión de Cí.

Los profesores convocantes alegaron que, fueran o no acertados, los augurios de Ming sobre la portentosa capacidad de Cí en ningún caso justificaban su comportamiento vehemente. Cí estaba ocupando una plaza que no sólo restaba credibilidad, sino también ingresos a la academia. Y con su último acto violento, había estado a punto de truncar la generosa donación que anualmente hacía efectiva la familia de Astucia Gris.

—De hecho, hemos tenido que avalar la candidatura de Astucia Gris a la judicatura para evitar el desastre.

Ming se opuso. Insistió en que, como había quedado demostrado, Cí había sido el autor del informe que Astucia Gris, mediante el engaño, había sustraído y empleado. Pero sus oponentes le recordaron que durante la presentación del informe, el propio Cí había aceptado la autoría de su compañero y que ni sus posteriores argumentaciones, ni el comportamiento con el que había intentado apoyarlas, eran aceptables.

La opinión mayoritaria era que Cí debía abandonar la academia sin mayor dilación.

Ming no se dio por vencido. Estaba persuadido de que, tarde o temprano, la presencia del joven les reportaría más beneficios que todos los *qián* que cualquier padre pudiera pagar. Por esa razón, y para evitar gastos a la academia, propuso al claustro tomar al joven como ayudante personal.

Un murmullo de desaprobación se extendió entre los presentes. Yu, uno de los profesores más beligerantes, calificó a Cí de ser tan farsante como los mercaderes que en lugar de seda vendían piezas de papel o los deleznable charlatanes que prometían remedios inservibles. Incluso tachó de excéntrico a Ming, dudando de que su interés obedeciera simplemente a motivos altruistas y juzgando más bien que respondiese a apetitos más íntimos. Al escucharle, Ming bajó la cabeza y guardó silencio. Desde hacía tiempo, un grupo de envidiosos encabezado por el maestro Yu buscaba su destitución. Iba a replicarle cuando el miembro más anciano se levantó.

—Esa insidiosa insinuación está fuera de lugar. —Su voz resonó autoritaria—. Además de ser el director de esta academia, Ming es un profesor encomiable y su moral no admite discusión. Aquí siempre ha respondido con su trabajo, y los rumores sobre sus gustos, o lo que haga fuera de esta institución, es algo que sólo incumbe a su familia y a él.

Un tenso silencio se adueñó de la sala mientras todos los ojos escrutaban a Ming. El maestro pidió la palabra y el anciano se la concedió.

—No es mi reputación la que está en juego, sino la de Cí —desafió al profesor que acababa de recriminarle—. Desde el primer día, ese joven

ha trabajado con denuedo. En los meses que lleva en la academia ha madrugado, limpiado, estudiado y aprendido más que muchos de sus compañeros durante toda su vida. Que haya quienes no quieran verlo o, lo que es aún peor, quienes en beneficio propio pretendan utilizar espurios argumentos contra mi persona están errando el camino. Cí es un estudiante rudo e impulsivo, pero también un joven que rebosa un talento difícil de encontrar. Y aunque su comportamiento en algún momento merezca nuestra reprobación, también merece nuestra generosidad.

—Nuestra generosidad ya le fue concedida cuando ingresó —apuntó el anciano.

Ming se volvió hacia los componentes del claustro.

—Si no confiáis en él, al menos, confiad en mí.

* * *

A excepción de los cuatro detractores que ambicionaban el puesto de Ming, el resto del claustro acordó que el joven permaneciera en la academia bajo la estricta responsabilidad del director. No obstante, también pactaron que cualquier infracción que supusiese el más mínimo descrédito para la institución provocaría su expulsión inmediata. La del joven y la del propio Ming.

Cuando Ming informó a Cí, éste no le creyó.

Ming le explicó a grandes rasgos que había dejado de ser un simple alumno para convertirse en su ayudante. Le anunció que a partir de ese mismo día abandonaría la celda que había compartido con Astucia Gris y se trasladaría a sus dependencias privadas, en el piso superior, donde podría consultar su biblioteca siempre que lo precisara. Durante las mañanas continuaría acudiendo a las clases con el resto de los alumnos, pero por las tardes se dedicaría a asistirle en sus investigaciones. Cí acogió la propuesta con sorpresa y, aunque no comprendió por qué Ming apostaba tanto por él, prefirió no preguntar.

Desde ese momento, la academia se convirtió para Cí en una especie de paraíso. Cada mañana era el primero en acudir a las disertaciones sobre los clásicos y el último en abandonarlas. Asistía ansioso a las clases de leyes y efectuaba las rondas por los hospitales de Lin'an con la energía de un adolescente que intentara impresionar a su enamorada. Pero aunque el contacto con los cadáveres resultaba enriquecedor, era por las tardes cuando más disfrutaba. Tras la comida, se encerraba en el despacho de Ming y consumía las horas entre el arsenal de tratados médicos que el propio Ming había logrado recuperar de la universidad antes de su clausura. Conforme los leía y releía, Cí advirtió que, pese a la sabiduría que atesoraban, en ocasiones trataban las materias de forma confusa, repetida o desordenada, por lo que propuso a Ming sistematizar aquel caos. Según el joven, la solución pasaba por redactar nuevos tratados clasificados según las dolencias, de forma que pudieran consultarse sin tener que acudir una y otra vez a distintas fuentes en las que, al fin y al cabo, repetían y solapaban idénticos conceptos.

A Ming le entusiasmó tanto la propuesta que la tomó como propia y le otorgó la máxima prioridad. Incluso convenció al claustro de profesores de la necesidad de acometer aquella tarea, obteniendo de ellos una asignación monetaria adicional que dedicó en parte a la adquisición de material y en parte a remunerar a Cí.

Cí trabajó duro. Al principio, se limitó a recopilar y organizar información de libros médicos como el *Wu-tsang-shen-lu*, el *Discurso divino de los sistemas funcionales del cuerpo*, el *Ching-hen fang*, las *Prescripciones a través de la experiencia*, o el *Nei-shu lu*, el *Ensayo sobre las respuestas inducidas*. También estudió tratados sobre criminología, como el *I-yü chi*, la antigua *Colección de casos dudosos*, o el *Che-yü kwei-chien*, el *Espejo mágico para resolver casos*. Con el paso de los meses, además de continuar con el proceso de análisis, Cí comenzó a reflejar sus propios pensamientos. Lo hacía por las noches, cuando Ming se acostaba. Después de sus oraciones, encendía su farol y bajo la llama amarillenta reseñaba los métodos que según él debían emplearse ante el examen de un cadáver. A su juicio, no sólo resultaba fundamental un conocimiento exhaustivo de las circunstancias de un deceso, sino que debía exigirse la perfección en los actos más simples o triviales. Para evitar descuidos, se hacía preciso seguir un orden exacto, comenzando por la coronilla, las suturas craneales y la línea del nacimiento del pelo, y continuar por la frente, las cejas y los ojos, cuyos párpados deberían abrirse sin miedo a que escapase el espíritu del muerto. Acto seguido, se proseguiría por la garganta, el pecho del hombre y los senos de la mujer, el corazón, la campanilla y el ombligo, la región púbica, el tallo de jade, el escroto y los testículos, palpándolos con detenimiento para comprobar si estaban completos. En las mujeres, y con la ayuda de una comadrona siempre que fuera posible, debería comprobarse la puerta del nacimiento de los niños, o la puerta oculta si se tratara de jóvenes vírgenes. Por último, se examinarían piernas y brazos sin olvidar las uñas y los dedos. La parte trasera exigiría el mismo cuidado, por lo que se comenzaría por la nuca, el hueso que pasea sobre la almohada, el cuello, el lomo y las nalgas. Igualmente se inspeccionaría el ano, así como la parte posterior de las piernas, siempre cuidando de presionar a la vez ambos miembros con el fin de advertir cualquier desigualdad producida por golpes o

inflamaciones. A partir de este reconocimiento previo, se determinarían la edad del fallecido y la fecha aproximada de su muerte.

Cuando Ming leyó las primeras hojas no supo bien qué decir. Muchas de sus reflexiones, en especial las referidas a la forma de abordar los exámenes forenses, superaban en claridad y precisión a las que salpicaban desordenadamente algunos tratados, pero además existían otras que incorporaban procedimientos y experiencias por él desconocidas, por no hablar de sus novedosas propuestas en cuanto a instrumental quirúrgico o la extraña heladera que Cí había adquirido y modificado para conservar órganos durante largo tiempo y a la que había denominado «cámara de conservación».

Cí apenas se relacionaba con los demás estudiantes. Sus fantasmas le habían empujado a trabajar como un esclavo, pero tampoco necesitaba nada más. No existía ninguna otra cosa en su cabeza. Hacía su trabajo tan bien como sabía y maldecía el momento en el que fallaba una pregunta o le pasaba inadvertida una herida cuando examinaba un cadáver. Así, cuando resolvía un caso, lo saboreaba solo. No tenía amigos, ni siquiera compañeros. Tampoco le importaba. Se bebía el tiempo trabajando, aislado del mundo. Sólo tenía ojos para los libros y corazón para sus sueños.

Pero Ming insistía una y otra vez en los aspectos legales.

—En ocasiones, tu función no consistirá en determinar las causas de un fallecimiento —le explicaba—. ¿Qué ocurriría si un hombre es apaleado por varias personas? O peor aún: ¿qué sucedería si muriese al cabo de unos días? ¿Cómo determinarías si su fallecimiento obedeció a las heridas infligidas o bien fue causado por alguna enfermedad previa?

Ming le habló entonces de los plazos de la muerte.

Cí conocía la clasificación de las heridas según el instrumento con el que se hubieran causado, pero le sorprendió que dicha categorización se emplease para determinar los plazos de la muerte. Ming le especificó que a las heridas producidas por golpes con manos y pies les correspondía un periodo de diez días, mientras que para las causadas con cualquier otra arma, incluidos los mordiscos, el tiempo límite se establecía en veinte días. Añadió que por escaldamiento o quemaduras pasaba a treinta días, que era el mismo plazo que correspondería al vaciado de ojos, labios cortados o huesos rotos.

—Y esto es determinante, pues si la muerte acaece dentro del plazo límite se considerará que obedece a las heridas, pero si lo traspasa, entonces se razonará que no es consecuencia directa de las secuelas y no podrá acusarse al reo de asesinato.

A Cí le resultó sorprendente que algo tan subjetivo se regulase con tal precisión.

—Pero ¿y si median heridas posteriores? ¿O si muere con posterioridad al plazo, pero a causa de las heridas iniciales?

—Te pondré un ejemplo. Imaginemos un herido por arma. Apenas un rasguño, pero que a la semana deriva en una corrupción que le conduce a la muerte. Supongamos que ésta se produce antes de los veinte días: entonces el criminal será acusado de asesinato, por leve que hubiese sido la herida causante. Ahora bien, si durante la evolución de la herida ese mismo hombre fuese mordido por una víbora y muriese a causa del veneno, entonces el criminal sería juzgado sólo por lesiones.

Cí meneó la cabeza, y la meneó más aún tras conocer supuestos complicados como el que afectaba a las mujeres embarazadas. Si tras ser heridas, abortaban antes de alcanzar el plazo límite, entonces éste se

incrementaría en treinta días, teniendo en cuenta que la suma de los dos plazos nunca podría superar los cincuenta. Cuando le dijo que él era partidario de individualizar cada caso, fue Ming quien se extrañó.

—Las leyes están para cumplirlas. Esa rebeldía tuya ya te ha ocasionado bastantes problemas —le recriminó.

Cí no estaba seguro de ello. Era cierto que las leyes pretendían hacer el bien, pero, respetando las reglas, la Corte había otorgado el título de Oficial Imperial a un farsante como Astucia Gris. Al recordarlo, sintió un pinchazo en el estómago. Bajó la cabeza para dar por concluida la discusión y continuó con su trabajo mientras rumiaba qué sería de Astucia Gris.

* * *

El invierno transcurrió rápido, pero la primavera se enquistó en el ánimo de Cí.

A menudo se despertaba entre temblores mirando desesperado al vacío, buscando el fantasma de Tercera en la más absoluta oscuridad. La buscaba con los ojos tanto como con el corazón. Luego pasaba el resto de la noche temblando, aterrorizado por su ausencia y por la de una familia que a veces le parecía no haber tenido jamás. En tales ocasiones recordaba con añoranza al juez Feng. Alguna vez se había planteado averiguar su paradero, pero ahora en la academia las cosas marchaban bien y, además, tenía la convicción de que si entraba en su vida, tarde o temprano su condición de fugitivo le deshonoraría.

Una tarde de asueto decidió buscar compañía en el Palacio del Placer.

La *flor* que eligió fue amable con él. Cí creyó que incluso dulce. Sus caricias no se detuvieron ante sus quemaduras y sus labios le recorrieron de formas que nunca habría podido imaginar. Él le entregaba sus *qián* y ella mitigaba su soledad.

Volvió a la semana siguiente, y a la otra, y otra más. Así, hasta que una noche nublada se topó con Astucia Gris sentado a la misma mesa en la que éste le había engañado meses atrás. Nada más verlo se le revolvió el estómago. El joven oficial bebía animado, rodeado de una cohorte de acémilas que reían sus gracias sin reparar en la fea cicatriz de su labio, cuando le divisó. Cí intentó escabullirse, pero cuando iba a alcanzar la puerta, Astucia Gris se lo impidió. Se le acercó despacio, lo aferró por el cuello y le conminó a que le mirase. Los amigos que le acompañaban lo sujetaron también.

No sentir los golpes hizo que éstos fueran más duros, más salvajes. No pararon hasta que quedó inerte. Se ensañaron con él.

Despertó en la academia, al cuidado de Ming. El hombre deslizaba un paño húmedo sobre su frente con la delicadeza de una madre que cuidara a su pequeño. Cí apenas podía moverse. Apenas podía ver. La negrura le envolvió. Cuando volvió a despertar, Ming continuaba allí. Escuchó su voz, pero no le comprendió. No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que le logró entender.

El maestro le dijo que llevaba inconsciente tres días. Una muchacha, a la que al parecer conocía, había dado aviso de su situación y, acompañado de varios alumnos, había acudido a por él.

—Según relató, te atacaron unos desconocidos. O, al menos, eso es lo que yo he contado aquí.

Cí intentó incorporarse, pero Ming se lo impidió. El curandero que le había visitado le había prescrito descanso hasta que las roturas de las costillas sanasen. Debía guardar cama un par de semanas. Lo suficiente como para perderse las clases más importantes. Pero Ming le dijo que no se preocupase. Le cogió su mano con la misma dulzura que una *flor*.

—Yo velaré por ti.

* * *

Además de sus cuidados, durante la convalecencia, Cí hubo de soportar los continuos reproches de Ming. El maestro le recriminó que su comportamiento huraño le impidiera disfrutar del conocimiento, de la alegría de otros alumnos. Alababa su laboriosidad, pero la misma superioridad que mostraba en sus análisis parecía abocarle a un aislamiento pernicioso. Y, a juzgar por las consecuencias, la compañía de una *flor* no parecía ser el mejor remedio. Cí simulaba no escucharle, pero, durante la noche, cuando las horas transcurrían lentas, meditaba sobre las palabras que había fingido no oír. Palabras que le punzaban porque sabía que destilaban razón. Los mismos fantasmas que le asaltaban por las noches le estaban enterrando en vida. Las dudas sobre su padre le devoraban poco a poco, aferradas a sus vísceras, cada día creciendo más. Si en verdad pretendía conseguir su sueño, tendría que expulsar a aquel espectro de su corazón.

Pero desconocía cómo.

Decidió que aquella noche se lo confesaría a Ming.

Lo encontró en su despacho, semioculto tras una nube de incienso que, con sus halos fantasmagóricos, impregnaba de un gris sucio la oscuridad. El aroma denso y dulzón del sándalo penetró en sus pulmones, que se resintieron al hincharse. Sus ojos descubrieron a un Ming inmóvil meditando frente a una taza de té. Su rostro tenía el brillo mortecino de la cera. Al reconocerle, el maestro le invitó a sentarse con un hilo de voz. Cí le obedeció y guardó silencio. No sabía por dónde empezar, pero Ming se lo facilitó.

—Debe de ser importante para que interrumpas mis oraciones, pero adelante, estaré encantado de escucharte.

Su voz sonaba suave. Cí respiró. Ming sabía cómo transformar las aristas de una rama quebrada en un pincel fino, listo para el trabajo.

Le explicó quién era y de dónde venía. Le habló de la extraña enfermedad que marcaba su cuerpo, de su estancia en la universidad años atrás, de los días como ayudante del juez Feng, de la desaparición de su familia y de su terrible soledad. Pero, sobre todo, le reveló la ignominiosa actuación de su padre y el deshonor que había derramado sobre él. Cuando llegó el momento de contarle que él mismo era un fugitivo del alguacil que precisamente había aparecido asesinado, no se atrevió.

Ming le escuchó tranquilo mientras sorbía el té humeante como si se tratara de un manjar caro y exquisito. Su tez impasible era la de un anciano que acabara de escuchar una historia mil veces contada. Cuando terminó, colocó la taza sobre la mesa baja y le miró fijamente.

—Ya has cumplido veintidós años. Un árbol siempre es responsable de sus frutas, pero una fruta no puede serlo de su árbol. Aun así, estoy seguro de que, si buscas en tu interior, encontrarás motivos para enorgullecerte de tu padre. Yo los veo en tu sabiduría, en tus gestos, en tu educación.

—¿Mi educación? Desde que llegué a la academia mi vida ha sido un reguero de farsas y mentiras. Yo...

—Tú eres un joven ambicioso e impetuoso, pero no un desalmado. De lo contrario, no te asaltarían esos remordimientos que te impiden el descanso. En cuanto a tus mentiras... —vertió un poco más de té sobre su taza—, no es un buen consejo, pero deberías aprender a mentir mejor.

Ming se levantó y se dirigió a la biblioteca, de la que regresó con un libro que Cí reconoció. Era un código penal similar al de su padre.

—¿Un carnicero que domina el *Songxingtong*? —le retó—. ¿Un enterrador que aunque acaba de llegar a Lin'an conoce el único lugar donde se vende un alimento tan poco común como el queso? ¿Un pobre inculto que lo ha olvidado todo excepto sus extensos conocimientos sobre heridas y anatomía? Dime una cosa, Cí, ¿de verdad pensabas que podrías engañarme?

Cí no supo qué decir. Por fortuna para él, Ming interrumpió su balbuceo.

—Vi algo en ti, Cí. Detrás de las mentiras que vertía tu boca, advertí una sombra de tristeza. Tus ojos pedían ayuda. Inocentes... desvalidos. No me defraudes, Cí.

Aquella noche, Cí por fin descansó.

Fue la primera y la última vez. Al día siguiente, una noticia le sobrecogió.

QUINTA PARTE

CAPÍTULO 23

Aquella mañana debería haber sido como cualquier otra de junio. Cí se había levantado al alba, se había aseado en el patio privado de Ming y había honrado a sus difuntos. Tras el desayuno, había corrido a la biblioteca y se había enfrascado con el compendio que tenía que presentar por la tarde al claustro, una recopilación de procedimientos y prácticas forenses que ilustrarían el trabajo que había desarrollado desde que comenzó a trabajar para Ming. Pero a media mañana descubrió con horror que había olvidado incluir unos pasajes de vital importancia extractados del *Zhubing Yuanhou Zonglun*, el *Tratado general sobre las causas y los síntomas de las enfermedades*, que había olvidado en el despacho de Ming.

Cí golpeó la mesa con los puños. Necesitaba el tratado con urgencia, pero precisamente esa misma mañana Ming había sido convocado de forma imprevista a la prefectura provincial y aún tardaría en llegar. Si esperaba a su regreso, no concluiría a tiempo la presentación. Pensó en la osadía que supondría entrar en su despacho privado sin su permiso. Pero necesitaba el tratado...

«Esto no es una buena idea».

Empujó la puerta y entró en el despacho. Todo estaba a oscuras, así que avanzó a tientas hasta la biblioteca privada de Ming.

Mientras buscaba el texto, sintió que se le enfriaba el corazón. Lentamente, sus dedos recorrieron el anaquel donde Ming solía ubicar el ejemplar hasta llegar a un lugar vacío. Un escalofrío le recorrió.

Se maldijo por su mala fortuna. De inmediato, escudriñó a su alrededor.

Finalmente, localizó el tratado en el escritorio, bajo otro volumen encuadernado en seda. Se acercó lentamente, casi deslizándose. Estiró el brazo con temor, pero al rozar su lomo se detuvo. Dudó qué hacer.

«Esto no es una buena idea», se repitió.

Iba a retroceder cuando de repente la puerta se abrió. Cí dio un respingo y el libro cayó al suelo arrastrando el volumen de cuero tras él.

Al girarse, vio a Ming. El maestro entró en el despacho y encendió un farol. Nada más reconocer a Cí, parpadeó, confuso. De inmediato le preguntó qué hacía allí.

—Yo... Ne-cesita-ba cónsul-tar el *Zhubing Yuanhou Zonglun* — tartamudeó.

—Te advertí que no tocaras mis cosas. —Su voz destilaba cólera.

De inmediato, Cí se agachó para recoger los libros y entregárselos a Ming, pero, al hacerlo, el volumen de cuero se abrió dejando a la vista unos dibujos de unos hombres desnudos que Ming ocultó como pudo.

—Es un tratado de anatomía —se excusó.

Cí asintió sin alcanzar a comprender por qué Ming intentaba engañarle. Conocía bien los dibujos fisiológicos, y éstos jamás representaban dos varones emparejados. Se disculpó otra vez y pidió permiso para retirarse.

—Es curioso que solicites mi autorización para salir y no la pidieras para entrar. Y tu tratado, ¿es que ya no lo necesitas? —preguntó Ming.

—Perdóneme, señor. He sido un insensato.

Ming cerró la puerta e invitó a Cí a que se sentara. Luego él hizo lo propio. Las venas de su rostro iracundo competían con la rabia de su mirada.

—Dime una cosa, Cí, ¿te has preguntado alguna vez por qué alguien haría por ti lo que estoy haciendo yo?

—Muchas veces. —Bajó la cabeza, arrepentido.

—Y, sinceramente, ¿te consideras merecedor de ello?

Cí frunció los labios.

—Supongo que no, señor.

—¿Lo supones? ¿Acaso sabes de dónde vengo? —Elevó la voz—. He estado en la prefectura provincial. Vengo de allí porque me han ordenado que asista a los jueces imperiales en calidad de consejero. Y me lo han ordenado porque, por lo visto, alguien ha cometido una monstruosa aberración; un crimen tan espeluznante que ni la mente más salvaje sería capaz de concebir. Me han pedido que acuda a la Corte, ¿y

sabes qué he hecho yo? Pues les hablé de ti. ¡Como lo oyes! —Sonrió con amargura—. Les dije que en la academia existía un estudiante verdaderamente excepcional. ¡Mejor que yo! Alguien dotado de una capacidad de observación inaudita, fuera de lo común. Y les supliqué, sí, les supliqué que te permitieran acompañarme. Les hablé de ti como cualquier padre orgulloso hablaría de su hijo, de aquél al que confiaría el cuidado de su casa y hasta de su propia vida. ¿Y cómo me pagas tú? ¿Traicionando mi confianza? ¿Entrando en mis aposentos y husmeando entre mis libros? ¿Qué más podía hacer por ti, Cí? ¡Dime! Te contraté, te saqué de la inmundicia, te defendí y te protegí. ¿Qué más podía hacer!? —Y descargó un puñetazo sobre la mesa.

Cí enmudeció. Le temblaba todo el cuerpo y, aunque deseaba contestar a Ming, era incapaz de articular una sola palabra. Le dolía sólo pensarlo. Le habría dicho que jamás habría entrado en su despacho de no mediar su absoluta desesperación. Le habría contado que si no amase tanto el estudio, si no le importase tanto lo que había hecho por él, si no se sintiese en la obligación de corresponder a cada una de sus expectativas, no habría mancillado su intimidad. Y que su injustificable entrada había sido para no defraudarle ante el consejo y que pudiera sentirse orgulloso de él. Sin embargo, lo único que podía expresar brotaba de sus ojos en forma de un brillo húmedo.

Se levantó antes de que Ming advirtiera su debilidad, pero el maestro le agarró del brazo.

—No tan deprisa. —Volvió a alzar la voz—. Les di mi palabra de que acudirías a la Corte y así será. Pero después de la visita te marcharás. Recogerás tus cosas y desaparecerás para siempre de esta academia. No quiero verte ni un instante más. —Y le soltó el brazo para permitir que se fuera.

* * *

Cualquier mortal en su sano juicio se habría dejado cortar una mano por traspasar la muralla del Palacio Imperial. Sin embargo, en aquel instante, Cí se habría dejado cortar las dos con tal de recibir un gesto amable de Ming.

Cabizbajo, siguió los polvorientos pasos del séquito judicial mientras avanzaba por la avenida Imperial en dirección a la colina del Fénix. Dos asistentes abrían la comitiva agitando frenéticamente los tambores para anunciar la presencia del juez de la prefectura, que, acomodado en su palanquín, se bamboleaba entre una multitud de curiosos ávida de cualquier chismorreó sobre torturas o ejecuciones. Ming caminaba detrás, con el semblante abatido. Cada vez que Cí lo miraba, se preguntaba cómo podía haberle defraudado así.

Ya ni siquiera le dirigía la palabra. Lo único que le había dicho era que en el palacio les esperaba el emperador Ningzong.

Ningzong, el Hijo del Cielo, el Ancestro Tranquilo. Escasos eran los elegidos para postrarse ante él y menos aún los autorizados a mirarle. Sólo sus consejeros más próximos osaban acercarse a él, sólo sus esposas e hijos podían rozarle, sólo sus eunucos lograban persuadirle. Su vida transcurría dentro del Gran Palacio, tras los muros que le protegían de la podredumbre y de la desdicha exterior. Encerrado en su jaula de oro, el Augur Supremo consumía su existencia en un interminable protocolo de recepciones, ceremonias y ritos conforme a los procedimientos confucianos sin que nunca mediara posibilidad de variación. De todos

era sabida su enorme responsabilidad. Su puesto, más que un placer, era un constante sacrificio, una pesada obligación.

Y ahora él iba a traspasar el umbral que separaba el infierno del cielo, sin saber bien dónde se situaba cada cual.

Cuando franquearon la entrada, un mundo de lujo y riqueza se mostró ante Cí. Fuentes labradas en la roca salpicaban el verdor de un jardín por el que correteaban los corzos y desfilaban pavos reales de un azul tan irisado que parecían engalanados para la ocasión. Los riachuelos discurrían sonoros entre los macizos de peonías y los árboles de troncos nudosos mientras el fulgor del oro disputaba al bermellón y al cinabrio la primacía en columnas, aleros y balaústres. Cí se maravilló con los tejados, que se retorcían vivos en sus cornisas, doblándose extravagantemente hacia el firmamento. El impresionante conjunto de edificios, orientados en perfecta cuadrícula y alineados sobre un eje central de norte a sur, se elevaba desafiante y amenazador, cual gigantesco soldado que confiado de su poderío despreciase cualquier protección. Sin embargo, una perpetua fila de centinelas se apostaba a ambos lados de la vía que enlazaba la puerta de la muralla con la villa.

El cortejo avanzó en silencio hasta detenerse frente a la escalinata que daba acceso al primer palacio, el Pabellón de las Recepciones, entre el Palacio del Frío y el Palacio del Calor. Allí, bajo el pórtico de tejas esmaltadas, un hombre grueso de cara blanda y arrugada aguardaba impaciente luciendo el bonete que le identificaba como el respetable Kan, ministro del Xing Bu, el temido Consejo de los Castigos. Al acercarse, Cí advirtió la cuenca vacía que presidía su rostro. El ojo que conservaba parpadeaba nervioso.

Un funcionario de gesto adusto hizo las presentaciones protocolarias. Luego, tras las reverencias, les pidió a los recién llegados que le siguieran.

La comitiva discurrió en silencio por un pasillo interminable. Atravesaron varias salas adornadas con níveos jarrones de porcelana que contrastaban con los laqueados púrpuras de las paredes, dejaron atrás un claustro de planta cuadrada cuyo esplendor rivalizaría con una mina de jade y a continuación entraron en un nuevo pabellón de aspecto menos refinado pero igualmente imponente. Una vez allí, el funcionario que les guiaba impuso atención con un gesto.

—Honorables expertos, saludad al emperador Ningzong. —Y señaló el trono vacío que presidía la sala en la que acababan de entrar.

Todos los presentes se postraron ante el trono y golpearon el suelo con sus cabezas como si realmente lo ocupase el emperador. Una vez concluido el ritual, el funcionario le cedió la palabra al consejero Kan. El hombre tuerto se encaramó pesadamente sobre una tarima y escrutó a los presentes. Cí adivinó en su rostro una leve mueca de terror.

—Como ya sabéis, se os ha convocado por un asunto verdaderamente escabroso. Una situación que requerirá más de vuestros instintos que de vuestra agudeza. Lo que vais a presenciar excede lo humanamente admisible para entrar en el ámbito de la monstruosidad. Desconozco si el criminal al que nos enfrentamos es hombre, alimaña o aberración, pero, sea lo que sea, estáis aquí para atrapar a esa abominación.

Seguidamente, bajó de la tarima y se dirigió hacia una sala protegida por dos soldados tan descomunales como las hachas que enarbolaban. Cí se asombró ante la puerta de ébano en cuyo dintel aparecían labrados los diez reyes del infierno. Al abrirse, reconoció el hedor de la corrupción.

Antes de entrar, un discípulo de Kan ofreció a los asistentes hilas impregnadas de alcanfor que se apresuraron a embutir en sus fosas nasales. Luego los invitó a entrar en la habitación del horror.

Conforme se disponían alrededor del bulto ensangrentado, los rostros de los asistentes mudaron la curiosidad por una consternación que poco a poco se tornó en pavor. Bajo la sábana se adivinaba el cuerpo mutilado de algo parecido a un ser humano. Los estigmas encarnados chorreaban sobre el paño, empapándolo en la zona que correspondía al pecho y al cuello. Luego, la mortaja se hundía bruscamente sobre el hueco que debería haber ocupado la cabeza.

A una señal, la matrona suprema del palacio destapó el cadáver provocando un balbuceo de terror. Uno de los invitados lanzó un par de arcadas y otro vomitó. Lentamente, todos retrocedieron. Todos, menos Cí.

El joven no pestañeó. Al contrario, observó impávido el cuerpo despedazado de lo que hasta hacía poco había sido una mujer. Sus carnes blandas, profanadas sin piedad, se asemejaban a las de un animal parcialmente devorado. La cabeza había sido cercenada por completo, y los restos de la tráquea y el esófago colgaban del cuello como la tripa de un cerdo. De igual forma, los dos pies habían sido amputados a la altura de los tobillos. En el tronco, dos brutales heridas destacaban sobre las demás: la primera, bajo el seno derecho, mostraba un profundo cráter; como si una bestia hubiera enterrado en él su hocico hasta comerle los pulmones. La segunda resultaba aún más espeluznante y provocó un escalofrío en Cí. Una atroz incisión triangular recorría ambas ingles para cerrarse horizontalmente bajo el ombligo, dejando a la vista un amasijo de grasa, sangre y carne. Toda la caverna del placer había sido extirpada en algún extraño ritual. Ni sus restos, ni la cabeza, habían aparecido.

Cí contempló el cadáver con tristeza. La barbarie que había sufrido aquel cuerpo contrastaba con la delicadeza de sus manos. Incluso el suave perfume que aún desprendía luchaba contra el hedor de la descomposición. Sintió que la mano del oficial le indicaba que se retirara y Cí obedeció. Seguidamente, Kan procedió a leerles el informe preliminar elaborado por sus oficiales a raíz de las exploraciones practicadas por la matrona suprema. Cí pensó que no aportaba mucho más a lo ya advertido por él. Tan sólo mencionaba detalles como la edad aproximada de la mujer, que habían calculado en unos treinta años, la conservación de ambos senos, pequeños y flácidos como sus pezones, o la blancura aterciopelada de su piel. También hacía notar que la mujer había sido encontrada vestida, tirada en un callejón cercano al Mercado de la Sal. Por último, opinaba sobre la clase de animal que podía haber causado semejante mutilación, especulando entre un tigre, un perro o un dragón.

Mientras los demás tartamudeaban, Cí meneó la cabeza. A buen seguro, la matrona suprema sabía de partos, de ordenanzas domésticas y de organización de convites, pero dudaba que alcanzara a distinguir la picadura de un insecto de una simple quemadura. Sin embargo, había poco que él pudiera hacer al respecto. Un hombre tenía terminantemente prohibido tocar el cadáver de una mujer. Así eran las leyes confucianas y nadie en su sano juicio se atrevería a contravenirlas.

Concluida la lectura del informe, Kan solicitó un veredicto a los asistentes.

El juez de la prefectura fue el primero en decidirse. Se adelantó, giró pausadamente alrededor del cadáver y pidió a la matrona que le diera la vuelta para observar su dorso. Los demás aprovecharon la manipulación para acercarse. Cuando la mujer logró mover el cuerpo, quedó a la vista una espalda blancuzca libre de heridas. La cintura era gruesa y sus

nalgas se apreciaban blandas y suaves. El juez dio una vuelta más antes de mesarse los escasos pelos de su perilla. Después se dirigió hacia las ropas que vestía la víctima en el momento de su hallazgo. Era un simple sayo de lino, de los usados por la servidumbre. Se rascó la cabeza y se dirigió a Kan.

—Consejero de los Castigos... Ante un hecho tan aborrecible, las palabras huyen temerosas de mi garganta. Creo que no viene al caso incidir en los tipos y número de heridas, de las cuales han dado ajustada cuenta quienes me han precedido en el examen. Desde luego, coincido con mis colegas respecto a la intervención de una bestia, cuya naturaleza no alcanzo a discernir por lo absolutamente inusual de las heridas. — Pareció meditar su siguiente frase—. Pero a la vista de los hechos, me atrevería a asegurar que nos enfrentamos a una de esas sectas que practican las oscuras artes de la hechicería. Quizá los seguidores de El Loto Blanco, o los maniqueístas, o los cristianos nestorianos, o los mesiánicos de la Maitreya. La prueba es que, impulsados por un ansia abominable, los asesinos decapitaron y cercenaron los pies de esta desgraciada en una sangrienta ceremonia y, no satisfechos con ello, saciaron su apetito de horror y depravación permitiendo que alguna bestia le comiera el pulmón. —Miró a Kan, a la espera de su aprobación—. ¿Los motivos? Podrían ser tantos como retorcidas se revelen sus mentes asesinas: un ritual de iniciación, un castigo ante una desobediencia, una ofrenda a los demonios, la búsqueda de algún elixir que precisase un componente humano...

Kan asintió con la cabeza mientras sopesaba las palabras del juez. Seguidamente, le concedió la palabra a Ming.

El profesor se levantó despacio bajo la atenta mirada de Cí. El joven prestó atención a sus gestos y a sus palabras.

—Dignísimo consejero de los Castigos, permitid que me incline ante vuestra magnanimidad. —Saludó a Kan con una reverencia—. Sólo soy un humilde profesor y por ello os agradezco que hayáis considerado mi presencia en este terrible suceso. Espero que, con la ayuda de los espíritus, se avive mi ingenio y logre arrojar algo de luz entre las tinieblas. —Kan le hizo un gesto para que continuara—. También quisiera disculparme ante aquéllos a quienes pudiera ofender si mis apreciaciones difiriesen de las expuestas hasta ahora. En tal caso, me encomiendo a vuestra benevolencia.

Ming permaneció en silencio observando la espalda del cadáver. Luego solicitó a la matrona que lo devolviese a su posición original. Al contemplar de cerca el hueco dejado sobre su sexo cercenado no pudo evitar un gesto de repulsión. Observó las heridas con detenimiento. Después pidió una varilla de bambú para hurgar en las heridas, cosa que Kan autorizó. Echó un último vistazo y se volvió hacia el consejero.

—Las heridas son testigos fieles que nos hablan de lo ocurrido. A veces, nos aclaran cómo; a veces, cuándo; a veces, incluso el porqué. Pero las aquí presentes hoy sólo claman venganza. El conocimiento de los cadáveres nos permite estimar la profundidad de una incisión, la intencionalidad de un golpe o incluso la fuerza con la que fue descargado, pero para resolver un crimen resulta fundamental entrar en la mente del asesino. —Hizo una pausa que provocó un nervioso repiqueteo de dedos en Kan—. Y pese a ser sólo especulaciones, dentro de ese pensamiento creo ver que la extirpación de la caverna del placer obedeció a un impulso de depravación. A una pulsión lujuriosa que desencadenó un crimen de inusitada violencia. Desconozco si la mutilación obedece a la acción de alguna secta ocultista. Quizá la herida de su pecho así lo indique, pero de lo que estoy convencido es de que el asesino no seccionó la cabeza y los pies de la víctima como parte de un macabro ritual. Si lo hizo, fue para evitar su identificación. Eliminó su

rostro porque, obviamente, cualquiera habría podido reconocerlo. Y seccionó sus pies, porque escondían el secreto de su linaje o posición.

—No os entiendo —intervino Kan.

—Esta mujer no era una simple campesina. La finura de sus manos, el cuidado de sus uñas, incluso los restos de perfume que aún conserva el cadáver nos hablan de alguien perteneciente a la nobleza. Y, sin embargo, su asesino intenta hacernos creer lo contrario, vistiéndola con ropas burdas. —Paseó lentamente por la sala—. De todos es conocido que, desde su infancia, las mujeres de la alta sociedad embellecen sus pies comprimiéndolos con vendas que impiden su crecimiento. Pero lo que la mayoría desconoce es que esa dolorosa deformación que transmuta sus extremidades en muñones como puños en cada mujer es diferente. Constreñidos por los vendajes, los pulgares se descoyuntan hacia el dorso y los restantes dedos hacia la planta, plegándolos y ciñéndolos hasta que las ligaduras y los andares terminan de obrar el efecto. Un resultado deforme y, por fortuna, distinto en cada joven. Porque aunque jamás enseñan sus pies de loto en público, los miman y sus sirvientas se los cuidan en privado. Así pues, cualquier mujer, aun sin rostro, sería fácilmente reconocida por esas mismas sirvientas con el simple examen de sus muñones. Que es, precisamente, lo que su asesino pretendía impedir.

—Interesante... ¿Y respecto a la herida de su pecho...?

—¡Ah, sí! ¡El extraño cráter! Mi predecesor ha apuntado hacia la crueldad del asesino, cosa que no admite discusión, pero no encuentro razón para concluir que la herida le fuera causada inmediatamente tras su muerte. Es cierto que parece revelar los mordiscos de un animal, pero también lo es que cualquier perro pudo devorarla después de ser abandonada en el callejón.

Kan frunció sus gruesos labios. Luego dirigió la mirada hacia la clepsidra que marcaba las horas mientras meditaba algo.

—Muy bien, señores. En nombre del emperador os agradezco vuestro esfuerzo. Si volvemos a necesitaros, os llamaremos tan pronto como lo precisemos —determinó—. Ahora, si sois tan amables, mi oficial os acompañará hasta la salida. —Y se dio la vuelta para abandonar el salón.

—¡Excelencia! ¡Disculpe...! —se atrevió Ming a interrumpirle—. Falta el lector... Le hablé de él al magistrado de la prefectura y estuvo de acuerdo en que nos acompañase.

—¿El lector? —se extrañó el consejero de los Castigos.

—El lector de cadáveres. Mi mejor alumno —dijo, y señaló a Cí.

—No me han informado. —Dirigió una mirada severa a su acólito, que bajó la cabeza—. ¿Y qué es capaz de hacer que no hayáis hecho ya vos?

—Tal vez os parezca extraño, pero sus ojos son capaces de ver lo que para el resto son sólo tinieblas.

—En efecto, me parece extraño. —Kan miró a Cí con la misma incredulidad que habría mostrado si le hubieran asegurado que el joven podía resucitar a los muertos. Masculló algo y se volvió—. Está bien, pero daos prisa. ¿Algún detalle que añadir?

Cí se adelantó y cogió un cuchillo.

«Eso espero», murmuró.

Acto seguido, y ante el asombro de los presentes, descargó el cuchillo sobre el vientre de la mujer. La matrona intentó detenerlo, pero Cí continuó.

—¿Lo entendéis ahora? —Con las manos ensangrentadas, Cí le señaló las tripas abiertas.

—¿Qué habría de entender? —alcanzó a responder Kan.

—Que este cadáver es el de un hombre, no el de una mujer.

CAPÍTULO 24

«Es un hombre. No una mujer...».

Cuando los prácticos de Kan confirmaron que bajo los intestinos del cadáver no existían órganos femeninos, pero sí la castaña de la virilidad, el consejero enmudeció. Lentamente, tomó asiento y pidió a Cí que continuara.

Con voz preocupada pero firme, Cí afirmó que el origen de la muerte provenía de la herida inferida en el pulmón. Sus bordes no presentaban las típicas retracciones e induraciones rosadas que se producían cuando la carne era cortada aún viva, cosa que tampoco sucedía en los muñones de los tobillos, ni en la sección del cuello, ni en el tajo que había desprendido su sexo, pero tenía la certeza de que el origen del fallecimiento estaba en el pulmón porque éste aparecía colapsado, como si hubiera sido perforado por algún objeto afilado.

En cuanto a la causa de la herida, Cí descartó la intervención de un animal. Era cierto que en el pulmón habían escarbado con saña, como

intentando llegar hasta el interior de sus entrañas, pero en el exterior no aparecían ni arañazos ni mordeduras. No había ni el más mínimo rasguño a su alrededor, nada que indicara la presencia de una bestia. Además, aunque las costillas aparecían quebradas, lo hacían de forma limpia, casi cuidada, como si las hubiesen roto con algún tipo de tenaza. Con independencia de cómo se hubiera producido, parecía que el asesino buscaba algo en su interior. Algo que, aparentemente, había conseguido encontrar.

—¿El qué? —le interrumpió Kan.

—Lo ignoro. Quizá el extremo de una flecha, cuya punta se partió al intentar extraerla. Puede que estuviese forjada en un metal precioso o que contuviera alguna marca identificativa, no lo sé, pero lo cierto es que el asesino se ocupó de eliminar cualquier detalle que pudiera incriminarle.

—Como las amputaciones...

—Con su proverbial prudencia, el maestro Ming apostó por una mujer perteneciente a la nobleza, cuyos pies deformados hasta la miniatura habrían delatado su condición. Y, sin embargo, precisamente ésa era la baza con la que el asesino pretendía confundirnos. Porque, ¿qué otra cosa si no habríamos pensado de un cuerpo suave y femenino, con pechos y formas de mujer?

»El asesino mutiló cuanto pudiera indicar su verdadera condición. Cercenó la cabeza para impedir su identificación, serró sus grandes pies, que lo habrían delatado como hombre, para hacernos creer que se trataba de una mujer noble y amputó la zona de su tallo de jade y sus bolsas de las semillas de la fertilidad. Sin embargo, ladinamente, dejó intactos sus senos femeninos. Y a buen seguro habría conseguido su propósito de no

haber reparado en el tamaño de sus manos, desproporcionadamente grandes, aunque suaves y delicadas como las de una mujer.

—Pero, entonces, no entiendo... —Kan sacudió la cabeza—. Tallo de jade... senos de mujer... Si no es una cosa ni la otra, ¿qué clase de monstruo es?

—Ningún monstruo, consejero de los Castigos. Ese pobre desgraciado sólo era un eunuco imperial.

Kan resopló como un búfalo. Pese a no ser habitual, la existencia de eunucos de aspecto afeminado era algo conocido en la Corte, sobre todo, entre aquellos cuya castración había tenido lugar antes de la pubertad. Apretó los puños con rabia y se maldijo por no haber contemplado esa posibilidad. Si había una cosa que Kan odiase más que la rebeldía, era que alguien se revelase más astuto que él. El consejero miró a Cí como si éste fuera el responsable de su propia ignorancia.

—Podéis marchar —le espetó—. No necesito nada más.

* * *

De regreso a la academia, Ming interrogó a Cí.

—Por más que lo pienso, aún no comprendo cómo dedujiste...

—Fue durante vuestra intervención —le contestó Cí—. Cuando mencionasteis que habría sido fácil reconocer a la mujer por sus pies deformados y que por tal razón el asesino se los cercenó...

—¿Sí? —Le miró sin entender.

—Como vos mismo señalasteis, el vendaje de los pies es una costumbre relativamente moderna, extendida sólo entre la nobleza. Algo que, obviamente, Kan conoce. Por tanto, era de suponer que ya hubiese interrogado a todas las familias acaudaladas sobre la desaparición de alguno de sus miembros. Si con posterioridad os pidió consejo, debió de ser porque, tras sus investigaciones, no sacó nada en claro.

—Pero lo del eunuco...

—Como dijo Kan, el muerto no era ni hombre ni mujer... Fue algo inconsciente, una imagen relampagueante. Al poco de mi llegada a Lin'an tuve la desdicha de presenciar la emasculación que le practicaron a un chiquillo cuyos padres anhelaban convertirlo en eunuco imperial. El muchacho murió desangrado sin que pudiera hacer nada por él. Aún puedo verlo como si hubiera ocurrido ayer...

* * *

Durante el resto del trayecto, Ming permaneció en silencio. Su rostro serio y sus mandíbulas apretadas hicieron recelar a Cí. Antes de acudir a la Corte, Ming le había anunciado su propósito de expulsarle de la academia. Ahora temía que su revelación sobre el eunuco hubiera herido su orgullo e influyera negativamente en su decisión. Se acordó del día en que ayudó a Feng en la aldea y las nefastas consecuencias de aquella colaboración. Enmudeció.

Poco antes de llegar a la academia, Ming le informó de que debía ausentarse. Le dijo que regresaría a la noche y entonces hablarían. Cí prefirió no preguntar. Le cumplimentó y se encaminó solo hacia el edificio con la convicción de que aquélla era la última vez que cruzaría sus puertas. Se disponía a entrar cuando, nada más verle, el criado que vigilaba la entrada salió a su encuentro, lo agarró del brazo y sin darle tiempo a que replicara lo condujo corriendo hasta el jardín. Cuando Cí le preguntó qué sucedía, el hombrecillo enrojeció.

—Vino a verte un hombre extraño. Dijo que era tu amigo, pero parecía un borracho. Al decirle que no estabas, se enfureció y comenzó a gritar como un energúmeno, así que lo despedí sin miramientos. Mencionó que era adivino, no sé qué de una recompensa y que volvería al anochecer — le susurró—. Pensé que deberías saberlo. Me caes bien, chico, pero yo de ti intentaría evitar determinadas compañías. Si los profesores te ven con ese hombre, no creo que les agrade.

Cí enrojeció. Xu le había encontrado y parecía dispuesto a cumplir su amenaza.

Todo había acabado. Aquella misma tarde recogería sus pertenencias y abandonaría la ciudad antes de que las cosas se complicasen más. Había intentado alcanzar su sueño, pero no lo había conseguido. Ming iba a expulsarle de la academia y pretender lo contrario sólo posibilitaría que Xu le chantajeara o le denunciara. Miró el cielo nublado antes de maldecir su suerte. Todo cuanto había soñado desaparecía para siempre. Sus anhelos se oscurecían como la bruma grisácea de la ciudad.

Ya en sus aposentos, mientras recogía sus pertenencias, le sobrevino el recuerdo del juez Feng. Desde el mismo día en el que le acogió como discípulo, Feng no sólo le había instruido con honestidad y sabiduría. También se había convertido en el padre que le habría gustado tener.

Recordó el día en que, acuciado por la enfermedad de Tercera, acudió a su antiguo palacete. En aquella ocasión se preguntó qué habría sido del juez, pero luego había optado por olvidarle. Al fin y al cabo, renunciar a su encuentro se le antojaba lo más digno que podía hacer. Feng no merecía que un fugitivo le mancillara.

Deambuló por la academia por última vez. Contempló las aulas desiertas y entristecidas, como contagiadas de la pesadumbre que le aplastaba a él, testigos mudas de un intento vano e ilusorio, de un sueño del que ahora le tocaba despertar. Al pasar por delante de la biblioteca, contempló los volúmenes que descansaban en sus atriles esperando impacientes a sus dueños, deseosos de ser abiertos para compartir la sabiduría que habían recopilado de los ancestros. Los contempló con envidia y luego se despidió.

La calle empezaba a dormitar. Un reguero de somnolientos seres anónimos pululaba como un desorganizado enjambre en el que, pese al desconcierto, cada individuo sabía a dónde ir. Todos parecían tener un refugio. Todos menos él.

Se echó la saca al hombro y comenzó a andar sin destino. Caminaría hasta encontrar una carreta o un bote que le llevase lejos, a una vida distante, a una vida infeliz. Volvió un momento la cabeza para contemplar la que había sido su casa, suplicando en su interior para que de alguna de las ventanas surgiese una figura que le llamara. Pero nadie apareció. Para su sorpresa, al girarse de nuevo, se dio de bruces con un soldado imperial, escoltado por otros tres igual de armados que él.

—¿El lector de cadáveres?

—Así me llaman —balbuceó Cí al reconocer a uno de los guardias presentes durante su examen en la Corte.

—Tenemos orden de que nos acompañes.

Cí no se resistió.

Le trasladaron a la prefectura provincial a pie. Una vez allí, sin mediar palabra, le enfundaron una capucha y lo subieron a un carro tirado por mulas que le condujo durante un largo trecho por las calles de Lin'an. Durante el trayecto hubo de soportar los insultos y las burlas de los transeúntes, que se apartaban al paso de la comitiva, pero poco a poco el griterío se fue debilitando hasta convertirse en un murmullo que desapareció en el momento en el que el carro se detuvo frente a un enorme portalón. Cí apreció el chirrido de unos goznes junto a unas voces que no alcanzó a comprender. Luego, el carro reemprendió la marcha otro trecho hasta que se detuvo de nuevo y lo hicieron descender. Seguidamente, lo condujeron por un suelo empedrado que más adelante se transformó en una rampa resbaladiza. Cí comenzó a oler a moho, a frío y a suciedad. Sin saber por qué, presumió que no saldría vivo de allí. Finalmente, percibió el sonido de una cerradura antes de que un empujón le hiciera avanzar un par de pasos. La cerradura sonó de nuevo. Luego, todo enmudeció. Cuando se imaginó solo, se desprendió de la capucha que cubría su cabeza. En ese instante, escuchó los pasos de un cortejo.

—¡De pie! —ordenó una voz.

Los ojos de Cí se agazaparon ante una antorcha que amenazaba con quemarle las pestañas. Sólo cuando el soldado se apartó, comenzó a vislumbrar la negrura de la mazmorra donde le habían confinado. Una sala en la que no existían ni puertas ni ventanas. Tan sólo paredes de roca cubiertas de mugre que apestaban a una pegajosa y extraña humedad. Frente a él se percibía una gran sala de cuyos muros pendían cadenas, tenazas y otros instrumentos de tortura. Finalmente, cuando sus

ojos se acostumbraron a la penumbra, logró distinguir una figura gruesa parapetada tras un grupo de centinelas. Poco a poco, el hombre se acercó.

—Volvemos a encontrarnos —celebró el consejero Kan.

Cí no pudo evitar un escalofrío. Inspiró con fuerza al advertir las cadenas y tenazas que reposaban sobre un banco y se maldijo por no haber huido antes. A lo lejos, un grito desgarrador aumentó su recelo, provocando que sus manos temblaran.

—Sí. Una coincidencia —ironizó.

—Arrodíllate.

Cí se preparó para lo peor. Sus rodillas se clavaron sobre el suelo y su cabeza descendió hasta mojarse en un charco, a la espera del golpe definitivo. Sin embargo, en lugar de eso, otra figura se adelantó. Cuando el resplandor de las antorchas alcanzó a iluminarle, advirtió la presencia de un hombre delgado de aspecto enfermizo y mirada inquietante. A un palmo de sus ojos, contempló las puntas curvadas de unos zapatos negros labrados en oro y pedrería. Lentamente, su vista ascendió por la túnica de brocado rojo, siguió temerosa por el cinturón de madreperla y continuó trepando hasta detenerse incrédula en el extraordinario collar dorado que colgaba de su pecho. Un escalofrío le invadió. El sello que en su extremo refulgía más que el oro era el sello del emperador.

Cerró los ojos y agachó la cabeza. Contemplar al Hijo del Cielo significaba la muerte si se hacía sin su autorización. Pensó que el emperador deseaba contemplar personalmente su ejecución. Apretó los dientes y esperó.

—¿Eres tú a quien llaman el lector de cadáveres? —Su voz sonó quebrada.

Cí enmudeció. Intentó tragar saliva, pero su garganta estaba seca como si hubiera engullido una cucharada de arena.

—Así me dicen, honorabilísimo emperador.

—Levántate y síguenos.

Unos brazos ayudaron a un Cí aún sobrecogido por lo que estaba sucediendo. De inmediato, un cortejo de guardias armados seguidos de una cohorte de ayudantes rodearon al emperador Ningzong, el cual, flanqueado por el consejero de los Castigos, emprendió la marcha a través de un tenebroso pasillo. Cí, escoltado por dos centinelas, le siguió.

Tras avanzar por un angosto sumidero, la comitiva desembocó en una estancia abovedada en cuyo centro descansaban dos ataúdes de pino. Varias antorchas crepitaban en la oscuridad, extendiendo su lúgubre luz sobre los cuerpos que permanecían dentro. Los centinelas se apartaron, dejando solos al consejero y al emperador. Kan hizo una seña y los guardias que custodiaban a Cí lo condujeron hasta ellos.

—Su Alteza Imperial requiere vuestra opinión —dijo Kan con cierto tono de rencor.

Cí buscó el permiso del emperador. Advirtió que su demacrado semblante era una capa de cera untada sobre una calavera viviente. El mandatario lo autorizó.

Cí se acercó al primer féretro. El cuerpo pertenecía a un varón de edad avanzada, su complexión era delgada y sus miembros alargados. Advirtió que los gusanos habían invadido su rostro hasta desfigurarlos

por completo y devoraban su vientre a través de una brecha cuyo aspecto le resultó familiar. Estimó que llevaría muerto unos cinco días.

Permaneció en silencio. A continuación, se dirigió al segundo ataúd, un varón más joven y en un estado de descomposición similar. Las larvas asomaban por los orificios naturales y cubrían la herida que se abría sobre su corazón.

Sin duda, ambos hombres habían perecido a manos del mismo asesino. El mismo que había acabado con el eunuco del día anterior. Se lo comunicó a Kan, pero el emperador le interrumpió.

—Dirígete a mí —le ordenó.

Cí se humilló ante él. Al principio no se atrevió a hablar, pero poco a poco, conforme la sangre regresó a sus venas, adquirió el valor para mirarle y se atrevió a confirmar con voz firme que su vaticinio se apuntalaba sobre las insólitas coincidencias que presentaban todas las muertes.

Lo más importante era que en los tres casos la última causa de los fallecimientos obedecía a una única clase de herida: la que aparecía abierta en el torso y extrañamente excavada después. Por la amplitud de la hendidura y la apariencia de sus bordes, daba la impresión de que habían sido causadas con el mismo objeto, alguna especie de cuchillo de bordes curvados, y todas con el mismo propósito: extraer algo de su interior. Pero esto tampoco tenía demasiado sentido. Una flecha podía partirse, pero difícilmente sucedería en dos ocasiones seguidas, y menos aún, en tres. Curiosamente, en ninguno de los cuerpos se apreciaban indicios de resistencia o de lucha. Por último, era preciso señalar lo que a su juicio resultaba más turbador: pese al hedor de la putrefacción, todos desprendían una leve pero intensa fragancia a un perfume similar.

Sin embargo, también existían diferencias. Tanto en el caso del eunuco, como en el del cuerpo contenido en el primer ataúd, el asesino se había esforzado en eliminar cualquier detalle que pudiera facilitar su identificación: con el eunuco, amputándole el sexo, los pies y la cabeza, y con el cadáver del primer féretro, desfigurando su rostro con decenas de cortes que habían favorecido la proliferación de los gusanos.

—Pero si prestáis atención al tercer cuerpo, advertiréis que, pese a la acción de las larvas, conserva el rostro casi intacto.

El emperador dirigió su cadavérica mirada hacia el punto que señalaba la mano quemada de Cí. Asintió sin comentarios y le pidió que continuara.

—A mi juicio, tal hecho no se debe ni a un descuido ni es fruto de la improvisación. Si atendemos a las manos, advertiremos que las del más joven presentan las callosidades y suciedad propias de un desheredado. Sus uñas están astilladas y las pequeñas cicatrices de sus dedos nos hablan de un trabajador rudo y de baja extracción social. En cambio, las del eunuco y las del anciano son delicadas y están cuidadas, lo que nos conduce a establecer su alta posición.

—Interesante... Proseguid.

Cí asintió con la cabeza. Se detuvo un instante para aclarar sus ideas y señaló de nuevo al cadáver más joven.

—En mi opinión, el asesino, o bien se vio sorprendido por alguna circunstancia que le acució o no le importó que se pudiera identificar el cuerpo de un pobre obrero al que tal vez ni su madre fuera capaz de reconocer. Sin embargo, se preocupó bien de evitar que esto mismo

sucediera con los otros dos, pues conociendo la identidad de los muertos, podríamos hallar un vínculo con su ejecutor.

—Así pues, vuestro veredicto...

—Ojalá lo tuviera —se lamentó Cí.

—¡Os lo advertí, Majestad! ¡No puede leer en los cuerpos! —intervino Kan.

—¿Pero puedes sacar alguna conclusión? —le preguntó el emperador. Su rostro no reflejaba ningún sentimiento.

Cí apretó los dientes antes de contestar.

—Siento defraudaros, Majestad. Supongo que vuestros expertos acertaron al aventurar que estos asesinatos obedecen al designio de alguna secta maléfica. Quizá, de haber dispuesto de los materiales precisos, podría haberos sido más útil. Pero sin pinzas ni vinagre, sin sierras ni químicos, difícilmente me atrevería a aventurar más de lo que hasta ahora he sugerido. Estos cadáveres presentan tal grado de putrefacción que lo único deducible es que ambos crímenes fueron cometidos en fechas cercanas. Por la extensión de la corrupción, primero murió el anciano y después el obrero.

Ningzong se atusó los exiguos bigotes que colgaban transparentes a ambos lados de sus labios mientras permanecía un rato en silencio. Finalmente, hizo una señal a Kan, que se acercó a él como si fuera a besarlo. El emperador murmuró algo y la faz de Kan cambió. El consejero miró a Cí con desprecio y se retiró acompañado de un funcionario.

—Bien, lector de cadáveres, una última cuestión —susurró el emperador—. Antes mencionaste a mis jueces. ¿Hay algo que aún no hayan hecho y que quizá debieran hacer? —Señaló a dos miembros de su séquito ataviados con túnicas verdes y bonete que aguardaban alejados.

Cí contempló sus rostros circunspectos. Parecían del tipo de funcionarios que despreciaban a los médicos. Supuso que a él también.

—¿Lo han dibujado? —señaló al joven cuyo rostro aún era reconocible.

—¿Dibujado? No entiendo.

—En un par de días sólo quedará el cráneo. Yo de ellos elaboraría un retrato lo más preciso posible. Tal vez lo necesiten para una futura identificación.

* * *

Salieron de las mazmorras y se trasladaron a una sala contigua. Era una estancia austera, pero al menos olía a limpio y no pendían cadenas de las paredes. El emperador no llegó a entrar. Comentó algo a un oficial de pelo blanco y piel cetrina, quien asintió una y otra vez. Luego Ningzong se retiró escoltado por todo su séquito, dejando a solas a Cí con el oficial al que acababa de instruir.

Una vez cerradas las puertas, el oficial se acercó a Cí.

—El lector de cadáveres... curioso nombre. ¿Lo elegiste tú? —Lo examinó de arriba abajo mientras giraba a su alrededor.

—No. No, señor. —Cí observó sus pequeños ojos vivarachos brillar bajo unas cejas pobladas.

—Ya. ¿Y qué significa? —El hombre de cabello blanco siguió girando alrededor de Cí.

—Imagino que se refiere a mi habilidad para observar los cadáveres y comprender las causas de la muerte. Me lo pusieron en la academia donde estudio... donde estudiaba —se corrigió.

—En la Academia Ming... Sí. La conozco. Todo el mundo la conoce en Lin'an. Mi nombre es Bo —le confió con gesto afable—. El emperador acaba de asignarme a ti como oficial de enlace, lo cual significa que, a partir de ahora, cuanto necesites y averigües deberás comunicármelo a mí. —Se detuvo frente a él—. Presencíé tu intervención de ayer, durante el examen del eunuco... He de reconocer que me dejaste impresionado. Y, por lo visto, al emperador también.

—No sé si es algo de lo que deba alegrarme... Su excelencia el consejero de los Castigos no parecía muy complacido.

—Ya. —Vaciló, pensando en cómo continuar—. Este caso lo lleva personalmente Kan, pero la idea de consultarte ha procedido del emperador. El consejero es un hombre seco, disciplinado, férreo, un hombre a la vieja usanza. Un guerrero acostumbrado a masticar piedras y beber fuego. —Sonrió condescendiente—. En palacio se dice que su educación fue tan estricta que en su niñez nunca lloró, aunque yo apostaría a que nació sin lágrimas. Kan asistió al padre del emperador hasta su muerte y con el tiempo se ha convertido en uno de los consejeros más fieles del emperador Ningzong. Es íntegro. Quizá excesivamente rígido, e incluso en ocasiones tal vez pueda parecer retorcido, como esos árboles que crecen encorvados y que ya jamás se

pueden enderezar. Pero es de fiar. Respecto a lo que mencionas, que no se ha mostrado complacido con tus nuevas funciones, al parecer no le gustó tu actitud cuando empuñaste el puñal y abriste el vientre de esa mujer sin su autorización. Si hay algo que Kan no tolera, diría más, si hay algo que le encoleriza, eso es la soberbia. Y tú ayer traspasaste una frontera que pocos han sido capaces de desandar.

—Supongo que sí... —Se preocupó—. Lo que no he comprendido es lo de que vos seáis mi oficial de enlace y eso de que cuanto averigüe... ¿Qué es lo que tengo que averiguar?

—La pericia que demostraste ayer cautivó al emperador, quien ha considerado que podrías sernos de utilidad. Descubriste hechos que los jueces de palacio ni siquiera fueron capaces de sospechar. —Guardó silencio, como si de repente dudara sobre la conveniencia de continuar. Miró a Cí, tomó aire y prosiguió—: En fin. He sido autorizado, así que presta atención. Lo que voy a contarte debes escucharlo como si no tuvieras lengua. Si hablas de ello con alguien, nada en este mundo te salvará. ¿Lo has entendido?

—Seré una tumba, señor —lo pronunció y al punto se lamentó de lo desafortunado de la metáfora.

—Me alegra oírlo —suspiró—. Desde hace unos meses, el peor de los males habita en Lin'an. Algo que se esconde y amenaza con devorarnos. Quizá aún es débil, pero su peligro es de una dimensión inabarcable. Letal como una invasión, terrible como una plaga, y mucho más difícil de derrotar. —Se mesó la perilla cana que brotaba de su piel cetrina.

Cí no entendía nada. De las palabras del oficial Bo parecía desprenderse que sus sospechas se concentraban en algún ente sobrenatural, pero, desde luego, los tres cuerpos que él había examinado

habían sido asesinados por alguien muy concreto. Iba a decírselo cuando Bo se le adelantó.

—Nuestros alguaciles se esmeran en vano. Establecen conjeturas, persiguen indicios que parecen conducirles a otros más oscuros, y cuando nuestros jueces creen haber encontrado a un sospechoso, o bien éste desaparece o aparece asesinado. —Se levantó y volvió a pasear por la estancia—. Tu intervención de anoche hizo que el emperador determinara involucrarte en la investigación. Lamento si te han sorprendido los modos, pero era preciso actuar con prontitud y discreción.

—Pero, oficial, yo sólo soy un simple estudiante. No entiendo cómo podría...

—Estudiante, tal vez, pero simple, desde luego que no. —Lo miró como si lo juzgara—. Hemos indagado sobre ti. Incluso el emperador habló personalmente con el magistrado de la prefectura, el mismo que avaló tu presencia durante el examen de ayer y que, por lo visto, es íntimo amigo del profesor Ming. El magistrado tuvo la bondad de desvelarnos muchos de tus logros en la academia, e incluso mencionó que estabas compendiando una serie de tratados forenses que dicen mucho de tu capacidad de organización.

Cí sintió el peso de la responsabilidad.

—Pero ésa no es la realidad, señor. La gente se hace eco de los éxitos porque su repercusión se extiende como una mancha de aceite, pero a menudo olvidan mencionar los fracasos. Decenas de veces he equivocado mi vaticinio, y en cientos de ellas sólo aporté datos que hasta un recién nacido habría podido averiguar. Me paso el día entre cadáveres. ¿Cómo no voy a acertar? La mayoría de los casos que pasan

por la academia obedecen a asesinatos burdos, a arrebatos de celos, a peleas de cantina o a disputas por tierras. Cualquiera que preguntara en el entorno de los fallecidos sería capaz de emitir un veredicto sin ni siquiera asistir al entierro. Sin embargo, aquí no nos enfrentamos a un asesino cualquiera con el seso nublado por el vino. La persona que ha perpetrado estos crímenes es alguien no sólo extremadamente cruel: sin duda, su inteligencia supera a su maldad. ¿Y vuestros magistrados? Ellos jamás consentirán que un recién llegado, sin estudios ni experiencia, les diga cómo actuar.

—No obstante, ninguno de nuestros jueces reveló que la mujer muerta era en realidad un eunuco...

Cí calló. Le enorgullecía que en la Corte valoraran sus conocimientos, pero temía que, si se involucraba demasiado, acabaran descubriendo su condición de fugitivo. Su rostro habló por él.

—Olvida a los magistrados —insistió Bo—. En nuestra nación no hay lugar para los privilegios. Somos justos con quienes desean progresar, con quienes se esfuerzan, con quienes demuestran su valor y su sabiduría. Hemos sabido que tu sueño es presentarte a los exámenes imperiales. Unos exámenes a los que, como bien sabes, cualquiera puede acceder independientemente de su procedencia o de su estrato social. En nuestra nación, un labriego puede llegar a ser ministro, un pescador, juez, o un huérfano, recaudador. Nuestras leyes son severas con quienes delinquen, pero también premian a quienes lo merecen. Y recuerda esto: si vales más que ellos, no sólo mereces tener derecho a ayudar. También tienes la obligación de hacerlo.

Cí asintió. Presentía que nada le libraría de un compromiso emponzoñado del que le sería difícil escapar.

—Entiendo tu perplejidad, pero, en cualquier caso, nadie pretende abrumarte con una responsabilidad que realmente no tendrás — continuó el oficial—. En la Corte hay jueces válidos a quienes no deberías subestimar. No se trata de que encabeces una investigación. Tan sólo que aportes tu visión. No es tan complicado. Además, el emperador está dispuesto a ser generoso contigo y, en caso de éxito, te garantiza un puesto directo en la administración.

Cí titubeó. Un ofrecimiento así era más de lo que jamás hubiera podido soñar. Sin embargo, seguía pensando que era un regalo envenenado.

—Señor, ¿puedo hablaros con franqueza?

—Te lo exijo. —Extendió las palmas de las manos.

—Quizá los jueces de palacio sean más inteligentes de lo que creéis.

Bo enarcó una ceja que arrugó la delgada piel de su frente.

—Ahora quien no comprende soy yo.

—La propia justicia de la que habláis. La que castiga y la que premia, y que se ve reflejada en el *Catálogo de méritos y deméritos*...

—¿Te refieres a la puntuación con la que legalmente se califica la bondad o la maldad de los hombres? Parece justo que, si castigamos a quien comete un crimen, también premiemos a quien hace el bien. ¿Qué tiene que ver eso con los magistrados de la Corte?

—Que este mismo rasero se aplica igualmente a los jueces. También ellos son recompensados cuando emiten dictámenes justos, pero duramente castigados si equivocan su veredicto. No sería la primera vez

que un juez es expulsado de la carrera judicial a consecuencia de un error.

—Desde luego. La responsabilidad no sólo se mueve en una dirección. La vida de sus procesados depende de ellos. Y si yerran, han de pagarlo.

—En ocasiones, incluso con su propia vida —subrayó Cí.

—Dependiendo de la magnitud del error. Es lo justo.

—Entonces, parece lógico que teman emitir un juicio. Ante un caso peliagudo, ¿por qué arriesgarse a un veredicto erróneo? Mejor callar y salvar el pellejo.

En ese momento se abrieron las puertas y Kan entró en la sala. El consejero avanzó con gesto serio, ordenó a Bo que se retirara y después de mirar a Cí por encima del hombro se situó a su lado. Sus cejas fruncidas y sus labios apretados hablaban por sí solos.

—A partir de hoy quedarás bajo mis órdenes. Si necesitas algo, antes deberás pedírmelo. Se te proporcionará un sello que te franqueará el paso a todas las estancias de la Corte, a excepción del Palacio de las Concubinas y de mis aposentos privados. Podrás consultar nuestros archivos judiciales y tendrás acceso a los cadáveres si fuera necesario. También se te permitirá interrogar al personal de la Corte. Todo, siempre, con mi autorización previa. El resto de los detalles podrás discutirlos con Bo.

Cí notó galopar su corazón. Eran tantos los interrogantes que se cernían sobre él, tantas las dificultades y los posibles peligros que necesitaba tiempo para pensarlo.

—Excelencia —se inclinó Cí—. No sé si estoy capacitado...

Kan entornó los ojos y le arrojó una mirada fría.

—Nadie te lo ha preguntado.

* * *

Caminaron a través de las mazmorras en dirección al archivo imperial. El consejero de los Castigos avanzó rápido, como si quisiera librarse cuanto antes de Cí. Poco a poco, la humedad y las estrecheces fueron desapareciendo para dar paso a unas galerías embaldosadas. Cuando alcanzaron la Sala de los Secretos, Cí enmudeció. En comparación con la biblioteca de la universidad, aquel archivo era un gigantesco laberinto cuyos límites parecían acabar en el infinito. Ante él, miles de estanterías plagadas de legajos ocupaban cualquier rincón por el que se pudiera transitar. Cí siguió a Kan entre angostos pasillos abarrotados de volúmenes, manuscritos y pliegos que ascendían hacia el techo hasta llegar a un pequeño vano por el que apenas se filtraba la tenue luz de la mañana. Kan se detuvo frente a una mesa lacada en negro sobre la que descansaba un legajo solitario. C cogió una silla y tomó asiento, dejando a Cí de pie. Ojeó un rato el documento con parsimonia y finalmente permitió que Cí se sentara.

—He tenido ocasión de escuchar tus últimas palabras —comenzó Kan— y quiero dejarte algo claro: que el emperador te brinde esta oportunidad no significa que yo confíe en ti. Nuestro sistema judicial es inflexible con quienes lo corrompen o lo violentan, y nuestros jueces han envejecido estudiándolo y aplicándolo. Tal vez tu vanidad te lleve a especular sobre la valía de estos magistrados, tal vez los veas como

ancianos anquilosados, incapaces de ver más lejos de donde alcanzan a orinar. Pero te lo advierto: no oses poner en duda la capacidad de mis hombres o haré que te arrepientas antes de que ni siquiera puedas pensarlo.

Cí simuló aceptar sus palabras, aunque en su fuero interno estaba convencido de que, si esos mismos jueces hubieran demostrado su valía, él no se encontraría ahora allí. Prestó atención a Kan cuando éste le mostró el contenido de las páginas.

—Se corresponden con los informes de las tres muertes: los de la primera investigación y también los de la segunda. Aquí tienes pincel y tinta. Consúltalos sin límite y luego escribe tu opinión. —Sacó un sello cuadrado y se lo entregó—. Cada vez que tengas que acceder a alguna dependencia, preséntalo a los centinelas para que lo impriman en los correspondientes libros de registro.

—¿Quiénes practicaron los exámenes? —se atrevió a preguntar.

—En los informes encontrarás sus firmas.

Cí echó un vistazo.

—Aquí sólo figuran los magistrados. Me refiero a los exámenes técnicos.

—Un *wu-tso* como tú.

Cí frunció el ceño. Un *wu-tso* era el término despectivo empleado para denominar a los que practicaban las mortajas y lavaban a los muertos. No quiso discutir. Asintió y continuó con el legajo. Al cabo de unos instantes, lo apartó a un lado.

—Aquí no consta nada sobre el peligro del que me habló el oficial de enlace. Bo mencionó una terrible amenaza, un mal de dimensiones inabarcables, pero aquí sólo se habla de tres cadáveres. Ni un móvil, ni una sospecha... Nada.

—Lo siento, pero no puedo suministrarle más información.

—Pero, excelencia, si pretendéis que os ayude, necesitare saber...

—¿Que me ayudes? —Se acercó a un palmo de su cara—. Parece que no has entendido nada. Personalmente no me importa en absoluto si descubres algo o no, de modo que haz lo que se te ordena y, de paso, ayúdate a ti mismo.

Cí apretó los puños y se mordió la lengua. Volvió su vista hacia los informes y comenzó a repasarlos. Cuando terminó, los cerró con un carpetazo. Allí no había nada. Hasta un labriego podría haber escrito aquello.

—Excelencia —se levantó—, necesitare un lugar adecuado para examinar a fondo los cadáveres y que trasladen todo mi material allí. A ser posible, esta misma tarde. También que localicen a un perfumista. El más reputado de Lin'an. Necesito que presencie hoy la inspección que he de practicar. —No se inmutó ante el gesto de sorpresa de Kan—. En el caso de que se produzcan nuevos asesinatos, deberán informarme de inmediato, independientemente de la hora o el lugar del hallazgo. El cuerpo no podrá ser tocado, trasladado o limpiado hasta que yo no me persone. Ni siquiera un juez podrá moverlo. Si hay testigos, se les detendrá y se les separará. Igualmente, será convocado el mejor retratista disponible. No de esos que embellecen los rostros de los príncipes, sino uno que sea capaz de plasmar la realidad. También necesito conocer cuanto se sepa de ese eunuco: qué cargo ocupaba en palacio, cuáles eran

sus gustos, sus vicios, sus flaquezas y sus virtudes. Si tenía amantes masculinos o femeninos, si mantenía lazos familiares, qué posesiones acumulaba y con quién se relacionaba. Necesito saber qué comía, qué bebía y hasta cuánto tiempo pasaba en las letrinas. Me será de utilidad un listado de todas las sectas taoístas, budistas, nestorianas y maniqueístas que hayan sido investigadas por ocultismo, hechicería o actos ilícitos. Por último, quiero una relación completa de todas las muertes que se hayan producido en los últimos seis meses en extrañas circunstancias, así como cualquier denuncia, desaparición o testigo que, por raro que parezca, pudiera estar relacionado con estos asesinatos.

—Bo se ocupará de todo.

—También me resultaría práctico un plano del palacio en el que se identifiquen las distintas dependencias y sus funciones, así como aquéllas a las que puedo acceder.

—Intentaré que un artista te elabore uno.

—Una última cosa.

—¿Sí?

—Necesitaré ayuda. No podré resolver esto solo. Mi maestro Ming podría...

—Ya me he ocupado de ello. Alguien de tu confianza, espero.

El consejero se levantó, dio unas palmadas y aguardó. Al poco se escuchó un chirrido al final de un corredor. Cí dirigió su mirada hacia el punto de luz sobre el que se recortaba una silueta espigada que avanzaba hacia ellos. Entornó los ojos, pero no la distinguió. Sin embargo, conforme se acercaba, la figura se fue aclarando hasta

resultarle familiar. Cí supuso que se trataría de Ming. Sin embargo, un escalofrío le sacudió la espalda al advertir que el rostro sonriente correspondía a Astucia Gris. Por un instante enmudeció.

—Excelencia, disculpad mi insistencia —dijo, finalmente—, pero no creo que Astucia Gris sea la persona más adecuada. Preferiría...

—¡Ya está bien de exigencias! Este juez se ha hecho acreedor de mi confianza, cosa que aún no has logrado tú, de modo que menos hablar y más trabajar. Compartirás con él cualquier descubrimiento, del mismo modo que él lo hará contigo. Mientras dure esta investigación, Astucia Gris será mi boca y mis oídos, así que más te vale colaborar.

—Pero este hombre me ha traicionado. Él jamás...

—¡Silencio! ¡Es el hijo de mi hermano! ¡Y no hay más que hablar!

* * *

Su antiguo compañero aguardó a que Kan se retirara. Luego sonrió a Cí.

—Volvemos a encontrarnos —dijo.

—Una desgracia como otra cualquiera. —Cí ni le miró.

—¡Y cómo has cambiado! Lector de cadáveres del emperador... —ironizó. Cogió el legajo y se sentó.

—En cambio, tú sigues apropiándote de lo que encuentras. —Le arrebató los informes que acababa de coger.

Astucia Gris se levantó como un relámpago, pero Cí se enfrentó a él. Sus narices casi se rozaron. Ninguno se apartó.

—¿Sabes? La vida está llena de coincidencias —dijo Astucia Gris mientras retrocedía con una sonrisa en los labios—. De hecho, mi primer encargo al llegar a la Corte fue investigar la muerte de aquel alguacil. El que examinamos juntos en la prefectura. Kao...

Un escalofrío recorrió a Cí.

—No sé a qué te refieres —logró balbucear.

—Es curioso. Cuanto más averiguo sobre ese alguacil, más extraño me parece todo. ¿Sabías que había viajado desde Fujian en busca de un fugitivo? Por lo visto, había una recompensa de por medio.

—No, ¿por qué habría de saberlo? —titubeó.

—En fin, tú procedes de allí. O, al menos, eso es lo que mencionaste en la academia el día de tu presentación.

—Fujian es una provincia grande. Cada día llegan desde allí miles de personas. ¿Por qué no se lo preguntas a ellos?

—¡Qué suspicaz, Cí! Si te lo comento, es porque somos amigos. —Sonrió falsamente—. Pero no deja de ser una coincidencia curiosa...

—¿Y sabes el nombre del fugitivo?

—Aún no. Por lo visto, el tal Kao era un tipo reservado y apenas habló del asunto.

Cí respiró. Pensó en callar, pero resultaría sospechoso no mostrar interés.

—Es extraño. La judicatura no ofrece recompensas —dijo para disimular.

—Lo sé. Quizá la oferta procediera de algún hacendado privado. Ese fugitivo debe de ser alguien importante.

—Tal vez el alguacil encontrara alguna pista y se planteara apropiarse él de la recompensa —sugirió Cí—, o tal vez la cobró y por eso fue asesinado.

—Tal vez. —Pareció valorarlo—. Por lo pronto, he enviado un correo a la prefectura de Jianningfu. En dos semanas espero tener el nombre del prófugo y su descripción. Atraparlo será como quitarle una manzana a un niño.

CAPÍTULO 25

Durante la comida, Cí fue incapaz de ingerir un solo grano de arroz. Saber que Astucia Gris sería su compañero de investigación había logrado soliviantarle, pero averiguar que andaba indagando en el asesinato del alguacil Kao le había hecho palidecer. Disponía de dos semanas antes de que llegara cualquier información que pudiera relacionarle con Kao. Mientras tanto, debía concentrarse en descubrir lo que sucedía en la Corte. Si resolvía el caso, tal vez disfrutara de una oportunidad.

Astucia Gris sorbía la sopa con la avidez de un cerdo. Cí apartó el platillo y se alejó de él, pero éste le siguió. Acababan de confirmarles el traslado de los cadáveres a un depósito en las mazmorras y ninguno deseaba perderse la oportunidad de estudiarlos antes de que la podredumbre avanzara. Cí apremió el paso. Sin embargo, cuando llegó a la estancia, comprobó que el instrumental que había solicitado aún no había llegado. Bo, el oficial de enlace, dijo ignorar cualquier orden al respecto.

Cí maldijo a Kan. Se apoderó del sello que le franqueaba la entrada y sin aguardar a que Bo le diera permiso, le anunció su intención de trasladarse personalmente a la academia, sugiriéndole que le acompañara. No esperó su respuesta. Simplemente, abandonó la sala y se marchó. El oficial le siguió. Por fortuna, Astucia Gris no le imitó.

En la academia, mientras Bo se ocupaba de que un criado trasladase el instrumental, Cí buscó desesperadamente a Ming. Lo encontró en su despacho, encorvado sobre sus libros. Sus ojos estaban enrojecidos. Cí presintió que había llorado, pero no lo mencionó. Tan sólo se inclinó ante él y le pidió que le atendiera con un ápice de su misericordia.

—¿Ahora me necesitas? —le reprochó—. Toda la academia sabe que el emperador te ha contratado como asesor. El lector de cadáveres... «El soberbio joven que superó a su estúpido maestro...», eso es lo que ahora murmuran. —Sonrió con amargura.

Cí bajó la cabeza. El tono de Ming destilaba un halo de resentimiento, pero fue sólo un parpadeo que se evaporó de inmediato dejando espacio a un poso de tristeza. Se sentía en deuda con aquel hombre acabado, la persona que le había acogido y enseñado a cambio de nada. Quiso contarle que le necesitaba, que había demandado su presencia en palacio, pero que no le habían dado opción. Iba a decírselo cuando se presentó el oficial reclamando su regreso.

—Se hace tarde —le advirtió.

—Ah, ya veo a lo que has venido... —dijo Ming al reparar en el criado cargado con el instrumental y la cámara de conservación.

Cí frunció los labios.

—Lo siento. Debo irme... —musitó.

—Vete, sí.

Los ojos de Ming volvieron a empañarse, pero esta vez Cí sintió que no lo hacían por rencor, sino por lástima.

Cuando Cí llegó al depósito, Astucia Gris ya no estaba. Según le informaron, el joven se había marchado tras una breve inspección de la que no había trascendido nada. Cí decidió aprovechar su ausencia para completar su examen. Se disponía a ordenar el instrumental cuando advirtió que junto a la puerta de la estancia aguardaba un hombrecillo bien vestido de aspecto asustadizo. Al preguntar a Bo, éste le aclaró que era el perfumista que había solicitado. Se llamaba Huio y era el suministrador oficial de palacio.

Cí lo saludó, pero el hombrecillo no se enteró. Sus ojillos temblaban pendientes de la espada que sostenía el centinela de la entrada, como si temiese que fuera su cuello el que peligrara. Cí lo advirtió, pero no logró tranquilizarle.

—¡Le repito que no he hecho nada! —aseguró—. ¡Se lo expliqué a los guardias que me detuvieron, pero esos salvajes no me escucharon!

Cí comprendió que realmente el hombrecillo desconocía el motivo de su detención. Antes de que pudiera explicarle lo que sucedía, Bo se le adelantó.

—Obedece a este hombre —le dijo señalando a Cí—. Y si quieres conservar la lengua, mantén la boca cerrada.

No hizo falta que dijera más, porque el hombrecillo se postró gimoteando a los pies de Cí, rogándole que no le mataran.

—Tengo nietos, señor...

Cí lo levantó con cuidado. Huio temblaba como un perrillo asustado. Cí lo calmó.

—Sólo necesitamos que nos deis vuestra opinión sobre un perfume. Sólo eso.

Huio lo miró incrédulo. Cualquiera en su sano juicio sabía que los guardias imperiales no detenían a nadie para pedir consejo sobre aromas, pero las palabras de Cí parecieron tranquilizarle. Sin embargo, cuando el oficial abrió la puerta y el hombrecillo contempló los tres cadáveres putrefactos, se derrumbó como un saco de arroz.

Cí lo espabiló con las sales que habitualmente empleaba para reanimar a los familiares de los asesinados. Huio dio un respingo y gritó hasta cansarse. Cuando la voz se le quebró, Cí le explicó cuál sería su misión.

—¿Sólo eso? —Aún desconfiaba.

—Sólo distinguir el perfume —le aseguró Cí.

Le explicó a Huio que, por fortuna, los gusanos aún no habían invadido los bordes de las heridas, tal vez repelidos por el propio perfume. Luego le mostró cómo usar las hilas de alcanfor para combatir la fetidez, pero el hombrecillo las rechazó. Huio aspiró una bocanada de aire y se adentró en el depósito. Cí se las colocó y le siguió. El hedor anegaba la sala y se aferraba a la garganta como un asqueroso vómito. Huio dio una arcada al advertir el festín de moscas y gusanos que pululaban sobre los cuerpos, pero avanzó, tembloroso. Sin embargo,

antes de llegar, negó con la cabeza y salió de la sala espantado. Cuando Cí le alcanzó, ya estaba vomitando.

—Es... es espantoso —logró decir entre espasmos.

—Por favor, intentadlo de nuevo. Os necesitamos.

Huio se limpió la boca e hizo ademán de coger las hilas, pero finalmente las dejó. Esta vez entró decidido, armado con unas pequeñas astillas de bambú. Una vez frente a los cuerpos, las frotó contra los bordes de las distintas heridas, las introdujo en unos frasquitos y salió corriendo del depósito. Cí le siguió y cerró la puerta al salir.

—Ahí dentro es imposible respirar —suspiró Huio—. Es el hedor más repugnante que haya oído jamás.

—Yo le aseguro que no —contestó Cí—. ¿Cuándo podremos saber algo?

—Resulta difícil de predecir. En primer lugar, debería discernir entre los restos de perfume y el hedor de la corrupción. Y si lo consigo, habría de compararlo con los miles de aromas que se venden en la ciudad. Es algo muy complicado... —balbuceó—. Cada perfumista confecciona sus propios perfumes. Aunque provengan de esencias similares, se mezclan en secretas proporciones que alteran la composición final.

—Visto así, no es muy alentador.

—Sin embargo, he advertido una peculiaridad... un detalle que tal vez facilite la tarea. El simple hecho de que, tras varios días, aún permanezcan restos de perfume nos habla sin duda de una altísima concentración unida a un excelente fijador. Quizá no sea determinante, pero por la combinación de la fragancia —destapó uno de los frascos y lo

acercó a su nariz—, podría aventurar que no se trata de una esencia pura.

—¿Y eso significa...?

—Que tal vez tengamos suerte. Por favor, dejadme hacer mi trabajo. Quizá en un par de días obtenga alguna respuesta.

* * *

El posterior examen de los cadáveres aportó a Cí un dato relevante que había obviado en su primera inspección. Además de las terribles heridas comunes en el pecho, el anciano presentaba en la espalda, bajo el omoplato derecho, una herida circular, del diámetro de una moneda, cuyos bordes se apreciaban desgarrados y vueltos hacia afuera. Apuntó sus observaciones y continuó la exploración.

La ausencia de marcas de defensa era indicio de que las víctimas no habían opuesto resistencia a su asesino, lo cual a su vez implicaba que o bien las víctimas fueron sorprendidas o bien conocían ya a su verdugo. En cualquier caso, era algo sobre lo que debería meditar. Finalmente, descubrió un detalle hasta entonces inadvertido: las manos del cadáver del más anciano, el que tenía el rostro desfigurado, presentaban una extraña corrosión que partía de los dedos y se extendía por las palmas y el dorso. Era una ulceración fina y uniforme que sólo afectaba a la parte externa de la piel, cuyo aspecto, pese al avance de la putrefacción, era más blanquecino que el del resto del cuerpo. Parecía como si las hubiera atacado algún polvo ácido del color del caolín. También advirtió la

presencia, bajo el pulgar de la mano derecha, de lo que parecía ser un pequeño tatuaje rojizo con forma de llama ondulada. Tomó un serrucho y seccionó el miembro a la altura de la muñeca. Luego pidió que lo introdujeran en hielo y lo guardaran en la cámara de conservación. Echó un último vistazo y salió afuera para respirar.

Al poco se presentó Bo acompañado por el artista que debía elaborar el retrato de uno de los cuerpos. Al contrario que el perfumista, el pintor ya había sido advertido de lo espinoso de su tarea, pero, aun así, al entrar en el depósito, exhaló una exclamación de terror. Cuando se repuso, Cí le señaló el rostro que debía reproducir y las zonas que debía interpretar para que se asemejaran a su apariencia en vida. El hombre asintió. Sacó sus pinceles y comenzó a trabajar.

Mientras el artista avanzaba, Cí leyó con detenimiento los informes que acababa de entregarle Bo. En ellos constaba que el eunuco asesinado, de nombre Suave Delfín, había comenzado a trabajar en el Palacio de las Concubinas el día de su décimo cumpleaños. Desde entonces, había prestado sus servicios como vigilante del harén, acompañante cordial, músico y lector de poemas. Su extremada inteligencia le había hecho merecedor de la confianza de los responsables del erario, quienes le asignaron el puesto de ayudante del administrador cuando cumplió los treinta años, cargo en el que se había mantenido hasta el día de su muerte, a los cuarenta y tres años de edad.

A Cí no le extrañó. Era habitual y conocido que los eunucos resultaban los candidatos idóneos para administrar el patrimonio de palacio, ya que, al carecer de descendencia, no se veían tentados a derivar recursos para su propio beneficio.

El informe señalaba que una semana antes de su desaparición, Suave Delfín había solicitado permiso para ausentarse de palacio alegando una

llamada de su padre, el cual había enfermado repentinamente. El permiso le había sido concedido, motivo por el que su desaparición no había despertado sospechas.

Respecto a sus vicios o virtudes, las notas sólo apuntaban hacia un desmedido amor por las antigüedades, de las cuales poseía una pequeña colección que custodiaba en sus habitaciones privadas. Por último, se consignaban las actividades que desempeñaba a diario y las personas a las que frecuentaba, principalmente, eunucos de su misma condición. Sin embargo, no constaba nada sobre las pruebas practicadas al cuerpo.

Cí guardó el informe junto al plano del palacio en el que figuraban marcadas las dependencias en las que se alojaría mientras durase la investigación. Observó que la habitación que le habían asignado lindaba con el Palacio de las Concubinas, al que, recordó, tenía prohibido acceder. Recogió sus útiles y echó un vistazo al boceto que estaba rematando el retratista. Sin duda, debía de ser un profesional reputado, pues había recogido hasta el último detalle del rostro del fallecido. Le sería de gran ayuda. Le dejó trabajando, pidió a Bo que encargara a un ebanista la fabricación de una pica de características determinadas y se marchó.

Durante el resto de la tarde se dedicó a recorrer las zonas del palacio por las que se le permitía deambular.

En primer lugar, inspeccionó el exterior, un recinto de planta cuadrada de unos treinta y seis *li* de perímetro protegido por dos murallas almenadas cuya altura estimó que excedería la de seis hombres dispuestos uno sobre otro. En sus esquinas, cuatro torres de vigilancia flanqueaban las cuatro puertas ceremoniales que, orientadas según los puntos cardinales, facilitaban el acceso al palacio, puertas que por su grosor juzgó inexpugnables para cualquiera que las intentara franquear.

Tras el paseo, se internó por el frondoso cinturón de jardines que guarnecía el lugar. Mientras caminaba, se dejó bañar por el jaspeado torrente de verdes intensos, de tonalidades esmeraldas, del musgo húmedo y brillante como recién barnizado, del olivino pardo y la tenue manzana, de los turquesas suaves y desvaídos entremezclados en un exuberante cuadro que hería la vista de tanto esplendor. El aroma fresco y penetrante de los ciruelos, los melocotoneros y los jazmines le limpió del hedor pútrido que se había adherido a sus pulmones. Cerró los ojos e inspiró con fuerza. Sintió que la vida entraba de nuevo en él.

Se concedió tiempo para disfrutar de los macizos de peonías, que se alternaban gozosos con otros de orquídeas y camelias, y admiró los bosquecillos de pinos y bambúes salpicados de riachuelos, estanques, puentes y pabellones. Pensó que aquel lugar reunía todo lo que un hombre podría anhelar.

Finalmente, tomó asiento junto a una formación rocosa artificial que imitaba las pequeñas crestas de una cordillera. Allí, acompañado por el trinar de los jilgueros, desplegó el cuadernillo que se adjuntaba al plano del palacio. Comprobó que se trataba de la sección del código penal reguladora de las obligaciones que afectaban a cuantos obreros permaneciesen en los palacios imperiales tras la finalización de sus trabajos diarios. En ellas se especificaba la hora de *shen*, el periodo comprendido entre las tres y las cinco de la tarde durante el cual los mencionados trabajadores debían presentarse ante el oficial encargado de comprobar sus identidades. El mismo oficial era el responsable de verificar que la salida del palacio se efectuaba por las mismas puertas por las que habían accedido. Si haciendo caso omiso de estas disposiciones, alguno de los obreros permanecía voluntariamente en el palacio, incurriría en la pena de prisión durante el tiempo ordinario y sufriría la muerte por estrangulación.

Cí no entendía la razón de aquella advertencia. El sello que le habían entregado le facultaba no sólo a deambular por las dependencias marcadas, sino también a pernoctar en la habitación que Kan le había asignado. Tal vez su hospedaje fuese sólo provisional o tal vez hubiera de tener más cuidado.

No pudo evitar un estremecimiento.

La normativa continuaba haciendo especial mención a los horarios. Según refería, ningún obrero externo podía permanecer en palacio una vez expirado el turno laboral. Si se descubría lo contrario, los inspectores de trabajo, oficiales responsables, soldados y porteros procederían de inmediato a su búsqueda, informando del hecho al emperador. Respecto a la servidumbre propia de la Corte, aquellos que no se presentaran puntualmente para el desempeño de sus obligaciones o bien cesaran en ellas antes de plazo quedarían sujetos a la pena de cuarenta golpes por día de ausencia. Por último, especificaba que, si el hallado culpable fuera un oficial civil o un militar, la pena impuesta se aplicaría en el grado superior inmediato, sin exceder en ningún caso de sesenta golpes y un año de destierro.

Cerró el cuadernillo. Quiso pensar que nada de lo allí reseñado guardaba relación con él. De repente, todo el esplendor de los jardines no le pareció sino una extraordinaria pero desoladora prisión.

Se levantó y se encaminó hacia los edificios de la Corte exterior erigidos más al sur, en los que se ubicaban las oficinas de la rama ejecutiva del gobierno. Había procurado memorizarlos, de modo que intentó recordar su posición. A la entrada se situaba el Consejo de Personal o Li Bu, dedicado a asuntos como la graduación y distribución de funcionarios. A continuación, se ubicaba el Consejo de Rentas o Finanzas, también llamado Hu Bu, a cargo de los impuestos. Después,

más hacia el interior, estaba el Consejo de los Ritos, encargado de supervisar las ceremonias, oposiciones y protocolos estatales. A su lado se encontraba el Consejo del Ejército o Bing Bu, que administraba los asuntos militares. El Consejo de los Castigos, dirigido por Kan, controlaba las cuestiones judiciales y se situaba en el piso superior, junto al Consejo de Trabajos, también llamado Gong Bu, responsable de los proyectos de obras públicas como avenidas, canales y puertos. En el mapa se detallaba la ubicación de las distintas oficinas especializadas en temas menores, como agricultura, justicia, banquetes imperiales, sacrificios imperiales, recepciones diplomáticas, establos imperiales, vías fluviales, educación y talleres imperiales, pero Cí fue incapaz de identificarlas.

Frente a la entrada principal, decidió comprobar su conocimiento del recinto. Mostró su sello al centinela, quien, tras anotar su nombre y la hora, le franqueó el paso. Cí atravesó el enorme recibidor central y comprobó con el mapa lo preciso de su recreación. Luego se dirigió hacia el inmenso *siheyuan*, el patio porticado que establecía la frontera con la Corte interior, donde se erigían el Palacio de las Concubinas y el Palacio Imperial.

Observó desde la puerta la majestuosidad de ambos palacios, cuyas habitaciones, unas doscientas según el plano, quedaban ocultas hacia la fachada interior. En ellas se alojaban, además del emperador, sus esposas y concubinas, los eunucos y un destacamento permanente de la guardia imperial.

Volvió su vista hacia el mapa. Según parecía, en el ala oriental, frente al Palacio de las Concubinas, estaban ubicados los almacenes y las cocinas, y en el ala opuesta, los establos y las caballerizas. Imaginó que las mazmorras se situaban bajo éstos, aunque debido al laberinto que trazaban los sótanos, fue sólo una suposición. Por último comprobó que

los dos palacios de verano —Fresco Matinal y Eterno Frescor— quedaban alejados de su vista, en el ala septentrional. Una vez satisfecho, sacó el informe que le habían suministrado para compararlo con sus propias notas. Tras leerlo apretó los dientes.

Hasta aquel momento, sólo podía presumir de una única certeza: la de enfrentarse a un asesino extremadamente peligroso y de una inteligencia superior, cuya habilidad para disfrazar sus crímenes rivalizaba con su crueldad al cometerlos. No mucho más. Contaba a su favor con el descubrimiento de la naturaleza masculina del eunuco, un hallazgo que esperaba que desconociera su ejecutor, pero en su contra jugaban un par de asuntos difíciles de controlar. Por un lado, el absoluto desconocimiento del móvil que había guiado al asesino, dato que, dada la avanzada descomposición de los cuerpos, se revelaba necesario averiguar. Por otro, la manifiesta hostilidad de Kan, para quien su presencia parecía ser más una carga que una solución. Pero esos dos inconvenientes apenas representaban un grano de arroz si se comparaban con el que él juzgaba más peligroso: tener de compañero de pesquisas a una rata como Astucia Gris.

Se dirigió a sus aposentos para reflexionar con tranquilidad.

La habitación era una estancia limpia provista de una cama baja y una mesa de estudio. No necesitaba más y agradeció las vistas al patio interior que le proporcionaba la única ventana. Tomó asiento para reordenar sus ideas y comenzó a trabajar. Desafortunadamente, sus mayores expectativas pasaban por los progresos del perfumista y la distribución del retrato que había ordenado realizar. Y en ambos casos, los resultados no estaban garantizados ni dependían de él. Se lamentó por ello. Detestaba quedar en manos del azar.

Abrió la cámara de conservación que había hecho traer del depósito y extrajo la mano que había cercenado al cadáver para examinarla a la luz del sol. Se fijó en que las yemas de los dedos parecían haber sido atravesadas por decenas de agujas hasta convertirlas en una especie de *fu hai shi*, la rugosa piedra pómez de Guangdong. Juzgó su origen como una corrosión antigua, pero no se atrevió a aventurar más. Luego se fijó en las uñas. Bajo ellas parecía haber unos fragmentos negros similares a astillas. Sin embargo, al extraerlas y presionarlas, comprobó que se deshacían, pues en realidad eran pequeños restos de carbón. Guardó de nuevo la mano y se dedicó a pensar en los extraños cráteres que el asesino había practicado sobre las tres heridas principales. ¿Por qué las habría perfumado? ¿Por qué habría escarbado de aquella brutal manera? ¿En verdad buscaría algo o, tal y como habían sugerido Ming y el magistrado, responderían a un rito o a un instinto animal?

Se levantó y cerró la carpeta de un manotazo. Si pretendía avanzar, tenía que interrogar a las amistades del eunuco Suave Delfín.

* * *

Un oficial informó a Cí de que encontraría a Lánguido Amanecer en la Biblioteca Imperial.

El mejor amigo de Suave Delfín resultó ser un joven eunuco de aspecto añinado cuya edad no superaría los diecisiete años. Aunque sus ojos estaban enrojecidos por el llanto, su voz sonaba templada, y sus respuestas, serenas y maduras. Pero cuando le preguntó por Suave Delfín, su tono cambió.

—Ya le dije al consejero de los Castigos que Suave Delfín era muy reservado. Es cierto que pasábamos mucho tiempo juntos, pero hablábamos poco —respondió.

Cí obvió preguntarle a qué dedicaban su tiempo. En cambio, le interrogó sobre la familia de Suave Delfín.

—Casi nunca los mencionaba —respondió aliviado al comprobar que no le responsabilizaba de su desaparición—. Su padre era un pescador del lago, al igual que los de muchos de nosotros, pero a él no le gustaba reconocerlo y solía fantasear al respecto.

—¿Fantasear?

—Exagerar, imaginar... —le explicó—. Cuando se refería a su familia, lo hacía con respeto y admiración, pero no por piedad filial, sino con cierta presunción. Como si descendiese de gente rica y poderosa. Pobre Suave Delfín. Él no mentía por maldad. Lo que le sucedía es que odiaba la miseria de su juventud.

—Comprendo. —Ojeó por encima sus notas—. Según parece, era muy cuidadoso con su trabajo...

—¡Oh, sí, desde luego! Siempre apuntaba lo que hacía, se pasaba las horas muertas repasando sus cuentas y siempre salía el último. Se mostraba orgulloso de haber progresado tanto. Por eso despertaba tantas envidias. Y por eso me envidiaban a mí.

—¿Envidias? ¿De quiénes?

—De casi todos. Suave Delfín era guapo y suave como la seda. Y también rico. Era ahorrador.

A Cí no le sorprendió. Eran muchos los eunucos que ascendían en la Corte y se hacían con una pequeña fortuna. Todo dependía de su trabajo y de la habilidad en el elogio y en la adulación. Sin embargo, cuando Cí se lo hizo notar, el joven eunuco no estuvo de acuerdo.

—Él no era como los demás. Sólo tenía ojos para el trabajo, para sus antigüedades... y para mí. —Rompió a llorar.

Cí intentó consolarle, pero no lo logró. No quiso insistir. Si lo necesitaba, volvería a interrogarlo. El muchacho iba a marcharse cuando algo acudió a la mente de Cí.

—Una última cosa —le señaló—. Dijiste que Suave Delfín despertaba envidia en casi todos...

—Así es, señor —lagrimeó.

—¿Y en quién no, aparte de ti?

El joven eunuco miró a los ojos de Cí como si le agradeciera aquella pregunta. Luego bajó los suyos.

—Lo siento. No se lo puedo decir.

—No tienes nada que temer de mí —se extrañó Cí.

—A quien temo es a Kan.

* * *

Mientras reflexionaba sobre la complejidad de su situación, Cí se encaminó hacia las habitaciones en las que había residido Suave Delfín hasta el día de su desaparición. En su calidad de ayudante del administrador, éstas se ubicaban cerca del Consejo de Finanzas, en el piso superior.

Encontró la puerta custodiada por un centinela de pocas palabras que, no obstante, le franqueó el paso tras anotar su nombre en la libreta de registro y verificar la legitimidad del sello imperial. Una vez dentro, Cí comprobó que, en efecto, Suave Delfín era un ferviente devoto del orden y la pulcritud. Los diferentes libros de su despacho, todos dedicados a la poesía, no sólo estaban alineados con maniática precisión, sino que además habían sido forrados con papeles de seda de idéntico color. Nada en la habitación estaba dispuesto al azar: los trajes, perfectamente doblados y apilados en el interior de un arcón impoluto; los pinceles de escritura, tan escrupulosamente limpios que hasta un recién nacido podría haberlos chupado; o las varillas de incienso, ordenadas según su tamaño y olor. Sin embargo, sobre la mesa se advertía un elemento discordante: un diario dejado caer descuidadamente, abierto por la mitad. Cí preguntó al centinela si alguien había tenido acceso a las dependencias tras la desaparición del eunuco y éste, tras consultar el libro de registro, contestó que no. Cí entró de nuevo y se dirigió a la siguiente habitación.

La segunda estancia era un amplio salón cuyos tabiques parecían haber sido invadidos por un ejército de antigüedades. En la pared de entrada, decenas de estatuillas de bronce y jade de las dinastías Tang y Qin estaban clasificadas con etiquetas que ilustraban su insigne procedencia. Lindantes con el muro exterior y flanqueando la ventana que miraba al Palacio de las Concubinas, cuatro jarrones de delicada porcelana de Ruzhou exhibían su níveo esplendor. Frente a ellos, en la pared opuesta, refinadas pinturas de paisajes montañosos, jardines, ríos

y puestas de sol brillaban sobre lujosos lienzos de seda. Sin embargo, en la cuarta pared tan sólo se exhibía un lienzo primorosamente caligrafiado que coronaba el acceso a la última estancia. Se fijó en él. El texto era un poema de trazos vigorosos y firmes que progresaban de derecha a izquierda como un armonioso desfile de lirismo y destreza. Se fijó en los numerosos sellos rojos, que señalaban a sus anteriores propietarios. Le atrajo la forma ligeramente curvada del bastidor, el cual miró con atención.

Juzgó que su valor resultaría incalculable. Seguramente demasiado oneroso incluso para un eunuco próspero como Delfín.

Finalmente, se adentró en la tercera estancia, un dormitorio presidido por un lecho envuelto en gasa, perfumado con generosidad. El edredón se ajustaba a las esquinas con exquisitez, como una mano a un guante. Las paredes, pulcras, se hallaban guarnecidas con lienzos de seda bordada. Nada en aquellas estancias estaba dispuesto al azar.

Nada, excepto el diario de Suave Delfín.

Volvió a la primera sala para examinarlo.

Se trataba de un volumen de finas hojas de papel decorado con flores de loto. Tras comprobar que estaba completo, se enfrascó en su lectura sin prisas, buscando cualquier indicio que le resultara útil. Curiosamente, el diario no hacía mención alguna a su desempeño laboral, dedicándose exclusivamente a asuntos personales. El eunuco desgranaba sus sentimientos hacia el joven Lánguido Amanecer, del cual parecía estar profundamente enamorado. Hablaba de él con delicadeza y cariño, casi con la misma pasión que reflejaba cuando se refería a sus padres, a los que mencionaba prácticamente en cada página.

Cuando lo terminó, frunció el ceño. De su lectura se desprendía que el eunuco, pese a su agitada vida amorosa, había sido una persona sensible y honesta.

Y también podía inferirse que, de un modo u otro, había sido engañado por su ejecutor.

* * *

Al día siguiente, Cí acudió pronto al archivo. Astucia Gris pernoctaba fuera de palacio y, sabedor de que no solía madrugar, aprovechó la privacidad de la mañana para comprobar los asuntos en los que había trabajado Suave Delfín antes de morir.

Según comprobó en los legajos, desde el último año el eunuco se había ocupado de la contabilidad correspondiente al comercio de la sal, uno de los monopolios que, junto a los del té, el incienso y el alcohol, controlaba en exclusiva el estado. Cí no estaba familiarizado con los asientos mercantiles, pero, por simple comparación con los reseñados en años precedentes, comprobó que existía un descenso constante y pronunciado en los balances. La merma podía obedecer a fluctuaciones del mercado o tal vez a un enriquecimiento ilegítimo que, de alguna forma, justificaría la valiosísima colección de antigüedades que había acumulado Suave Delfín.

Para verificarlo acudió al Consejo de Finanzas, donde le confirmaron que el montante total de transacciones había disminuido debido al avance de los bárbaros del norte. Cí comprendió. De un modo u otro,

todos los habitantes del imperio habían sufrido en sus carnes las consecuencias de la invasión de los Jin. Tras haber sido contenidas durante años, las tropas Jin habían avanzado hasta ocupar el norte del país. Desde entonces, las relaciones comerciales se habían resentido, y más aún en los últimos años, cuando a pesar de los pactos y los tributos, sus ejércitos amenazaban con proseguir su expansión. Agradeció la explicación al funcionario y emprendió camino hacia el depósito. Quería limpiar los cadáveres para comprobar su evolución.

Antes de descender a las mazmorras se pasó por las cocinas y los establos para proveerse de los suministros que había encargado a Bo. Una vez satisfecho, se dirigió a la antecámara del depósito. Al entrar le invadió una náusea. Desde allí podía mascarse el hedor a corrupción. Imaginó que las hilas de alcanfor apenas lo paliarían. Aun así, se las colocó y comenzó a trabajar. Justo en ese momento apareció Bo.

—Me retrasé, pero aquí la tienes. —Le mostró la pica que le había encargado.

Cí examinó con detenimiento el asta, sopesó su masa y comprobó el diámetro y su alineación. Asintió satisfecho. Era exactamente lo que necesitaba. La dejó a un lado y continuó con los preparativos. En una cacerola de terracota introdujo una gran cantidad de hojas de cardo blanco y vainas de jabón de judías. Las prensó y les prendió fuego, pues el humo combatiría el hedor. Seguidamente, preparó un cuenco con vinagre, inhaló unas gotas de aceite de semillas de cáñamo y mordió un trozo de jengibre fresco. No podía hacer mucho más. Aspiró una bocanada de aire y con el resto del material entró en la sala dispuesto a afrontar el último examen.

Pese al lavado practicado el día anterior, los gusanos se habían vuelto a reproducir e infestaban los cadáveres. Rápidamente sofocó las ascuas

con el vinagre para que el humo se expandiera y comenzó a elaborar el enjuague definitivo. Mezcló el resto del vinagre con estiércol fermentado hasta conseguir una papilla viscosa que diluyó con agua, luego embadurnó una paleta de madera y utilizó la mixtura para arrastrar las larvas y los gusanos. Finalmente, completó la limpieza vertiendo varios baldes de agua sobre los cuerpos. Sintió asco al percibir bajo sus pies el grasiento charco de sangre, insectos y podredumbre, pero apretó los dientes y comenzó la inspección.

En el eunuco y en el cadáver desfigurado no hizo hallazgos relevantes. En ambos, la corrupción había avanzado ennegreciendo la piel hasta desprenderla de los músculos, y en muchas zonas se veía acartonada. Sin embargo, sobre el rostro del hombre más joven, el mismo del que había mandado elaborar un retrato, descubrió una miríada de diminutas señales tan pequeñas como semillas de amapola. Cí limpió con esmero las zonas de piel mejor conservadas y las examinó con atención. Las minúsculas cicatrices parecían antiguas y se veían diseminadas por todo el rostro como pequeñas quemaduras o picaduras de viruela, con la única excepción de unos extraños cercos cuadrados alrededor de ambos ojos. Lo apuntó en su cuaderno y esbozó una imagen en la que replicó el patrón. Comprobó que esas mismas marcas estaban presentes en las manos. Finalmente, cogió la pica.

No estaba seguro de que su idea funcionase, pero aun así avanzó hacia el cuerpo mutilado del anciano. Empuñó la pica y apuntó su extremo hacia el cráter abierto en el pecho. Luego, con sumo cuidado, fue introduciendo el asta, buscando algún camino que permitiese su progreso. Cuando la pica cedió ante la presión, exhaló un rugido de satisfacción. Poco a poco, como si se deslizara por un pasadizo secreto, el extremo de la pica fue penetrando en el interior del cuerpo, inclinándose hacia abajo y hacia el exterior. Cuando detuvo su progreso, Cí pidió a Bo que le ayudase a dar la vuelta al cadáver. Al hacerlo, comprobó que el

extremo de la pica aparecía por la herida abierta en la espalda, confirmando sus sospechas. No se trataba de dos heridas diferentes, sino de una sola, con entrada y salida. Iba a extraer la pica cuando un brillo en su extremo llamó su atención. Con cuidado, cogió unas pinzas y separó el fragmento brillante de la sangre reseca. Al examinarlo con cuidado, determinó que se trataba de una esquirla de piedra. No supo identificar su procedencia, pero la guardó como prueba.

—Necesitaré otro cadáver —le dijo al oficial.

Bo le miró con preocupación.

—Conmigo no cuentas —respondió.

Cí rio y Bo respiró al comprender que no era preciso matar a nadie. Lo que a Cí le urgía era un cuerpo muerto para comprobar su teoría. Sin embargo, cuando Bo le propuso conseguirlo en el cementerio de Lin'an, Cí se negó en redondo. Se acordó del adivino.

—Tendremos que encontrarlo en otro lugar —le apremió.

De entre su material sacó dos grandes pliegos de papel: uno mostraba el dibujo de una figura humana por su parte ventral, y el otro, la misma imagen por su parte dorsal. Ambos esbozos se veían completados con una serie de puntos negros y blancos que salpicaban de forma precisa las distintas partes de la anatomía. Bo se interesó por ellos.

—Los utilizo como plantilla. Los puntos negros señalan los lugares que resultan mortales en caso de ser afectados por una lesión o herida. Los blancos indican los propensos a ocasionar un gran mal. —Los extendió en el suelo y dibujó el lugar exacto y la forma de las heridas.

Cuando concluyó, limpió la pica, cogió los dibujos en los que había bosquejado las heridas del anciano y, tras autorizar la inhumación de los cadáveres, abandonó el palacio en compañía de Bo.

* * *

El Hospital Central era una especie de granja atestada de moribundos que pasaban a diario de los camastros al cementerio como huevos al canasto. Cí había pensado que sería el lugar idóneo para practicar con un cuerpo, pero el director del sanatorio les informó de que los últimos fallecidos ya habían sido retirados por sus familiares. Bo sabía que Cí pretendía comprobar las heridas que produciría una pica al atravesar un cuerpo humano. Por eso, cuando Bo sugirió emplear a un enfermo como sustituto, Cí no dio crédito. El oficial argumentó que el voluntario que accediese a su propuesta recibiría un entierro digno y una compensación para sus familiares, y aunque Cí se negó, Bo ordenó al director que difundiera la propuesta. Para asombro de Cí, el director aceptó sin poner reparos.

Recorrieron sala por sala en busca de candidatos, que Cí descartó por demasiado sanos. Finalmente, el director les propuso a un hombre quemado que se debatía entre la vida y la muerte, pero Cí lo rechazó, alegando que sus quemaduras alterarían los resultados. Continuaron hasta una estera próxima en la que yacía un obrero con el color de la muerte pintado en su rostro. El hombre había quedado aplastado a causa de un derrumbamiento y agonizaba. Cí contempló cómo el dolor le consumía en sus últimos instantes. También lo rechazó. Entonces Bo se

percató de que Cí jamás aceptaría su planteamiento. Se dio la vuelta y salió del hospital contrariado.

—No sé ni cómo me he atrevido a pensarlo —dijo Bo, arrepentido.

—¿Y las ejecuciones? —respondió Cí.

Le propuso a Bo emplear el cadáver de un condenado.

* * *

El responsable de la prisión de extramuros, un militar cuajado de cicatrices, pareció disfrutar con la idea de atravesar a un muerto.

—Precisamente esta mañana estrangulamos a uno —se felicitó—. Sabía que en el pasado se emplearon presos muertos para experimentar los efectos de la acupuntura, pero nunca me habían propuesto algo semejante. En fin, si es por el bien del imperio, al menos esos criminales servirán para algo.

Les condujo hasta el lugar donde yacía el cuerpo del infortunado. El responsable del presidio les informó de que la ejecución pública había tenido lugar el día anterior en uno de los mercados, pero después había sido trasladado al patio de la prisión y desde entonces permanecía expuesto para escarmiento de los demás reos. Lo encontraron tirado sobre la tierra, vestido y hecho un guiñapo.

—Ese cabrón violó a dos niñas y las arrojó al río. La turba le apaleó — justificó.

Cuando el militar le preguntó si necesitaba que lo desnudaran, Cí respondió negativamente. El anciano había sido asesinado vestido y él pretendía reproducir los hechos de la forma más fidedigna posible. Sacó los dibujos y comprobó la posición de las heridas. Luego prendió sobre la camisola del cadáver una pinza de bambú señalando el lugar donde tenía que clavar la pica.

—Será preciso incorporarlo —señaló.

Entre varios soldados consiguieron izar el cuerpo y pasarle una soga bajo los hombros que aseguraron bajo una viga. Finalmente, el cadáver colgó como un monigote. Cí lo miró. Cuando aferró la pica no pudo evitar sentir pena por el criminal. Sus ojos entreabiertos parecían desafiarle desde más allá de la muerte. Cí enarboló la lanza. Pensó en las niñas asesinadas y descargó la pica sobre el cadáver con todas sus fuerzas. Sonó un chasquido y el madero penetró en el cuerpo como si trinchara un cerdo. Sin embargo, se enganchó a mitad del recorrido y no lo traspasó.

Cí maldijo entre dientes. Extrajo la pica y se dispuso a repetir la operación. Tensó cada uno de sus músculos y volvió a pensar en las niñas. Esta vez la descarga fue más violenta, pero tampoco logró atravesarlo. Sacó la pica y escupió al suelo.

—Pueden bajarlo. —Pateó una piedra con rabia. Meneó la cabeza de un lado a otro.

No dio explicaciones. Simplemente, agradeció la colaboración y dio por concluido el ensayo.

* * *

El resto de la tarde lo empleó en aclarar sus ideas, cosa que pudo hacer hasta que Astucia Gris lo encontró. El cachorro de juez le preguntó por sus avances, pero Cí no dudó en mentirle. No estaba dispuesto a dejarse engañar otra vez.

—Según parece, ese Suave Delfín era un hombre honesto —le contestó Cí—. Sólo vivía para su trabajo, pero no he indagado mucho más. ¿Y tú? —simuló interesarse también.

—¿Quieres que te sea sincero?

Cí recordó la última vez que su rival le aseguró lo mismo. Pensó que aunque se tratara de su propio padre, Astucia Gris le mentiría igual.

—Este asunto es un regalo envenenado —farfulló Astucia Gris—. No tienen ni idea. Nos ceden un caso sin pies ni cabeza y, como no saben resolverlo, pretenden que nosotros parezcamos los ineptos.

—Sin pies ni cabeza, nunca mejor dicho —ironizó sin ganas Cí—. ¿Y qué tienes previsto hacer?

—He pensado acelerar el otro asunto. El del asesino del alguacil. Lo he madurado bien y no voy a permitir que esos ladinos salpiquen de mierda mi carrera.

Cí también se aceleró. Pese a su temor, intentó averiguar más sobre sus intenciones. Le preguntó si es que habían llegado noticias nuevas de Fujian.

—Al contrario, la valija se está retrasando. De hecho, ayer llegó un correo que esperábamos desde hacía seis días. Por esa razón he decidido acudir yo en persona. —Hizo una pausa—. Te lo aseguro. Necesito un primer éxito inmediatamente. No voy a parar hasta resolver el asesinato de ese Kao.

—Pero ¿y las órdenes de Kan? —intentó disuadirle.

—He hablado con él y no me ha puesto impedimentos. —Sonrió—. Ventajas de ser familia. Tendrás que arreglártelas solo.

Cí se arrepintió de haberle preguntado. Hasta aquel instante había albergado la esperanza de que las pesquisas de Astucia Gris resultaran infructuosas, pero ahora estaba seguro de que el joven juez averiguaría que, en realidad, él era el fugitivo a quien perseguía el alguacil asesinado. Le preguntó cuándo partía.

—Salgo esta noche. Cuanto más tiempo permanezca aquí, más fácil será que me etiqueten de fracasado.

Cí no supo si alegrarse. Por un lado, dispondría de más tranquilidad para trabajar en los asesinatos, pero hablar de tranquilidad cuando ésta dependía de la investigación de Astucia Gris se le antojó una necesidad.

—Buena suerte —le dijo.

Nunca había deseado un «buena suerte» tan hipócrita. Tras despedirse, se levantó para dirigirse a su habitación. Tenía muchas cosas en las que pensar.

«Ninguna buena», se lamentó.

CAPÍTULO 26

La llegada del perfumista sorprendió a Cí mientras meditaba sobre el origen de las minúsculas cicatrices en el rostro de uno de los cadáveres. Pese a barajar algunas hipótesis, aún no había llegado a ninguna conclusión, de modo que cuando el hombrecillo le aseguró que estaba de suerte, Cí se alegró. Sin embargo, lo que menos esperaba era que, por toda respuesta, el perfumista le regalara una sonrisilla mientras le tendía un frasquito sellado con cera.

—Podéis olerlo —le ofreció orgulloso.

Cí rompió el sello y aproximó la nariz al intenso aroma que brotaba del frasco y se adentraba en su pituitaria. Era un perfume profundo, denso, dulce y empalagoso como la mermelada, con notas que le recordaron al sándalo y al pachuli. Su vigor le emborrachó. Sin embargo, pese a parecerle familiar, fue incapaz de identificarlo. El perfumista agrió el gesto.

—¿No lo reconocéis?

—¿Acaso debería? —se sorprendió Cí.

—Supongo que sí. Es Esencia de Jade, la fragancia que desde hace años elaboro para el emperador.

Cí frunció el ceño. Desconocía el alcance de la revelación, así que le confesó al perfumista que su estancia en el palacio se reducía a un par de días entre legajos y cadáveres.

—Y aunque he gozado del privilegio de conocer al emperador, puedo asegurarnos que las circunstancias del encuentro no ayudaron a que me fijara en su perfume.

—¡Oh, no! Esta esencia no es para él —le advirtió el perfumista.

Cí se frotó el rostro, desvelando su interés. El perfumista le contó que desde hacía años elaboraba con ingredientes secretos y en rigurosa proporción aquella fragancia, cuyo uso estaba absolutamente prohibido a cualquier otra persona que no fuese esposa o concubina del emperador.

—Y que, por supuesto, fabrico para ellas en exclusiva.

Cí permaneció en silencio meditando la revelación del perfumista, que parecía esperar impaciente su aprobación. Finalmente, le preguntó si existía la posibilidad de que alguien en su taller hubiese sustraído una partida. El hombrecillo se ofendió.

—¡Eso es imposible! Cada vez que se me ordena un nuevo suministro, yo me encargo de procesar la fragancia, envasarla, numerarla y trasladarla personalmente a la Corte —aseguró categórico.

—¿Y si alguien hubiese imitado su fragancia?

—¿Imitar? Eso no sólo resultaría improbable, sino que también sería inútil. Lo primero, porque sólo yo conozco los ingredientes y le aseguro que no son fáciles de descubrir. Y lo segundo, porque de ser desenmascarado, el falsificador sería ejecutado sin remisión.

—Ya, entiendo. ¿Y existe la posibilidad de que os equivoquéis?

—¿Qué queréis insinuar? —El perfumista le miró como si le hubiera insultado.

—Me refiero a que si estáis completamente seguro de vuestro descubrimiento... Al fin y al cabo, los restos de fragancia eran mínimos y estaban contaminados con la podredumbre.

—Mirad, joven —afirmó sin atisbo de duda—. Si llevarais trabajando en esto desde el día en que nacisteis, sabrías bien de lo que hablo. Sería capaz de reconocer mi perfume aunque al lado acampara un ejército de elefantes.

Lo dijo tan convencido que Cí no lo dudó. Iba a continuar el interrogatorio cuando el perfumista añadió algo.

—Por cierto, resulta curioso, pero había algo más... Un olor extraño. Acre. Tan sólo unos retazos, pero estaba allí.

—¿Otro perfume?

—No. No era un perfume. Y tampoco procedía de la putrefacción. No sé. Intenté distinguirlo, pero me resultó imposible.

Cí lo anotó entre sus apuntes. Con aquellos datos tenía suficiente, pero se le ocurrió una última cuestión.

—Respecto a ese perfume que elaboráis, Esencia de Jade... en palacio, ¿quién es el encargado de recibirlo?

—No es él, sino ella. —Los ojos del hombrecillo se abrieron como si la contemplara desnuda en ese momento—. Una *nüshi*. La encargada de organizar los encuentros del emperador con sus concubinas. Generalmente, la surto de perfume cada primera luna. Unos treinta botes como éste, según la demanda. Tened en cuenta que, además de la *nüshi*, en el harén conviven unas mil concubinas. Ella es la que recibe y administra todos los lotes, y os aseguro que los custodia como si fueran los hijos que no puede tener.

Tras acompañar hasta la salida al perfumista, Cí se adentró en los jardines. Conocer la existencia de una *nüshi* le había intrigado, y aunque sabía que no podía franquear sus límites, sentía la necesidad de acercarse al Palacio de las Concubinas. Mientras caminaba, repasó mentalmente los datos de los que disponía.

De una parte, estaban los cadáveres. En primer lugar, el del eunuco: un hombre laborioso y minucioso, amante de su familia y aparentemente honesto, cuyo trabajo como ayudante del administrador difícilmente justificaba una colección de antigüedades tan valiosa. Le seguía el de un hombre que rondaría la cincuentena, con el rostro desfigurado y las manos extrañamente corroídas por algún ácido o enfermedad; quizá el único indicio por el que podría identificarle pero del que sabía poco más. Finalmente, quedaba el cuerpo del más joven, con la cara salpicada de unas minúsculas cicatrices de apariencia antigua, a excepción de dos extraños cercos situados sobre los ojos.

En cuanto a asuntos pendientes de indagar, sin duda destacaría los aspectos comunes a los tres asesinatos: el interés del asesino en impedir la identificación de los cadáveres, las terribles heridas en forma de

cráteres horadados en sus torsos y el insólito olor a una fragancia elaborada por un único perfumista cuya custodia estaba a cargo de la *nüshi* del emperador.

Para cuando quiso darse cuenta, deambulaba por las inmediaciones del Palacio de las Concubinas, algo que podía resultar peligroso en caso de ser descubierto por algún eunuco. Se agazapó tras un árbol y miró el edificio cuyas celosías velaban hasta el último rincón. Era una construcción delicada, como las mujeres que se alojaban en su interior. Tras los estores de papel le pareció adivinar las siluetas de unas jóvenes gráciles correteando desnudas y, sin pretenderlo, se fijó en ellas. Sintió el aguijón del deseo recorriendo su cuerpo. Hacía tiempo que no yacía con ninguna *flor*.

Intentó desterrar la lujuria de su pensamiento centrándose en las palabras pronunciadas por el perfumista. La *nüshi* era la única persona que administraba aquella fragancia. Nadie más tenía acceso a ella. Ni siquiera los eunucos. Y si, tal y como afirmaba el químico, sólo él fabricaba aquella esencia, no le quedaba otro camino que interrogar a la responsable de su distribución.

De regreso a la Corte exterior, acudió al encuentro del retratista para comprobar el progreso de su trabajo. Una vez en su taller, Cí lanzó una exclamación de admiración. Frente a él, en un lienzo sobre un caballete, se erguía un rostro tan nítido y vívido que parecía que pudiese hablar. El artista había reflejado con absoluta perfección cada rasgo del cadáver hasta devolverlo a la vida. Perfecto en todo, con la excepción de un tremendo error.

—Debí haberlo mencionado, pero tendríais que haberlo dibujado con los ojos abiertos.

La noticia sorprendió al retratista, que se inclinó una y otra vez en señal de arrepentimiento, pero Cí le disculpó asumiendo su parte de responsabilidad. Por fortuna, el artista le aseguró que podía remediarlo.

—Al revés habría sido más complicado.

—¿Podrías añadirle también unas cicatrices?

Sobre el propio retrato, Cí le explicó el tipo, tamaño, forma, número y distribución, especificándole que se abstuviera de pintarlas alrededor de los ojos. Esperó a que terminara el trabajo en previsión de nuevos errores, pero cuando concluyó y pudo contemplar el resultado, Cí le mostró su satisfacción.

—Es realmente magnífico.

El retratista respiró con orgullo, se inclinó ante Cí y le entregó el lienzo de seda, que éste enrolló como si fuera de oro, para a continuación guardarlo en una talega de tela. Se despidieron y Cí se encaminó hacia su cuarto. Una vez allí, desenrolló el lienzo y lo contempló con detenimiento. En efecto, la imagen parecía tener vida. El único problema residía en la imposibilidad de su duplicación, lo cual impedía su distribución y publicidad de forma masiva. Pero, aun así, seguía pensando que le sería útil en cuanto descubriese el origen de aquellas minúsculas cicatrices.

Después de un rato sin saber cómo proseguir, pensó en su maestro Ming, del que añoraba sus consejos y su templanza. Recordó que Ming siempre sabía qué decir o cómo actuar. Se sentía en deuda con él en la misma medida en que se avergonzaba por haberle defraudado. Debería ir a visitarle y compartir las cuestiones que le mantenían intrigado. Enrolló de nuevo el retrato, se pertrechó con sus notas y salió dispuesto a

reconciliarse con la única persona que le había ayudado desde su llegada a Lin'an.

Atravesó el jardín sin problemas. Sin embargo, cuando intentó franquear la muralla de palacio, el centinela se lo impidió de malos modos.

—Ahórrate el esfuerzo —le espetó el guardia mientras miraba despectivamente el sello que Cí se empeñaba en mostrarle. Cuando éste le informó de que era un salvoconducto expedido por el mismísimo consejero de los Castigos, el centinela no se inmutó.

—Entonces habla con él. Es Kan quien lo ha ordenado.

Cí no dio crédito a sus palabras, pero el centinela no retrocedió.

Apretó los dientes y pateó un guijarro con la misma rabia con la que habría pateado a Kan de haberlo tenido enfrente. Finalmente, se giró. Si el emperador deseaba que él avanzara en la investigación, tendría que decidir qué hacer con un ministro que parecía más pendiente de ponerle impedimentos que de facilitarle el trabajo. Por fortuna, el salvoconducto parecía conservar su validez en el interior del complejo, lo que le permitió acceder hasta el despacho del secretario personal del emperador. Cí se identificó y solicitó una entrevista, pero el secretario, un anciano de aspecto relamido, le miró como si acabara de posársele una mosca. Resultaba no sólo insólito, sino también insultante que un simple trabajador pretendiese una audiencia con el emperador.

—Hay quienes han muerto por menos —señaló casi sin mirarlo.

Cí se dijo que, si lo quisieran muerto, ya le habrían matado.

Insistió, pero lo único que consiguió fue que la indignación del secretario aumentara. El hombre le ordenó que se retirara bajo amenaza de llamar a la guardia, pero Cí no se arredró. Estaba dispuesto a aclarar aquella situación a costa de lo que fuese, así que permaneció de pie, desafiante, sin ni siquiera pestañear cuando el secretario le amenazó con enviarle a juicio y asistir a su decapitación. Mientras el hombre alzaba cada vez más la voz, Cí advirtió que se aproximaba el séquito imperial, en el que marchaban Kan y el emperador. No dio opción a que le detuvieran. Dejó con la palabra en la boca al secretario y, antes de que la guardia pudiera impedirselo, se arrojó de bruces al suelo frente a ellos. Al reconocerle, Kan ordenó que lo prendieran, pero Ningzong se opuso.

—Extraño modo de presentarte ante tu emperador.

Consciente de su insolencia, Cí no se atrevió a mirar. Golpeó el suelo con la frente y suplicó indulgencia. Al no obtener respuesta, balbuceó que se trataba de un asunto relacionado con los crímenes que no admitía dilación.

—Majestad, ¡esto es intolerable! —bramó Kan.

—Tiempo habrá para los castigos. ¿Has descubierto algo? —se limitó a preguntar el emperador.

Cí pensó si no sería más conveniente hablar a solas con el soberano. Estuvo a punto de solicitarlo, pero no quiso tentar más su suerte. Pese a continuar postrado, miró a Kan de soslayo.

—Majestad, con todos mis respetos, creo que alguien intenta sabotear mi trabajo —se atrevió a decir finalmente.

—¿Sabotear? ¿A qué te refieres? —Hizo un gesto a la guardia para que se apartara unos pasos. Cí no se movió.

—Hace unos instantes, cuando me dirigía a realizar unas gestiones en el exterior, los centinelas me han impedido salir de palacio —dijo con un hilo de voz—. De nada me ha servido el sello que me facilitó su excelencia el consejero, y...

—Comprendo. —Miró a Kan, quien apenas prestó atención a la denuncia de Cí—. ¿Alguna cosa más?

Cí abrió la boca perplejo. Sin embargo, mantuvo la frente pegada al suelo.

—Sí, Majes-tad —tartamudeó—. En los informes que se me han entregado no constan las pesquisas practicadas por los jueces de palacio. No hay ni un solo dato sobre el lugar y la forma donde se encontraron los cuerpos. No constan testigos ni denuncias sobre desapariciones, ni ningún apunte sobre sospechas, ni ninguna referencia a un móvil. —Miró de reojo a Kan, quien evitó el enfrentamiento—. Ayer interrogué a un amigo íntimo de Suave Delfín, un joven eunuco que se mostró colaborador hasta que dejó de serlo. Y la explicación a su repentino silencio fue que el consejero de los Castigos le había prohibido hablar de ello.

El emperador guardó silencio un instante.

—¿Y por esa razón crees que puedes importunarme presentándote ante mí como un animal salvaje?

—Alteza, yo... —Se sorprendió al tiempo que comprendía lo necio de su comportamiento—. El consejero Kan manifestó que nadie había

entrado en las dependencias privadas de Suave Delfín, pero eso es falso. No sólo entró él, sino que prohibió al centinela hablar de ello. ¡Vuestro consejero no quiere que descubra nada! Desprecia cualquier método que provenga del examen y de la razón y se empecina en ocultar aquello que podría dejarle en evidencia. No puedo interrogar a las concubinas, no puedo acceder a los informes, no puedo salir de palacio...

—¡Ya he escuchado suficientes impertinencias! ¡Guardias! ¡Conducidlo a sus aposentos!

Cí no se resistió, pero mientras los guardias lo incorporaban, pudo advertir cómo la sonrisa envenenada de Kan acompañaba el brillo de su único ojo.

* * *

Oyó cómo los guardias cerraban la puerta y se apostaban en el exterior. Luego se mordió las uñas hasta que al cabo de un rato se abrió la puerta de nuevo. Bo entró sin saludar, con el rostro enrojecido por la ira.

—¡Vosotros los jóvenes os creéis los dueños del mundo! —murmuró mientras deambulaba por la estancia—. Llegáis con vuestros aires de conocimiento, con vuestras técnicas novedosas y vuestros expertos análisis, os presentáis ante vuestros mayores, soberbios y orgullosos, confiados en vuestra capacidad de averiguar lo imposible y olvidáis las más elementales normas de protocolo. —Hizo una pausa para clavar los

ojos en Cí—. ¿Se puede saber qué pretendes? ¿Cómo se te ha ocurrido acusar a un consejero?

—A un consejero que me impide investigar, encerrándome como a un reo...

—¡Por el Gran Buda, Cí! Lo de la muralla no fue idea suya. Sólo siguió las órdenes del emperador.

Cí palideció.

—Pero... —balbuceó sin comprender.

—¡Estúpido iluso! Si salieses sin escolta de palacio, tu vida duraría menos que un huevo entre las fauces de un zorro. —Hizo una pausa, buscando la comprensión de Cí—. No es que no puedas salir. Es que si lo haces, debes hacerlo protegido.

—Pero entonces...

—Y claro que Kan entró en las dependencias de Suave Delfín. ¿Qué querías? ¿Que lo dejaran todo en tus manos?

—¿Y vos no comprendéis que jamás podré ayudaros si no me explicáis cuál es el peligro al que me enfrento? —alzó la voz Cí.

Bo pareció reflexionar. Se acercó a la ventana y miró al exterior. Luego se giró hacia Cí con el gesto cambiado.

—Entiendo tu impotencia, pero eres tú quien ha de comprender sus motivos. De acuerdo, el emperador solicitó tu ayuda, pero no pretendas que confíe sus secretos al primer recién llegado que le deslumbre con sus trucos.

—Muy bien. Pues si no me permitís progresar, pedid al emperador que me releve. Os contaré cuanto he averiguado y...

—¡Ah! ¿Pero has averiguado algo? —se sorprendió Bo.

—Menos de lo que podría y más de lo que me han permitido.

—¡Escúchame bien! Soy sólo un oficial, pero puedo ordenar que te azoten ahora mismo, así que olvida los sarcasmos.

Cí comprendió que su irreverencia le estaba conduciendo a un callejón sin salida. Bajó la cabeza y se disculpó. Luego sacó sus notas y las repasó mientras Bo tomaba asiento en un taburete cercano. Cí inspiró con fuerza hasta que se calmó. Una vez tranquilo, comenzó a detallarle punto por punto sus avances: el descubrimiento de las pequeñas cicatrices en el rostro del cadáver más joven, la existencia del perfume Esencia de Jade, cuya custodia recaía en la *nüshi* de palacio, y el engaño de Suave Delfín.

—¿A qué te refieres? —Los ojos de Bo centellearon.

—A que mintió a Kan. El eunuco nunca llegó a visitar a su padre, porque su padre nunca enfermó. En realidad, Suave Delfín se vio obligado a emplear esa excusa para que nadie desconfiara de su ausencia.

—Pero ¿cómo puedes afirmarlo? —se interesó Bo—. Su padre enfermaba a menudo.

—En efecto. Y cada vez que sucedía, Suave Delfín lo apuntaba en su diario. Detallaba hasta la extenuación sus cuitas y temores, los preparativos para visitarle, los presentes que le llevaría y las fechas en las que viajaría. No olvidaba nada. Y, sin embargo, en el último mes no hay ninguna referencia, ni siquiera a un resfriado.

—Pudo ser algo urgente y repentino. Tanto que no tuviera tiempo de apuntarlo —sugirió el oficial, visiblemente incómodo.

—Desde luego que podría haber sucedido así. Pero no lo fue. En los informes consta que Suave Delfín cursó su petición de licencia un día después de la primera luna del mes, si bien no partió de viaje hasta el día siguiente por la noche, intervalo más que suficiente para reflejar en su diario cuanto hubiera precisado.

—¿Y eso a qué nos conduce? —preguntó extrañado el oficial.

—A algo que supongo que debería inquietaros. Suave Delfín fue asesinado por una persona conocida, quizá alguien en quien confiaba. Recordad que en su cuerpo no había indicios de que opusiera resistencia, luego, o no se defendió, o quizá no esperaba que su asesino le matara. La razón por la que inventó una mentira para abandonar el palacio hubo de ser muy poderosa, pues sin duda sabía del castigo al que se exponía si era descubierto.

—Lo que dices es inquietante. Tendré que consultarlo con el emperador.

CAPÍTULO 27

Cuando Cí franqueó la puerta de la Biblioteca de los Archivos Ocultos, el corazón se le encogió. El emperador había accedido a que le fueran reveladas sus sospechas a cambio de un juramento vital: podría consultar los documentos aprobados por Kan, pero si se atrevía a rozar el lomo de cualquier otro volumen, sería ejecutado con el mayor de los tormentos. Por ello, cada vez que necesitase examinar algún dato, debería hacerlo en presencia del propio consejero.

Cí siguió a la gruesa figura de Kan a través de unos pasillos sombríos devorados por una legión de legajos que amenazaban con derrumbarse sobre ellos. El consejero de los Castigos llevaba un pequeño farol que iluminaba su rostro lisiado hasta convertirlo en una máscara grotesca. El de Cí era el reflejo del temor. Lamentaba haber presionado a Kan. Antes de su conversación con Bo pensaba que el consejero no deseaba ayudarlo. Ahora tenía la sensación de contar con un enemigo. Mientras caminaba, se fue fijando en algunas de las etiquetas que identificaban los legajos: *Sublevación y sofoco del ejército yurchen, Tácticas de espionaje del emperador Amarillo, Armas y armaduras de los guerreros dragón, Sistemas para provocar enfermedades y pestilencias...*

Advirtió que Kan se detenía frente a uno que rezaba *Honor y traición del general Yue Fei*. Lo sacó y se lo entregó a Cí.

—¿Lo conoces?

Cí asintió. En la escuela era obligatorio aprender la historia de Yue Fei, el héroe nacional. Yue Fei había nacido en el seno de una familia humilde un siglo atrás. A los diecinueve años se alistó en el ejército y acudió a guarnecer las fronteras septentrionales del país, donde prestó extraordinarios servicios contra los invasores Jin. A causa de su valor y su capacidad como estratega, fue promovido hasta el grado de subjefe del consejo privado del emperador. Era popular la leyenda de que, con sólo ochocientos soldados, Yue Fei había derrotado a quinientos mil hombres en las afueras de Kaifeng.

—Lo que no comprendo es el término de «traición» que encabeza el legajo —repuso Cí.

Kan cogió el legajo y lo abrió.

—Se refiere a un hecho poco divulgado, uno de los episodios más deshonorosos de la Dinastía Tsong —le confesó—. Pese a su entrega incondicional, a los treinta y nueve años el general Yue Fei fue acusado de alta traición y ejecutado con deshonor. Con el tiempo, se descubrió la execrable mentira de su acusación y su figura fue rehabilitada por el emperador Xiaozong, el abuelo de nuestro actual emperador, quien, de hecho, mandó erigir un templo en su honor en el lago del Oeste, al pie de Qixia Ling.

—Sí. Lo conozco. Su tumba la guardan cuatro estatuas arrodilladas, con los torsos desnudos y las manos atadas a la espalda.

—Las efigies representan al primer ministro Qin Hui, a su esposa y a sus lacayos Zhang Jun y Mo Qixie, los cuatro indeseables que urdieron la trama que propició su ejecución. —Movi6 la cabeza en se6al de desaprobaci6n—. Desde esa 6poca estamos en lucha contra los malditos yurchen, esos b6rbaros del norte a los que, en lugar de expulsar, pagamos tributos para sobrevivir. Invadieron a nuestros antepasados, se apoderaron de nuestras tierras, de nuestra antigua capital, de nuestros campos y de nuestras cosechas. Gracias a ellos, nuestros territorios s6lo son hoy la mitad de lo que fueron. ¡Y todo por ser la nuestra una tierra de gente de paz! 6se ha sido nuestro gran error. Ahora nos lamentamos de carecer de un ej6rcito que defienda nuestra naci6n y nos limitamos a satisfacer arbitrios que contengan su avance mientras ellos diezman todo cuanto nos perteneci6. —Descarg6 un pu6etazo sobre el legajo.

—Es terrible... —C6 carraspe6—. Pero ¿qu6 tiene que ver todo esto con los asesinatos?

—Lo tiene. —Su respiraci6n agitada inflaba y vaciaba su corpach6n—. Seg6n las cr6nicas, Yue Fei engendr6 cinco hijos cuyos destinos quedaron marcados por el oprobio y la verg6enza de su progenitor. Sus carreras, sus matrimonios y sus posesiones se desvanecieron como cenizas aventadas por un hurac6n. Finalmente, el odio y el rencor les arruinaron hasta sumirles en el olvido y su estirpe desapareci6 antes de que llegase su rehabilitaci6n. Sin embargo, seg6n nuestros informes —busc6 una p6gina concreta—, Yue Fei tambi6n tuvo un hijo natural que consigui6 escapar a la ignominia, emigr6 al norte y prosper6. Ahora creemos que uno de sus descendientes busca vengar aquella traici6n a su antepasado en la figura del emperador.

—¿Y por eso matar6 a tres hombres sin nada en com6n entre s6?

—¡Sé de lo que hablo! —bramó. Su rostro reflejaba la gravedad de un funeral—. Nos hallamos en vísperas de firmar un nuevo tratado con los Jin. Un armisticio que afianzará la precaria seguridad de nuestra frontera a costa de más peajes. —Hizo ademán de coger un legajo distinto, pero se contuvo—. Y ahí reside el móvil del traidor.

—Lo siento, pero no consigo...

—¡Ya está bien! —le interrumpió—. Esta tarde se celebrará una recepción en palacio a la que asistirá el embajador de los Jin. Estate preparado. Se te proporcionará vestimenta e identidad adecuada. Allí conocerás a tu adversario, a la víbora descendiente de Yue Fei. La persona a la que deberás desenmascarar antes de que ella te descubra a ti.

* * *

A la espera de la llegada de la embajada, Cí se enfundó el uniforme de seda verde que acababa de suministrarle el sastre imperial y que, según sus palabras, lo identificaría como asesor personal de Kan. Cí se ajustó el bonete con brocados de plata y se contempló frente al espejo de bronce. Torció una ceja. Su aspecto le recordaba al de un falso cantante de teatro que pretendiera colarse en un banquete para almorzar sin pagar. Sin embargo, al sastre no pareció afectarle su desconfianza. Le cogió medidas con alfileres y pinzas y le aseguró que, tras ajustarlo, quedaría como un príncipe. Cí dejó que el hombre se afanara mientras él meditaba sobre las palabras de Kan. Aunque su corazón latía con fuerza ante la

perspectiva de enfrentarse al asesino, no dejaba de preguntarse por qué si Kan ya lo conocía, prefería presentárselo en vez de detenerlo él.

La ceremonia se inició a media tarde, poco antes de que el sol comenzara a ocultarse tras el Palacio del Eterno Frescor. Un sirviente había conducido a Cí hasta las dependencias privadas de Kan, que ya le esperaba a la puerta, vestido de gala. El consejero aprobó el atuendo de Cí y juntos se dirigieron hasta el Salón de los Saludos, donde tendría lugar la recepción. Por el camino, Kan asesoró a Cí sobre los entresijos del ceremonial, señalándole que justificaría su asistencia a la recepción presentándole como un experto conocedor de las costumbres Jin.

—Pero si yo no sé nada acerca de esos bárbaros...

—En la mesa en la que nos sentaremos no tendrás que hablar de ellos
—le resumió.

Cuando entraron en el Salón de los Saludos, Cí palideció.

En un gigantesco espacio diáfano, en el que podría caber hasta un regimiento, decenas de mesas aparecían desbordadas por una multitud de manjares de colores y formas inimaginables. El aroma a guisos de soja, camarones fritos y pescado agri dulce se mezclaba con la fragancia de los crisantemos y las peonías, mientras recipientes de bronce rellenos de nieve traída de las montañas refrescaban el ambiente merced a las numerosas ruedas de viento instaladas tras las ventanas. Las paredes, lacadas de un rojo tan intenso como la sangre, brillaban ante el fulgor que penetraba por las celosías abiertas, dejando a la vista un paisaje en el que los pinos japoneses, blanquecinos como el marfil, le disputaban el privilegio de la belleza a los altos bambúes, a los macizos de jazmines, a

las orquídeas y flores de canela, o a los nenúfares albos y carmín que flotaban plácidos en el lago, salpicados por el incesante chapoteo de una cascada artificial.

Aún boquiabierto, Cí se percató de que, hasta aquel momento, su concepto de riqueza había sido tan nimio como el de un pobre ermitaño encandilado con un camastro nuevo. A su juicio, ni el más soñador de los mortales sería capaz de imaginar el lujo que se derramaba a su alrededor.

Se fijó en el ejército de sirvientes que permanecían inmóviles, como rígidas estatuas sacadas del mismo molde colocadas una tras otra en perfecta hilera a la espera de atender a la concurrencia. Al fondo, sobre una tarima forrada de raso amarillo, distinguió la mesa imperial, con diez faisanes asados, en tanto que a sus pies, junto a las mesas, centenares de invitados engalanados con vistosos trajes conversaban animosamente.

Kan le hizo una seña para que le siguiera.

El consejero de los Castigos le guio a través de un elenco de aristócratas, pomposos nobles acaudalados, notables llegados de los confines del imperio, poetas reconocidos, licenciados en caligrafía, prefectos y subprefectos, altos cargos de la administración y miembros de los diferentes consejos, todos ellos acompañados por sus respectivas familias. Le contó que el emperador había preferido dar un tono festivo al encuentro para que no se considerase una rendición.

—En realidad, se ha hecho coincidir la audiencia con la fiesta, y no al contrario.

Ocuparon una mesa junto a otros invitados, en la que se sentaron respetando la costumbre de los ocho lugares. La norma era reservar la silla situada en la parte orientada al este para el invitado más importante, y ésa fue la que ocupó el consejero de los Castigos. Todos los demás se sentaron según su rango y edad, a excepción de Cí, que lo hizo al lado de Kan.

Mientras esperaban la llegada del emperador, Kan confió a Cí en voz baja que había cedido su puesto en la mesa imperial para no estar tan sujeto por el protocolo. Luego presentó a Cí a sus compañeros de mesa: dos prefectos, tres letrados y un reputado fabricante de bronces.

—Cí es mi ayudante —explicó Kan.

El joven asintió. Mientras Kan departía con sus colegas, Cí observó que las mujeres se congregaban en mesas separadas, algo habitual en cualquier tipo de celebración, pues permitía a los hombres hablar de sus asuntos. Aún no habían comenzado a servir los entrantes cuando un toque de gong salido de la nada anunció la inminente presencia del emperador.

Ningzong apareció acompañado de un séquito de cortesanos tan numeroso y de un contingente de soldados tan amenazador que a cualquier otro dirigente de la tierra se le habría cortado la respiración. Precedido por una sinfonía de timbales y trompetas, todos los asistentes se levantaron al unísono para cumplimentarle. El emperador no se inmutó. Su mirada entornada parecía contemplar el infinito mientras avanzaba como un fantasma ausente, ajeno a la admiración y al esplendor. Una vez junto al trono, Ningzong tomó asiento y con un ademán autorizó a los invitados para que le imitaran. De inmediato, un nuevo gong puso en movimiento a un enjambre de camareros, ayudantes, sirvientes y cocineros que se apresuraron a desfilar, como si

les fuera la vida en ello, en un bullicioso baile de bandejas, bebidas y viandas.

A la espera del embajador de los Jin, uno de los comensales hizo los honores a Cí.

—Te recomiendo el pollo de mendigo a la fragancia de la hoja de loto. Pero si prefieres el picante, prueba la sopa de pescado de Songsao. Es un poco agria, aunque magnífica para el verano —le sugirió el fabricante de bronces.

—Quizá prefiera la sopa de mariposas con tortas fritas —propuso uno de los letrados—. O tal vez una tajada de cerdo de Dongpo.

—¡Hum! ¡Licor de uva! ¡Esto sí es una exquisitez y no las heces de vino de arroz que nos escancian en otras ocasiones! —Uno de los prefectos se apresuró a servirse un vaso—. Respecto a la comida, no os apuréis. Según tengo entendido, servirán ciento cincuenta platos distintos.

Cí agradeció las sugerencias, pero se puso unas simples albóndigas hervidas con jengibre. En cuanto a la bebida, optó por el vino de cereales caliente y especiado al que estaba acostumbrado. Le llamó la atención la presencia de una bandeja con fideos y queso de oveja, alimentos propios de la gente del norte.

—En honor al embajador —masculló Kan, y escupió sobre aquellos platos. Los demás comensales le imitaron. Cí, perplejo, hizo lo propio.

—¿Y qué clase de ayudante eres tú? —terció el fabricante de bronces dirigiéndose a Cí—. Nuestro consejero de los Castigos no es hombre que se deje aconsejar. —Se rio.

A Cí se le atragantó la sopa. Carraspeó un poco y se disculpó torpemente.

—Soy experto en los Jin —respondió sin reflexionar, y al punto se dio cuenta de su torpeza.

—¿Sí? ¿Y qué sabes de esos canallas a los que hemos de pagar? ¿Es cierto que nos quieren invadir?

Cí simuló que aún tenía algo en la garganta. Bebió un trago de agua para ganar tiempo.

—Si lo revelara en esta mesa, Kan me rebanaría la garganta y, entonces, además de salpicarles, probablemente perdería mi empleo —dijo por fin, y sonrió.

El fabricante de bronce lo miró con asombro antes de comprender que bromeaba. Luego prorrumpió en risas. Cí advirtió que Kan le dirigía un gesto furibundo, antes de resoplar con alivio.

—De modo que trabajáis con bronce... —desvió la atención Cí—. Hoy he tenido la oportunidad de reflejarme en un espejo de ese material. Su pulido era tal que parecía hielo. Aún estoy asombrado. Jamás vi precisión igual.

—¿Aquí, en palacio? Entonces, sin duda, lo he fabricado yo. No está bien que lo diga, pero ningún otro metalúrgico maneja el bronce con tanta habilidad —fanfarroneó mientras les mostraba los recargados anillos de ese material que poblaban sus dedos.

—Cierto. Muy cierto —dijo Kan mirando al fabricante con severidad. Cí observó cómo el rostro de éste perdía la sonrisa al contemplar la mirada de Kan.

Para evitar que los invitados comprometieran a Cí con nuevas preguntas, Kan se adueñó de la palabra. Le fue fácil continuar con el tema que parecía haber despertado un evidente interés.

—¡Todo en su punto! —Sonrió—. La sopa caliente, el arroz tibio y el jugo y las bebidas frías, a excepción del vino y el té. ¿Sabíais que es aconsejable ingerir más comida dulce en otoño, más salada en invierno, más ácida en primavera y más amarga en verano?

—Yo lo único que sé es que mi mujer me la amarga todo el año —contestó uno, provocando la chanza del resto.

Como si los hubieran espoleado, los contertulios se lanzaron a la conversación. Uno comentó que la carne de res era dulce y suave por naturaleza, de modo que se debía cocinar junto con comida amarga y ligera, pero otro prefirió hablar de los cinco licores.

—Los que maceran a los cinco animales. Espero que esta noche bebamos bien de ellos. —Y todos estuvieron de acuerdo.

Nada más decirlo, apareció un sirviente con cinco frascos de aguardiente de sorgo, cada uno conteniendo un bicho repulsivo. Cí distinguió un alacrán, un lagarto, un ciempiés, una serpiente y un sapo. Fue el único que no los probó.

Iban a brindar cuando Kan interrumpió a Cí.

—Ahí llega el embajador Jin. —Volvió a escupir.

Ninguno de los presentes se levantó.

Cí se giró hacia la puerta y lo divisó. El embajador caminaba delante de cuatro de sus oficiales. Sobre su tez parda, del color de la tierra sucia,

destacaban unos dientes relucientes, inusualmente blancos. A Cí se le asemejó a un chacal. El hombre avanzó hasta detenerse a cinco pasos de la mesa imperial. Al igual que sus oficiales, se arrodilló y se postró ante Ningzong. Luego hizo una seña a sus hombres para que entregaran unos presentes a Su Majestad Imperial.

—Malditos hipócritas —murmuró Kan—. Primero nos roban y ahora nos agasajan.

Cí observó que el embajador y sus oficiales tomaban asiento en una mesa cercana al emperador, sobre la que descansaba el plato preferido de los bárbaros: un enorme y completo cordero asado. Quizá por sus vestimentas no lo parecieran, pero su forma de devorar dejaba a las claras que eran unos salvajes.

Pese al interminable desfile de platillos, Kan ya no comió más. Por prudencia, Cí le imitó. En cambio, el resto de los comensales se concentraron en los postres que llenaban los tapetes de bambú. El licor pasaba de mano en mano derramándose sobre las rodajas de raíz de loto en almíbar, las rodajas de sandías y melones y los untuosos helados de frutas cuidadosamente emulsionados, los cuales, en su mayor parte, acabaron en medio de sus pecheras. Kan avisó a Cí de que, en cuanto comenzaran los fuegos de artificio, le indicaría la persona de la que sospechaba.

A Cí le dio un vuelco el corazón.

Instantes después, un nuevo toque de gong informaba a los invitados de que el emperador daba por concluido el banquete para continuar con el té y los licores en los jardines.

Todos se levantaron. Kan esperó a que los invitados con los que había compartido mesa dejaran de tambalearse antes de emprender camino. Cí tuvo que sujetar al fabricante de bronce.

—La noche se presenta prometedora —anunció Kan—. Salgamos a contemplar el espectáculo.

* * *

Nada más alcanzar la terraza, Cí comprobó que las familias continuaban separadas: los hombres junto a los licores, riendo y bebiendo en la balconada principal, y las mujeres comenzando a preparar el té ceremonial en las mesitas cercanas al estanque. El reflejo limpio de la luna acompañaba a los cisnes mientras los farolillos encendían la noche entre los pinos japoneses. Cí supuso que cuando llegase el momento de enfrentarse al sospechoso, la oscuridad se convertiría en su aliada. Le temblaban las manos, como si de algún modo presintieran que se acercaba una batalla. Sin embargo, Kan parecía tener ojos sólo para el fabricante de bronce, al cual no dejaba de vigilar. Cuando Cí le preguntó sobre el presunto asesino, el consejero le conminó a que aguardase.

Tras un rato conversando con varios desconocidos, Kan le avisó.

—Acompáñame. Vamos a tomar el té.

Pese a su grueso volumen, Kan bajó la escalinata con el sigilo de un gato y se internó en la oscuridad. Cí le siguió por la espesura, sorteando los distintos grupos que conversaban pausadamente junto a las mesitas.

Dejaron atrás unos macizos de flores y se dirigieron hacia la orilla del estanque. Allí, una jaula de mariposas repleta de luciérnagas iluminaba a un grupo alrededor de una tetera. Cí distinguió a hombres y mujeres que supuso ancianos y cortesanas, pues, de lo contrario, no compartirían mantel. Sin esperar a que le invitaran, Kan se arrodilló junto a ellos.

—No os importará que nos unamos...

La sonrisa de una mujer madura les dio la bienvenida.

—Estás en tu casa —musitó—. ¿Quién te acompaña?

Cí palideció ante la belleza serena de la mujer. Tal vez hubiera cumplido los cuarenta, pero no los aparentaba. Ella y Kan se conocían.

—Es Cí. Un nuevo ayudante. —El consejero se sentó junto a la mujer e hizo sitio al joven.

Cí examinó a los presentes. Cuatro hombres y seis mujeres, todos riendo distraídamente. Los hombres se veían añosos, pero sus cuidados modales y sus costosas vestimentas parecían compensar su ancianidad ante los ojos de las cortesanas. Éstas, a excepción de la mujer que acababa de recibirles, aparentaban ser muy jóvenes. Sin embargo, ninguna poseía la perfección de rasgos de la más madura. A los hombres los analizó de otra manera, imaginando que entre ellos debía de encontrarse el autor de los asesinatos.

Mientras la mujer que había hecho de anfitriona les servía una taza de té con la delicadeza de un suspiro, Cí escrutó los rostros de los presentes. El que tenía enfrente era un hombre nervudo, cuyos ojos semientornados por el alcohol mantenían una desagradable expresión lasciva, mirara a la joven que mirara. Imaginó que, de poder, las consumiría de un bocado

sin diferenciar su sabor, apurándolas igual que el cuenco de licor que degustaba. Los otros tres no parecían peligrosos. Tan sólo unos viejos borrachos que baboseaban ante la juventud de unas cortesanas que podrían haber pasado por sus nietas.

Bebió un sorbo de té y centró su vista en el primer hombre, quien, al advertirlo, le devolvió una mirada de desprecio.

—¿Qué miras? ¿Acaso eres un invertido? —le espetó.

Cí bajó los párpados. Debería haber intentado pasar inadvertido y, en vez de eso, se había puesto en evidencia.

—Pensé que le conocía —dijo por fin, y bebió otro sorbo de té.

Kan carraspeó. Le hizo un gesto que Cí no entendió.

Los hombres continuaron bebiendo licor mientras las cortesanas reían al sentir sus caricias bajo los vestidos. Cí comenzó a sentirse incómodo. No comprendía a qué esperaba Kan para tomar la iniciativa. Ni siquiera imaginaba lo que pretendía. Volvió a fijarse en su sospechoso. El hombre intentaba abrir el escote de la chica más joven, pero ésta se resistió.

—¡Estate quieta de una vez! —bramó el hombre al tiempo que la abofeteaba. Cí hizo ademán de impedirlo, pero el hombre se revolvió—. ¡Y tú! ¿Qué quieres?

Cí se alarmó. Pensó que el hombre se abalanzaría sobre él, pero Kan le hizo un gesto para que se tranquilizara.

—¿Cómo te atreves? —espetó la anfitriona al violento. Su voz sonó firme, imperativa. A Cí le sorprendió y al hombre le sublevó.

—¿Qué? —El hombre se dispuso a enfrentarse a la mujer. Cí tensó sus músculos, pero Kan le contuvo. La mujer sacó un frasquito de su regazo.

—Así no se conquista a una joven —le aconsejó ella en un susurro. Sirvió un poco del brebaje y se lo ofreció.

—¿Qué es? —gruñó el hombre mientras olía el contenido.

—Un vigorizante amatorio. Te vendrá bien.

El hombre pareció desconfiar. Luego apuró la bebida de un trago y de inmediato la escupió.

—¡Por todos los dioses! —rugió—. ¿Qué clase de porquería es ésta?

La mujer sonrió dejando a la vista una hilera de dientes perfectos.

—Zumo de gato.

Cí sonrió. En efecto, el zumo de gato era un vigorizante. De lo que Cí no estaba tan seguro era de que el procedimiento empleado para obtenerlo fuera de su agrado.

—Si alguna vez has estrujado una esponja, podrás imaginarlo —le explicó la mujer mientras le servía otro vaso—. Se coge un gato hermoso y se le rompen los huesos con un martillo teniendo cuidado de no aplastarle la cabeza para que aguante vivo. Se le deja reposar un poco y se le prende fuego al pelo. Luego se escalda y se sazona al gusto. Tras una hora de cocción, se cuele en una jarra y listo.

El hombre la miró desconcertado. Sus ojos bailaban con estupor, brillantes por el efecto del licor. No sabía qué hacer. Intentó balbucear algo, pero ni él mismo se entendió. Arrojó al suelo la escudilla de licor

que le ofrecía y se marchó soltando juramentos. Los otros hombres le siguieron como si le debieran obediencia, llevándose con ellos a las cortesanas.

Kan rompió a reír. Una vez que el resto de comensales hubo desaparecido, aprovechó para dirigir su atención a la anfitriona. Se limpió las manos y se sirvió té. Luego se volvió hacia Cí, cerciorándose de que le prestara atención.

—Cí, te presento a Iris Azul. La descendiente del general Yue Fei.

La mujer inclinó la cabeza mientras Cí enmudecía estupefacto. Luego vio algo en la claridad de sus ojos que le atemorizó.

CAPÍTULO 28

Para Cí, enterarse de que Iris Azul era la descendiente de Yue Fei fue como si de repente le hubieran sacudido la cabeza y luego se la hubieran vaciado a mazazos. Sin embargo, la mujer de ojos pálidos que le miraba con la delicadeza de una gacela, la anfitriona de exquisito peinado y vistoso *hanfu* de seda cuyos modales serenos rivalizarían con los de una soberana era para Kan la sospechosa de haber asesinado brutalmente a tres hombres.

Al instante, la turbadora belleza de Iris Azul cobró otra dimensión, y aunque la suavidad de sus palabras continuaba presente, los gestos afables que antes le habían seducido comenzaron a inquietarle.

Cí no sabía qué decir. Sólo acertó a balbucear un «encantado» y permaneció absorto contemplando sus rasgos serenos. Seguía siendo bella, pero en la hermosura de sus ojos creyó descubrir un velo de frialdad que parecía traicionarla. Recordó la engañosa calma del escorpión justo antes de lanzar su mortal ataque y se le encogió el estómago.

Mientras tanto, Iris Azul, ajena a sus cuitas, se interesó por el trabajo que desempeñaba Cí como ayudante de Kan. En esta ocasión el consejero se adelantó.

—Precisamente por eso quería presentártelo. Cí está elaborando un informe sobre los pueblos del norte y he pensado que tú podrías ayudarle. Aún sigues ocupándote de los negocios de tu padre, ¿no?

—En la medida de mis posibilidades. Desde que me casé, mi vida ha cambiado bastante. Pero, en fin, eso es algo que ya sabes... —Hizo una pausa—. De modo que trabajas sobre los Jin... —dijo dirigiéndose a Cí—. Entonces, estás de suerte. Podrás preguntarle a su embajador.

—No digas simplezas. El embajador está ocupado. Casi tanto como yo —intervino de nuevo Kan.

—¿En asuntos de faldas también?

—Iris... Iris... Siempre tan irónica. —Kan torció el gesto—. Cí no quiere las palabras vacías de un hombre entrenado en la mentira. El joven busca la verdad.

—¿El joven no tiene boca? —dijo Iris Azul. Cí advirtió en su tono un poso de provocación.

—Me gusta respetar a mis mayores —le respondió.

Cí comprobó que ella se daba por aludida y sonrió con malicia en la oscuridad. Luego miró a Kan buscando alguna respuesta. No comprendía las intenciones del consejero ni a dónde pretendía llegar. Además, comenzaba a advertir que la relación entre Kan e Iris Azul no resultaba tan idílica como había supuesto.

Esperaba una contestación cuando, de repente, una figura se recortó bajo la luz de los faroles. Cí creyó identificar al fabricante de bronce con el que habían coincidido durante la cena. Al reconocerle, Kan se levantó con dificultad.

—Si me disculpáis, he de resolver un asunto —dijo el consejero, y salió al encuentro del hombre.

Cí se mordió los labios. Seguía sin saber qué decir. Tamborileó sus dedos en la taza de té y luego se la acercó a su boca.

—¿Nervioso? —preguntó la mujer.

—¿Debería estarlo?

Por un momento, se le pasó por la cabeza que el té pudiera contener algún tipo de veneno y detuvo la taza. Lentamente, la separó de sus labios mientras echaba una ojeada disimulada a su interior. Luego contempló a la mujer. Le miraba de una forma extraña que no alcanzó a interpretar.

—De modo que respetar a los mayores... —insistió ella—. ¿Qué edad tienes?

—Veinticuatro —mintió, agregándose dos.

—¿Y qué edad supones que tengo yo?

A sabiendas de que la oscuridad le protegía, Cí la examinó sin sonrojo. Los destellos anaranjados de los faroles embellecían un rostro suavemente esculpido y atenuaban las leves marcas de expresión que los años parecían haberle regalado. Su pecho, del tamaño de las naranjas, se abultaba levemente bajo su *hanfu*, contrastando con una cintura escueta y

unas inusuales caderas prominentes. Le sorprendió que a ella no le incomodara su escrutinio. Sus ojos grisáceos, de un color que Cí jamás había contemplado, brillaban.

—Treinta y cinco. —Aunque había calculado algún año más, pensó que halagarla le ayudaría.

La mujer enarcó una ceja.

—Para trabajar junto a Kan hay que ser muy temerario o muy necio. Dime, Cí, ¿qué clase de persona eres tú?

A Cí le sorprendió la impertinencia de la mujer. Desconocía su posición, pero debía de sentirse muy segura para criticar a Kan ante un desconocido que en teoría trabajaba para él.

—Quizá sea el tipo de persona que no insulta a los recién llegados —le contestó.

La mujer torció el gesto y bajó la mirada. Cí presumió en ella un halo de arrepentimiento.

—Discúlpame, pero ese hombre siempre me ha enervado. —Derramó un poco de té al intentar servirse—. Sabe que no conozco tanto a los Jin como pretende, así que no me imagino cómo podría ayudarte.

—No sé. Tal vez podríais hablarme de vuestro trabajo. Es obvio que no sois un ama de casa —improvisó.

—Mi trabajo es tan vulgar como yo misma. —Bebió con desgana.

—A mí no me parecéis vulgar. —Cí carraspeó—. ¿A qué os dedicáis exactamente?

La mujer permaneció un momento callada, como si valorara contestar.

—Heredé un negocio de exportación de sal —dijo finalmente—. Las relaciones con los bárbaros siempre fueron difíciles, pero mi padre supo manejarse y estableció unos almacenes cerca de la frontera. Por suerte, y pese a las trabas del gobierno, prosperaron rápido. Ahora los manejo yo.

—¿Pese a las trabas?

—Es una triste historia. Y esto es una fiesta.

—Por lo que contáis, un oficio peligroso para una mujer sola...

—Nadie ha afirmado que lo esté.

Cí volvió a sorber té. Dudó qué decir.

—Kan mencionó algo sobre vuestro marido. Supongo que os referís a él.

—Kan habla demasiado. Y sí. Mi marido se ocupa de muchas cosas. — Su voz sonó amarga.

—¿Y dónde está ahora?

—Viajando. Lo hace a menudo. —Se sirvió un poco de licor—. Pero ¿a qué tanta pregunta sobre él? Pensé que quienes te interesaban eran los Jin.

—Entre otros asuntos —contestó Cí.

Cí advirtió que la situación se le escapaba de las manos. Sus dedos volvían a tabletear. Permaneció mudo comprobando que el silencio

dejaba de ser una leve incomodidad para convertirse en una pesada losa. Iris Azul pronto pensaría lo mismo. El tiempo jugaba en su contra, pero no sabía cómo avivar la conversación.

En ese momento la mujer se movió. Cí se fijó en la blancura de su antebrazo cuando lentamente sacó un abanico de su manga. Lo desplegó con la misma lentitud y lo empezó a aletear. Al poco de usarlo, a Cí le alcanzaron los efluvios de una fragancia intensa. Sus notas penetrantes se le antojaron extrañamente familiares.

—¿Esencia de Jade? —dijo Cí.

—¿Cómo?

—El perfume. Es Esencia de Jade —afirmó—. ¿Cómo lo habéis conseguido?

—Ese tipo de preguntas sólo se formulan a cierta clase de mujeres —sonrió con pena—, y provocan respuestas que sólo se devuelven a cierto tipo de hombres —añadió.

—Aun así —insistió.

Por toda respuesta, Iris Azul apuró su vaso de licor.

—He de irme —le dijo.

Cí iba a retenerla cuando una explosión les sorprendió. Alzó la cabeza. Sobre ellos, unas guirnaldas de luces destellaban en el cielo apagándose y encendiéndose. Brillos verdes y rojos iluminaban sus rostros en continuos estallidos de luz, como miles de soles naciendo en el firmamento.

—¡Los fuegos de artificio! —Cí se quedó admirado por las formas floridas que relampagueaban en el cielo—. Son preciosos. —Buscó la complicidad de Iris Azul, pero encontró su mirada ausente, perdida en la espesura—. Deberíais mirarlos —le aconsejó.

En lugar de dirigir la mirada al cielo, la mujer giró la cabeza hacia Cí. Sin embargo, su rostro no se alineó exactamente con el suyo. Tenía los ojos humedecidos por el resplandor de los fuegos. El joven advirtió que sus pupilas permanecían inmóviles ante los estallidos de luz.

—Ojalá pudiera —dijo.

Cí contempló cómo la mujer, ayudada por un bastón, se daba la vuelta y se alejaba.

Meneó la cabeza. Iris Azul, la nieta de Yue Fei, la asesina de la que sospechaba Kan, era absolutamente ciega.

* * *

De regreso a palacio, Cí escrutó a la multitud, entregada al espectáculo pirotécnico que continuaba sembrando el cielo de fulgor. Buscaba a Kan, pero no lo encontró. Miró en la balconada, en el Salón de los Saludos y en las salitas anexas con idéntico resultado. Bajó de nuevo a los jardines, pero tampoco estaba allí. Sin saber qué hacer, se dedicó a contemplar los fuegos hasta su completa extinción, hasta que en el aire quedó tan sólo una densa niebla con un profundo olor acre. Una niebla que le recordó el día en que su casa se derrumbó, acabando con su familia.

Volvió a pensar en su padre. No pasaba un día sin que lo hiciera.

Perdió la noción del tiempo sumido en sus pensamientos.

Sería más de medianoche cuando creyó descubrir la figura de Kan moviéndose tras los matorrales. Parecía que alguien le acompañaba. Se levantó y fue a su encuentro. Sin embargo, al distinguir a la persona con la que conversaba, se detuvo en seco. Era el embajador de los Jin. Cí se preguntó de qué hablarían tan efusivamente, ocultos en la espesura. No encontró respuesta. Estaba confuso. Quizá el licor ingerido no le dejaba pensar con claridad. Se dijo que haría bien en darse la vuelta y dirigirse a sus dependencias.

La cama parecía de piedra. Durmió a ratos, entre retortijones, hasta que un oficial le despertó agitándole como a una estera. El hombre le dijo que se levantara. Tenía orden de conducirlo a la habitación de los cadáveres.

—¡Ahora! —dijo sin miramientos mientras deslizaba el estor que cubría la ventana.

Cí se frotó los ojos. Creyó que la cabeza le iba a reventar.

—¿Pero aún no han enterrado los cuerpos? —Se tapó los ojos. La luz le molestaba.

—Ha aparecido otro. Esta mañana.

De camino al depósito, el oficial le informó de que habían encontrado el cuerpo cerca del palacio, al otro lado de las murallas. Cí preguntó si

alguien lo había examinado. El hombre contestó que en aquel mismo instante lo estaba reconociendo Kan junto a uno de sus inspectores.

Cuando Cí entró en la habitación de los cadáveres, Kan estaba inclinado sobre el cuerpo. El infortunado yacía sobre la mesa boca arriba, desnudo, y al igual que el eunuco, carecía de cabeza. Al advertir su presencia, el consejero de los Castigos le urgió a que se acercara.

—También decapitado —le indicó.

No hacía falta que se lo dijera. Se cubrió con un delantal y echó un vistazo rápido. Como de costumbre, el inspector que acompañaba a Kan se había limitado a reflejar en su informe aspectos superficiales como la enumeración de las heridas y el color de la piel. Al carecer de rostro, el inspector no se había atrevido a aventurar una edad.

Tras leer el informe, Cí solicitó permiso para practicar el examen.

Lo primero que le llamó la atención fue la herida del cuello producida por la decapitación. Al contrario que en el caso del eunuco, el corte se veía sucio, con desgarros, por lo que dedujo que el asesino no había dispuesto del tiempo necesario para realizarlo con tranquilidad. La abierta en el pecho era menos profunda que las halladas en los otros cadáveres. Apuntó sus observaciones y continuó la exploración. En el cuello, a la altura de la nuca, se apreciaban unos rasguños longitudinales que descendían hasta los hombros. Enseguida se dirigió al dorso de las manos, hallando el mismo tipo de escoriaciones. Por último, examinó los tobillos, en los que encontró las marcas que esperaba. Se lo hizo saber a Kan.

—Los arañazos se originaron durante el traslado del cadáver, al ser sostenido por los pies y arrastrado sobre la espalda —los señaló—.

Obviamente, estaba aún vestido, o de lo contrario los arañazos se habrían extendido hasta las nalgas.

Cogió unas pinzas, extrajo restos de la tierra que permanecía adherida a las uñas y a la piel y los depositó en un pequeño frasco que taponó con un trozo de tela. Luego intentó flexionar los brazos y las piernas por sus coyunturas, encontrando que la rigidez cadavérica aún se hallaba en su fase inicial. Estimó que su muerte habría tenido lugar hacía menos de seis horas.

De repente, se detuvo. Aún le dolía la cabeza, pero creyó distinguir un aroma con claridad.

—¿No lo oléis? —olfateó.

—¿El qué? —se extrañó Kan.

—El perfume.

De inmediato, Cí acercó la nariz al cráter excavado entre los pezones. Luego se incorporó mientras fruncía los labios. No le cabía duda. Era Esencia de Jade. El mismo aroma que perfumaba a Iris Azul la noche anterior. Ocultó a Kan su descubrimiento.

—¿Dónde están sus ropas? —preguntó.

—Apareció desnudo —respondió el consejero.

—¿Y no se encontró nada junto a él? ¿Ningún objeto? ¿Nada que lo identificara?

—No. Nada.

—Están los anillos... —intervino el inspector.

—¿Los anillos? —Cí miró extrañado a Kan.

—¡Ah, sí! Los había olvidado. —Carraspeó. Se acercó a una mesita y se los mostró. Cí se quedó pasmado.

—¿No los reconocéis? —preguntó Cí.

—No. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque son los anillos que llevaba el fabricante de bronce con el que cenamos anoche en la recepción.

* * *

Cuando se quedaron solos, Cí expresó a Kan sus reparos sobre la implicación de Iris Azul.

—Por el Gran Buda, consejero, ¡esa mujer es ciega! —espetó.

—¡Esa mujer es un diablo! —le aseguró Kan—. O si no, dime, ¿cuánto tiempo tardaste en advertir que no veía? ¿Cuánto tiempo te mantuvo engañado?

—¿Pero de veras os imagináis a una invidente serrando cabezas y arrastrando cuerpos?

—¡No seas necio! ¡Nadie ha hablado de que sea ella quien los descuartice! —Su semblante se endureció.

—¡Ah! ¿No? ¿Entonces, quién?

—¡Si lo supiera no estaría aquí soportándote! —bramó, y desperdigó todo el instrumental de Cí de un manotazo.

Cí sintió cómo la sangre invadía su rostro. Tomó aire y suspiró profundamente. Luego recogió los utensilios que habían rodado por el suelo.

—Mirad, excelencia, todos sabemos que hay muchas clases de asesinos. Pero descartemos por un momento a aquellos que no piensan en matar: gente normal que un día pierde la razón durante una disputa o sorprende a su mujer en los brazos de otro. Esas personas cometen una locura que en su sano juicio jamás habrían ni imaginado y acarrearán con las consecuencias durante toda su vida. —Terminó de colocar su instrumental—. Y ahora pensemos en los otros: en los asesinos de verdad, en los monstruos.

»En este grupo encontramos distintos tipos. Por un lado, están los que actúan impulsados por la lujuria, seres insaciables como tiburones. Por lo general, sus víctimas son mujeres o niños. No se conforman con matarlos: primero los profanan y destrozan, y después los masacran. Por otro lado, están los violentos, los viscerales: hombres irascibles capaces de destruir una vida a la mínima por el motivo más absurdo, como tigres apaciblemente dormidos que te devorarían por rozarles un bigote. También están los iluminados: los que fanatizados por ideales o por sectas cometerían la más execrable de las barbaries, igual que un perro de presa entrenado para pelear. Por último, encontraríamos a los más extraños: los que disfrutaban con el placer de matar. Este tipo de asesino no

puede compararse a ningún animal, porque el mal que anida en él le hace infinitamente peor. Y ahora, decidme, ¿en qué grupo clasificaríais a esa mujer? ¿En los lujuriosos? ¿En los coléricos? ¿En los dementes?

Kan miró a Cí de soslayo.

—Muchacho, muchacho... Te aseguro que no pongo en duda tu habilidad con los huesos, con las armas o con los gusanos. ¡Adelante! ¡Por mí puedes hasta escribir un libro y dar luego charlas en el mercado! —bramó—. Pero, con toda tu sabiduría, has olvidado a una especie fundamental, sanguinaria como pocas, inteligente, pausada. Has desdeñado a la serpiente: es capaz de aguardar agazapada el momento propicio, hipnotizar a su víctima y descargar de un latigazo su mordedura ponzoñosa. Hablo de aquellos que actúan movidos por el veneno de la venganza. O lo que es lo mismo: por un odio tan atroz que les corrompe las entrañas. Y te aseguro que uno de ellos es Iris Azul.

—¿Y con qué los hipnotiza? ¿Con sus ojos muertos? —espetó.

—¡No hay mayor ciego que el que no quiere ver! —Descargó un puñetazo sobre la mesa—. Te obcecas en tus absurdos conocimientos prácticos y desdeñas el sentido común. Ya te he dicho que utiliza a cómplices.

Cí prefirió silenciar que le había visto conversar a escondidas con el embajador de los Jin, a sabiendas de que un enfrentamiento con Kan no le conduciría a nada. Así pues, optó por cambiar la estrategia.

—De acuerdo. Entonces, ¿quién la ayuda en sus asesinatos? ¿Su marido, tal vez?

Kan miró hacia la puerta tras la que aguardaba el inspector.

—Salgamos fuera —sugirió.

Cí guardó su instrumental y siguió a Kan mientras se maldecía por su fortuna. A cada instante que pasaba confiaba menos en él. No entendía por qué Kan le había ocultado el detalle de los anillos y, menos aún, que tras revelarles que el asesinado era el fabricante de bronce no hubiera hecho un solo comentario. Máxime considerando que, probablemente, el consejero habría sido la última persona que había hablado con la víctima. Una vez en el exterior, Kan le condujo hasta las proximidades del estanque donde habían celebrado la fiesta la noche anterior. Frunció el ceño y miró a Cí.

—Olvida a su marido. Le conozco desde hace tiempo y sólo es un anciano cabal cuya única estupidez fue casarse con esa arpía. —Hizo una pausa—. Más bien pienso en su sirviente. Un mongol de cara de perro que se trajo del norte.

Cí se frotó la barbilla. Aparecía un nuevo personaje.

—Y si es así, ¿por qué no le detenéis?

—¿Cuántas veces habré de repetírtelo? —gesticuló—. Porque estoy convencido de que tiene más cómplices. Una única persona sería incapaz de acometer estos atroces crímenes y cuanto ellos esconden.

Cí se mordió la lengua. Estaba harto de ese gran misterio del que, al parecer, todos sabían y nadie le podía explicar. En el supuesto de que las sospechas de Kan fuesen ciertas, ¿por qué no hacía que siguieran al mongol? Y en el caso de que ya lo hubiera ordenado, ¿qué absurdo papel jugaba él en la investigación? La única explicación era que todo consistiese en una gran mentira planeada por el propio Kan. Sin embargo, había algo que no le cuadraba: el perfume encontrado en los

cadáveres. No le cabía duda de que Kan, con su indudable poder, podía haberse apropiado de una partida para acusar a Iris Azul, pero lo que no entendía era que, si ese perfume pertenecía en exclusiva a las concubinas del emperador, pudiera usarlo Iris Azul.

Cuando le preguntó a Kan cómo era posible que una mujer de su posición actuara de anfitriona de cortesanas, éste no lo dudó.

—¿No te lo dijo ella? —se extrañó—. Iris Azul fue una *nüshi*. La favorita del emperador.

* * *

Una *nüshi*... Por esa razón, Iris Azul ejercía de intermediaria entre los nobles y las *flores*: porque conocía el arte del cortejo como si de una sacerdotisa del placer se tratara.

—Al emperador le complace tratar bien a sus invitados y, siempre que puede, invita a Iris Azul —masculló Kan—. Esa mujer es puro fuego, y aún hoy, pese a sus años, te aseguro que te consumiría.

Kan le contó que, pese a su ceguera, las noticias sobre su belleza habían traspasado las murallas de palacio cuando reinaba el antiguo emperador. El entonces soberano no lo dudó. Ordenó que compensaran a su familia y la condujeran a su harén.

—Entonces, era una niña, pero yo mismo vi cómo hechizó al emperador. El padre de Ningzong olvidó al resto de sus concubinas y se obsesionó con ella, disfrutándola hasta la extenuación. Cuando la

enfermedad se apoderó de los miembros del soberano, la nombró *nüshi* imperial. Aunque ya sólo era un anciano achacoso, ella siguió ocupándose de que copulara con mayor frecuencia con las mujeres de menor rango y, una vez al mes, con la reina. Conducía a las concubinas a la alcoba real, les entregaba el anillo de plata que debían ponerse en la mano derecha antes de entrar, las desnudaba, las perfumaba con Esencia de Jade y presenciaba la consumación del acto. —Kan pareció imaginarlo—. Aunque no puede ver, decían que disfrutaba mirando.

Le contó que, a la muerte de su padre, Iris Azul abandonó su puesto de *nüshi* con la anuencia del nuevo emperador. A pesar de su ceguera, manejó con mano de hierro los negocios que había heredado antes de contraer matrimonio con su actual marido, al que también hechizó.

—Tiene algo que enloquece a los hombres. Embrujó al emperador, ha embrujado a su marido, y si no tienes cuidado, también te embrujará a ti —añadió.

Cí meditó las palabras de Kan. Él no era una persona que creyese en hechicerías, pero lo cierto era que no podía quitarse a Iris Azul del pensamiento. Aquella mujer tenía algo que la diferenciaba del resto y que no sabía explicar. Sacudió la cabeza intentando razonar. Aún quedaba pendiente el asunto del fabricante de bronces, así que se lo hizo saber a Kan.

—Anoche, cuando lo dejé, parecía nervioso —contestó el consejero—. Le pregunté sobre la nueva aleación en la que estaba trabajando y de la que no paraba de presumir. Ya te darías cuenta de que era un fanfarrón, pero no me imagino quién querría matarle.

—¿Ni siquiera Iris Azul? —preguntó Cí.

—Eso tendrás que averiguarlo tú.

CAPÍTULO 29

«Si no tienes cuidado, también te embrujará a ti».

Cí pensó que tal vez Kan acertara con su vaticinio sobre Iris Azul, porque algo en aquella mujer le atraía como una pulsión. Quizá fuera la suficiencia que mostraba pese al quebranto de su ceguera, quizá la imposibilidad de que apreciara sus cicatrices o quizá el temple mostrado ante los envites de Kan, pero, fuera lo que fuese, en su mente parecían haber anidado sus grisáceos ojos ciegos, su rostro delicadamente ovalado y la profundidad de su voz serena. Y por más que intentara arrinconarlos, sólo conseguía arraigarlos más.

Cuando quiso advertirlo, había desperdiciado casi toda la mañana. Sacudió la cabeza. Necesitaba centrarse en la investigación. Sobre todo, porque se aproximaba el regreso de Astucia Gris, y la información que éste trajese de Fujian podría conducir a su propia ejecución.

Determinó trabajar por partes.

En primer lugar, se centró en el hombre del retrato. Tenía su imagen, pero nada más. En un principio había supuesto que el dibujo le ayudaría a identificarlo, pero ante la ausencia de nuevas pruebas, preguntar uno por uno a los dos millones de habitantes que poblaban Lin'an resultaría una tarea imposible, y éste era un problema que debía resolver. Se mesó los cabellos mientras clavaba la vista en el boceto, como si su sola contemplación fuera capaz de proporcionarle una solución. Después de un rato se preguntó cuál sería el origen de la miríada de cicatrices que salpicaban su cara. No parecían las secuelas de una enfermedad, así que sólo restaba la posibilidad de un accidente. Pero en ese caso, ¿cuál? No encontró respuesta. Sin embargo, parecía claro que, fuera lo que fuese lo que hubiera ocasionado las heridas, éstas le habrían provocado un grave dolor. Y, en tal supuesto, ese mismo dolor le habría conducido a buscar ayuda en algún dispensario u hospital.

Se sorprendió a sí mismo por lo acertado de su reflexión. ¡Eso era! ¡Lo tenía! El número de hospitales y dispensarios a los que podría haber acudido era limitado y el médico que lo hubiera atendido seguramente recordaría haber tratado a un paciente con la cara marcada por un patrón de laceraciones tan inusual.

De inmediato, solicitó a Bo que iniciara el dispositivo de búsqueda, instándole a que durante el tiempo que se prolongara le reportara las novedades que se fueran produciendo y emplazándole a que, en cuanto tramitara los preparativos, regresara a sus aposentos para salir de palacio.

Una vez ultimado el asunto del retrato, pasó a ocuparse del cadáver del desfigurado, del que conservaba la mano que le había cercenado. Sacó el miembro de la cámara de conservación y lo volvió a inspeccionar. Por fortuna, el hielo había hecho su trabajo y se conservaba en un estado similar al momento en el que lo había seccionado. El carcomido

blanquecino parecía un colador cuyo fondo hubieran perforado cientos de agujas. La corrosión de la piel afectaba a todos los dedos y se extendía por la palma y el dorso, como si su presencia obedeciera al efecto de algún ácido con el que hubiera trabajado. En días anteriores había confeccionado una lista con oficios tan dispares como los de tintorero de sedas, cantero, blanqueador de papel, cocinero, lavandero, pintor de fachadas, calafateador o químico, lo que constituía un panorama desalentador. Debía acotar la búsqueda. Además de todo eso, le quedaba inspeccionar el lugar donde habían encontrado el cuerpo del fabricante de bronces y visitar su taller, pero lo inmediato era trasladar el miembro cercenado para preguntar en la Gran Farmacia de Lin'an.

Los ayudantes de Bo hubieron de emplearse a fondo para dispersar la interminable turba de enfermos, lisiados y heridos que les impedían el acceso al establecimiento. Dentro, Cí se vio desbordado por una avalancha de curiosos que se abalanzaron sobre el mostrador en cuanto sacó la mano amputada de la cámara de conservación. Una vez apartados los mirones, Cí colocó el miembro mutilado frente a unos dependientes, que temblaban como si temiesen que en cualquier momento las manos cercenadas pudieran llegar a ser las suyas. Las palabras de Cí no consiguieron tranquilizarlos.

—Sólo pretendo que examinéis el miembro con atención y me digáis si habéis prescrito algún tratamiento para un padecimiento así.

Tras examinar la extremidad muerta, los dependientes se miraron extrañados, pues lo que para Cí aparentaba ser una enfermedad que requería tratamiento, para ellos no pasaba de ser una simple erosión. Cí no se conformó. Colocó la mano amputada sobre el mostrador y demandó la presencia del encargado, asegurándoles que no se irían hasta que aquél apareciera. Pasados unos instantes, acudió un hombre rechoncho de aspecto despistado, ataviado con un mandilón y un gorro

rojos. Al examinar el miembro amputado se mostró bastante sorprendido, pero, aun así, ofreció a Cí la misma respuesta que le habían dado sus subordinados.

—Nadie pediría un tratamiento para algo tan vulgar.

Cí apretó los puños. Aquellos hombres no se estaban esforzando.

—¿Y puede saberse por qué estáis tan seguro? —reclamó.

Por toda respuesta, el hombre puso sus manos junto a la extremidad cercenada.

—Porque yo padezco esa misma corrosión.

* * *

Cuando Cí se recuperó de su desconcierto, comprobó que, en efecto, la erosión de las manos del encargado era prácticamente un calco de la que presentaba la mano amputada. Hubo de esforzarse para poder continuar.

—¿Pero cómo...? —balbuceó.

—Es la sal. —Le mostró bien sus manos—. Los marineros, los mineros, los que salan pescados y carnes para conservarlos... Todos los que trabajamos diariamente con la sal, tarde o temprano, acabamos con las manos picadas. Yo mismo la empleo a diario para preservar mis

compuestos, pero no es una afección grave. No creo que a ese desgraciado fuera preciso amputarle la mano —ironizó.

A Cí la apostilla no le hizo ninguna gracia. Introdujo de nuevo el miembro en la cámara de conservación, les agradeció su ayuda y abandonó la Gran Farmacia de Lin'an.

* * *

Se le abría una puerta y se le cerraba otra. El hecho de descartar la presencia de un ácido como el causante de la corrosión eliminaba varios oficios, pero la irrupción de la sal añadía otros tantos o más. La cuarta parte de Lin'an vivía de la pesca, y aunque de esa cuarta parte, sólo una fracción abandonaba el río Zhe para faenar en alta mar, si se le añadían los trabajadores de los almacenes de conservas y los tratantes de sal, la cifra de sospechosos superaría con creces los cincuenta mil. Así pues, sus esperanzas residían en un último detalle: la diminuta llama ondulada tatuada bajo el pulgar. Bo le aseguró que se ocuparía de su identificación.

Aún tenía pendiente la visita al taller del broncista, un trámite en el que había depositado grandes esperanzas y del que esperaba obtener pruebas concluyentes. Encargó a los ayudantes que llevaran la cámara de conservación a palacio, instruyéndoles para que reemplazaran el hielo nada más llegar, y en compañía del oficial se encaminó hacia los barrios portuarios del sur de la ciudad.

Cuando llegaron a la dirección que le había suministrado Kan, Cí palideció. Frente a él, donde hasta el día anterior se levantaba el taller de bronces más importante de la ciudad, ahora sólo quedaba un desolador paisaje de horror y destrucción. Los rescoldos aún crepitaban entre el cementerio de vigas abrasadas, madera quemada, metal derretido y ladrillos amontonados. Parecía que un ejército de fuego hubiera arrasado el taller hasta sus cimientos, dejando un rastro de humeante desolación.

Cí recordó el incendio que había asolado su casa de la aldea. Creyó respirar incluso el mismo olor.

De inmediato se dirigió hacia la multitud de fisgones en busca de testigos que pudieran informarle sobre lo sucedido. Unos vecinos le hablaron de un fuego voraz que había empezado de madrugada, otros mencionaron grandes ruidos al derrumbarse la construcción y varios más lamentaron que la tardanza del cuerpo de bomberos hubiera permitido que las llamas se propagasen a los talleres contiguos, pero nadie aportó ningún dato que, más allá de la confusión, resultara relevante. Afortunadamente, un muchacho de aspecto avisado que deambulaba por los alrededores se ofreció a suministrarle información de primera mano por tan sólo diez *qián*. El chico parecía un esqueleto con piel, por lo que Cí añadió a su demanda un puñado de arroz hervido que adquirió en un puesto cercano. Entre bocado y bocado, el muchacho le contó que un ruido había precedido al incendio, pero fue incapaz de aclarar nada más. Cí ya iba a marcharse, decepcionado, cuando el joven le sujetó por el brazo.

—Pero sé de alguien que lo vio.

Le confesó que un compañero del sindicato de pedigüños pernoctaba desde hacía años en uno de los cobertizos del taller.

—Es cojo. Por eso nunca se aleja del lugar que tiene asignado para mendigar. Cuando llegué esta madrugada, lo encontré ahí atrás — señaló—, escondido como una rata en una madriguera. Parecía que hubiera visto al dios de la muerte. Me dijo que debía escapar. Que si lo encontraban, le matarían.

—¿Que le matarían? —Cí abrió los ojos como platos—. ¿Quiénes?

—No lo sé. Os digo que estaba aterrado. En cuanto amaneció, aprovechó la confusión para perderse entre la multitud. Hasta dejó sus cosas aquí. —Señaló una esquina en la que descansaba un platillo para pedir y una jarra de cerámica—. Cogió su muleta y desapareció.

Cí aún se lamentaba por aquella contrariedad cuando el jovenzuelo le sorprendió.

—Pero, señor, si os interesa, puedo encontrarle.

—¿A quién? —Cí estaba confuso.

—¡A mi amigo el cojo!

Cí intentó encontrar en la mirada del jovenzuelo algún destello de sinceridad que compitiera con el de su codicia. No lo halló.

—Muy bien. Tráemelo y te recompensaré.

—Señor, estoy enfermo. Y tengo mis necesidades. Si he de buscarle, no podré mendigar...

—¿Cuánto? —Frunció los labios.

—Le costará... diez mil *qián*. ¡Cinco mil! —se corrigió.

Cí meneó la cabeza en señal de desaprobación. Sin embargo, no tenía muchas más opciones. Fijó de nuevo su mirada en la del pedigüeño. No sabía qué pensar. Se maldijo mientras le pedía las monedas a Bo, pero el oficial se las negó.

—Desaparecerá y no volverás a verlo —le advirtió.

—¡El dinero! —insistió Cí, a sabiendas de que Kan le había instruido para que satisficiera los gastos que precisara. El hombre meneó la cabeza en señal de desaprobación y se lo entregó.

Cí comenzó a desgranar monedas mientras los ojos del jovenzuelo refulgían como si contemplase una montaña de oro. Sin embargo, éstos se apagaron al comprobar que Cí se detenía al alcanzar la cifra de quinientos *qián*.

—El resto lo tendrás cuando me traigas a tu amigo. Para él también habrá otros tantos. —Y le devolvió la sarta a Bo. El jovenzuelo ya se daba la vuelta cuando, esta vez, fue Cí quien le aferró—. ¡Y te lo advierto! Si no tengo noticias tuyas, haré que te expulsen del sindicato y pagaré para que te muelan a palos.

Le dijo su nombre y la forma de localizarle. Luego el joven desapareció entre la muchedumbre.

Antes de emprender el regreso, Cí husmeó entre las ruinas del taller con la esperanza de encontrar algún indicio, pero sólo halló moldes de terracota destrozados, instrumentos de forja derretidos y hornos derrumbados que a sus ojos significaban lo mismo que un texto para un analfabeto. Curiosamente, no aparecieron objetos de bronce ni depósitos de cobre y estaño, cosa que atribuyó al efecto de la rapiña. Pidió a Bo que consiguiera una relación de los obreros que hubieran trabajado en el

taller en los últimos meses y le encargó que se ocupara de que todos los restos, a excepción de los ladrillos y las vigas, fueran trasladados al palacio.

—No importa lo destrozados que estén. Que identifiquen cada pieza antes de cargarlas en cajas y que se haga constar en ellas el lugar en el que fueron encontradas.

—A Kan no le agrada que conviertas el palacio en un basurero — objetó.

Cí no le contestó. Simplemente, esperó a que Bo tramitara su petición. De camino a su siguiente gestión, Cí se preguntó si los miembros del cuerpo de bomberos en los que Bo había delegado serían de confianza. Aunque albergaba serias dudas, le tranquilizó saber que la ausencia de objetos de valor no tentaría a los encargados del traslado.

De regreso a palacio se detuvieron en el lugar donde habían descubierto el cadáver del metalúrgico. Cí se felicitó por el hecho de que siguiera de guardia el mismo centinela que había encontrado el cuerpo. El hombre, una montaña de granito, le ratificó que, en efecto, el cadáver apareció decapitado y desnudo justo en aquel mismo sitio, al pie de la muralla. Cí examinó los rastros de sangre que aún permanecían sobre la calzada de piedra, sacó su cuaderno de notas y trazó un esbozo con un carboncillo, procurando representar lo mejor posible la forma del reguero. Le preguntó al centinela si durante su turno permanecía siempre en el mismo lugar o, por el contrario, efectuaba rondas periódicas.

—Cuando suena el gong, nos desplazamos trescientos pasos al oeste, regresamos y andamos otros trescientos en sentido opuesto. Luego volvemos y esperamos hasta el siguiente aviso.

Cí asintió. Echó un último vistazo por los alrededores antes de insistir al centinela en si recordaba algo que le hubiese llamado la atención. Tal y como imaginaba, el hombre contestó que no.

No le importó demasiado. Había descubierto lo suficiente como para avanzar en la investigación.

* * *

Durante la inspección a los jardines imperiales, Cí tomó diversas muestras de tierra. Una vez en sus aposentos, sacó los pañuelos del frasco en el que había guardado los restos de tierra que halló bajo las uñas y en la piel del fabricante de bronces y lo dejó sobre la mesa. Las cuatro muestras recogidas momentos antes resultaban bastante diferentes entre sí: la procedente de las inmediaciones del estanque se veía húmeda, prensada y negruzca, al contrario que la extraída del bosque, más suelta, de un tono pardo y con restos de pinochas. La tercera, recogida junto a los pies de la balconada, estaba compuesta por diminutos fragmentos de piedrecitas machacadas. Por último, la encontrada en la zona lindante con la muralla mostraba un aspecto amarillento y untuoso, probablemente debido a la alta concentración de la arcilla empleada como argamasa para la construcción del recinto. Lentamente, cogió el frasco en el que conservaba los restos extraídos del cadáver y los colocó junto al montoncito procedente de la muralla.

Coincidían.

Devolvió la muestra del cadáver a su frasco y etiquetó las otras cuatro.

El resto de la tarde lo empleó en repasar sus anotaciones. Apenas descansó. Astucia Gris regresaría pronto y el tiempo se le escapaba igual que un chorro de agua entre las manos. Al anoecer, lanzó todas las notas al suelo. Aunque aún aguardaba los resultados del retrato, que había enviado a dispensarios y hospitales, y quedaba pendiente el interrogatorio de los trabajadores del taller de bronce, no albergaba demasiadas esperanzas. Su idea respecto a la pica había fracasado y la única alternativa que había barajado, la existencia de una ballesta modificada capaz de disparar con la suficiente potencia un punzón de semejante calibre, carecía de fundamento. ¿Por qué querría alguien crear una flecha pesada y maciza, incapaz de volar grandes distancias? ¿Qué propósito tendría transformar un arma casi perfecta en otra más grande y pesada, más difícil de transportar, de cargar y de manejar? Y lo más inexplicable: ¿qué sentido tendría que el asesino empleara siempre un arma tan aparatosa para acabar con sus víctimas?

Era obvio que su hipótesis resultaba tan necia como dar por sentado que una ciega fuera incapaz de matar a un hombre.

A pesar de sus dudas, no había descartado la implicación de Iris Azul en los asesinatos. El vínculo de la *nüshi* con Esencia de Jade, pese a resultar circunstancial, no dejaba de situarla junto a cada una de las evidencias y, en palabras de Kan, a Iris Azul le sobraban motivos para odiar al emperador. Un odio arraigado en lo más profundo de su ser que el propio padre de Iris Azul se había encargado de alimentar con la leyenda de los agravios sobre su abuelo Yue Fei.

Pensó en la *nüshi*. De hecho, no había dejado de hacerlo desde la noche que la conoció. Porque aunque le disgustara admitirlo, había algo más; algo que trascendía los asesinatos; algo que no alcanzaba a comprender y, mucho menos, controlar. No entendía por qué no dejaba de recordarla; por qué rememoraba su voz cálida, grave y sinuosa; por qué se recreaba

en sus ojos pálidos pero sin vida; por qué cada vez que acudía a su pensamiento se le encogía el corazón. Además, pese al riesgo que suponía el regreso de Astucia Gris, pese al peligro que le acarrearía el fracaso en las investigaciones y pese a que la razón le urgía a preparar una alternativa, se negaba en redondo a considerar la huida. Había apostado demasiado como para planteárselo siquiera. Rozaba con los dedos su anhelo de alcanzar la judicatura. El emperador se lo había prometido y, por grandes que resultaran las dificultades, era lo que siempre había ambicionado; el sueño que el juez Feng le había inculcado.

A Feng se lo debía todo. Si cerraba los ojos, podía rememorar al hombre que le había acogido desde su adolescencia y que le había enseñado cuanto sabía. Y si permanecía con ellos cerrados, podía contemplarse a sí mismo frente a la figura de su padre, mostrándole el título de juez que él había sido incapaz de conseguir.

Se preguntó qué habría sido del juez Feng. Desde que lo buscara meses atrás, cuando pensó en él como último recurso para salvar a su hermana, no había vuelto a intentar localizarle.

¿Qué podía hacer? Descartado Ming, tal vez fuera Feng la única persona en la que poder confiar. Pero, por mucho que pretendiera ignorarlo, seguía siendo un fugitivo. No tenía derecho a arrastrarle con él al precipicio de la deshonra. Por eso decidió renunciar a su búsqueda y continuar las pesquisas solo.

Unos golpes al otro lado de la puerta le despertaron de su ensoñación. Abrió y se encontró con Bo. El oficial acudía para informarle de que el traslado de los restos recuperados en el taller de bronce había comenzado y de que la dama Iris Azul había hecho llegar a palacio su deseo de reunirse con él al día siguiente en el Pabellón de los Nenúfares.

—¿Conmigo? —se asombró.

Cí mostró a Bo su preocupación por el hecho de que una mujer casada recibiera a un extraño en ausencia de su marido, pero el oficial le tranquilizó argumentándole que su esposo ya había regresado y también estaría en el pabellón. En cualquier caso, Cí no pudo evitar un escalofrío. Las reglas de comportamiento obligaban a las mujeres a permanecer escondidas mientras sus esposos actuaban como anfitriones, pudiendo aparecer en silencio sólo para servir el té o los licores. Pero resultaba obvio que aquellas normas no afectaban a la *nüshi*.

Cí no pudo dormir en toda la noche, pero soñó que le arrullaba la voz de Iris Azul.

* * *

Amaneció tan agotado como si hubiera arado una montaña. No era la primera vez que los nervios le traicionaban, pero lamentó que le hubieran atacado aquella noche porque deseaba causar una buena impresión a Iris Azul. Aunque por su ceguera ella no pudiera apreciarlo, Cí decidió engalanarse con el atavío que le habían confeccionado para la recepción del embajador. Sin embargo, unos libros olvidados sobre el traje de gala habían transformado la seda en lo más parecido a un papel arrugado, de modo que cuando se contempló ante el espejo se sintió escandalosamente ridículo. Después de estirarse la pechera sin éxito, se perfumó con unas gotas de esencia de sándalo. Luego repasó las anotaciones que había apuntado durante la noche sobre la historia de los

Jin y se marchó en persecución de un corazón que caminaba varios pasos por delante.

El Pabellón de los Nenúfares estaba ubicado junto a otros similares en el interior del Bosque del Frescor, el perímetro amurallado anexo al conjunto palaciego en el que se alojaban los altos cargos imperiales. Cí no encontró problemas para franquear la zona de la muralla que comunicaba ambos recintos. Luego sólo hubo de seguir el camino empedrado cercado por cipreses que le había indicado Bo.

Poco antes de la hora convenida se detuvo frente al reluciente pabellón, un edificio de dos alturas escoltado por un jardín de limoneros que le intimidó. Sus aleros curvados hacia el cielo aparentaban el vuelo de las grullas, orgullosos de pertenecer a una vivienda que gozaba de la protección del emperador. Se colocó bien el gorro y comprobó con desagrado que las arrugas de su pechera continuaban presentes. Hizo un último intento por alisarlas que las dejó aún peor.

Iba a llamar a la puerta cuando ésta se abrió inesperadamente. Detrás, un sirviente mongol se inclinó ante él y le invitó a pasar. Cí lo siguió hasta un luminoso salón cuyas deslumbrantes paredes rojas brillaban tanto que parecían recién barnizadas. Continuó bajo la luz que se filtraba a través de los ventanales hasta distinguir, sentada de espaldas en un extremo de la estancia, la figura de una mujer ataviada con un *hanfu* holgado de color turquesa y el cabello recogido con una ancha cinta de seda. Cuando el sirviente anunció la presencia del invitado, la mujer se levantó y se volvió hacia él. Cí se sonrojó al saludarla. A la luz del día, Iris Azul resultaba aún más cautivadora. Intentó controlar sus emociones. Miró a su alrededor buscando la figura de su marido, pero no la encontró. Tan sólo apreció las maravillosas antigüedades que adornaban cada rincón de aquel salón.

—Volvemos a vernos —dijo él, y de inmediato carraspeó al advertir lo desafortunado de su comentario.

Iris Azul sonrió. Sus dientes eran una invitación a la lujuria. Observó que el *hanfu* se le entreabría, dejando a la vista la turgencia de uno de sus pechos. Sin reparar en su ceguera, Cí apartó la mirada, temeroso de que ella le descubriera. La mujer le invitó a que se sentara. Sin esperar a que él aceptara, comenzó a servirle una taza de té. Sus manos acariciaron la tetera con una suavidad que Cí ambicionó.

—Os agradezco vuestra invitación —acertó a decir.

Ella inclinó la cabeza en señal de cortesía. Luego se sirvió a sí misma con igual delicadeza mientras le preguntaba por la recepción del embajador. Cí conversó con amabilidad, si bien evitó mencionar el asesinato del fabricante de bronce. Luego se hizo un silencio que a Cí no le incomodó. Sus ojos la contemplaban absorto, como si cada movimiento de Iris Azul, cada pestañeo o cada respiración le sacudiera los sentidos. Apartó la vista. Al sorber el té, Cí percibió en sus labios el burbujeo del agua hirviente y, para simular normalidad, se quejó.

—¿Qué sucede? —preguntó Iris.

—Nada. Me quemé un poco —mintió.

—Lo siento —se disculpó ella, azorada. De inmediato, humedeció a tientas un pañuelo con el que calmarle la quemadura. Al hacerlo, sus dedos rozaron los labios de Cí, que temblaron de vergüenza.

—No es nada. Sólo me asusté. —Se separó de ella—. ¿Y vuestro marido? —se interesó.

—Vendrá pronto —dijo con el rostro tranquilo, sin asomo de rubor—. ¿De modo que te alojas en palacio? Para ser un simple consejero, parece un privilegio fuera de lo común...

—Tampoco es común que una dama de vuestra categoría no tenga los pies vendados —contestó sin pensar en un intento de desviar la conversación. La mujer escondió los pies bajo el largo *hanfu*.

—Quizá te parezca detestable, pero gracias a ello no soy una inválida total. —Su semblante se endureció—. Una costumbre moderna que, por fortuna, mi padre rechazó.

Cí lamentó su falta de tacto. De nuevo enmudeció.

—Llevo poco en palacio —dijo por fin Cí—. Kan me ha invitado unos días, pero lo cierto es que espero irme pronto. Éste no es mi lugar.

—¿No? ¿Y cuál es?

Pensó qué responder.

—Me gusta el estudio.

—¿Sí? ¿Qué tipo de estudio? ¿Los clásicos? ¿La literatura? ¿La poesía?

—La cirugía —respondió sin meditarlo.

Un gesto de aversión borró la belleza del rostro de Iris Azul.

—Tendrás que disculparme, pero no entiendo qué interés puede albergar abrir un cuerpo —se asombró—. Y menos aún, qué tiene que ver eso con tu trabajo como consejero de Kan.

Cí empezó a lamentar su propia indiscreción. Temió que la invitación de Iris Azul, en lugar de suponerle una ayuda, obedeciera a su propio interés, así que se prometió mostrarse más cauto, recordando que se enfrentaba a la sospechosa de un comportamiento criminal.

—Los Jin poseen unos hábitos alimenticios distintos a los nuestros, unos hábitos que provocan la presencia de algunas enfermedades y la ausencia de otras. Ése es el objeto de mi investigación y la causa de que ahora me encuentre aquí. Pero, decidme, ¿a qué debo el honor de vuestra invitación? La otra noche no parecíais muy dispuesta a hablar de los Jin.

—Las personas cambian —ironizó mientras le servía un poco más de té—. Pero, desde luego, no es ésa la razón. —Le sonrió como si pudiera verle—. Si quieres que te sea sincera, me interesó tu comportamiento de la otra noche, cuando defendiste a la cortesana frente a la violencia de aquel energúmeno. Es algo inusual entre los hombres de palacio. Y me sorprendió.

—¿Y por eso me invitasteis?

—Digamos que simplemente... me apeteció.

Cí sorbió el té para disimular su embarazo. Nunca antes una mujer le había hablado de tú a tú. Su sonrojó aumentó cuando la *nüshi* se inclinó y se le abrió de nuevo el *hanfu*. Desconocía si Iris Azul era consciente de sus movimientos, pero, aun así, miró hacia otro lugar.

—Bonitas antigüedades —dijo por fin.

—Quizá para quien pueda apreciarlas. No las colecciono por mí, sino para complacer a cuantos me rodean. Es el espejo de mi vida —sentenció.

Cí percibió la amargura de sus palabras, pero no supo qué decir. Iba a preguntarle sobre su ceguera cuando escuchó cierta algarabía en el exterior.

—Debe de ser mi marido —le informó.

Iris Azul se levantó sosegadamente y esperó que la puerta se abriera. Cí la imitó. Observó que a la mujer se le ceñía el vestido.

Al fondo del pasillo, Cí divisó la figura de un hombre entrado en años. Le acompañaba Kan y ambos charlaban animadamente. El anciano llevaba en sus brazos unas flores que Cí supuso que regalaría a Iris Azul. El desconocido saludó a su mujer desde la entrada y celebró que ya hubiera llegado el invitado. Sin embargo, cuando avanzó lo suficiente como para contemplar a Cí, sus brazos flojearon y las flores se cayeron al suelo.

El anciano no consiguió articular palabra. Tan sólo se quedó de pie, mirándole incrédulo, igual que Cí a él mientras la sirvienta se apresuraba a recoger las flores que les separaban. Al ver que ninguno reaccionaba, Iris Azul se adelantó.

—Amado esposo, tengo el gusto de presentarte a nuestro invitado, el joven Cí. Cí, os presento a mi marido, el honorable juez Feng.

CAPÍTULO 30

Cí permaneció de pie frente al juez, paralizado. Feng tan sólo balbuceó. Cuando por fin se sobrepuso, el juez hizo ademán de preguntarle algo, pero el joven se le adelantó.

—Honorable Feng. —Se inclinó ante él.

—¿Qué haces tú aquí? —acertó a pronunciar el juez.

—¿Os conocéis? —intervino Kan, sorprendido.

—Sólo un poco... Hace años mi padre trabajó para él —se apresuró a contestar Cí. El joven advirtió que Feng no terminaba de comprender. Sin embargo, el anciano tampoco le desmintió.

—¡Excelente! —aplaudió Kan—. Entonces, todo resultará más fácil. Como te venía comentando —se dirigió a Feng—, Cí me está ayudando en la elaboración de unos informes sobre los Jin. Pensé que la experiencia de tu esposa podría beneficiarnos.

—¡Y pensaste bien! Pero sentémonos y celebremos este encuentro —les invitó Feng, aún azorado—. Cí, te suponía en la aldea, dime, ¿qué tal sigue tu padre? ¿Y qué te ha traído por Lin'an?

Cí bajó la cabeza. No le apetecía hablar de su padre. En realidad, no le apetecía hablar de nada. Le avergonzaba la posibilidad de haber llevado la deshonra a Feng y, más aún, de haber deseado a su mujer. Intentó evitar la conversación, pero el juez insistió.

—Mi padre murió. Se derrumbó la casa. Murieron todos —resumió Cí—. Vine a Lin'an pensando en los exámenes... —De nuevo bajó la mirada.

—¡Tu padre, muerto! ¿Pero por qué no viniste a verme? —Asombrado, pidió a Iris que sirviera más té.

—Es una larga historia —intentó zanjar Cí.

—Pues eso vamos a remediarlo —repuso Feng—. Kan me ha comentado que te estás alojando en palacio, pero ya que has de trabajar con mi esposa, te propongo que te traslades aquí. Si Kan no se opone, por supuesto...

—Al contrario —dijo Kan—. ¡Me parece una propuesta excelente!

Cí quiso rechazar la invitación. No podía traicionar a quien consideraba como su padre. En cuanto regresara Astucia Gris se descubriría que era un fugitivo y su deshonra salpicaría a Feng. Pero el juez insistió.

—Ya verás. Iris es una excelente anfitriona y recordaremos viejos tiempos. Estarás feliz aquí.

—De verdad, no quiero molestar. Además, tengo todos mis útiles y mis libros en palacio y...

—¡Menudencias! —le interrumpió—. Ni yo me lo perdonaría ni tu padre me perdonaría que te dejara marchar. Daremos orden de que trasladen tus pertenencias para que puedas alojarte de inmediato.

Hablaron de asuntos intrascendentes mientras Cí oía sin escuchar. Tan sólo miraba el rostro de Feng, curtido por las arrugas. Le hería el corazón la sola idea de permanecer bajo el mismo techo que él, así que suspiró con alivio cuando Kan se levantó para dar por terminada la reunión y solicitar que le acompañara. Feng e Iris les siguieron hasta la puerta.

—Hasta pronto —se despidió Feng.

Cí le devolvió el saludo, rezando para que en realidad fuera un «hasta nunca».

* * *

De camino a palacio, Kan se congratuló por la fortuna de aquel encuentro.

—¿No lo entiendes? —Se frotó las manos—. ¡Tendrás la oportunidad de conocer los secretos de esa mujer! ¡De indagar sin que ella se entere! ¡De seguir a su sirviente mongol!

—Con todos mis respetos, excelencia. La ley prohíbe taxativamente que un investigador se aloje en el domicilio de un sospechoso.

—La ley... —escupió—. Esa norma sólo pretende impedir que el investigador sea corrompido por los familiares, pero si éstos desconocen que están siendo investigados, difícilmente podrán corromper a nadie. Además, tú no eres juez.

—Lo siento —le atajó—. Seguiré investigando si así lo deseáis, pero no me alojaré en casa de esa mujer.

—¿Pero qué necedades dices? ¡Ésta es una ocasión única! ¡Ni a propósito la habría ideado mejor!

Cí estaba convencido de ello porque el gesto de Kan era el de un depredador. Intentó disuadirle, argumentando que no podía traicionar la confianza del hombre que había sido amigo de su padre. Deshonraría a su padre, al juez Feng y a sí mismo, y eso era algo que no se podía permitir.

—¿Y por esa confianza dejarás que su propia mujer le conduzca a la ruina? Tarde o temprano saldrá a la luz su perfidia, alcanzará a Feng y lo abatirá como a una marioneta.

—¡Muy bien! Pues si tanto os importa el porvenir de Feng, detenedla entonces —replicó.

—¡Maldito necio! —Su rostro cambió—. Ya te he explicado que necesitamos saber quiénes son sus cómplices. Si la detuviera ahora, escaparían antes de que la tortura nos proporcionase sus nombres. Además, hay mucho más en juego que el honor de un pobre anciano: está en liza el futuro del emperador.

Cí pensó bien lo que iba a decir. Sabía que podía costarle la vida, pero no lo dudó.

—Obrad como queráis, pero no lo haré. No antepondré el futuro del emperador al del juez Feng.

Kan atravesó a Cí con la mirada. El consejero no dijo nada, pero el joven paladeó en su garganta un indescriptible temor.

* * *

De regreso a su habitación, Cí comprendió que había llegado el momento de escapar. Si se apresuraba, aún podría conseguirlo. Sólo debía llamar a Bo y encontrar una excusa para que le acompañara más allá de las murallas. Luego, al primer descuido, se escabulliría y huiría de Lin'an para siempre. Llamó a un sirviente y encargó que avisaran al oficial.

Mientras recogía sus pertenencias, tuvo tiempo para lamentarse. Sabía que jamás se le volvería a presentar una ocasión así. Había rozado su sueño con los dedos y ahora debía dejarlo escapar para siempre. Se acordó de su hermana pequeña, de su inocente carita de melocotón. Recordó la pérdida de su familia, sus deseos de llegar a ser juez y de demostrar al mundo que existían otras formas de investigar y buscar la verdad. Eso también iba a perderlo. Ahora, lo único que podía hacer era conservar su dignidad.

Cuando escuchó la llamada a la puerta, se guardó la tristeza, y cogió una pequeña talega en la que metió sus libros de notas. Afuera aguardaba Bo, al que explicó que le necesitaba para que le acompañara de nuevo al taller del bronceista. Bo no sospechó nada. Salieron del

palacio y se dirigieron hacia las murallas. Cí temía que en cualquier momento un brazo desconocido le sujetara por la espalda. Aligeró el paso. Cuando se disponían a cruzar la primera muralla, un centinela les dio el alto. Cí apretó los dientes mientras Bo mostraba los salvoconductos, que el centinela examinó con parsimonia. Luego miró a Cí con detenimiento mientras comprobaba las credenciales. Tras unos instantes de duda, les franqueó el paso que comunicaba con la segunda muralla. Avanzaron. En el siguiente control, otro centinela volvió a detenerles. Bo repitió la operación mientras Cí aguardaba mirando hacia otro lado. El guardia le observó con el rabillo del ojo. Cí se mordió los labios. Era la primera vez que le ponían reparos. Aspiró con fuerza y aguardó. Al poco, el centinela regresó con los salvoconductos en la mano. Cí intentó cogerlos, pero el guardián los retuvo.

—Están firmados por el consejero de los Castigos —le observó Cí de mala gana.

Al centinela no pareció intimidarle.

—Sígueme a la torreta —le ordenó.

Cí obedeció. Al entrar, dio un respingo. Dentro aguardaba Kan. El consejero se levantó, cogió las credenciales que le ofrecía el centinela y las arrugó sin mirarlas.

—¿A dónde ibas? —preguntó Kan. Su rostro destilaba desdén.

—Al taller del bronceador. —Cí sintió el galopar de su corazón—. Hay una pista que necesito investigar. Me acompaña Bo —añadió.

Kan enarcó una ceja. Aguardó antes de preguntar.

—¿Qué clase de pista?

—Una —balbuceó Cí.

—Puede que sea cierto... O puede, como sospecho, que hayas considerado la necia posibilidad de escapar. —Hizo una pausa y sonrió—. Por si fuera ése el caso, quiero advertirte de que sería muy descortés que lo hicieras sin despedirte de tu maestro Ming. Está en las mazmorras. Detenido. Y ahí seguirá hasta que accedas a alojarte en el pabellón de Feng.

* * *

Cuando Cí vio el estado en el que se hallaba Ming, la rabia le devoró. El hombre yacía en un camastro roto, con el rostro impávido y la vista perdida. Al advertir la presencia de Cí, intentó levantarse para saludarle, pero sus piernas se lo impidieron. Las tenía amoratadas, maceradas a bastonazos. El profesor balbuceó, dejando a la vista en su boca un hueco sanguinolento.

—Esos bárbaros... me golpearon —alcanzó a decir.

Cí no tenía elección. Abogó para que fuera atendido y trasladado a otro lugar. Luego le aseguró a Kan su colaboración.

* * *

Varios sirvientes le ayudaron a transportar sus pertenencias hasta el Pabellón de los Nenúfares. Cuando se retiraron, Cí admiró con tristeza su nueva habitación. Era una estancia amplia desde la que se divisaba el jardín cuajado de limoneros. El aroma de los árboles inundaba cada rincón, convirtiéndolo en un paraíso de frescor. Dejó sus cosas y salió al encuentro del juez Feng, que aguardaba afuera rebosante de satisfacción. Cuando llegó a su altura, Cí se inclinó para cumplimentarle, pero Feng lo acogió entre sus brazos antes de que terminara su reverencia.

—¡Muchacho! —Le alborotó el pelo con entusiasmo—. ¡Cuánto me alegro de tenerte entre nosotros!

Al calor de un delicioso té negro, Feng se interesó por las circunstancias que habían rodeado la muerte de su padre. Cí le narró la pérdida de su familia, sus vicisitudes en la ciudad, su encuentro con el adivino, la trágica desaparición de su hermana, su ingreso en la Academia Ming y su posterior llegada a palacio, pero evitó los detalles referentes a su fuga y al motivo de su presencia en aquella habitación. Feng le escuchaba boquiabierto, como si no diera crédito a sus palabras.

—Pero todas esas penalidades... ¿por qué no trataste de buscarme? —le preguntó.

—Lo intenté. —Pensó en confesarle su condición de fugitivo. Finalmente, bajó la mirada—. Señor, no debería estar aquí. Yo no soy digno de compartir...

Feng lo detuvo poniendo un dedo sobre sus labios. Le aseguró que ya había sufrido lo suficiente como para discutir qué era o no lo conveniente. Celebraba haberle encontrado y compartiría sus cuitas con la misma voluntad que sus alegrías. Cí enmudeció. El remordimiento le

atenazaba la garganta. Permaneció en silencio hasta que Feng le preguntó por los exámenes.

—Querías presentarte, ¿no es así?

Cí asintió. Le contó que había intentado conseguir el certificado de aptitud, pero que le había sido denegado a causa del comportamiento deshonesto de su padre. Sus ojos se humedecieron.

Feng bajó la cabeza con tristeza.

—De modo que te has enterado —se lamentó—. Nunca quise contártelo. Fue algo muy desagradable. Ni siquiera cuando en la aldea te preguntabas por el cambio de actitud de tu padre, cuando me preguntaste por qué se negaba a regresar a Lin'an, me atreví a decírtelo. —Se mordió los labios—. En aquel momento ya tenías bastantes complicaciones con la detención de tu hermano. Pero tal vez ahora pueda ayudarte. Tengo influencias y quizá ese certificado...

—Señor, no quiero que hagáis nada por mí que pueda perjudicaros.

—Sabes cuánto te he apreciado siempre, Cí. Y ahora que has aparecido, quiero que formes parte de esta familia para siempre.

Le habló sobre su esposa, Iris Azul.

—Nos conocimos al poco de vuestra marcha. Lo cierto es que las cosas no fueron fáciles. Las habladurías nos acompañaban allá donde íbamos, pero puedo asegurarte que junto a ella he encontrado la felicidad.

Cí observó a la *nüshi* de reojo. La mujer descansaba en el jardín, mirando plácidamente al infinito. La luz bañaba su sedoso cabello negro, recogido en un moño que dejaba al descubierto un cuello firme y terso.

Entonces apartó la vista como si estuviera a punto de robar un bocado prohibido y sorbió té para esconder su rubor. Cuando terminó, solicitó a Feng permiso para retirarse a sus habitaciones. Le dijo que debía estudiar y Feng se lo concedió. Ya se marchaba cuando el juez le detuvo para obsequiarle con un dulce de arroz. Cí lo aceptó avergonzado. Al girarse escuchó de nuevo la voz templada de Feng.

—Cí.

—¿Sí, mi señor?

—Gracias por quedarte. Me haces muy feliz.

Cí se dejó caer sobre la cama de plumas y contempló la riqueza que se exhibía a su alrededor. En cualquier otra circunstancia habría disfrutado de la situación, pero en aquel instante se sentía igual que un perro salvaje acogido por un amo al que devoraría en cuanto tuviera oportunidad.

Sus ojos se nublaron al mismo tiempo que su entendimiento. Pero ¿qué podía hacer? Si desobedecía a Kan, el consejero de los Castigos ejecutaría a Ming con la frialdad de quien aplasta a una babosa. En cambio, si accedía a sus deseos, traicionaría a Feng. Se metió un pastelillo de arroz en la boca y le supo a hiel. Fue incapaz de tragarlo. Lo escupió con asco, como si lo que le amargara fuera su propia alma. Quizá no mereciera la pena vivir así.

No supo durante cuánto tiempo se martirizó, culpándose por el daño que iba a infligir a la única persona que le había ayudado de verdad.

Afuera, la luz de los ventanales comenzaba a apagarse, igual que sus esperanzas.

Pensó en todos los asesinados: el eunuco Suave Delfín, un invertido elegante y sensible amante de las antigüedades; el hombre de las manos corroídas, relacionado de algún modo con el comercio de la sal; el joven del retrato, con el rostro picado de heridas y aún sin identificar; el fabricante de bronce, cuyo taller ardió casualmente la misma noche en la que fue decapitado... Nada tenía sentido, al menos en lo que afectaba a Iris Azul. Porque aunque la mujer realmente quisiera perjudicar al emperador, ¿por qué razón mataría a cuatro individuos sin relación aparente entre ellos? O, planteado de otra forma, ¿de qué manera afectaban aquellas terribles muertes al emperador? Al fin y al cabo, y pese a la similitud entre todos los asesinatos, ni siquiera tenía la certeza de que hubieran sido cometidos por la misma persona.

Meditó hasta bien avanzado el crepúsculo y siguió haciéndolo tras simular unas molestias en el estómago que le permitieron eludir la cena. Luego, cuando el cansancio le venció, cerró los ojos y a su mente acudió Iris Azul. Lo hizo sin pretenderlo, pero eso no evitó que se sintiera como un indeseable. Por más que lo intentó, no pudo apartarla de su pensamiento.

A la mañana siguiente se levantó antes que sus anfitriones. Necesitaba comprobar que Ming se hallaba bien. Agradeció a los sirvientes el desayuno y, tras notificarles que regresaría para comer, partió hacia las mazmorras.

Encontró a Ming en una celda convertida en un estercolero, en la que la humedad, los restos podridos de comida y los excrementos convivían con las ratas que emergían de las cloacas. La ira le abrasó las entrañas. El maestro yacía tumbado, quejándose de las llagas que laceraban sus

piernas. Cí exigió a gritos una explicación al centinela, pero éste mostró la misma piedad que un matarife en su trabajo. El joven lo maldijo al tiempo que le arrebatava una jarra de agua y se agachaba junto a Ming para confortarle. De inmediato, se despojó de su camisola y con ella le enjuagó la sangre reseca de sus labios. Las heridas de sus piernas tenían mal aspecto. Cí tembló. Quizá en un hombre joven los bastonazos podrían curar rápido, pero en Ming... No sabía bien qué hacer. Intentó tranquilizarle, pero en realidad él estaba más nervioso que su maestro. Finalmente, le aseguró que le sacaría de allí. Ming sonrió sin convicción, dejando entrever sus encías ensangrentadas.

—No te esfuerces. Los afeminados nunca hemos sido del agrado de Kan —ironizó.

Cí maldijo al consejero. Lamentó que Ming se encontrara en aquella situación por su culpa. Le confesó lo delicado de la situación debido al chantaje al que Kan le estaba sometiendo y le prometió que haría cuanto estuviera en su mano para salvarlo.

Ming asintió.

—Es como dar palos de ciego. ¿De qué me sirve seguir pistas si desconozco el móvil que guía al asesino? —se quejó amargamente.

—¿Has considerado la venganza?

—Es lo que me sugirió Kan. Pero, por todos los dioses, ¡si sospecha de una ciega! —Le detalló la situación de la *nüshi*.

—¿Y acaso no podría tener razón?

—Por supuesto que podría tenerla. Esa mujer dispone de tal fortuna que podría contratar a un ejército. ¿Pero por qué habría de hacerlo? Si lo que desea es vengarse, ¿por qué asesinar a unos desgraciados?

—¿Y no hay otros sospechosos? ¿Algún enemigo de los muertos?

—Ya no sé qué pensar. El eunuco no tenía enemigos. Su única obsesión era el trabajo.

—¿Y el fabricante de bronce del que me has hablado?

—Quemaron su taller. Lo estoy investigando.

Ming intentó incorporarse, pero un latigazo de dolor lo devolvió al suelo.

—Siento no poder ayudarte, Cí. En mi estado... Pero quizá puedas hacer algo por mí. —Sacó una llave que pendía de su cuello—. Cógela. Es de mi biblioteca. Hay una falsa portezuela sobre la última estantería. —Un temblor le sacudió—. Allí guardo los secretos de mi vida, pequeñas cosas que me han acompañado: algunos libros, dibujos, poesías, recuerdos... Objetos sin valor que para mí significan mucho. Si me sucediera algo, no quiero que nadie los encuentre. Pregunta por Sui. Él te dejará entrar.

—Pero, señor...

—Prométeme que los rescatarás y los enterrarás a mi lado.

—Nada de eso será necesario.

—Prométemelo —le urgió.

Cí se mordió los labios. Se lo prometió en voz alta, pero para sus adentros añadió algo de su cosecha: si su maestro Ming moría, Kan no tardaría en acompañarlo.

Su siguiente destino fue el despacho de Kan, al que accedió gracias a su sello. No esperó a que el centinela le anunciara. Simplemente, empujó la puerta e irrumpió. Sorprendió a Kan volcado sobre unos papeles que recogió a toda prisa. Sus ojos se cubrieron de ira, pero los de Cí lo hicieron aún más. No permitió que el consejero hablara.

—O sacáis ahora mismo a Ming de esa cloaca o revelo a Iris Azul todos vuestros manejos —le desafió.

Al escucharle, Kan pareció respirar tranquilo.

—¡Ah! ¿Es eso? Pensé que ya le habrían trasladado —disimuló.

Cí percibió en Kan el hedor de la mentira.

—Si no lo sacáis, se lo contaré. Si no mejora, se lo contaré. Y si muere...

—¡Y si él muere, será porque tú no has cumplido tu trabajo y entonces moriréis los dos! —le atajó—. Déjame decirte algo, muchacho: hasta ahora tus pesquisas han satisfecho al emperador, pero, desde luego, a mí no. Tus oportunidades se van agotando al mismo ritmo que mi paciencia y te aseguro que no bromeo si te digo que ésta es muy, muy escasa. De modo que olvídate de lo que le pueda pasar a ese degenerado y vuelve de una vez a tu trabajo si no quieres acabar como él. —Kan se dio la vuelta, confiado.

Cí no se movió.

—¿Es que no me has oído?! —gritó Kan al darse cuenta de que seguía allí.

—Cuando trasladéis a Ming —le desafió.

El consejero desenfundó un puñal del cinto y en un vertiginoso movimiento lo situó en la yugular de Cí. El joven percibió la presión del metal. A cada latido, el acero acariciaba el contorno azul de su vena, pero él ya había tomado una decisión. Contaba con que si Kan hubiera querido matarlo, hacía tiempo que lo habría ordenado.

—Cuando trasladéis a Ming —repitió.

Sintió que el filo del cuchillo vibraba por la rabia. Finalmente, Kan lo retiró.

—¡Guardia! —bramó. De inmediato, entró el centinela—. Disponed lo necesario para que el prisionero Ming sea atendido de sus heridas y trasladado a este edificio. En cuanto a ti —acercó su grueso rostro hasta rozar el de Cí—, dispones de tres días. Si en tres días no has encontrado al asesino, un asesino te encontrará a ti.

* * *

Nada más abandonar el despacho de Kan, Cí halló el aire que le faltaba. Aún se preguntaba cómo se había atrevido a desafiar de aquella forma al consejero, pero no tenía tiempo para responderse. El plazo dado por Kan coincidía aproximadamente con la fecha de regreso de Astucia Gris. Apretó los puños hasta enterrarse las uñas. Si quería salvar a Ming,

su única salida pasaba por encontrar al asesino, aunque ello supusiera traicionar al juez Feng.

En compañía de Bo, regresó a las mazmorras para comprobar que se cumplían las órdenes de Kan. Allí, cuatro sirvientes acompañados de un médico atendieron a Ming y lo trasladaron en unas parihuelas. Una vez satisfecho, acordó con Bo acercarse a la sala en la que habían depositado los objetos encontrados en el taller del broncista.

Al entrar en el almacén, pudo comprobar que el lugar no era mejor que el estercolero donde habían encerrado a Ming. Tan sólo era más grande y acumulaba más suciedad. Pateó un trozo de madera chamuscada y apartó unos atizadores de hierro. Quienes hubieran efectuado el traslado de los enseres no sólo habían olvidado etiquetar su procedencia, sino que los habían dejado acumulados en un altillo y desperdigados por el suelo. Bo se disculpó ante Cí y le ayudó a organizar el material. Primero separaron todos los objetos de metal. Luego el oficial se encargó de clasificar las maderas y Cí de numerar los moldes. Sin embargo, lo que en principio se le había antojado una tarea sencilla acabó convirtiéndose en un quebradero de cabeza. En la mayoría de los moldes, los fragmentos de terracota y cerámica eran tan numerosos y pequeños que la sola idea de reconstruirlos le parecía inalcanzable, pero los diferentes tonos de las arcillas, modificados por el calor de la fundición, le permitieron individualizar cada una de las piezas.

Estaba a la mitad del trabajo cuando de repente encontró un trozo que le sorprendió.

—Olvidad los hierros. ¿Habéis visto esto? —le enseñó el fragmento a Bo—. Es distinto a los demás.

Bo contempló el trozo de terracota verduzca con el mismo entusiasmo que si le hubiera enseñado cualquier otra piedra.

—¿Qué es? —acertó a decir.

—¡Busquemos más!

Entre ambos localizaron un total de dieciocho fragmentos que, por su aspecto, parecían formar parte de la misma horma. Cuando Cí se cercioró de que no había más, los guardó en un paño que introdujo en un saco aparte. Bo le preguntó el motivo, pero cuando iba a contestarle, Cí receló de él. Para evitar sospechas, le dijo que hiciera lo mismo con el resto de los moldes mientras él terminaba de examinar los artículos de metal. Al llegar la hora del almuerzo, dejó de disimular y se despidió de Bo para regresar al Pabellón de los Nenúfares con el saco a la espalda.

Nada más llegar a su habitación, sacó los fragmentos para proceder a su recomposición. Por comparación con el resto de los moldes, le había llamado la atención no sólo su tono olivino, sino también su uniformidad, lo que a su juicio denotaba un uso muy escaso. Sin embargo, tal razonamiento contradecía el sentido de un molde, ya que éstos se construían con el fin de reproducir numerosas piezas seriadas. La conclusión a la que llegó fue que aquella matriz sería relativamente nueva. Había comenzado a combinar los trozos cuando advirtió que desde el quicio de la puerta una figura le contemplaba.

—La mesa está dispuesta —anunció Iris Azul.

Cí carraspeó y de inmediato recogió las piezas como si le hubieran sorprendido robándolas. Cuando las escondía bajo la cama comprobó que la mujer miraba al vacío mientras su silueta se recortaba al contraluz

como un laúd bellamente tallado. Le agradeció el aviso y la siguió hacia el salón, donde Feng ya aguardaba.

Durante la comida, Feng reveló a Iris Azul el vínculo que le unía a Cí.

—Tendrías que haberlo conocido: de mozuelo era un manojo de nervios, ¡y listo como el hambre! —aseguró—. Su padre trabajaba para mí, así que lo tomé a él como ayudante. Recuerdo que, según acababa la escuela, ya estaba en la puerta aguardando a que iniciara la ronda para acompañarme en mis investigaciones. —Su rostro se iluminó—. Me volvía loco con sus preguntas y sus discusiones... ¡Y por el viejo Confucio! ¡Había que explicárselo todo! Nunca se conformaba con un simple «porque sí».

Cí sonrió. Rememoró aquella época como la mejor de su vida.

—Te he echado de menos, muchacho —se sinceró Feng—. ¿Sabes, Iris? Además de resultar un ayudante imprescindible, con el tiempo Cí se convirtió casi en el hijo que nunca pude tener. —Su mirada se tiñó de tristeza—. Pero olvidemos las penas. ¡Ahora está con nosotros! —Sonrió—. Y eso es lo que importa.

—Nunca fui tan bueno —se sonrojó Cí.

—¿Tan bueno? —se enervó Feng—. ¡Eras el mejor! Nada que ver con los ayudantes que te precedieron. Todavía recuerdo el caso de tu aldea.

—¿Qué sucedió? —se interesó Iris Azul.

—Nada en particular. —Cí carraspeó, incómodo al recordar el delito de Lu y su trágico final—. El mérito correspondió a Feng.

—¿Cómo que nada en particular? ¡Deberías haberlo presenciado! Ocurrió en su aldea natal. Cí descubrió el cadáver de un tal Shang. Estábamos atascados. Ningún sospechoso y ni una sola pista ante un crimen pavoroso. Pero Cí no se dio por vencido y me ayudó hasta que encontré la prueba que necesitaba.

Cí rememoró el instante en que Feng espantó las moscas que volaron hasta posarse sobre la hoz de su hermano y cómo, a raíz de aquella circunstancia, el juez dedujo su implicación en el asesinato.

—No me extraña que Kan le haya contratado —repuso Iris Azul—, aunque es curioso que el motivo sean los Jin. Según me dijo, lo que le interesaba de ellos eran sus costumbres alimenticias.

—¿De veras? —Feng miró a Cí extrañado—. No sabía que te dedicaras ahora a esos menesteres. Pensé que tu trabajo tendría más que ver con tu habilidad como *wu-tso*.

Cí se atragantó al oírle, aunque se apresuró a culpar al vino de arroz. Mencionó de pasada que había estudiado a los bárbaros del norte en la Academia Ming. Por fortuna, Iris Azul no pareció reparar en ello.

—¿Y qué os separó? —preguntó la mujer—. Quiero decir: ¿por qué dejó de ser tu ayudante?

—Un hecho luctuoso —contestó Cí—. Mi abuelo falleció, y mi padre se vio obligado a solicitar la excedencia que exige el luto. Dejamos Lin'an y emigramos a la aldea, a la casa de mi hermano. —Miró a Feng, temiendo que éste ampliase las explicaciones que hacían referencia al comportamiento deshonroso de su padre. Sin embargo, el juez permaneció callado—. El pollo está delicioso —añadió, intentando desviar la atención.

Durante el resto de la comida, Feng le habló a Cí de su ascenso y su mudanza al Pabellón de los Nenúfares. El juez le confesó que todo se lo debía a Iris Azul.

—Desde que la conocí, mi vida es otra. —Acarició la mano a su esposa. Por toda respuesta, ella la retiró.

—Voy a pedir más té.

Cí observó cómo Iris Azul se levantaba y se encaminaba hacia las cocinas sin ayudarse del curioso bastón rojo que siempre la acompañaba. No podía dejar de pensar en su piel. Feng también la miró.

—Nadie diría que es ciega. —Sonrió orgulloso—. Podría recorrer hasta el último rincón de la casa sin tropezar y estaría de vuelta antes que tú.

Cí asintió mientras contemplaba alejarse su figura. Se sentía como un auténtico traidor. Los remordimientos le devoraban. Sopesó confesarle la verdad a Feng o, al menos, parte de ella. Necesitaba hacerlo para no reventar.

Aprovechó el íterin para hablarle de Kan, pero antes hizo jurar a Feng que mantendría el secreto de cuanto le confiase.

—Incluida Iris Azul —añadió.

Feng lo juró por el alma de sus difuntos.

Entonces Cí le contó su huida de la aldea y su condición de fugitivo y le habló de Astucia Gris. Luego se extendió en el asunto de los extraños asesinatos que estaba investigando, aprovechando para detallarle cada una de las muertes y cuanto había averiguado. Cuando acabó con los aspectos truculentos, le aseguró que Kan estaba persuadido de que todo

era un complot contra el emperador. Obviamente, omitió sus sospechas sobre Iris Azul.

Al escucharlo, Feng se asombró.

—Pero todo esto es increíble... Veré en qué puedo ayudarte. Y respecto ese joven a quien temes... Astucia Gris, no te preocupes. Cuando regrese de Fujian, hablaré con él y todo se aclarará.

Cí le miró a los ojos. El rostro de Feng rebosaba confianza y él estaba a punto de traicionarle. El estómago se le encogió. Iba a confesarle que el verdadero motivo de su presencia en el Pabellón de los Nenúfares obedecía a la presunta implicación de su esposa cuando Iris Azul volvió.

—El té.

Feng le sonrió. Hizo sitio en la mesa y se apresuró a sostenerle la bandeja para que se acomodara. Luego ella les sirvió con suavidad, acariciando la tetera. Cí la contempló absorto. Sus movimientos tranquilos le cautivaban. Sorbió el líquido al tiempo que Feng, y después ella les imitó. En ese instante, Feng se levantó como si le hubiera sacudido un rayo.

—¡Lo había olvidado! —exclamó y salió apresurado hacia su cuarto. Al poco regresó con unos papeles—. Toma, Cí. —Se los dio—. Son tuyos.

Cí se chupó los dedos antes de limpiárselos con un paño, cogió los impresos, extrañado, y los leyó con detenimiento.

—Pero esto... —balbuceó mientras miraba incrédulo a Feng.

Feng asintió.

Cí volvió a revisar el certificado de aptitud que necesitaba para optar a los exámenes. En él no constaba mención alguna al comportamiento ignominioso de su padre. Estaba limpio. Era apto. Miró a Feng con los ojos empañados, se inclinó ante él y sonrió.

Estaban apurando el té cuando les interrumpió el sirviente mongol para informar a Feng de que unos comerciantes le esperaban en la puerta. Dijo que era urgente. Feng se disculpó ante Cí y salió a atenderlos. Al poco, regresó indignado. Según parecía, uno de los convoyes que transportaban mercancías hacia la frontera había sufrido un asalto.

—Por lo visto, los atacantes fueron rechazados, pero hemos sufrido bajas y se ha perdido parte de los suministros. Tendré que partir de inmediato —se lamentó.

Cí lo lamentó aún más. Habría dado lo que fuera por confesarle los verdaderos motivos de su presencia, pero Feng no le dio oportunidad. El juez aprovechó el instante de la despedida para susurrar algo al oído de Cí.

—Cuídate de Kan... y cuida a Iris Azul. —Y partió a toda velocidad.

CAPÍTULO 31

Feng había asegurado que sólo estaría fuera unos días, lo suficiente como para organizar una nueva remesa desde los almacenes cercanos a la ciudad, pero, aun así, la sola idea de saberse a solas con Iris Azul hizo temblar a Cí. Quizá por ello, al escuchar el sonido de la puerta al cerrarse, no pudo evitar que se le escapara de entre los dedos el certificado de aptitud. Y cuando al agacharse para recogerlo, rozó sin pretenderlo las manos de Iris Azul, una sacudida le agitó el corazón.

Al intentar disculparse, las palabras se le atropellaron en la garganta, así que arguyó que estaba cansado y que necesitaba ir a sus aposentos para descansar. Iris Azul asintió y le ofreció continuar con la conversación sobre los Jin cuando recuperara los ánimos. Cí aceptó con un balbuceo, cogió un plato de arroz gelatinoso con la excusa de comerlo más tarde y se retiró.

Una vez en su dormitorio, sacó de nuevo los fragmentos de terracota y comenzó a trabajar. Empezó por los trozos más grandes, los cuales numeró con un carboncillo, a fin de recordar su posición. Cuando

terminó, comenzó a montarlos para intentar recomponerlos. Para mantenerlos unidos, empleó el arroz gelatinoso. Sin embargo, a cada poco, los nervios le traicionaban y los escasos fragmentos que lograba relacionar acababan desmoronados sobre el tapete de la mesa. Lo intentó una y otra vez hasta que maldijo el molde y lo apartó. Al fin y al cabo, sabía que, por mucho que quisiera engañarse, el temblor de sus manos no procedía ni de la falta de pulso ni del miedo al fracaso. El origen de su intranquilidad residía en su fuero interno, en la irrefrenable seducción que ejercía sobre él Iris Azul.

Se dejó caer en la cama e intentó descansar, pero no lo consiguió. Las sábanas de seda acariciaban su piel haciéndole soñar con ella. Trató de contenerse pensando en Feng, pero sólo logró imaginar los senos turgentes de su esposa.

Decidió darse un baño para intentar relajarse. Pidió unos paños a una sirvienta. La tina, situada en una sala contigua, aguardaba llena de agua. Una vez solo, se desnudó despacio y se metió lentamente. La frescura le tranquilizó. Cerró los ojos y sumergió la cabeza, dejándose abrazar por la reconfortante masa líquida. Cuando emergió, se miró las manos, cubiertas de cicatrices. Contempló las que cruzaban su torso; el torso quemado de un mutilado. Hasta aquel instante, las marcas que recorrían su cuerpo no le habían preocupado demasiado, quizá porque, al igual que un cojo lo haría con su torcedura o un sordo con su silencio, se había acostumbrado a vivir con ellas. Sin embargo, ahora que las miraba, se avergonzaba de su aspecto. O lo que era peor aún: se despreciaba. Las quemaduras que surcaban su piel como enroscadas raíces de carne le parecían ahora tan retorcidas como sus pensamientos.

Volvió a entornar los párpados, en busca de una paz que sabía que no habitaba en su interior, y permaneció en silencio, con el tiempo

arrastrándose lentamente mientras sentía de vez en cuando el ponzoñoso aguijón del deseo.

¿Cómo era posible que le estuviese sucediendo algo así? ¿Cómo podía ni siquiera pensar en la esposa del hombre que le había acogido? Cuanto más intentaba razonar, cuanto más trataba de apartarse de aquella dulce tentación, más se aferraba ésta a él, atrapándole, venciendo su voluntad como aquel que, agotado, se rinde ante la placidez de un sueño profundo.

Poco a poco, su nuca se fue relajando, sus hombros perdieron tensión y sus brazos se dejaron llevar por el leve chapoteo con el que el agua serena le acariciaba. Un dulce sopor comenzó a adueñarse de él y le condujo hasta un lugar brumoso en el que la paz que añoraba le acogía entre sus brazos. De pronto, percibió un perfume intenso, embriagador. Tan penetrante como si fuera real. Y entonces la oyó.

Al abrir los ojos, la encontró frente a él, con sus ojos ciegos clavados en su cuerpo. Se intentó cubrir, sin advertir que ella no podía verle.

—¿Te encuentras bien? —dijo Iris Azul suavemente—. La sirvienta me ha dicho que ibas a bañarte, pero ha transcurrido toda la tarde y...

—Lo siento —respondió, azorado—. He debido de quedarme dormido.

Por toda respuesta, la mujer tanteó las paredes hasta topar con una arqueta sobre la que se sentó delicadamente. A Cí le incomodó. No entendía por qué Iris Azul permanecía junto a él. Observó que su mirada no se fijaba en él, sino que se desviaba ligeramente, y su desacierto, de algún modo, le tranquilizó.

—De forma que eres *wu-tso*. Extraña profesión.

—Tan sólo me interesan las causas de la muerte —se excusó—. Como a vuestro marido...

—No desde que le ascendieron. Desde entonces sólo se ha dedicado a asuntos burocráticos. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas realmente? —Se levantó y se acercó a la tina.

Cí carraspeó.

—Ya os lo dije. Trabajo como asesor de Kan. ¿Y una *nüshi*? ¿A qué se dedica una *nüshi*?

—¡Oh! ¿Ya te has enterado? —La mujer giró alrededor de la tina con pasos sigilosos mientras rozaba con sus dedos el borde de la bañera—. Entre otras cosas, enjabonaba al emperador. —Y sumergió sus manos en la tina.

Cí permaneció inmóvil, incapaz de respirar, pensando que Iris Azul escucharía los latidos de su corazón. Percibió la presión de sus dedos cerca de sus pies. Tembló. Pensó que iba a acariciarle, pero en ese instante la mujer destapó el desagüe de la tina y se levantó.

—La cena está preparada. Te espero en el comedor. —Y se marchó de la estancia mientras la bañera se vaciaba.

Cí pensó que había sido como estar ante una diosa capaz de susurrarle un beso mientras planeaba su perdición.

De no ser por la descortesía que hubiese significado su ausencia, Cí habría renunciado a la cena. Limpio y perfumado, se presentó en el pequeño salón al que le guio la sirvienta, una estancia recoleta en la que aguardaba Iris Azul sentada en una banqueta. Tomó asiento frente a ella, sin osar mirarla. Nada más alzar la vista, se quedó admirado. La mujer vestía una blusa vaporosa que dejaba entrever su piel. Tragó saliva y retiró la vista, como si temiese que Iris Azul pudiera advertirlo, pero después, mientras ella le ofrecía un plato de brotes de soja, se atrevió a contemplarla. Conforme se movía, la silueta de sus pechos se recortaba contra la seda marcando la protuberancia de sus pezones. Como ella permanecía ajena, su mirada se volvió más fija, más intensa. Observó sus brazos torneados. Sus manos cuidadas exploraban los frutos con delicadeza, palpándolos y acariciándolos para percibir su madurez y su textura. La respiración de Cí se tornó pesada. No podía dejar de contemplarla.

—¿Qué miras? —le preguntó ella.

Cí dio un respingo.

—Nada —respondió.

—¿Nada? ¿No te gusta lo que nos han servido? Hay incluso uvas pasas...

—¡Oh, sí! ¡Por supuesto! —Y cogió uno de aquellos extraños frutos.

—Antes me preguntaste por mi antiguo trabajo... ¿De veras te interesa? —preguntó Iris mientras le servía.

—Mucho. —Admiró la belleza de unos ojos que le hacían olvidar todo lo demás—. ¡Perdón! —se excusó, y cogió la escudilla. Al hacerlo, volvió a rozarle las manos. Le sacudió un escalofrío.

Iris bebió y sus labios se humedecieron. Dejó lentamente la tacilla sobre el tapete de bambú y apoyó las manos sobre su regazo. Cí supuso que ella sabía que la estaba mirando.

—De modo que deseas saber a qué se dedica una *nüshi*... Deberías terminar de comer, o quizá beber un poco más, porque escucharás una historia repleta de amargura. —Inspiró mientras miraba al vacío. Luego sonrió con un rastro de angustia—. Entré al servicio del emperador siendo una niña, condición que perdí pronto porque en cuestión de días ese hombre acabó con mi infancia. Debió de ver algo en mí. Lo vio, y simplemente lo cogió. —Su mirada se entristeció—. Crecí entre concubinas. Ellas fueron las hermanas que me enseñaron a vivir. A vivir para él, para satisfacer al Hijo del Cielo con un arte refinado, sutil... y descorazonador. —Sus ojos se humedecieron—. En vez de jugar, aprendí a besar y a lamer. En lugar de reír, aprendí a complacer...

»¿Textos de Confucio...? ¿Los *Cinco Clásicos*...? Jamás los escuché. Los libros que me leían eran los clásicos del placer: el *Xuannüjing*, el libidinoso *Manual de la muchacha oscura*; el *Xufangneimishu*, el *Prefacio del arte secreto de la alcoba*; el *Ufangmijue*, *Las fórmulas secretas del tálamo*; el *Unüfang*, *Las recetas de la dama sencilla*... Mientras mi cuerpo crecía y mis pechos se formaban, se aferró a mí un odio tan profundo e intenso como mi propia ceguera. Y cuanto más le odiaba, más me deseaba él. —Entornó los párpados, como si pudiera verlo.

»Aprendí a ser mejor que las demás. A chupar mejor, a emplear cada orificio, a arquear con fuerza mis caderas, a sabiendas de que, cuanto más me desease, más efectiva sería mi venganza.

»Ése era mi anhelo. —Dirigió sus ojos hacia Cí—. Con el tiempo, me convertí en su favorita. Gozaba de mí día y noche. Codiciaba tenerme, lamerme, penetrarme. Y cuando lo obtuvo todo de mí; cuando ya no pudo sacar más de mi cuerpo, entonces deseó también mi alma.

Cí contempló el rostro de Iris Azul, abatido como una flor marchita. El estómago le oprimía. Las lágrimas resbalaban sin cesar por sus suaves mejillas.

—No es necesario que sigas. Yo...

—Querías oírlo, ¿no? —le interrumpió ella—. ¿Sabes lo que es que te estrujen como un limón? Sentirte usada, y lo que es peor: gastada, vacía. Cuando llegas a una situación en la que ni siquiera te queda tu propio respeto; cuando te han arrebatado tu honor, tu honra, tu estima... —Se enjugó las lágrimas.

»Sólo era una cáscara, una peladura reseca sin color ni aroma. Una juventud hueca y herida que yo misma odiaba. Y lo gracioso es que era la envidia de mis compañeras. Cualquiera de ellas se habría cambiado por mí, incluso con mi ceguera, con tal de ser la favorita. Pero yo no podía tener hijos como ellas. —Volvió a reír con un rictus de amargura.

»Conseguí lo que pretendía a costa de mi dignidad. Te aseguro que habría hecho cualquier cosa que me hubiera pedido. O lo hice... ya no recuerdo. Pero, al final, conseguí mi propósito. La cáscara se endureció, y cuando el emperador necesitó mi piel tanto como a su vida; cuando logré que me llamara en sueños, que despertara enfebrecido buscándome para que saciara su sed de carne, entonces me negué. De repente, mi alegría se convirtió en tristeza; mi pasión en languidez; mi deseo en postración... Para lograrlo, lloré, grité y me arrastré. Alegué una enfermedad a la que sus médicos no encontraron curación. Ni tampoco a la suya, como yo

sabía que sucedería. Desde aquel día, su orgulloso tallo de jade se convirtió en un suave pañuelo de seda, porque ninguna concubina, ninguna cortesana, ninguna prostituta en el reino fue capaz de darle lo que yo le daba.

Cí la escuchó mudo. Su mano se acercó a la de ella en un deseo de reconfortarla, pero en el último momento se detuvo. Se alegró de que sus ojos no pudieran advertirlo.

—No es preciso que sigas —le insistió.

—Aun así, me mantuvo a su lado. Me nombró *nüshi* para que enseñara mis habilidades a sus nuevas adquisiciones, para que adiestrara a sus concubinas en las artes del placer. Y yo lo hice para estar cerca de él y disfrutar de su deterioro. Para verle envejecer y, al mismo tiempo, enloquecer.

»Luego, cuando su hijo Ningzong ascendió al trono, pasé a un segundo plano. El nuevo emperador me regaló su indiferencia, que fue la misma con la que le traté yo. Seguí en la Corte hasta la muerte de mi padre. No podía heredarle mientras siguiera en palacio, pero entonces conocí a Feng.

Cí la miró. Sus lágrimas se habían secado. Imaginó que durante su vida en la Corte habría gastado todas las demás. Le sirvió un poco de licor.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Cí.

—No quiero hablar de ello. —Su respuesta resonó seca como un martillazo.

Permanecieron un tiempo en silencio. Luego, ella se levantó, se disculpó por su comportamiento y se retiró a sus aposentos.

Cí continuó sentado frente al licor, con su cabeza latiendo en un torbellino de ideas y deseos. Cogió la botella y bebió de ella. Pensó en Feng. Pensó en Iris Azul. Todo le daba vueltas. Se aferró a la botella y se marchó a su habitación.

A medianoche, un extraño ruido le despertó. Cí se frotó las sienes. La cabeza le palpitaba como si le hubieran sacudido con una maza. Abrió los párpados y vio la botella de licor vacía a un palmo de su cara. El olor a alcohol dulzón y pegajoso le abofeteó. La habitación estaba a oscuras. Creyó escuchar el rumor de unos pasos y una puerta girar. El pulso se le aceleró. Sin moverse, dirigió la vista hacia la entrada de la habitación. Guiñó los ojos con extrañeza. En el umbral, una ligera luminosidad alumbraba la figura desnuda de Iris Azul.

La contempló en silencio imaginando su cuerpo de diosa en medio de la penumbra. La mujer entró y cerró la puerta. Un temblor le estremeció. La vio entrar despacio, caminando serena, dirigiéndose hacia él. Lentamente, Iris avanzó hasta detenerse al borde de la cama. Cí permaneció inmóvil, pero su respiración pesada delataba su rubor.

Iris separó la sábana que le cubría y se deslizó debajo con la delicadeza de quien acaricia una flor. Algo dentro de Cí quería impedirlo. Algo aún más fuerte anhelaba rozar su piel. Podía imaginar el calor que desprendía su cuerpo, a un cabello del suyo. Suspiró.

Apenas si podía pensar. Su perfume intenso penetraba en sus pulmones hasta embriagarle haciéndole enloquecer. De repente, apreció

la mano de Iris deslizándose lenta sobre su pierna. Su tacto era una caricia que ascendía perezosa hacia su cintura. Aspiró con fuerza y su abdomen se contrajo. Aguantó exánime, suplicando que se marchara de su lado y a la vez rezando para que continuara. Al sentir el contacto de sus pechos contra los suyos se estremeció. Escuchó su respiración profunda junto a su cuello.

Nunca se había apoderado de él una sensación similar.

Un terrible miedo le paralizaba. Sus cicatrices le cohibían, pero se dejó arrastrar por el calor que emanaba del cuerpo de la mujer. Hundió sus labios en su cuello suave y dulce como la mermelada, notando en ellos los latidos de una garganta que exhalaba suaves gemidos, como si muriera. Sus manos buscaron las de ella, las aferraron y las apretó contra él en un desesperado intento de conservarlas para siempre. Se encorvó sobre ella buscando sus espacios, sus rincones, saboreando sus hombros y sus clavículas mientras Iris dejaba exangüe su cabeza y alzaba sus pechos para que él los tomara.

Cí los recorrió con su lengua. Sabían a deseo, temblaban en sus labios. Notó su piel erizada, la dureza de sus pezones, el rumor de sus gemidos que escapaban de su boca mientras él la besaba. Bebió de su lengua con desesperación, como si necesitara apagar una sed tan antigua como su propia vida. Y ella respondió igual. Apretándole, atrayéndole. Abrazándole como si le necesitara, como si se aferrara a una roca en medio de la tempestad.

Siguieron besándose y acariciándose. Los jadeos de ella le incitaban, aguijoneando su deseo. La mujer separó su boca y buscó su pecho. Lo lamió y lo chupó mientras Cí la contemplaba en la penumbra. La deseaba. Deseaba penetrar en ella y se lo susurró. Ella no pareció oírle. Sus labios descendieron por el vientre de Cí, sin importarle sus cicatrices,

hasta alcanzar su tallo de jade, duro y vibrante. Cuando Iris lo envolvió con su boca, Cí creyó morir. La mujer deslizaba sus labios con deseo, enganchada a él, prendida con una ansiedad desconocida para el joven. Su lengua le trastornaba haciéndole enloquecer. Él cerró los ojos para grabar aquel instante. De repente, sintió que Iris le abrazaba con sus piernas, como si justo en aquel momento le precisara dentro de él. Cí intentó entrar en ella, pero Iris se lo impidió, girándose hasta sentarse a horcajadas sobre él. La mujer se elevó hasta que su cueva del placer rozó el tallo de Cí, que tembló tenso. Con una mano, Iris le tapó los ojos. Con la otra, condujo despacio el miembro hacia su interior. Cí suspiró. Intentó apartar la mano que le cegaba, pero ella se apretó contra él y le lamió los labios.

—Iguales —le susurró.

—Iguales —respondió él, y permitió que su palma le cerrara los párpados.

La mujer bajó sus caderas hasta que su cueva le albergó ceñida, cálida, húmeda. Cí sintió un calor intenso que le dominaba y le vencía. Su bamboleo le mecía en un placer desconocido. Su boca le emborrachaba, le apasionaba, le enloquecía. Jamás había sentido nada igual. Iris siguió moviéndose, arqueándose, besándole con ansiedad como si cogiera bocanadas de aire antes de morir asfixiada, como si lo necesitara para vivir.

Luego su cuerpo se sacudió. Su cintura avanzó y retrocedió sobre Cí en una prolongada tortura de placer, cada vez más rápida, más violenta. Su boca no dejaba la de Cí ni siquiera para respirar. El joven sintió cómo ella se agitaba y se sacudía, cómo sus movimientos perdían el control y se convertían en frenesí. Luego, Cí se revolvió en impetuosos latigazos hasta derramarse dentro de ella, sintiéndose desfallecer.

Ella permaneció pegada a él, como si les hubieran cosido la piel. Sus respiraciones eran sólo un jadeo sincopado, aún atormentado por el placer. Antes de separarse, Cí notó el sabor salado de unas lágrimas que brotaban de los ojos ciegos de Iris. Deseó que fueran de felicidad.

Se equivocó.

Cuando al día siguiente se despertó, ella ya no estaba. Preguntó a la sirvienta por el paradero de su ama, pero ésta no supo darle razón.

Desayunó en la misma salita en la que habían cenado la noche anterior. El té no le supo a nada. Aspiró con fuerza, intentando recuperar el aroma de Iris Azul que aún conservaba impregnado en su piel. Sin embargo, su dulce sabor le dejaba ahora un regusto de amargura.

Pensó en Feng mientras se preguntaba si sería capaz de enfrentarse a él sin bajar la mirada. Sabía que no podría. Ni siquiera era capaz de mirarse a sí mismo frente al magnífico espejo de bronce que presidía la estancia. Apuró el té, buscando borrar los efectos del licor que aún le perseguían. Luego se levantó para asearse, como si con el agua pudiera arrastrar de su cuerpo la indignidad con la que se había cubierto. Anheló el placer de Iris Azul, pero se odió por haber perdido el alma.

De camino hacia su estancia se detuvo en el salón principal, cautivado por la belleza de las antigüedades que engalanaban sus paredes. Los jarrones, los lienzos, los espejos y los cuadros eran de tal magnificencia que ridiculizaban la colección que días atrás le había fascinado en las dependencias del eunuco Suave Delfín. Especialmente sublime era el muestrario de poesías antiguas, primorosamente caligrafiadas sobre lienzos montados en bastidores curvados que contrastaban sobre el rojo sangre de la pared tapizada en seda. Los textos pertenecían al célebre

taoísta Li Bai, el poeta inmortal de la Dinastía Tang. Leyó despacio la estrofa.

Pienso en la noche.

Delante de la cama, la luna brilla.

Encima de la escarcha está la duda.

Miro arriba y hay luna llena.

Miro abajo y añoro mi vida.

Por un instante se vio reflejado en aquel verso.

Siguió leyendo hasta llegar a un pequeño epígrafe en el que se anunciaba que la composición pertenecía a una serie de once telas, cada una caligrafiada sobre un único paño. Sin embargo, en aquella pared sólo colgaban diez lienzos. Sobre el lugar que debería haber ocupado el undécimo aparecía un burdo retrato del poeta que no lograba ocultar la marca dejada por un bastidor anterior. Una impronta similar a la que los otros diez habían transferido a la seda.

Tragó saliva. No podía ser.

Iba a cerciorarse cuando un ruido a sus espaldas lo alarmó. Al girarse se dio de bruces con Iris Azul. Dio un respingo. La mujer se había puesto un llamativo vestido rojo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—Na-da —tartamudeó Cí.

—Me ha dicho la sirvienta que has preguntado por mí.

—Así es. Pero me dijo que no sabía dónde estabas. —Intentó acariciar su mano, pero ella la retiró.

—Salí a dar un paseo —dijo circunspecta—. Siempre lo hago.

Cí la contempló. Había algo en su gesto que le parecía extraño. Volvió a mirar el lugar en el que suponía que habría estado el undécimo lienzo.

—Impresionantes poemas. ¿Siempre hubo diez? —preguntó.

—No lo sé. No puedo verlos.

Cí frunció los labios. No comprendía su actitud.

—¿Sucedo algo? Anoche estabas más...

—Las noches son siempre oscuras. Los días nos traen la claridad. Dime, ¿qué has pensado hacer hoy? Aún no hemos hablado de los Jin.

Cí carraspeó. En realidad, no sabía muy bien cómo plantear la cuestión de los norteños. Quizá podría consultárselo a su maestro Ming. Así, de camino, comprobaría si Kan había cumplido con la promesa de cuidarle.

Se excusó con Iris Azul diciéndole que debía visitar a un amigo enfermo y luego acudir a un almacén.

—¿A mediodía, entonces? —sugirió ella.

—Sí.

—De acuerdo. Te esperaré aquí. Cí abandonó el edificio agobiado por la inquietud. Aunque se resistía a admitirlo, cada vez creía menos en la inocencia de Iris Azul. Pero ansiaba confiar en ella. Dudó si contárselo a Ming.

Encontró al viejo maestro en una habitación modesta pero limpia, cercana a las estancias donde se alojaba el oficial Bo. Su aspecto había mejorado, aunque sus piernas aún mostraban un tono violáceo que le preocupó. Le preguntó si le había visitado el médico. Ming negó con la cabeza.

—No necesito a esos matasanos —refunfuñó. Se incorporó entre quejidos ahogados—. Pero he podido lavarme y no me dan mal de comer.

Cí miró la escudilla con restos de arroz seco que yacía junto a él. De haberlo sabido, le habría traído fruta y vino. Se lamentó por ello. Cuando se aseguró de que nadie les escuchaba, le confesó sus inquietudes sobre Iris Azul. Unas sospechas en las que no quería creer, pero que no paraban de aumentar. Le enumeró las circunstancias que le llevaban a recelar de la *nüshi*, si bien inmediatamente después la defendió.

Ming le escuchó con atención. Su rostro denotaba preocupación.

—Según cuentas, esa mujer parece tener motivos —argumentó Ming.

—Os repito que son sólo circunstanciales. No hay ninguna prueba contra ella. Además, ¿cómo no va a aborrecer al emperador? Si hubierais sufrido lo que ella, vos también le odiaríais, pero de ahí a que pretenda matarlo, media un abismo... Deberíais conocerla. —Bajó la mirada—. Esa mujer es pura dulzura.

—¿Y quién te dice que no la conozco? Lo extraño es que tú no supieras de ella. Me has hablado mucho de su encanto, pero ¿acaso no estarás confundiendo tus pensamientos con tus deseos?

El rubor se apoderó de Cí.

—¿A qué os referís? —saltó Cí—. Iris Azul sería incapaz de matar una mosca.

—¿Eso crees? Entonces supongo que sabrás el motivo por el que el emperador Ningzong la retiró de su cargo como *nüshi*.

—¡Claro que lo sé! Cuando Ningzong subió al trono, se deshizo de ella porque fue la causante de la enfermedad de su padre. El viejo emperador se volvió loco cuando ella le rechazó.

—¿Eso es lo que te ha contado? —Le miró con gesto severo—. Me extraña que no estés al corriente de una historia que todo el mundo conoce.

—¿Y cuál es esa historia? —le desafió Cí.

Ming compuso un gesto recriminatorio.

—Pues que el viejo emperador no se volvió loco por su rechazo. Los médicos que lo atendieron encontraron veneno en el té que ella le preparaba.

Cí sintió como si le estrujaran el estómago mientras las palabras de Ming restallaban en su interior. Se resistía a creerle, pero el rostro del maestro no dejaba lugar a dudas. Maldijo su debilidad por querer creer en la inocencia de Iris Azul, lo mismo que la hora en la que había sucumbido a sus encantos. Se sintió infinitamente estúpido, como si hubiera vendido su alma por un par de miserables monedas. Iba a preguntarle a Ming por los detalles cuando la presencia de un centinela le obligó a interrumpirse. Aguardó a que se fuera, pero el guardia se recostó sobre una de las paredes y prestó atención a la conversación. Tras esperar un rato, Cí renunció a su propósito, insistió a Ming en que se dejara visitar por el médico y abandonó la estancia acompañado de una terrible confusión.

Aún anonadado, intentó contemplar desde otra perspectiva los acontecimientos en los que se había visto involucrada Iris Azul. Al fin y al cabo, ella tenía un motivo: un rencor exacerbado hacia el emperador que no sólo no ocultaba, sino del que parecía envanecerse sin recato ante el primer desconocido que se le cruzara. Y si había sido capaz de envenenar al emperador, sin duda podía planear otros crímenes. Además, a ello podía sumar su falta de escrúpulos al traicionar a Feng, por mucho que él mismo hubiera sido cómplice en su infidelidad, o el asunto del perfume, que la vinculaba directamente con los cadáveres encontrados. Sin embargo, aún le quedaba encontrar la razón por la que Iris Azul mataría a unos desconocidos ajenos al emperador. O al menos, a uno de ellos. Porque en cuanto la relacionara con uno, estaba convencido de que los demás caerían detrás.

Decidió visitar de nuevo las estancias del eunuco. Había algo que necesitaba cotejar.

Las dependencias de Suave Delfín continuaban vigiladas por un centinela que le franqueó el paso tras comprobar el sello y registrar su

nombre en el libro de entradas. Una vez dentro, Cí se dirigió directamente hacia la sala que el eunuco había convertido en su museo de antigüedades particular. En ella seguía colgado el majestuoso cuadro que en su primera visita le había llamado la atención. No había errado. Era la poesía del inmortal Li Bai. La número once. La que faltaba en la colección de Iris Azul.

Advirtió que la moldura blanca que lo enmarcaba era curvada, como la serie que había admirado en el pabellón de la *nüshi*. Desplazó el bastidor ligeramente para comprobar su huella en la pared. Después repitió la operación con el resto de los lienzos de la estancia. Cuando concluyó, en su rostro se mezclaban la rabia y la satisfacción. Al salir, recordó el libro de registro en el que quedaban reflejadas las personas que penetraban en las dependencias. Quizá no encontrara nada, pero tampoco tenía mucho que perder. Unas monedas cambiaron de mano y el guardia accedió a que lo consultara. Cí repasó los datos con avidez. Aunque la mayoría de los nombres le resultaban desconocidos, sus ojos brillaban sobre los renglones verticales. Por fortuna, también figuraba el cargo que desempeñaban en palacio, así que le fue fácil descartar a la servidumbre que había trabajado en los aposentos. Entre otros, en el listado figuraban Kan y Bo, pero finalmente encontró el nombre que realmente buscaba. La caligrafía era clara, determinante. Dos días después de la desaparición del eunuco, había visitado aquellas estancias alguien llamado Iris Azul.

Su corazón palpitó al sentir que rozaba la verdad. Aún faltaba una hora para su encuentro con la *nüshi*, así que aprovechó para ir al almacén donde se amontonaban los restos calcinados del taller del bronceista y echar un vistazo.

Sonrió. Las piezas comenzaban a encajar.

Todo parecía ir encauzándose hasta que llegó al almacén y descubrió que la puerta permanecía abierta y sin vigilancia. Miró a un lado y a otro, pero no vio a nadie. De inmediato, su alegría se tornó en preocupación. Dentro, la negrura aguardaba amenazadora. Se adentró lentamente, con cautela, pero a los pocos pasos tropezó con un bulto y cayó, advirtiendo al tantear para levantarse que la mayoría de los objetos que él y Bo habían clasificado yacían desperdigados por el suelo. Maldijo a los culpables. Rápidamente, abrió las puertas, que dejaron pasar la suficiente luz como para descubrir que habían saqueado el almacén. De inmediato se dirigió hacia el lugar donde habían dispuesto los moldes, para advertir con desesperación que la mayoría habían sido destrozados hasta convertirlos en arena. Parecían haber empleado una maza sobre el enorme yunque que se hallaba a su lado. De repente, escuchó un ruido sobre su cabeza, e instintivamente empuñó la maza para dirigir la mirada hacia el altillo en el que habían amontonado las piezas de hierro.

No distinguió a nadie, así que continuó inspeccionando los restos hasta encontrar una talega que contenía yeso del utilizado para extraer positivos de los moldes. La cogió y se la guardó. Luego sonó un nuevo crujido, esta vez más intenso. Cí elevó otra vez la mirada lo suficiente como para distinguir sobre el altillo una figura agazapada. No le dio tiempo a más, porque súbitamente una avalancha de barras, rejas y maderas le cayó encima hasta sepultarle.

Cí sólo se atrevió a abrir los ojos cuando el polvo dejó de adherirse a sus pulmones. Apenas distinguía nada, pero, al menos, seguía vivo, de modo que agradeció a la fortuna haber resbalado bajo el yunque, que había hecho las veces de parapeto. Sin embargo, uno de los hierros le mantenía atrapada la pierna derecha impidiéndole cualquier movimiento. Intentó liberarse, pero no lo consiguió. Poco a poco, los rayos del sol se fueron filtrando en medio de la polvareda, recortando contra la luz la tenebrosa figura de un desconocido. Cí se quedó

paralizado. Permaneció en silencio, por si se trataba de la misma persona que había provocado el derrumbe, pero eso no evitó que la figura se aproximase hacia él. Cí tragó una saliva pastosa. Aferró una barra de metal cercana y se dispuso a vender cara su vida. La figura estaba a un paso de él. Tensó sus músculos mientras escuchaba el borbotear de su sangre golpeándole en las sienes. De repente, la figura lo vio. Cí permaneció inmóvil, atento al movimiento de la víbora. Su respiración se aceleró. Estaba dispuesto a descargar el hierro sobre su cabeza cuando el desconocido habló.

—¡Cí! ¿Eres tú?

Cí dio un respingo. Era la voz de Bo. Por un momento se tranquilizó, pero aun así mantuvo la barra en la mano.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —preguntó Bo mientras se afanaba en retirar los hierros que atrapaban a Cí.

Cí le ayudó hasta conseguir liberarse. Luego se apoyó en Bo para salir del almacén. En el exterior, aspiró una bocanada de aire limpio. Aún desconfiaba de Bo, así que le preguntó qué había ido a hacer allí.

—El centinela que descubrió los destrozos me informó de que alguien había aprovechado la ausencia de la guardia nocturna para reventar la puerta, así que vine para comprobarlo.

Cí dudó de Bo. De hecho, dudaba de todos. Intentó caminar, pero sólo logro hacerlo con dificultad, así que le pidió al oficial que le acompañara hasta el Pabellón de los Nenúfares, pues temía que, en su estado, pudieran volver a atacarle. Durante el trayecto, Cí se interesó por los avances en el asunto del retrato del cadáver que se había difundido por la ciudad.

—Aún no hay nada —se excusó Bo—. Sin embargo, tengo novedades sobre la mano cercenada. El extraño tatuaje con forma de llama que encontraste bajo el pulgar no era tal.

—¿Qué queréis decir?

—Hice que lo examinara Chen Yu, un reputado tatuador del mercado de la seda. Uno de los mejores de Lin'an. El hombre le dedicó un buen tiempo antes de afirmar que, en su opinión, parte del círculo externo se había borrado por culpa de la sal. —Se agachó sobre el suelo arenado y dibujó una achaparrada llama ondulada. Luego la bordeó con un círculo—. En realidad, no son unas llamas. Es un yin-yang.

—¿El símbolo de los taoístas?

—Más concretamente, el de un monje alquimista. El tatuador me aseguró que el pigmento empleado era cinabrio, el elemento identificativo de los ocultistas que buscan el elixir de la vida eterna.

A Cí no le sorprendió su respuesta. En realidad, después de lo ocurrido en el almacén, ya no le sorprendía nada. Recordó que la única persona a la que le había contado su intención de acudir al almacén había sido a Iris Azul, y al punto comprendió lo necio que había sido al pretender creer en su inocencia. La *nüshi* tenía un motivo: la venganza contra el emperador. Había dispuesto de la oportunidad a través de su sirviente mongol y poseía la necesaria sangre fría, como demostraba el hecho de haber intentado envenenar al emperador años atrás y ahora de intentar matarle a él. Lo más conveniente sería ir a ver a Kan y revelar sus descubrimientos. Pero antes debía proteger su bien más valioso: el molde que había ocultado en el pabellón.

Cuando los sirvientes del Pabellón de los Nenúfares advirtieron lo penoso de su estado, hicieron ademán de avisar a la señora, pero Cí les ordenó que le condujesen directamente a sus aposentos y le dejaran solo. Le agradeció la ayuda a Bo y se despidió de él.

Nada más entrar a su habitación, Cí corrió hacia el lugar donde guardaba el molde de terracota verde. Aún desconocía el motivo, pero presentía que ésa precisamente era la pieza que buscaba la persona que había pretendido asesinarle. Por suerte, los fragmentos continuaban en el mismo lugar. Estaba escondiéndolos de nuevo cuando Iris Azul entró sin llamar. A Cí le tembló el corazón.

—Me han dicho que has sufrido un accidente —dijo Iris, sobresaltada.

Cí no se conmovió. Terminó de esconder los restos del molde, sabedor de que Iris no podía verle y se incorporó.

—Sí. Un accidente bastante extraño. De hecho, yo casi lo denominaría un intento de asesinato. —Se arrepintió al momento de su incontinencia verbal.

Al escucharlo, Iris abrió los ojos, evidenciando aún más su extraño matiz.

—¿Qué...? ¿Qué ha sucedido? —balbuceó.

Era la primera vez que Cí la veía vacilar.

—No lo sé. Esperaba que me lo contaras tú. —Se arrancó la blusa hecha jirones y la arrojó sobre la cama.

—¿Yo? No entiendo...

—Dejémonos de mentiras. —La agarró por una muñeca—. Desde el primer momento no quise creer a Kan, pero él tenía razón.

—¿Pero qué necesidades dices? ¡Suéltame! ¡Suéltame o te haré azotar! —
Se zafó.

Iris comenzó a temblar mientras sus pies retrocedían titubeantes. Cí se apresuró a cerrar la puerta. Al oír el portazo, ella dio un respingo. Cí la acorraló.

—Por eso me sedujiste, ¿no? Kan me advirtió sobre ti; sobre tus planes contra el emperador. No quise creerle y casi me cuesta la vida, pero todas tus argucias han fracasado. Igual que tus mentiras.

—Estás loco. ¡Déjame!

—El eunuco trabajaba en el monopolio de la sal. Ignoro si descubrió algo en las cuentas y tú le sobornaste o simplemente te chantajeó, pero sabías de su obsesión por las antigüedades y le pagaste con una a la que no pudo renunciar. Y cuando te siguió chantajeando, acabaste con él.

—¡Vete de aquí! ¡Vete de mi casa! —sollozó.

—Eras la única persona que sabía que yo iría al almacén y por eso enviaste a un sicario para que me matara. Probablemente, el mismo que acabó con la vida de Suave Delfín y de los otros.

—¡Te digo que te vayas! —gritó.

—Empleaste la Esencia de Jade para asustarles, para que supieran que una ciega podía acabar con ellos. Te sabías protegida por lo que sucedió con tu antepasado; sabías que el emperador no volvería a arriesgarse, acusando sin pruebas a la nieta del famoso héroe al que nuestro imperio

traicionó. Pero tu sed de venganza no conocía límites. Me mentiste cuando mencionaste que el emperador enfermó de amor. ¡Lo envenenaste igual que a mí ayer!

Iris Azul intentó salir de la habitación, pero Cí se lo impidió.

—¡Confíésalo! —bramó Cí—. Confiesa que me mentiste. Que me hiciste creer que sentías algo por mí. —De repente, se dio cuenta de que sus propios ojos se le humedecían.

—¿Cómo te atreves a acusarme de nada? ¡Tú! Tú, que fuiste el primero en mentirme sobre tu verdadera profesión; tú, que has traicionado a tu querido Feng con su bella esposa ciega.

—¡Me embrujaste! —aulló Cí.

—Eres patético. No sé qué pude ver en ti. —Intentó salir de nuevo.

—¿Acaso crees que tus lágrimas te salvarán? Kan tenía razón en todo. ¿Me oyes? ¡En todo! —Volvió a retenerla.

Los ojos húmedos de Iris estaban inflamados por la rabia.

—¡En lo único que ese consejero puede tener razón es en que soy una estúpida! ¿Sabes? La noche que defendiste a aquella cortesana creí que serías diferente. ¡Maldita necia! —se lamentó—. No eres distinto a los demás. Te crees con derecho a acusarme y a condenarme, a usarme y a despreciarme porque sólo soy una vieja *nüshi*. Una experta en las artes de alcoba. Y sí. Es cierto. Te seduje. ¿Y qué? —le retó—. ¿Qué sabes tú de mí? ¿Acaso sabes cómo es mi vida? No. ¡Desde luego que no! Jamás podrías imaginar ni por un momento el infierno que me ha tocado vivir.

Cí pensó en su propio infierno. Sabía bien lo que era sufrir, del mismo modo que sabía que ella era culpable. Aquella mujer no tenía derecho a reprocharle nada. Y mucho menos después de lo que había descubierto.

—Kan me lo advirtió —acertó a repetir.

—¿Kan? Esa bola de sebo vendería a sus hijos con tal de conseguir su propósito. ¿Qué es lo que te ha contado? —Le golpeó en el pecho—. ¿Que intenté envenenar al emperador? ¡Pues no! ¡No lo hice, por mucho que ahora me arrepienta! ¿Acaso crees que de ser cierto el emperador me habría dejado con vida? ¿Acaso te ha revelado Kan el motivo de su rencor? ¿Te ha dicho que mil veces intentó poseerme y que siempre le rechacé? ¿Te ha contado que me pidió en matrimonio y me negué? ¿Te ha revelado la afrenta que supuso para el gran consejero de los Castigos que una *nüshi* le despreciara? —Se dejó caer al suelo, abatida entre lágrimas.

Cí la contempló sin saber qué decir. Por una parte quería creerla, pero las pruebas...

—Tu nombre aparecía en el registro de las dependencias de Suave Delfín —le confesó—. No sé cómo lograste entrar, pero lo hiciste. Y dentro cuelga un lienzo con la undécima poesía de Li Bai. Una antigüedad que te pertenece. Una reliquia que debería estar en tus paredes y que sustituiste por un burdo retrato del autor. Un texto que el eunuco jamás habría podido adquirir. —Esperó a que ella lo desmintiera, pero Iris enmudeció—. Leí los sellos de propiedad. Esas poesías pertenecieron a tu abuelo. Si es verdad que tanto le apreciabas, jamás habrías permitido que abandonaran tu hogar. A menos...

—¿A menos...? —sollozó, y se giró para marcharse.

—¿A dónde vas?

—¡Déjame en paz! —Se volvió y miró hacia donde creía que se encontraban los ojos de Cí—. ¡Pregúntale a Kan! Conserva docenas de frascos de Esencia de Jade que se apropió para agasajarme. En cuanto a la poesía de Li Bai, mi marido se la regaló a Kan, así que pregúntale a él cómo llegó a manos de Suave Delfín. —Hizo ademán de marcharse, pero se detuvo—. Y, por si no lo sabías, el día que entré en las dependencias del eunuco lo hice para recoger unas miniaturas de porcelana. Sí, el eunuco era mi amigo. Por eso Kan me advirtió que había desaparecido y por eso me pidió que acudiese a recoger las miniaturas que me pertenecían... Si no me crees, pregúntaselo a él.

Una vez a solas, Cí intentó sacudirse de la confusión que le atenazaba. Cuando se serenó, volvió a sacar el molde y se sentó en el suelo para terminar de reconstruirlo. Comenzó siguiendo el orden apuntado, pero los fragmentos se le desmoronaron. Se miró las manos. Le temblaban como las de un niño asustado. De un manotazo apartó los trozos y los lanzó lejos.

No podía quitarse a Iris Azul de la cabeza. Se arrepintió de haber sujetado con fuerza a la misma mujer que le había amado con tanta dulzura la noche anterior. Lamentaba haberse dejado llevar por su temperamento, pero creía estar en lo cierto al acusarla. Sin embargo, el comportamiento de la *nüshi* no se correspondía con el de alguien culpable. Una mujer acorralada, quizá, ¿pero culpable...? Existían pruebas que la incriminaban, pero también numerosas lagunas acompañaban la acusación.

¿Por qué razón habría querido Iris Azul matar a aquellos hombres? Era la cuestión que le atormentaba. Se la formulaba una y otra vez. Tal vez la respuesta residiera en los fragmentos de terracota o quizá en el propio Kan.

Inspiró varias veces antes de ponerse de nuevo con el molde. No podía permitirse más errores, así que se empeñó en la tarea de unir los fragmentos con los restos del arroz gelatinoso. Poco a poco, la horma fue cobrando forma hasta completar dos mitades que, una vez juntas, conformaron un bloque prismático del tamaño de un antebrazo. Apartó los fragmentos sobrantes, que parecían constituir parte de una varilla interna, y, con cuidado, enlazó los dos caparazones con un cinto. Después mezcló en una palangana el yeso que había traído del almacén y vertió su contenido en el hueco del molde. Mientras aguardaba a que fraguara, limpió con cuidado los restos blanquecinos. Finalmente, cuando se cercioró de su solidez, separó las dos mitades.

Cí contempló el resultado de su trabajo. Sobre el suelo descansaba una pieza de yeso que, por su aspecto, le recordó a una especie de cetro de mando. Su longitud rondaría los dos palmos, y su circunferencia, del grosor de la empuñadura de una espada, podía abarcarse con la mano. No imaginaba cuál podía ser su utilidad, así que escondió nuevamente los fragmentos del molde en el armario. Los que formaban parte de la varilla interior optó por ocultarlos junto al cetro de yeso en el entarimado, bajo una lama que encontró suelta. Luego abandonó el Pabellón de los Nenúfares. La ansiedad le oprimía y necesitaba respirar.

Vagó desconcertado. Estaba acostumbrado a analizar cadáveres y a examinar cicatrices, a buscar marcas y a desvelar heridas invisibles, pero ignoraba cómo enfrentarse a intrigas y rencores, a pasiones y a mentiras

ante las cuales su pensamiento racional parecía no tener respuesta. Cuanto más lo meditaba, mayor era su certeza de que Kan le había manipulado desde su primer encuentro. De ser cierta la información de Iris Azul, el consejero de los Castigos habría actuado contra ella movido por un despecho aún más poderoso que el que ella profesaba hacia el emperador. Que Kan hubiese acompañado a Iris Azul a las dependencias del eunuco era una posibilidad, y si realmente el consejero tenía acceso a la Esencia de Jade, cobraba sentido que éste hubiera dejado rastros de perfume para incriminarla. Porque que lo hubiera hecho ella para autoinculparse escapaba a su comprensión. Además, Iris Azul nunca había ocultado su resentimiento hacia el emperador, lo cual la convertía en un objetivo fácil sobre el que descargar cualquier imputación. Si a ello sumaba el hecho de que Kan fue el último que vio con vida al fabricante de bronce, que fue él quien mantuvo una extraña reunión con el embajador de los Jin y su falta de claridad a la hora de proporcionar explicaciones, tal vez en el propio consejero residiese la solución.

Miró a su alrededor. Si tuviera que elegir un lugar en el que aposentarse, desconfiaría más de aquel palacio que de un nido lleno de víboras.

Meditó cómo actuar. No podía acudir a Kan, porque lo único que conseguiría sería prevenirle. Quizá el consejero fuese el asesino. O quizá el inductor. O tal vez no tuviera nada que ver y simplemente había pretendido aprovechar unos asesinatos que en nada suponían una amenaza para armar una mentira y vengarse de la mujer que le había humillado, y que, de algún modo, aún gozaba de la protección del emperador. Recordó entonces que el propio Ningzong le había advertido sobre el irascible temperamento de Kan.

El propio Ningzong...

Quizá debería hablar con el emperador. De hecho, no se le ocurría otra forma de arrojar luz sobre un asunto que no sólo se había enquistado, sino que comenzaba a tornarse demasiado peligroso.

Se armó de valor. Tomó aire y fue en busca de Bo. Necesitaba su ayuda si pretendía ser recibido por el emperador.

* * *

Encontró a Bo en su habitación, aseándose. Cuando le dijo que precisaba una audiencia inmediata con el emperador, Bo se negó.

—Existe un protocolo que todos hemos de respetar. Si lo ignoramos, seremos azotados, o algo aún peor —le aseguró.

Cí conocía bien los interminables rituales que marcaban el día a día del emperador, pero también sabía que para lograr sus objetivos no debía retroceder ante las dificultades. Le dijo a Bo que había resuelto los crímenes y que precisamente por ello ni podía hablar con Kan ni podía aguardar más tiempo.

—Además, en caso de que os reprendan, diré que ha sido idea mía.

—Ya... Pero me nombraron tu escolta precisamente para evitar ideas de ese tipo —dijo mientras se secaba la cabeza.

—¿Acaso olvidáis lo sucedido en el almacén? Si no me ayudáis, puede que mañana no tengáis a quien escoltar.

Bo se maldijo. Apretó los dientes mientras miraba fijamente a Cí. Finalmente, tras unos instantes de duda, decidió trasladar la cuestión a su inmediato superior. Éste, a su vez, lo hizo al suyo, y este último, a un grupo de ancianos ceremoniosos que enmudeció al conocer la pretensión del recién llegado. Por fortuna, el más consumido pareció comprender la importancia del asunto y, aprovechando un intervalo en sus actividades, hizo llegar la petición al emperador. Pasado un tiempo que a Cí se le antojó interminable, el anciano regresó. Su rostro era árido como una piedra.

—Su Honorable Majestad te recibirá en el trono —dijo con seriedad. Encendió una varilla de incienso del tamaño de una uña y se la entregó a Cí—. Podrás hablar hasta que se extinga. Ni un suspiro más —le advirtió.

Cí siguió al anciano hasta el salón real sin ni siquiera fijarse en la magnificencia del lugar. Su único interés consistía en mantener con vida una llama que ya amenazaba con quemarle el pulgar. Se humedeció los dedos e intentó hacer lo propio con el extremo de la varilla para prolongar su existencia. De repente, el anciano se apartó y Cí se vio frente al emperador.

El dorado de su túnica le deslumbró tanto que a punto estuvo de perder la varilla cuando el anciano le sacudió un varetazo para que se arrodillase. De inmediato, Cí recuperó la compostura y se agachó para besar el suelo. Apenas le quedaba tiempo y el anciano parecía eternizarse volviendo a explicar el motivo de su presencia. Pensó en interrumpirlo, pero aguantó hasta que finalmente recibió autorización para hablar. Cí se atropelló con el relato de lo acaecido. Refirió al emperador sus sospechas sobre Kan, informándole de sus mentiras y de sus intentos sesgados para inculpar a Iris Azul.

El emperador le escuchó en silencio con sus ojos mortecinos escrutando cada una de sus palabras. Su rostro céreo permaneció impassible, sin rastro de emoción.

—Acusas de deshonor a uno de mis hombres más leales, a un consejero imperial por el que me dejaría cortar una mano. Una afrenta que, de ser falsa, está penada con la muerte —le advirtió pausadamente Ningzong—. Y, sin embargo, sigues ahí... manteniendo entre tus dedos los rescoldos de una varilla que lucha por apagarse... —Juntó las palmas de sus manos y las colocó sobre sus labios fruncidos.

—Así es, Majestad. —Tembló mientras las yemas se le quemaban.

—Si doy orden de que Kan sea conducido hasta aquí y éste rebate tus acusaciones, me veré obligado a ejecutarte. Si, por el contrario, lo meditas y retiras tu acusación, seré magnánimo y olvidaré tu atrevimiento. Así pues, piénsalo atentamente y dime: ¿estás dispuesto a mantener tu denuncia?

Cí aspiró con fuerza. La llama palideció hasta desaparecer.

Dijo «sí» sin pensar. El oficial encargado de avisar al consejero de los Castigos irrumpió en la Sala del Trono temblando como si hubiera visto a un diablo. Su rostro estaba cubierto por el sudor y sus ojos escapaban de sus órbitas. Corrió como un exaltado y se lanzó de bruces a los pies del emperador, que, extrañado, retrocedió como si se le hubiera abrazado un apestado. Varios centinelas lo apartaron de él y le obligaron a levantarse. El hombre balbuceó algo ininteligible. Sus pupilas dilatadas eran el reflejo del terror.

—Está muerto, Majestad. ¡Kan se ha ahorcado en su habitación!

SEXTA PARTE

CAPÍTULO 32

Nada más conocer la noticia, Ningzong decretó la suspensión inmediata de todos los actos y ordenó que localizaran a los jueces imperiales. En cuanto se presentaron, el emperador partió hacia las dependencias de Kan, escoltado por un séquito de funcionarios cuyo número competía con el de los guardias armados encargados de protegerle. Con la aquiescencia de Ningzong, Cí les acompañó.

Al llegar al umbral de la habitación, Cí y el resto de la comitiva se detuvieron horrorizados. Frente a ellos, colgando como un grueso saco, se balanceaba el cuerpo desnudo de Kan. Su rostro abotargado era el de un sapo reventado, al igual que sus carnes fofas, desbordadas bajo su pálida piel venosa. Cerca de sus pies descansaba un enorme arcón que, aparentemente, había empleado como plataforma. Ningzong mandó que descolgaran el cadáver de inmediato, pero los jueces se lo desaconsejaron, coincidiendo en la necesidad de practicar una inspección previa. Cí recibió autorización para permanecer tras ellos a cierta distancia. Mientras los jueces comentaban el aspecto de la víctima, Cí observó en el embaldosado la finísima capa de polvo que la luz de la

ventana revelaba al incidir sobre el suelo. Después comprobó la disposición y el número de muebles, y los reflejó con un bosquejo en la libreta que siempre llevaba. Cuando finalmente le permitieron examinar el cadáver, tembló como si fuera su primera vez.

Cí observó la cabeza de Kan, grotescamente ladeada hacia la izquierda. Su único ojo estaba cerrado y sus labios se veían negros, al igual que su boca, ligeramente abierta, con los dientes apretados contra la lengua. La cara se apreciaba teñida de un color azulado y en las comisuras de la boca y sobre el pecho destacaban restos de saliva espumosa. Sus manos agarrotadas aparecían ceñidas sobre los pulgares, mientras que los dedos de sus pies lo hacían contraídos hacia dentro de una forma espeluznante. El estómago y la parte inferior del abdomen se veían descolgados, de un color azul negruzco. Las piernas, gruesas como toneles, mostraban pequeñas pintas de sangre bajo la piel, parecidas a las producidas por tratamientos de moxibustión. En el suelo, a sus pies, yacían restos de orina y heces.

Solicitó permiso para subirse sobre el arcón. Una vez obtenido, se encaramó de un salto y comprobó que la soga era de cáñamo trenzado del grosor de un dedo meñique. Debido a su delgadez, la cuerda se enterraba en la garganta, por debajo de la nuez. Tras la nuca advirtió un nudo vivo, deslizante, que se distinguía del nudo muerto por ser este último fijo. La soga cruzaba por detrás de la cabeza dejando una cicatriz profunda de color negruzco sucio que corría de oreja a oreja, justo bajo la línea de nacimiento del cabello. Ante la extrañeza de los presentes, solicitó una silla y la colocó sobre el arcón. Luego se subió a ella para comprobar la traviesa sobre la que estaba anudada la cuerda. Examinó la lazada y la viga con igual interés. Finalmente, bajó de la silla, intentó mover el arcón sin éxito y dio por concluida la inspección.

Al punto, Ningzong ordenó que lo descolgaran y alertó al consejero de los Ritos para que iniciara los preparativos del funeral.

Entre dos centinelas izaron la enorme masa muerta mientras un tercero aflojaba la soga. Luego depositaron el cadáver en el suelo, momento que Cí aprovechó para practicar una comprobación adicional y confirmar o descartar la rotura de la tráquea. Los jueces le miraron por encima del hombro, pero no pusieron objeción. Mientras Cí palpaba la papada, Bo encontró una nota manuscrita sobre la misma mesilla en la que aparecía perfectamente doblada la ropa de Kan. Tras leerla rápidamente, se la entregó a Ningzong.

El emperador se apresuró a leerla en voz baja. Conforme avanzaba, sus manos comenzaron a palpar hasta que un temblor manifiesto se apoderó de ellas. Luego, sus dedos se crisparon sobre el papel, arrugándolo como si se tratara de pura basura. Ningzong bajó la cabeza mientras su expresión de dolor se transformaba en una cólera que nadie se atrevió a contemplar. De repente, le devolvió la nota a Bo y revocó la orden que acababa de dictar, decretando en su lugar que se paralizara cualquier acto de condolencia. No se celebraría ningún funeral público; del cadáver tan sólo se ocuparía el servicio y sería enterrado en un cementerio cualquiera sin ningún tipo de ceremonial.

Un murmullo de estupor recorrió la estancia. A Cí la noticia le paralizó. Mientras todo el séquito se apresuraba a acompañar al emperador en su marcha, Bo le confió la nota a Cí, quien la desplegó temeroso, intentando alisar las arrugas que entorpecían su lectura. En ella, escrito de su puño y letra, y firmado con su sello, Kan confesaba ser el culpable de los asesinatos, afirmando haberlos cometido con el único fin de desacreditar a Iris Azul.

Cí dejó arrastrar su espalda por la pared de caoba hasta acabar sentado en el suelo. No podía creerlo. El consejero de los Castigos se declaraba culpable. Todo había terminado. No había nada más que investigar.

Permaneció sentado hasta que Bo le conminó a que se levantara. Entonces, lentamente, pareció recobrar el sentido. Una vez de pie, le devolvió la nota a Bo, quien le certificó que tanto la caligrafía como los sellos pertenecían a Kan. Cí asintió. Se despidió de Bo con un balbuceo y abandonó el palacio cabizbajo en dirección a los jardines.

Caminó incrédulo, meditando qué hacer. Ya nada le retenía en palacio. Con Kan culpable e inmolado, podría exigir al emperador el puesto prometido y comenzar una provechosa carrera judicial. Ming quedaría libre, Iris Azul exculpada, Feng le excusaría de cualquier cargo que Astucia Gris pudiera presentar contra él y todos sus sueños se harían realidad. Sin embargo, mientras deambulaba entre los sauces, su corazón latía temeroso, porque aunque sus sueños estuvieran al alcance de su mano sabía que todo aquello era un sueño irreal. Lo sabía porque tenía la certeza de que la muerte de Kan no obedecía a un suicidio, sino a un acto criminal.

* * *

Se encaminó hacia el Pabellón de los Nenúfares dispuesto a preparar su equipaje. Lo había decidido. En cuanto se formalizase la liberación de Ming, se marcharía de palacio y olvidaría para siempre aquel aciago asunto. No le importaba lo que más adelante pudiera sucederle al emperador. Le habían obligado a investigar, le habían amenazado,

torturado y chantajeado, habían intentado asesinarle, habían apresado a Ming... ¿Qué más podían exigirle? Ya tenían al culpable que buscaban y éste había pagado su castigo. Si alguien tenía que descubrir la verdad, que fuera alguno de esos jueces ancianos que le miraban por encima del hombro. O el propio Astucia Gris, cuando regresara de su periplo. Y si éste había averiguado algo en Jianyang, tendría que buscarle en otro lugar, porque él ya estaría lejos de Lin'an.

Divisó en la lejanía la figura de Iris Azul. Ya no sabría jamás si era culpable o no. Deseó que no lo fuera y sonrió con ironía. Le daba lo mismo. Había cometido una insensatez al enamorarse de una mujer que sabía que le estaba prohibida, y lo que era peor aún, había traicionado la confianza del único hombre que se había comportado como un padre con él. Maldijo la noche en que la conoció. Lo hizo pese a conservar aún en sus labios el recuerdo de sus besos.

Se acercó despacio, evitando su mirada, a pesar de saberla vacía.

Ascendió la pequeña escalera de la entrada y entró en el pabellón sin saludar. La *nüshi* siguió con sus ojos ciegos el rumor de sus pasos, como si de algún modo pudiera adivinar quién era su dueño. Una vez en su habitación, Cí comenzó a recoger sus pertenencias. Había doblado ya su ropa cuando se acordó de los fragmentos de los moldes que había escondido. De inmediato resolvió que, si pretendía olvidar el asunto, lo mejor sería destruirlos. Sacó el cetro de yeso que había ocultado bajo la tarima y lo dejó sobre la cama. Luego corrió a por los trozos del molde que había escondido en el armario, pero, ante su estupor, no los encontró. Se aseguró vaciando todo el contenido del mueble, pero fue en vano. No estaban. Alguien los había robado. Le asaltó un profundo temor.

Comprendió que no le resultaría fácil cerrar aquel asunto, pero estaba determinado a seguir adelante con sus planes. De hecho, tal vez la desaparición del molde fuera lo mejor que podría haberle sucedido. Si el intento de asesinato que había sufrido en el almacén era por aquel trozo de terracota, lo mejor para que le dejaran en paz era que quienquiera que lo buscara lo tuviera ya en sus manos.

Nada más terminar de cerrar el equipaje, se quedó contemplando el extraño cetro de yeso. Lo cogió y lo examinó con detenimiento. El exterior reflejaba un cuidadoso labrado con motivos florales. Respecto al interior, supuso que debería haberlo ocupado la barra cilíndrica que no había incorporado. Se preguntó si en lugar de un cetro, no sería alguna especie de flauta.

Meneó la cabeza. No sabía ni por qué divagaba sobre su forma ni sobre su utilidad. Lo elevó para destrozarlo contra el suelo cuando, de repente, se detuvo. Bajó la mano lentamente y dejó de nuevo el cetro sobre sus ropas. Acababa de pensarlo mejor. Si tan relevante era, haría bien en conservar una pieza de la que, al fin y al cabo, nadie sabía de su existencia. Si la mantenía escondida, conservarla no sólo no le reportaría ningún riesgo, sino que, llegado el momento, podría usarla como prueba.

Una vez decidido, sólo necesitaba un lugar para esconderla. Algo sencillo en el caso de disponer de un domicilio, pero complicado en su situación.

Mientras intentaba imaginar un sitio seguro, se frotó el pecho con una de sus manos, hasta toparse con la llave que llevaba colgada al cuello. La había olvidado. Era la llave que Ming le había entregado para que, en previsión de un desenlace fatídico, se hiciera cargo de sus pertenencias más valiosas. Y si no recordaba mal, éstas permanecían ocultas en su despacho, en un compartimento secreto.

Entonces se decidió. Camufló el cetro entre sus ropas y salió con su equipaje de la habitación. En el salón vio a Iris Azul de pie, junto a la puerta. Llevaba un vestido de tul bajo el que se adivinaba una figura turbadora. Sin embargo, él sólo tuvo ojos para su rostro. Cuando advirtió la humedad de sus párpados, no pudo evitar una punzada de amargura. Al pasar a su lado estuvo a punto de explicarle por qué se iba. Lo intentó, pero no se atrevió. Sólo pudo pronunciar un «adiós» avergonzado. Después bajó la cabeza y abandonó el pabellón en dirección a la academia.

Aunque imaginaba que los centinelas le franquearían la salida, decidió asegurarse pidiéndole a Bo que le acompañara. El oficial renegó en un primer momento, pero Cí le persuadió, aduciendo que aunque su trabajo en la Corte hubiera terminado, quizá en la muralla aún no lo supieran. Además, deseaba entregarle a su maestro Ming un libro que tenía que recoger de su biblioteca y, si salía solo, quizá a su regreso volviera a tener problemas. Finalmente, Bo accedió. Cruzaron las murallas sin que le registraran y, juntos, se encaminaron hacia la academia.

Cuando llegaron, Cí preguntó por Sui, el sirviente de Ming. El jardinero que les recibió desapareció un instante y al poco regresó acompañado de un hombre de mediana edad que le miró con extrañeza a través de sus cejas pobladas. Sin embargo, en cuanto Cí le mostró la llave, su expresión cambió por otra de preocupación.

—¿El maestro ha...?

Cí negó con la cabeza. Le confesó que, aunque el maestro continuaba débil, pronto se restablecería y que le había encargado que le llevase un libro de su biblioteca para leer durante su convalecencia. El sirviente asintió y le invitó a que le siguiera. Bo esperó en el jardín.

Una vez en el despacho, Sui se acercó a unas estanterías de las que extrajo parsimoniosamente varios libros que hacían de parapeto hasta dejar a la vista una trampilla de caoba protegida por una cerradura. Cí esperó a que el sirviente se retirara, pero, para su contrariedad, Sui no se movió.

Cí apretó los dientes. Aquélla era una situación inesperada que le obligaba a alterar sus planes y debía hacerlo rápido o Sui sospecharía. Introdujo la llave en el cerrojo y abrió la portezuela que daba acceso a un diminuto receptáculo repleto hasta reventar. Cí se maldijo al comprobar que en aquel agujero no cabría el molde que intentaba esconder. Intentó ganar tiempo examinando los volúmenes almacenados en el escondrijo hasta que de repente sus ojos se posaron en uno que le llamó poderosamente la atención. Era un manuscrito moderno titulado *Ingmingji, Procesos judiciales al descubierto*, y la caligrafía pertenecía al propio Ming. Lo sacó para no quedar en evidencia ante Sui, argumentando que precisamente aquél era el libro que le había pedido Ming. Sin embargo, aún seguía sin encontrar la forma de ocultar el cetro.

—¿Qué os sucede? —preguntó finalmente el sirviente.

Cí lo miró. Le entregó el cetro y una bolsa con monedas.

—Necesito que me hagas un favor. Necesito que lo hagas por Ming.

* * *

Con Kan muerto, Cí regresó a palacio con el único objetivo de conseguir la liberación de su maestro. Bo le acompañó para acelerar los

trámites, pero los enfermeros que atendían a Ming aún desconocían las consecuencias de la muerte de Kan, así que sus gestiones resultaron infructuosas. Una vez a solas con Ming, Cí intentó reconfortarle. Sus piernas habían mejorado y la sangre volvía a animar sus mejillas, así que dio por hecho que en pocos días podría caminar y retomar sus tareas. Mientras eso sucedía, lo mismo le daba recuperarse en la academia que en aquellas *acogedoras* dependencias. Ming sonrió ante la ocurrencia de Cí. Sin embargo, cuando éste le informó de las circunstancias del suicidio de Kan, la lividez retornó al rostro del enfermo. Había algo extraño en la voz de Cí, un tono que le intranquilizó.

—¿Qué me ocultas? —le preguntó.

Cí observó a los centinelas a su alrededor. Parecían atentos a su conversación. Le respondió que nada.

—¿Estás seguro? —insistió Ming.

Cí mintió mejor que nunca, algo de lo que se dio cuenta porque el semblante de Ming recuperó el sosiego en la misma medida en que el suyo se ensombrecía. Odiaba mentir, pero últimamente parecía haberse convertido en un consumado maestro. Había mentido a Iris Azul, al juez Feng y, ahora, a Ming. Se despidió de él asegurándole que se ocuparía de que le trasladaran cuanto antes a la academia. Sin embargo, le ocultó que había cogido un libro de su biblioteca para no alertarle aún más.

Una vez fuera, Cí meneó la cabeza. No estaba precisamente orgulloso de sí mismo. Al contrario, se despreciaba. Allá donde se mirase se veía reflejado en la figura de su padre, y todo cuanto repudiaba de él, lo veía ahora en sí mismo. Su padre había sido un farsante, y lo mismo que tanto había odiado entonces, lo cometía él ahora. Se descubrió como un ser sin escrúpulos que prefería mirar hacia otro lado para favorecer sus

intereses sin importarle la verdad; sin distinguir entre culpables e inocentes. Atrás quedaban las sabias enseñanzas de Feng y los honestos consejos de Ming. Pensó en su hermana Tercera. No se sentiría orgullosa de él.

El fantasma de la niña le sacudió las entrañas. Se sentó abatido en el suelo mientras se preguntaba qué era lo que estaba haciendo, qué pretendía conseguir y en qué se estaba convirtiendo... Su cabeza le exigía que olvidase sus remordimientos y aprovecharse una oportunidad para escapar que no se le volvería a presentar. Pero dentro de él algo le roía lentamente. Una agonía que adivinaba jamás le dejaría en paz.

Pateó una piedra con rabia. Ni siquiera sabía si sería capaz de olvidar a Iris Azul. Seguía recordando el calor de su piel, igual que la tristeza de su mirada. La añoraba. De repente, un relámpago en su interior le impulsó a despedirse de ella... No lo pensó. Se levantó y echó a andar hacia el Pabellón de los Nenúfares, sin discernir si tal impulso obedecía a un deseo carnal o a un postrer resquicio de dignidad.

Estaba aproximándose al edificio cuando a lo lejos creyó distinguir la figura de Feng. Algo más cerca comprobó que, en efecto, el juez permanecía junto a un carro dirigiendo el traslado de su equipaje junto a media docena de sirvientes que trajinaban con fardos y sacas. Al advertir su presencia, Feng dejó su ocupación y se acercó con una sonrisa.

—¿Cí? Iris me dijo que te habías marchado, pero yo le aseguré que eso era imposible. —Le abrazó con fuerza, en un gesto poco común.

Cí nunca había abrazado a nadie sabiéndose un traidor. Sintió náuseas al percibir el cuerpo desvalido del viejo Feng dándole palmas cariñosamente en la espalda.

—Habéis vuelto antes de lo previsto —acertó a contestar Cí con la cabeza gacha. Pensó que Feng descubriría la vergüenza que le ruborizaba.

—Afortunadamente, pude organizar el nuevo convoy con rapidez. ¡Vamos! Échame una mano con estos obsequios. ¿Te das cuenta, Iris? — le gritó—. ¡Cí ha regresado!

Cargado con una alforja, Cí contempló a la *nüshi* bajo el quicio de la entrada. La saludó con timidez, pero ella entró de nuevo en el pabellón sin decir nada.

Durante la comida, Feng se interesó por lo ocurrido en su ausencia. Notaba a Iris preocupada y se lo hizo saber, pero la mujer achacó su desgana a un malestar pasajero mientras le servía con torpeza un poco más del pollo caramelizado que acababan de traerles. Luego, Feng se interesó por el suceso que todo el mundo comentaba.

—¡Un suicidio! ¡A saber qué pasó por su cabeza...! —repuso el juez—. Siempre dije que Kan albergaba algo oscuro, pero nunca imaginé que pudiera cometer un acto semejante. ¿Qué harás ahora, Cí? Trabajabas para él...

Cí tragó el pollo sin masticar. No se atrevía a mirar a Feng a los ojos. Y menos estando presente su mujer.

—Supongo que volveré a la academia —respondió.

—¿A comer cada día arroz pasado? ¡Eso ni pensarlo! ¡Te quedarás aquí con nosotros! ¿Verdad, Iris?

La mujer no respondió. Ordenó al servicio que retirara los platos vacíos y se excusó por su inoportuno dolor de cabeza. Cuando se levantó

con la intención de retirarse, Feng se ofreció a acompañarla, pero ella rechazó la ayuda y se marchó a sus aposentos sola.

—Tendrás que disculparla —sonrió Feng mientras volvía a tomar asiento—. Las mujeres en ocasiones se comportan de forma extraña. Pero bueno... ¡ya tendrás tiempo de conocerla!

A Cí le resultó imposible engullir el trozo que tenía en la boca. Lo escupió en una escudilla y se levantó de la mesa.

—Lo siento. No me encuentro bien —dijo, y se retiró también a sus dependencias.

* * *

Permaneció encerrado en su habitación preguntándose qué hacer. Intentaba pensar, pero sólo lograba odiarse a sí mismo, a sabiendas de que fuera aguardaba Feng, dispuesto a ofrecerle su hogar a un lobo disfrazado de cordero. Se maldijo una y otra vez diciéndose que Feng no lo merecía. Sopesó confesarle su delito, pero enseguida comprendió que su falta no sólo no le redimiría, sino que alcanzaría a Iris Azul y arrastraría de forma irremediable a Feng con su deshonra. Se sentía atado de pies y manos, con la horrible sensación de que, hiciera lo que hiciese, causaría un daño imposible de reparar. Y lo peor de todo es que tenía la certeza de haberlo causado ya.

El sol comenzaba a ocultarse lentamente, lo mismo que sus esperanzas.

Se levantó con los ojos enrojecidos y salió de la habitación decidido a hablar con Feng. Quizá no lograra revelarle lo sucedido con Iris Azul, pero podía contarle todo lo demás sin guardarse ni una sola cosa. Lo encontró tomando té en su biblioteca, una sala confortable de grandes ventanales. Los libros descansaban igual que Feng, cuidadosamente apilados en unos atriles plenos de sabiduría. Una ligera brisa traía el aroma de los jazmines. Cuando Feng vio a Cí, desplegó una sonrisa y le invitó a que se sentara.

—¿Estás mejor? —le preguntó.

No lo estaba, pero aceptó el té que Feng le ofreció con su habitual amabilidad. No sabía cómo empezar. Simplemente, comenzó. Le confesó que el motivo por el que Kan le había contratado había sido para espiar a Iris Azul.

—¿A mi mujer? —La taza de té tembló entre sus dedos.

Cí le aseguró que, cuando aceptó, desconocía que él fuera su marido. Luego, al averiguarlo, se negó a continuar, pero Kan le chantajeó colocando en el otro plato de la balanza la vida del profesor Ming.

Los labios de Feng temblaron. Su rostro era puro estupor, pero al escuchar que la orden de Kan obedecía a la sospecha de que Iris Azul era la responsable de unos asesinatos, su gesto se transformó en indignación.

—¡Ese maldito malnacido...! ¡Si no se hubiera suicidado, yo mismo le habría despedazado con mis manos! —bramó mientras se levantaba.

Cí se mordió los labios. Luego miró a Feng a los ojos.

—Ojalá fuera cierto. Pero Kan no se suicidó.

De nuevo la perplejidad se apoderó de Feng. Él había dado crédito al rumor palaciego que hablaba sobre la existencia de una nota póstuma en la que el consejero reconocía su culpabilidad. Cí se lo confirmó. La nota existía, él la había leído y, según Bo, la caligrafía pertenecía sin ningún género de duda a Kan.

—¿Entonces? ¿Qué quieres decir?

Cí le pidió que se sentara. Había llegado la hora de desvelar toda la verdad y de acudir con ella al emperador. Le narró los pormenores del examen que había practicado a Kan, empezando por el tipo de sogas que emplearon para ahorcarlo.

—Una cuerda de cáñamo trenzado. Delgada pero resistente. De las empleadas para colgar a los cerdos...

—La que más le cuadraba —murmuró con un gesto de indignación.

—Sí. Pero independientemente de eso, yo hablé con Kan la tarde anterior, y os puedo asegurar que su actitud no era la de una persona que estuviese preparando su suicidio. Tenía planes inmediatos.

—La gente cambia de opinión. Tal vez por la noche le pudo la ansiedad de la culpabilidad. Se derrumbó y actuó de forma precipitada.

—¿Y salió de madrugada a buscar una cuerda de ese tipo? Si en verdad hubiese actuado acuciado por la angustia, habría empleado lo primero que hubiera encontrado. En la habitación disponía de las lazadas que recogen las cortinas, cinturones de batines, largos pañuelos de seda, sábanas que podía anudar, cordones... Pero, por lo visto, en ese momento de desesperación sólo se le ocurrió salir a buscar una cuerda.

—O a pedir que se la trajeran. No comprendo la causa de tu suspicacia. Además, está esa nota que tú mismo leíste. La que anunciaba su suicidio.

—No exactamente. En la nota reconocía su culpabilidad, pero en ningún momento mencionaba su propósito de quitarse la vida.

—No sé. No parece concluyente... No puedes presentarte ante el emperador sólo con una suposición.

—Podría tratarse de una suposición de no concurrir otros hechos que le otorgan la categoría de certeza —afirmó—. En primer lugar, están sus ropas, perfectamente dobladas y colocadas sobre la mesilla.

—Eso no demuestra nada. Sabes tan bien como yo que desnudarse antes de un ahorcamiento es un acto común en muchos suicidas... Y el hecho de que doblara su ropa concuerda con la exasperante pulcritud y el esmero que rodeaban todas sus acciones.

—En efecto, Kan era un hombre rutinario y pulcro. Y por esa misma razón resulta extraño que la forma en la que su ropa estaba plegada sobre la mesilla fuera totalmente distinta a la que observé en el resto de su vestuario.

—Ahora comprendo. Y sugieres, por tanto, que no fue él quien la dobló.

Cí asintió.

—Una observación aguda, aunque también un error de principiante —denegó Feng—. En cualquier familia humilde tu suposición habría resultado acertada, pero te aseguro que en palacio los consejeros no se doblan sus ropajes. Esa tarea queda a cargo del servicio, de modo que el

detalle que comentas lo único que demuestra es que Kan dobló la ropa de forma diferente a la empleada por sus sirvientes.

Cí enarcó una ceja. Por un momento se sintió estúpido, pero al menos se alegró de que quien le corrigiera fuese su antiguo maestro. No obstante, no se amilanó. El tema de la ropa era sólo un detalle menor y aún confiaba en dos razones poderosas.

—Disculpad mi suficiencia. No pretendía... —Se dejó de excusas y continuó—: Entonces, decidme, ¿por qué un arcón?

—¿Un arcón? No entiendo...

—Utilizó un arcón como plataforma. Aparentemente, lo colocó bajo la traviesa central y lo empleó para subirse y arrojarse desde él.

—¿Y qué tiene eso de extraño?

—No demasiado —hizo una pausa—, de no ser porque el arcón resultó estar lleno de libros. Intenté moverlo y me fue imposible. Habría necesitado la ayuda de otra persona para trasladarlo.

Feng frunció el ceño.

—¿Seguro que pesaba tanto?

—Más que Kan. ¿Por qué arrastrar algo tan pesado si disponía de numerosas sillas?

—Lo ignoro. Kan era un hombre muy grueso. Quizá temió la endebles del asiento.

—¿Temor un hombre que va a ahorcarse?

Feng enarcó una ceja.

—En cualquier caso, eso no es todo —continuó Cí—. Volviendo a la cuerda que utilizó para colgarse, ésta era nueva. El cáñamo se veía impoluto. Como recién trenzado. Sin embargo, había un tramo rozado en la parte que excedía el nudo de la viga.

—¿Te refieres al extremo libre?

—Desde el nudo de la viga, hacia el extremo libre, sí. Un tramo rozado de unos dos codos de longitud. Curiosamente, la misma distancia que entre los talones del muerto y el suelo.

—No veo a dónde quieres llegar.

—Si se hubiera colgado él mismo, en primer lugar habría anudado la cuerda a la viga, después habría introducido la cabeza por el nudo vivo y finalmente habría saltado desde lo alto del arcón.

—Sí. Así debería haber ocurrido...

—Pero, en tal caso, la cuerda habría aparecido sin roce alguno, cosa que sabemos que no sucedió. —Se levantó para escenificarlo—. En mi opinión, Kan yacía inconsciente antes de ser ahorcado. Con toda probabilidad, fue narcotizado. Entre dos o más personas lo colocaron sobre el arcón. Luego introdujeron su cabeza por el lazo, pasaron el extremo de la cuerda por la traviesa y tiraron de ésta hasta elevarlo. El peso de Kan provocó que durante el alzamiento la viga raspara las fibras del cáñamo, un roce cuya longitud coincide con la que distaba de sus pies al suelo.

—Interesante —concedió Feng—. ¿Y por qué supones que Kan se hallaba inconsciente antes de su asesinato?

—Por un detalle prácticamente concluyente. No había fractura en la tráquea. Algo impensable en un nudo situado por debajo de la nuez que soportó un peso enorme al ser arrojado desde una considerable altura.

—Kan podría haberse dejado deslizar en vez de haber saltado.

—Tal vez. Pero si convenimos en que nos encontramos ante un crimen, es obvio suponer que, de haber estado consciente, Kan se habría resistido a sus asesinos. No obstante, su cuerpo carecía de rasguños, hematomas o cualquier otra señal de lucha. Podríamos pensar en un envenenamiento previo, pero su corazón aún latía cuando lo colgaron. La reacción vital de la piel de su garganta, la protrusión de la lengua contra los dientes o el tono negruzco de sus labios así lo atestiguan, de modo que sólo queda la opción de que fuese narcotizado.

—No necesariamente. También pudieron coaccionarlo...

—Yo lo dudo. Por terrible que resultase la amenaza, una vez que la soga atenazara su cuello y su cuerpo quedara suspendido, instintivamente se habría debatido para librarse de su atadura.

—Tal vez estuviera atado de manos...

—No encontré señales en sus muñecas. Pero sí una huella que definitivamente confirma todas mis suposiciones. —Buscó en la biblioteca un libro polvoriento y lo sujetó con el lomo hacia arriba, en posición horizontal. Luego se desató un cordón de las mangas y lo colocó por encima del lomo, dejando que ambos extremos del cordón colgaran bajo las tapas—. Fijaos. —Agarró los dos extremos a la vez y estiró bruscamente de ellos. Después los retiró y le mostró la marca a Feng—. El surco que el cordón ha dejado sobre el polvo del lomo es nítido y definido. Ahora, observad esto. —Repitió la operación en otra zona del

lomo, pero en esta ocasión ejerciendo movimientos que simulaban un peso al debatirse en los extremos—. ¿Veis la diferencia? —Señaló unos bordes imprecisos, amplios y difuminados—. Y sin embargo, cuando me encaramé para comprobar la traviesa en la que se anudaba la cuerda, encontré una huella idéntica a la primera. Limpia, sin muestra alguna de agitación.

—¡Todo esto es sorprendente! ¿Y por qué no se lo has revelado al emperador? —se admiró Feng.

—No estaba seguro —mintió Cí—. Antes quería consultároslo.

—Pues, según veo, no existen dudas. Quizá lo único discordante sea la nota de inculpación...

—Al contrario, señor. Encaja perfectamente. ¡Fijaos bien! Kan franquea el paso a dos hombres a los que conoce y en quienes confía. De repente, éstos le amenazan para que se reconozca responsable de los asesinatos. Kan, temeroso por su vida, les obedece y escribe una nota inculpándose. Sin embargo, en la nota no anuncia su suicidio, porque los asesinos no desean que Kan se alarme más y pueda reaccionar con violencia. Una vez firmada la confesión, le ofrecen un vaso de agua para calmar sus nervios, un agua previamente narcotizada, para asegurarse la ausencia de ruidos y resistencia. Cuando cae inconsciente, lo desnudan, arrastran el pesado arcón hasta el centro de la habitación y atan a la traviesa un cordón de cáñamo nuevo que han procurado que sea fino para ocultarlo con facilidad. Luego trasladan el cuerpo dormido de Kan hasta el arcón, lo sientan sobre éste, e introducen su cabeza en el nudo. Lo izan entre los dos y lo ahorcan, aún vivo, para que su cuerpo reaccione como en un suicidio veraz. Después doblan con cuidado su ropa y abandonan la estancia.

Feng miró a Cí boquiabierto, comprendiendo al punto que su antaño alumno se había transformado en un investigador excepcional.

—¡Debemos hablar de inmediato con el emperador!

Cí no compartió su entusiasmo. Le hizo notar que sus descubrimientos podrían propiciar de nuevo las sospechas hacia Iris Azul.

—Recordad el asunto de la hoz ensangrentada y las moscas —le tembló la voz—. Ayudé a descubrir un culpable, pero perdí a un hermano.

—¡Por todos los dioses, Cí! ¡Olvida ese asunto! Tu hermano se condenó a sí mismo en el momento en que asesinó a aquel lugareño. Hiciste lo que debías. Además, fui yo quien descubrió la sangre en la hoz, no tú, así que deja de culparte por ello. En cuanto a mi mujer, no te preocupes. Conozco al emperador y sabré convencerlo. —Se levantó para marcharse—. Por cierto, olvidé comentártelo. Esta mañana vi en palacio a ese nuevo juez que te preocupaba, el tal Astucia Gris.

Cí dio un respingo. Con el revuelo de los últimos acontecimientos, lo había olvidado por completo.

—Pierde cuidado —le tranquilizó Feng—. Ahora ya es tarde, pero mañana a primera hora hablaremos con el emperador. Le informaremos de tus descubrimientos y aclararemos tu situación. No sé lo que habrá averiguado ese Astucia Gris, pero te aseguro que si pensaba ascender a tu costa, no tiene la menor posibilidad.

Cí se lo agradeció. Sin embargo, la idea de acompañarle no le convenció.

—No os ofendáis, pero conversaréis sobre Iris Azul. Son asuntos privados que no tengo por qué presenciar —se excusó Cí.

Feng convino en que llevaba razón. Sin embargo, no consintió que Cí rechazara su oferta de alojamiento.

—De ningún modo permitiré que vuelvas a la academia —se indignó—. Te hospedarás con nosotros en el Pabellón de los Nenúfares hasta que tu nombre quede limpio por completo.

A Cí le resultó imposible decir que no. Cenaron frugalmente, conversando sobre temas intrascendentes que no tranquilizaron a Cí. Pese a sus esfuerzos, no lograba evitar que la presencia de Iris Azul le continuara turbando casi tanto como le torturaba ver a un Feng sonriente, ajeno a cuanto sucedía. Mientras masticaba desganado, se preguntó quiénes serían los asesinos de Kan. Pensó en la *nüshi* y se preguntó si Feng la defendería tan ciegamente de conocer su naturaleza infiel.

Antes de acostarse ojeó el *Ingmingji*, el manuscrito sobre procesos judiciales que había sacado de la biblioteca de Ming. En él se recopilaban algunos de los casos más complicados registrados en los últimos cien años. A su cabeza le interesaban, pero sus ojos no daban para más. Dejó el volumen y se acostó. No logró conciliar el sueño. Pensaba en Iris Azul.

Se encontró con ella por la mañana, cuando entró en su dormitorio sin llamar. La mujer dejó un pantalón y una chaqueta a los pies de la cama y esperó en silencio mientras él se desperezaba. Cí se preguntó el motivo por el que habría dejado allí las prendas, pero ella se le adelantó.

—Necesitarás una muda limpia, ¿no?

Cí no contestó. Se sentía tan atraído por ella que ni siquiera se atrevía a rozarla con sus palabras. Sin embargo, al advertir que no se retiraba, se vio obligado a responder.

—¿Qué es lo que pretendes? —dijo al fin, indignado.

—Tu ropa sucia —respondió secamente—. La lavandera espera fuera.

Cí se la entregó y ella le dijo que le esperaba en el comedor.

Cuando Cí llegó, el servicio ya había nutrido la mesa con tortitas de arroz humeantes, ensalada de col agria y bollos al vapor rellenos de verdura. Cí se sorprendió de no encontrar a Feng, pero Iris le informó de que el juez había madrugado para acudir a palacio. Cí asintió. Sólo probó el té. La luz le molestaba en sus ojos hinchados. Miró a Iris Azul de reojo. Necesitaba marcharse de allí.

Pensó en visitar a Ming. Se despidió y se encaminó hacia la enfermería. Estaba a medio camino cuando, inesperadamente, varios soldados le salieron al paso. Cí pidió explicaciones, pero el primero en llegar le golpeó con una vara de bambú en la cara haciéndole sangrar. Acto seguido, y sin mediar palabra, los restantes se abalanzaron sobre él y le apalearon hasta rendirle. Cuando se cansaron, le ataron de pies y manos y lo levantaron en volandas. Un último bastonazo le hizo perder el sentido, de modo que no pudo escuchar al jefe de la guardia anunciar que quedaba detenido por conspirar contra el emperador.

CAPÍTULO 33

Se despertó en una celda en penumbra rodeado de decenas de reclusos comidos por la inmundicia. No comprendía bien qué sucedía, pero uno de ellos le hurgaba entre las ropas como si acabara de encontrar un nuevo tesoro. Cí se lo quitó de encima como si se tratara de una cucaracha e intentó incorporarse. Algo húmedo le emborronaba la visión. Al palparse la cabeza, su mano se tiñó de rojo. De repente, el harapiento que intentaba robarle volvió a echarse sobre él, pero un guardia salido de la nada lo sujetó por la espalda y lo apartó a un lado. Acto seguido, izó a Cí por la pechera y le propinó un puñetazo que lo mandó de nuevo al suelo.

—¡Levántate! —le ordenó. A su lado aguardaba un gigante armado con un bastón e idéntico gesto de odio.

—¡Ha dicho que te levantes! —bramó, y descargó un bastonazo sobre Cí.

Cí obedeció, no por un dolor que no percibía, sino porque no entendía qué ocurría a su alrededor. Se apoyó contra la pared para no caerse, sin comprender por qué le habían encerrado ni por qué se empeñaban en golpearle. Intentó preguntarlo, pero a la primera palabra el guardia le clavó el extremo del bastón en el estómago. Cí se dobló sin aire.

—¡Y habla cuando se te pregunte! —añadió la bestia.

Cí le miró a través del velo sanguinolento que manaba de su frente. Apenas podía respirar. Aguardó a que alguien le explicara por qué le trataban como a un perro.

—Dinos quién te ha ayudado.

—¿Quién me ha ayudado a qué? —Paladeó el sabor de su sangre.

Un nuevo bastonazo le golpeó en la cara, abriéndole una brecha en la mejilla. Cí tembló con el impacto y dobló una rodilla. El segundo golpe lo hizo caer.

—Tú eliges: puedes contárnoslo ahora y conservar los dientes, o esperar a que te los rompamos y comer gachas hasta que te ejecuten.

—¡No sé de qué me habláis! ¡Preguntad en palacio! ¡Trabajo para Kan!
—respondió enajenado.

—¿Trabajas para un muerto? —Una patada le hizo escupir a Cí un borbotón de sangre—. Pregúntaselo tú cuando llegues al infierno.

* * *

Cuando despertó de nuevo, una figura le limpiaba con esmero la herida de la cabeza. Al aclararse la vista, Cí reconoció a Bo.

—¿Qué...? ¿Qué está pasando? —logró balbucear.

Por toda respuesta, Bo lo arrastró por el suelo hasta un muro distante, lejos de los fisgones. Una vez a salvo, lo miró con gesto serio.

—¿Que qué ha ocurrido? ¡Por el Gran Buda, Cí! En la Corte no se habla de otra cosa. ¡Te acusan de la muerte de Kan!

Cí parpadeó incrédulo, sin entender lo que le confiaba Bo. El oficial le enjugó la sangre de la frente con un paño húmedo y le dio de beber. Cí tragó con avidez.

—Me... me han golpeado —murmuró Cí.

—No hace falta que me lo digas. Lo extraño es que no te hayan matado. —Lo examinó—. Por lo visto, esta mañana un juez llamado Astucia Gris ha examinado el cadáver de Kan y ha determinado que su muerte no obedeció a un suicidio. Con él iba un adivino que afirma que mataste a un alguacil. —Sacudió la cabeza—. Astucia Gris te ha acusado, pero la orden de tu detención la ha dado el mismísimo emperador.

—¡Pero esto es ridículo! Tenéis que sacarme de aquí. Feng sabe que...

—¡Silencio! Pueden oírnos.

—Preguntadle a Feng —le susurró al oído—. Él te confirmará que yo no fui.

—¿Has hablado con el juez Feng? —Su rostro cambió—. ¿Qué le has contado?

—¿Que qué le he contado? ¡Pues la verdad! Que narcotizaron a Kan. Luego lo colgaron y dejaron la nota de suicidio. —Cí se echó las manos a la cabeza, vencido por la desesperación.

—¿Y nada más? ¿No le contaste lo del almacén?

—¿Lo del almacén? No entiendo. ¿Qué tiene que ver el almacén?

—¡Responde! ¿Se lo contaste, sí o no?

—Sí. ¡No! ¡No lo recuerdo, diablos...!

—¡Maldición, Cí! Si te empeñas en no colaborar, no podré ayudarte. ¡Tienes que revelarme cuanto hayas averiguado!

—Pero si ya os he dicho cuanto sé.

—¡Por todos los dioses! ¡Déjate de estupideces! —Arrojó el vaso al suelo, estallándolo en mil pedazos. Se mordió los labios y calló un instante. Miró a Cí—. Lo siento —dijo. Intentó limpiarle de nuevo, pero Cí se apartó—. Escucha, Cí. Necesito saber si realmente tuviste algo que ver. Dime lo que...

—¡¿Pero qué queréis que os diga?! —bramó—. ¿Que confiese que lo maté yo? ¡Por los espíritus de mis ancestros! Estos esbirros me machacarán lo haya hecho o no.

—Como quieras. ¡Guardias! —gritó.

Al instante, dos centinelas abrieron la cancela y dejaron salir a Bo.

Cí se quedó acurrucado en una esquina mohosa como un perro apaleado. No entendía qué sucedía. Le costaba pensar. Poco a poco, se apoderó de él un sopor que lentamente le devolvió a las tinieblas.

No supo bien en qué momento recuperó la consciencia, pero cuando lo hizo, advirtió al instante que le habían robado la chaqueta. Echó un vistazo a su alrededor, pero no la distinguió sobre ninguno de los harapientos. No se molestó en buscarla. Seguramente la necesitarían más que él, pero, aun así, se refugió en la oscuridad avergonzado por las cicatrices que cruzaban su torso. Al rato, uno de los presos se le acercó y le ofreció una manta que Cí aceptó. Iba a cubrirse con ella cuando alzó la cabeza y vio que el hombre que le había ayudado era un viejo comido por la sarna, así que se la devolvió de inmediato. Cuando el viejo se acercó para recogerla, Cí advirtió sobre su rostro unas cicatrices que le resultaron familiares. Palideció. Se acercó para comprobarlo, pero el viejo retrocedió, asustado. Cí le tranquilizó. Le dijo que sólo quería comprobar sus extrañas cicatrices y le mostró las suyas para convencerle de que no pretendía dañarle. Cuando el viejo accedió, Cí no pudo creerlo: la misma forma, el mismo tamaño... Eran idénticas a las que había descubierto en el cadáver del retrato. De inmediato, preguntó al viejo cómo se las había producido, pero éste miró a su alrededor y retrocedió. Cí se desprendió de sus zapatos y se los ofreció. En un primer momento, el viejo pareció no comprender, pero luego extendió sus manos temblorosas y le arrebató el calzado de un tirón, como si creyera que Cí pretendía engañarlo. Mientras el preso se probaba los zapatos, Cí insistió.

—Sucedió en la noche de Año Nuevo —respondió finalmente el hombre—. Entré a robar comida en una casa de ricos. Alumbré entre las cajas y de repente explotó.

—¿Explotó? No entiendo.

El viejo lo miró de arriba abajo.

—Tus pantalones...

—¿Cómo?

—¡Tus pantalones! ¡Vamos! —Se los señaló para que se los quitara.

Cí le obedeció. El hombre los aferró mientras aún los tenía en los tobillos y se los arrebató, dejando a Cí desnudo.

—Habían almacenado petardos para las fiestas —dijo mientras se los ponía—. Los muy necios los guardaban junto a la vajilla. Acerqué el candil y saltó todo por los aires. ¡Casi pierdo los ojos!

Cí lo miró anonadado. ¡De modo que se trataba de eso...! Iba a preguntarle si conocía a algún tipo con esa clase de cicatrices cuando vio aparecer a los dos guardias que le habían apaleado. El viejo se separó de él como si éste fuera un apestado. Cí se acurrucó.

—¡Levántate! —le ordenaron.

El joven obedeció. Al advertir que estaba desnudo, uno de los guardias recogió la manta del suelo con el bastón y se la acercó.

—Cúbrete y síguenos.

Cí apenas podía mantenerse en pie, pero cojeó tras ellos a través de un pasillo tan tenebroso como la galería de una mina. Avanzaron hasta una herrumbrosa puerta de madera. Cuando el primero de los guardias la golpeó con sus nudillos, Cí pensó que su hora se acercaba. Pensó en atacar a sus captores y emprender una huida desesperada, pero carecía de las fuerzas necesarias. Suspiró. Ya nada le importaba. Al escuchar el

chirrido de los goznes, el corazón se le encogió. Poco a poco, el portalón se fue abriendo, dejando entrar un deslumbrante torrente de luz que le cegó. Luego, cuando sus ojos se acostumbraron al fulgor, reconoció la figura recortada de Feng. Cí balbució antes de que las piernas le flaquearan. Feng impidió que se derrumbara. Le arrancó la manta y lo cubrió con su chaqueta. Luego gritó a sus captores para que le ayudaran.

—¡Infames malnacidos! —Sostuvo a Cí—. ¿Pero qué te han hecho, muchacho?

Feng firmó y selló el documento de custodia por el que se responsabilizaba del reo. Luego, con la ayuda de su sirviente mongol, trasladó a Cí hasta su carruaje y emprendieron el regreso al Pabellón de los Nenúfares.

Una vez en su residencia, Feng ordenó que condujeran a Cí a su dormitorio. Cí suplicó que lo dejaran en el mismo que ya había ocupado, pero Feng adujo que en el suyo estaría más holgado y no lo consintió. Acomodaron al joven en el lecho de Feng y lo taparon con una sábana. Al poco, llegó un médico acupuntor. Entre Feng y él le despojaron de la chaqueta y con la ayuda de un sirviente le limpiaron las heridas. Cí no se quejó. El médico le palpó las costillas, escuchó su respiración e inspeccionó la brecha de la cabeza. Nada más terminar, decretó que guardara cama un par de días.

—Ha tenido suerte —oyó Cí que decía—. No tiene nada roto. O al menos, nada que el descanso y unos buenos cuidados no sean capaces de reparar.

Cuando el médico se marchó, Feng corrió las cortinas para suavizar la luz y se sentó junto a Cí. Meneó la cabeza. Su rostro rezumaba preocupación.

—¡Malditos bastardos! Siento haber tardado tanto, Cí. Esta mañana salí temprano para resolver unos asuntos y para cuando quise entrevistarme con el emperador, ese Astucia Gris del que me hablaste ya se había adelantado. Su Majestad me informó de que, tras un segundo examen del cadáver, Astucia Gris había determinado que Kan había sido asesinado. Debe de odiarte mucho, porque te acusó con tal vehemencia que convenció al emperador. Según me comentaron, le acompañaba un adivino piojoso, el cual te responsabilizó de la muerte de un alguacil.

—¡Pero...! ¡Pero si fui yo quien averiguó...!

—¡Y gracias a eso he conseguido que te liberen! Le aseguré al emperador que ayer me informaste de esos mismos descubrimientos: le detallé lo del arcón, las huellas de la cuerda, el contenido de la carta de confesión... Se lo conté todo y, aun así, me costó convencerle. Hube de empeñar mi palabra y mi honor para arrancarle la orden provisional que te pone bajo mi custodia. Una garantía personal a cambio de un ultimátum. Mañana se celebrará el juicio.

—¿Juicio? ¿Entonces no os cree?

—No quiero mentirte, Cí. —Agachó la cabeza—. Astucia Gris está moviendo cielo y tierra en busca de motivos para inculparte. Al saber que el emperador te prometió un puesto en la administración si lograbas resolver el caso, ha argumentado que la muerte de Kan se convertía en la forma más sencilla para obtener tu propósito. Te acusa de ser el gran beneficiado. Y está ese adivino que te atribuye otro asesinato.

—¡Eso es una falacia! Sabéis perfectamente que...

—¡El problema no es lo que yo sepa! —le interrumpió—. El problema es lo que crean ellos, y lo único cierto es que no disponemos de pruebas

que acrediten tu inocencia. Ese sello que te entregaron te permitía acceder a cualquier dependencia de palacio, incluida el ala donde se ubican las habitaciones privadas de Kan. Y varios testigos te vieron discutir con él, entre ellos el mismísimo emperador.

—Ya. Y también yo decapité a unos hombres a los que ni siquiera conocía, y les produje una herida en los pulmones, y...

—¡Te repito que ése no es el problema! Mañana nadie juzgará los crímenes de unos pobres muertos de hambre. Juzgarán el asesinato del consejero de los Castigos, o lo que es lo mismo: te acusarán de conspirar contra el emperador. Y mientras no demos lo contrario, el asesino, te guste o no, eres tú.

Cí comprendió que debía contarle a Feng cuanto sabía, pero la cabeza le iba a reventar y las pistas que había ido acumulando se arremolinaban en su pensamiento. Además, su libreta de notas se había quedado con el resto de su equipaje en la academia al cuidado del sirviente de Ming. Le pidió a Feng que le permitiera descansar un momento. Cuando se quedó solo, cerró los ojos, sintiendo el zumbido de sus oídos casi tanto como el galope de su corazón. Estaba asustado. Tiempo atrás había presenciado la horrible muerte de su hermano y no quería acabar como él. Por suerte, antes de que su recuerdo le atormentara más, el cansancio le derrotó, sumiéndole en un sueño profundo.

Despertó al escuchar unas voces procedentes del exterior. No sabía qué hora era. Al incorporarse, la habitación se balanceaba a su alrededor, pero se sujetó al dosel de la cama y caminó titubeando hacia la claridad procedente de la ventana abierta. Justo cuando iba a llegar, tropezó y cayó al suelo, quedando sus ojos a la altura del alféizar. Iba a levantarse cuando de repente vio algo que le extrañó: ocultas entre el follaje, dos figuras medio agazapadas discutían en voz baja, cuidando de mirar a un

lado y a otro como si temiesen ser descubiertas. Con cautela, se irguió un poco para intentar distinguirlas. Cuando lo logró, el corazón se le paralizó. Las dos personas que parecían conspirar eran Iris Azul y Bo.

Cuando concluyeron la conversación, Cí regresó hasta la cama. No había conseguido escuchar la disputa, pero sí el tono acusador de ambos. Respiró con fuerza mientras intentaba encontrar una salida a la ratonera en la que se había metido. No se le ocurría nada. Ya sólo confiaba en Feng. Pasados unos instantes, escuchó llamar a la puerta. Cuando autorizó la entrada, entró en el dormitorio Iris Azul.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó la mujer, distante.

Cí la miró de arriba abajo mientras ella permanecía impassible, como si se encontrara frente a un desconocido al que jamás hubiera amado. Iris Azul se acercó despacio hasta el borde de la cama y depositó la tetera que llevaba en una bandeja. Cí contempló sus manos. Temblaban como las de una enferma.

—Estoy bien.

Acto seguido le preguntó de qué conocía a Bo. Al escucharlo, la mujer derramó sin querer el té. Cí trató de limpiar el líquido que goteaba de la bandeja.

—Perdona —balbució mientras le ayudaba—. Son cosas que pasan cuando una es ciega.

Le respondió que no conocía a Bo. Cí sabía que le mentía. No quiso insistir para no dejarla en evidencia. Iba a necesitar cualquier ventaja, y tal vez aquélla la pudiera emplear.

—No hemos tenido ocasión de hablar de lo que sucedió la otra noche —dijo él.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a la noche en la que yacimos juntos. ¿Tan mala memoria tienes o con tantos has estado que no eres capaz de recordar?

Ella intentó abofetearle, pero él la sujetó.

—¡Suéltame! —gritó—. ¡Suéltame antes de que llame a mi marido!

Cí aflojó su mano justo en el instante en que Feng entraba por la puerta. Ambos carraspearon. Ella se separó.

—Derramé el té —se excusó ella.

Feng no le concedió importancia. Al contrario, corrió a recoger la taza y acompañó a Iris a la puerta. Luego cerró y se acercó a Cí. Se alegró de encontrarle despierto y con mejor cara que por la mañana. Sin embargo, le mostró su preocupación por el paso de las horas y la ausencia de pruebas con las que sustentar su defensa.

—Sabes que nuestro sistema judicial prohíbe la presencia de abogados. Tendrás que defenderte a ti mismo, igual que cualquier otro reo, y apenas disponemos de esta tarde para planificar tu estrategia.

Cí lo sabía. El gesto de resignación que abatía su rostro daba cumplida respuesta a Feng. Sopesó contarle el encuentro que acababa de presenciar entre Iris Azul y Bo, pero dudó que realmente sirviera para algo más que para ponerse en evidencia y acabar destapando la infidelidad con su mujer. Además, si pretendía convencer al emperador,

debería acudir con algo más concluyente. ¿Pero con qué? Feng pareció adivinarlo.

—Intenta serenarte. Ahora debes ser como el lago durante la tormenta: aunque la tempestad sacude su superficie, en sus profundidades sigue morando la calma.

Cí miró los ojos templados de Feng, velados por el paso de los años. Sus lacrimales húmedos rezumaban paz y comprensión. Cerró él los suyos para buscar la tranquilidad que necesitaba. Buceó en las profundidades de su mente hasta llegar a la conclusión de que era un error centrar todos sus esfuerzos en el asesinato de Kan. Entonces se concentró en lo que consideraba el gran enigma. Según sus pesquisas, todas las muertes eran obra de la misma mano criminal, de modo que la clave debía residir en el nexos que las unía: la muerte del eunuco, la del viejo de las manos corroídas, la del hombre del retrato y la del broncista. Un nexos que tenía que ir más allá de la presencia de un perfume o las extrañas heridas de sus torsos. Un nexos que desconocía, pero que debía averiguar.

De repente, todo desapareció hasta teñirse de negro. Luego a su mente acudieron como lúgubres invitados los rostros de los cadáveres.

Primero vio a Suave Delfín, encorvado sobre sus libros de cuentas en los que registraba el tráfico de la sal, el mismo tipo de trabajo que había ejercido su padre para Feng. El eunuco apuntaba las partidas, los excedentes, la distribución y sus costes. En algún momento encontraba algo que no cuadraba. Después, las cuentas cambiaban y los beneficios disminuían.

Seguidamente, apareció el hombre de las manos corroídas. Corroídas también por la sal. Lo imaginó con ellas enterradas en el mineral

pulverizado. Sin embargo, bajo sus uñas se distinguían pequeños fragmentos de carbón negruzcos. Entonces lo imaginó trabajando con ambos productos. Mezclándolos hábilmente con el cuidado de un alquimista taoísta.

Después se presentó el hombre del retrato. Aquel cuyo patrón de heridas coincidía con el ladrón lacerado por una explosión.

Finalmente, la última imagen se fue desvaneciendo para ceder su lugar al presuntuoso fabricante de bronce. Aquel cuyo taller había ardido el mismo día de su asesinato, dejando como herencia un cetro misterioso. Un cetro de bronce... hueco...

Un fogonazo sacudió la mente de Cí.

¡Por fin lo veía! ¡Por fin encontraba una relación entre los distintos asesinatos! La sal, el carbón, las exportaciones, la explosión... Los ingredientes de un único compuesto tan escaso como devastador.

Su corazón se atropelló cuando se lo contó a Feng.

—¿No os dais cuenta? —gritó excitado—. ¡La clave de los crímenes no reside en la pauta empleada por el asesino ni en el perfume empleado para disimular el olor de sus heridas! Las desfiguraciones no pretendían ocultar sus identidades, sino sus oficios. ¡Son sus oficios los que conducen al homicida!

Feng miró con sorpresa a Cí, quien ya abandonaba la cama y comenzaba a vestirse, pero el juez le aconsejó que volviera al lecho y le explicara su descubrimiento.

—¡La pólvora! ¡La clave está en la pólvora! —exclamó Cí.

Feng enmudeció.

—¿La pólvora? —se extrañó—. ¿Qué interés podría suscitar un producto que sólo sirve para festejar el fin de año?

—¡Cómo he podido ser tan necio! ¡Cómo he podido estar tan ciego! —se maldijo Cí. Luego miró a Feng, feliz de compartir con él su descubrimiento. Le pidió que se sentara antes de continuar—. Durante mi estancia en la academia, tuve ocasión de consultar cierto tratado titulado *Ujingzongyao*, el único compendio que existe sobre técnicas militares —le explicó—. Ming me lo recomendó para que conociese las terribles heridas a las que se exponen los combatientes durante un conflicto armado. ¿Lo conocéis?

—No. No he oído hablar de él. De hecho, no creo que sea muy popular. Ya sabes que nuestro pueblo odia las armas casi tanto como al ejército.

—En efecto, el propio Ming me advirtió de su rareza. Según comentó, el tratado original fue el resultado de un encargo que el emperador Renzong, de la antigua Dinastía Tsong del Norte, hizo a los universitarios Zeng Gongliang y Ding Du. La copia que posee la academia es una de las pocas que traspasaron el ámbito castrense al que habían sido destinadas. Es más, me aseguró que, debido a lo comprometido de su contenido, su distribución había sido vetada por el actual emperador.

—Realmente curioso. ¿Y qué relación tiene ese tratado con los asesinatos?

—Quizá ninguna... Pero uno de los capítulos se ocupaba de las aplicaciones de la pólvora para uso militar.

—¿Te refieres a los cohetes incendiarios? —sugirió Feng.

—No exactamente. Al fin y al cabo, esos cohetes no dejan de ser meras flechas con propulsión en su cola, que, si bien aumenta su capacidad de alcance, disminuye su precisión. No. Me refiero a un arma mucho más mortífera. A un arma letal. —Sus ojos se abrieron como si la tuviera frente a él—. Los artilleros del emperador Renzong encontraron la forma de aplicar el poder explosivo de la pólvora reemplazando los antiguos cañones de bambú por otros de bronce y sustituyendo los proyectiles de cuero con metralla y excrementos por otros de piedra sólida, capaces de derrumbar las más poderosas murallas. Mientras, sus alquimistas taoístas descubrieron que si aumentaban la cantidad de nitrato, podían crear una explosión mucho más violenta y eficaz.

—Ya. Pero no comprendo...

—Ojalá tuviese el libro para ser más preciso —se lamentó—. Recuerdo que hablaban de tres tipos de pólvora en función del artefacto que se podía emplear: la incendiaria, la explosiva y la de propulsión, cada una con variaciones en el contenido de sulfuro, carbón y salitre. Pero bueno, todo esto no es importante.

—En buena hora, porque ando confundido. Para ti estará claro, pero yo no acabo de vincular la relación entre la pólvora y los asesinatos.

—¿No lo veis? —El rostro de Cí era el de un exaltado—. ¡El cetro no es un cetro! ¡Es un arma aterradora! ¡Un cañón manejable con la mano!

—¿El cetro? ¿Un cañón? —Feng se extrañó.

—En el taller del broncista encontré el molde de una extraña terracota. Logré reconstruirlo y extraje de él un positivo, una figura de yeso que

supuse que se correspondería con el bastón de mando de algún mandatario caprichoso. —Miró al infinito, como si en él se hallara la respuesta—. Sin embargo, ahora todo encaja. Las inusuales heridas que encontramos en los cadáveres; esas extrañas cicatrices circulares fueron provocadas por algún tipo de proyectil disparado desde ese cañón de mano. Un artefacto mortal. Un arma hasta ahora inexistente del tamaño de una flauta que se puede llevar bajo los ropajes para matar a distancia con absoluta impunidad.

—¿Pero estás seguro de lo que dices? —Feng no podía contener su estupefacción—. Algo así explicaría muchas cosas. Es más: si presentamos ese molde en el juicio, demostraríamos que tu imputación carece de fundamento.

—No tengo el molde —se lamentó Cí—. Lo guardaba en la habitación, pero alguien lo robó.

—¿Aquí? ¿En mi casa? —se sorprendió.

Cí asintió. Feng frunció los labios.

—Por fortuna, saqué un positivo que aún conservo. El cañón de yeso que os acabo de mencionar. Supongo que servirá.

Feng coincidió con Cí. De hecho, era su última oportunidad. El joven pidió papel y pincel para redactar una autorización.

—¿Y dónde está ese cañón?

—En la academia. Lo custodia un sirviente de Ming llamado Sui. —Se descolgó la llave del cuello y se la dio a Feng—. Os escribiré una nota para que os lo entregue.

Feng asintió. El juez advirtió a Cí que mientras la preparaba, se acercaría a palacio para informarse de los últimos acontecimientos, luego regresaría a por la autorización y acudiría a la academia para recoger la prueba. Antes de despedirse, le aconsejó que descansara.

Cuando Feng desapareció, Cí exhaló una interminable bocanada de aire, como si por fin se librara de la pesadilla que le atenazaba hasta asfixiarle.

* * *

Tras redactar la nota, Cí intentó descansar un rato, pero no lo consiguió. No dejaba de pensar en Iris Azul. Su encuentro a escondidas con Bo le había desconcertado hasta sumirle en una duda que le consumía: si Bo e Iris estaban de acuerdo, era muy posible que ella fuera la autora del robo del molde y el oficial, el cómplice necesario en cada uno de los asesinatos.

Su pulso se aceleró. Pese a contar con la baza del pequeño cañón de yeso, el peligro se cernía a su alrededor.

Mientras aguardaba el regreso de Feng, pidió a la sirvienta que le velara que le trajera el *Ingmingji*, el libro sobre procesos judiciales que había sacado de la biblioteca de Ming. Dado que la ley le obligaba a ejercer su propia defensa, pensó que su lectura le familiarizaría con las estrategias de los jueces de la Corte, además de contribuir a profundizar en cualquier jurisprudencia que pudiera servirle de ayuda. Cuando lo tuvo en sus manos, lo ojeó con avidez. Pasó por alto los capítulos que

hacían referencia a los castigos aplicables a los oficiales corruptos y se centró en los litigios. Ming había recopilado las querellas más representativas de cada uno de los ámbitos del derecho: las disputas sobre herencias, divorcios, exámenes, transacciones comerciales y lindes abarcaban los primeros dos tercios del volumen, pero el tercio restante se centraba exclusivamente en aquellos procedimientos penales destacados, bien por la trascendencia del crimen, o bien por la sagacidad del juez instructor. Se acomodó sobre el lecho de bambú y centró su atención en estos últimos. Ming había reflejado con la precisión de un cirujano cada fase del procedimiento, desde la descripción del crimen, pasando por la denuncia, la instrucción del juez, la segunda investigación, la tortura, la celebración del juicio, la condena, los recursos y la ejecución. Al igual que los que atentaban contra el emperador o el séquito imperial, todos los casos relativos al tráfico de armas estaban penados con la muerte. Eso no le sosegó.

Estaba comprobando el listado de sumarios cuando, de repente, el enunciado de uno de ellos le paralizó. Con una perfecta caligrafía, rezaba así:

Relato de la pesquisa instruida por el honorable juez Feng en relación con el degüello de un campesino en un campo de arroz y su asombrosa resolución merced a la observación de las moscas sobre una hoz. Hecho acaecido durante la tercera luna del séptimo mes, del decimotercer año de reinado del emperador Xiaozong.

Hubo de leer la fecha por segunda vez para comprobar que no se trataba de un error. Un escalofrío le sacudió el corazón.

Siguió leyendo sin dar crédito a la descripción. En ella se detallaba cómo el juez Feng, por aquel entonces un recién llegado a la judicatura, había obtenido el reconocimiento inmediato por la increíble astucia urdida para desentrañar un crimen entre decenas de sospechosos. Para ello, ordenó colocar todas las hoces sospechosas en una fila al sol. Dispuso una loncha de carne podrida para atraer a las moscas y cuando se formó un enjambre sobre ésta, la retiró, provocando que la nube de insectos volara hacia la única hoz que conservaba restos imperceptibles de sangre.

Cí cerró el libro y lo apartó como si en su interior habitase un demonio. Sus manos temblaban, dominadas por el terror. Xiaozong era el abuelo del actual emperador. En su decimotercer año de reinado, Feng tendría unos treinta años. Y, sin embargo, el suceso reflejado en aquel libro refería pormenorizadamente la misma actuación que había presenciado en su aldea natal durante el juicio de Lu. Un calco del caso que había conducido a la muerte a su propio hermano, siendo Feng su acusador.

La vista se le nubló.

Cogió de nuevo el libro y lo releyó. Su pulso palpitaba desbocado. No había confusión. No había error. ¿Cómo podía haber sido tan necio? ¿Cómo había podido sucumbir a tan terrible engaño? La incriminación de su hermano no había respondido ni a un descubrimiento casual ni a la afortunada perspicacia de Feng. Al contrario, había ocurrido porque alguien lo había preparado todo para incriminarle. Alguien que ya había utilizado ese mismo método con anterioridad. Y ese alguien era el propio Feng.

Pero ¿por qué?

Imaginando que Feng aún seguiría en palacio, abandonó la habitación decidido a enfrentarse a él. Sin embargo, al alcanzar la salida, un sirviente desconocido se interpuso en su camino. Cí se quedó mirando las líneas que formaban sus ojos, de rasgos diferentes a los de su raza. De repente, lo reconoció. Era el mismo mongol que había acompañado a Feng el día en que éste se presentó en la aldea. Cí no le dijo nada. Intentó esquivarlo, pero el sirviente se lo impidió.

—El amo ha ordenado que permanezca en la casa —le advirtió, amenazador.

Cí contempló el rostro huraño del mongol. Pensó desafiarle, pero la montaña de músculos que reventaba su camisola le disuadió, de modo que retrocedió unos pasos hasta que un sirviente se hizo cargo de él y lo acompañó de regreso a la habitación de Feng.

Nada más quedarse a solas, Cí se dirigió hacia la ventana decidido a saltar, pero ésta daba a un estanque tras el que hacían guardia dos centinelas. Torció el gesto. En su estado, no lograría escapar ni aunque le nacieran escamas. Exasperado, miró a su alrededor. Aparte del lecho en el que había reposado y del escritorio sobre el que descansaba la autorización que había redactado para Sui, la habitación de Feng era un damero de librerías y estantes repletos de tratados relativos a asuntos judiciales, pero, en un rincón apartado, descubrió una sección inédita dedicada por completo a la sal. A Cí le extrañó. Sabía que Feng había abandonado la actividad judicial para centrarse en tareas burocráticas relacionadas con el monopolio de la sal, pero una colección monográfica tan extensa parecía exceder un interés puramente profesional. Guiado por un impulso, echó un vistazo a algunos de los tomos. La mayoría hacían referencia a la extracción, la manipulación y el comercio del mineral, mientras que un lote más reducido se centraba en las propiedades de la sal como condimento, conservante alimentario o

medicamento. Sin embargo, un tomo de color verde parecía desentonar con los demás. Al leer el título se extrañó. Era una copia del *Ujingzongyao*, el volumen sobre técnicas militares del que había hablado a Feng y que éste había asegurado desconocer. Luego deslizó los dedos sobre el resto de lomos perfectamente alineados, hasta que de repente tropezaron con un volumen cuyo dorso sobresalía ligeramente del resto. Supuso que Feng lo habría consultado recientemente y por alguna razón ajena a sus hábitos había olvidado volver a colocarlo a la altura de los demás, así que lo sacó de la estantería para comprobar su contenido. Curiosamente, sus tapas carecían de título. Abrió el volumen y comenzó a leer.

El primer párrafo le heló la sangre. El texto no era más que una sucesión de asientos comerciales sobre compras y ventas de partidas de sal, pero lo que en verdad le había estremecido era que conocía aquellos signos como si los hubiera escrito él: el mismo trazo, la misma cadencia. Y su nombre y su firma al final de cada balance. Aquélla era la caligrafía de su padre. Sin saber el motivo, siguió estudiándolo con avidez.

Comprobó que los balances se remontaban hasta un lustro atrás. Conforme avanzaba, advirtió que aquel volumen era una réplica exacta del que había consultado en los archivos del Consejo de Finanzas. Una especie de contabilidad paralela, pero idéntica a la original. Cerró el volumen y miró los bordes guillotizados. Tal y como imaginaba, las hojas se apreciaban bien prensadas unas contra otras, a excepción de dos zonas algo entreabiertas que debían de coincidir con las páginas que se habían consultado más. Introdujo la uña y separó el libro por la marca más alejada, encontrando que su contenido concordaba con las extrañas fluctuaciones encontradas en el archivo original de Suave Delfín. Luego retrocedió hasta la primera marca y leyó con atención. El patrón de movimientos se repetía hasta alcanzar un descenso máximo. A partir de

ese día, la firma de su padre se evaporaba para dar paso a la de Suave Delfín.

Cerró los párpados con tanta fuerza que pensó que le reventarían. ¿Qué podía significar aquello? Volvió a repasar los datos, incapaz de comprender. La cabeza le oprimía como si le fuera a estallar.

De repente, un ruido en el exterior le alertó. Cerró el libro de inmediato y se apresuró a devolverlo a la biblioteca, pero los nervios le traicionaron y se le cayó al suelo. Estaba recogéndolo cuando escuchó que la puerta se abría. La respiración se le cortó. En un parpadeo se levantó e introdujo el manual en su sitio justo en el instante en que alguien entraba en la habitación. Era Feng, portando una bandeja con fruta. Cí advirtió que, en lugar de dejar el libro como estaba, lo había alineado con los demás. En un suspiro consiguió sacarlo un dedo antes de que Feng, ocupado con la bandeja, alzara la vista. Entonces, mientras el juez se giraba para cerrar la puerta, descubrió con horror que, con la caída, una hoja se había desprendido del libro y yacía en el suelo junto a sus pies. De inmediato, empujó la hoja debajo de la librería con el pie. Feng le saludó y dejó la bandeja sobre la cama.

—En palacio no hay novedad. ¿Has terminado la nota?

—Aún no —mintió.

Cí corrió hacia el escritorio y ocultó en sus mangas la autorización que había preparado. Luego comenzó a escribir una nueva. Feng advirtió su temblor.

—¿Sucede algo?

—Los nervios del juicio —fingió. Terminó de escribir la nueva autorización y se la entregó.

—Come algo de fruta. —Le señaló la bandeja—. Mientras, iré a recoger el cañón de mano.

Cí asintió. Feng ya se retiraba cuando a la altura de la puerta se detuvo.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, sí —le aseguró.

Feng ya iba a salir, pero algo en la biblioteca le detuvo. Frunció el ceño y se dirigió hacia el lugar donde había encontrado a Cí curioseando. El joven observó que, pese a su intento por ocultarla, una esquina de la hoja que había empujado asomaba a la vista. Pensó que Feng la habría descubierto. Sin embargo, el juez alzó su mano y extrajo el libro de cuentas que momentos antes había examinado. Cí contuvo la respiración. Feng abrió el libro y comprobó que estaba boca abajo. Frunció el ceño. Le dio la vuelta y lo colocó en su sitio en la posición correcta, dejándolo un dedo más afuera que los demás. Luego se despidió y se fue.

Tras asegurarse de que no regresaba, Cí se abalanzó sobre la hoja caída. Al examinarla advirtió que no era una página desprendida, sino una carta que Feng había debido de guardar en el interior del volumen. Estaba fechada en su aldea natal. Era de su padre. La desplegó y comenzó a leer.

Respetado Feng:

Aunque aún faltan dos años para que concluya el luto por el que hube de cesar en mi puesto, deseaba comunicaros mi anhelo por reincorporarme inmediatamente a vuestro servicio. Como ya os he manifestado en anteriores misivas, mi hijo Cí ambiciona retomar sus estudios en la Universidad de Lin'an, y yo comparto esa ilusión.

Por vuestro honor y por el mío, no puedo aceptar que se me acuse de una infamia que no he cometido ni permanecer en esta aldea un día más mientras soportáis y tapáis los rumores sobre mi malversación. Las ignominiosas insidias que me acusan de corrupción no me desaniman. Soy inocente y quiero demostrarlo. Por fortuna, dispongo de copias de los asientos que reflejan las irregularidades que encontré en vuestras cuentas, por lo que no nos será difícil rebatir cualquier imputación.

No es necesario que vengáis a la aldea. Si, como decís, el motivo por el que os oponéis a mi regreso es protegerme, os ruego me permitáis acudir a Lin'an y demostrar con pruebas mi inocencia.

Vuestro humilde servidor.

A Cí le paralizó el estupor.

¿Qué era lo que estaba sucediendo? Según aquel documento, su padre parecía ser inocente de los cargos que se le imputaban. Y obviamente, Feng lo sabía. Sin embargo, cuando le confesó al juez que en la universidad le habían denegado el certificado de aptitud por el comportamiento indigno de su padre, Feng había dado por probada la culpabilidad de su progenitor.

Aspiró con fuerza e intentó recordar los hechos que habían acaecido en la aldea durante la visita de Feng. Si su padre tenía la firme intención de regresar a Lin'an, ¿por qué cambió de opinión? ¿A qué presión tan terrible se hubo de ver sometido para, de la noche a la mañana, renunciar a su honra y aceptar cargar con un delito que afirmaba no haber cometido? ¿Y por qué Feng viajó a la aldea, pese al expreso deseo de su padre en sentido contrario? ¿Y por qué inculpó a su hermano?

Se maldijo por haber renegado de su padre. El hombre que le había engendrado había luchado por él hasta su último suspiro, y a cambio él le había pagado desconfiando y repudiándole. Era él, y no su padre, el auténtico estigma de su familia. Cí dejó escapar un alarido de dolor.

Un sufrimiento desconocido le oprimió los pulmones mientras el aire se viciaba en su garganta y la sangre se le atropellaba en el corazón. Su pensamiento se turbó por la ira.

Tardó en serenarse. Cuando lo hizo, se preguntó qué papel jugaba Feng en aquel laberinto, pero no encontró una respuesta que satisficiera sus dudas. Feng, el hombre al que había imaginado como un padre, era un traidor en el que no podía confiar.

Se levantó y guardó la carta bajo la chaqueta, cerca del corazón. Luego apretó los dientes y trazó un plan.

Lo primero que hizo fue registrar hasta el último rincón de la habitación. Con cuidado de dejar todo como estaba, sacó libros buscando nuevos documentos, miró en los huecos de las estanterías, levantó los cuadros y escudriñó bajo las alfombras, pero no encontró nada de utilidad. Finalmente, se dirigió al escritorio. Los cajones superiores sólo contenían algunos instrumentos de escritura, un par de sellos y papel en blanco, nada que le llamara la atención, a excepción de una bolsita con

un polvillo negro que, por su olor, identificó como pólvora. El cajón inferior estaba cerrado con llave. Intentó forzarlo, pero no lo logró. Por un instante pensó en reventarlo, pero no quería despertar sospechas, así que extrajo el cajón superior e introdujo el brazo por el hueco para ver si comunicaba con el de abajo. Desafortunadamente, un tablero de madera sellaba el vano entre cajón y cajón. Se volvió hacia la cama y aferró el cuchillo de la fruta. Luego, con cuidado, metió la mano por el hueco y comenzó a astillar el fondo del tablero para extraer una lama y acceder al cajón por el agujero. Poco a poco, la hendidura fue avanzando hasta completar la anchura del cajón. Metió el cuchillo por la grieta y apalancó la lama hasta hacerla saltar. Sacó fuera el listón y hundió la mano hasta que su propio hombro se lo impidió. Por desgracia, el hueco apenas si le permitía rozar con los dedos lo que parecían ser fragmentos de algún material. Desesperado, empujó el escritorio con el hombro haciéndolo pivotar sobre sus patas traseras para que, con la inclinación, el contenido del cajón se desplazase hacia el fondo. Al hacerlo, sintió el crujido de sus huesos bajo el peso de la madera. Rápidamente sus dedos se aferraron a los fragmentos como las garras de un ave de presa, cogió cuanto pudo y dejó caer el escritorio con violencia. Colocó los dos cajones superiores y corrió hacia la cama para examinar su botín mientras aspiraba con ansia el aire que le faltaba. No se atrevía a mirar. Lentamente, abrió la mano y prorrumpió en una exclamación. Los fragmentos se correspondían con los restos del molde de terracota verde que había desaparecido de su habitación. Pero descubrir entre ellos una diminuta esfera de piedra cubierta de sangre reseca fue lo que verdaderamente le asombró.

* * *

Intentó dejar todos los objetos en su sitio, como si ni siquiera los hubiera rozado la brisa. Luego, con el sigilo de un bandido, se deslizó hasta su habitación, llevándose las pruebas y el libro de los juicios ocultos entre sus ropajes. Una vez en el dormitorio, se dejó caer sobre el lecho de bambú para examinar el valor de sus hallazgos.

Los restos del molde no le aportaron novedad alguna, pero, al observar la esferita de piedra, advirtió que tenía incrustadas unas minúsculas astillas de madera. Un examen más profundo reveló que su superficie estaba fracturada, como si se hubiera golpeado contra algo duro y se hubiera desprendido una esquirla. De inmediato, sintió el palpar de su corazón. Corrió hacia sus enseres y buscó la esquirla que había encontrado en la herida del alquimista. La cogió tembloroso y la acercó hacia la esferita. Cuando hizo coincidir las dos piezas, un escalofrío le sacudió. Al juntarlas, conformaban una esfera perfecta. Durante un instante, creyó estar en disposición de desvelar ante el emperador el verdadero rostro de Feng, pero pronto cayó en la cuenta de lo desesperado de su situación: no se enfrentaba a un vulgar delincuente. Feng se había revelado como un manipulador capaz de mentir, simular y, posiblemente, incluso asesinar con absoluta frialdad. Y por si fuera poco, él había sido tan necio como para revelar a Feng todos sus descubrimientos. Si pretendía desenmascararle, necesitaría ayuda. Pero ¿a quién pedir auxilio en una madriguera de lobos?

La desesperación le consumió. Desconocía el papel que desempeñaba Iris Azul en aquella trama, pero en aquel momento ella era su único asidero.

La abordó en el salón. Iris, sentada en una butaca, acogía en su regazo a un gato de color crema que agradecía con ronroneos las caricias que ella le prodigaba. Reposaba tranquila, con la vista perdida en algún lugar que sólo ella conocía. Al escuchar sus pasos adivinó a quién pertenecían.

Dejó que el felino se deslizara hasta el suelo y miró hacia el lugar donde creía que aguardaba Cí. Sus ojos grisáceos lucían más bellos que nunca.

—¿Te importa que me sienta? —le preguntó él.

Iris tendió su mano, indicándole el diván situado frente a ella.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó sin rastro de emoción—. Feng me dijo que sufriste un accidente.

Cí enarcó la ceja. Él habría encontrado mil calificativos más adecuados para definir la paliza que le habían propinado en la prisión. Le contestó que se restablecería pronto.

—Sin embargo, hay un asunto que me preocupa más que mis huesos y que quizá también te preocupe a ti —espetó.

—Tú dirás —esperó ella. Su gesto continuó impasible, ajeno a cualquier sentimiento.

—Esta mañana te vi en el jardín mientras discutías con Bo, pero más tarde me aseguraste que no le conocías. Supongo que hablaríais de algo muy grave si te viste obligada a mentir.

—¡Vaya! Ahora no sólo te dedicas a espiar, sino que además te atreves a acusar —se revolvió—. Deberías avergonzarte por pedir explicaciones, tú, que desde que llegaste a esta casa no has parado de engañar.

Cí enmudeció. Sin duda, para ser Iris la única persona en la que podía confiar, había comenzado con mal pie. Se disculpó por su atrevimiento, atribuyéndolo a su desesperación.

—Por mucho que te extrañe, mi vida está en tus manos. Necesito que me digas de qué hablabas con Bo.

—Dime una cosa, Cí. ¿Por qué habría de ayudarte? Mentiste sobre tu profesión. Mentiste sobre tu trabajo. Bo te acusa y...

—¿Bo?

—Bueno. No exactamente. —Calló.

—¿Qué sucede? —Se levantó—. ¡Por el Gran Buda, Iris! ¡Está en juego mi vida!

Al escucharlo, Iris palideció.

—Bo... Bo me dijo... —Temblaba como una niña asustada.

—¿Qué te dijo? —La sacudió por los hombros. Sintió en ellos su temor.

—Me dijo que sospechaba de Feng. —Se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar.

Cí la soltó. Aquella respuesta era la mejor que podría haber esperado y, sin embargo, tras escucharla, no sabía cómo actuar. Se sentó junto a ella e hizo ademán de abrazarla, pero algo se lo impidió.

—Iris... Yo... Feng no es una buena persona. Deberías...

—¿Qué sabes tú de buenas personas? —Se revolvió con los ojos enrojecidos por el llanto—. ¿Acaso tú me recogiste cuando todos me dieron la espalda? ¿Acaso tú me has mimado y atendido durante estos años? No. Tú tan sólo me has disfrutado una noche y ya te crees con el derecho de decirme lo que debo o no debo hacer. ¡Como todos a cuantos

he conocido! Te desnudan, te besan o te ultrajan, lo mismo da, y luego o se olvidan de ti o pretenden que les obedezcas y babeas tras ellos como si fueras un perro. ¡No! ¡Tú no conoces a Feng! Él me ha cuidado. Él no puede haber hecho esas cosas tan horribles que dice Bo... —Rompió a llorar de nuevo.

Cí la contempló entristecido. Imaginaba lo que estaba padeciendo, porque un dolor semejante era el que seguía sufriendo él.

—Feng no es la persona que tú crees ni la que él dice ser —le aseguró—. No sólo estoy yo en peligro. A menos que me ayudes, pronto lo estarás tú también.

—¿Ayudarte yo...? ¿Pero has visto con quién estás hablando? ¡Despierta, Cí! ¡Soy una ciega! ¡Una maldita y solitaria prostituta ciega! —Miraba de un lado a otro sin ver, con los ojos rebosantes de desesperación.

—¡Escúchame! Sólo te pido que mañana acudas al juicio a declarar. Que seas valiente y respondas con la verdad.

—¡Ja! ¿Sólo eso? —Sonrió con amargura—. ¡Qué fácil es hablar de valentía cuando se dispone de juventud para luchar y de dos ojos con los que ver! ¿Sabes lo que soy? La respuesta es nada. ¡Sin Feng no soy nada!

—Por mucho que mires hacia otro lado, no podrás cambiar la verdad.

—¿Y cuál es la verdad? ¿Tu verdad? Porque la mía es que le necesito. Que me ha cuidado. ¿Qué esposo no comete errores? ¿Quién no comete errores? ¿Acaso tú, Cí?

—¡Maldita sea, Iris! ¡No estamos hablando de pequeñas equivocaciones! ¡Hablamos de un asesino!

Iris negó con la cabeza mientras balbuceaba palabras ininteligibles. Cí masculló. No lograría nada presionándola. Se mordió los labios y asintió. Luego, se levantó dispuesto a marcharse. Estaba haciéndolo cuando se giró.

—No puedo obligarte —le recriminó—. Eres libre de acudir al juicio o delatarme esta noche a Feng, pero nada de lo que hagas o digas cambiará la verdad. Feng es un criminal. Ésa es la única realidad. Y sus acciones te perseguirán mientras vivas, si es que a permanecer a su lado se le puede llamar vivir.

Cí no quiso ver a Feng, argumentando que la cabeza le reventaba y precisaba descansar. Para evitar sus sospechas, dejó dicho que confiaba en él y en cuantas pruebas hubiese reunido para su defensa. Iba a encerrarse en su habitación cuando Iris Azul le sujetó.

—¿Sabes, Cí? Tienes razón. Feng conoce infinitas formas de morir. Y no dudes que escogerá la más dolorosa cuando le toque matarte a ti.

CAPÍTULO 34

Cí no durmió en toda la noche y, sin embargo, le faltaron horas para aborrecerse a sí mismo y para odiar a Feng. Cuando los primeros rayos del alba salpicaron las cortinas, se preparó. Había empleado todas sus energías en buscar una estrategia que dejara en evidencia a Feng, pero lo que para él resultaba meridianamente claro, quizá sólo fuera palabrería para el emperador.

Cuando llegó el momento de partir, hubo de esforzarse para guardar la compostura y no dejar traslucir sus sentimientos hacia el juez. Feng aguardaba en la puerta, ataviado con su antigua toga de magistrado, el gorro alado y una sonrisa afable que Cí ahora sabía cínica. Al joven le costó balbucear un saludo amargo que justificó por la falta de sueño. Feng no desconfió. Afuera esperaba la guardia imperial para escoltarles hasta el salón donde se celebraría la audiencia. Al contemplar sus armas, Cí se cercioró de que llevaba bien ocultas las suyas: el libro de juicios, la misiva de su padre, la bolsita de pólvora y la pequeña esfera de piedra ensangrentada que había encontrado en el cajón de Feng. Después se giró con la esperanza de encontrar el apoyo de Iris Azul. No la vio.

Dejaron atrás el Pabellón de los Nenúfares sin que la *nüshi* saliera a despedirles. Durante el trayecto intentó evitar a Feng. Miraba al suelo para no verle, porque estaba convencido de que si el juez volvía a sonreírle, se abalanzaría sobre él y le arrancaría el corazón.

Una vez en el Salón de los Litigios, Feng ocupó su puesto junto a los magistrados del Alto Tribunal que conducirían la acusación. A su lado, Cí distinguió a un Astucia Gris en cuyo rostro resplandecía una histriónica mueca de triunfo mientras presumía ante sus colegas de haber propiciado su detención. A Cí le obligaron a arrodillarse frente al trono vacío del soberano. El joven tembló. Tras permanecer un rato con la frente en el suelo, un toque de gong anunció la presencia del emperador Ningzong, quien, ataviado con una túnica roja cuajada de dragones dorados, avanzó escoltado por un nutrido séquito encabezado por el consejero supremo de los Ritos y el nuevo consejero de los Castigos. Cí, sin variar la postura, aguardó.

Un anciano con el bonete encasquetado hasta las cejas y bigotes aceitados se adelantó de entre el grupo de oficiales para presentar a Su Majestad Celestial y dar lectura a las imputaciones. El hombre aguardó a que el emperador se sentase y le otorgase su beneplácito. Cuando ocupó el trono, y sus consejeros los asientos que le flanqueaban, le hizo una reverencia y comenzó.

—Como oficial de justicia anciano de palacio, con la aquiescencia de nuestro magnánimo y honorable monarca Ningzong, Hijo del Cielo y Dueño de la Tierra, decimotercer emperador de la Dinastía Tsong, en la octava luna del mes de la granada, del primer año de la era Jiading y decimonoveno de su digno y sabio reinado, declaro el inicio del juicio que se celebra contra Cí Song, a quien se le acusa de conjura, traición y asesinato del consejero imperial Chou Kan, lo que, de forma inapelable, conlleva aparejado el cargo de traición y atentado contra el mismísimo

emperador. —Hizo una pausa antes de continuar—. De acuerdo con las leyes de nuestro código de justicia, el *Songxingtong*, al acusado le asiste el derecho a su propia defensa, no pudiendo ser socorrido por otra persona ni condenado hasta que no medie su confesión.

Cí, aún postrado, lo escuchó en silencio mientras intentaba ponderar sus futuras alegaciones. Cuando el anciano concluyó, cedió la palabra a Astucia Gris, quien, tras cumplimentar al emperador y obtener su beneplácito, sacó una serie de pliegos que dispuso ordenadamente sobre la mesa que compartía junto a Feng. A continuación, con voz pretenciosa, presentó a la concurrencia la filiación del acusado y pasó a enumerar las diferentes pruebas que, a su juicio, lo señalaban inequívocamente como culpable.

—Antes de enumerarlas, permitid que os esboce una semblanza que os acerque al verdadero cariz de este falsario. —Calló y miró a Cí—. Tuve la desgracia de coincidir con el acusado en la Academia Ming. Allí mostró, no una, sino reiteradas veces, su incapacidad para respetar las leyes y las normas. Por tal motivo fue juzgado por el claustro de profesores y sometido a consulta para una expulsión, que sólo resultó frenada merced a la interesada defensa de su invertido director.

Cí lo maldijo. Astucia Gris comenzaba a socavar ante el emperador no sólo su integridad, sino también la de cualquiera que, como en el caso de Ming, pretendiera defenderle. Intentó madurar una respuesta, a sabiendas de que no podría replicar hasta que no le otorgaran la palabra.

—Lo que a ojos de un profano pudiera parecer sólo un comportamiento inapropiado —continuó Astucia Gris— es en realidad un reflejo de la rebeldía y el odio que el acusado aloja en su espíritu. Los profesores que intentaron expulsarle han ratificado la ruindad de su proceder, máxime considerando que, en un ejemplo de filantropía sin

precedentes, la academia recogió al imputado de la más absoluta indigencia y le procuró instrucción y sustento. El pago que dio Cí a esta generosidad ya lo habéis escuchado: el de una alimaña que espera a ser liberada de su cepo para revolverse con saña y morder la mano de su benefactor. —Endureció el gesto—. He querido ilustrar a cuantos me escucháis del auténtico carácter de un hombre en el que habitan el egoísmo y la maldad. Un hombre que, mediante diabólicos ardidés y burdos trucos de ilusionista, engañó al consejero Kan y enturbió la mente del emperador, de modo que convenció al primero para que le confiase la investigación de unos misteriosos asesinatos tras haber arrancado al segundo la promesa de la concesión de un puesto como miembro de la judicatura.

Los nervios comenzaron a hacer mella en Cí. Si Astucia Gris prolongaba su soflama, contaminaría el juicio del emperador y debilitaría la efectividad de su defensa. Por fortuna, su contrincante guardó silencio el tiempo suficiente como para que el oficial judicial entendiera que cedía la palabra al acusado. Al escuchar que le concedían el turno de defensa, sin despegar la barbilla del enlosado, Cí comenzó.

—Majestad... —Apretó los dientes, a la espera de su autorización—. Majestad —repitió al recibirla—. Astucia Gris se limita a lanzar conjeturas infundadas que en modo alguno guardan relación con el delito del que se me acusa. En este juicio no se dirime ni mi rendimiento académico ni la naturaleza o procedencia de mis conocimientos forenses. Lo que aquí se juzga es si soy o no culpable de la muerte del consejero Kan. Y en contra de lo que Astucia Gris presume, yo nunca ideé un plan para beneficiarme, ni mentí o empleé trucos con los que nublar mente alguna. Quien lo desee podrá confirmar que fui conducido por los soldados de Su Majestad y trasladado a la Corte cuando me disponía a abandonar la ciudad. Su Majestad estaba presente el día que fui invitado o, mejor dicho, requerido a implicarme en la investigación de unos

asesinatos cuya existencia ignoraba. Y yo me pregunto: ¿por qué un hombre sabio como el consejero Kan y hasta el mismísimo Hijo del Cielo se fijaron en un ser tan indeseable como yo? ¿Por qué, de entre todos sus jueces, obligaron a un simple estudiante a aceptar una responsabilidad para la que, a tenor de sus precedentes, no estaba preparado?

Cí, arrodillado y con la frente en el suelo, guardó silencio a propósito. Al igual que Astucia Gris, debía ir utilizando sus argumentos con mesura. Y debía hacerlo sembrando la duda en quienes le escuchaban, para que fueran ellos mismos quienes se proporcionaran las respuestas.

El emperador le contempló con rostro pétreo, inmóvil. Sus ojos mortecinos y su expresión hierática lo situaban por encima del bien y del mal. Un leve gesto de su mano indicó al oficial que devolviese la palabra a Astucia Gris.

El cachorro de juez repasó sus notas antes de proseguir.

—Majestad. —Le hizo una reverencia hasta que recibió su autorización—. Me ceñiré al asunto que nos ocupa. —Sonrió mientras cogía una hoja y la colocaba sobre las demás—. Leo en mis informes que, poco antes del asesinato de Kan, concretamente el mismo día que examinó al eunuco, el acusado blandió un cuchillo ante el propio consejero. Lo hizo sin recato. Se lo apropió y asestó una brutal puñalada al cuerpo de Suave Delfín, abriéndolo en dos.

«Un cuerpo muerto», murmuró Cí lo suficientemente alto como para que le oyeran. Un varetazo lo premió.

—Sí. Un cuerpo muerto. ¡Pero tan sagrado como uno vivo! ¿O acaso ha olvidado el acusado los preceptos confucianos que rigen nuestra sociedad? —Astucia Gris alzó la voz—. No. Claro que no los ha

olvidado. ¡Al contrario! El acusado posee una memoria excepcional. Conoce los preceptos y los transgrede. Sabe perfectamente que el espíritu de un fallecido permanece en el cuerpo hasta que éste recibe sepultura y también sabe que, por esa misma razón, las leyes confucianas prohíben abrir los cuerpos muertos. Porque hacerlo significa agredir al espíritu que aún reside en ellos. Y quien es capaz de hacer algo así a un espíritu indefenso también es capaz de asesinar a un consejero del emperador.

Cí se mordió los labios. Astucia Gris le estaba acorralando contra un precipicio con dos puentes. Uno conducía a la muerte y el otro a la perdición.

—Jamás mataría a nadie —dijo entre dientes.

—¿Jamás? ¡Perfecto! —sonrió Astucia Gris al escucharlo—. Entonces, solicito de Vuestra Majestad permiso para que declare el testigo que confirmará mi declaración.

El emperador hizo una nueva seña al oficial para que autorizara el testimonio.

A un gesto del oficial, un hombre arrugado y encanecido, escoltado por dos guardias, hizo su aparición. El recién llegado caminaba descuidadamente, dejando en evidencia que las costosas ropas que lucía se las habían prestado para el evento. Bajo su aspecto desmañado, Cí reconoció al adivino Xu, el hombre para el que había trabajado en el Gran Cementerio de Lin'an.

Astucia Gris hizo que el testigo se acomodara cerca de él, leyó su nombre y obtuvo su promesa de que cuanto diría se ajustaría a la verdad. Luego alzó la vista hasta detenerla sobre Cí. El adivino intentó hacer lo propio, pero no fue capaz.

—Antes de su testimonio —siguió Astucia Gris—, para comprender fehacientemente la naturaleza criminal del acusado, me veo obligado a relatar los informes que preceden a la llegada de Cí Song a Lin'an. A tal fin, preciso destacar un hecho que de inmediato nos acerca a la familiaridad del imputado con el crimen.

»Hará cuestión de dos años, en Jianyang, su aldea natal, alguien de su misma sangre, su hermano mayor para más detalles, degolló a un campesino. El acusado Cí, contaminado del mismo instinto delictivo que su hermano, robó trescientos mil *qián* a un honrado terrateniente y acto seguido huyó con su hermana a Lin'an, sin saber que un alguacil llamado Kao había salido en su persecución. Ignoro los vicios que rodearon su éxodo, pero, a pesar de la cantidad robada, él y su hermana cayeron pronto en la indigencia. Fue entonces cuando un hombre pobre pero magnánimo —señaló al adivino— se apiadó de sus penurias y le confió un trabajo como peón en el cementerio de la ciudad.

»Según confirmará el adivino Xu, poco tiempo después, el alguacil Kao acudió al cementerio preguntando por un fugitivo llamado Cí. Xu, ajeno a los delitos de su pupilo y engañado por él respecto a su identidad, le protegió. Como de costumbre, Cí respondió a la generosidad con traición. Abandonó a su salvador cuando éste más le necesitaba y desapareció.

»Meses después, Xu recapacitó y decidió colaborar con la justicia. Sabedor de que Cí se ocultaba en la Academia Ming, reveló el dato al alguacil. Sin embargo, Kao nunca llegó a capturarlo, porque antes encontró la muerte a manos del propio Cí.

Seguidamente, Astucia Gris otorgó la palabra al adivino. El hombre se postró frente al emperador y cuando el oficial lo autorizó, Xu empezó su alocución.

—Todo ocurrió como lo ha relatado el ilustrísimo juez —cumplimentó a Astucia Gris—. Ese alguacil, Kao, me pidió que le acompañara a la academia porque desconocía su ubicación, asegurándome que detendría a Cí aunque le costase la vida. Le dije que yo no quería líos, pero al final me convenció. La noche antes de su muerte lo dejé allí. Yo me quedé curioseando por los alrededores hasta que vi salir juntos a Cí y a Kao en dirección al canal. Me fijé en que el alguacil llevaba en su mano una jarra de la que bebía. Al principio hablaron con normalidad, pero, de repente, comenzaron a discutir acaloradamente y, entonces, en un descuido, Cí se acercó al alguacil, le hizo algo en la cabeza, y antes de que cayera desvanecido, lo empujó al canal y huyó. Yo corrí a intentar socorrerle, pero sólo tuve tiempo para ver cómo el desgraciado desaparecía bajo las aguas.

Cientos de ojos acusadores se clavaron en Cí mientras crecía un murmullo de indignación. El joven buscó el modo de aportar pruebas con las que rebatir a Xu.

—¡Ese adivino miente! Con la aquiescencia de Su Majestad, si se me permite hablar, demostraré que el adivino que me acusa no sólo me calumnia, sino que pretende engañaros a vos —dijo con la intención de involucrar al emperador.

Nada más invocarle, el oficial de justicia miró a su soberano en busca de un gesto de reprobación. Sin embargo, tal y como esperaba Cí, Ningzong se interesó.

—Permitid que hable —musitó al oficial.

Cí golpeó el suelo con la frente y, sin despegarla, miró de reojo a Astucia Gris.

—No puedo demostrarlo solo. Necesito el testimonio del profesor Ming —declaró.

* * *

La interrupción permitió a Cí saborear un triunfo efímero. Implicando al emperador había logrado introducir la duda en su mente al tiempo que había obtenido un aplazamiento que no sólo le permitiría gozar del consejo y los testimonios de Ming, sino que también le posibilitaría emprender la segunda parte de una estrategia que necesariamente pasaba por hablar con Bo. Con Feng enfrente, Ming enfermo y sin la ayuda de Iris Azul, todas sus esperanzas se reducían al canoso oficial que había tutelado su investigación.

Hacia rato que había localizado a Bo en un lateral del Salón de los Litigios, así que cuando los guardias le escoltaron para conducirlo a una sala anexa, aprovechó para acercarse a él y suplicarle su ayuda. Bo se sorprendió, pero asintió con la cabeza y siguió a los guardias que le custodiaban hasta una pequeña estancia donde Cí tuvo ocasión de confiarle sus sospechas. Al principio, el oficial dudó, pero cuando Cí acabó de revelarle sus argumentos, Bo le garantizó su colaboración. Luego los guardias regresaron para trasladar a Cí al salón y Bo desapareció.

Para cuando situaron a Cí frente al emperador, el maestro Ming ya aguardaba recostado en un sillón. El anciano aún conservaba el rostro pintado de extrañeza, como si no supiera a quién juzgaban ni el motivo de su presencia ante el emperador, por lo que Cí se lo explicó tan

escuetamente como pudo. Ming apenas parpadeó. Cí comprobó que las piernas del viejo profesor parecían haber mejorado y eso le reconfortó. Se postró en el suelo entre los dos centinelas que le escoltaban y se dirigió al emperador.

—Majestad. —Cí esperó su anuencia—. Como bien sabéis, desde hace años el venerable maestro Ming desempeña el cargo de director de la academia que ostenta su nombre, una institución tan reconocida que compite en prestigio con la propia universidad. De hecho, el mismo Astucia Gris se formó en ella... si bien empleó seis años para alcanzar un título que muchos han obtenido en dos —añadió.

Ningzong frunció el ceño, extrañado de que el juez encargado de la acusación no fuera tan competente como le habían hecho creer. Cí se alegró.

—Una persona como Ming merece toda nuestra confianza —continuó Cí sin levantar la cabeza—. Un hombre cabal que ha contribuido con su honestidad y su trabajo a acrecentar la sabiduría de los súbditos del emperador —argumentó para legitimarle—. Un hombre del que no se puede dudar.

—Vuestras preguntas... —le demandó el oficial judicial.

—Disculpadme —se excusó—. Maestro Ming, ¿recordáis el día en que varios alumnos inspeccionamos el cadáver de un alguacil ahogado en la prefectura de Lin'an?

—Sí. Desde luego. Fue un caso inusitado a raíz del cual Astucia Gris obtuvo su plaza en la Corte. Sucedió dos días antes de los exámenes trimestrales.

—Y durante la semana previa a los exámenes, ¿los alumnos pueden abandonar la academia?

—En modo alguno. Lo tienen taxativamente prohibido. De hecho, si por causa de fuerza mayor, algún estudiante se ve en la obligación de abandonar el edificio, su salida ha de ser anotada por el guardián de la puerta, cosa que sabemos que no sucedió.

—Ya. ¿Y de qué forma se preparan los alumnos para esos exámenes trimestrales?

—Esa semana los estudiantes pasan el día en la biblioteca y la noche en sus respectivos cuartos, estudiando hasta altas horas de la madrugada.

—¿Recordáis si a mi entrada en la academia se me adjudicó un compañero de dormitorio?

—Sí, como a cualquier otro alumno. Así es —respondió.

—De modo que, además de por el registro, ese compañero que me fue asignado podría atestiguar fehacientemente si las noches anteriores al crimen permanecí todo el tiempo en la academia...

—En efecto, podría atestiguarlo.

—¿Y podríais relatar el robo que tuvo lugar tras la inspección del cadáver del alguacil?

—¿El robo...? ¡Ah, sí! Te refieres al robo de tu informe. Fue un episodio desagradable —contestó dirigiéndose al emperador—. Cí elaboró un detallado informe sobre la muerte de Kao en el que desvelaba que había sido asesinado. Un informe que fue robado y presentado como propio

por su compañero de habitación para beneficiarse de la plaza que había ofrecido la Corte.

—Maestro Ming, un último asunto... ¿Recordáis el nombre de mi compañero durante esos días?

—Por supuesto, Cí. Tu compañero era Astucia Gris.

* * *

Astucia Gris arrugó sus notas y soltó un juramento que apenas trascendió entre en el repentino clamor. Feng, inmutable a su lado, le susurró algo al oído mientras le pasaba una nota. El joven juez la leyó, asintió y solicitó interrogar al profesor. El emperador lo autorizó.

—Estimado maestro —le aduló Astucia Gris con voz amigable—. ¿Estáis seguro de haber declarado la verdad?

—¡Sí! ¡Claro! —contestó Ming extrañado por la pregunta.

—¿Acaso me visteis robar ese informe?

—No, pero...

—¿No? De acuerdo. Decidme entonces, ¿os consideráis una persona honrada?

—Sí, claro.

—¿Sincera? ¿Íntegra...?

—¿A qué viene todo esto? —Miró a Cí—. Por supuesto que sí.

—¿Viciosa...? —Su tono de voz cambió.

Ming agachó la cabeza y guardó silencio.

—¿No habéis entendido la pregunta? —insistió Astucia Gris—. ¿O necesitáis que os la repita otra vez?

—No —dijo en un hilo de voz.

—¿No, qué? ¿No sois un vicioso o no necesitáis que os repita la pregunta? —le increpó Astucia Gris.

—¡No soy ningún vicioso! —pronunció más fuerte Ming.

—¿No? ¡Vaya! —Miró la nota que le acababa de pasar Feng—. Entonces, ¿cómo calificaríais vuestra desmedida *afición* por los hombres? ¿No es cierto que hace tres años un joven llamado Liao-San os denunció por intentar sobrepasaros con él?

—¡Eso fue una abominable mentira! —se defendió—. El muchacho intentó chantajearme para que le aprobara y cuando me negué...

—Pero lo cierto es que os sorprendieron a ambos desnudos... —le interrumpió.

—¡Os repito que fue una calumnia! Era verano y yo dormía en mi cuarto. Él entró sin permiso y se desvistió buscando la extorsión...

—Ya... claro... También leo aquí que hace dos años se os vio en compañía de un conocido invertido, pagándole cuando entrabais en una posada de mala nota. Por lo visto, por este mismo hecho vuestro propio claustro solicitó que renunciaseis a la dirección de la academia.

—¡Maldita sea! Ése a quien calificáis de invertido era mi sobrino, y el local al que entramos era el lugar en el que se alojaba, un establecimiento respetable. Su familia me pidió que le entregara un dinero y yo fui a dárselo. El claustro lo comprobó...

—Calumnias... chantajes... injurias... —denegó con la cabeza Astucia Gris—. Pese a los años, diría que aún conserváis cierta apostura. ¿Estáis casado, Ming?

—No... Ya sabéis que no.

—¿No habéis pretendido nunca a ninguna mujer?

Ming hundió la cabeza. Sus labios temblaban en silencio.

—Yo... yo no soy ningún vicioso... yo sólo... —enmudeció.

—Pero os atraen los hombres...

—Yo nunca...

—Intento comprenderos, Ming. —Se acercó a él y colocó una mano sobre su hombro—. Entonces, si no es vicio, ¿cómo lo definiríais...? ¿Quizá como amor?

—Sí. Eso es —dijo abatido—. ¿Acaso es un delito amar?

—No. No lo creo. El amor es entrega incondicional, sin pedir nada a cambio, ¿no?

—Sí. Sí. Así es. —Sus ojos se abrieron, enfermos, con la mirada perdida en el infinito, implorando comprensión.

—Y haríais cualquier cosa por amor...

Ming miró a Cí.

—Cualquier cosa —afirmó.

—Gracias, profesor Ming. Eso es todo —concluyó Astucia Gris.

Ming, aún aturdido, asintió con la cabeza.

Cí contempló al maestro vencido por la pena y se arrepintió de haber solicitado su testimonio. Sin embargo, el rostro de Astucia Gris era de pura satisfacción. Dos guardias iban a devolver a Ming a la enfermería cuando Astucia Gris los detuvo como si acabara de recordar algo.

—Una última pregunta, profesor. —Le miró a los ojos e hizo una larga pausa—. ¿Estáis enamorado de Cí?

Ming titubeó como si no comprendiera. Luego dirigió la vista hacia Cí con una mirada llena de tristeza.

—Sí —respondió.

* * *

Cí se lamentó por la ruin estrategia de Astucia Gris. Sin mejores argumentos que utilizar, había debilitado la credibilidad de su maestro valiéndose de la animadversión y el rechazo que sabía que produciría su homosexualidad, agravada por la confesión de que estaba enamorado de él.

Cuando recobró el ánimo, Cí requirió interrogar al adivino Xu, pero Astucia Gris se opuso a la demanda como si le fuera la vida en ello.

—Majestad —bramó—, el acusado pretende insultar vuestra inteligencia. La declaración de Xu ha resultado tan concluyente como inútil y sesgada la defensa del profesor Ming. El adivino ha asegurado que vio cómo Cí asesinaba al alguacil y con vuestra aquiescencia ya ha abandonado el salón.

Cí comprobó en sus carnes el talento de Astucia Gris. En lugar de apelar a la razón, el juez trasladaba al emperador la idea de que el acusado se burlaba de él. Aunque ya lo imaginaba, se maldijo cuando Ningzong denegó su petición.

—Entonces —se atrevió a dirigirse de nuevo al oficial judicial—, solicitaría de Su Majestad que permitiese el testimonio de los hombres que encontraron el cadáver del alguacil —dijo Cí.

Ningzong lo consultó con sus dos consejeros antes de acceder. No fue necesaria una nueva interrupción, porque los guardias que sacaron a Kao del canal habían sido convocados por Astucia Gris. Después de que los dos operarios confirmaran sus correspondientes filiaciones, Cí los interrogó.

—Según creo, vuestro trabajo consiste en hacer rondas por los canales. ¿Es esto cierto? —les preguntó.

—Así es, señor —respondieron al unísono.

—¿Y qué es lo que hacéis exactamente? Quiero decir... ¿paseáis cerca del agua...? ¿Vais por allí de vez en cuando...?

—Cada día patrullamos los canales para comprobar su limpieza, los atraques y las compuertas. Trabajamos en la zona sur de la ciudad, en la franja delimitada por el mercado del pescado, el muelle del arroz y la muralla —contestó el guardia más maduro.

—¿Y cuánto tiempo lleváis desempeñando ese mismo trabajo?

—Yo unos treinta años. Mi compañero, sólo diez.

—Eso os otorga una gran experiencia. Seguro que efectuáis vuestro trabajo a la perfección —aseveró—. Y decidme: ¿podrías concretar dónde y en qué circunstancias encontrasteis el cadáver de Kao?

—Lo vi yo —intervino el más joven—. Flotaba como un pez muerto en un canal secundario, a pocos pasos del mercado.

—¿Al sur de la ciudad?

—Sí, claro. Ya se lo ha dicho mi compañero. Ahí es donde trabajamos.

—Y la corriente que fluye por los canales, ¿qué dirección lleva?

—De sur a norte. La misma que el río Zhe.

—Entonces, en vuestra opinión y teniendo en cuenta esa experiencia de más de treinta años, ¿podría un cuerpo arrojado al norte de la ciudad navegar contracorriente hasta acabar flotando en el sur?

—Eso sería imposible, señor. Incluso aunque en algún tramo el agua se arremansara, las compuertas de las esclusas impedirían su tránsito.

—¿Imposible? —intervino el emperador.

Los guardias se miraron entre sí.

—Absolutamente —respondieron los dos.

Acto seguido, Cí se dirigió al emperador.

—Majestad, todo el mundo sabe que la Academia Ming está situada en el extremo norte de la ciudad. Xu ha afirmado que yo empujé al alguacil en el canal más cercano a la academia. ¿No creéis que merecería la pena saber por qué ha mentido Xu?

* * *

Astucia Gris palideció por la ira cuando los guardias del emperador prendieron al adivino y lo condujeron frente a Ningzong. Mientras lo arrastraban por la sala, Xu maldijo a cuantos le miraban, hasta que un bastonazo le obligó a arrodillarse ante el emperador. El adivino rezongó y escupió mientras intentaba asesinar a Cí con la mirada. El joven no se amedrentó.

—Cuando queráis —dijo el oficial de justicia.

Para sorpresa de éste, Cí se dirigió a Astucia Gris.

—Aunque hayáis olvidado que compartimos las noches previas al asesinato, tal vez aún recordéis las causas que condujeron a la muerte al alguacil. Deberías hacerlo, pues constaban en el informe que os otorgó el ingreso en la judicatura...

Astucia Gris frunció los labios mientras simulaba que consultaba sus notas.

—Lo recuerdo perfectamente —presumió con hipocresía.

—¿Y cómo fue? Por lo visto consta en vuestro informe. —Cí se hizo el ignorante.

—Una varilla introducida por el oído le atravesó el cerebro —murmuró.

—¿Una varilla metálica?

—Así es. —Astucia Gris se encrespó.

—¿Idéntica a ésta? —De repente, Cí se abalanzó sobre el adivino y extrajo una larga aguja oculta entre sus cabellos. Todo el tribunal enmudeció.

El rostro de Astucia Gris perdió su color para convertirse en una mueca de cólera. Frunció el ceño cuando Cí blandió la varilla metálica ante los presentes y abandonó el Salón de los Litigios arrebatado por la ira. Cí no se arredró. En presencia de Feng, acusó al adivino de asesinar al alguacil.

—Xu ambicionaba la recompensa que Kao ofrecía por mí. El alguacil parecía un hombre cauto, así que probablemente se negó a entregar la recompensa hasta que Xu no le condujera hasta mi paradero. Desconozco si Xu pensó que Kao trataría de engañarle o discutieron por alguna razón, pero el caso es que asesinó al alguacil para robarle, empleando su método habitual: la aguja de metal. —Y volvió a mostrarla para que la vieran.

—¡Mentiras! —gritó Xu antes de recibir un nuevo bastonazo.

—¿Mentiras dices? Los testigos han afirmado que el cadáver apareció flotando junto al mercado de pescado... curiosamente, a pocos pasos del lugar en el que vives tú —le espetó—. Respecto al dinero de la recompensa, estoy convencido de que si los alguaciles de Su Majestad preguntan a los taberneros y las prostitutas de la zona, éstos les confirmarán las ingentes cantidades que el pordiosero Xu dilapidó a manos llenas en los días posteriores al asesinato.

Superado por las circunstancias, el adivino tartamudeó. Luego miró al emperador igual que un perro en busca de clemencia. Ningzong no se inmutó. Simplemente decretó la detención del adivino e interrumpió el juicio hasta después del cénit del sol.

* * *

La reanudación del proceso trajo consigo a un Astucia Gris ansioso por demostrar que un tigre herido, si atacaba por la espalda, aún era capaz de despedazar a sus adversarios. A su lado, Feng mantenía un semblante

distante que Cí interpretó como el espejo de la hipocresía. Cuando el emperador hizo su entrada, todos se inclinaron a excepción de la mujer que acababa de acceder al salón. Cí descubrió que se trataba de Iris Azul.

Una vez obtenido el permiso, Astucia Gris se adelantó.

—Divino soberano: el hecho de que el despreciable adivino Xu haya intentado abusar de nuestra buena fe no exime al acusado Cí de los crímenes que se le imputan. Más bien al contrario, la existencia de un único cargo de asesinato no hará sino allanar el camino que conducirá a su condena. —Avanzó unos pasos para colocarse ante Cí—. Es obvio que el acusado urdió un diabólico plan con la intención de acabar con la vida del consejero Kan, que lo ejecutó meticulosamente y que intentó ocultar su execrable crimen simulando un burdo suicidio. Ése, y no otro, es el verdadero rostro de Cí. El amigo de los invertidos. El prófugo de la justicia. Y el socio de los asesinos.

Ningzong asintió con un imperceptible movimiento de párpados y la emotividad de una efigie. Acto seguido, conforme a lo establecido por el protocolo, otorgó la palabra a Cí para que continuara su defensa.

—Majestad —le cumplimentó—. Pese a haberlo expresado en mi primer alegato, me permito recalcar que jamás pretendí entrar al servicio de Kan y que fue su alteza quien me ordenó participar en la investigación de los crímenes que precedieron a su asesinato. Dicho esto, señalaré un hecho reiterado hasta la saciedad en los diferentes manuales judiciales: para que exista un crimen, es necesaria la concurrencia de un motivo incitador que guíe al homicida. No importa si éste es la venganza, el arrebató, el odio o la ambición. Pero en su ausencia, nos encontraríamos tan desvalidos como yo ante esta falsa acusación.

»En tal sentido, me pregunto por qué querría yo matar a Kan. ¿Para que me enjuiciaran y me ejecutaran? Recordad que, en caso de éxito, Su Majestad me prometió un puesto en la judicatura. Decidme entonces —y se dirigió a Astucia Gris—, ¿talaría un hambriento el único manzano de su huerto?

Astucia Gris no pareció preocuparse. Al contrario, su rostro rezumaba una confianza que intranquilizó a Cí. Con un gesto, solicitó la palabra y esperó a que se la concedieran.

—Guarda tus toscos juegos de palabras para estudiantes y amanerados, porque a nosotros no podrás confundirnos. ¿Hablas de motivos? ¿De venganza, arrebató, odio o ambición? Pues bien, hablemos —le retó Astucia Gris—. De cuanto has relatado, tan sólo una cosa es cierta: que el emperador te prometió un puesto en la judicatura si descubrías al autor de los asesinatos. —Hizo una pausa—. Y bien, ¿lo has descubierto? Porque no recuerdo habértelo escuchado. —Sonrió—. Has mencionado el odio y la venganza, sin referir que éstos fueron los sentimientos que Kan despertó en ti cuando, bajo la amenaza de matar a tu querido profesor, doblegó tu voluntad. Has hablado del arrebató, olvidando el que tú mismo demostraste días atrás cuando acuchillaste el cuerpo del eunuco. Y, por último, has mencionado la ambición, eludiendo relatar que con el suicidio de Kan y su oportuna nota de inculpación, te asegurabas la recompensa prometida por el emperador. No sé qué pensarán los presentes, pero yo encuentro que tu dramática comparación con un hortelano que tala un árbol resultaría más convincente si lo sustituyéramos por el hambriento que, ansioso de carne, mata su única vaca en lugar de conformarse con aprovechar su leche.

»Pero ya que aludes a tratados judiciales, no estará de más recordar otro elemento imprescindible en todo asesinato: la oportunidad. Así

pues, Cí, dinos: ¿dónde te encontrabas la noche en que falleció el consejero Kan?

Cí sintió cómo su pulso galopaba al ritmo de su respiración. Miró con urgencia hacia el lugar donde permanecía la mujer de Feng. Lo hizo, porque la noche en la que asesinaron a Kan fue la misma en la que él yació con Iris Azul.

Después de pensarlo, afirmó haber dormido solo, una respuesta que no satisfizo a Astucia Gris ni al emperador. Supo que Astucia Gris intentaría aprovecharlo, así que, tras solicitar permiso para hablar, intentó contrarrestarlo con una maniobra de distracción.

—Vuestros argumentos poseen la cordura de una estampida de elefantes. Son tan vagos y desproporcionados que con ellos podríais acusar a la mitad de los que están en este salón. ¿Pero eso qué importa si lo sustancial es conseguir vuestro propósito? Sabéis igual que yo que Kan era un hombre tan odiado como temido, y que seguramente en esta Corte hay decenas de candidatos con mayores motivos que los que esgrimís como míos. Pero respondedme a esta sencilla pregunta. —Hizo una larga pausa—. ¿Qué estúpida razón guiaría a un asesino a revelar su propio crimen? O más fácil aún: de haber sido yo el ejecutor, ¿por qué motivo habría sido el primero en revelar al emperador que el suicidio de Kan fue en realidad un asesinato?

Cí sonrió ufano, consciente de haber proporcionado el argumento definitivo. Sin embargo, el emperador alzó una ceja y lo miró con desdén.

—Tú no me revelaste nada —le recriminó Ningzong—. Quien desveló el asesinato del consejero fue Astucia Gris.

Cí balbuceó mientras intentaba comprender por qué razón el emperador le negaba la autoría de sus descubrimientos. Aquélla era su baza más importante. Si la perdía, nada ni nadie podría defenderle. Entonces, la sonrisa hipócrita de Feng respondió a su pregunta: Feng no había trasladado sus descubrimientos al emperador. Se los había confesado a Astucia Gris.

* * *

La interrupción del juicio proporcionó a Cí el respiro necesario para superar la animadversión que le producían Feng y Astucia Gris. Los ritos vespertinos reclamaban la presencia del emperador, así que éste decretó el aplazamiento hasta la mañana del día siguiente.

De camino a las mazmorras, Cí distinguió la figura de Feng. El juez aguardaba encorvado, sentado sobre el único taburete que presidía el centro de la celda. Feng hizo un gesto al centinela para que aguardara tras el enrejado de hierro mientras él conversaba con el reo. Junto a sus pies descansaba un plato de sopa. Cí no había probado bocado en todo el día ni tenía intención de hacerlo. El centinela encadenó a Cí al muro y esperó en el exterior.

—Ten. Estarás hambriento —dijo Feng sin levantar la vista. Le acercó el plato hasta sus pies.

Cí pateó el plato, que voló hasta desparramarse sobre la toga del juez. Feng dio un respingo y se levantó. Mientras se limpiaba los restos de

comida, miró a Cí como un padre resignado ante el vómito de su recién nacido.

—Deberías tranquilizarte —le dijo condescendiente—. Entiendo que estés indignado, pero aún podemos arreglar todo esto. —Volvió a sentarse junto a Cí—. Las cosas han ido demasiado lejos.

Cí ni siquiera le miró. ¿Cómo había podido considerar alguna vez a aquel traidor como a un padre? De no haber estado encadenado, le habría estrangulado con sus propias manos.

—Comprendo que no quieras hablar —continuó Feng—. Yo, en tu lugar, haría lo mismo, pero ahora no es momento para estúpidos orgullos. Puedes continuar mudo esperando a que Astucia Gris te despedace o escuchar mi propuesta y salvar la piel. —Pidió otro plato de sopa al centinela, pero Cí se lo impidió.

—Bebéosla vos, maldito bastardo —le espetó.

—¡Oh! ¡Parece que aún conservas la lengua! —Se hizo el sorprendido—. ¡Por el viejo Confucio, Cí, escúchame! Hay cosas que aún no comprendes, cuestiones que no llegarás a vislumbrar jamás. Todo este juicio no es asunto tuyo. Olvídalo. Confía en mí y te protegeré. Kan ya está muerto. ¿Qué importa si fue asesinado o se suicidó? Sólo tienes que mantener la boca cerrada. Desacreditaré a Astucia Gris y te salvaré el pellejo.

—¿Que no es asunto mío? ¿Acaso han detenido a otro o le han reventado las costillas a alguien distinto a mí? ¿Es ése el tipo de confianza al que os referís?

—¡Maldita sea! Yo sólo quería apartarte de este asunto para que Astucia Gris se hiciese cargo de la investigación. Con él al mando, todo habría resultado más fácil, pero le pudo la envidia y te acusó.

—¿De veras? ¿Por qué será que no os creo? Si realmente hubierais pretendido ayudarme, lo habríais hecho en el Salón de los Litigios, cuando tuvisteis la oportunidad de confirmar que quien descubrió el asesinato de Kan no fue Astucia Gris, sino que fui yo.

—Y lo habría atestiguado de haber servido para algo, te lo aseguro, pero confesar en ese momento sólo me habría hecho quedar en evidencia ante el emperador. Ningzong confía en mí. Y necesito que siga confiando si pretendes que te salve.

Cí clavó los ojos en el rostro de Feng.

—¿Igual que salvasteis a mi padre? —le escupió.

—No entiendo. ¿Qué quieres decir? —El rostro de Feng cambió.

Por toda respuesta, Cí sacó la misiva que había hallado oculta en la librería de Feng. La desdobló y la arrojó a sus pies.

—¿Reconocéis la letra?

Feng recogió el pliego, extrañado. Al leerla, sus manos temblaron.

—¿De... de dónde has sacado esto...? Yo... —balbuceó.

—¿Por eso no permitisteis que regresara mi padre? ¿Para seguir robando partidas de sal? ¿Por eso acabasteis con el eunuco? ¿Porque también lo descubrió? —bramó Cí.

Feng retrocedió con los ojos desencajados, como si de repente contemplase un espectro.

—¿Cómo te atreves, desagradecido? ¡Después de todo lo que he hecho por ti!

—¡Engañasteis a mi padre! ¡Nos engañasteis a todos! ¿Y aún osáis pedirme agradecimiento? —Cí tiró de las cadenas intentando librarse de ellas.

—¿Tu padre? ¡Tu padre debería haberme besado los pies! —El rostro de Feng permanecía demudado—. ¡Lo saqué de la indigencia! ¡Te traté como a un hijo! —aseguró.

—No ensuciéis el nombre de mi padre o... —Estiró de nuevo las cadenas, que vibraron al sacudirse contra la pared.

—¿Pero es que no te das cuenta? ¡Te enseñé y te eduqué como al vástago que nunca tuve! —Sus ojos parecían iluminados por la locura—. Siempre te he protegido. ¡Incluso te permití continuar con vida después de la explosión! ¿Por qué crees que sólo murieron ellos? Podría haber esperado a que regresaras... —Alargó la mano trémula para acariciar el rostro de Cí.

Al escucharlo, Cí sintió como si lo partieran en dos.

—¿Qué explosión...? ¿Qué queréis decir? —balbució y retrocedió como si el mundo se derrumbara a su alrededor—. ¿Cómo que sólo murieron ellos? ¿Cómo que sólo murieron ellos? —bramó mientras se estiraba hasta descoyuntarse intentando alcanzar a Feng.

Feng permaneció cerca de Cí, con los brazos estirados, como si pretendiera abrazarle. Su mirada era la de un perturbado.

—Hijo —sollozó.

Justo en ese instante, Cí logró aferrarle una manga y lo atrajo hacia sí. Pasó las cadenas por su cuello y comenzó a estrangularle mientras Feng se debatía atolondradamente, incapaz de comprender lo que sucedía. Cí oprimió su cuello con toda su alma mientras el rostro de Feng se azulaba. El joven continuó apretando cada vez más. Una espuma blanquecina comenzaba a brotar de la boca de Feng cuando el centinela se abalanzó sobre Cí.

Lo último que Cí vio antes de perder el conocimiento fue a Feng tosiendo y amenazándole con el peor de los tormentos.

CAPÍTULO 35

El centinela pensó que no merecería la pena reanimarle para la ejecución. Sin embargo, obedeció a su superior y derramó varios cubos de agua sobre el rostro ensangrentado de Cí.

Al poco, una figura difusa se agachó junto al cuerpo apaleado. Cí gimió mientras intentaba abrir los párpados inflamados, pero apenas lo consiguió.

—Deberías cuidarte más —escuchó decir a Feng—. Ten. Límpiate. —El juez le ofreció un paño de algodón que Cí rechazó.

Poco a poco, la figura fue perdiendo su vaguedad hasta grabarse con nitidez en su retina. Feng permanecía acuclillado junto a él, como quien observa un insecto reventado después de haberlo pisoteado. Intentó moverse, pero las cadenas le retuvieron contra la pared.

—Siento la brutalidad de estos centinelas. A veces no distinguen a las personas de las bestias. Pero es su trabajo y nadie puede reprochárselo. ¿Quieres un poco de agua?

Aunque le supo a veneno, Cí la aceptó porque le quemaban las entrañas.

—¿Sabes? He de reconocer que siempre admiré tu agudeza, pero hoy has superado todas mis expectativas —continuó Feng—. Y es una lástima, porque, a menos que recapacites, esa misma astucia va a conducirte al cadalso.

Cí logró abrir los párpados. A su lado, Feng sonreía con el cinismo de una hiena.

—¿La misma agudeza que empleasteis para culpar a mi hermano, maldito bastardo?

—¡Oh! ¿También eso has averiguado? En fin. De experto a experto, acordarás conmigo que fue una jugada realmente brillante. —Enarcó una ceja como si hablara de una partida de dados—. Una vez eliminado Shang, debía incriminar a alguien, y tu hermano era el sujeto idóneo: los tres mil *qián* que uno de mis hombres perdió con él en una fingida apuesta... El cambio de la sarta de cuero por la que pertenecía a Shang una vez capturado Lu... El narcótico que le suministramos para impedir que se defendiera durante el juicio... Y el detalle más importante: la hoz que le sustrajimos y que luego bañamos con sangre para que unas inocentes moscas acabaran de inculparlo...

Cí no comprendió. Los golpes aún le percutían en el cráneo.

—En cualquier caso, parece que lo de curiosear libros ajenos es un problema hereditario —continuó Feng—. Tu padre no tuvo suficiente con mirar mis cuentas, sino que además se empeñó en compartir sus averiguaciones con el pobre Shang. De ahí que hubiera que eliminarlo... Fue sólo un aviso que tu padre no comprendió. La noche de la explosión

acudí para convencerle, pero tu padre enloqueció. Amenazó con denunciarme y al final hice lo que debí haber hecho desde un primer momento. Necesitaba la copia del documento que me incriminaba, pero se negó a entregármela, así que no me dejó opción. Lo de la voladura con pólvora para encubrir sus heridas se me ocurrió después, al escuchar el ruido de los truenos.

Cí enmudeció. Por eso su hermano había cogido otra hoz al no encontrar la suya. Y en aquel momento no sospechó de su comportamiento porque parecía lógico que el asesino se hubiese deshecho del arma homicida.

—¡Vamos, Cí! —rugió—. ¿Acaso pensabas que fue un rayo perdido el que acabó con tus padres? ¡Por el Gran Buda! ¡Despierta del país de las fábulas!

Cí le miró incrédulo, como queriendo imaginar que cuanto escuchaba sólo era una absurda pesadilla que se desvanecería al despertar. Sin embargo, Feng permanecía frente a él, extasiado, sin dejar de vociferar.

—¡Tu familia...! —escupió—. ¿Qué hicieron ellos por ti? Tu hermano era un cerril que te molía a palos y tu padre, un pusilánime incapaz de salvar a sus hijas y educar a sus hijos. ¿Y aún lamentas haberlos perdido? Deberías darme las gracias por apartar a esa escoria de tu lado. —Se incorporó y comenzó a pasear—. ¿Olvidas que fui yo quien te arrancó de los canales, quien te educó, quien te convirtió en lo que eres...? ¡Maldito desagradecido...! —se lamentó—. Tú eras lo único bueno de esa familia. Y ahora que habías regresado, pensaba que seríamos felices. Tú, yo y mi mujer, Iris Azul. —Al pronunciar el nombre de su esposa, su rostro se dulcificó como por ensalmo—. A los dos os hice mi familia... ¿Qué más puede nadie pretender? Te acogí. Eras casi un hijo para mí...

Cí contempló atónito su demencia. Nada de lo que pudiera decirle le devolvería la cordura.

—Pero aún podemos volver a ser como antes —prosiguió Feng con su monólogo—. ¡Olvida lo pasado! Aquí te aguarda un porvenir. ¿Qué deseas? ¿Riqueza...? Con nosotros la tendrás. ¿Estudios...? ¿Es eso? ¡Claro que lo es! Es lo que siempre ambicionaste. ¡Y los conseguirás! Lograré que apruebes y que te adjudiquen el mejor puesto en la administración. ¡El que quieras! ¿No te das cuenta? ¿No te das cuenta de todo cuanto puedo hacer por ti? ¿Por qué crees que te cuento todo esto? Aún podemos volver a ser como antes. Una familia. Tú, yo e Iris Azul.

Cí miró a Feng con desprecio. En efecto, hasta hacía poco su mayor anhelo había sido acceder a una plaza de juez. Pero, ahora, su único objetivo era devolver la honra a su padre y desenmascarar a su asesino impostor.

—¡Apartaos! —bramó Cí.

—¿Pero qué dices? —se sorprendió Feng—. ¿Acaso crees que puedes despreciarme? ¿O es que piensas que podrás delatarme? ¿Es eso? ¿Es eso? —Rio—. ¡Pobre iluso! ¿De veras me crees tan necio como para abrirte mi corazón y permitir después que me arruines?

—No necesito vuestra confesión —balbució.

—¡Ah! ¿No? ¿Y qué piensas contar? ¿Que asesiné a Kan? ¿Que desfalqué? ¿Que maté a tus padres? Por todos los dioses, hijo. Has de ser muy torpe para pensar que alguien te creería. ¿Te has parado a mirarte? No eres más que un condenado a muerte, un desesperado que haría cualquier cosa por evitarla. Los carceleros testificarán tu intento de matarme.

—Tengo... pruebas... —apenas podía hablar.

—¿Seguro? —Se dirigió hacia el extremo de la celda y sacó de una talega una figura de yeso—. No te referirás a esto... —Le enseñó el modelo del cañón de mano que había recogido de la Academia Ming—. ¿Es esto lo que iba a salvarte? —Lo alzó sobre su cabeza y lo arrojó contra el suelo, rompiéndolo en mil pedazos.

Cí cerró los ojos al sentir el impacto de las esquirlas. Tardó en abrirlos. No quería ver a Feng. Sólo deseaba matarlo.

—¿Qué harás ahora? ¿Implorar misericordia como hicieron tus padres para que les mantuviera con vida?

Cí tensó las cadenas hasta casi estrangularse mientras Feng disfrutaba de su desesperación.

—Resultas patético —rio Feng—. ¿De veras me consideras tan necio como para permitir que me destruyas? Puedo torturarte hasta la muerte y nadie vendrá en tu ayuda.

—¿Y a qué esperáis? ¡Hacedlo! ¡Vamos! Lo estoy deseando —logró articular.

—¿Para que luego me juzguen? —Volvió a reír—. Olvidaba lo listo que eres... —Sacudió la cabeza—. ¡Centinela! —aulló.

El guardia que entró lo hizo enarbolando una barra de bambú en una mano y unas tenazas en la otra.

—Te repito que no soy estúpido. ¿Sabes? En ocasiones, los reos pierden la lengua y luego no pueden defenderse —añadió Feng mientras abandonaba la mazmorra.

* * *

El primer bastonazo hizo que Cí se doblara lo suficiente como para que el segundo crujiera a sus espaldas. El verdugo sonrió y se arremangó mientras Cí intentaba protegerse, a sabiendas de que el esbirro haría lo necesario para ganarse el jornal. Lo había presenciado en otras ocasiones. En primer lugar, le apalearía hasta cansarse. Luego le obligaría a firmar el documento de confesión y, tras conseguirlo, le arrancaría las uñas, le rompería los dedos y le cortaría la lengua para garantizarse así su silencio. Pensó en su familia y en la horrible muerte que le esperaba. Imaginar que no lograría vengarles le desesperó.

Los siguientes golpes aumentaron su impotencia en la misma medida en que el trapo que le había introducido en la boca le impedía la respiración. La vista se le comenzó a nublar lentamente, provocando que la imagen de sus padres se tornara más palpable. Cuando los espectros que flotaban ante él le susurraron que luchara, pensó que agonizaba y el sabor ferroso de su propia sangre se lo confirmó. Sintió cómo las fuerzas le abandonaban. Pensó en dejarse morir y acabar con un tormento inútil, pero el espíritu de su padre le impulsó a resistir. Un nuevo golpe le hizo encogerse entre el caparazón de cadenas que le aplastaban. Sus músculos se tensaron. Debía detener la tortura antes de que el verdugo le propinase el golpe fatal. Aspiró por la nariz una mezcla licuada de aire y sangre que escupió con violencia cuando alcanzó sus pulmones. El trapo de su boca salió expelido, permitiéndole al fin hablar.

—Confesaré —musitó.

Sus palabras no evitaron que el verdugo descargara con saña un último golpe, como si la repentina decisión le acabara de privar de una diversión legítima. Una vez satisfecho, el guardián retiró las cadenas que le retenían las muñecas y le acercó el documento de confesión. Cí cogió el pincel entre sus manos temblorosas para estampar algo parecido a su rúbrica. Luego el pincel se le escurrió, dejando un reguero de sangre y tinta sobre el documento. El verdugo lo examinó con cara de asco.

—Servirá —afirmó. Se lo entregó a un guardia para que se lo hiciera llegar a Feng y cogió las tenazas—. Ahora veamos esos dedos.

Cí no pudo resistirse. Sus manos inermes parecían pertenecer ya a un cadáver. El verdugo sujetó su muñeca derecha y aprisionó la uña del pulgar con las tenazas. Después apretó con fuerza y estiró de ella hasta arrancarla, pero Cí apenas se inmutó, lo que propició una mueca de desagrado en el verdugo. El hombre preparó de nuevo las tenazas y se dispuso a repetir la operación en la siguiente uña, pero en lugar de jalar, tiró hacia arriba hasta que la desprendió. Cí sólo protestó.

Contrariado por la pasividad del reo, el verdugo meneó la cabeza.

—Ya que no usas la lengua para quejarte, será mejor que te libremos de ella —gruñó.

Cí se agitó. Las cadenas le retenían, pero el espíritu de su padre le espoleó.

—¿Has... has arrancado alguna vez una lengua? —logró articular Cí.

El verdugo le miró con sus ojillos de cochino.

—¿Ahora hablas?

Cí intentó esbozar una sonrisa, pero sólo logró escupir una flema sanguinolenta.

—Cuando lo hagas, me arrancarás también las venas. Entonces me desangraré como un cerdo y no podrás impedir que muera. —Guardó silencio—. ¿Sabes lo que les ocurre a los que matan a un prisionero antes de ser condenado?

—Ahórrate tu palabrería —rezongó, pero soltó las tenazas. El verdugo sabía que, en tales casos, los causantes de la muerte eran ejecutados sin dilación.

—Eres tan necio que no te das cuenta —murmuró Cí—. ¿Por qué crees que se ha marchado Feng? Él sabe lo que me ocurrirá y no quiere cargar con las culpas.

—¡He dicho que te calles! —Y descargó un puñetazo sobre su estómago. Cí se dobló.

—¿Dónde están los médicos que deben restañar el corte? —continuó con un hilo de voz—. Si obedeces a Feng, moriré desangrado. Luego, él negará... él negará haberte dado la orden. Dirá que fue decisión tuya y habrás firmado tu propia sentencia...

El verdugo vaciló, como si por fin recapacitara. Cuanto decía Cí era cierto. Y no tenía testigos que avalaran su inocencia.

—Si no obedezco, yo... —Apretó de nuevo las tenazas.

—¡Será mejor que te detengas! —bramó una voz desde fuera.

Cí y el verdugo se giraron al unísono. Desde el otro lado de la puerta, el oficial Bo, acompañado de dos guardias, ordenó al verdugo que se apartara.

Cí no entendió lo que sucedía. Tan sólo advirtió que tiraban de él y lo levantaban lo suficiente como para intentar que sus piernas le sostuvieran. Bo se hizo con un frasquito de sales de los utilizados para reanimar a los torturados y se lo dio a oler.

—¡Vamos! Apresúrate. El juicio va a comenzar —le apremió.

De camino, Bo informó a Cí del resultado de sus pesquisas, pero éste apenas le escuchó. La mente de Cí era la de un depredador cuya única presa fuera la yugular de Feng. Sin embargo, conforme se acercaban al Salón de los Litigios, comenzó a prestar atención a los descubrimientos del oficial. Antes de entrar, Bo enjugó el rostro de Cí y le proporcionó una vestimenta limpia.

—Sé cauto e intenta aparentar entereza. Recuerda que acusar a un oficial de la Corte es como acusar al mismísimo Ningzong —le advirtió.

Cuando los dos soldados postraron a Cí frente al trono, hasta el propio emperador dejó escapar un murmullo de estupor. El rostro de Cí era un trozo de carne apaleado en el que los ojos luchaban por encontrar un hueco entre la inflamación. Sin embargo, Feng dibujó un rictus de temor. Bo se ubicó a escasos pasos de Cí, sin desprenderse de la bolsa de cuero que llevaba de bandolera. Acto seguido, el emperador indicó a un acólito que golpeará el gong para anunciar la reanudación de la sesión.

Feng fue el primero en tomar la palabra. Vestía su antigua toga de juez y lucía el birrete que le autorizaba como parte de la acusación. La bestia había decidido sacar sus garras. Se acercó a Cí y comenzó.

—Tal vez en cierta ocasión, alguno de vosotros os hayáis sentido golpeados por la decepción de un socio sin escrúpulos que os conduce a la ruina, la traición de una mujer que os abandona por un pretendiente más adinerado o el desengaño por un cargo adjudicado injustamente a otro. —Feng se dirigió a la audiencia con grandes aspavientos—. Pero puedo aseguraros que ninguna de esas situaciones alcanza a compararse con el sufrimiento y la amargura que ahora invade mi corazón.

»Postrado ante el emperador, con aspecto trémulo y simulada aflicción, comparece el peor de los impostores, el más ingrato e insidioso de los humanos. Un acusado al que hasta ayer mismo acogía en mi hogar y consideraba mi propio hijo. Un muchacho al que eduqué, alimenté y ayudé como a un cachorro. Un joven en el que deposité la ilusión de un pobre padre sin descendencia. Pero hoy, para mi inconsolable desdicha, he podido comprobar que bajo esa engañosa piel de cordero se esconde la alimaña más perversa, traidora y asesina que nadie puede siquiera imaginar.

»Una vez conocidas las pruebas, me veo obligado a asumir mi desgracia, a repudiarle, a dirigir mi cólera contra él y a apoyar la acusación de Astucia Gris. Con todo el dolor de mi corazón, he tenido que derramar su sangre para conseguir la confesión de sus crímenes. De aquel que pensé que heredaría todo mi honor y mis bienes... he oído las palabras más dolorosas que un padre esperaría escuchar. —Cogió el documento de confesión y lo exhibió ante el emperador—. Por desgracia, el dios de la fortuna ha querido privarnos del espectáculo de sus mentiras, pues ha permitido que el acusado, en un alarde de cobardía, se mordiera la lengua hasta arrancársela. Un suceso que, sin embargo, no me impedirá implorar la justicia que este despreciable me ha arrancado con su deshonra.

El emperador leyó con atención el contenido de la atestación en la que Cí reconocía la autoría de su crimen y el motivo que le llevó a cometerlo. Enarcó ambas cejas y se la trasladó al oficial de justicia que registraba todas las declaraciones. Luego se levantó y se dirigió al acusado con el gesto de quien se hubiera manchado con un excremento.

—Visto el documento de confesión y dado que el reo carece de capacidad para un postrer alegato, me veo en la obligación de dictaminar...

—Ésa no es mi firma... —le interrumpió Cí, tras escupir un esputo sanguinolento.

Un murmullo de asombro se extendió por el salón. Feng se incorporó, tembloroso.

—¡Ésa no es mi firma! —repitió, casi sin sostenerse de rodillas.

Feng retrocedió como si escuchara a un fantasma.

—¡Majestad! ¡El acusado ya ha confesado! —bramó.

—¡Callad! —rugió Ningzong. Guardó silencio, como si meditase su decisión—. Puede que sea cierto que haya ratificado el documento... O puede que no. Además, todo reo tiene derecho a una última defensa. —Tomó asiento de nuevo y, con el rostro severo, concedió la palabra a Cí.

Cí reverenció al emperador.

—Honorable soberano. —Tosió con violencia. Bo hizo ademán de ayudarle, pero un guardia se lo impidió. Cí tomó aliento y continuó—: Ante todos los presentes, debo confesar mi culpa. Una culpa que me corroe las entrañas. —Otro murmullo reverberó en la habitación—. La

ambición... Sí. La ambición me ha cegado hasta convertirme en un necio ignorante, incapaz de distinguir la verdad de la mentira. Y esa necedad me hizo entregar mi corazón y mis sueños a un hombre que encarna como nadie la hipocresía y la maldad; un reptil que ha hecho de la traición el arte de su vida, llevando con ella la muerte a los demás; un hombre al que un día consideré un padre y que hoy sé que es un criminal. —Miró a Feng.

—¡Contén tu lengua! —le advirtió el oficial judicial—. ¡Cuanto digas contra un servidor imperial lo dices contra su emperador!

—Lo sé. —Volvió a toser—. Y conozco las consecuencias —le desafió.

—¡Pero Majestad! ¿Es que vais a escucharle? —bramó Feng—. Mentirá y calumniará para salvar el pellejo...

El emperador frunció los labios.

—Feng está en lo cierto. O demuestras tus acusaciones u ordenaré de inmediato tu ejecución.

—Aseguro a Su Majestad que no hay otra cosa en el mundo que desee con más fervor. —El rostro de Cí rezumaba determinación—. Por eso os demostraré que fui yo, y no Astucia Gris, quien descubrió que la muerte de Kan obedeció a un asesinato, que fui yo quien se lo reveló a Feng, y que éste, en lugar de trasladarlo a Su Majestad, rompió su promesa y se lo confesó a Astucia Gris.

—Estoy esperando —le apremió Ningzong.

—Entonces, consentid que formule una pregunta a Su Majestad. — Esperó su permiso—. Supongo que Astucia Gris os habrá revelado los singulares detalles que le llevaron a su portentosa conclusión...

—En efecto. Me los reveló —afirmó el emperador.

—Detalles tan curiosos, tan agudos y tan escondidos que ningún otro juez había observado con antelación...

—Así es.

—Sucesos que aquí no se han revelado...

—¡Estás colmando mi paciencia!

—Entonces, Majestad, aclaradme, ¿cómo es posible que también los conozca yo? ¿Cómo es posible que yo sepa que Kan fue obligado a redactar una falsa confesión, que fue narcotizado, desnudado y, aún con vida, colgado por dos personas que movieron un pesado arcón?

—¿Pero qué clase de necedad es ésta? —intervino Feng—. Lo sabe porque fue él mismo quien lo preparó.

—¡Yo os demostraré que no! —Cí clavó la mirada en Feng, quien no pudo evitar una mueca de temor—. Honorable soberano... —se volvió hacia Ningzong—. ¿Os contó Astucia Gris el curioso detalle de la vibración de la cuerda? ¿Os explicó que Kan, drogado como estaba, no se agitó al ser colgado? ¿Os detalló que la marca dejada por la soga sobre el polvo de la viga era nítida, sin muestras de agitación?

—Sí. Así es. Pero no veo la relación...

—Permitidme una última pregunta. ¿Aún permanece la cuerda atada a la viga?

El emperador lo consultó con Astucia Gris, quien se lo confirmó.

—Entonces podréis comprobar que Astucia Gris miente. La huella que él os señaló no existe. La borré yo accidentalmente al comprobar el movimiento de la cuerda, de modo que jamás pudo ser descubierta por Astucia Gris. Sólo sabía de ella porque se lo contó Feng, el hombre a quien se lo confié yo.

Ningzong dirigió una mirada inquisidora a la acusación. Astucia Gris bajó la cabeza, pero Feng reaccionó.

—Buen intento, aunque previsible —sonrió Feng—. Incluso la más simple de las mentes puede comprender que, al descolgar el cadáver, las sacudidas provocarían el borrado al que aludes. ¡Por las barbas de Confucio, Majestad! ¿Hasta cuándo habremos de soportar las majaderías de este farsante?

El emperador se atusó sus escuálidos bigotes mientras volvía a ojear la declaración de culpabilidad. El proceso se estaba enquistando. Ordenó al copista que se preparara y se levantó para dictar sentencia, pero Cí se le adelantó.

—¡Os suplico una última oportunidad! Si no os satisface, os aseguro que yo mismo me atravesaré el corazón.

Ningzong dudó. Hacía rato que en su rostro anidaba la incertidumbre. Frunció el entrecejo antes de buscar con la mirada el consejo de Bo. Éste afirmó.

—La última —autorizó finalmente antes de volver a sentarse.

Cí se enjugó un rastro de sangre con la manga. Era su última oportunidad. Hizo un gesto a Bo, quien al instante le acercó la bolsa que había custodiado desde las mazmorras.

—Majestad. —Cí alzó la bolsa ante el emperador—. En el interior de esta talega se encuentra la prueba que no sólo confirma mi inocencia, sino que además desvela la cara oculta de una terrible maquinación. Una trama propiciada por una ambición insana y despiadada, la de un hombre dispuesto a matar gracias a un descubrimiento atroz: el arma más mortífera jamás concebida por el hombre. Un cañón tan manejable que puede ser empuñado sin apoyo. Tan liviano que se puede ocultar y transportar bajo las ropas. Y tan letal que puede matar una y otra vez a distancia sin posibilidad de error.

—¿Qué estupidez es ésta? ¿Hablares ahora de hechicería? —bramó Feng.

Por toda respuesta, Cí metió el brazo en la talega y sacó un cetro de bronce. Al verlo, Ningzong se extrañó y Feng palideció.

—Entre las ruinas del taller del bronceista encontré los restos de un singular molde de terracota, el cual, una vez reparado, fue robado de mi habitación. Afortunadamente, había tenido la precaución de sacar antes una copia en yeso, que oculté en la Academia Ming —explicó Cí—. En cuanto Feng supo de su existencia, me sugirió que le confiara su custodia, petición a la que ingenuamente accedí. Por suerte, descubrí su engaño justo antes de entregarle la autorización y cambié la nota por otra en la que especificué al depositario que le proporcionara la copia de yeso... pero no la réplica que le había ordenado fabricar. —Dirigió su mirada hacia el juez, para a continuación volverse hacia Ningzong—. Feng destruyó la figura que le inculpaba, sin saber que cuando entregué en la academia el modelo de yeso, no sólo encomendé su custodia, sino que también aproveché, previa entrega de la suma necesaria, para ordenar al sirviente de Ming que a partir de aquel modelo de yeso encargara la fabricación en bronce de una réplica igual al arma original.

—Enarboló el instrumento con determinación—. La misma arma que ahora podéis contemplar.

El emperador observó absorto el cañón de mano.

—¿Y qué relación guarda este extraño artilugio con los asesinatos? —preguntó Ningzong.

—En este artilugio, como Su Majestad lo denomina, reside la causa de todas las muertes. —Solicitó permiso al oficial de justicia para entregárselo al emperador, quien, tras cogerlo, lo examinó desconfiado—. Con el único fin de enriquecerse, Feng diseñó y construyó este perverso instrumento, un arma temible cuyos secretos estaba dispuesto a vender a los Jin. Para financiar su fabricación, malversó fondos procedentes de las partidas de sal —continuó Cí—. El eunuco Suave Delfín era un trabajador honesto, dedicado a auditar las partidas de sal. Cuando descubrió los desvíos practicados por Feng, éste intentó corromperle y, al no lograrlo, lo eliminó.

—¡Eso es una calumnia! —gritó Feng.

—¡Silencio! —le acalló el oficial de justicia—. Continúa —ordenó a Cí.

—Suave Delfín no sólo descubrió los mismos desfalcos que ya había observado mi padre, sino que además comprobó que las cantidades desviadas se destinaban a adquirir partidas de sal nívea, un tipo de producto costoso y de difícil elaboración destinado principalmente a la fabricación de pólvora militar. Además, averiguó la existencia de cuantiosos pagos efectuados a tres personas que finalmente fueron asesinadas: un oscuro alquimista, un fabricante de bronce y el artificiero de un taller. Al hacerlo, paralizó las cuentas, cortando el suministro de Feng. —Mostró el informe que acababa de entregarle Bo.

»Sin embargo, Suave Delfín no fue su primera víctima. Ese terrible honor le correspondió al alquimista que acabo de mencionar, un monje taoísta llamado Yu, cuyos dedos carcomidos por la sal, sus uñas impregnadas en carbón y un diminuto yin-yang tatuado en su pulgar establecieron el vínculo que lo relacionaba con el manejo de los componentes de la pólvora. Cuando Feng no pudo afrontar los pagos comprometidos, el anciano alquimista se rebeló. Discutieron, el monje amenazó a Feng y éste le disparó con el arma en la que había trabajado. —Se volvió hacia Feng, retándole con la mirada.

»La bala penetró por el pecho, rompió una costilla y salió por la espalda, quedando alojada en algún objeto de madera. Para evitar cualquier indicio que pudiera incriminarle, Feng no sólo recuperó la bala, sino que además camufló el cerco característico dejado por el proyectil en el fallecido excavando en la herida del pecho hasta hacerla parecer producto de algún macabro ritual.

»Un día más tarde le tocó el turno al artificiero, un joven al que logró identificar merced al extraño patrón de cicatrices provocado por un antiguo estallido y a quien Feng asesinó, por motivos similares, de una puñalada en el corazón. Bo me ha confirmado que estos operarios trabajan con un protector ocular hecho de cristal. De ahí que las cicatrices que plagaban su cara no aparecieran en los ojos. Tras matarlo, Feng excavó en la herida de su pecho hasta igualarla a la que había practicado en el alquimista el día anterior para simular el mismo tipo de crimen ritual.

»Respecto a Suave Delfín, Feng actuó de forma diferente. Al ser alguien cuya desaparición despertaría sospechas, procuró en primera instancia corromperle. Concedor de la pasión que las antigüedades despertaban en el eunuco, intentó comprar su silencio con una antigua poesía caligrafiada de incalculable valor. Al principio, Suave Delfín

aceptó, pero, más tarde, al conocer el alcance de sus verdaderas pretensiones, se negó a encubrirle. Entonces, Feng, pese al riesgo que conllevaba su asesinato, pero a sabiendas de que la denuncia del eunuco acarrearía una investigación inculpatoria, le acuchilló y mutiló, excavando la herida que asemejaría su caso al de los otros asesinados.

»Por último, acabó con la vida del fabricante de bronce, el hombre que había construido el cañón de mano. Lo hizo tras la recepción de los Jin, en vuestros propios jardines, como demuestra el tipo de tierra que apareció en las uñas del cadáver. Lo apuñaló y, con la ayuda de alguien, lo arrastró hasta su palanquín, lo decapitó y abandonó el cuerpo al otro lado de la muralla.

»Así pues, Feng planeó y ejecutó a cada una de sus víctimas, las decapitó y desfiguró para imposibilitar su identificación, practicándoles unas extrañas heridas en el pecho para simular la intervención de una secta criminal.

El emperador se acarició varias veces la barbilla.

—De modo que, según tú, este pequeño artilugio encierra un inmenso poder destructor...

—Imaginad a cada soldado con uno. El mayor poder que mente humana haya concebido jamás.

* * *

Cuando el emperador otorgó el turno de réplica a Feng, éste se adelantó sumido en un perceptible temblor. Su faz, lívida por la ira, resultaba más temible que la propia arma que le acusaba. Buscó el rostro de Cí y le señaló.

—¡Majestad! ¡Exijo que el reo sea castigado de inmediato por unas acusaciones que directamente os salpican a vos! ¡Nunca se ha oído en este tribunal una falta de respeto semejante! Una provocación que ninguno de vuestros antecesores en el trono habría permitido jamás.

—¡Dejad descansar a los muertos y cuidad vuestra impertinencia! —le atajó Ningzong.

La lividez de Feng se tornó en rubor.

—Alteza Imperial, el insolente que se hace llamar lector de cadáveres sólo es en realidad un maestro de la mentira. Pretende acusar a quien os ha servido con denuedo, disfrazando y enturbiando la verdad con el único fin de evitar su condena. ¿En qué basa sus acusaciones? ¿Dónde están las pruebas? Sus palabras son fuegos de artificio, tan volátiles como la imaginaria pólvora de la que habla. ¿En qué lugar se ha visto semejante falacia? ¿Cañones portátiles? Yo no veo más que una flauta de bronce. ¿Y qué disparan? ¿Granos de arroz o huesos de ciruela? —Se revolvió hacia Cí.

El emperador entornó los párpados.

—Calmaos, Feng. Sin que ello presuponga considerar vuestra culpabilidad, las palabras del acusado no parecen insensatas —indicó Ningzong—. Me pregunto por qué razón distinta de la verdad querría acusaros.

—¿Os lo preguntáis? ¡Por despecho! —alzó la voz hasta que se le desgarró—. Aunque no era mi intención desvelarlo en público, tiempo atrás, el padre de Cí trabajó para mí. ¡Ralea de la misma calaña! Descubrí que falsificaba los datos de mis transacciones en su provecho y me vi obligado a despedirle. Por cariño a su hijo, a quien apreciaba como propio, oculté la falta de su progenitor, pero cuando el acusado la descubrió, enloqueció y me culpó a mí de su desgracia.

»Respecto a los crímenes, a mi juicio no ofrecen duda: Kan asesinó a esos desgraciados, Cí se vio incapaz de resolver el caso y, movido por la ambición, simuló el suicidio del consejero para conseguir los favores prometidos. Así de sencillo. El resto de cuanto ha manifestado tan sólo es fruto de su perturbada invención.

—¿También es un invento mío el cañón de mano? —aulló Cí.

—¡Callad! —ordenó Ningzong.

El emperador se levantó empuñando el arma con rabia, luego consultó algo al oído de sus consejeros e hizo un gesto a Bo, quien se apresuró a postrarse a sus pies. Tras hacer que se incorporara, Ningzong ordenó a Bo que le acompañara a un despacho contiguo. Al cabo de un rato, ambos regresaron. Cí advirtió la preocupación que asolaba el rostro de Bo cuando éste se le acercó.

—Me ha pedido que hable contigo —le susurró al oído.

Cí se extrañó al sentir que el oficial lo agarraba del brazo y, con la aquiescencia de Ningzong, le conducía hacia el mismo despacho donde instantes antes habían deliberado ellos. Nada más cerrar la puerta, Bo escondió la mirada y se mordió los labios.

—¿Qué sucede?

—El emperador te cree —dijo el oficial.

—¿Sí? —Cí gritó de júbilo—. ¡Eso es magnífico! ¡Por fin ese bastardo recibirá lo que se merece y yo...! —Se interrumpió al comprobar el gesto circunspecto del oficial—. ¿Por qué esa cara? ¿Ocurre algo? Acabáis de decirme que el emperador me cree...

—Así es. —Bo fue incapaz de sostenerle la mirada.

—¿Entonces...? ¿No cree que yo sea inocente?

—¡Maldición! ¡Ya te he dicho que sí!

—¿Pues queréis explicarme entonces qué demonios sucede? —Le agarró por la pechera mientras Bo se dejaba agitar sin fuerzas como un muñeco de trapo. Cí advirtió su propio desvarío y lo soltó—. Disculpad. Yo... —Le arregló la camisa con torpeza.

Bo consiguió alzar la vista.

—El emperador desea que te declares culpable —consiguió articular en un hilo de voz.

—¿Cómo?

—Es lo que él desea. No hay nada que podamos hacer...

—¿Pero...? ¿Pero por qué...? ¿Cómo que es lo que desea? ¿Por qué yo y no Feng...? —balbuceó mientras avanzaba y retrocedía, sin acabar de comprender.

—Si accedes y firmas tu culpabilidad, el emperador te garantiza un destierro a una provincia segura —dijo sin convicción—. Será generoso contigo. No serás marcado ni golpeado. Te proporcionará una suma suficiente para que te establezcas y escriturará una hacienda a tu nombre que podrás legar a tus herederos. También está dispuesto a asignarte una renta anual que te libere de cualquier necesidad material. Es una oferta muy generosa —concluyó.

—¿Y Feng? —repitió Cí.

—Me ha asegurado que se encargará personalmente de él.

—¿Pero qué significa todo esto? ¿Estáis vos de acuerdo con él? ¿Es eso? ¿Vos también estáis confabulado? —Cí retrocedió como un perturbado.

—¡Por favor, Cí! ¡Cálmate! Yo sólo te transmito...

—¿Que me calme? ¿Pero sabéis lo que me estáis pidiendo? He perdido cuanto tenía: mi familia, mis sueños, mi honor... ¿Y pretendéis ahora que pierda también mi dignidad? —Se acercó a él hasta rozar su rostro—. ¡No, Bo! No voy a renunciar a lo único que me queda. Me da igual lo que me suceda, pero no permitiré que el nombre del bastardo que mató a mi padre quede impune mientras el de mi familia se hunde en el oprobio.

—¡Por el honorable Confucio, Cí! ¿Es que no te das cuenta? Esto no es ninguna petición. El emperador no puede consentir un escándalo semejante. Si lo hiciera, su fortaleza quedaría en entredicho. Entre sus detractores ya hay quien lo juzga débil de carácter. Si deja entrever que en la Corte reinan el desorden y la traición, que no es capaz de gobernar ni a sus propios oficiales, ¿qué esgrimirá ante sus contrarios? Ningzong precisa demostrar que está preparado para regir la nación con la firmeza

que requiere la amenaza de los Jin. No puede admitir que sus consejeros sean asesinados por sus propios jueces.

—¡Pues que demuestre firmeza haciendo justicia! —bramó.

—¡Maldición! Cí, si te niegas, el emperador te juzgará sin piedad, te declarará igualmente culpable y entonces te enfrentarás a su ira. Te ejecutará o te enviará a una mina de sal y acabarás tus días enterrado en vida. Piensa en tu padre. Él querría lo mejor para ti. Si accedes, tendrás una hacienda, una renta, una vida tranquila y segura lejos de aquí. Con el tiempo, te rehabilitará y te permitirá acceder a la judicatura. ¿Qué más puedes pedir? ¿Y qué otra alternativa tienes? Si sales y te opones a ellos, te machacarán. Firmaste tu confesión, aunque sólo fuera un garabato. ¿Has escuchado bien tus alegatos? Tus pruebas son sólo circunstanciales. No tienes nada contra Feng. Sólo sospechas...

Cí buscó en los ojos de Bo el reflejo de sus propios sentimientos, pero no lo encontró.

—Recapacita —le suplicó Bo—. No sólo es lo mejor. Es lo único que puedes hacer.

Cí sintió la mano de Bo sobre su hombro. Su peso era el peso de la sinceridad. Pensó en sus sueños, en sus estudios, en el anhelo de convertirse en el mejor juez forense. Recordó que ése también había sido el sueño de su padre... Bajó la cabeza, resignado. Bo le animó.

* * *

Nada más salir del despacho, Cí se encaminó lentamente hacia el trono.

Lo hizo cabizbajo, arrastrando los pies como si tirara del cepo de un condenado. Una vez al lado del emperador, se dejó caer de rodillas y golpeó la frente con el suelo. A sus espaldas, Bo asintió con la cabeza, confirmándole el acuerdo al emperador. Nada más contemplarlo, Ningzong esbozó una mueca de satisfacción que acompañó con una indicación a su escribano para que preparase el acta definitiva. En cuanto Cí la firmara, el juicio habría concluido.

Una vez ultimada, un acólito procedió a su lectura. En ella se daba por acreditada la autoría de Cí, desestimándose todas las acusaciones vertidas sobre Feng. El funcionario leyó el documento despacio, bajo la atenta mirada del emperador. Cuando terminó, se lo entregó a Cí para que lo firmara. Cí recogió el acta de confesión con las manos temblorosas. La tinta aún se veía fresca sobre el papel, como si todavía ofreciera un resquicio de mutabilidad. Cogió el pincel entre sus dedos trémulos, pero no fue capaz de sujetarlo y cayó al suelo dejando un rastro negro sobre la impecable alfombra roja. Cí se disculpó por su torpeza, recogió el pincel y meditó un instante sobre un acta de confesión que no dejaba lugar a dudas: en efecto, el documento le señalaba como único responsable, sin hacer mención alguna a la implicación de Feng.

Recordó los argumentos de Bo mientras se preguntaba si realmente aquello habría sido lo que su padre habría querido para él. Apenas podía reflexionar. Empuñó el pincel y lo mojó en la piedra de tinta. Luego, lentamente, comenzó a caligrafiar los trazos de su nombre. El pincel se deslizó titubeante, como si lo empujara la mano de un anciano sin vida. Sin embargo, cuando llegó el turno para el apellido de su padre, algo en su interior lo detuvo. Fue sólo un instante. El tiempo necesario para alzar la vista y contemplar la sonrisa triunfal de Feng. Acudieron a su mente

los cadáveres de sus padres sepultados bajo los escombros, sus cuerpos deshechos, el martirio de su hermano y la agonía de Tercera. No podía traicionarlos. No podía dejarlos así. Miró a Feng el tiempo suficiente para lograr que su cara dibujara un mohín de inquietud. Luego aferró el documento y lo rompió en mil pedazos mientras arrojaba toda la tinta sobre la alfombra.

* * *

La ira de Ningzong no se hizo esperar. De inmediato, estableció que maniataran al recluso y le asestaran diez bastonazos por su impertinencia, anunciando que a su conclusión dictaría el veredicto. Sin embargo, esto no impidió a Cí demandar su último alegato. Sabía que le asistía tal prerrogativa y también que el emperador, ante toda la Corte, no osaría quebrantar un procedimiento ritual establecido durante siglos. Al escucharlo, Ningzong se mordió la lengua, pero, aun así, aceptó.

—¡Hasta que se agote la clepsidra! —masculló y ordenó que pusieran en marcha el mecanismo hidráulico que regularía el tiempo de la intervención.

Cí aspiró aire con fuerza. Feng aguardaba desafiante, pero el rictus de temor permanecía atenazado a su rostro. El agua comenzó a correr.

—Majestad, hace más de un siglo, vuestro venerable bisabuelo se dejó conducir por consejos tendenciosos que acabaron con la condena del general Yue Fei, un hombre inocente cuyo valor y lealtad a nuestra nación son hoy ejemplo y patrón en todas nuestras aulas. Ahora, tan

abominable veredicto se recuerda como uno de los hechos más ignominiosos de nuestra gozosa historia. Yue Fei fue ejecutado, y aunque con posterioridad vuestro padre lo rehabilitó, el daño que causó a su familia jamás fue suficientemente reparado. —Hizo una pausa y buscó el rostro de Iris Azul—. No pretendo compararme con una figura como la de nuestro amado general... Pero sí me atrevo a pedir justicia. Yo también tengo un padre que ha sido deshonrado. Me exigís que asuma la autoría de unos crímenes de los que no sólo no soy responsable, sino que he volcado cuanto sé para intentar esclarecerlos. Y puedo demostrar que cuanto afirmo es cierto.

—Es lo que llevas anunciando desde el comienzo del juicio. — Ningzong señaló impaciente la clepsidra que marcaba el tiempo.

—Permitid entonces que os enseñe el terrible poder de esa arma. — Alzó sus manos pidiendo que lo liberaran—. Pensad en lo que ocurriría si un invento tan letal cayera en manos enemigas. Pensad en ello y pensad en nuestra nación.

Cí aguardó a que su invocación obrase efecto en la conciencia de Ningzong.

El emperador masculló algo mientras sopesaba el cañón de mano. Miró a sus consejeros. Luego volvió el rostro hacia Cí.

—¡Soltadle! —rezongó.

El mismo guardia que había liberado a Cí se interpuso ante él al advertir su propósito de acercarse al emperador, pero Ningzong lo autorizó con un gesto. Cí avanzó tambaleándose, cubierto de sangre reseca y con el estómago encogido por el miedo. A la altura del trono, se

arrodilló. Luego se incorporó como pudo y tendió su mano. El emperador depositó en ella el pequeño cañón.

Frente al soberano, Cí sacó de su camisola la piedrecita esférica y la bolsa con el polvo negro que había sustraído del escritorio de Feng.

—El proyectil que tengo en mis manos es el mismo que acabó con la vida del alquimista. Podéis comprobar que no es completamente esférico, ya que en un punto de su superficie se aprecia que ha saltado una esquirla. Una fractura que se produjo cuando el proyectil impactó contra una vértebra del alquimista y que coincide con la esquirla que descubrí al introducir una pica para comprobar la trayectoria de la herida.

Sin mediar palabra, y emulando lo leído en los tratados sobre cañones convencionales, vertió el contenido de la bolsa por la boca de fuego, con la ayuda del mango de un pincel prensó la pólvora e introdujo la bala. Acto seguido, se arrancó un retal de la camisa y lo retorció hasta formar una especie de mecha, que ensartó en un pequeño orificio practicado en el lateral del ingenio. Una vez conforme, se lo entregó a Ningzong.

—Aquí lo tenéis. Sólo resta encender la mecha y apuntar...

El emperador contempló el arma como si se enfrentara a un milagro. Sus ojos diminutos brillaban perplejos.

—¡Majestad! —le interrumpió Feng—. ¿Hasta cuándo habré de soportar esta infamia? Todo cuanto arroja la boca de este farsante es pura mentira...

—¿Mentira? —se revolvió Cí—. Explicad entonces cómo es posible que los restos del molde que me robasteis, la pólvora militar y la bala que

acabó con la vida del alquimista descansaran ocultos en el cajón de vuestro despacho —gritó Cí mientras se volvía hacia el emperador—. Porque es allí donde los encontré y donde vuestros hombres, si los enviáis, hallarán más proyectiles.

Feng permaneció en silencio ante la mirada victoriosa de Cí. Apretó los dientes y se acercó lentamente hacia el trono del emperador.

—Si las has sacado de mi despacho, también las has podido dejar tú allí.

Cí enmudeció. Había dado por sentado que Feng se desmoronaría, pero parecía más firme que nunca. Sintió cómo las piernas le flaqueaban. Tragó saliva mientras intentaba encontrar una salida.

—Muy bien. Entonces respondedme a esto —dijo finalmente Cí—: El consejero Kan fue asesinado en la quinta luna del mes, una noche en la que, según habéis declarado, os encontrabais fuera de la ciudad. Sin embargo, Bo ha constatado que un centinela os reconoció cuando accedíais a palacio, al atardecer del día anterior. —Señaló a Bo, quien lo corroboró—. Así pues, tuvisteis el motivo, tuvisteis los medios... y por lo que ahora también sabemos, pese a vuestras mentiras, también tuvisteis la oportunidad.

—¿Es eso cierto? —le preguntó Ningzong.

—¡No! ¡No lo es! —bramó Feng como un volcán a punto de entrar en erupción.

—¿Podéis acreditarlo? —le apremió el emperador.

—Por supuesto —resopló, y lanzó a Cí una mirada cargada de tensión—. Esa noche la pasé en mi casa junto a mi esposa. Estuve toda la noche disfrutando de su compañía. ¿Es eso lo que queríais oír?

Al escucharlo, Cí retrocedió boquiabierto, dominado por el estupor. Feng mentía. Sabía que mentía porque precisamente aquella noche fue la que él yació con Iris Azul.

Aún no se había recuperado cuando Feng le acorraló.

—¿Y tú? ¿Dónde te encontrabas tú la noche en que asesinaron a Kan? —le increpó.

Cí enrojeció. Buscó en la mirada de Iris Azul algún indicio de complicidad, un cabo al que aferrarse para escapar del remolino que le amenazaba. Lo hizo sin recordar que era ciega, pretendiendo que de algún modo ella pudiera leer en sus ojos que la necesitaba. Pero Iris Azul permaneció impassible, callada, con el rostro resignado en su papel de esposa sumisa. Cí comprendió que jamás delataría a Feng y que no podía condenarla por ello. Si ella lo traicionase, si revelase su infidelidad, no sólo condenaría a su marido, sino que se condenaría a sí misma. Y él no tenía derecho a destrozarla.

—Estamos esperando —le urgió Ningzong—. ¿Hay algo que quieras añadir antes de que emita mi veredicto?

Cí guardó silencio. Volvió a mirar a Iris Azul.

—No —bajó la cabeza.

Ningzong sacudió la cabeza con desgana.

—En tal caso, yo, el emperador Ningzong, Hijo del Cielo y soberano del Reino del Centro, declaro probada la culpabilidad del acusado Cí Song y le condeno a...

—¡Estuvo conmigo! —resonó con firmeza una voz al fondo de la sala.

Un clamor se extendió entre todos los presentes al tiempo que las miradas se dirigían hacia el lugar de donde había surgido la voz. De pie, segura, permanecía Iris Azul.

—No dormí con mi marido —declaró con gesto firme—. La noche en que mataron a Kan yací en la cama con Cí.

Feng tartamudeó incrédulo mientras cientos de rostros se giraban para contemplarle y su tez adquiría la lividez de la muerte. El juez retrocedió unos pasos balbuceando un gorgoteo ininteligible, con sus ojos fijos en los ausentes de Iris Azul.

—¡Tú no puedes...! ¡Tú...! —se trastabilló. Estaba fuera de sí. Hizo ademán de escapar, pero el emperador ordenó que lo detuvieran—. ¡Soltadme! ¡Maldita perra! —aulló—. Después de lo que he hecho por ti...

Se escabulló de sus captores de un tirón y se abalanzó sobre el arma que sostenía el emperador.

—¡Atrás! —amenazó. Antes de que pudieran detenerle, aferró una vela y prendió la mecha—. ¡He dicho que atrás! —bramó de nuevo y encañonó al emperador. Los soldados retrocedieron—. Tú, bastarda... —Alzó el brazo y la apuntó—. Te lo di todo... Lo hice todo por ti... —La mecha avanzaba inexorablemente—. ¿Cómo has podido...?

Cuantos rodeaban a Iris Azul se agazaparon. Feng sostuvo el ingenio con las dos manos. El cañón temblaba al igual que sus párpados. Su

respiración se entrecortaba. La mecha estaba a punto de alcanzar el bronce. Feng gritó. De repente, giró el arma y se apuntó a la sien. Luego, un estampido seco tronó en la estancia y el cuerpo del juez se derrumbó como un saco desmadejado en medio de un charco de sangre. De inmediato, varios guardias se abalanzaron sobre él para encontrarlo ya cadáver. Ningzong se levantó asombrado con el rostro salpicado por la sangre de Feng. Luego se limpió torpemente, ordenó que liberaran a Cí y dio por concluido el proceso.

EPÍLOGO

Cí se despertó con los huesos entumecidos. Tan sólo había transcurrido una semana desde que acabara el juicio y, aunque notaba la falta de ejercicio, sentía que sus heridas cicatrizaban a buen ritmo. Se frotó los ojos y recorrió con agrado las humildes paredes de su antiguo dormitorio. Afuera se escuchaba el ajetreo de los alumnos, apresurándose por entrar a las aulas. De nuevo estaba en casa, rodeado de libros.

El médico que aguardaba a los pies del camastro le saludó con un brebaje en la mano. Como cada mañana, Cí se lo agradeció y lo bebió de un trago.

—¿Cómo sigue el maestro? —preguntó.

El anciano de ojos vivarachos recogió el recipiente con una sonrisa.

—No deja de parlotear y sus piernas mejoran como las de una lagartija. —Echó un vistazo a las cicatrices de Cí—. Me ha dicho que

quiere verte... y creo que ya va siendo hora de que comiences a caminar.
—Le dio una palmada en el hombro tras comprobar su mejoría.

Cí se alegró. Desde su llegada a la academia había permanecido postrado en la cama, informado del estado de Ming tan sólo por las noticias que le trasladaban los médicos y sirvientes que le cuidaban. Se incorporó con dificultad y contempló los reflejos que el amanecer derramaba sobre el papel de la ventana. Sus tonos anaranjados brillaban con fuerza y en su fulgor creyó ver a sus ancestros animándole a que luciese orgulloso el apellido de su estirpe. Por fin se sentía en paz con ellos. Les honró con una varilla de incienso y aspiró su aroma mientras se decía que, allá donde estuvieran, descansarían satisfechos.

Se cubrió y salió de la habitación ayudándose del bastón rojo de Iris Azul. Ella se lo había hecho llegar con el deseo de que se recuperara y desde entonces había soñado con empuñarlo. De camino a las dependencias de Ming, se cruzó con varios profesores que le saludaron como si fuera uno de los suyos. Cí les devolvió la reverencia, sorprendido. Hacía calor. Un calor que le reconfortó.

Encontró a Ming tendido en su lecho, cubierto de magulladuras. La habitación estaba en penumbra, pero el rostro del maestro se iluminó al reconocerle.

—¡Cí! —se alegró—. ¡Ya puedes andar...!

Cí se aposentó a su lado. Ming parecía cansado, pero sus ojos rebosaban de vida. El médico le había recomendado que lo animara, así que charlaron un rato sobre sus heridas, sobre el juicio y sobre Feng.

Ming pidió a un criado que les sirviera una taza de té y retomó la conversación. Había cosas que aún no comprendía bien y ansiaba preguntárselas a Cí.

—Por ejemplo, el móvil de los crímenes.

—He de reconocer que averiguarlo fue complejo. El fabricante de bronce era un vanidoso cuya verborrea competía con su egolatría. De hecho, su invitación a la recepción de los Jin obedeció a la presión que ejerció sobre Feng, que fue quien se la facilitó. El mongol detenido ha confesado que el fabricante ansiaba entrar en la élite de la sociedad y no dudó en extorsionar a la única persona que podía facilitárselo sin advertir que trataba con alguien peligroso. Según sus palabras, Feng concluyó que su indiscreción y su avaricia le ponían a partes iguales en peligro, así que esa misma noche lo asesinó. Respecto al alquimista taoísta y al artificiero, como ya comenté en el juicio, prefirió matarlos a arriesgarse a cualquier delación propiciada por su falta de liquidez. Por lo visto, les debía grandes sumas de dinero que no estaba en disposición de afrontar.

—¿Pero por qué Feng mató al consejero? Puede que los asesinatos de unos desgraciados pasaran inadvertidos, pero debió haber imaginado que un crimen de tal calibre jamás quedaría impune.

Cí enarcó una ceja.

—Supongo que se vio obligado a hacerlo. Kan estaba obcecado con la culpabilidad de Iris Azul, y o bien su recelo le llevó a descubrir que el verdadero autor era Feng, o éste temió que acabara haciéndolo. El caso es que Feng encontró la fórmula idónea simulando su suicidio, una idea pérfida que, de haber acabado bien, le habría liberado de cualquier sospecha al lograr mediante amenazas que el consejero se inculpara a sí

mismo. Después, cuando revelé al propio Feng la falacia del suicidio, éste se lo confió a Astucia Gris para que pareciese él el autor del descubrimiento y así poderme acusar a mí.

—¿Y el asunto del perfume? —le interpeló—. De lo escuchado en el proceso, parece desprenderse que quien depositó la esencia sobre los cadáveres lo hizo con el ánimo de inculpar a la *nüshi*... Pero si el asesino fue su esposo, ¿qué interés podría guiarle? Tengo entendido que Feng estaba perdidamente enamorado de su mujer.

—Aunque no puedo asegurarlo, sobre esa cuestión me atrevería a responsabilizar a Kan. Es más, creo que sería un error presuponer la inocencia del consejero por el simple hecho de haber resultado finalmente asesinado. El consejero estaba obsesionado con Iris Azul, hasta el punto de confundir sus deseos con sus hallazgos. Según parece, en su día, Kan la pretendió en matrimonio y su rechazo provocó en él una animadversión tan grande como la que ella profesaba hacia el emperador. Creo que ese odio le cegó, y esa ceguera le impulsó a buscar algo con lo que incriminarla. Él tenía acceso a la Esencia de Jade, así que supongo que, una vez descubiertos los cadáveres, dejó el rastro del perfume para falsear pruebas con las que acusarla.

—No obstante, habrás de reconocer que Kan no andaba descaminado. Al fin y al cabo, el culpable resultó ser Feng. —Ming sorbió el té que Cí acababa de servirle—. ¡Qué extraño! Feng parecía un hombre cultivado. No comprendo los motivos que pudieron impulsarle a cometer unos crímenes tan pavorosos.

—¿Y quién puede entenderlo? El problema reside en que a menudo intentamos enjuiciar actuaciones insanas conforme a nuestro sano entendimiento. Feng resultó ser un perturbado, y sólo desde su perturbado juicio podríamos aventurar una justificación a sus actos. No

obstante, Bo me contó lo que el siervo mongol de Feng confesó tras su detención: además de confirmar que había colaborado con su amo activamente en los asesinatos, justificó éstos por la avaricia de Feng.

—¿Por la avaricia? Feng ya era rico. Los negocios de sal de su esposa...

—Según Bo, los negocios hacía tiempo que habían empeorado. Ante los conflictos fronterizos, el emperador Ningzong había interrumpido el comercio con los Jin, los principales clientes de Feng. En realidad, estaba arruinado.

—¿Pero qué ganaba Feng con los asesinatos?

—Dinero y poder. No olvidéis que Feng tomó las riendas de las actividades comerciales que antes manejaba Iris Azul y que su desafortunada gestión les condujo a la ruina. Según he tenido conocimiento, Feng entabló relaciones con Iris Azul mientras mi padre aún trabajaba para él, y aunque mantuvo en secreto dicha relación, por su condición de *nüshi*, ya comenzó a ocuparse de sus negocios. Feng invirtió sus últimos recursos en tejer una tupida red cuyo fin último era vender el secreto de un arma letal a nuestros enemigos; un secreto que probablemente animaría a los Jin a emprender la invasión que ya algunos vaticinan. Incluso puede que, en su delirio, Feng se imaginase que obtendría el control del monopolio de la sal tras una hipotética victoria de los Jin. Pero todo esto no son más que especulaciones. Bo y varios jueces continúan investigando...

—¿Pero cómo pudo acceder Feng al secreto de un arma tan mortífera?

—También yo me hice esa pregunta, y creo que la respuesta reside en la familia de Iris Azul. Recordad que su antepasado Yue Fei fue uno de los generales más notables de nuestro reino y un pionero en el uso

militar de la pólvora. De hecho, en el despacho de Feng encontré una copia del *Ujingzongyao*, el tratado sobre técnicas militares en el que se establecen los rudimentos de su aplicación, así que me inclino a pensar que, de algún modo, Feng encontró apoyo en su familia política, todos ellos vinculados con el ámbito militar. Las averiguaciones practicadas por Bo parecen confirmar estas sospechas.

—Y todo por una hermosa mujer... Una mujer que al final le traicionó...

Cí guardó silencio mientras acariciaba el bastón de Iris Azul.

—Una mujer que me salvó. —Su corazón palpitó con fuerza.

Cí se levantó en silencio, sin ganas de prolongar una conversación inútil. Ming no conocía a Iris Azul. Nadie la conocía como él. Había soñado con ella cada día de su convalecencia y anhelaba verla. Salió del dormitorio y regresó a su habitación. Aunque se sentía cansado, sus maltrechos miembros parecían reclamar un paseo a la luz del día. Se aseó y se vistió. Luego se apoyó en el bastón de Iris Azul y salió de la academia en dirección al Pabellón de los Nenúfares.

Al llegar a la muralla, se alegró de que el sello que le había entregado Kan siguiera ejerciendo sus funciones de salvoconducto, de modo que saludó al centinela y se encaminó trabajosamente por los jardines hacia la residencia de Iris Azul.

Según avanzaba, imaginó su reencuentro con ella. Deseaba agradecerle su inesperada intervención en el juicio; tomarla entre sus brazos y demostrarle que la amaba; decirle que nunca había dudado de

ella y que no le importaba ni su edad ni su ceguera. Sin embargo, conforme se acercaba al edificio, su rostro comenzó a ensombrecerse. Al aproximarse más, su corazón tembló.

En las inmediaciones del pabellón, decenas de guardias se movían a toda prisa en medio de gritos y de desorden. Cí aceleró el paso todo lo que sus maltrechas piernas le permitieron, al tiempo que imaginaba lo peor. Cuando alcanzó el umbral de la puerta, uno de los guardias le detuvo. Cí se identificó e intentó franquear el paso, pero el hombre se lo impidió. De nada le valieron sus explicaciones ni los ruegos para que le informase sobre qué estaba ocurriendo. Se disponía a apartarlo de un empujón cuando del interior de la vivienda surgió la figura de Bo.

—¿Qué es lo que sucede? ¿Qué hace toda esta gente aquí? —le preguntó Cí agarrándole del brazo.

—Es Iris Azul. Estamos registrando la casa... Tenía orden de permanecer en el pabellón hasta que concluyeran las investigaciones, pero ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Qué quieres decir? —Lo apartó a un lado y entró en el pabellón.

Devorado por la incertidumbre, Cí recorrió las dependencias cojeando, con Bo pisándole los talones. Incrédulo, pasó de una estancia a otra, incapaz de comprender la desaparición de Iris Azul. Al entrar en el dormitorio principal, el estómago se le encogió. El suelo estaba cubierto de ropas y enseres desperdigados, como si alguien hubiera hecho el equipaje a toda prisa antes de salir huyendo. Lentamente abandonó la estancia y entró en el despacho de Feng. Allí, varios oficiales repasaban los volúmenes perfectamente alineados que permanecían en las estanterías. Cí los contempló distraídamente hasta fijarse en el hueco que

destacaba en uno de los anaqueles. Era la balda que contenía los tratados sobre la sal. Para su sorpresa, el libro que faltaba era el valioso ejemplar de lomo verde. El manual sobre técnicas militares y aplicaciones de la pólvora. El insólito *Ujingzongyao*.

Frunció el ceño y acercó su mano al hueco al advertir la presencia de un objeto rojo oculto tras los libros. Sin dar crédito, metió lentamente la mano hasta rozarlo. Al sacarlo, tartamudeó. Era el cofre lacado de su padre. El mismo que le robaron el día que lo mataron. Su corazón se detuvo. Lo abrió, temeroso, como si en su interior se conservara el espíritu de su progenitor. Dentro, reconoció la letra de su padre en unos documentos. Los que reflejaban la contabilidad paralela que él había elaborado y que demostraba las malversaciones de Feng.

Cí abandonó el pabellón abatido, incapaz de reflexionar más allá de su propia confusión; incrédulo ante su propia credulidad, asombrado por la realidad y aturdido por su estupidez. Se alejó lentamente y caminó como un fantasma hasta la puerta de la academia. Allí, el portero le avisó de que alguien le estaba esperando en el patio. A Cí le dio un vuelco el corazón pensando que se trataría de Iris Azul, pero, para su extrañeza, quienes aguardaban en el claustro eran dos pordioseros a quienes juraría no haber visto nunca. Desconcertado, confirmó con el portero que era a él a quien esperaban y se dirigió hacia los dos desconocidos.

—¿No os acordáis de mí? —le preguntó el más jovenzuelo—. El día del incendio en el taller. Me dijisteis que cuando encontrara al cojo, viniese a por el dinero.

Cí lo miró de arriba abajo hasta que de pronto lo reconoció. Se trataba del muchacho al que había interrogado en las inmediaciones del taller del broncista. Advirtió que el pordiosero que lo acompañaba descansaba

sobre una muleta. Debía de ser el testigo del que le había hablado. Ladeó la cabeza.

—Llegas tarde, chico. El caso ya está resuelto... —se excusó.

—¡Pero, señor! Prometisteis que si lo traía nos pagaríais el resto de dinero... —se quejó.

Cí fijó sus ojos en los del muchacho. Parecía realmente necesitado. Sacó una bolsa y la retuvo en su mano.

—Está bien. ¿Qué fue lo que vio tu amigo?

—¡Venga! ¡Díselo! —le dio un empujón.

El muchacho cojo se adelantó a trompicones.

—Llegaron tres personas —relató—. Una mandaba y las otras obedecían. Yo estaba escondido, así que pude verles y oírles bien. La que mandaba esperó fuera mientras los otros buscaban algo dentro de la nave. Luego lo rociaron todo con aceite y después le prendieron fuego.

—Ya... ¿Los reconocerías si los vieras? —le preguntó sin convencimiento.

—Creo que sí, señor. A uno de los hombres le llamaron Feng. El otro parecía un mongol.

Cí dio un respingo. Se acercó hasta el muchacho.

—¿Y el tercer hombre? ¿Qué puedes contar de él?

—¡No! ¡No era un hombre! —confesó—. La persona que les mandaba en realidad era una mujer.

—¿Cómo que una mujer? —balbució—. ¿Qué mujer? —Sacudió al muchacho por los hombros.

—¡No lo sé! Sólo vi que se desplazaba torpemente, apoyándose sobre un extraño bastón. Un bastón como... —De repente el muchacho enmudeció.

—¿Qué sucede? ¡Maldita sea! ¡Habla! —le urgió Cí.

—Un bastón como el vuestro... —le señaló.

* * *

Cí pasó tres días encerrado en su habitación sin probar bocado ni curarse las heridas. Tan sólo dejó que el tiempo transcurriera mientras se preguntaba si realmente Iris Azul sería tan culpable como parecía, si Feng habría sido el títere que ella había manejado como instrumento de venganza o si habrían existido motivos ocultos que la guiaron en su conducta. También se preguntó por qué Iris habría traicionado a Feng, salvándole a él la vida. Imaginó que aquello era algo que nunca averiguaría.

Ese mismo día Bo le visitó. El oficial no tenía noticias de Iris Azul, pero le dijo que debería considerarse afortunado. Según sus averiguaciones, cuando durante el juicio el emperador le ofreció inmunidad a cambio de su inculpación, ya había determinado ejecutarle, se confesara culpable o

no. Lo único que le libró del cadalso fue el inesperado suicidio de Feng. También le comunicó que se habían emprendido acciones para detener al Ser de la Sabiduría por cohecho y malversación. Cí le agradeció la confianza, pero eso no alivió su amargura.

Al cuarto día dejó atrás las lamentaciones y se levantó. Si había acudido a Lin'an con un propósito, debía trabajar duro para conseguirlo. Mientras se aseaba, comprobó que sus piernas y sus brazos habían recuperado el vigor perdido y que su mente volvía a estar ávida de estudio. Luego cogió un tazón de arroz y se dirigió a la biblioteca, donde estudiaban sus compañeros.

Esa misma tarde se encontró con el maestro Ming. El anciano había comenzado a caminar y su mejoría le alegró. Ming también se complació de encontrarle otra vez rodeado de libros.

—¿Estudiando de nuevo? —le preguntó.

—Sí. Tengo tarea por delante. —Le mostró el flamante tratado forense en el que estaba trabajando.

Ming sonrió.

—Bo estuvo aquí. —Se sentó junto a Cí—. Me puso al tanto del curso de las investigaciones. Por lo visto, el adivino va a ser ejecutado. Me contó la huida de Iris Azul y tu episodio con Feng en las mazmorras. También mencionó que el emperador ha declinado su promesa de introducirte en la judicatura.

Cí afirmó con la cabeza.

—Así es. Al parecer, Ningzong encontró la excusa perfecta al tachar todos mis descubrimientos de brujería... —Elevó los hombros con

resignación—. Pero, al menos, no ha vetado mi presencia en los exámenes y eso es lo único que me importa.

—Ya... —Ming se quejó—. Pero será duro: faltan dos años para la próxima convocatoria y los exámenes son difíciles de superar... ¿Sabes? No creo que necesites seguir como alumno. Tus conocimientos forenses son excepcionales y, si quisieras, podría hacer que entraras a formar parte de nuestro claustro de profesores. No tendrías que preocuparte ni pelear por algo que quizá no logres nunca.

Cí miró a Ming con determinación.

—Os lo agradezco, señor, pero sólo deseo estudiar. Mi único interés reside en superar esos exámenes. —Miró el cofre rojo con los documentos de su padre—. Me lo debo a mí mismo, se lo debo a mi familia y os lo debo a vos.

Ming sonrió mientras asentía. Se levantó para retirarse, pero antes de hacerlo se detuvo.

—Una última curiosidad, Cí. ¿Por qué renunciaste a la oferta del emperador? Bo me contó que, a cambio de tu silencio, Ningzong te brindó todo cuanto podías anhelar: retribuciones generosas, una futura rehabilitación y un puesto en la judicatura. ¿Por qué no aceptaste?

Cí contempló a su viejo maestro con cariño.

—En cierta ocasión, Iris Azul me comentó que Feng conocía infinitas formas de morir. Y puede que fuera verdad. Tal vez sea cierto que existen infinitas formas de morir. Pero de lo que estoy seguro es de que sólo existe una forma de vivir.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Aún recuerdo el día en que con un café cargado en una mano y un puñado de folios en la otra, me senté en mi despacho dispuesto a trabajar en el tema sobre el que trataría mi nueva novela. Por aquel entonces sólo tenía claras dos premisas: la primera, que su argumento tendría que emocionar a mis lectores tanto como a mí. La segunda, que mientras no encontrara ese tema, no comenzaría a escribir.

Debo confesar que durante más de dos meses emborroneé decenas de folios. Buscaba una historia vibrante y cautivadora, pero lo único que garabateaba eran tramas cuyos planteamientos sólo eran más de lo mismo. Y no quería eso. Precisaba algo más intenso, más apasionante, más original.

Por fortuna, y como casi siempre suele suceder en estos casos, la suerte llamó a mi puerta en enero de 2007, en forma de una invitación para asistir al VIII ICFMT, el Indian Congress of Forensic Medicine and Toxicology, que anualmente se celebra en Nueva Delhi. Aunque no sea forense, por razones literarias siempre he seguido esa disciplina con

extremo interés y, por tal motivo, frecuentaba desde hacía tiempo varios foros sobre medicina legal en los que trabé amistad con algunos de sus miembros. Entre ellos, el doctor Devaraj Mandal, a la sazón ponente del congreso y la persona que me hizo llegar la invitación.

Por cuestiones de diversa índole, no podía desplazarme en esas fechas, pero el doctor Mandal tuvo la amabilidad de enviarme un extenso *dossier* con un resumen de las principales ponencias, que en su mayoría versaban sobre toxicología, patología forense, criminología, psiquiatría forense y genética molecular. Sin embargo, la conferencia que atrapó de inmediato mi interés soslayaba los últimos avances en espectrofotómetros o los hallazgos en el campo del análisis de ADN mitocondrial y se centraba en los inicios históricos de la disciplina forense. Más concretamente, profundizaba en la figura de quien mundialmente está considerado como el precursor y padre de ésta. Un hombre del Medievo asiático. El chino Song Cí.

Al instante supe que lo tenía y mi corazón se aceleró. Abandoné los proyectos en los que estaba trabajando y me dediqué por completo a una novela que de verdad iba a merecer la pena. La extraordinaria vida del primer forense de la historia. Una epopeya fascinante en la antigua y exótica China.

El proceso de documentación resultó sumamente arduo. La biografía de Song Cí se limitaba a no más de treinta párrafos extraídos de una docena de libros, que, si bien dejaban una puerta abierta a la ficción, limitaban las posibilidades de una trama estrictamente biográfica. Por suerte, no podía decirse lo mismo de su obra, ya que los cinco volúmenes de su tratado forense, publicado en el año 1247, el *Hsi Yuan Lu Hsiang i*, a través de sus diferentes traducciones al japonés, coreano, ruso, alemán, holandés, francés e inglés, habían perdurado hasta nuestros días.

Por medio de mi amigo y escritor Alex Lima, profesor adjunto en el Suffolk County Community College, conseguí un facsímil de estos cinco volúmenes editado por Nathan Smith, del Centro de Estudios Chinos de la Universidad de Michigan; concretamente, una traducción del profesor Brian McKnight que incorporaba un valioso prefacio de la edición japonesa de 1854.

La obra, escrupulosamente estructurada, dedicaba el primer volumen al listado de leyes que afectaban a los jueces forenses; a los procedimientos burocráticos empleados, incluidos plazos, número de investigaciones que practicar sobre un mismo crimen y sus responsables; a las jurisdicciones; a los protocolos de actuación de los inspectores; a la elaboración de los informes forenses y a los castigos a los que se expondrían los forenses en caso de dictamen equivocado. Asimismo, preconizaba la forma de actuación ante el examen de cualquier cadáver, incluyendo la obligatoriedad de reseñar testimonios gráficos mediante plantillas con dibujos de cuerpos sobre los que deberían marcarse los distintos hallazgos.

El segundo volumen detallaba las distintas etapas de corrupción de los cadáveres, sus alteraciones en función de las estaciones del año, el lavado y la preparación previa de los cuerpos, el examen de cuerpos insepultos, la exhumación de cadáveres, el análisis de cuerpos descompuestos, los métodos para hallar evidencias en cadáveres con un grado avanzado de descomposición, la entomología forense, el estudio en caso de asfixia o agotamiento, el caso particular de los cadáveres femeninos y el examen de fetos.

El tercer volumen se ocupaba extensamente del examen de los huesos, de su análisis para la extracción de conclusiones mediante el empleo de reveladores químicos, de los rastros de heridas en cadáveres esqueletados, de la discusión sobre puntos vitales, de los suicidios por

ahorcamiento, de las simulaciones de suicidios para encubrir asesinatos y de las muertes por inmersión.

El cuarto volumen versaba sobre las muertes producidas por golpes mediante puños y piernas, o con el auxilio de instrumentos contundentes, punzantes o cortantes; el estudio de suicidios mediante armas afiladas; los asesinatos por heridas múltiples en los que se hacía preciso detectar la verdadera herida causante de la muerte; los casos de decapitación, incluidos aquéllos en los que el tronco o la cabeza no estuvieran presentes; la muerte por quemaduras; la muerte por vertidos de líquidos hirvientes; los envenenamientos; los decesos por enfermedades ocultas; la muerte producto de tratamientos de acupuntura o moxibustión y el registro de muertes naturales.

Por último, el quinto volumen atendía a las investigaciones sobre muertes ocurridas en reos de prisión; las producidas como consecuencia de torturas; las producidas por caídas desde grandes alturas; las muertes por aplastamiento, por asfixia, por estampida de caballos o búfalos, por atropellamiento; los fallecimientos por caídas de rayos, por ataques de fieras, por picaduras de insectos y mordedura de serpientes o reptiles; los decesos por intoxicación etílica, por golpes de calor; las muertes por heridas internas a consecuencia de excesos alimentarios; las muertes por excesos sexuales y, finalmente, los procedimientos para la apertura de cadáveres así como los métodos para dispersar el hedor y para restaurar la vida en aquellos casos en los que la muerte fuera sólo aparente.

En definitiva, un auténtico arsenal de técnicas, métodos, instrumentales, preparados, protocolos y leyes a los que habría que añadir los numerosos casos forenses resueltos por el propio Cí Song que, incluidos en el mismo tratado, me permitirían construir una historia no sólo apasionante, sino también, y lo que es más importante, absolutamente fiel a la realidad.

Tras el sorprendente descubrimiento extendí el periodo de documentación doce meses más para recopilar información en los ámbitos político, cultural, social, judicial, económico, religioso, militar y sexual, junto a exhaustivas referencias en los campos de la medicina, la educación, la arquitectura, la alimentación, el mobiliario, la vestimenta, los sistemas de medición, la moneda, la organización estatal y la burocracia en la China medieval de la Dinastía Tsong. Una vez organizados y cotejados, descubrí datos tan asombrosos como la convulsa situación en la que se hallaba la Corte del emperador Ningzong ante la constante coacción de los Jin, los pueblos bárbaros del norte que tras conquistar la China septentrional amenazaban con completar la invasión; las complejas y estrictas normas de comportamiento en el seno familiar, donde los miembros más jóvenes debían no sólo respeto absoluto, sino también una obediencia incuestionable a sus mayores; la importancia de los ritos como eje y motor de la vida; la omnipresencia del castigo físico, generalmente de una violencia inusitada, como correctivo para cualquier falta por nimia que ésta fuese; el extensísimo código penal en el que quedaban regulados todos los aspectos de la vida; la ausencia de religiones monoteístas y la coexistencia de filosofías no excluyentes como la budista, la taoísta y la confucianista; la avanzada y equitativa norma que garantizaba el acceso al poder mediante la superación de exámenes trienales abiertos a cualquier aspirante; el generalizado sentimiento antimilitarista o los asombrosos avances científicos y técnicos —la brújula, la pólvora militar, la imprenta de tipos móviles, los billetes bancarios, el frigorífico, los buques de compartimentos estancos...— que eclosionaron durante la Dinastía Tsong.

Por curioso que parezca, y una vez bosquejados los principales trazos de la trama, la primera dificultad a la que me enfrenté fue bautizar a los protagonistas de la novela.

Cuando ojeamos un libro cuyos personajes son extranjeros, podemos memorizar sus nombres y apellidos e identificarlos con los individuos a los que representan porque, por lo general, dichos nombres poseen raíces hebreas, griegas o latinas que, de algún modo, pese a lo arcaicas, nos son conocidas. Así, patronímicos poco usuales hoy en día como por ejemplo Jenofonte, Asdrúbal, Suetonio o Abderramán no sólo son fácilmente reconocidos, sino que también nos resulta sencillo diferenciarlos y recordarlos. Algo parecido sucede con los nombres anglosajones. Así, Erik, John, Peter o Wolfgang, debido a la familiaridad derivada de su empleo en los medios audiovisuales, nos son casi tan familiares como Juan, Pedro o José. Desafortunadamente, esto no ocurre con los nombres orientales. Y menos aún, con los chinos.

El idioma chino —en realidad, sus numerosas lenguas— es extremadamente complejo. La mayoría de sus palabras son monosilábicas, con la particularidad de que una misma sílaba puede articularse hasta con cinco entonaciones diferentes. Pues bien, imaginemos ahora una novela cuyos personajes poseyeran los siguientes nombres: Song, Tang, Ming, Peng, Feng, Fang, Kang, Dong, Kung, Fong y Kong. A la tercera página no habría lector que no hubiese abandonado el libro con un profundo dolor de cabeza.

Para sortear este problema, aunque mantuve los nombres de los principales personajes históricos, me vi obligado a alterar aquellos que, por su parecido con otros ya utilizados, podrían inducir a confusión. Por idéntica razón, para denominar a personajes secundarios, me ayudé de una costumbre típica de la época, consistente en sustituir los nombres de nacimiento por apodos que revelaban las cualidades de las personas a las que representaban.

Pero las dificultades continuaban. El pinyin es un utilísimo sistema de transcripción fonética que ha permitido plasmar los complicados

ideogramas chinos en palabras alfabéticas para que puedan ser leídas, pronunciadas y escritas por cualquier occidental. Sin embargo, la diversidad tonal de la pronunciación china ha provocado que una misma palabra sea transcrita de diferentes formas, en función de la percepción del oyente de turno. Así, según la fuente que consultemos, podremos encontrar al protagonista Song Cí bajo la denominación de Tsong Cí, Tsung Cí, Sung Cí, Sun Tzu o Sung Tzu.

Y aún hay más. En China, el apellido siempre se pronuncia delante del nombre, si bien este último apenas se emplea y sólo se usa el apellido. Así, nuestro protagonista, al que a lo largo de la novela denomino Cí Song, y a menudo, solo Cí, en realidad habría sido llamado por sus contemporáneos Song Cí y, comúnmente, sólo Song.

¿Por qué alteré el orden? Principalmente, por tres motivos. El primero, por asemejar la denominación a nuestra costumbre occidental, en la que el apellido figura siempre a continuación del nombre. El segundo, para evitar los problemas de comprensión que surgirían cuando en un mismo párrafo se hiciese referencia a hijos y padres cuyos nombres resultarían indistinguibles (Song y Song). Y el tercero, y aún más sorprendente, debido a la extraña coincidencia de que en aquel periodo la familia del emperador también portara el apellido Song (Tsong).

Una vez resuelto este problema, pasé a enfrentarme a un dilema mayor. Quizá uno de los escollos más importantes que afronta cualquier escritor cuando resuelve escribir una novela con un trasfondo histórico es establecer cuánto de verdad y cuánto de ficción contendría un manuscrito que, por sus características, debía respetar escrupulosamente los datos disponibles.

A menudo he asistido a mesas redondas donde el tema de discusión consistía en discernir el concepto de novela histórica, debates en los que

generalmente acababa dirimiéndose, con mayor o menor vehemencia, el grado, la calidad y la cantidad de historia que debía contener una novela —que, por definición, es un relato de ficción—, para considerarse realmente histórica. En numerosas ocasiones, los contertulios finalmente se avinieron a defender la clasificación que en su día hiciera el semiólogo Umberto Eco, quien en repetidos artículos estableció tres modalidades distintas: la novela romántica o de ambientación fantástica, en la que tanto los personajes, los hechos narrados y el trasfondo histórico resultaban absolutamente ficticios, pero cubiertos de una apariencia de veracidad (un ejemplo de esta división serían las novelas del ciclo artúrico de Bernard Cornwell). En segundo lugar, lo que Eco plantea como «obras de capa y espada», novelas en las que personajes históricos reales se ven embarcados, merced a la imaginación del autor, en situaciones ficticias que nunca sucedieron (en este apartado encontraríamos a autores como Walter Scott, Alejandro Dumas o León Tolstoi). Y, por último, las que el autor italiano bautiza como «novelas históricas propiamente dichas», que define como aquellas que emplean personajes ficticios que se desenvuelven en una situación históricamente real (y donde, obviamente, encaja su icónica *El nombre de la rosa*).

En voces de muchos, faltarían aquí las biografías noveladas, las falsas memorias y los ensayos más o menos rigurosos.

En cualquier caso, mi opinión es que una novela histórica debe ser, antes que nada, una novela. Debemos partir de la base de que la novela es ficción, y sólo así se comprende la magia y su poder de cautivar. Una vez superado este difícil trámite, la clave debería residir en la rigurosidad y en la honestidad con las que el autor trata los acontecimientos históricos relatados. Porque tan histórico es novelar sobre Julio César en la guerra de las Galias como hacerlo sobre un anónimo esclavo que se dejó la vida levantando una iglesia. Todo depende de la rigurosidad. En el caso de César, el personaje es histórico,

pero eso no garantiza que en nuestro relato lo sean sus actos, sus sentimientos o sus pensamientos. En el segundo, el esclavo seguramente no existió, pero pudo existir alguien como él. Y si nuestro personaje de ficción se comporta como ese esclavo que pudo ser, entonces el episodio resultará tan vívido y real como si realmente viajáramos al pasado y pudiéramos contemplarlo.

Obviamente, la obligación del autor es escribir una novela en la que César piense, sienta y actúe más allá de lo que la historiografía nos asegura que pensó, sintió y actuó, pues, en caso contrario, en lugar de una novela estaríamos hablando de un ensayo, de una biografía o de un documental. Pero también es responsabilidad del autor que esa ficción sea verosímil y consecuente con lo que sabemos que sucedió en realidad. Igualmente nos equivocariamos si desdeñásemos la novela histórica que emplea personajes ficticios que se desenvuelven en un mundo real, porque ese mundo y cuantas acciones rodean al personaje también forman parte con mayúsculas de nuestra historia.

En este sentido, es obligado señalar que, aunque los grandes acontecimientos son siempre los recordados, son los pequeños y cotidianos los que nos acompañan día a día en nuestras vidas, los que nos hacen felices o desgraciados, los que nos hacen creer y soñar, los que nos impelen a amar, a tomar decisiones y, en ocasiones, a luchar y morir por aquello en lo que creemos. El gran historiador Jacques Le Goff fue el primero en reivindicar la historia de los hechos cotidianos: de las ferias medievales, la de las pobres gentes que malvivían en las aldeas, la de las enfermedades, los castigos y las penas; de la realidad de las vidas de los olvidados, en contraposición con el fulgor y la resonancia de las batallas contadas siempre por los vencedores.

A quien le interese profundizar en el tema, le recomendaría encarecidamente la lectura del ensayo *Cinco miradas sobre la novela*

histórica, editado por Evohé y firmado por Carlos García Gual, Antonio Penadés, Javier Negrete, Gisbert Haefs y Pedro Godoy. Sus prestigiosos autores no sólo aportan una aguda visión sobre esta cuestión, sino que además lo hacen de una forma entretenida y pedagógica.

En el caso de *El lector de cadáveres*, el protagonista, Song Cí, es un personaje real, casi desconocido por sus actos, pero recordado por su exuberante obra. Por ello, en esta novela he procurado reflejar con escrupulosa exactitud la forma en la que el protagonista trabajaba, sus innovadores métodos forenses, las dificultades de sus inicios, su atrevimiento, su sagacidad intelectual, su amor por el estudio y su afán por la verdad y la justicia. Todos los procesos, los procedimientos, las leyes, los protocolos, los análisis, los métodos, el instrumental y los materiales descritos en cada uno de los casos narrados se corresponden fidedignamente con la realidad. El elenco de actores se completa con la presencia de otros personajes reales, entre los que destacan el emperador Ningzong y su séquito, el consejero de los Castigos o el viejo profesor Ming. También me ayudé de hechos históricos, como la existencia de la acreditada academia, la situación de inestabilidad política en la frontera y, sobre todo, la aparición, por primera vez en el mundo, del cañón de mano o pistola (*handgun*), un arma tan innovadora como mortífera.

Pero, además, incorporé elementos de ficción que me permitieron recrear, dentro de una atmósfera de verosimilitud, la sociedad, la intriga y el devenir de la época. En este sentido, tejí una complicada trama en la que especulé sobre el modo en el que la fórmula de la pólvora explosiva, custodiada por los chinos como alto secreto de Estado, pudo pasar a manos de sus enemigos, los mongoles, para finalmente llegar hasta Europa.

Respecto a la rara enfermedad que padece Song Cí, científicamente denominada CIPA (*Congenital Insensitivity to Pain with Anhidrosis*),

consistente en una extraña mutación del gen que codifica el receptor neurotrópico de la quinasa tirosina (NTRK1) y que impide la formación de las células nerviosas responsables de la transmisión de señales de dolor, calor y frío al cerebro, debo admitir que es una licencia narrativa que introduje con el fin de incrementar el dramatismo del protagonista. No obstante, tal enfermedad, más que un don maravilloso que ayuda a Song Cí a superar determinadas vicisitudes, en realidad se manifiesta en su lado más oscuro y negativo, que modula, curte y daña al protagonista, al hacer que se sienta como un monstruo maldito.

Por último, y a modo de cierre, me gustaría plasmar una reflexión personal sobre los géneros literarios. De todos es conocida la innata tendencia del ser humano a clasificar cuanto le rodea, algo lógico en una sociedad en la que a menudo la oferta supera a la demanda y la información es tan amplia que su utilidad queda opacada bajo su propia abundancia. Con los géneros literarios sucede algo parecido: es tanto lo publicado que los editores precisan saber en qué colección encajará cada título; los librerías, de qué forma clasificarán esos títulos en sus expositores; y los lectores, una orientación que les ayude a escoger conforme a sus gustos.

Hasta aquí no existiría mayor problema. Es una forma de organización, y la organización es necesaria. Lo que quizá ya no lo sea tanto es la típica costumbre humana de etiquetar de forma inamovible cada novela. Etiquetamos géneros «mayores», géneros «menores», géneros «mejores» y géneros «peores» sin que en ningún caso esas etiquetas dependan objetivamente de la calidad individual de cada título.

Y cuento todo esto porque en ocasiones he podido escuchar, no sin cierto desasosiego, que la novela histórica es un género «menor».

Siempre que ha ocurrido esto, me he preguntado perplejo si la persona que hacía ese comentario hablaría de una novela concreta o, en realidad, se habría dejado llevar por una corriente de opinión. Para ilustrarlo, imaginemos por un momento que un escritor contemporáneo de inusitado talento escribiera hoy en día una trágica historia de amor entre una pareja de jóvenes cuyas familias, los Capuleto y los Montesco, se odiaran. ¿Acaso por estar ambientada en la Venecia del siglo XVI *Romeo y Julieta* pasaría a clasificarse como una simple novela histórica y dejaría de ser la más bella historia de amor jamás contada?

Sinceramente, creo que en este caso vendría a colación la definición que en su día nos dejó el inefable José Manuel Lara respecto a los géneros: «En realidad, sólo existen dos clases de novelas: las buenas y las malas».

RESEÑA BIOGRÁFICA

Song Cí nació en el año 1186 en Jianyang, subprefectura de Fujian. Su padre, Song Kung no destacó en los estudios, pero consiguió aprobar los exámenes gubernamentales gracias a las facilidades que le otorgó el emperador Ningzong. Obsesionado con el futuro de su hijo, Kung se encargó de que Song Cí fuera instruido por un seguidor de Chu Hsi antes de entrar en la *t'ai-hsue*, la Universidad Nacional de Lin'an (actual Hangzhou). Tras cursar estudios de medicina, leyes y criminología, en 1217 Song Cí obtuvo su doctorado *Chin-shih*, siendo destinado como alguacil a Yin, en la subprefectura de Chekiang. Sin embargo, la repentina muerte de su padre le impidió tomar posesión, al tener que retirarse para guardar el luto acostumbrado. Casi una década después, Song Cí se hizo cargo del puesto de registrador de Hsin-feng, en la subprefectura de Kiangsi. Sus éxitos en la investigación forense provocaron la envidia de su intendente superior, quien le degradó varias veces hasta lograr que abandonara la vida de funcionario. Tras la muerte del intendente, Song Cí se reintegró a su antiguo puesto, desde el que ascendió a diferentes cargos administrativos, incluidos los de subprefecto, prefecto e intendente judicial. Durante toda su vida se

dedicó al estudio y al análisis forense, desechando los antiguos procedimientos basados en el esoterismo y la magia, para introducir novedosas técnicas, algunas de las cuales se han mantenido vigentes hasta la actualidad. Murió en el año 1249, dos años después de completar el primer y más importante tratado científico sobre la clínica forense de la historia: el *Hsi Yuan Lu Hsiang i*.

GLOSARIO

AGUAS VENENOSAS. Una antigua enciclopedia médica de la Dinastía Chin contiene, posiblemente, la primera referencia escrita al terrible virus del dengue. El tratado fue elaborado entre los años 265 y 420 a.C., editado formalmente en el año 610 a.C. bajo la Dinastía Tang y reeditado en 992 d.C. durante la Dinastía Tsong del Norte. La enfermedad fue denominada «agua venenosa» y se relacionaba con los insectos voladores que pululaban sobre las aguas afectadas. El dengue es una aguda enfermedad viral transmitida por el mosquito *Aedes aegypti*, que se cría en el agua acumulada en recipientes y objetos en desuso o en aguas estancadas. Una variedad grave es el dengue hemorrágico (DH), que cursa con pérdida de líquido y sangre por trastornos de la coagulación, pudiendo desembocar, en cuestión de cuatro a ocho horas, en el *shock* (SSD) y la muerte.

ALQUIMIA. El término *jindanshu*, ‘técnicas del oro y del cinabrio’, es el más empleado para denominar la alquimia taoísta externa o *waidan*. Las primeras técnicas alquímicas se mencionan en obras como el *Huainanzi* con el término *huangbaishu*, ‘técnicas del amarillo y del blanco’,

colores que designan el oro y la plata o sus sustitutos. El cinabrio también adquiere gran importancia en la fabricación de píldoras o elixires de larga vida. Esta operación se denomina *liandanshu*, 'técnica de refinamiento del cinabrio', o *xiandanshu*, 'técnicas del cinabrio de la inmortalidad'. En la aplicación de estos procedimientos, fueron muchos los descubrimientos de productos químicos y botánicos que tuvieron finalidad terapéutica. Durante la Dinastía Han, los alquimistas taoístas que investigaban sobre un elixir para la inmortalidad provocaron numerosos incendios mientras experimentaban con azufre y salitre (nitrato de potasio). Uno de esos alquimistas, Wei Boyang, escribió un texto alquímico titulado *Libro del parentesco de los tres*, que advertía sobre las propiedades explosivas de las mezclas de ciertos materiales. Muchas de las primeras mezclas de pólvora china contenían sustancias tóxicas tales como mercurio y arsénico combinados, pudiendo ser consideradas como una forma primitiva de guerra química. A partir de la Dinastía Tsong, el término *dandingpai*, 'cinabrio y crisol', se emplea igualmente para designar a la alquimia en general.

CÁMARA DE CONSERVACIÓN. También llamada *Tong Bing Jian* o caja de hielo de bronce, la cámara de conservación consistía en una arqueta de ese metal compartimentada en la que se depositaba hielo fresco junto a los alimentos, los helados o las bebidas que se pretendían conservar. Uno de los primeros refrigeradores de los que se tiene constancia fue hallado en la provincia de Hubei. Su antigüedad fue datada sobre el año 300 a.C.

CASTIGOS. El *lingchi*, o la muerte de los mil cortes, era el castigo más horrible contemplado en el código penal. Sin embargo, no era el único. Entre los más frecuentes se encontraban las series de bastonazos propinados con varas de bambú lisas, sin nudos, cuya longitud, grosor y peso estaban perfectamente estipulados y categorizados. El *jia*, denominado impropriamente cangue, consistía en una pieza de madera

seca, cuadrada, similar al tablero de una mesa, separable en dos partes y provista de un agujero en su centro por el que se introducía la cabeza del reo. Las manillas, o esposas, fabricadas en madera seca se empleaban sólo en hombres. Los grillos eran de metal y apresaban los pies limitando su movimiento.

CLEPSIDRA. Los relojes de agua o clepsidras fueron empleados por los chinos mil años antes del nacimiento de Jesucristo. En 1086, el científico chino Song Su inventó un reloj astronómico accionado por agua, sobrepasando la precisión de medida de los relojes mecánicos europeos de la misma época. Este reloj, una torre de seis metros de altura, utilizaba un depósito de donde fluía un chorro de agua sobre las paletas de una rueda. Ésta accionaba diversos mecanismos que hacían aparecer distintas figuras que señalaban las horas, que, acompañadas de toques de gong y de tambores, movían una esfera celeste con la representación de estrellas y de constelaciones. La desviación diaria de este reloj era inferior a los dos minutos.

CULI. Trabajador o sirviente de clase baja; peón sin cualificación. Aunque el uso del término *culi* se generaliza en Occidente para denominar peyorativamente a la mano de obra asiática que emigra durante el siglo XIX a las Américas, asociándolo a la palabra inglesa *coolie* ('estibador'), su origen se remonta al antiquísimo término chino *gu lí* o *ku lì*, que literalmente significa 'el amargo uso de la fuerza bruta', encontrándose también acepciones similares como el *kuli* bengalí o el *qu li* hindi.

CUMPLEAÑOS. Los chinos no contabilizan la edad de las personas del mismo modo que los occidentales. En Occidente, una persona cumple años el día del aniversario de su nacimiento, pero en China todos sus habitantes cumplen años el mismo día, coincidiendo con la entrada del año nuevo que se celebra en la primera luna del mes de febrero. Así

pues, un niño chino nacido en noviembre cumpliría un año al comenzar febrero y, sin embargo, sólo habrían transcurrido tres meses desde su alumbramiento. Ésta es la razón por la que la fecha de nacimiento únicamente era recordada para el cálculo del horóscopo, pero no para el control de la edad.

GORRO BIALAR. Los hombres siempre llevaban la cabeza cubierta con un gorro, birrete, bonete o casquete que cubría un pequeño moño. Los más humildes se liaban una tira raída de tela en la cabeza. La ropa, y sobre todo el gorro, era un espejo de la posición social. Si el gorro tenía alas, éstas, dobles, podían volar sobre las orejas de forma horizontal, parcialmente gachas o caídas, en función del rango de su poseedor.

HANFU. El *hanfu* es la ropa tradicional usada por la etnia Han, la población mayoritaria durante la historia de China. Consiste en una bata holgada de mangas anchas que se cruza sobre el pecho y se anuda en la cintura. Los hombres usan bajo ella pantalones, no así las mujeres. Los indigentes vestían polvorientas chaquetas de cáñamo y desastrados pantalones y turbantes. Las damas y caballeros usaban gorras de seda negra y túnicas de mangas largas de seda color turquesa, bermellón o púrpura, ceñidas con cinturones de hebillas de jade, oro y cuerno de rinoceronte. Los atuendos estaban regulados por las leyes suntuarias, unas disposiciones que restringían las prendas más lujosas —así como los muebles y las mansiones— para uso de las clases altas. En la práctica, tales leyes eran inefectivas. Las modas imperiales eran imitadas con descaro por advenedizos mercaderes, propiciando que en nueve de cada diez casos no se respetara la ley. El *hanfu* influyó en la ropa tradicional de otros países, como en el kimono en Japón, el *hanbok* en Corea o el *áo tú thân* en Vietnam.

JIN, YURCHEN. Los Jin, también conocidos como yurchen o yurchenes, fueron un pueblo asiático que habitó la región en torno al río

Amur, en la actual frontera oriental entre Rusia y China. Antecesores de los manchúes, en el año 1127 saquearon con éxito la por entonces capital china Kaifeng, haciendo abdicar al emperador de la Dinastía Tsong del Norte. Tras huir de la capital, una nueva dinastía china surgió en el sur, enclavando su capital en Lin'an. Los Tsong del Sur continuaron la lucha durante más de una década contra el poderío Jin hasta firmar un tratado de paz que cedía a los invasores todo el norte de China. Pese a los numerosos intentos, los Tsong del Sur jamás llegaron a recuperar los territorios perdidos.

LI. Milla china. Medida de longitud equivalente a unos 560 metros. Los destierros con los que se penaban algunos delitos variaban entre los 2.000 y 3.000 *li* de distancia, es decir, entre los 1.000 y 1.500 kilómetros aproximadamente.

LIN'AN (ACTUAL HANGZHOU). Capital de la Dinastía Tsong del Sur. Tras la invasión de los Jin, los Tsong se replegaron al sur de China estableciendo su capital en Hangzhou, ciudad a la que rebautizaron como Lin'an. Posteriormente, la ciudad recuperó su antigua denominación.

MOXIBUSTIÓN. Terapia de la medicina oriental que utiliza la raíz prensada de la planta artemisa a la que se le da forma de cigarro puro o moxa. Una vez encendido, se aplica sobre la piel del paciente provocando pequeñas quemaduras controladas, o bien se coloca en el extremo romo de las agujas empleadas en acupuntura para transmitir así el calor.

MU. Medida de extensión de tierra, equivalente a 666 metros cuadrados.

NEOCONFUCIANISMO. Durante la Dinastía Tsong coexistieron pacíficamente tres doctrinas filosóficas: el confucianismo, el taoísmo y el budismo. Sin embargo, dentro de la élite burocrática, cobró fuerza una corriente denominada neoconfucianismo, un renacimiento confuciano que preservó los estándares morales y políticos tradicionales, amalgamándolos con elementos conceptuales taoístas y budistas en los que cabían algunas de las ideas extraídas de *El libro de las mutaciones (I Ching)*, además de las teorías del yin y el yang asociadas al símbolo Taiji. Un típico motivo neoconfuciano son las pinturas de Confucio, Buda y Laozi bebiendo de la misma jarra de vinagre con el título *Los tres maestros son uno*. No obstante, muchos neoconfucianos se declaraban abiertamente contrarios a estas corrientes, rechazando el budismo como fe y condenando la adoración de Buda. A pesar de esto, los textos neoconfucianos adaptaron pensamientos y creencias budistas a los intereses confucianos. En China, el neoconfucianismo fue credo oficialmente reconocido desde su desarrollo con la Dinastía Tsong hasta principios del siglo XX. Entre otras muchas regulaciones, el neoconfucianismo condenaba la apertura de cuerpos, si bien permitía el examen de aquellos que, ya fuera por la causa de la muerte o a consecuencia de ésta, estuvieran ya abiertos. Asimismo, consideraba la homosexualidad una conducta libidinosa reprobable.

PALANQUÍN. Especie de silla o litera de manos, generalmente cerrada y cubierta, usada en Oriente para transportar en ella a las personas importantes.

PREFECTURA. Durante la Dinastía Tsong del Sur, China se dividía administrativamente en dieciséis circuitos o provincias (*lu o tao*), de un tamaño similar al de Irlanda, cuyo responsable era el intendente judicial. Cada circuito estaba dividido en prefecturas (entre diez y veinte por circuito), unidades de administración local gobernadas por un número determinado de oficiales y ayudantes que se ocupaban de las distintas

áreas administrativas. Por último, cada prefectura estaba a su vez dividida en varias subprefecturas o distritos (*hsien*), entre dos y veinte por prefectura, generalmente regidos por dos o tres oficiales: el subprefecto (*chih-hsien* o *hsien-ling*) hacía las veces de jefe judicial y magistrado de su área, además de llevar otras facetas de la administración. Bajo sus órdenes estaban un registrador (*chupu*) que se ocupaba de la recaudación de impuestos y un alguacil o jefe de policía (*hsien-wei*), encargado de la ley y del orden.

QIÁN. El *qián* era la principal unidad de cambio en China. Se trataba de una delgadísima moneda de cobre perforada en su centro para poder ser ensartada con un cordel que luego se ataba a la cintura. De ahí el nombre de sartas, empleado para denominar indistintamente a los cordeles de cien o de mil *qián*. Una sarta de mil *qián* pesaba alrededor de cinco kilos y equivalía a un *tael* (aproximadamente cuarenta gramos de plata pura). Durante la Dinastía Tsong, los *qián* coexistieron con el papel moneda. Al principio, este papel consistió en billetes similares a certificados de crédito avalados por cantidades de dinero depositadas en casas de grandes comerciantes, pero, con posterioridad, el Estado participó en la producción de actas de crédito y luego emitió una moneda regular de papel. Para disuadir a los falsificadores, se decretó para ellos pena de muerte al tiempo que se ofrecían valiosas recompensas a los delatores, imprimiéndose ambas advertencias en los propios billetes, junto con el dibujo de un falsificador ahorcado o despedazado para que lo entendieran los analfabetos. El papel también mostraba el dibujo de diez cuerdas de cien monedas para que los iletrados conociesen su valor.

RITOS Y PIEDAD FILIAL. Los ritos son las reglas que organizan la sociedad, estructurada según una jerarquía rígida: el hombre no se define por su personalidad, sino a través de la observancia de los ritos, es decir, a través del comportamiento pautado que se considera el justo

respecto a su posición en la sociedad. Al igual que hacia sus padres biológicos, los súbditos deben respetar la piedad filial hacia su «padre emperador», un ser virtuoso, dotado además con la cualidad de la benevolencia, que tiene el derecho y el deber de gobernar. En la cultura tradicional china, la especialización en ceremonias fue una constante entre los miembros de la Corte y de las familias aristocráticas, sobre todo en el periodo confucianista. Tanto en el *Li Ji* como en el *Bohutong* (*Libros de los ritos*) se establece que la muerte de uno de los padres merece tres años de luto y que la manera más ortodoxa de llevarlo es retirándose de la vida pública, vistiendo ropa hecha de arpillera y viviendo en una choza cerca de la tumba. La gente humilde que no podía permitirse dejar de trabajar se contentaba con ausentarse de las fiestas, no casarse durante los tres años que duraba el luto y abstenerse de toda actividad sexual.

Los chinos ofrecían sacrificios a sus muertos durante los ritos fúnebres —taoístas, budistas, confucianistas o una combinación de ellos—. Sin embargo, el término «sacrificio» no posee el significado occidental de ‘degollar a un ser humano o a un animal como ofrenda a un Dios’, sino que en realidad se refiere a un sacrificio propio, es decir, a ‘renunciar a algo para conseguir otra cosa’. Por ejemplo, si alguien ofrecía como sacrificio a sus difuntos una cesta de frutas, ésta suponía un sacrificio para el oferente, ya que éste dejaba de comerlas para que las disfrutaran sus familiares fallecidos.

Los funerales se efectuaban en forma de cremaciones o entierros; si la persona era enterrada, después de que hubieran transcurrido unos siete años los huesos eran sacados ritualmente, limpiados y vueltos a enterrar.

SAMPÁN. El sampán es una embarcación plana, sin quilla, de entre 3,5 y 4,5 metros de eslora, usada para el transporte de viajeros o mercancías, para la pesca e incluso como vivienda. Literalmente, *sam pan* significa ‘tres tablas’, en referencia a lo básico de su construcción, ya que

en ella únicamente se emplea una tabla para el suelo y dos más para los laterales. Por extensión, también se denomina sampán al junco chino, quizá el velero tradicional más antiguo que se conoce y que ha conservado la forma original desde su aparición en el año 600 d.C.

TIEMPO. Mientras que en Occidente el año 1 de nuestra era se establece coincidiendo con el nacimiento de Jesucristo, o en los países musulmanes armonizándolo con el día en que Mahoma huyó de La Meca en el año 622 d.C., en la China imperial no existía un único año de inicio, sino que comenzaba cada vez que un nuevo emperador ocupaba el trono, sucediendo además que, según su arbitrio y los designios zodiacales, se establecían diversas eras dentro de un mismo reinado. Así, durante su reinado (1194-1224), el emperador Ningzong estableció cuatro eras. La primera, de 1195 a 1200, la denominó Qingyuan. La segunda, de 1201 a 1204, Jiatai. La tercera, de 1205 a 1207, Kaixi. Y la cuarta, de 1208 hasta su muerte a los cincuenta y seis años de edad, Jiading.

Respecto a los meses, cada año estaba dividido en doce, comenzando en febrero (mes de la primera luna) y concluyendo en enero (mes de la duodécima luna). Igualmente, cada año se separaba en veinticuatro periodos climáticos.

El día se fraccionaba en doce intervalos de dos horas cada uno denominados *shichen*. (Una hora china equivale a dos horas occidentales). Cada *shichen* se divide en ocho *ke* (quince minutos), el cual tiene quince *fen*, por lo que un *fen* equivale a un minuto. Una hora se llama *tschuco*, y un *jike* es un cuarto de hora.

Esta diferencia es especialmente relevante para comprender el establecimiento de los plazos de la muerte. La ley determinaba que no podían transcurrir más de cuatro horas desde la denuncia de un crimen

hasta el momento en que el juez responsable examinara el cadáver. Como quiera que para propiciar una lectura más fácil en la novela he preferido emplear el término occidental de «hora» en lugar de su correspondiente chino *shichen*, el tiempo máximo permitido para comenzar el examen de un cadáver sería en realidad cuatro *shichen*, es decir, ocho horas occidentales. Al no contabilizarse las horas nocturnas, en la práctica el plazo para iniciar la investigación in situ se extendía a unas dieciséis horas occidentales.

La denominación de las horas y su clasificación era como sigue:

Zi: *Hora de la rata, 23 h - 01 h*

Chou: *Hora del búfalo, 01 h - 03 h*

Yin: *Hora del tigre, 03 h - 05 h*

Mao: *Hora del conejo, 05 h - 07 h*

Chén: *Hora del dragón, 07 h - 09 h*

Sì: *Hora de la serpiente, 09 h - 11 h*

Wu: *Hora del caballo, 11 h - 13 h*

Wèi: *Hora de la oveja, 13 h - 15 h*

Shen: *Hora del mono, 15 h - 17 h*

You: *Hora del gallo, 17 h - 19 h*

Xu: *Hora del perro, 19 h - 21 h*

Hài: *Hora del cerdo, 21 h - 23 h*

Denominación de los meses:

Febrero: *Primer mes*

Marzo: *Mes del albaricoque*

Abril: *Mes del melocotón*

Mayo: *Mes de la ciruela*

Junio: *Mes de la granada*

Julio: *Mes del loto*

Agosto: *Mes de la orquídea*

Septiembre: *Mes del olivo oloroso*

Octubre: *Mes del crisantemo*

Noviembre: *Buen mes*

Diciembre: *Mes del invierno*

Enero: *Último mes*

Desde la introducción del budismo en China, cada año es nombrado con un signo del zodiaco que se repite cíclicamente cada doce años. Los signos del zodiaco chino coinciden con los de las horas. Los meses se agrupan en tres grupos: *Meng* (primero), *Zhong* (medio) y *Ji* (último); y en cuatro estaciones: *Chun* (primavera), *Xia* (verano), *Qiu* (otoño) y *Dong*

(invierno). El nombre de los meses se forma combinando sendos conceptos, por ejemplo *kitsin* es el último mes del otoño.

Los meses también se pueden denominar como las horas y como los años, y están compuestos por tres semanas de diez días cada una.

UNIVERSIDAD. Al igual que los gobernantes de las dinastías que les precedieron, los Tsong preconizaron que los cargos públicos fueran ocupados por los ciudadanos más virtuosos y capaces, independientemente de su extracción económica o social. Esta idea devino en lo se conoció como «sistema de exámenes para el servicio civil», un procedimiento por el que cualquier ciudadano podía presentarse a las difícilísimas pruebas de acceso y, en función de la puntuación obtenida, comenzar una carrera funcional que podía culminar en el puesto de primer ministro de la nación.

Los Tsong crearon escuelas elementales en todas las capitales de condado y escuelas superiores en todas las poblaciones prefectorales. Incluso las aldeas rurales contaban con colegios sencillos, lo que, unido al abaratamiento de los libros por la difusión de la imprenta, hizo que prácticamente desapareciese el analfabetismo.

En la capital, Lin'an, la proximidad de la universidad a la Corte hizo que muchos alumnos se interesaran y se involucraran en actividades políticas que fueron criticadas por los altos oficiales del gobierno, quienes no dudaron en boicotear las clases. La situación llegó a ser tan alarmante que incluso el notorio consejero jefe del emperador Li-tsung (1225-1264), Chia Su-tao, tuvo que infiltrar estudiantes espías en la universidad.

Las academias privadas, denominadas *shu-yüan*, se revelaron como la única forma de enseñanza superior para temas específicos, como la

medicina (Academia Hanlin, Bailudong, Yuelu, Chongshan, Shigu y Yintianfu). A diferencia de las escuelas estatales, los maestros de las academias no sólo transmitían el conocimiento de los clásicos. Sus métodos de enseñanza incluían también la investigación, de modo que solían insertar en sus clases los resultados de sus propias averiguaciones y profundizaban de esta manera en la comprensión de éstos. A los sabios adjuntos a una academia se les podía asignar una habitación y un estipendio, y muchas academias disponían de alojamiento para estudiantes. Estas instituciones eran financiadas por altos cargos, ricos comerciantes y, a veces, también por el Estado.

La academia más elitista e influyente, Hanlin, fue fundada para formar a altos funcionarios de la corte y archiveros. Las clases pudientes disfrutaban de un acceso más fácil a la formación y el número de mujeres cultivadas entre la alta sociedad indica que no era raro que las niñas de estas familias recibiesen una esmerada educación.

VIOLENCIA. La violencia física como castigo era algo consustancial a la sociedad medieval china. De hecho, la inmensa mayoría de los delitos contemplados en el código penal se castigaban con bastonazos. Esto era debido, por un lado, al eficaz efecto disuasorio del dolor y, por otro, a la incapacidad de afrontar el pago de multas por la mayoría de la población. La pena de cárcel sólo se aplicaba si llevaba aparejada los trabajos forzados en las minas de sal o en el ejército. El castigo físico era, por tanto, el medio habitual y extendido para reprobar cualquier tipo de conducta mala, incluidos los ámbitos privado o familiar.

WU-TSO. Antes de que se generalizara la especialización de jueces ordinarios en forenses o lectores de cadáveres, éstos se auxiliaban de los *wu-tso*, asistentes poco cultivados que se encargaban de las tareas más desagradables, como limpiar, abrir los cuerpos, extraer los órganos y examinarlos, mientras el juez encargado de la investigación tomaba

notas, alejado. Por lo general, los *wu-tso* simultaneaban su oficio con el de curanderos, carniceros o matarifes.

XILOGRAFÍA. Primitivo sistema de impresión mediante bloques de madera sobre los que se tallaban tanto los textos como las ilustraciones. El contenido que había que imprimir se tallaba a mano, en relieve e invertido, y se entintaba con pintura de agua. Un fuerte frotamiento trasladaba la tinta al papel, previamente colocado sobre el bloque de madera. El primer libro que se imprimió fue el *Sutra de diamante*, estampado por Wang Chieh el 11 de mayo del año 868, en China. La primera imprenta de tipos móviles a base de complejas piezas de porcelana fue fabricada en China por Bi Sheng entre los años 1041 y 1049.

AGRADECIMIENTOS

«Por último, lo primero»

Tras años de intenso trabajo, tras decenas de borradores descartados, tras jornadas agotadoras en las que la palabra descanso perdió su significado, cuando por fin volteas la última página y miras el manuscrito concluido, suspiras un momento antes de que se apodere de ti una dolorosa incertidumbre. Te sientes satisfecho porque has dado lo mejor de ti mismo, pero en tu interior te dices que quizá no haya sido suficiente. Te habría gustado estudiar más, repasar más, hacer tu texto aún más vibrante y sorprendente. Por un momento, piensas que quizá tanto esfuerzo no se vea recompensado con el aliento de sus lectores: el mismo que te falta si fracasas o el que te impulsa cuando disfrutan con tu novela. Entonces, en ese instante, recuerdas a todos cuantos te han ayudado por el camino. Recuerdas las llamadas de tus padres, insistentes y cariñosas, preguntándote: «Hijo, ¿cómo estás? ¿Y la novela...?».

Recuerdas a tus hermanos, las mejores personas del mundo... Recuerdas a tu hija...

Recuerdas a amigos viejos y nuevos. Los que siempre te han acompañado y los que has tenido la fortuna de conocer. Amigos como Santiago Morata, Fernando Marías, Antonio Penadés, Alejandro Noguera, Lucía Bartolomé, Manuel Valente, Anika Lillo o Carlos Aimeur. Amigos a los que agradecer su ayuda, su cercanía y su cariño. Recuerdas a los editores nacionales e internacionales que confiaron y apostaron por ti. Recuerdas a Ramón Conesa, tu agente de Carmen Balcells, siempre presto a ayudar con un consejo sabio...

Todos ellos han compartido espacio en mi memoria junto a la remembranza de mis lectores: aquellos que me escribieron para aplaudirme o criticarme; aquéllos a quienes por unos días logré hacer un poco más felices; e incluso aquellos que aún no me han leído. Porque ellos son los que me empujan cada día. Por ellos luchas y, por ellos, escribir merece la pena.

Mi especial recuerdo para Zhuang Lixiao, consejera cultural de la Embajada de China en España, por sus desinteresadas gestiones para ponerme en contacto con los directores del Museo Nacional de China de Beijing, el Museo de Arquitectura Antigua de Beijing, el Museo Huqing Yutang de Medicina China de Hangzhou, el Museo Provincial de Zhejiang, el Museo de la Historia de Hangzhou y el Mausoleo del general Yue Fei. No puedo olvidar al doctor Phil A. R. Hill, librero en White City, de Londres, quien me asesoró sobre diversos textos y bibliografía, del mismo modo que he de recordar al ya mencionado forense doctor Devaraj Mandal y al prestigioso sinólogo Jacques Gernet, sin cuya sabiduría me habría resultado imposible dotar a esta novela de la credibilidad que precisaba.

Tengo la fortuna de no tener que recordar expresamente a mi esposa Maite, porque, gracias a Dios, disfruto de su presencia cada día. Ella es mi faro en los buenos y en los malos momentos. Ella es el mejor regalo de mi vida.

Finalmente, quisiera dedicar mis últimas palabras a alguien a quien añoramos todos cuantos le conocimos. Una persona que hablaba poco, pero de la que aprendí mucho. Con sus actos, con su humildad y su honestidad, me enseñó cosas que no están en los libros.

Para él y en su memoria.

Gracias, Eugenio.

BIBLIOGRAFÍA

BAILEY, A.; KNAPP, R. G.; NEVILLE-HADLEY, P.; ROBERTS, J. A. G. y STEINHARDT, N., *China*, Akal, Madrid, 2008.

BIRGE, B., *Women, Property, and Confucian Reaction in Sung and Yüan China*, Cambridge University Press, Nueva York, 2002.

CHAFFEE, J. W., *Branches of Heaven. A History of the Imperial Clan of Sung China*, Harvard University Asia Center, Massachusetts, 1999.

CONFUCIO Y MENCIO, *El Chu-King, El Ta Hio, El Lun-Yu, El TchungYung, El Meng-Tseu. Los cinco grandes libros de política, moral y filosofía de la antigua China*, Clásicos Bergua, Madrid, 1969.

DAVIS, E. L., *Society and the Supernatural in Sòng China*, University of Hawaii Press, Honolulu, 2001.

EBREY, P. B. y GREGORY, P. N., *Religion and Society in T'ang and Sung China*, University of Hawaii Press, Honolulu, 1993.

FENBY, J., *Las setenta maravillas de China*, Blume, Barcelona, 2007.

FOLCH, D., *La construcción de China*, Península, Barcelona, 2001.

GARCÍA MENÉNDEZ, S. y GONZÁLEZ HUERTAS, J. R., *Historia de China*, Libsa, Madrid, 2006.

GARCÍA-NOBLEJAS, G., *Mitología de la China antigua*, Alianza, Madrid, 2007.

GERNET, J., *Daily life in China on the Eve of the Mongol Invasion, 1250-1276*, Stanford University Press, California, 1962.

—, *El mundo chino*, Crítica, Barcelona, 1991.

GONZÁLEZ DE MENDOZA, FRAY J., *Historia del gran reino de la China*, Miraguano, Madrid, 2008.

HASKEW, M. E.; JÖRGENSEN, C.; MCNAB, C.; NIDEROST, E. y RICE, R. S., *Técnicas bélicas del mundo oriental, 1200-1860. Equipamiento, técnicas y tácticas de combate*, Libsa, Madrid, 2009.

HYMES, R., *Way and Byway. Taoism, Local Religion, and Models of Divinity in Sung and Modern China*, University of California Press, Los Ángeles, 2002.

LAYMA, Y., *China*, Lunwerg, Barcelona, 2008.

LEE, T. H. C., *Government Education and Examinations in Sung China*, The Chinese University of Hong Kong, Hong Kong, 1985. MCKNIGHT, B., *Village and Bureaucracy in Southern Sung China*, The University of Chicago Press, Chicago, 1971.

—, *Law and Order in Sung China*, Cambridge University Press, Nueva York, 1992.

—Y LIU, J., *The Enlightened Judgments. Ch'ing-ming Chi. The Sung Dynasty Collection*, State University of New York Press, Albany, 1999.

MORETTI, M., *China, el reino del dragón*, Libsa, Madrid, 2008.

NANCARROW, P., *La antigua China y la Gran Muralla*, Akal, Madrid, 1990.

POLO, M., *Libro de las Maravillas*, Suma de Letras, Madrid, 2000.

—; RICCI; DAMPIER; HUNTER; HUC; CLAUDEL y otros, *Viaje por la China imperial*, Abraxas, Barcelona, 2000.

PRECIADO IDOETA, J. I., *Antología de poesía china*, Gredos, Madrid, 2003.

QIZHI, Z., *Cultura tradicional china*, Editorial Popular, Madrid, 2008.

RÍOS, X., *China: de la A a la Z. Diccionario general de expresiones chinas*, Editorial Popular, Madrid, 2008.

SCARPARI, M., *Antigua China*, Folio, Barcelona, 2005.

SCHAFFER, E. H., *La China Antigua*, Time Life, Ámsterdam, 1972.

SHAUGHNESSY, E. L., *China. El mundo chino. Creencias y rituales. Creación y descubrimientos*, Blume, Barcelona, 2008.

SUNG TZU (SONG CÍ), *The Washing Away of Wrongs*, The University of Michigan Center for Chinese Studies, Michigan, 1981.

THEROUX, P., *En el gallo de hierro: viajes en tren por China*, Ediciones B, Barcelona, 1997.

TIME LIFE BOOKS, *Vivir la historia de la China imperial, 960-1368*, Folio, Barcelona, 2008.

TSE, L., *Tao Te King*, Edicomunicación, Barcelona, 1994.

VAN GULIK, R. H., *La vida sexual en la antigua China*, Siruela, Madrid, 2005.

VV. AA., *Ta-Tsing-Leu-Lee. Las leyes del código penal de la China*, Imprenta de la Revista de Legislación, Madrid, 1884.

VIRCHOW, R., *Técnica de las autopsias*, Administración de la Revista de Medicina y Cirugía Prácticas, Madrid, 1894.

WANG YINGLIN, *Sanzijing. El clásico de tres caracteres*, Trotta, Madrid, 2000.

WETZEL, A., *China*, RBA, Barcelona, 2008.

YOSHINOBU, S., *Commerce and Society in Sung China*, The University of Michigan Center for Chinese Studies, Michigan, 1970.

* * *

El lector de cadáveres

Antonio Garrido

© del diseño de la portada, más!gráfica, 2011

© Antonio Garrido, 2011

© Espasa Libros, S. L. U., 2011

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2011

ISBN: 978-84-670-3875-0 (epub)

Conversión a libro electrónico:

Newcomlab, S. L. L.

